

Isir Oortaler Ozer

Exiliado en el verso
Tomo I

poesía



Exiliado en el verso

TOMO I

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BENJAMÍN CARRIÓN





Exiliado en el Verso
Tomos I y II, versión en formato pdf
Luis Alberto Costales, 2009

ISBN Obra Completa: 978-9978-62-547-7

@DavoTC

EXTRACTO

Destacan: itinerario de un día, itinerario de un año; donde compone un poema cada día durante un año; relatando desde episodios cotidianos, composiciones filosóficas, románticas, hasta utopías fantásticas. Además está compuesta por diversos cantos: al Ecuador, al Chimborazo y Riobamba, así como episodios y personajes de la historia del Ecuador y del mundo.

El autor se expresa de su obra de la siguiente manera:

Este es mi mundo, efímero tal vez, mundo hecho con trabajo, en el cansancio de las sombras decantadas en las sienas durante la noche; y con satisfacción, porque en estas páginas me signifíco íntegro. Es la versión de mi vida intensa de interioridades y designios transparentes en mi memoria, que hacen un universo -heredad-, con hálitos de la razón de ser riobambeño, ecuatoriano, hombre...

Confieso: amo estos escritos, porque - reitero - son como la prolongación de mi estirpe mental y, además, como dice Montalvo: "Los viejos aman a esas sombras que los visitan en sueños, les llenan los oídos de suspiros preñados de recuerdos, los rodean acompañándolos en sus soledades, y les promete una santa renovación de amores y placeres... como las ondas de la luz en que rebosa la morada de la felicidad infinita."

LINDA.

UN AMOR SIN RETORNO

(CUENTO)

Besé tu boca pequeñita y fina
bajo el farol urbano
de la postrer esquina.

La noche en contubernio,
atónita y sin prisa,
hizo prodigios de insinuación al aire,
se enovilló en tu pelo,
rizándolo de envidia
y de codicia.

El viento sacudió abanicos
en el blondo sumiso
de tus amplios vestidos,
lamió en tu piel el brillo
curioso de la luna,
y te empapó de frescura.

Confidenció tu cuerpo
un olor de emociones inéditas,
como de frutos blandos
con lúbricas turgencias,
con música en espera para surgir potente
al tacto alborozado del primer encuentro.

La sombra
con gesto presuroso
nos exilió en túneles de secretos enigmas,
saturó de presagios,

altamares de profecía,
hasta la asfixia intensa,
la desnudez buida
de todos los sentidos.

Para derrotar al silencio
cundido de espectancia,
te hablé,
más que inspirado,
urgido de anhelares tumultuosos;
acorde a la soberbia de hombre enamorado,
refinado de ilusiones,
a pleno preciosismo,
lleno de alegorías,
con signos de elegante caricia,
en suerte de poesía;
fue licor fluido de ternuras,
inebriando,
glisando.

Con limpio corazón ensalcé tu belleza.
¡Ah, tu belleza!
Que colmaba el sentimiento
y exaltaba mi vida;
bendije tu juventud
apoteósica de anhelos;
invoqué tu ilusión de niña pobre,
con bondad suave
de enredadera,
y con honda transparencia,
como el sonido de un pasillo vernacular
y fue mi orgullo incurable que te habló,
hombre que te amaba,

dichoso de tenerte entre los brazos.

Olvidados del mundo,
comprendimos la vida
como resumen de gozo;
al centro de una música flotante
te supiste amada,
yo me supe verdadero,
unido al universo,
cercano al infinito;
sentí que sustanciaba en tus venas mi elogio;
era el culto al ensueño esperado,
era mi propia eternidad, que se daba
con bellas novedades,
saudosa el alma en blandas filtraciones,
como el perfume sugerente
de fabulosos nardos.

Mis labios febricitados,
en ritmos delirantes,
quemarte pretendieron de ignicencias inéditas,
de invisibles destellos;
recorrieron tus mejillas
de corales y azúcar,
tu cuello, saturado de lirios y trinos,
toda tu piel de luz en tersura y arrobo,
luz ineludible
vulnerada de escándalos primarios.

Defendí tu boca de la agresión del viento,
tus manos de la fría morbidez de la noche,
tus muslos del confuso peso de las estrellas,
tu frente de los duros zarpazos de la duda.

Se ufanizó tu cuerpo,
corazón adelante;
fuiste toda tú una canción triunfal,
oleada de amor en plenitud ingenua,
fuiste,
más clara y alta que la vida.

De pronto, sinfonías,
arpegios agorinos
en los fastos de la carne.

La soledad nos hizo un tálamo con alas,
fértil de primaveras súbitas,
vértigo de gracias y sonrisas;
cercanas a nosotros rodaron las estrellas:
sorbimos néctares,
hasta la ebriedad más pura.
¡Oh, la plenitud del deleite
donde se quema el alma.!

Ya no fuimos culpables.
todo fue verdadero:
arriba la noche,
en su cristal más hondo
dibujaba azahares fugaces,
rosas reclinadas en escorzo inefable,
con suaves ruidos aromosos
de incienso voluptuoso,
con ansia de plumón,
testimonio de maravillas,
pulso de hermosura,
clara floración de armonías,

desde nuestra verdad.

Tus ojos me miraron largamente,
con hondura de mar sin orilla
y vastedad de abismos sorprendidos;
bebí en ellos unas tremendas lágrimas,
mezcla de misterio,
con sal de barrio pobre;
savia blanca de afanes
y gracia delirante;
la humedad resignada de tu nombre
L I N D A,
ceñida de agua dulce
y anegada de besos;
también presentes mis antiguas ilusiones,
convocadas de pronto para un brindis
inmenso de pasión y de dicha.

Con frenesí, insosegado,
mordí un reproche caído a deshora
de algún temblor arcano
en los bordes de tu boca;
destruí la asperidad súbita
de un recuerdo lejano;
apagué un turbión de aflicciones vitales;
no importó el aúllo de ángeles interiores,
ni siquiera el gemido de reciente inocencia.

Escuchamos el grito agudo de las células,
el pavoroso ataque de la sangre,
la sed inagotable de leyenda e historia,

donde fermenta la raza,
en riguroso orden de siglos
para cumplir con el destino,
y la rabiosa danza de los instintos.

Después....
la noche...
entreabrió sus párpados llenos de estrellas,
resbaló presurosa y certera
del borde de los cielos
hasta el friso marmóreo
de nuestra sonrisa unánime;
la soledad cayó pesadamente a la deriva,
y aturdida, no fue capaz
de entrar en nuestro instante eterno,
ni quebrantar nuestra grandeza humana.

Después...
más sombras temblorosas,
como inmensas montañas,
acumuladas en cóncavos vacíos;
una brisa muy suave, con digital de pluma,
oreó nuestros labios
húmedos de pasión.
Sospecho que con ella hiciste mutis,
niebla de dulcedumbre blanca
y tiernamente fría,
fugaste....
dejándome ruidillo de suspiros cautelosos,
preguntas torturadas por débil esperanza,
débil cántico de fuente huida,

postludio vital de sinfonía,
aprisionados en mis oídos,
alborotando el alma.

Yo quedé...
mucho tiempo,
acariciando el molde de tu cuerpo
entre la supliciada sombra de tu ausencia...

Después...
la vida y el tráfago social,
con su irrefrenable mandamiento
de río sucesivo,
pasa sobre mi corazón,
como tributo de agua sin descanso,
borra el fragor de aquella noche,
aplacando recuerdos y heridas.

Es el tiempo que va empujando
las cifras de otros días,
otros puertos,
otras despedidas,
hasta el seno amargo de las quimeras,
donde se ahoga mi alma,
irredenta,
prisionera de candilejas,
que no las siento mías.

Yo, presente en la realidad,
siento la silenciosa caída del frío,
las fatigadas cenizas de mis tardes;
creo que enseño a todos
la soledad inmensa que me asfixia.

¡Qué consuelo tan humilde
besar los bordes del recuerdo,
donde siempre me esperan tus labios
inapagados de nuestra pasión
y ternura!

¡Oh, la realidad!
Tú sigues cotidiana en las calles,
orillando admiración y tristeza,
con andares francos
y airosa veste,
como gacela de caprichos desafiantes
e ironías fugaces.
Cotidiana tú por la ciudad,
vendiendo baratijas,
caramelos, cigarrillos ...
con el limpio vestido,
que ciñe tu cuerpo esbelto,
en cuyo blondo se insinúa todavía
una ronda suspirosa de brisas;
el clamor de la gente que susurra:
LINDA, LINDA...
Dejo que te sigan mis ojos
imantados de celos,
y mi cuerpo se dobla
en la esquina de imposible retorno.

Y la gente murmura ...
cuando tus pestañas con su langor amable
me advierten que estás triste,
y me hacen señas
con ligeros envíos de añoranza,

y pintan en el aire
una súplica tímida;
o me envías feliz caricia
con el indeleble verde de tus ojos;
y entonces comprendo que me amaste
y me amas todavía.

Y la gente me envidia
cuando nos mira arrimados a la sorpresa,
en el pálido vano de las tardes,
conversando cosas con simpleza;
o cuando me preguntas:
¿Sigue haciendo versos?
Yo reclino mi frente en la añoranza
Y respondo palabras de embelesos,
que sólo tu comprendes.
Y cuando te saludo
albeando la voz
en los cristales de tu nombre
L I N D A,
tú me ofreces un dulce
como se entrega una alegría total.
Y sé que sientes lo mismo que yo:
un llanto malva en el interior de la sangre,
el pensamiento se hace escalas de tristeza,
por donde ascendemos
a esos instantes callados,
pletóricos de infinito.

Pero tú no sabes
que mi tristeza empezó contigo,
y por eso, no es verdad el olvido;
tú me diste este dolor

hecho ritual de bruma en el verso,
y esta añoranza,
tan míos ...
Tú hiciste mi soledad;
y en esta carne
a s i - d e - t r i s t e,
eres perpetua como la luz
o como un libro bueno,
que guarda una leyenda.

Y murmura la gente...
Es que no miran los fulgores fieles
de tus grandes ojos verdes;
no saben que mis besos
descansan en tus labios
con sabor de fuente virgen y libre;
ignoran el fuego consagrado en las manos;
y cómo se intensan los colores
en las sienas,
cuando melodiosamente
me dice tu boca
pequeñita y fina
A M O R.
Y yo alzo mi emoción y mi orgullo
para decirte
M i A M O R.

El aire se desdobra en música
y anhelancia de abrazo total;
y reímos, r e í m o s,
ávidos y fluidos.

Te confieso es la manera
de llorar mansamente,
al sentir que el alma paladea
el gozo de haberte amado
en la cima distante del tiempo,
que no se acaba,
que regresa a nosotros,
o como dulce y suavísimo milagro,
que pregunta por nuestra juventud.
N O V I A M I A.

PAN DE UN NIÑO SOÑADOR

(CUENTO)

Ya no puedo callar,
porque estás como gota de llanto
en la memoria,
como nudo de sangre
apretujando el corazón.

Quiero escribir llorando
la pequeña historia de tu vida,
que no alcanzó a llamarse dicha
para tu alma de niño bueno;
y es historia de trigo escaso,
que no alcanzó a llamarse pan
para tu boca.

Nos conocimos cuando la aurora
fue torrente en la mirada clara.
En nuestras manos cabían
colores de lípidos cristales
y el destello redondo del rocío;
la fragancia de nuestra amistad
hacía el aire puro;
en nuestras palabras resonaba
el fino vaho de la pradera;
hacíamos noticias cotidianas
con los diversos sitios de la penumbra,
los cambiantes propósitos de la brisa,
las bandadas por los verdes portales,
alternancia de emociones
con la rana, el pez y el gavián.

Yo entré en tu corazón cantando,
tú en el mío con una estrella en la frente.

Yo puse en tu pupila
la luz de mi sonrisa ufana,
mi lealtad en tus naufragios
por secretos mares de melancolía.
Tú me acercaste al umbral de luces fabulosas
y me diste lecciones de fantasía.
Invocarte así. !Oh, pequeño amigo!
Es regresar a tu parcela onírica,
a tu niñez con candilejas encantadas;
pero sin canciones;
porque el frío filtrado piel adentro,
la pobreza con palidez resignada,
escurrida en silencio por los lagrimales,
alma afuera;
manejabas las nubes,
el arco iris,
más allá de la tristeza,
sin musitar un gemido.

Eras como estatua transparente,
corazón al viento,
en pos de bellas transfiguraciones,
todo fantasía: alas de luz,
para fugar de un tiempo, borbotón de dolor,
río errante con fluidez de olvido.

Hecho de limo galano,
tal vez de caracoles ilusivos

y arrebol transferido a suspiro;
prefijado por la versátil rueda del destino
en el seno de familia suave,
apta para luchar con bondad inmensa,
sin rendirse jamás,
porque tenía un valor iluminado
navegando en la sangre.

Es verdad:
admiraba tu delgada nobleza,
amaba tu abundosa humildad.
Y cuanto pesa en mi recuerdo
tu ir y venir, descalzo,
casi con miedo de vivir,
sin que nadie sospeche que soñabas.

Siento como larga espina en la sien
tu perfil inolado a la melancolía,
casi sin cuerpo,
como espuma disuelta;
niño bellamente interiorizado,
mas bien espíritu augusto,
finamente ensimismado.

Buscabas la alegría escondida
en las cosas simples del campo
y las indumentabas de hermosura:
piedrecillas de colores,
árboles que abanicaban el azul,
multánimes formas de agua,
pájaros que picoteaban tus labios,
nubes que alborotaban el horizonte,

caminos con pasaporte a los gualicones,
un cajoncito con semillas mágicas,
los juegos inocentes con tus hermanas,
la vigorosa fatiga de tus padres
expuestos a la intemperie
en el fragor del trabajo cotidiano,
y al fondo de la casa
el fuego del hogar,
como brazos de rojo corazón.

Vives así, persistente imán del recuerdo,
columpiándote en mi añoranza,
como el sol en las montañas.

Pero también...

Tu alimento frugal y rutinario.

Tu boca no supo todavía

el sabor del pan hecho con trigo.

¿Sería algún fruto extraordinario,

sustancia de paisaje

con blanco de luna llena

y rubor de sol,

frescura cariciante de lluvia suave

con aroma de toronjil y romero,

que hacía especiales

a las gentes de la ciudad?...

No lo sabía tu paladar.

Y lo ansiabas.

Crecimos presurados por la libertad del campo,

y creció paralela nuestra amistad.

Por andariveles de fábula

llegó a mis sienes la edad de la escuela;

sentí que las palabras de mis padres

se fertilizaron de anhelos;
como en desfile mágico
emociones y augurios,
donde deslumbraban los cuadernos
con signos encendidos de novedad,
los libros con ventanas nítidas
abiertas al mundo,
y un perfume blanquísimo
y liviano de futuro.
Recuerdo que intervino la garúa
cuando te participé mi viaje a Riobamba.
Aquella tarde se hizo larguísima
para que cupieran juntas
la angustia y la desesperación.
Ah, las mutuas interrogaciones...
Lejos, muy lejos,
en galope de sombra alada,
se ocultaron gemebundos nuestros proyectos,
se fracturaron nuestras presunciones.

Día central de otoño:
la pequeña caravana familiar
en cabalgata larga y dura,
bajo sol bochornante,
por senderos difíciles,
en los que algún conejo furtivo
sacudía el susto con sus orejas largas;
pastores pequeños
mimetizados de tedio,
el suave tamboril del riachuelo,
el viento que nos seguía sonando,
ululando misterios,
como en flautas y armonios

diseminados en el paisaje,
amurado por montañas,
encubiertas de polvo añil,
y abajo, el desierto gris,
lánguido y miserable;
hasta Guamote,
pueblo pequeño hecho con acuarela,
y beneficiado con el paso del tren.

Allí te encontré...
Te vi...
Estabas:...
Blanca señal insombre,
estatua frágil ceñida de ansiedad,
bello fantasma adelgazado de angustia.
Corriste hacia mí.

Habías viajado con tus padres
para despedirme.
Nos envolvimos en fraternal abrazo.
Tu sonrisa floreció triunfante;
agitaste las manos ante mis ojos
para entregarme un tesoro:
envuelto en blanco mantel
los primeros panes de trigo
hechos por tu santa madre.

Los cominos,
paladeándolos con regusto inefable,
frente al tren estridulante

y entre el vaivén de los pasajeros.

Creo que Dios puso en nosotros
destellos de verdad
y amor indefinibles,
porque las sonrisas con olor a dicha
y consigna de dulzuras,
no sé qué temblor misterioso,
con tacto, color y sonido de alma,
unas lágrimas lentas por las mejillas,
mojadas de eternidad,
la sal de la sombra,
y el ácido del dolor...

UNA SILLETA EN LA ESQUINA

(CUENTO)

Abro mis pupilas
en la alcántara vital,
para mirarte
en desmesura de recuerdo,
igual que en los días de la infancia;
y desatar la añoranza
maniatada con nudos de angustia,
inamovible en los hilos del tiempo,
terminados en punta
para que desangre la ternura del alma.

Aunque estoy absorto de paisajes
y de fábulas - que son mi riqueza –
te encuentro todavía en los primeros años,
te redescubro, casi íntegro,
sembrando tristeza con tu nombre,
culpando a tu piel de la intemperie,
respirando a suspiro lleno
aires con banderitas
hechas de niebla trémula,
confidentes del frío.

En vano esperabas al gorrión,
que te rescate el canto
y te ponga pendiente del cuento azul,
que comience: "ERASE..."
y buscaste sitio para un juguete

en el absurdo casillero de la esperanza.

Empero el torbellino social,
que nos escondió perentoriamente,
estás frente a la mirada inmensa de la vida,
con pálida credencial
de muchachito acurrucado,
subsumido en el hoyo prematuro,
de esos que abundan en la pobreza;
escurrido del tiempo,
aguaitando la llegada del futuro,
empozando en tus pequeñas arterias
la certeza del llanto,
ya sin sonido,
de tanta costumbre al dolor.
!Estuviste cotidiano en mí,
como personaje casi mágico!
¿O yo estuve y estoy en ti
tratando de desgastarte
con derrumbos de sombra acumulada;
y aligerar el peso de sucesos
que agobian mi espíritu todavía,
igual que fardo lleno de secretos,
liado adrede con olvido y silencio,
para que se pierda,
por conveniencia?

Al desgaire los cabellos,
lisiados a la altura húmeda de los párpados,
enredados con ensueños de golondrinas,
que en aquel tiempo...
siempre ariscas y fugaces.

Carita de flor ajada,
testimonio del trasiego de siete años,
en articulación monótona
de ayer y de mañana,
anverso y reverso,
idénticos en olvido...
y seguir respirando...

Alguna vez una caricia,
una palabra suave,
que aún te viven encaramadas en el alma
como altavoz de saudades.

De tanto patear la sombra,
como pelota de trapo;
tropezar con la desventura
y con tantas cosas negadas,
los zapatos siempre rotos,
descuajeringados
y de color gris;
eran como bostezo largo
para amedrentar el tedio.

Los pantaloncitos cortos
a la altura del frío
parchados con paciencia,
aguantando dobleces y zurcidos,
obligados a resistir el contratiempo,
el larguísimo plazo del mañana,
en repetición insípida;
que a veces, irreverente...

¿Hasta cuándo?...

Colectando reminiscencias,
sacudiendo la pátina del tiempo...
te descubro a la hora de las estrellas
bajo el farol
de la esquina Espejo y Villarroel,
en Riobamba de mitad de siglo.

Una silleta vieja
te servía de escritorio
y para atrapar la luz del farol,
a veces la luz de la luna,
colgada suavemente
desde las nubes
hasta tu cuaderno;
y sentado sobre una piedra de la acera
completabas las tareas escolares...

Sin importarte las burlas y habladurías,
ni hacer caso de sarcasmos;
igual que de la agresión del frío
y del gesto rencoroso de la noche.

Primero fue el asombro
iluminando la conciencia con augurios
en mi razonar infantil;
después, tanto afecto
desbordado en mansedumbre amical;
inventé consignas, artificios,
para estar cerca de ti.

Alié mi voz a tu nombre;

alguna vez detuve el temblor de tu mano
acunando en él una sonrisa fresca,
y el agobio de tus pupilas
con una constelación
de cuentos limpios;
anduvo mi silencio
con tu silencio, juntos,
en el itinerario vespéral:
la silleta, el cuaderno, el lápiz...
de la casa a la esquina,
copia, lectura, repaso, memorización;
y el retorno de la esquina a la casa,
arrebujados de sombra.

Pero llegó una noche siniestra:
su áspera cantera de tinieblas
rodó sobre la luna y las estrellas;
en la calle el viento
serpenteaba estragante, ruidoso,
y hasta el farol temeroso
se ocultó detrás del poste;
noche en que te escamotearon la silleta,
que fue apoyo de tu infancia,
confidente fiel de esfuerzos y decisiones,
trasminada de secretos
y júbilos de estudio.

Se dobló la imagen de la vida,
sentí tanto dolor adentro,
que mi alma llameaba
igual que tu respiración.

Corrimos... con súplica en los labios.
Corrimos... con llanto en el martirio inaudito.
Sacudimos el viento con brazos frenéticos
y con toda nuestra incipiente energía;
nuestros gritos trizaron la sombra,
como a cristal nefasto.

Pero cuando negaron
la entrega de tu pobre mueble
con abuso inaudito;
y fueron inútiles llanto
y desesperación,
oí en chasquido cortante
el fustazo de una gran maldición:
rugido con temblor de rabia
para pulverizar la noche,
estallido del alma
con ansia de fulminar la perversidad.

Fue una palabra con punta de acero,
gigante de odio y desprecio;
rodó en tumbos furentes por la calle,
chocó vertiginoso
en las torres de la infamia citadina,
sus pedazos hicieron remolino
donde medra la sevicia.

¡Y. Después!...
Te contemplé:
¡Inolvidable figura!...
Vencido, lúgubre, como anonadado,
mordido por la noche,

aterrado por la perfidia humana;
entraste vaharante en la casa,
como si te ahogara tanta sombra,
o que llevaras al cuello
los colmillos de una bestia.

Al final... Todo silencio:
esquina soledosa de barrio impávido;
el farol continuaba amedrentado
con oscilación cobarde,
la noche crecida en espectros de negrura,
la luna girante en vacíos,
escondidas las estrellas
como en súbito naufragio.

Te confieso que anduve con brusquedad,
anduve toda mi vida sonámbulo
por andariveles dilatados por el dolor,
en contraviento,
contra la canalla,
contra...

Mientras pasaban los años
y el tráfago convulso de los hombres.
Y tú: constante en mis recuerdos,
como en carne viva,
accedido en la conciencia,
retenido en el alma

Y, ahora... Te encuentro
!Oh, muchachito,
camarada de mi lejana infancia;
Se han deslizado los años
arañando tu piel,

igual que tú por derroteros extremos,
hollando angustias, luchas, victorias;
amaste, odiaste, sufriste.
Muestras cenizas en las sienes
y también alas caudas
de golondrinas... oníricas.

Te encuentro vertical
sobre el orgullo y el júbilo.
Tú que estuviste
en la frontera del odio,
en el borde resbaladizo del abismo,
en el friso de la tiniebla,
al filo del vaso de miserias,
donde fermentan el infortunio
y las incógnitas sociales.

¿Tu venganza juzgó a la sociedad?
¿O la perdonaste con bondad
para cicatrizar tus llagas
y romper los sombríos lazos del pasado?

¡Te engrandeció la lucha!
¡Te significó la esperanza
que siempre te enseñó una estrella!

Y sabes como te mira la gente
por hendidias del recuerdo
desde la esquina del barrio;
como te mira la historia de Riobamba:
descubierta la cabeza,
en gesto de triunfador.
Gran señor de corazón y espíritu.

Hoy que te siento subido
sobre el gozo de mis sienes,
te entrego en estos versos
mi palabra hecha saludo y aplauso,
como brazo levantado en alegría,
como bandera que ondea al viento,
como lámpara encendida.
Sublime campaneó del alma,
sobre el turbión de la vida.

AL ECUADOR

Yo te comprendo Ecuador.
Y te sufro.

Te sufro Patria mía.
Pueblo profundo:
médula y calcio míos,
desde la alcurnia del sol,
que señorea en mis sienes,
los domos pétreos de las toilitas,
hinchadas de corazones,
y párrafos de historia limpia;
la estatura de la Cruz,
la plegaria castellana,
apta para pensar eternidades
y resurrecciones,
dilatada hacia ritmos arcanos.

Va a ti mi pensamiento,
en clave de huracán, solfataras,
y espiral de grito inmensurable,
desde las colosales proas de los Andes,
coronadas con rocas en rojo estupor,
humilladas sólo ante Dios,
las crioturbaciones de los volcanes,
cimentados en fuego sin frontera,
la majestad del páramo y breñales,
llovidos de siglos,
donde arrecia el granizo,
el firme rencor del relámpago

desplomando súbito la luz,

y la esplendorosa heliofanía
del trópico vertical.

Hoy todo tatuado de escombros, duelo, infortunio
y el lloro de los cóndores,
humedeciendo
el peñol en tristeza grande.

Te entrego mis sentidos
en curvatura de abatimiento y desnudez,
próximos al exterminio
por la espesura estragante del miedo;
clamorean con el deseo de encontrarte,
cabe el limo frumental,
invalidado por tómulos de salitre:
sudario y guardián silencioso
de huesos en arboladura,
con edad de historia milenaria;
porque ansío que ascienda,
levante el criptal de los antepasados,
delante de tu imagen;
la memoria y el pulso
jadeen en clamores de gloria,
vuelos hacia el mañana nuevo.

Pongo el afecto
en la misma dirección del agua,
sedienta de la geometría azul del mar;
en cuyos ángulos y rompientes
se esconde la savia huidiza
por el estrago estridulante de las máquinas,
que degüellan el alma

y olvidan el espíritu del hombre.

Lanzo mi palabra
desde el vértice de las torres
y la exúbera vaharada de la manigua,
en desafío del viento asmático,
arrugado,
espesado de humo,
atezado de gases,
que asorda el tañido de la guitarra
con estribillo de angustia,
trepa a la sal amarga de los párpados.

Llego a ti en noche desbordada,
dominio de la tiniebla,
que oculta la sonrisa de los luceros;
donde sólo el frío galopa
aristado de violencia y crimen;
los ecos ciegos de la soledad,
preparan el silencio de la muerte.

Pongo mi beso
en el germen, la flor, la espiga, escasos,
desalojados del hortal,
por los gritos artificiales,
del otoño sulfúreo,
que espectral derrumba el presente,
sobre la miseria hecha paramentos,
y domos de hambre,
masticando el futuro.

Pero también te entrego
mi esperanza iluminada.

!Oh, Ecuador.
Ave Fénix de América!
Tu noche quede atrás.

Renace y vuela libre
con emoción vertical por lo grande
y ansias de infinito,
vuelve hacia el tiempo de la luz,
al espacio de la justicia
y la verdad inmortal.

Desde mi humilde barro
que sabe de llanto,
transfigurado en cristal pluralizado
y sin orillas,
te imploro:
!Despierta Ecuador!
La historia es vértigo de lucha,
es pelea que va más allá de las tumbas,
tu fuerza y resurrección
están en la juventud,
en la fe para vencer.

Juventud ecuatoriana:
espíritu y corazón,
pensamiento y acción,
imantada de eternidad,
modelada en el derecho,
la ciencia, la esperanza,
el alma en santa rebeldía,
nutrida de honradez y sapiencia,
la recia decisión de triunfar.

La juventud escribirá la historia
en rojo viril,
al son de clarines: platino y bronce,
sangre y honor;
prócer, soldado, científico, líder,
cobijados con la bandera tricolor,
en las jornadas de trabajo,
en las sublimes epopeyas del espíritu,
en el sacrificio,
en la victoria

La juventud volará a las fronteras
y hará la hora de la vindicta.
Basta del Caín siempre en acecho
y el Ecuador siempre retrocediendo,
acurrucado
entre la vertiente oriental de los Andes
y el mar Pacífico;
apenas pedacito de cielo,
arruguita de América.

Ornamentará la biografía de la Patria
con misiones sublimes,
su palabra robusta
y profética,
con la hermosura de las cuatro regiones,
la antífona de los vientos puros
llegados de los mármoles blancos de las cimas,
la exuberancia rumorosa de la costa,
la augusta intrepidez del océano
y del Amazonas - río nuestro -.

La juventud,

anulará la fuerte tempestad,
que nos gravita hasta el ahogo,
con la firme, irresistible y pronta
práctica de las excelencias;
en su puño y su cerebro
la evidencia inmarcesible de la dignidad,
la justicia, la gloria;
en la vanguardia de pleamares sociales,
en la madrugada del futuro,
en la proyección de un Estado.
 Soberano,
 Orgullosa
 y Eterno.

A MI PATRIA

Patria, yo te bendigo porque todo te debo;
mi identidad contigo sonoriza en las venas;
dentro la sangre ardiente en turbulencias te llevo
o como sinfonía con aleluyas plena.

Llevo el antiguo impulso del seísmo, que se expande
de la carne al espíritu, asombros ancestrales
por el vertical beso del sol sobre los Andes
y la fuerza del trueno de ignicentes señales.

Tengo de tu manigua donde hiperlucha el hombre:
montubio, campesino, pescador, artesano;
pernocto en los oteros o en recintos sin nombre,
deslumbrado de trópico y ungido de océano.

Milito tu ideario dictado por volcanes,
tal vez por picaflores ahitados de eraje;
y con raudos fragores de altanos huracanes
derrumbas en mi oído tu colosal mensaje.

Mantengo entre los labios dulzuras del lenguaje
Puruhuay y la antigua soberbia castellana,
en mi pupila el ansia suprema del paisaje,
en los pies la sencilla vocación hortelana.

Consustancial en mí la piedra de tus templos,
la adustez de tus cimas con nieve cegadora,
el gavilán rumbo de tácticos ejemplos

de libertad, que anuncia con ala triunfadora.

En mí tu honda cascada de insosegado grito,
que percute en fragores de basaltos y abismos,
el turbión que desata su feral apetito
de estragar los confines con negros paroxismos.

El palpitar profundo del mar, la jerarquía
del farallón hirsuto, que el azul atalaya
con violento deseo de abrazar lejanías
o desatar espumas de frescura en la playa.

Para ti se agiganta mi amor dentro del pecho,
y con savia de estrellas mis deseos depuro;
siempre en rumbo a ti voy por camino derecho,
cabe tu plenitud, tu esperanza y futuro.

Me llegan desde ti mis afanes y anhelos,
transfiguro por eso mi nostalgia de asceta
en plenitud de luz, canto, ufanía, vuelo;
soy por ti transparente, sibarita y esteta.

Porque me hiciste dúctil y enseñaste a ser bueno
cultivo la sedosa lubricidad de las rosas,
la amistad cotidiana con los seres pequeños,
la oración que redime la muerte de las cosas.

Yo estoy en la turgencia del surco, en la esteva,
y soy el testimonio del Jaguay cuando invoca
el indio a Pachacámac y a Cristo; o cuando lleva
su ración de plegaria y el pan para la boca.

No es casual esta carne, con alma estremecida,

y este vuelo en plumaje de luz y poesía.
Es por ti Patria bella. Es por ti Patria Vida.
País, sustancia, Patria. Verdad de cada día.

A RIOBAMBA

Para cantarte
mi espíritu ha bebido de las gárgolas del espacio,
donde fluye el tiempo
peregrino de calendarios galáxicos,
desde su hontanar absoluto,
con el supremo impulso de la vida.

Busco tu biografía,
deletreando el tatuaje milenario,
que escribieron en el ónix toral del Chimborazo
los tiritantes dédalos de los cometas,
los marmóreos bólidos sonámbulos,
los fragmentos de mundos ya sin brújula,
navegantes en oscuros ventiscos de vacío.

Descifro tu heráldica
en órbitas de huracanes ululantes,
en su columpio por vorágines de basalto;
en los lomos de tus páramos bravíos,
cincelan los espasmos del abismo;
en las contorsiones furentes de los sismos
ingrávidos de estragos
y de tus natividades resurrectas;
en los rojos estandartes de volcanes,
que alumbran las cavernas del firmamento
con ignicencias de eternidad;
en la polifonía lírica del paisaje,
que bendicen la existencia de tu pueblo
blasonado de trabajo.

Ubicado al centro de tu entraña in exhausta
oigo el bramido colosal de los Andes,
que rompen los vitrales del vacío,
retando al infinito.

Nutrido por el exotérico cardumen de tus días,
sustancia de holganza y transparencia,
destapo tu ánfora de leyendas y ensueño,
virtudes como templos constelados de maravilla
y grandeza,
mensurables sólo con derroches de luz.

Por ti siento en la frente
el tacto liviano de los astros
en ufanía de arpegios
y abordajes de cristal;
la fogata súbita de la centella,
el meridiano tropical
ardiéndome todo en azul y rojo;
lontanías en profundidad atónita,
fermentando borbotones de nieve,
me hacen crecer más allá del éxtasis.

Riobamba:
magna solera patriarcal,
recinto de almas grandes,
sibarita de auroras
para el gozo cotidiano
y la orgía del sol.

Tu nombre, anterior al rocío
y a la cortesía,
comienza en la pupila comba de la espuma,

en la galanura espejeante del agua,
y en la insurrección de nardos tremolantes.

Tu nombre tiene el sonido predilecto
de rosas que ondean
sacudidas por rubores y frescura,
bullicio de orvallo
en la intimidad del trébol.

Tu nombre es la sonrisa
más sutil de las cosas;
rumor de estalactitas verdes
arquitecturadas por el capulí y el eucalipto
cuando están traspasados de luz;
tremor de campanas
besadas por la brisa;
curvatura solemne de cóndores
deshilvanando nubes
con soplidos voluptuosos.

Riobamba:
Te pronuncio
con amor que hace posible la ternura.
Te digo mía,
y mis labios rociados de delicias
rebotan suavidad,
élitros de incienso en densidad de aroma,
el verbo más puro de la fe.

Te proclamo, y es como
flamear una bandera ilesa
sobre el domo más alto de la historia,
o moldear en la sien

el fuego de esperanza
en trance futuro.
Grito tu nombre:
para que vibren los tímpanos celestes,
navigue tu verdad entre los astros,
suene tu existencia
en la infinita armonía del cosmos
en el rito imponderable del hombre universal.

Te declaro Ciudad Madre,
y mi voz viaja a un ayer altísimo
en bajel de excelencias,
movido a ritmo de vértices
mi alma se atavía de dulzura
para sorprender con besos las tumbas
que ahuecaron el tropel de los siglos,
y saber que eres infatigable
en la caravana donde camina Dios.

Riobamba: Ciudad de las Primicias,
tu materia de gema grande
estuvo ya en el latido primordial de la Patria,
cuando Agosto hundió en las riberas de Colta
sus párpados de estiba sorprendida
ante el imperio de la espada y la Cruz;
cuando la línea del arco iris
signó los yacijos de Tapi y Agüisate
para tu almo reposo;
cuando Noviembre y Abril pasearon sus alas nacaradas
por los hombros turgentes de la fama.

Aún estás en la edad de la flor
cuando mueve sus hélices de perfume;

del trino, que derrama su llovizna dorada
cuando el huerto arrodilla su oración de claveles;
de la guitarra, cuyo vientre de cristal núbil
desata boletines de ensueños agoreros
entre cortejo multífono de esperanzas;
de muchacha leve,
que camina a la altura de la brisa,
indumentada de aurora,
víspera de la estrella,
para un jolgorio con ángeles de azúcar.

Porque todo eso eres Riobamba,
con jerarquía paralela a la grandeza,
al paisaje de oteros que afanan el eraje,
brazos desnudos para la cosecha,
turgencia de la nieve amartillando misterios
y su viaje por ríos hortelanos,
detenidos sólo en el pulso horizontal de la llanura,
donde se alza la línea plural del surco
para alardear la vestidura verde
con la que danzan el trigo, la cebada,
presididos por el maíz,
transido de secretos ancestrales.

Ciudad, ciudad Arcadia:
por tu costumbre de bálsamo,
albura imperturbable,
pródiga al resplandor del espíritu,
en bonanza señorial,
íntima al libro, al plumón y al nardo;
por la tenaz codicia de ser corola,
esbelta alegoría de alas en vuelo.

¡Ah, Sultana! ¡Niña arrogante!
Sustancia bienaventurada de primavera,
apta para la eternidad,
advenida en el soplo feliz
de un agosto destino,
cautivada con amor en el topacio
de la llanura ufana y cariciante
- sumisa sólo a tus designios epónimos -
gravitada por aromas,
tañida por gorriones de vidrio proceloso.

A veces tengo miedo que te desvanezcas
en el fulgor de algún amanecer;
en mi trasnoche corro a ti y te compruebo:
suave, suavísima,
hálito cuajado en resplandores,
cristalina, límpida, bellísima,
apacible, noble, misteriosa,
suspendida delicadamente
de la pupila absorta del plenilunio.

Veo tus obreros que trabajan
al son de himnos profundos,
arrancan a las cosas su alegría
en esquirirlas de frenesí brillante.
Yo pongo sus manos a la altura del beso
para calmar mi sed de Patria Grande.

Veo tu juventud en fragor de transparencias
golpear con la frente
los vitrales de verdad y sabiduría;
encienden estupores solemnes ante el futuro,
aptos para hazañas verticales del espíritu,

rescatan la emoción de lo bello,
semillan al apogeo triunfal del progreso.

En ti los inexhaustos relámpagos del ideal
sin tiempo ni medida,
la cópula constante de la libertad con la vida,
los gérmenes manan energía
desde sus sótanos secretos,
los frutos resurrectos
desde más allá del crepúsculo
y los naufragios sociales.

En ti la yema de la bienaventuranza,
el crisol amplio y firme
para forjar la pluma,
la tribuna;
tuya, también, la ingénita necesidad de torbellinos,
de cumbres
y abismos
cuando la justicia desnuda sus heridas.

Para hacerte más fuerte,
es verdad que vives
circuida por murallas de basalto,
jineteas corceles gigantes de nieve
yergues tu voluntad de vida,
superando los andariveles del vuelo,
anulando los límites
vórtices y tinieblas,
para llegar ilesa
donde dialogan la eternidad con la historia.

!Tumempalla! Recorro tus caminos

guarnecidos por juncos y retamas,
por donde te llegaron, clandestinos,
el inca y el español;
llego a las glorietas luminosas de tus tambos,
do pasaron , a pleno sol,
los frutos plurales de la tierra,
los mandamientos de los dioses
y la fatiga cobriza de la raza
que proselitizó al sol.

!Abuela Liribamba ¡ Levanta tus cangaguas
pulidas con amor para la dulzura,
quiero oír el sonido de tus manos orfebres,
leer el vigor de tus secretos ancestrales
alma adentro,
entraña de tierra adentro,
ceniza de hombre adentro;
quiero subir, devoto y exultante,
a tus adoratorios y pucaráes,
paladear el amanecer de tu cultura,
las satisfacciones del Ayllu;
y dejar mi testimonio de lealtad.

Abre los espejos de la Ciudad de las Delicias
y plántalos delante de mi alma,
que pueda palpar
el índice preciso de los Duchicelas,
señalando la Nación Quiteña;
me traspase el fervor de su aliento
perfumado de retama y capulí,
su pulso con volúmenes de ensueño;
afinenme los labios el tremor
de su vocativo inmenso;

y luego descenderé en los torrentes que mojan
la sombra del silencio,
las hileras del olvido,
los sepulcros apagados.

Me exultan cada célula
las resacas impetuosas del recuerdo,
igual que el rumor rubio de los frutos
oriundos de tu barro,
amasados con gozo
con las vaharadas del labriego:
camarada del mirlo, del buey y de las nubes,
que ungido de limo y de simientes
llena la vecindad con jornadas de esteva,
desde la cenefa mínima de la aurora,
hasta el soplo oriental de la luna,
con el aplauso del sol, que se inclina
a pintar tus prados y colinas
con acuarelas metálicas.

Voy a plantar mi alma en tus esquinas,
que esté majestuosa, firme,
vestida de aniversarios sucesivos;
para provisionarme de colmenares
y abundosos lugares de felicidad;
sea como aviso vertical, ancho, profundo,
heraldo de presagios gratos,
maestro en la convicción del sosiego,
guardián de la amistad;
para contemplar, reverente, tu paso hacia la gloria,
tu permanente comunión con la bondad,
con la verdad,
que anteceden a la nobleza;

también, igual al rocío que registra
el espejo quebrantado de silencios,
pondré la suave salivilla azul del verso,
o la oración pequeña y genuflexa
en tus soledumbres y tristezas.

Apoyaré mi espíritu
y su sombra definitiva en tu Catedral,
que llegó viajando en carretas,
con sus piedras prosternadas ante la hecatombe,
blancas de nostalgia,
sus barrocos místicos degollados;
más, como resucitada al tercer día
de los fondos del dolor y agonía,
después que los ángeles del espanto
sacudieron sus relojes estridulantes,
en la orilla de una noche de colmillos negros
para descuajar el cerro Cullca,
acribillar las arterias de la ciudad bienamada,
desnudar el llanto y el martirio
hasta la soledad más densa,
los altamares de la muerte,
y la putrefacción del gemido.

¡Sultana mía!
Hoy me acerqué más íntimo,
para palparte con el corazón blanquísimo
y la sangre omnisensitiva;
arrodillo en tu oído mi colección de hosannas,
la digital heroica de los himnos,
la danza nivosa en alero de palomas,
y un pomo con vino alquitarado en luceros
para tu aniversario de Abril.

Escúchame Riobamba:

Tú sabes que te pertenezco íntegro,
desde antes y después de mi carne
con su algarabía de células;
y de mi alma
con su inquietud permanente de infinito.

Mi cometa de ilusiones
otea desde siempre
la recta tersura de tus calles,
corretea en tus contornos hortales,
donde sigilosas y ustorias
sobrenadan las tardes;
se ufaniza en la plenitud del verano,
cuando los tejados se ponen sonrosados
y sienten el goteo de la sombra,
silabeando mansedumbre,
o deslizándose por pentagramas de silencio
hasta la paz familiar.

Porque con un sabor exquisito
en paladar profundo,
de anhelos definitivos y precisos:
amo tus parques, coleccionistas de trinos,
para arrullar al sol que dormita
en los muslos ampulosos de la brisa inocente;
amo los párpados anchos de tus templos,
donde la pupila de Dios
se humedece de cirios y suspiros;
amo tus colegios uniformados de tiza,
alineados junto a la tribuna,
al pie de los blasones;

amo tus sábados
vestidos con ponchos y polleras
que hacen gestos de dignidad campesina,
días en que rubrico mi saludo
en la carita alegre de las hortalizas.

Sabes de mis insomnios:
charca de felpa levísima
donde se empozan mis secretos,
se hacen ondas azules tus venturas,
me docilizan tus hechizos y donaires
con ademán de lámparas del alma.

Y, aunque me dicen que te falta mucho,
y te atraviesa un gesto de sombra dolorida,
yo te amo,
así, de pie,
con toda mi ración de vida,
el corazón plural de impulsos y respuestas,
las manos llenas de espigas y creencias,
las pupilas anidando alegría de tiempo perfecto;
porque eres mi verdad y mi medida,
limitada al Norte por la belleza azul,
al Sur por una invasión de manos y latidos
con ansiedad de caricia.

Pongo mis labios en tu pan:
febricante de urgencias
atersurado de anhelos;
pongo mi palabra para que la uses
en todas las alternancias del tiempo,
donde siempre te esperará mi orgullo
multiplicado por gozo caudal,

y con mi manera predilecta
de entregar a medio día
materiales de espíritu
desde un costado de la vida,
que mana amor vertical
más grande que el delirio.

A RIOBAMBA

CANTO PRIMERO

Canto tu panegírico
frente a la majestad del universo;
mi espíritu se desnuda
en floresta de resplandores,
bebe del inexhausto océano de la verdad
y de la Historia,
vibra lírico en los panderos tropicales
y los estridulantes apogeos de la energía.

Alzo el pensamiento
en significación de orgullo,
con el supremo impulso de la vida,
desde el invulnerable amor
sito en almenaras y paramentos niveos
que guarnecen la Patria.

Leo tu biografía,
fanal en geometría milenaria,
escrita en el ónix toral del Chimborazo
por marmóreos bólicos sonámbulos
y fragmentos de mundos ya sin brújula,
navegantes por ineluctables ventiscos de sombra,
en lucha con estallidos de vacío.

Descubro reverente tu heráldica
en las voraginosas órbitas de los huracanes,

donde se columpia el cóndor,
en el basalto de los páramos bravíos,
cincelados por la epilepsia de los sismos,
en la roja ignicencia de los volcanes,
que alumbran los pórticos del firmamento,
en la polifonía coral de los valles,
que bendicen tus natividades
y resurrecciones,
y donde retumban los himnos
de la vida, la fe y el trabajo.

Ubicado al centro de tu entraña fecunda,
igual que centella absorta
redimida con tactos de ternura,
presencio la ronda inmensurable de los Andes,
que rompen vitrales del enigma sideral,
y retando al infinito
te entregan espesuras
blanquísimas de belleza.

CANTO SEGUNDO

Tu nombre anterior al rocío
y a la elegancia insombre del diamante,
comienza en el parpadeo de la espuma,
cuando los trineos galantes del río
ofrecen su cortesía de frescura,
en la dulce insurrección del colibrí,
cuando siente en su pupila
la emocionada pausa del asombro,
en la distraída danza de la brisa
y sus ocurrencias alegres
sobre el polen del nardo.

Tu nombre es el sonido predilecto
y amigo del pan sobre la mesa,
ondeo ruboroso de la rosa
en arriate de enero jubiloso,
bullicio de orvallo
en la intimidad agorera del trébol,
tañido de violines
con encordadura de arco iris.

Tu nombre es la sonrisa perfecta
de luciérnagas voluptuosas,
rumor de caracolas frenéticas
pastoreadas por la menta y la retama,
cuando están enjoyadas
con sortijas de luna,
glisar de velones que oran
bajo blancas galaxias de incienso,
curvatura solemne de águilas
en rauda liturgia de victoria.

Pronunciarte con amor
R - i - o - b - a - m - b - a,
hace posible la ternura;
te digo CIUDAD MIA
y los labios estrenan deltas de suavidad,
triunfan las delicias,
algo como un incendio de emociones,
élitros vibrantes de hermosura,
densa fabulación de aromas;
y la palabra se involucra
en misión de plegaria.

Proclamarte desde el vértice del delirio

es dibujar un salmo
con el estambre del primer lucero,
flamear una bandera ilesa
sobre el domo más alto de la Historia,
o multiplicar en la sien del pueblo
fechas purísimas en revuelo de esperanzas

y en trance de futuro.

CANTO TERCERO

Mi alma viaja a un ayer altísimo,
en bajel de excelencias,
movido a ritmo de armonías cósmicas;
se opulenta de nostalgias y recuerdos
para sorprender con besos los criptales
ahuecados por tropel de siglos,
y saber que eres infatigable
en la caravana donde camina Dios.

¡TUMENPALLA! Recorro tus caminos
guarnecidos de leyendas y venturas;
desplegó en llamaradas mi conciencia
sobre las glorietas de tus tambos,
adoratorios y pucaráes,
por donde pasaron en plena heliofanía
tus grandes generales puruháes,
portando el mandamiento de los dioses,
la fatiga cobriza de la raza,
que proselitizó al sol.

!Abuela LIRIBAMBA!

Me humillo a nivel de tus cangaguas,
pulidas con amor para pomo de dulzuras,
para oír el sonido de tus manos orfebres,
leer el vigor de tus secretos ancestrales,
entraña de tierra adentro,
cenizas de hombre adentro,
alma de pueblo adentro;
paladear el amanecer de tu cultura,

la magia creadora del Ayllu.

Abro con emoción
las fuentes y jardines
de tu CIUDAD DE LAS DELICIAS;
a través de la distancia,
el índice obsesivo de Cacha y Duchicelas
señala la NACION QUITEÑA;
su vocativo inmenso afina el pensamiento
con volúmenes de añoranza.

Cierro el corazón a fuerza de crepúsculos;
desciendo por torrentes de sombra;
golpeo la frente
en los ictéricos túmulos del olvido
y en los sepulcros apagados por el tiempo.
... Me llueve el silencio...

CANTO CUARTO

Agosto abrió sus claras pestañas
de estiva sorprendida
cuando en LIRIBAMBA
se detuvo el tiempo,
para escribir con modos sorprendentes
la primera página
de la Historia Nueva.
Acuciado de audacias y aventuras
Diego de Almagro
plantó el estandarte castellano
para el imperio de la cruz y la espada,
revificar la hidalguía
de Don Rodrigo y Don Quijote;

desde el corazón de la novísima ciudad,
rebotó en los confines cobrizos
el majestuoso idioma español,
con el transitivo tesoro Greco-latino;
la Juglaría,
patrimonio mayúsculo de Iberia,
la poesía estrófica y monumental
de Lope, Góngora, Zorrilla ...
Lenguaje con vibración dulce
de zampoña, lira, castañuela y guitarra,
o revolante relámpago de luz,
nacido en los torbellinos de la carne
y en los abismos de la vida.

!RIOBAMBA, LA ANTIGUA!
Magna solera de estirpes grandes,
acero y piedra nobles
fraguados por aire vertical de estrellas,
sensitivo frumental de bondad
fragante a lo divino,
campaneo en plenitud de ensueño,
sibarita de auroras,
para el gozo cotidiano del hombre
y la orgía del sol.

Ninguna como tú, RIOBAMBA LA ANTIGUA,
ciudad hecha para la albura apasionada
por varones del tamaño de la fábula
y de la gloria,
y por mujeres en tregua de magnolia;
turgencia de espuma intelectual,
en presagio de torrente imperecedero;
ancha espiga social
bruñida con esplendor de espíritu,
íntima al tacto profundo del libro
donde espejea la belleza
y se anida la sabiduría;
y a los templos
obsedidos a la costumbre de bálsamo,
la tenaz codicia de ser corola,
esbelta alegoría de ala en vuelo.

CANTO QUINTO

En el día falso,
4 de febrero de 1797,
el repugnante garfio de la muerte
apagó la luz del sol,
cuando apenas besaba las torres de tus templos.

Fue el incesto clandestino de la tiniebla
con la ciega lujuria del estrago,
el irrefrenable triunfo
de monstruos invisibles,
que en cuadrigas desbocadas
hicieron tropelía en la ciudad;
víctimas de látigo demencial
las piedras de los templos
cayeron de rodillas
a los pies de la plegaria vulnerada;
sus bronces rodaron en desconcierto,
sacudidas por jadeosas mandíbulas
de lobos hirsutos y rabiosos,
azuzados desde siniestras cavernas de ira;
Kaly ladraba implacable
a la belleza, al amor, a la paz;
y colgada del odio
y la intemperie,
sin saber qué más hacer,
mordió el centro visceral del Cullca,
para ahogar el pavorido grito de la gente.

Obró la muerte su ritual de osario,
derrochó sus misterios pavorosos
en la llanura desbordada de llanto.

Riobamba convertida en ancho foso subterráneo,
en clima de pánico,
corazón yacente en el destiempo;
nombrarla era profanar
la angustia de un cristal extraviado,
evocar un poema heroico
borrado por la noche,
degollar la elocuencia de la luz
prófuga en una estrella solitaria,
romper el sello del azul brillante
con aviso de música supliciada
en rincones de estupor.

CANTO SEXTO

Después....
cuando todavía el dolor
clamaba sin medida...
y el espanto,...
y el olor del vacío...
trotaban furentes
por los caminos del viento,
y doblábanse los cerros y montañas
para hacer más pesada su caída
sobre lagos de angustia
ululantes de soledad,

TU:
con inapelable vehemencia resurrecta,
con la divina alegría de vivir
para misión excelsa,
y en búsqueda generosa de exaltación perdurable,
levantaste desde la momentánea derrota,
desde las tumbas huérfanas de flores,
del museo del llanto petrificado.

En plenitud de bonanza
el arco iris cargado de destinos
te guió en el éxodo,
y fijó su parábola de esperanzas,
en fascinante gesto definitivo
y suntuoso ventarrón de gloria,
la anchurosa llanura de Tapi – Agüisate,
para escenario seguro de tu lustre.
!RIOBAMBA LA NUEVA!

Aquí el orgulloso Noviembre
y el Abril inimitable,
en resonancia de púrpura fulgente,
posaron sus alas libertarias
con claro estilo de victoria
sobre los túrgidos hombros de tu fama.

Bienaventurada la llanura que te sustenta,
sumisa sólo a tus designios epónimos,
pulida con franqueza
por soplos de viento
llegado del mosaico colosal de Oriente;
y es de verle como cultiva
con sonrojo romántico y refinado
las rectilíneas calles
donde se refocila el sol poseído de dicha,
o cuando hay rumor de luna insomne
que hace fama a Vivaldi.

CANTO SÉPTIMO

¡Ah, SULTANA ¡ ¡ Niña arrogante ¡
Indumentada de anhelos aurorales
caminas a la altura de la brisa,
víspera de las estrellas.
Estás en la edad de la flor,
cuando mueve sus hélices de perfume,
del trino, que vierte aleluyas doradas;
del huerto, que arrodilla
su oración de claveles ante el sol;
de la guitarra, que desnuda su vientre de cristal
para una ronda de emociones

y un jolgorio con ángeles de azúcar.

Para ser más fuerte y bella
es verdad que te renuevas
fértil de primaveras;
instigas un escándalo de basaltos
para tus retablos con góticos colosales,
donde los dioses del arcano
tienden sus mantos terciopelados
de carámbano y platino relumbrantes,
y te dan su saludo cotidiano;
te yergues propicia de vida,
superando andariveles de éxtasis,
haciendo escarmiento a las nubes vagorosas,
anulando vórtices y tinieblas;
y vas ilesa, en cita ávida al destino,
donde armonizan la eternidad
con la Historia.

Tu verdadero espacio es la jerarquía
paralela a la grandeza,
es la parte de Dios
hecha riqueza de sabiduría,
escalones de heroísmo y libertad.

CANTO OCTAVO

A veces tengo miedo que te desvanezcas
en competencia de resplandores
con los amaneceres;
en mi trasnoche corro hacia ti
y te compruebo bellísima y firme,
en diamantina apostura;
límpida y fabulosa,
como una metáfora
encerrada en hálito de Sílfides,
sustentada por la virtud de Ondinas;
plástica y sensitiva,
fundida en el aleo impetuoso de la música;
suavemente fastuosa,
como apasionada y ceñida
a la pupila absorta de un plenilunio.

Veo tus obreros que trabajan
al son de himnos profundos,
crean y recrean la alegría de los bienes;
su esfuerzo en dominio generoso
esparce esquirlas de frenesí brillante,

testimonia en servicio útil, sin fatiga,
repleta los espacios,
prolonga su potencia en el tiempo,

hace sudor translúcido de relente
y una santa rebelión sobre la piel.
Pongo sus manos a la altura del beso
para incentivar mi fe de Patria Grande.

Veo tu juventud,
Personaje – alegoría - divisa, para el futuro,
vence ineluctable la tragiturgia
del país en subdesarrollo;
dúctil para las hazañas del espíritu,
a golpes de sienes ,
abre los pórticos de la verdad,
los vitrales de la sabiduría;
rescata el significado de la hermosura,
semilla el apogeo triunfal del bien,
la razón y el progreso.

Siento los ideales:
torrentes poéticos de Dios,
flotantes sobre la naturaleza,
magna fuerza de rayos prodigiosos

o tempestad de llamas sin orillas,
que fragua y cincela en la conciencia
volúmenes de ensueños, anhelos, utopías.

El siempre fresco pulso del arte,

irresistible elación del riobambeño,
que en misión dionisíaca
comulga la soberbia dignidad del paisaje,
de exquisita luz, forma y sinfonía;
desveliza el sublime esplendor estético
desbordado en cada cosa,
exultante y violento en cada célula.

Siento la vaharada optimista del labriego,
camarada del mirlo, del buey y de las nubes,
ungido de orvallo y de simientes
vindica el hortal con jornadas de esteva,
tractor y biello,
frutos, tallos y raíces,
desde la cenefa mínima,
que la aurora pinta con motivos fecundos,
hasta el soplo occidual
del primer lucero.

CANTO NOVENO

!SULTANA MIA!

Hoy me acerqué más íntimo
para palparte con corazón blanquísimo
y sangre omnisensitiva,

para arrodillar en tu oído
la colección de hosannas
de este hombre pueblo,
hombre soñador,
que celoso guarda
la digital heroica de tu vida,
la resonancia de tus himnos;
para poner en tus manos
la pequeña lámpara de mis afectos,
y un vino alquitarado en luceros
por tu aniversario de Noviembre.

Voy a plantar mi alma en tus esquinas:
esté idílica, imperecedera,
vestida de enorme aire optimista,
provista de panales exquisitados
por la salivilla azul del verso;
sea heraldo de presagios gratos;
guardián de tus tradiciones y atributos;
contemple solícita y reverente

tu paso hacia la gloria.

Dejaré mi espíritu prosternado
bajo el frontispicio de tu Catedral,
cabe la solombría de sus piedras barrocas,
ensimismado con los ecos del arcano,

registrando tu comunión con el bien y la verdad,
que anteceden a tu nobleza.

¡ Escúchame RIOBAMBA!

Tú sabes que te pertenezco íntegro,
desde antes y después de mi carne
con su algarabía de instintos,
y de mi alma
con su inquietud permanente de infinito;
mi fantasía - cometa de ilusiones –
otea desde siempre
la ancha novedad de tus calles,
corretea en tus hortales,
donde sigilosas y ustorias
sobrevuelan las tardes;
se ufaniza en la plenitud del verano,
cuando los tejados se ponen sonrosados;
siente el goteo de la sombra,

que silabea mensajes de mansedumbre
o se desliza por pentagramas de alegría
hacia la paz familiar
y hace sortija amical del abrazo.

Porque en paladar profundo:
amo tus parques,

coleccionistas de trinos,
que arrullan al sol dormitado
en los muslos ampulosos
de la brisa adolescente;
amo los frisos y aras de tus templos,
donde la pupila de Dios
se humedece de cirios y suspiros;
amo tus colegios uniformados de libro,
alineados junto a las tribunas sociales,
al pie de los blasones;
amo tus sábados
vestidos con ponchos y polleras,
que hacen gesto de dignidad campesina;
y yo rubrico mi saludo
en la carita alegre de las hortalizas.
Y, aunque me dicen que te falta mucho
y te atraviesan enigmas dolorosos,
yo te amo,

así,
de pie,
con toda mi ración de vida,
el pensamiento plural de impulsos y respuestas,
el corazón lleno de espigas y creencias,
las pupilas, nidos de euforia alegre
y perfecta.

Pongo los labios en ti
como en pan de verdad sin medida,
fabricante de urgencias;
pongo mi palabra para que la uses
en todas las alternancias de tu tiempo,
donde siempre te esperará mi gozo
multiplicado por anhelos caudalosos
y este amor vertical
más grande que el delirio.

A RIOBAMBA RESURRECTA

Deflagrando el criptal, Riobamba renacía
con soberbia osadía.
Los Andes humillaron su níveos incensarios
a las plantas de Dios, bullentes campanarios
tañeron en rebato,
se agitaron los siglos, estriduló el mandato
de estirpes giganteas, en sus límpidas frentes
el índice más claro del porvenir, presente,
en la tensa llanura flamearon pendones
alzados con la fuerza de las resurrecciones.

Después del cataclismo
del cuatro de febrero devino el estoicismo,
comunión de ideales, sacrificio, forcejeo,
los Falconí, Vallejo,
León, Lizarzaburu, a la cabeza de ellos,
impusieron sus sellos
de grandeza y supieron vencer a los bravíos
elementos, burlar los fustazos del frío;
su espíritu altanero
fraguado en ignicencias de diamante y acero,

y en ejemplo arrogante,
superando el destino, marchó siempre adelante.

Las lágrimas vertidas forjaron lampadarios;
del colosal osario
sobrevino el estambre rojo y azul, emblema
de desafío, gema
de medular quilates y claridez constante,
buril para escribir su destino triunfante,
signo paradigmático de ideales y anhelos
para todos los pueblos,
atmósfera apacible
para las excelencias, lampo de luz sensible.

Ciudad hecha de lirios
con el fragor fragante del más brioso río;
suyos los privilegios
del connubio del sol con la luna en los regios
góticos del Altar, las rocas verticales
de fúlgidos cristales,
los retos de hermosura, que no sabe de ocaso,
del volcán Chimborazo;
su testa platinada
le envía reverentes mensajes de alborada.

Hoy te encontré en los libros de tus sabios y bardos,

en la esbelta costumbre del mirífico nardo
recién amanecido sobre esmerado arriate
en el almo rocío que en los pétalos late,
donde la sien agita
sus lagares de insomnio, en la aromada cita
de la brisa y la menta,
y allí donde los ángeles del arco iris frecuentan.

Te encuentro haciendo el prólogo del trigo en la
opulencia
del surco, cuando enero proclama su turgencia,
en el raudo saludo de ágiles golondrinas,
que el verano amotinan,
en la esbelta memoria del árbol, cuyos brazos
derruyen los ocasos,
en la infantil ruleta del trébol que adivina
los melindres del sol, la edad de la neblina.

Te he vuelto a recorrer con pensamiento ileso
y virtual embeleso,
trayéndote en los labios hábitos de panales,
las sonoras señales
de una oración que sabe
a nácar y obsidiana, la ternura más suave,
el recuerdo en langores de ensueño y fantasía,
el cortejo inocente del verso, poesía

capaz de vuelo caudo, de infinitud que anida
sobre derroche de alma y desmesura de vida.

Miradla, es mi ciudad: empapada de historia,
domo de luz ustoria,
plegaria hecha campana,
ciudad de espuma y brisa, inexhausta fontana
de arroyos dulzurados, tumulto de alborada,
constante a las primicias, a la cruz y la espada.
Absorto de pretérito, modelado de asombros,
con la fuerza sonora del Sangay yo te nombro.

Ciudad savia y linaje
bien hecha y bienvenida al centro del paisaje
toral de las montañas; ara de ufanidades
desbordando saudades;
heredad de titanes, yema de maravillas
ubicada en la orilla
de fértiles arcanos; nombre inmenso, guión
de las edades patrias, venturosa razón
para exhibir al mundo tus aortas secretas
de sabios y patriotas, héroes y poetas.

De siglos resurrecta,
la ciudad predilecta
de mi afecto, transitas la ruta del progreso;

niña del embeleso,
mimada por la gloria, ensueños y quimeras;
conduces por las cimas las ínclitas banderas
de trabajo y solaz;
dos siglos nada más,
empero tanta historia,
milagro de tu estirpe, su lucha promisoría.

BOLÍVAR

17 de Diciembre de 1830.
Los elementos glisaban
su acostumbrada sinfonía cósmica;
el sol en el cenit
con su antiguo derroche
de luz sobre la tierra;
abajo "el Mar Caribe,
azul y plata, agitado"
y agitado también el tráfago social
de las patrias nacientes.

En el supremo instante,
unimismados en grandeza infinita:
Bolívar y la gloria,
la soledad y la muerte.

“José ... José ... Vámonos de aquí ...”

En las tierras de América:
rencillas, ambiciones, odios,
royendo los vórtices bronceos
del Astro Libertador,
que agonizaba absorto
en Santa Marta,
a donde llevó su soledad,
su "intenso dolor"
y su perdón
para entregarlos a Dios.

“José ... José ...”
“¿A donde iremos ...?”

Despojado de su ternura estremecida,
de su ideal bravío,
de su envoltura de carne
ennoblecida de excelencias,
de torrentes de tiempo vital;
yace sobre tímpano de abandono
y olvidos.

Dialoga con su espíritu
en su último fervor por la Gran Colombia,
la última fiebre apasionada y santa
por la justicia
y la libertad.

!El postrer mensaje del genio!
"Colombianos:
si mi muerte contribuye
para que cesen los partidos
y se consolide la unión,
yo bajaré tranquilo al sepulcro..."

"Todo ha terminado..."
" En las últimas fulguraciones de la conciencia,
en el postrer latido de la vida..."
cuando llega "la última aurora"
está su "amor de níveas castidades"
“señoreando el infinito,
dominando la eternidad..."

... Y se va ...

Más allá de los muros del mundo,
más allá del grito voraginoso de las razas,
de la euritmia luciente de los astros;
purificado en la fragua de grandes desengaños,
en la ignicencia de "infinitas amarguras ..."

Se va ... a la paz ilímite,
al silencio insondable.

La llama anteica que rasgó la tiniebla
para el júbilo de la luz,
se extingue entre la sombra absoluta;
el "relámpago" del siglo,
se pierde en la espiral del vacío;
el visionario sublime
que supo luchar
sollamado por la grandeza,
ser fuerte, invencible ante el dolor,
está vencido por la muerte;
el arquetipo de soldados y estadistas,
que llevó sobre sus hombros
el peso del continente,
yace caído bajo el excesivo peso de la vida
y de su propia
desmesurada magnitud de Héroe.
Detrás de él un augusto cortejo:
el dolorido espíritu del hombre universal,
un bosque de escudos, banderas,
uniformes, espadas y cañones,
pálidos de estupor;

los clarines de Bomboná, Boyacá,
Carabobo, Pichincha, Junín,
mellados de quejumbre,
sumisos a la angustia,
tremantes de pavora;
la gloria, la fama, la victoria,
hieráticas y cejjuntas
como hilera de ángeles enlutados,
con su llorar inmenso,
o como catedrales de asombro
en vertical De profundis.

Pero más allá de la epopeya monumental,
en lo inmensurable,
donde el absoluto atalaya la historia
y abre sus manantíos eternos de verdad,
la inmortalidad alza en sus fúlgidos brazos
al sublime proscrito de la vida y la tierra,
como ejemplo de hombre
hasta el fin de los siglos.

CANTO A LA PATRIA.-

Aquí, al centro del mundo, la eclíptica brillante de energía y materia se exulta en un gigante pedestal para el hombre; es donde se aglomeran los torrentes profundos del tiempo, se exuberan las esencias genésicas que nutren la inexhausta calidez de la vida. La voluntad Augusta derrama la opulencia de su sabiduría.

Plúgole inagotable en su entraña bravía el trópico que impulsa pasión y paroxismo, la juventud ardiente, el genio, el heroísmo, lo ideal hecho llamas que ilumina y abraza la túrgida sustancia de nuestra noble raza.

Llegamos del arcano, lactando el caudaloso vigor de las edades, respirando el copioso perfume de la fábula. Somos destino puro, inquietud comprimida en vuelo hacia el futuro, desde el tacto de piedra absorta en el pasado, un nombre que se inicia en el barro moldeado con la lenta conciencia de ternura y sollozo

bajo el dolmen desnudo, el rumor nemoroso de los primeros mitos y su viaje de incienso por las rutas celestes, con el impulso inmenso de amor y de belleza, floreciendo dulzura al fondo de la carne, consigna de cultura como unción jubilosa y diástole de la sangre,

el tensurado impulso por lo bueno y lo grande,
la ancha fe en la justicia, el bien, la libertad,
que nos pone de pie frente a la eternidad.

Mirad, cómo a la sombra de encendidos doseles,
alta la noble testa cubierta de laureles
se yergue majestuoso y retador Condorazo
sobre los capiteles vastos del Chimborazo.
Tras de él un pueblo joven de cósmicas vislumbres
que incuba, como el cóndor, en abismos y cumbres
vortiginoso germen de vida y esperanza,
que hecha tromba gigante al porvenir avanza
por tierra Tumenpalla que era la favorita
por los manes del tiempo; derrama la florida
oblación de opulencias en los niveos altares
de las altas montañas; resuenan sus cantares
al amor, a la vida, a la tierra y al sol;
fulguran ideales; el trabajo es crisol
de altivez de sus gentes, compiten al latido
tumultuoso y tremante del volcán comprimido;
sus campos se atavían de un cardumen de auroras;
sus luchas son himnares que en las ondas sonoras
de los siglos retumban, lanzan al infinito
desde su primer credo el exultante astral grito.

Un día... Inmenso día...
En que fecundo y claro el sol resplandecía,
desatando sus galas efusivas de vida
y el impulso inefable de amor en la escondida
constelación del alma, acunada en el brazo

del soberbio Pichincha llegó hasta el Chimborazo,
Toa, la más excelsa estrella fulgurante
de los nobles quiteños, de esa raza arrogante,
hontanar de hermosura, de belleza anterior
a la brisa, al rocío, al plumón y a la flor.

Deslumbrado y altivo, transido de grandeza,
Duchicela, el Príncipe Puruhá, con nobleza
recibe de la historia la señal presagiosa
y en tálamo de cumbres fúlgidas se desposa.
Sabien que son raíces de una nación perenne,
abuelos de una estirpe cuya heráldica tiene
la esmeralda en el “llauto” ceñida en la ancha frente,
y la sangre escarlata borbotando ignicente;
abuelos de esta patria forjada entre volcanes,
donde germina el trueno y ululan huracanes,
en el feral latido de la manigua inquieta,
en la comba central y opima del planeta.
Desde el río Angasmayo hasta el torvo desierto
de Piura, hacen la patria con el ancho concierto
de pueblos que circuyen la milenaria Quito,
inmensa flor de luz alzada al infinito.

Van sus generaciones con formidables pasos
a repletar los siglos; sus claros fogonazos
de lucha y de cultura desbrozan el oscuro
farallón que guarnece la gloria del futuro.
Joven infatigable, Hualcopo Duchicela,
semejante al águila que de la cumbre otea
el horizonte extenso ... De pronto, algo le agita,

que desata su cólera y en los confines grita,
convocando a los “Atis”; sus bélicos pendones
conducen en tropel las ínclitas legiones
hasta los lindes patrios, venciendo los abismos,
hollando los nevados, rumor de cataclismos
sembrando por doquier. Se pone a la cabeza
de sus bravías huestes cuando la lid empieza;
morirá si es preciso antes que ver su suelo
esclavo, que sería mayor afrenta y duelo.

Como hinchado raudal que va de tumbo en tumbo
por peñas y barrancos, destrozando iracundo
cuanto a su paso encuentra, llegaron del incario
innumerables huestes; les trae un temerario
deseo de conquista. Túpac Yupanqui sueña
con el “Tahuantinsuyo”, pues la Nación Quiteña
será para su imperio que en el Arauca empieza,
el joyel de su honor, su estrella de grandeza.

Con jadeo espantoso, con ronca vocería,
trepan con ágil paso hacia la cumbre fría
del Nudo de Tiocajas; quieren romper la valla
que por el Sur guarnece la dulce Tumempalla.
Pero, igual que una fiera puesta sobre la cima,
impaciente y bravío espera Epiclachima,
inicia la defensa arrojando con saña
contra los invasores pedazos de montaña.
Muévense entrambos campos, entre hórridos relumbres
de lanzas, hachas, petos; chocan las muchedumbres
con aguzada fuerza que aterra y arrebata,

empuja, arrolla, rompe, hiere, desgarrar y mata.
Túpac Yupanqui, el inca vencedor en cien lides,
ahíto de victorias sobre los pueblos libres,
extrema su bravura viendo tanto heroísmo;
sus infinitas ansias llegan al paroxismo
cuando todas las breñas y abismos son cubiertos
por miles de orejones que van cayendo muertos;
y allí donde hay un hombre Puruhá que esté vivo
está la rebeldía, el desafío altivo
al dolor y a la muerte, pone el cuerpo desnudo
del combate en el punto más peligroso y rudo;
se arroja como signo del honor hecho llama
en los lugares donde su valor le reclama.

¿Cuál es el vencedor?. El que tiene en su mano
el campo de batalla, mas sabe el triunfo vano?
¿O aquel que asombra y muere sobre fríos eriales
con fervor inexhausto por no vivir cautivo,
y tórnase fanal y ejemplo redivivo?

Túpac Yupanqui va, sonámbulo, aturdido,
a ocultar en el Cuzco su orgullo dolorido;
una embriaguez de sangre, de terror le acompaña,
que le torna sombrío después de esta campaña.
A su hijo Huayna Cápac, entre los estertores
de la muerte le ordena cubrirse de esplendores,
regresar hacia Quito y destrozar la orgullosa
tierra de Puruháes. Es que hiere y le acosa,
cual lacerante arista, por lo hondo de su entraña,
la sombra colosal de la sacra montaña.

Nuevamente la Patria, desde la selva umbrosa
que baña el Amazonas hasta la mar undosa
de diafanía azul que le acuna y le canta,
sobre plintos inmensos de volcán se levanta
de alburas saturada. Es tierra bendecida
por los dioses supremos que opulentan su vida
de trabajo, de amor, de paz, de excelsitudes;
es como rebosante de armonía y virtudes,
copo de leche y miel ungido con luz pura
de luna y sol, simbiosis de bondad y dulzura.

Huayna Cápac regresa por el mismo camino
que recorrió su padre; va a cumplir el destino
señalado a su raza; tiene por escenario
las altas cordilleras, que provoca al incario.
A su paso desata el huracán de la guerra,
que empurpura los valles y la argentada sierra.
Legisla en Tomebamba: “sumisión o la muerte”;
disemina el oprobio sobre ese pueblo fuerte
donde él mismo naciera; hace con los despojos
de Cañar el valuarte y ara de sus enojos.

Otra vez el Tiocajas, cual cíclope tozudo,
pone su inmenso dorso de granito desnudo.
El majestuoso Cacha, Pintac, Calicuchima,
desbrozando las nubes, esperan en su cima,
y su cólera santa finan entre los vientos
que se tornan tormentas de lúgubres acentos.
Otra vez es la cumbre del páramo Tiocajas

soberbio pedestal para estas grandes razas;
se ofrece con largueza como obligada senda
para ir a lo inmortal. En la plural contienda
la maravilla enorme de la prócera casta
de Shyris- Puruháes, blandieron como el asta
su fe, su corazón; con feral ardimiento
entre la tempestad y el ulular del viento,
con su sangre escarlata tiñeron las arenas
por no tener sus sienes atadas con cadenas.
Al defender la patria, libérrimos y grandes
entregaron sus almas altas como los Andes,
y en medio de tremantes llamaradas astrales
pactaron con la gloria; sus másculas señales
dicen que los soberbios hijos de Tumempalla
construyen con sus pechos formidable muralla.

Se estremece la tierra, proclaman los tambores,
atronando en las cumbres un concierto de horrores,
el estridor de guerra da rumor de huracanes
que todo lo conmueve, sacuden los volcanes
sus melenas de fuego, bajan desde la altura
los torrentes henchidos de sangre y de agua oscura.
El campo de batalla comienza desde Mocha
al pie del Chimborazo, termina en Yaguarcocha
al pie del Imbabura; Píntac y Nazacota
se hundirán en el lago que vísceras borbota.
Juntos el noble Cacha y el recio Tocagón
sobre el sagrado túmulo de su ejército son
como piras excelsas que alumbran el futuro
sendero de la patria misterioso y oscuro.

Tras la nube de polvo de aquel horrible estrago,
Hatuntaqui se torna en un sangriento lago;
por eso las montañas y el páramo salvaje
con flámulas de fuego le rinden homenaje
al pueblo de su arcilla que por la libertad,
junto a la muerte encuentra su destino inmortal.

La historia así lo quiere, ya que en el paroxismo
de aqueste hórrido instante de muerte y heroísmo,
por encima del caos, su soplo omnipotente
se insufla en las dos razas para que sean fuente
de vida y esplendor de un pueblo soberano;
que se engaste arrogante en el linaje humano,
con toda su excelencia y también con la dura
verdad de su tragedia y dolor, que es la mensura
del valor de los pueblos, que fragua redenciones,
buril con que se esculpen las más grandes naciones.

Paccha es orto de luz. La reina Duchicela
irisada de arcanos sus pesares devela
ante el inescrutable mandato de su sino,
se ofrece en holocausto de pasión al que vino
a truncar de su pueblo la dicha y la bonanza;
con ósculos de fuego germinal de venganza
acuna en sus entrañas la savia turbulenta
del hijo, que va a ser igual que la tormenta,
porque dentro de su alma tiene la inmensa llama
de la raza quiteña, que le impulsa y reclama;
pero también la noche tenebrosa y sombría

que preludia tragedias y sabe de agonía.

Crepitan los abismos bajo esta contractura
de los dos pueblos indios. No logra la estructura
política del Inca ni el incendio hormonal
cambiar de los quiteños su espíritu esencial.
Todos los “huambracunas” que en Yaguarcocha fueron
retados a la lucha, que a sus mayores vieron
forcejear en las simas del vacío y la muerte
defendiendo a la patria, con decisión, un fuerte
ejército conforman; su pulso torturado
rescata desde el fondo vital del suelo amado
las huellas de la gloria; de las laceraciones
del ayer se desborda surtidor de ciclones,
que todo lo trastorna; mientras se extiende un brusco
atardecer de inercias en que se aduerme el Cuzco.

Hay un temblor concéntrico en Quito y el incario,
bajo el ocaso rojo se extiende un funerario
silencio de los Andes, cual cósmico naufragio,
Huayna Cápac sucumbe vencido de presagio,
ya que un día sombrío previeron los amautas
la invasión a su suelo de extraños argonautas.
Y es el choque de estirpes que insurrecto dispone
la quiebra del imperio; es su fuerza que pone
unción de eternidad en la raza quiteña,
le da poder de Fénix que a la muerte desdeña,
porque hay en sus entrañas hontanares de vida,
rebelde y coraje que estallan sin medida.

Mientras por blancas olas del Atlante traídas
llegan desde la Iberia las huestes poseídas
el alma de aventura del Quijote y los Cides;
altanero y soberbio puñado de adalides,
que blandiendo la espada y con gesto inaudito
desbrozan los misterios, retan al infinito,
y como un torbellino audaz cumplen la hazaña
de atar un continente a la inmortal España.

Con Atahualpa vuelve lo Shyri a su destino;
pone en tensura su alma como el cóndor andino
que se lanza potente desde un peñasco oscuro
y asciende vertical, magnífico y seguro,
más allá de las nubes, hasta aquellas regiones
en que se apresta el rayo convertir en jirones
el sombrío y profundo piélago de la tarde.
Así este soberano que en ansiedades arde
por restaurar la patria sin mácula ni afrenta,
castiga la traición de Cañar y se enfrenta
a Huáscar, heredero del incario, que aspira
convertir todo el Norte en una inmensa pira
avivada por odios; o con siniestro encono,
atarlo con cadenas a su sañoso trono.

Ruge la tempestad de la guerra, es marea
que arrastra vengadora la sangre a la pelea.
Van los pueblos quiteños convertidos en olas
gigantescas de lava; sus insignias tremolan
con la intensa oriflama que tienen los volcanes.
Sometiéndolo todo los quiteños se van

sobre el desierto Piura y el fuerte Quipaypán;
anteos y titanes vanguardian el país:
Calicuchima, Pintac, Pillaguazo, Quizquiz,
Soposopanqui, Zota Urcu, Cozopanga, Palcón...
Es la patria que empuja el formidable escuadrón,
cimeriza en los Andes la luz del ideal
como fanal intenso del hombre ecuatorial.
Es la patria que se alza en brazos de la gloria
a escribir en los siglos su pacto de victoria.

Rumiñahui, a la patria yo reclamo tu nombre.
¡Oh peñón de basalto transfigurado en hombre!
Puma, cóndor y sol, condensación de ancestros,
epónimo fanal de los valores nuestros:
si eres el paradigma de heroísmo y firmeza
que ni el hierro te informa con su mayor dureza.
Hay que gritar tu nombre con el rojo rugido
del Sangay o del rayo, con el ancho crujido
del huracán, que anuncia turbión o tempestad,
porque eres el heraldo de estrago y libertad,
fogonazo que incendias y conmueves la sierra.
Shyri, señor quiteño, gran "Sinchi" de esta tierra,
el más ilustre y grande, verdadero titán,
vencedor del incario allá en Sacsahuamán.

Másculo y orgulloso enarbolas la "unancha"
roja, en Llanganatis, en Jauja y Curicancha;
devuelves fulgurante de impetuoso coraje
con la prisión de Huáscar un nacional ultraje.
Y en el supremo instante, el instante maldito

de abatir la soberbia del Perú, oyes el grito
que se prolonga y duele por la horrenda espesura
de cinco inmensos siglos, cuya sangre empurpura
el nuevo continente que estremecido llora
un llanto que es torrente de lava acusadora
bajo el domo del cielo; grito que es agonía
de un pueblo milenario; grito que es elegía
de edades que terminan y la edad que se inicia
bajo los torbos signos de opresión, de injusticia.

Desde el brutal suplicio de Atahualpa, de pie
Rumiñahui desata ciclones de su fe,
inebriado de fuego, con resplandor de historia
abre paso al honor, alto sitio a la gloria,
ancha ruta a la luz entre la noche espesa
del error en que yace la muchedumbre aviesa.
Vástago gigantesco de estirpe prometeana
impreca libertad contra la hueste hispana;
dominando las cumbres más altas de los Andes
representa el pasado y a todo lo que es grande;
agita entre sus manos los sagrados pendones
que un cortejo de estirpes, de pueblos, de legiones
de la patria, le dieron para que heraldo sea
de su verdad y prenda la inmarcesible tea,
que ha de alumbrar la frente y la conciencia humanas,
al conquistar justicia y libertad soberanas.

Impetuoso defiende los amados confines
de la Nación Quiteña junto a los paladines
de la raza, golpea con estruendoso brío

las puertas del arcano, lanza su desafío
a la faz de los dioses; de cara al sol y al viento
derrama en el Tiocajas su infinito ardimiento,
magnífica en su cumbre, que es fortaleza y templo,
la tradición quiteña de bravura, el ejemplo
de excelencias; por eso, circuidos del iris
desdeñando la muerte, luchan todos los Shyris:
los Hualcopo, Zota Urcu, Epiclachima, Calicuchima,
Palcón y Pillaguazo; reverbera en su cima
el fulgor de las lanzas, se fragmentan las cruces
que preludian la muerte, contra los arcabuces
del rayo que extermina, están hachas y petos
de cobre y de piel cruda; se agotan los secretos
de guerra que tuvieron los bravos españoles;
y los bravos quiteños, igualmente señores,
flamean por las cumbres el glorioso pendón
que infringió al invasor la derrota y baldón.

Sin embargo el ibero con ardor sin desmayo
impertérrito y raudo va desatando el rayo
y una espiral de sangre; desde el alba al ocaso
su flamígera espada va desbrozando el paso
a la conquista, irrumpe sobre la nueva tierra
con la dura experiencia de ocho siglos de guerra,
con raudales de historia que han repletado el mundo
las razas ya extinguidas, el orgullo iracundo
de la estirpe latina: águila y sol de Roma;
el ideal de Grecia cuyo esplendor asoma
en la genial audacia que gobernó las velas
desde el puerto de Cádiz, de las tres carabelas;

en su vida-aventura, que sabe de opulencia,
y gusta de heroísmos; en el arte y la ciencia.

Y allá se va al asalto; su incansable apetito
se ahitará con oro de la ciudad de Quito,
que humillará su planta y rendirá su espada.
Mas, Rumiñahui deja la ciudad incendiada
para un festín de fuego y un vendaval de llamas
que consume el martirio, su riqueza y su fama,
y que alumbre el valor de los enojos fieros,
que llevan en el pecho sus ínclitos guerreros.
La bravía ciudad en su hora postrimera
semejando un volcán de gigantesca hoguera,
entrega a los espacios su ignicente latido;
y un cortejo de cóndores con lúgubre graznido
desde un tropel de sombras esparce su ceniza,
que es de alta rebeldía relicario y divisa.

El plutónico estruendo de dos grandes volcanes
es el idioma en que hablan los augures y manes,
desde sus blancas cimas; tremantes y votivos
anuncian que los pueblos Shyris son ya cautivos;
que la epopeya indiana termina en un quejido
de angustia y de coraje; y comienza el chasquido
servil sobre su espalda agobiada hasta el suelo
en que todos los Ayllus se arrebujan de duelo.

Al final, Rumiñahui trepa con frenesí
sobre los roquedales que hacen Topalibí:
tiene a su frente el sol, a sus pies el abismo;

desde su áspera cumbre le ofrenda su heroísmo
a la patria; parece tomarla entre sus brazos
y acunarla en el pecho con suavísimo abrazo;
ella, a su vez, insufla en su gigantesca alma
algún fulgor divino y le ciñe áurea palma
de la gloria en su sien. Luego, salta al vacío,
haciendo una parábola palpitante de brío
en los espacios; salto varonil sin medida
de arrogancia y firmeza, con plenitud de vida,
que a la muerte se enfrenta eximia y valerosa,
esparciendo en las rocas una grímpola hermosa.

Y es su muerte perfecta, muerte de sol que apaga
su llama refulgente entre la sombra vaga,
finar de "apusquipay " sobre la cumbre helada
que entrega a los abismos su libertad sagrada;
mientras las nubes rojas en el espacio mudo
agobiadas de ocaso le entregan el saludo
postrer de las montañas; sus hermanas de altura
como inmenso cortejo de cirios en pavora
asisten a su muerte; la oblación funeraria
hacen los elementos; la cósmica plegaria
se funde con el viento que ulula dolorido;
y el Ande se arrodilla como gigante herido.

Culmina la conquista, comienza el coloniaje;
se unen las viejas razas y en el nuevo linaje
el alma de la patria en pueblo convertida,
se apresta para el duro combate de la vida.
España nos entrega su afán de lejanía

cabe el dolor insomne del indio, su elegía
de transhumante onírico, su espíritu caudal,
su sangre en llamarada y remolino hormonal;
tragedia y poesía dadas en desmesura
de angustia y patetismo. Conquista o volcadura
de la vida y la muerte sobre la íntima esencia
de esta tierra y su intacto pomo de transparencia.

Ya Quito es resurrecta al pie de su montaña
con el barro aborigen y la savia de España.
En el sublime trance hay fe, casi un delirio
en Benalcázar; sabe que a pesar del martirio
en sus cenizas late semilla gestatoria
de todo cuanto es grande, que fructifica en gloria;
se juntan en la piedra con amoroso esmero
el júbilo hecho canto del barroquismo ibero
con la fuerza del indio hecha fuego, que aspira
convertirse algún día en una inmensa pira
o faro de libertad. Ciudad así nacida
sobre plintos de tiempo, de sacrificio y vida,
es ciudad de que mana hontanares de albura
y en que florece el genio del arte y la cultura.
Si es ella misma flor engastada en el Ande
le falta ser más libre para hacerse más grande.

No importan el sendero ríspido de la andanza,
ni el dolor que desgarrar, si empuja la esperanza
de arrojar en pedazos la lápida mortuoria
y retomar el carro triunfal de la victoria.
Así, desde las cumbres del Pichincha divisa

la manigua bravía que baña y fecundiza
el gran río Amazonas, padre de ríos, río
que es casi mar y adonde, en colosal desafío,
Francisco de Orellana, de torrente en torrente,
va a poseer sus aguas con la quiteña gente.

Las enseñas de Quito llevan los misioneros
por la amplia exuberancia de Oriente, sus senderos
sorprendidos palpitan al pasar el cordaje,
que vendimia en la paz al sañudo salvaje.
Es la estirpe quiteña con su chispa divina,
que en la Real Audiencia saturante ilumina
el alto derrotero de la patria transita
para sus magnas gestas; ella la que concita
con ráfagas ardientes de vigoroso aliento
el vuelo majestuoso y audaz del pensamiento
abierto a la verdad y al porvenir, que inspira
todas las excelencias del pincel y la lira,
o la proclama henchida de justicia y derechos
que imanta la conciencia y que incendia los pechos.

Volcanes, jungla, ríos; criollos, indios, cholos...
Vamos haciendo historia juntos, no estamos solos,
pese al cármemo intenso del odio, de la muerte,
de la injusticia; al peso de la ley del más fuerte;
vamos redescubriendo nuestro propio paisaje
que opulentado entrega frutos, leche y eraje.

Somos categoría de cultura y bondad,
y nuestra varonía va en pos de libertad.

Vamos haciendo historia altivos y señeros:
con Maldonado, el sabio toral entre primeros;
con Chiglli y todo el grupo de la Escuela de Quito;
con Velasco, que exalta con su vuelo erudito,
transido de eufonías, la grandeza que encierra
el propileo sacro del hombre de esta tierra;
con Olmedo y Mejía, su fuerza sugerente
de trópico interpreta la voz del continente;
con Espejo: galeno, precursor, visionario,
que entrega en llamaradas su fervor libertario.

El prodigioso grito de rebelión atruena
aterrando a tiranos y rompiendo cadenas,
como ciclón de llamas se insufla por escalas,
es tremor pavoroso contra las alcabalas;
después. . . Ya es magna gesta. La Junta Soberana
hace crujir con furia la tierra americana;
su fogonazo es luz con que proyecta al mundo
la verdad insurrecta que concita el profundo
tráfago de la vida del gigante cautivo,
que va a luchar de frente másculo y convulsivo.

Esta es la hora puntual del coraje y la hoguera,
del voluntario que hace turno en la roja hilera
signada de martirios; es el itinerario
con dimensión exacta del hombre visionario,
que ansía estar de pie porque llega al futuro
sobre el vértice alado del grito y del conjuro.

Es renovar la fe sobre el valor del hombre;

los hechos y las cosas llamarlos por sus nombres
es la sed de verdades que no ha sido saciada;
es la angustia perpetua por desvelar la nada,
el misterio, la duda, la noche, la espesura;
es el impulso santo por dominar la altura;
el sueño secular por tener en las sienes
la estrella misteriosa o el sumun de los bienes:
libertad y justicia; desbrozar el abismo
inefable del alma; llegar al paroxismo
de las grandes pasiones; la siembra de ideal
como espiga turgente sobre el surco social;
ceñirse de palabras transparentes y claras
e iluminar con ellas las pobres masas parias;
inundar de excelencias sus oscuras pupilas
o llegar a su tacto con las cosas sencillas
y vitales que anulen su dolor cotidiano;
marchar al porvenir tomados de la mano
forjando de la patria un inmenso crisol
de dignidad humana para mirar el sol.

Palpemos con el alma nuestros muertos sagrados
del dos de Agosto; puestos en bienaventurados
vértices de grandeza: los Ante, Villalobos,
Salinas y Quiroga ... Están signados todos
unción de eternidad; tienen las blancas frentes
nimbadas de idealismos altos y transparentes,
anchos como los siglos, hondos como la vida.
El fluir de su sangre impulsa sin medida
el insaciable anhelo de patria, los latidos
profundos de la estirpe, los golpes y crujidos

sociales, los incendios de fe republicana,
el ritmo de la lucha y de la fe cotidianas.

Vámonos con Bolívar y Sucre, los mayores
del linaje, forjados de intactos resplandores
sobre un culmen de siglos grávidos de enseñanzas,
sobre afanes y sueños combados de esperanzas.
Vamos a la intemperie con sus hombres desnudos,
tramontemos los Andes con los pies testarudos,
por rocas y barrancas, sintamos sus fatigas,
tumefactos de fiebre, de ponzoñas, de heridas,
con lluvia y con ventisca, respirando el latido
gélido del abismo, paladeando el gemido
del dolor y la muerte. Ellos, los acosados
de incomprensión y angustias por sus cuatro costados,
luchan por una tierra sin llanto ni cadenas,
por un futuro limpio, por los nuevos sistemas
de abrir cada palabra fresca para el hermano,
compartir la sonrisa y nuestro pan cotidiano.

No morirán sus nombres mientras quede una roca,
testigo de los Andes; mientras haya una boca
copiosa de excelencias que exalte el heroísmo
y un pecho varonil que odie el despotismo;
mientras haya carteles de protesta en la esquina,
estampidos de mitin, el caudal de doctrinas
en ademán de vuelo, repletas de noticia,
de más amor y paz, libertad y justicia;
mientras honremos fastos del Veintiuno de Abril,
los de Agosto y Octubre de Quito y Guayaquil,

y de toda la patria que la historia engalana
y que exaltan valores de la grandeza humana.

La libertad triunfante se afianza en la cumbre
del Pichincha; y Bolívar, señor, con la lumbre
colosal de los sueños de su alma sitibunda
de gozos infinitos, la Gran Colombia funda.
Es la patria buscada para hacer el progreso,
es la patria fraguada en su dolor; por eso
pone sobre su espada, con singular audacia,
la ley con que inaugura la santa democracia,
se vierte con el magno júbilo de su pecho
proclamando a los pueblos la fuerza del derecho.

Las brújulas del tiempo, los verticales índices
del destino que alumbran las cúpulas ilimitadas
de la historia, la savia candente de la raza
que forja la excelencia y al porvenir abrasa,
conforman en Riobamba la "Patria Ecuatoriana"
el Catorce de Agosto. La unión Gran Colombiana
termina hecha pedazos y de aquel sueño inmenso
de Bolívar no queda sino el dolor intenso
de frustración; los hombres no han comprendido al genio,
mantener no han podido su anhelo primigenio.

Sobre las blancas cimas que a Riobamba guarnecen
los Condorazos, Shyris y Cachas comparecen;
en sus manos flamean la secular enseña,
que concitó la gloria de la Nación Quiteña.
Y cuando se promulga la ley constitutiva

del nuevo Estado, surge como llama votiva
un nuevo astro de luz en el confín lejano,
que alumbrará su historia y su paso soberano.

El Ecuador insurge como recio torrente
de pasiones profundas, como lava ignicente
derramada abundosa por rumbos abismales;
entre cantos de gloria y con ritmos marciales
proclama ante los pueblos su vocación feraz
de cultura y derecho, de libertad y paz;
tiene dentro del seno los signos inmortales
de vida, de progreso; sublimes ideales
aureolan su frente; embriagado de orgullo
recibe del destino su misterioso arrullo;
con infinitas ansias su juventud palpita;
fuego de eternidad en su entraña le habita.
Tiene también su historia torvas noches de horrores
en que triunfa el estulto, se abulian los mejores,
se escarnecen vivencias de honor y de hidalguía,
y al pueblo envilecido se arrebaña en la orgía
de las mediocridades, de hartazgos pasajeros;
la conciencia, el civismo, subyacen prisioneros
dentro de la onda oscura de sórdidas pasiones,
del asqueroso aliento de las supersticiones,
de falsías, de errores. Hasta la patria llega
la sombría jornada de dolor que despliega
los síntomas de muerte, la hipotrofia, la herida
que mana sangre y llanto. Por eso es agredida
en sus fronteras, se hace el brutal cercenamiento
de su sagrado suelo; no hay viril ardimiento

para ir en su defensa; donde había legiones
prestas para la lucha, surgen grupos de histriones
que agotan la riqueza y ayunos de valores
medran desde el gobierno, quitan a los mejores
de este gran escenario, y hacen una amalgama
de audaces y de estultos, mendigos de la fama.

Aún vive la Patria, ambiente colonial
de convento y de caos en el molde feudal;
gobiernan demagogos, sargentos de machete,
sobre las sienes pasan las botas y el foete;
para acallar el eco del ideal estoico
que hizo la independencia un batallar heroico,
ponen en las funciones ídolos adiposos,
y el Estado navega por mares procelosos.
Le falta el firme impulso que rompa la clausura
monástica que oprime, para ir a la segura
democracia que ordene las cosas del gobierno
forjando un pueblo libre, progresista y moderno.

Empero, están de pie pensadores altivos,
cuya fuerza divina como rayos votivos
iluminan las rutas seguras, la conciencia
íntima de la Patria, su trascendente esencia,
que férvida y tremante se agiganta, se eleva,
y en torrente de auroras al porvenir nos lleva
purificando al hombre por las resurrecciones
del espíritu eterno y en las grandes acciones.
Quedan de pie los grandes luchadores de pluma
los que siembran cultura entre la espesa bruma.

En sus labios no hay odio, pero sí hay el supremo torrente de la angustia hecha grito blasfemo, canto órfico, plegaria, tempestad retumbante de verdad con que anuncian su alta misión brillante; alzándose proclaman la sagrada grandeza de la vida del hombre, del bien, de la belleza; su amor y sus dolores, su sed devoradora, hacen de fuego el alma en éxtasis creadora.

Está González Suárez palpando a la distancia los sagrados lugares de la patria en su infancia, auscultando las tensas aristas del camino, los vuelos y caídas que informan su destino; y le siguen Cevallos, Jijón, Reyes, Pareja, Huerta, Estrada ... colmena de eraje se asemeja; acuciados de alturas atestiguan la gloria que insufla la sustancia caudal de nuestra historia.

Montalvo es voz del pueblo bravío y sin fatiga, convertido en fusil; al tirano castiga con depurados ácidos; es hiel y nombre impuro en boca de pecatos; golpe de leño duro para el histrión ahíto; pero es bondad tozuda, intensidad de fuerza que a la inocencia escuda; es voluntad de roca fraguada en los volcanes, anteo redivivo de arquetipos y manes, es parábola clara de albura tersurada, revolver de excelencias y galanura alada.

Zaldumbide, moderno caballero, ilustrado,
nos descubre el paisaje con un canto elevado
de prosa emocionada, buida y elegante.
Consciencia diamantina y señora, Bustamante,
filósofo de vida pulcra, varón salido
del alma de Plutarco, de libertad transido.

Junto a la apertura liberal, Luis Martínez
es relato de Patria, hondo y veraz, de fines
del siglo diecinueve; denuncia los dolores
del pueblo y comunica sus cálidos valores.

Borja, Noboa, Silva, Fierro: Labios floridos
de poemas que surgen desde abismos heridos;
derraman sus perfumes como hortal luminoso
y otras veces tiritan cundidos de sollozo.
Ellos son los estetas del dolor de la vida,
fina voz saturada por niebla desmedida;
su música nos ciñe como yedra amorosa
mientras suspira y muere de palidez la rosa,
hay revuelo de garzas lueñes en la distancia
y parpadea el iris su límpida constancia.

Los "Cinco como un puño ", que el trópico levanta
contra el turbión social, puño que se agiganta
para sentir el pulso de ese hombre ecuatoriano
modelado en la lucha y el dolor cotidiano,
no más que nervios y alma, las pasiones al viento,
febricitado y tenso, soñador y violento.
Y con ellos heraldos y grandes pensadores,

consagrados a darnos luminosos honores,
símbolos, ideales, cantos de alta belleza,
verdad alquitarada de diáfana pureza.

Crespo, Romero, Andrade, Vásquez, Calle, Moreno ...
Del hontanar cuencano, jardín de estetas lleno.
Enraciman asombros con caudal pensamiento
sobre las esculturas tersas del sentimiento;
relámpagos nutridos de eternidad, videntes,
que afinan sus pupilas como puntos candentes
en lo inconmensurable y con fervor exacto,
colman de maravillas el símbolo más alto
de armonía y belleza, fraguan constelaciones
cundidos por los éxtasis y las grandes pasiones.

Escudero, Dávila, León, Carrera, Andrade:
Sibaritas del sol y de espacios que añaden
al brillo universal su inexhausta belleza.
Son la fuerza apolínea de esta tierra que expresa
lo sublime, pulido por cósmicos buriles;
lluvia de luz disuelta por hélices sutiles
que revifica el átomo, la célula elemental
e ilumina lo grande, lo profundo y caudal

Egas, Silva, Paredes, Kigman... y los Mideros
desnudan el color en lienzos y maderos;
captan la presentida, cálida imagen pura
tras cuyos resplandores de inefable dulzura
están las vibraciones de todos los sentidos,
el gozo y los tormentos, éxtasis y latidos,

sobre espirales densos de abismos y de nieblas,
y donde acecha Dios oculto en las tinieblas.

En las cárdenas costras de angustia infinita,
Guayasamín es garra del dolor que se agita
en lo esencial del hombre; acuciado de fuego
moviliza la sangre, las lágrimas, el ruego,
para hacer la sonora tragedia estremecida
que alquitara la savia de la muerte y la vida.

Carrión, guía y maestro, contempla desde arriba
y hacia arriba conduce la verdad positiva,
espiritual y grande del pueblo ecuatoriano;
sembrador de cultura y esperanza, su mano
demiúrgica de estetas afirma con certeza
los plintos en que asciende el hombre en su grandeza.
Santo de la excelencia, corazón luminoso
en diástole perenne, fecundo y caudaloso
de verdad y civismo, su alta sabiduría
es lámpara votiva, fulguración de día.

Jorge Icaza, quemante y varonil voz que se alza
a denunciar al mundo la opresión de una raza,
el dolor que chirría en los huesos opresos
de la tragedia inmensa al desmesurado peso.
Ruge en su grito el rayo de cóleras sangrientas,
el trueno que preludia las próximas tormentas.

Resuena en las tribunas de Borja y Peñaherrera,
Pérez y Bustamante la voz alta y certera,

de derecho y justicia; clara filosofía
que tiene fe en el hombre y su noble jerarquía.

Aguirre y Jaramillo, los bienaventurados
de patria cotidiana, son los abanderados
de honor y lealtad, su espíritu celoso
y henchido de bondades, guía con vigoroso
pulso los derroteros del pueblo ecuatoriano
y enfila hacia la gloria su paso soberano.

Magnifica el gobierno el gallardo Rocafuerte,
munido en la cultura del viejo continente;
austero y generoso, con largueza reparte
entre el pueblo fanales de la ciencia y el arte.

Es García Moreno, teócrata y tirano,
quien blande los espectros de la muerte en su mano;
su poderosa fuerza de signo tropical
conjunta de esta Patria la potencia vital,
el fuego de la audacia, la idea que se expande
como la heliofanía sobre el torso del Ande;
es hombre desvelado en los grandes menesteres
del espíritu, intuye sus divinos placeres.

Alfaro, águila inmensa de garra palpitante,
egregio hijo del siglo; su espada fulminante
rompe los dogmatismos del siglo diecinueve;
tras de él marcha impetuosa su hueste hecha de plebe:
montubio, montonero, la clase media, gente
que ansiando redenciones, va igual que ancho torrente,

bramando de coraje y hollando con su planta
el torvo despotismo que el derecho quebranta;
insignia al viento desde Jaramijó a Gatazo,
los temidos “chapulos” se van abriendo paso
derecho al Capitolio; sus rojos pabellones
imantan las conciencias hacia grandes pasiones,
triunfa en ellos el hombre bueno y elemental
sobre la lobreguez del egoísmo, el mal;
surge el hombre que sabe del vínculo secreto,
del honor y la vida, comprende con respeto
el destino que encierra su cálida existencia,
en el alumbramiento de su humana presencia
dentro del gran conjunto social, vario y disperso,
como fuerza consciente que impulsa el universo.

Y porque el Himno patrio cantan los resurrectos
por la segunda vez, sin cadenas y erectos;
y porque con Alfaro va libre el pensamiento
a inaugurar el Siglo Veinte, con la fraterna
actitud de justicia, sale de su caverna
la fanática turba del progreso remisa,
del astro incinerado esparce su ceniza
con iracundia insana; y la bandera roja
caída en el Ejido no hay quien se la recoja.
Para el futuro queda cual lava rugidora
de aquel liberalismo la apertura sonora
para altos ideales, para nuevas corrientes,
que han de romper los yugos que afrentan a las gentes.

Este es el Ecuador: Patria que se engalana

con estambres de sol y espejos de obsidiana,
cúpula y campanario cenital de la tierra,
piedra sillar de América cincelada en la sierra,
giralda que abanica relentes del Pacífico,
remolino de pueblo cantado en aravico.

Es la Patria del hombre que se funde en la oscura
sustancia de su suelo y su plural moldura
de trópico y de nieve; pone en ella raudales
de sudor y fatiga, signa sus digitales
en la raíz fecunda, sobre el suelo turgente,
en el rudo rastrojo y en la rubia simiente.
Indio labriego, hermano de la roca, obstinado
en la grupa del viento y de la lluvia, exilado
en la noche sin tregua, bajo un túnel de llanto,
de fatiga, de aristas; sobornado de espanto
y con la trisadura del dolor cotidiano,
apacienta el silencio de verano a verano,
engavilla el trigal, la cebada, el arroz,
con el hierro brillante del azadón y la hoz.
Mordido por angustias, empapado de olvido,
es el montubio presto para la paz, poseído
de manigua y de jungla, de mar, de bosque y río,
forjado en el rescoldo de un sol rojo .y bravo,
busca los frutos libres en su ración de vida,
abrirse íntegro el pecho para darle cabida
a un pedazo de mundo con luz innumerable,
amar y ser amado sin sentirse culpable,
entrar al porvenir como una flor morena
espigada en los siglos; y con la sangre llena

de fuentes resurrectas y opimas de excelencia,
hacer de nuestro suelo pomo de la opulencia.

Es la patria del hombre que hace brotar enjambres
de luz en el camino, que se alza en los estambres
del libro y la palabra, para hacer transparentes
la belleza y la vida; con signos sugerentes
de llamas verticales asciende hasta el escorzo
de la tersura onírica, sobre el áureo torso
del verso iluminado; ebrio de inmensidades,
insomne de fulgores, de esencias, de verdades,
gira en ritmos divinos de fe, de transparencia,
sobre espirales lueños del arte y de la ciencia;
aprehendiendo de pie la cósmica energía
irradia de sus sienas ritmos de epifanía;
grava en formas perfectas sobre piedra inmarchita
un himno de esperanza y su angustia infinita;
moldea en formas prístinas y urdimbres de colores
sus divinos anhelos, sus júbilos y amores;
golpea irreverente las puertas del arcano,
y ubicuo en los cimeros valores del humano,
sobre el vértice enhiesto que el ideal domeña
con el reinado puro del espíritu sueña.

Es la patria dulzura que arremolina el íntimo
frenesí de la sangre con el profundo y prístino
torrente de su historia, con la canción más suave
nacida desde el alma; plumón terso que sabe
de inefables alburas a la pupila, al tacto,
absortos de sentirla con el júbilo intacto;

concierto palpitante, surtidor y cordaje
de diafanía pura, esplendiendo el paisaje;
orvallo con que vierte su azulidad la aurora;
gándara donde efluvian perfumes que atesora;
trino y espiga, idiomas con expresiones rubias;
salmo fresco de brisa; danza de malva y lluvia;
risas de río y garza con la blanca presencia
del guijarro y la espuma; la cordial evidencia
de la menta en los frisos; fragor de alas en vuelo;
fronda y encaje verde que hacen columpio el cielo;
choza de caña y paja y su plegaria de humo,
alcancías de penas y de los turbios zumos;
parcelas y su lento diálogo del arado
con el sol y los bueyes; pacto y apostolado
de surco, savia y hombre; el candor de los peces;
la paz y la esperanza, mensajes de las mieses;
roca y nieve, trompetas cósmicas con que anuncia
la tierra su belleza; tormenta que pronuncia
su admonición de altura; páramos y montañas;
con ulular de viento en pajonal y marañas;
crepúsculo escarlata que en el mar aglomera
su incendio omnipotente; pescador y palmera
desplegados al viento; rizos de onda y gaviota,
caricia sensitiva que se va, viene y flota;
farallón de amatista y jaspe, alegoría
de tiempo prisionero en cúpulas de energía.

Cielo y tierra, simbiosis sobre el clima perfecto,
acunan las ciudades, colmenares de afecto,
donde el alma florece y se apretuja el latido

de aula, taller, tribuna; su pueblo sumergido
en cardumen de ideas se vierte en armonías
de acción y pensamiento, capta las melodías
que ovillan en su seno las cosas y la vida;
persigue sitibundo la savia poseída
de perfección, y tiene puesta su alma en tensura
hacia estrellas brillantes de altísima ventura.

Es la patria del hombre que desborda bondad,
cuyo destino es ruta recta a la libertad;
diamantizado brinda su altivo señorío;
pero también es ascua erguida al desafío.

Demiúrgico construye galerías de esfuerzo,
se fatiga de avisos, toma del universo
sus breves latitudes de pan, de luz y de agua;
trémulo y afiebrado su voluntad se fragua
en el preciso centro de la lucha, en la arista
inmensurable y cauda de la fe, en la conquista
de la gloria. Por eso, la juventud presente
se lanza hacia el futuro cual bramador torrente,
tiene por brujulario para sus nobles hechos
los valores sociales, la gloria, los derechos;
y porque es la grandeza lo que su alma acaricia
impertérrito marcha en pos de la justicia;
por ella, va a portar los rojos torbellinos,
sembrar germen de hogueras en todos los caminos,
en todos los abismos rellenar rebeldía;
desbrozando la sombra de toda lejanía;
va a forjar su destino renovando la historia,

puesto de pie y orlado de sol y de victoria,
agitará la antorcha del ideal profundo
de las revoluciones y repletará al mundo
con su palabra clara como pura mañana,
empapada de anhelos, teñida de proclama;
idéntica y puntual a la fe, a la esperanza;
moldearán sus manos trascendental alianza
con el libro, el arado, la luz y el pensamiento;
va a impulsar con su lucha todos los elementos,
legislando la exacta dimensión de la vida
del hombre, en plenitudes de su ser ejercida:
a los pobres y humildes la paz y la ventura,
en sus mesas el pan, en las sienes cultura,
en los niños la risa, virtud en las mujeres,
fraternidad y amor entre todos los seres.

Patria de libro y bronce, pródiga arquitectura
de asombros confluyentes, óptima de ternura
que escancia en las pupilas del azul cotidiano;
búcaro de los Shyris, vástago castellano;
cortejo de opulencias, rotundidad de roca,
fruteciendo magnolias. Por ti soy esta copa
de barro palpitante y de cristal onírico,
que vierte sus esencias en los labios del sol.

Patria, raíz y savia, sollozo y alegría;
madre ceñida al alma, diástole y luz del día;
fuerza vital y esbelta que navega en el pulso
cárdeno del anhelo. Con exultante impulso
vierto en ti esta verdad de sangre y pensamiento;

mi espíritu se cauda como plumón al viento.
Sobre tu suelo amado florido de nobleza
me pongo de rodillas y mi labio te besa.

CANTO AL CHIMBORAZO

¡Aquí estoy Chimborazo! En tu augusta presencia
me satura la luz en auge de excelencia.

¡Aquí estoy Padre Monte! Me obsesionan tu enseña
de grandeza y la euforia colosal de tus peñas.

Aquí estoy reverente bajo tu signo altivo
imantado de historia, de tu fulgor votivo.

Déjame que te cante con el mismo estallido
del rayo estridulante, en fulmíneo latido.

O con la dulcedumbre de la brisa liviana,
que besa la tersura de la Noble Sultana.

En mi canto te entrego un himno, una bandera,
esta sangre afiebrada de fe imperecedera.

Permite que te exalte con delirio de esteta,
y mi elogio retumbe sobre el haz del planeta.

Que proclame mi orgullo de varón jubiloso
nacido en el yacijo de tu paisaje hermoso.

Sea vital jolgorio de diamantes, en verso
dictado por el fasto plural del universo.

Poesía - aire - grande de mi alma apasionada
de tu blancura hermosa, que splende en la alborada.

Poema en armonías, girándula de sílabas
sumisas a tañidos de campanas y cítaras.

Tu altanería evoco, que derruye el vacío
y hace bambolear el espacio sombrío.

Evoco tu poder de roquedal suspenso
en sístole perpetuo de corazón inmenso.

Porque azuzas los vientos y promueves motines
de noches y de auroras por todos los confines.

Horadando el espacio descifras los abismos,
agitas torbellinos, desatas cataclismos.

Monte impar, fabuloso paladín solariego,
el más soberbio y bello del Cinturón de Fuego.

Oriundo de la fragua central del universo
llameas en holganza de blancos ilesos.

Paradigma del mundo, custodio omnipresente,
alzado en farallones de ámbar ignicentes.

Encofraste los sueños, el mágico Delirio
de Bolívar, las huellas de su inmenso martirio.

Vigías siempre alerta, con pupila infinita
nos incendias la carne y al espíritu incitas.

Tus basaltos longevos, otrora los vestiglos
esculpidos por amplios altamares de siglos.

O ángeles doblegados por tropicales vientos,
arterias de cinabrio con raudales violentos.

Ceñidos con auroras tus domos, y engolado
de nubes, ejercitas algún rito sagrado.

Noches hay que te arroba la faz de luna llena
- moza de pechos parvos y lubridez serena -

En tus nieves eternas itineran luceros
ustorios, procedentes de arcanos pebeteros.

Sultán de las centellas, tienes por escenario
un mitin de volcanes en fragor tumultuario.

Develiza tus flancos. ¡Oh soberbia montaña!
Y enséñanos qué tienes en las hondas entrañas.

Tal vez del universo los plintos, los umbrales
del cielo, los oscuros cimientos infernales.

Y escucha las batallas sonoras del verano
por la ufana alternancia de breñales y llanos.

Salta tus propios muros hasta el rural sosiego
y besa las espaldas del humilde labriego.

Transita las fecundas florestas y praderas
ahitado de aromas que en los huertos impera.

Efluvia manantíos de saviales purezas
en los ritmos del surco y su frutal proeza.

Tráenos un revuelo de cóndores, jinetes
en arpegio altanero de ventarrón rugiente.

Espejea inexhausto en altivez soberana
en el escudo sacro que a la Patria engalana.

Procúranos las señas torales de tu estambre
donde se dora el trigo y mielina el enjambre.

Acógenos fastuoso cuando nos galanea
el rubor de la vida con unción gigantea.

Erguidos sobre el éxtasis, alzado el pensamiento
donde nace la gloria, la fe y el sentimiento.

Cuando el alma se nutre de paz y diafanía
y sentimos a Dios en azul cercanía.

Mantén inmarcesible tu rol iconoclasta,
sé por siempre en la historia heraldo, emblema y asta.

Coloso personaje del orbitar galáxico
dame de la verdad su parpadeo mágico.

Afina mi palabra, hazla plegaria o grito
en rauda tesitura de aleo al infinito.

Palabra de arrebatos igual a tus torrentes,
ballet de luz y Gracias de élitros ascendentes.

Brúñeme con la tersa desnudez de tu nieve,
para que huya el dolor con su tiniebla aleve.

Habítame el insomnio, exquisítame la vida
con mensajes eternos y unciones sin medida.

Al final, cuando yazga vencido por la muerte,
rebujado de nada, y ya no pueda verte.

Yo codicio exiliarme en silencio absoluto
en la torre cimera de tu blanco impoluto.

Exhíbeme ante el sol, desnúdame en la orilla
de la noche sin tiempo, cuando la luna brilla.

Custodia mi reposo, tan profundo y eterno;
y ofréndame ante Dios con ademán paterno.

DOS MUNDOS

ESPAÑA MILENARIA.

Por los cultos helenos fue nominada Hesperia,
Hispania, por fenicios y por cartagineses,
por los migrantes de Asia La Península Iberia.

Habitada por pueblos de valor sin dobleces,
que ofrendaron al mundo las cuevas de Altamira
con el primor Rupestre. Vencidos muchas veces

pero no sojuzgados; que en la cruz o en la pira
morían sin gemir, insultando al verdugo,
gritando al universo su tosudez y su ira.

Guiados por Viriato, sólo a ellos les plugo
oponerse al dominio del Aguila Latina.
Y feneció Numancia por no aceptar el yugo

de la opulenta Roma, que afirmada en las ruinas
de Cartago y Corintio dominó por la fuerza
y con la autoritaria Lex Regis Cesarina

todo el Mediterráneo, hasta el Imperio Persa.
Hizo del Mare Nostrum la muralla de Europa,
Africa, Asia y toda la humanidad adversa.

Bebió sangre de pueblos en la colosal copa
del imperio, rompió la reluciente entraña
de la exquisita Grecia, con su invencible tropa.

Todo puso a sus plantas. Mas no pudo de España
extinguir las raíces de inexhausto heroísmo,
que le dieron firmeza en siglos de campaña.

España de Séneca - toral del estoicismo –
generó estirpes fuertes, aptas en desmesura
para épicas hazañas de honor y patriotismo;

conjuntó en su destino las ansias de aventura
y la fausta elegancia del patricio romano,
las Leyes Justinianas con su ancestral cultura.

Fueron Grandes de España: el Optimo Trajano,
superior a los césares, el Virtuoso Adriano,
y Teodosio el Magnífico, emperador cristiano.

ESPAÑA Y LOS MOROS.

España entregó su alma dentro el canto bravío:
expresión de arrogancia, que no sabe de ruego;
sustancia de la raza, su drama y señorío.

Pasión vivificada con tómulos de fuego,
tremor en tesitura de huracanado acento,
grito de pueblo altivo que luchó sin sosiego

ocho siglos constantes: tiempo heroico y sangriento,
sonoro de corceles, yelmos, espadas, lanzas;
fue choque de dos razas, tenaz enfrentamiento

de la Mora que tuvo la exúbera pujanza
del Africa islamista, con la ibérica y todos
los pueblos federados; que afirmó la esperanza

triumfal del cristianismo. Con similares modos
de seísmos y borrascas lucharon sin desmayo
los legendarios celtas unidos a los godos,

los duros asturianos del inmortal Pelayo
y el Cid Campeador, del solar castellano;
pendón y lanza airosos, rivalizando al rayo,

concitaron proezas del impetuoso hispano,
toda la reciedumbre del varón caballero
y esa noble costumbre de confiar en su mano

y en su alma el resurrecto fulgor de los luceros,
que restauró la patria entregando la vida
y bienes con civismo, que es imperecedero.

La mezquita morisca de Córdoba, bruñida
de añoranzas doradas fue el colosal intento
de eternizar la historia, la epopeya vivida.

Ocho siglos de lucha. Todo el drama sangriento
de Galicia, Navarra, Valencia, Andalucía ...
que en labios del juglar se hizo elegíaco acento.

ESPAÑA Y SU MÚSICA.

Forjada por milenios, como enhiesta montaña
de metal infusible y en fraguas colosales,
expelía relámpagos de su ignicente entraña.

Señoreaba la tierra con nítidas señales
de su espíritu ilustre. Madre de cien naciones,
nutridas con largueza de altivos ideales.

Porque España ya era eso: vertiente de emociones,
de las Columnas de Hércules a la húmeda Galicia;
era ansia de conquista, tramonto y evasiones.

Por eso el Cantejondo, que es protesta y caricia,
expresión del trágico sentido de la vida,
es danza en contoneo de hazaña y de delicia;

plástica poesía de carne estremecida
por pasiones, resacas de júbilo y de risas,
fuego de almas lucientes, suavemente agredidas

por el roce constante de plumones y brisas,
por celestes espumas de cascada y rompiente;
sensualidad sonora, fosfórica, sumisa

al bordón de guitarras; vivencia transparente
de ascética bravura, de conquista y entrega;
ofrenda al apogeo vital siempre presente.

Porque España ya era eso: genitora en torrente
de grandezas, apta para el ancho destierro
por los cauces del mundo, transgrediendo vertientes

culturales de Europa, desbordando el encierro
medieval, limitante a su ansiedad de aventura,
domeñando distancias, fue a conquistar con hierro

y sangre la utopía, espeluznante, oscura.
Pueblo ávido de glorias, de ufanías, que pudo
crear su poderosa nación en desmesura

de historia, de heroísmos encarnación y escudo.
Raza síntesis de hombre universal, henchido
de mística y destierro, fervoroso y tozudo,

endurecido en siglos de lucha, compelido
a vivir y morir en ritmo de tragedia,

de frente al infinito, por la gloria ceñido.

Por eso el Cantejondo, que es hartura y asedia,
contoneo profundo de espíritu impelido
a proclamar leyendas de amor y de tragedia.

EL MEDIEVO

La pátina del tiempo puso densos fardajes
de lobreguez y olvido sobre el genio luciente
grecolatino que hizo cotidiano el lenguaje

de la sabiduría, moldeó cuerpo y mente
en crisol de excelencias, exaltó la grandeza
del espíritu humano para lo trascendente.

Fue el Medievo producto de intelectual pobreza,
que sepultó un milenio dentro de oscuro abismo;
arte, filosofía por la teología opresas.

La ciencia estaba oculta y en bárbaro ostracismo;
al grito “Non Plus Ultra”, en plenitud de miedo
al misterio, el hombre era inercia y fanatismo.

De alma ictérica, enferma por inflexible credo
entronizó fetiches, condenó al holocausto
su libertad y ensueño, careció de denuedo,

púsose genuflexo ante el destino infausto:
nacer para morir; estólido al dolor,

sin más alternativa social que la del claustro.

EL RENACIMIENTO

Las fuerzas del espíritu que impulsan a la gloria
trascendente del hombre, su valor enaltecen
con virtudes sublimes, guían por trayectoria

de luz inmarcesible el amor, embellecen
la historia do espejean ustorias fantasías
en las mentes, los genios de grandeza florecen

en lampos de cultura, fraguan la rebeldía
sublimizada y santa, impulsan las naciones
más allá de los siglos, tras nobles utopías.

Fue así el Renacimiento: luz de revoluciones
integrales del hombre, de fervores intenso
para nutrir el alma de verdad y emociones.

Derramó en las conciencias como torrente inmenso
la vida con su eterna floridez de belleza,
con pulso resurrecto en plenitud de ascenso.

Brilló la libertad como el sol que regresa
de la noche. El espíritu se erigió imperturbable
para ensanchar la tierra con fáusticas empresas.

Se hizo huracán y vórtice de fuerza inagotable
la ambición de crear; el júbilo de Ser

transfigurado en canto percutió innumerable

de eufonías y ritmos; se convirtió en placer
dominar los abismos; Plus Ultra fue la seña,
emblema, escudo y fragua de ese inmenso poder.

FLORENCIA

Bajo un desborde azul y viento en transparencia
hiperbólica, el Arno tendió su fresca vía
para impulsar las naves mercantes de Florencia.

En la Ciudad Museo, la rica burguesía
absorbió las costumbres del Asia Milenaria,
la cultura de Grecia, la altiva galanía

de los latinos; fue ella la Ciudad Luminaria
del Viejo Continente; puso su clara huella
en Roma y Barcelona, la revolucionaria

concepción de la vida y de la historia; fue ella
que refinó a Bocaccio, a Petrarca y a Dante;
modeló el Medio Punto, la que inspiró la bella

grandeza de Leonardo, construyó la arrogante
Sixtina de Miguel, el primor veneciano,
la ampulosa Basílica romana de Bramante,

la monumentalidad de Sanzio y de Tiziano;
su demiúrgico fuego con urgencia moderna

hizo de Europa , el Viejo Continente, un lozano

emporio de energía, la simiente paterna
para los grandes frutos. Por la inconformidad
con lo efímero, forjó con la ciencia la interna

escafandra del alma en pos de la verdad:
Copérnico y Erasmo, Kepler y Galileo,
Rabelais, Spencer, Moro, Bacon...por su amistad

con la sabiduría vieron el parpadeo
del infinito y ellos pusieron en la tierra
el pensamiento libre en su máximo apogeo.

ESPAÑA EN EL RENACIMIENTO

España estaba insomne, palpitante y belégera.
Le dieron las centurias trágicas del Medievo
el temple, la firmeza de una espada flamígera

fraguada en la ignicencia del vivaque longevo,
pulida en fulgideces de soberbia arrogante
de cien generaciones listas siempre al relevo.

Su destino oteaba sin cesar la distante
parábola del cielo, de la tierra y del mar.
La pira gigantesca de sangre borbotante

hecha por la inquisición, buscaba saturar
el mundo con quimeras, pendular de la gloria
a la muerte, del júbilo al destierro, conquistar

la utopía del hombre, la ruta promisoría

de eternidad. Por eso desató la Reforma
en España honda lucha; porque fue su antihistoria,

contraria a su vivencia, tuvo en su suelo forma
de blasfemia avernal a su ancestral creencia;
e impulsó a Iñigo López a la Contrareforma...

No importaba la lucha; su decisiva influencia
en el Renacimiento rebasaba la historia.
Ya no aceptaba límites su máscula arrogancia.

COLÓN

Colón: el visionario viandante de los mares
se yergue sobre el vértice de las edades,
pletórico de fe, con su carcaj de azares,

fantasías, leyendas, fábulas y verdades;
tiene las excelencias de marino y soldado,
listo a vencer los golpes de las adversidades...

EL portón de la Rábida suena con el llamado
del noble genovés, que pide abrigo y pan;
de Portugal, de Francia, de Italia despreciado.

Ese Mendigo Iluso, el Loco Charlatán
parlamenta con Pérez, Talavera y Mendoza,
les muestra lo factible de su constante afán.

Habla con Isabel la Católica, gloriosa
reina que triunfó en guerra sobre los musulmanes,

rescató su nación y la fe religiosa...

Ruega, insiste, demuestra sus inauditos planes para dar vuelta al mundo navegando lejanos mares no conocidos. Es sólo de titanes

desbrozar los misterios, desafiar los arcanos de la tierra y el mar. Le espolea la audacia de Portugal, que surca por mares africanos.

Probará que la "tierra es pequeña", la eficacia de la brújula, en viaje directo hacia el poniente. Entregará a la Reina la inmensidad del Asia.

Encontrará - tal vez - un mundo diferente: La Atlántida, soñada por Platón, las Antillas de Fenicia; quizá ... un nuevo continente.

Retornará con oro ... riquezas... maravillas... de Cipango, de la India, diversidad de especias que "colmarán las naves hasta las escotillas..."

Y sobre todo el reino glorioso de la Iglesia llegará a los confines remotos de la tierra con todas las bondades y su eternal promesa.

LA REINA ISABEL

El reinado está pobre, Isabel piensa, medita:
ha menester Colón gente experimentada
en acciones marinas; además necesita

barcos grandes, vituallas, muchos hombres de espada,
arcabuces, tizonas, estandartes, dineros...
sacerdotes, actuarios, en fin, gente ilustrada...

!Imposible...! Tan sólo dispone tres veleros,
pequeñas carabelas mal calafateadas;
a más de los hermanos Pinzón hay prisioneros

para enfrentar el reto. Esa gente forzada,
rezago de galeras, de guerra, vil materia
de chusma. ¿ Entregará su existencia a la nada?

¿O "ungida de epopeya", podrá dar a la Iberia
glorias inmarcesibles? ¿ Escribirá la Historia
sus nombres con relieves de gente primiceria?

La Reina da su venia y en forma munitoria
trescientas mil coronas, que es todo lo que tiene,
además da sus joyas en prenda supletoria...

En el Puerto de Palos la agitación va y viene,
entre adioses y anhelos se exalta la conciencia,
se trizan las pupilas que ansiedades contienen.

Entre todos se yergue la colosal presencia
del espíritu hispano. Los nuevos argonautas
se arrojan a los mares con férvida violencia.

EL VIAJE

El mar ancho y profundo, desafiante y desnudo
cual monstruo enfurecido; frenéticas sus olas
se hinchan, se arremolinan, chocan, dan grito agudo.

De las tres carabelas minúsculas y solas
quedan estelas blancas, como si en añoranza
retroceder quisieran a tierras españolas.

Cielo y mar...Mar y cielo...La caravana avanza.
No ha lugar la derrota ni el miedo ni atonía...
Transcurren las semanas, se prolonga la erranza:

días, meses de lucha. Con sádica ironía
flotan algas extrañas, las nubes van, regresan,
dibujando lejanos puertos de fantasía...

De pronto: relámpagos, que las sombras remesan,
la tempestad ulula, se arremolina, grita,
todos los elementos con estragos expresan

su furioso reproche; la inmensidad tiritita;
los nuevos argonautas luchan, sufren,...avanzan,
Colón, siempre confiado, lucha, sufre, medita.

Luego, días de calma, viento y mar se abonanizan
con la quietud tediosa donde surge el recelo;
como áspides hambrientas las dudas se abalanzan.

Avanzan ... Cada vez más distante el patriosuelo.
Sus últimas noticias reportan las estrellas
con bordones de luz y en son de castañuelo.

EL HOMBRE AMERICANO PRECOLOMBINO

Gema del sol que ríela sobre el mundo la vida,
fértil de luz celeste, copa de savia pura
para gozo de dioses, de polo a polo erguida.

Aquí, un millar de cimas con nieve en desmesura,
con vértigo de seísmos, y nido de volcanes
la naturaleza hizo la colosal moldura

del hombre americano: empapado de afanes,
libérrimos, lo mismo que los ríos y el viento,
con blandura de espuma, con fuerza de huracanes,

con rumbo vertical de lanza en movimiento,
aleteos de cóndor, de quetzal y torcaza,
esbeltez de maíz y la entraña de argento.

Sangre, nervios y estilos para fraguar la raza
esculpida en estambres de obsidiana; en la infancia
de fábulas y mitos, que la historia rebasa.

Tuvo en sus manos todo en natural abundancia
de tierra prometida, transfusión desbordada
en tiempo inmemorial, por cauces de exultancia.

Consustancial del árbol, farallón y alborada;
imperó en los abismos, sabanas, junglas, páramos;
descubierta la frente con alma infatigada.

Porque América fue eso: secretizado cántaro
de vida, alzado en brindis para todo lo bueno,
fue agua lustral y fruto, estallido y relámpago.

Y, fue este continente gigante pan moreno
hecho para ofertorios de espíritu y de sangre,
nutrido de misterios y de riquezas lleno.

DOCE DE OCTUBRE

!Tierra...T i e r r a ...! Fue el grito de Rodrigo de Triana,
estentóreo y triunfal en un Doce de Octubre,
que estremeció de espanto la faz americana.

!Tierra..! De un mundo oculto, que el español descubre;
el orgullo toral de todo el Renacimiento.
Júbilo por la audacia sin igual, que no encubre

su obsesión de riquezas ni el deseo violento
de poder... Ese grito percutió cual bramido
de tormenta en los Andes, hizo dolor incruento

al dueño de esta arcadia aborigen, el gemido
postrer del hombre de arcanos descendiente.
El bronce de su carne se resquebrajó herido

de pólvora, de espada y corceles furentes;
porque era el apogeo de los conquistadores,
donde cupo la fuerza brutal y prepotente...

!Son ellos Viracocha! Los que tus avisores
profetas predijeron vendrían por el mar
a causar a tu raza no igualados dolores.

!Son ellos Xochipilli! Llegan para finar
las flores de tu suelo. ! Xipe! Traen tu luz
prisionera en cañones listos para matar.

Junto a nuevos pendones enarbolan la Cruz,
donde, dicen, murió por redimir al hombre
de su maldad, un Dios que se llamó Jesús.

Esos conquistadores para adquirir renombre
se ahitarán de sangre; la historia hecha de llanto
fulgirá enrojecida para que al mundo asombre.

Morirán tu esperanza, la libertad y el canto;
lucirá en otros templos tu piedra berroqueña,
pregonando a los siglos sumisión y quebranto...

Chasqui, lleva el mensaje, grita, pregona, truena,
corre sobre los páramos, avisa a los volcanes,
al gavilán, al puma; dé alaridos tu quena.

Convoca a los amautas; estén los capitanes
cabe la patria hollada, junto a Guatemozín,
Rumiñahui, Lautaro, Caupolicán...Los manes

yérganse resurrectos amurando el confín
de este continente indio. No hay otra alternativa:
ser libres o morir peleando hasta el fin.

MÉXICO

Ruinas.. en Anahuac: búcaro entre dos mares,
donde el golfo se expande con afán de distancia;
para el Maya, el Tolteca, fertilizados lares

para su alta cultura y donde selló su errancia
el Azteca imperial : grave y meditabundo
imprimió en obras grandes su vital arrogancia.

Y otro pueblo raíz de espíritu profundo
hizo las pirámides de Teotihuacan,
de Cholula y Papantla: miradores del mundo

del buen Quetzalcoat. Y fueron...Yucatán,
los jardines flotantes sobre lagos celestes,...
Xochicalco, Texcuco, Mitla, Tenotitlán.

Fueron. ..Después silencio.. Que Cortez y sus huestes
llegaron con la dura fulgencia de la espada
para hacer de esos campos ergástulas agrestes.

Hasta el Popocatepelt, con su cumbre angustiada
llora grumos de nieve por el gran Monctezuma,
al ver en torno suyo la gente avasallada.

Vulnerado de noche, embozado de bruma,
el río Bravo se hincha, pavorido camina
entre ahogados gritos y enrojecida espuma.

Al culminar la gesta Alvarado asesina
a la nobleza azteca en el Templo Mayor...
No pudieron las gracias de Malinche – Marina

suavizar las crueldades de aquel conquistador,
que lloró en Noche Triste; y en su cuerpo de virgen
indiana comenzaba el mestizaje de amor.

EL INCARIO

Soñaba con acciones trascendentes y bellas,
cuando extendió el imperio hacia el trópico ardiente
de la jungla hacia arriba, cerca de las estrellas,

donde imperan volcanes a todo el continente,
puestos en fila inmensa, con penachos de lumbre,
más allá de las nubes y del arco iris turgente.

Amautas y orejones fueron de cumbre en cumbre,
venciendo los abismos que cimentan los Andes;
sonriendo a la vida. Se les hizo costumbre

la gloria. Son por eso torales entre grandes
pueblos civilizados. Supo el Inca hacer suyo
el egregio relumbre del ideal, que expande

por los amplios confines de la tierra el orgullo
del pensamiento humano. Pudo el Quechua por eso
construir con firmeza todo el Tahuantinsuyo

sobre el Imperio Huari, hasta el magno suceso
de conquistar el Reino de Quito, donde pudo
el Inca Huayna Cápac culminar el progreso,

compartiendo virtudes, ora con la violencia
o sutil diplomacia; dio paso a la cultura
y al arte para exornar con oro su opulencia...

De pronto, llega el Chasqui con singular presura
y en tensión de dolor anuncia la llegada
al imperio de gentes de extraña catadura...

!Son ellos Pachacámac...! Dice la autorizada
profecía de antaño, que si huellan tu suelo
los blancos y barbudos, estará consumada

la muerte del Incario; traerán el flagelo
a la cerviz del indio; será todo sollozos,
esclavitud, martirio, humillación y duelo;

saquearán las joyas de tus templos gloriosos
en Tiahuanaco y Cuzco, en Liribamba y Quito...
No habrá límites para sus actos codiciosos,

ni moral que limite su voraz apetito
de tesoros y tierras; irán tras EL Dorado;
con torrente de sangre impondrán su extraño rito.

!Son ellos Pachacámac...! De dolor agobiado
falleció Huayna Cápac,...y Atahuallpa, el quiteño
hijo del Inca y Paccha, poseerá el Estado

que fue de sus abuelos, y Huáscar el cuzqueño,
gobernará el antiguo señorío peruano:
foco y raíz políticos del imperial empeño.

Cierto que aquella lucha desatada entre hermanos
fue gloriosa revancha dada por "huambracunas"

de Yaguarcocha. Lucha con sangre y triunfo vanos,

porque Pizarro tuvo la ocasión oportuna
con un golpe de audacia, matar el legendario
imperio en Cajamarca; poseer la fortuna

nunca por él soñada, cumplir su itinerario
de saqueo y matanza; y con las fundaciones
hacer hitos y escalas de este nuevo calvario...

Crepitaron los Andes; los cósmicos velones
emigraron al ver las "llactas, ayllus, marcas"
escombrándose luego de las inmoluciones.

Después de aquel nefasto crimen de Cajamarca,
quedó para la historia y las resurrecciones
el mensaje indio: "chaupi punllapi tutayarca."

LA COLONIA

Siguió el tiempo su marcha. América ofrecía su savia generosa a la nueva estructura, (a pesar del dolor). La historia recogía

la virtud de las etnias, la diversa cultura que resistía en la ancha geometría vital. Se alzaron majestuosos, con éxtasis de altura,

templos cristianos hechos con la piedra inmortal por la mano aborigen, con el lento ruido de costras abundantes, su muerte sin señal

de fama alguna. El arte se expresaba atrevido en volumen y formas. Cupo al Renacimiento ostentar el barroco de oro y plata vestido.

Ya en pleno Siglo de Oro, floreció el pensamiento en libros inmortales. En la imperial España "no se ocultaba el sol", porque era su ornamento.

Pero España sangraba. . . De su fecunda entraña se esparcieron a Europa y al Nuevo Continente: filosofía, lengua y fe con grandeza extraña.

El brillo de su gloria de Oriente a Occidente, alumbrar pretendía el futuro, derramar su estirpe recargada de ayer y de presente...

Pero España sangraba...No pudo controlar
el desborde caudal y opimo de sí misma
sobre el haz de la tierra; comenzaba a finar

la epopeya; perdía su insólito carisma
de orgullo y prepotencia. Porque la historia quiso
el descenso de España desde su altiva cima...

Sobre aristas de fuego fragoroso, el mestizo
y el criollo ascendieron a la gloria, próxima
a los frisos divinos; su espíritu preciso

al heroísmo, dio al mundo la fértil "Raza Cósmica",
forjada entre violentas y rojas carnaciones
de América y España: exúberas y pródidas.

Con este hombre, crisol vertical, las naciones
fraguaron su futuro; y la conciencia humana
izó la democracia para nobles acciones.

TRANSCULTURACIÓN

Aquí están: argonautas en blancas carabelas
de la sabiduría, les guía el pensamiento
con rumbo al ideal; tras sí dejan estelas

de luz y paz vertidas con claro sentimiento.
En una hazaña inmensa que a la estirpe engrandece
vienen desde el asombro, del augusto tormento

de escrutar la belleza, palpar cuanto ennoblece
el espíritu. Tienen sangre de aventureros;
vibra en ellos la vida y el amor resplandece.

Para hacer trascendentes esos bastos senderos
llevan sobre la frente la punta de una estrella
y en las manos el libro. Son todos caballeros

del más fino abolengo moral, su alma destella
fragmentos de infinito; su más preciado empeño
es exultar al hombre para la vida bella...

"Este que veis aquí"... el "de rostro aguileño",
es el adelantado en "viaje hacia el parnaso",
" príncipe castellano de todos los ingenios ".

Al Quijote, el manchego, le dio "el espaldarazo",
y armado caballero lleva la lanza lista
contra los malandrines; su invencible brazo

limpiará el continente "en lucha nunca vista"
de gigantes, follones...colmará a Dulcinea
de gracias y belleza; marchará a la conquista

de "ínsulas baratarias", porque el Estado sea
honrado con gobiernos prestos a la utopía.
Vencido o vencedor su ideal señorea

sobre el langor de siglos; y en nuestra geografía
continental su pluma destronará tiranos
con resuelto talante; tendrá la compañía

de Montalvo y Bolívar, y cien americanos
caballeros del libro, de bastón y de espada;
héroes en la acción y en el pensar galanos...

América por ellos fue pronto conquistada.
Mas bien fue una manera de encontrarse en abrazo
y contemplar el sol con la misma mirada;

regustar la ambrosía vital de un solo vaso,
incendiar en los labios divinas maravillas;
competir en lo grande; sonorizar el paso

por la gloria; nutrirse con la verdad que brilla
desde la florescencia caudal del universo.
Porque esto hizo el lenguaje donoso de Castilla,

con la transposición musical en el verso
arrogante de Lope, la mística pasión
de San Juan de la Cruz; el dramatismo terso

pulido en el tráfago social, de Calderón

y Tirso de Molina; la lírica ardorosa
del noble Garcilazo, de Teresa y León;

el barroco frondoso de Góngora; la glosa
satírica de Guzmán;...en fin, la alta cultura
en el libro, expresada con el verso o la prosa,

con la filosofía, la historia, la pintura,
con las que conquistara el ibero erudito
al alma americana en no igualada aventura...

Y nos siguen llegando, asiduos de infinito;
corazón y alma afuera: Ortega, Jovellanos,
De los Ríos, Machado, Zubiri,...el erudito

don Miguel de Unamuno,...el mayor de los gitanos,
García Lorca. Y Dalí, Goya, el Greco, Picasso,
Velásquez, Gris, Ribera,...en sus excelsas manos

se desborda el aliento divino; en cada trazo
palpita la belleza, se encienden los fulgores
de la vida, en sus obras el genio va del brazo

de Apolo y Atenea fecundos; forjadores
de nuevas excelencias grávidas de futuro
para exultar al hombre de inexhaustos valores.

ACCIÓN DE LA IGLESIA

¿De quien fue que surgió la voz estremecida
de amor al aborigen; capaz de alto gemido
y demandar al mundo la inmensurable herida

hecha al americano?...Tuvo un pobre vestido,
ajeno a lo superfluo, llevó el alma quemada
de blancura en los lampos de la paz; fue el unguido

del bien, pudo por eso quebrantar a la espada.
De su humilde grandeza y recia lealtad
cristiana derramó compasión imantada

de esperanza y de fe; desbordando piedad
en el alucinante fragor de la conquista
fue Bartolomé cura de amor y caridad.

La Gasca, fray Toribio... con mano siempre lista
a detener la fuerza, contener la consigna
de esclavitud o muerte; con misión humanista

fueron los protectores, escudos, paradigmas
para la muchedumbre miserable y opresa
del Perú, que anhelaba una existencia digna.

Honor al jesuita que en mística largueza
reconquistara Europa con la sabiduría;
y en América al indio con bondad y fineza.

Desbordando piedad la culta Compañía
de Jesús introdujo la civilización;
así en Parapaneme realizó la utopía

social y política soñada por Platón.
Los guaraníes fueron con respeto tratados,
sin cárcel ni verdugos, sin sangre ni extorsión.

Para el trabajo, el arte y la ciencia guiados;
cantaban y tañían diversos instrumentos,
compartiendo de todo y en solaz congregados.

Fueron los jesuitas que hicieron el portento
de evangelizar la Ilea Amazónica,
con arduo sacrificio, heroísmo y talento,

Con ellos la plegaria, la oración apostólica,
fraternidad sincera. Llegó a ocupar la Cruz
su verdadero sitio en el altar, pletórica

de piedad infinita, con fanales de luz
fue izada por el indio, con signos de bonanzas
y de resurrecciones como ofreció Jesús.

18. LA INDEPENDENCIA

En la mitad del mundo, la milenaria Quito
sintiéndose madura de ideales, anhelos,
y justa rebeldía, con fragoroso grito

por liberar al nombre nacido en este suelo,
hizo crujir los Andes; y al primordial conjuro
se ufanzó la gloria,alzada al alto cielo.

Héroes con sustancia de historia y de futuro
llegaron presurosos, dominando las cumbres,

remecieron en ellas un escándalo puro

de libertad, con nuevos pabellones, con lumbres
centelleantes como la erupción de volcanes;
en formidables saltos, olas de muchedumbres

repletaron la tierra de vórtices y huracanes,
imantaron sus puños con nuevas claridades,
portearon banderas, y en faustos ademanes

de inmensurable fuerza derruyeron edades
del pasado sombrío. Porque fue necesario
que el criollo surgiese de las oscuridades,

se dieran nuevas rutas, seguro itinerario
al soberano ascenso de los pueblos de América,
ceñidos de victoria. Por eso el temerario

desborde de su sangre en cien jornadas épicas,
el estrago fulmíneo de indoblegado acero,
en décadas de lucha con las huestes ibéricas.

Allí el irreductible y el más recio guerrero
Bolívar, de la unión constante paladín
y por antonomasia Libertador, primero

y grande entre los grandes...O'Higgins, San Martín,
el protector del Sur...Morelos, Santander,
Hidalgo...cabe la ley y al reto del clarín;

pléyade incorruptible, siempre lista a ofrecer
sus altaneros pechos...Aquí fue Bomboná,
Chacabuco, Maipú. . .La consigna vencer

en los breñales sacros de Quito y Boyacá,
Ayacucho y Junín.. Soberbios aquilones
rompieron las cadenas, que nadie soldará.

Ni esclavos ni tiranos; libres ya las naciones,
pueblos donde el hombre es para el hombre hermano.
Patrias adolescentes con nobles vocaciones,

envían con la paz allende el océano
el abrazo cordial para la Madre España,
como filial presente del hombre americano.

19. AMÉRICA ACTUAL

América es búcaro de sol pleno de vida;
tierra con resplandores de trópico y de nieve,
predominio de jungla, manigua estremecida

por volcanes flamígeros de asombroso relieve.
Fontanares que fluyen para el surco turgente,
la ávida caracola y la burbuja inleve.

Tiene el fecundo impulso del litoral ardiente,
y urgidas de solanas las pampas se iluminan
con huertos y fincales, milagro de simiente,

transformación de arena y limo do germinan
los frutos que devienen en pan y la ambrosía;
y la brisa nacida en landas que se obstina

exultar las ciudades de odorante alegría
y trajín del progreso; el paisaje derrama

confidencias de flor, aleo y sinfonía.

América es la fragua con designios de flama,
donde el corazón se alza con vocación de tea
y el anhelo perpetuo de hermandad; proclama

la inmarcesible y fina nobleza de la idea,
mensajes jubilosos de verdad y belleza,
devoción por el bien que imanta y centellea.

Le exalta el sentimiento con diáfana pureza,
porque es el alma egregia hispanoamericana
que le instauró un destino abierto a la promesa

de amor universal. América se afana
en redimir al pobre, sin humillarse al miedo;
habla la luz al alma, a la conciencia humana

sin constricción, sin odios, con proficuo denuedo
por la ciencia y el arte, asida a menesteres
de espíritu, pone su fervoroso credo.

El poder armonioso de la ley, los haberes
para todos los hombres, la fuerza generosa
de fábricas y libros, tribunas y talleres.

20. AMÉRICA ILUSTRE

Colmenar de prodigios, lámpara en llamarada,
sinfonía de gracias en todo el continente,
júbilo cultural, plenitud de alborada.

Con clamor de alborozo desde la honda simiente
del alma de estos pueblos, embelleciendo el mundo,
derrama en abundancia el fruto de su mente

en lenguaje español, que es lenguaje fecundo
de dulzuras vitales, apto para los vuelos
más audaces del arte, manifiesto profundo

y epónimo del hombre; cauce de sus anhelos,
solaz del sentimiento, música, canto, grito;
aternura el dolor, se indumenta con velos

do se incuban las ciencias. Su lenguaje inmarcho
y bienaventurado, que da excelencia humana
a la cultura hablada o al pensamiento escrito;

es incienso y perfume para la fe cristiana,
contacto de plumones para la ufanidad
del amor, sinfonía que la vida engalana...

Rebasando la historia, con noble majestad
preside el tiempo nuevo, Bolívar: el más grande,
el más sublime mártir de nuestra libertad.

Montalvo: hombre toral fraguado por los Andes
volcánicos, apóstol, de lenguaje fulmíneo,
pulquérrimo, rebelde, cuya verdad se expande

e ilustra el continente americano, orfeo,
maestro de maestros; junto a Baralt y Bello,
Rodó, Martí, Sarmiento...bardos en apogeo

de vuelo intelectual. Darío, pone el sello
del sensual modernismo, bohemio insuperable,
nos inebria con versos hechos de áureos destellos.

Nervo: tañe finuras de belleza insondable.
Lugones: culto, varioAlfonsina, lirida
que "se hundió jubilosa en su mar entrañable..."

Borges: ilimitado "poeta de la vida
de la muerte y del tiempo". Castrillo: "el asombroso"
cantor de la experiencia de su Bolivia herida..."

Pardo, Pombo, Echeverri, Silva, Isaacs..., portentoso
cortejo de Colombia vestida de hermosura,
convoca a la eufonía para el himnar saudoso.

Juana de América: va diáfana de ternura
"del alba a la soledad", en celeste bajel.
Sor Juana Inés, Gabriela Mistral: maestra pura,

que hizo "todo su espíritu un inmenso joyel".
Pablo Neruda: "dulce como la uva" y terrible
"como un río de tigres enterrados", voz fiel

a la stirpe sonora, veraz, incorruptible.
Pellicer: el poeta "alegre de estar vivo"
de imágenes cantoras y música tangible.

Gorostiza: idealista, donoso, pensativo,
"como fuera del tiempo, sumido en las esencias".
Octavio Paz: plural, dialéctico, ilusivo.

Cardenal, con sus Salmos combate la violencia,
da su ancho corazón al pobre, al oprimido,
funde la poesía con su noble creencia.

Zorrilla San Martín: épico, compelido
por impulsos heroicos al poemario indígena.
Hidalgo, Herrera, Ercasty...con Rodó el favorito

guía de juventudes, cuya siembra fructífera
con sublimes conceptos de idealismo pregona
el "júbilo de ser luz" de virtudes íntegras.

El inmenso Gallegos, Otero, Blanco Fombona,
nos exultan y ablandan con mensaje de amor
sublime, en lenguaje selecto que apasiona.

Vallejo: "heraldo " trágico, que recibió el dolor
y "golpes como el odio de Dios", y sin embargo
"se complace en su pecho " concitar el rumor

de "los niños del mundo", les pide que el amargo
"cáliz de España " aparten, ya que "madre y maestra...
cae" en yermo sendero, bajo silencio largo.

Olmedo: fragua en fuego tropical su palestra,
ubicado en la cima más alta de la tierra,
proclama, remeciendo los rayos con su diestra,

que es "árbitro" Bolívar " de la paz y la guerra",
la fe en el futuro, la cultura, la gloria,
y toda la grandeza que la campaña encierra.

Carrera: reverencia la vida promisoría
del campo y la ciudad, les mimó con metáforas
bellísimas y gracias lúdicas e ilusorias.

Espejo: el indio sabio llegado por las gárgolas
del pretérito oscuro, justo en la hora precisa
del martirio fecundo, su cultura fue diáspora

sonora de excelencias, llamada insumisa
al oprobio; su nombre se inscribe en resplandores
de mármoles y bronce que guardan sus cenizas.

González, Maldonado, Velasco, . . .son actores
del escenario sacro de la historia social,
mucho más que vigías, son los suscitadores

del ascenso de un pueblo en pos del ideal;
descifraron arcanos con su sabiduría;
por méritos excelsos brillan como fanal.

Está Espinosa Pólit, con cauda galanía
inmerso en la sustancia de la cultura helena,
y tiene de esos genios la misma jerarquía.

La frente aureolada de sol, el alma llena
de ontanares ustorios: Carrión, Andrade, Mera,
Crespo, Zambrano, Dávila, Palacios, Gangotena...

Densa de maravillas la perfección impera
en "La Escuela Quiteña" ; Legarda, Caspicara,
Goríbar y Pampite, plasmaron en madera

el arte fabuloso que los siglos amparan.
Lienzos de Samaniego, de Bedón y Santiago:

mística, apoteosis que el color alquitara...

Subido en los peldaños de la ira y del estrago,
Guayasamín captura la angustia de la raza
en colores de sangre y de sollozo amargo,

en trazos que son gritos de dolor, adelgaza
como filo de espada el Huacay Ñan, que es la vía
para llegar al indio, en su yacer de eriaza.

21. EL FUTURO

De la cumbre social que se alza vigorosa
de fervor y esperanza; de su alma adiamantada
va surgiendo el mañana como gema ardorosa

para alumbrar la Tierra. Límpida madrugada
para la nueva historia del verdadero hombre -ego-
dispuesto para el bien; su frente moldeada

en el valor supremo de la vida, con fuego
sutil del pensamiento purificado y grande,
en la ascensión constante y clara al infinito.

EL CONGRESO DE ANGOSTURA

Arriba, el sol brillante, abrasador y nítido,
la bóveda celeste, diáfana, transparente;
abajo, un leve viento, que casi no se siente;
Bolívar va anhelante, de victorias prolífico.

En el río Orinoco el ritmo de los remos,
el tremor de la selva virgen, exuberante,
sobre el extenso valle; y allá, más adelante,
la sierra en que relumbran los volcanes supremos.

Se exulta el esplendor de la naturaleza,
porque tiene en su seno al Libertador excelso;
todo se dinamiza con su ideal disperso,
que es luz, crisol y fragua, munífica grandeza.

Bolívar se dirige al Congreso de Angostura,
su alma lleva las huellas hórridas de la guerra;
y sediento de paz busca para su tierra
democracia, igualdad, libertad y cultura.

Mientras el río avanza desbordando su curso,
nutrido con las savias sutiles de la vida;
reluciendo verdades, con el alma encendida,
el Libertador dicta su magistral discurso.

.....

Anhelantes y libres los pueblos de la Unión:
Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita,
Casanares, Guayana ... Todos se han dado cita,

por la ley tutelados y con fe en la Nación.

Les preside Bolívar, ahora Hombre de Estado.
El redentor de un mundo con colosales hechos,
pone tremoles de himno cuando habla del Derecho:
si legisla en justicia, es vigor inflamado.

Con lealtad somete al Augusto Congreso
todo el poder que tiene y que la fuerza encierra:
sufrimientos y glorias, alternancias de guerra,
sus claros ideales, su patriotismo ileso.

Imantado por altos valores rasga el velo,
del oscuro pasado, descubre el hondo abismo
en que yace el esclavo, dentro del despotismo
español, en tres siglos que subyugó su suelo.

Con la fuerza ignicente de los patrios volcanes
habla por Atahualpa, Tupac Amaru, grita
por Montezuma y todos los muertos en la mita,
servidumbres, obrajes, encomiendas, batanes...

Muestra a la faz del mundo la trágica miseria
del hombre americano, del nativo criollo,
ayuno de justicia, ajeno al desarrollo,
de crímenes objeto por la imperial Iberia.

Insiste en su exigencia, que es mandato y es súplica:
“Confirmad la absoluta libertad del esclavo”...
“Igual que por mi vida... de vosotros recabo,

porque es derecho humano y es don de la República”.

Clama por la unidad; se acabe el egoísmo
y el odio, que aniquilan los valores sociales,
la ambición que corrompe los principios morales,
desconoce el derecho, destroza el patriotismo...

Desfila por su mente solemne caravana
de pueblos y naciones: la Esparta imperturbable,
la cultísima Grecia, Roma la indoblegable;
todas toral ejemplos de la grandeza humana.

Pasan haciendo honores los sabios de la Historia;
él les conoce a todos, les llama por sus nombres;
delante van los héroes libertadores de hombres,
arquetipos sublimes, hermanos de su gloria.

Estadistas patriotas: Tucídides y Nicias,
Hamurabi, Licurgo, Pericles y Solón,
legisladores cuya sapiente vocación
fue causa creadora de excelencia y justicia.

Y pasan los juristas romanos del Senado:
el demócrata Máximo, con sus "Leyes Curiatas";
Tarquino, que a la antigua monarquía arrebató
privilegios de sangre, y los del Consulado.

Justiniano, quien trae la "Instituta", el "Digesto";
Pompeyo, muy querido por proteger al pueblo;
Alfonso, el Sabio Ibero, con las "Siete Partidas".

En su palabra inmersos llegan con noble gesto.
Junto a él moralistas: Sócrates, Cicerón,
Montesquieu, Zoroastro, por los dioses validos;
Nietzche, Compte, Platón, quien llega presidido
por la sabia "República"; Bacon, Kant y Catón...

Es torrencial la voz que inunda ese Congreso;
da chasquidos intensos de luz aquella frente,
para alumbrar el drama de la Patria naciente,
por los nuevos senderos de la paz y el progreso.

Señala al despotismo como crimen social;
y el más horrendo crimen es el de corromper
con dinero al ignaro por captar el poder,
porque anula el civismo, mata todo ideal.

"La virtud más excelsa consiste en el servicio
trascendente a la Patria"; con ella el heroísmo
vence al dolor y eleva al más puro estoicismo,
al hombre que ennoblece su muerte y sacrificio.

Presenta ante el Congreso los restos de su ejército
y los colma de honores: "Ellos han soportado
la crueldad de la guerra", mártires que han logrado
redimir a los pueblos: "son hombres beneméritos".

"Yo pongo por testigos a la Historia y a Dios",
que es fecunda la gloria de la fuerza y la guerra,
si deviene en justicia cuando el oprobio impera,
si de la democracia, de la verdad va en pos.

"Fui sólo" ... "un instrumento de la revolución",

"mi espada lleva el brillo sacro de Venezuela"...
"Es la ley y su imperio" por lo que "mi alma anhela",
que deberá surgir de esta Constitución.

"Volando en las edades" mi alma caudal y ufana
contempla en el futuro la Patria redimida,
colmada de esplendores, de progreso, de vida,
"lazo, centro y emporio de la familia humana".

"Entrego en vuestras manos mi mando" y jerarquía;
organizad al pueblo en paz, en libertad;
"dadle las leyes justas y sabias"... "Empezad
vuestras funciones, yo concluí las mías"...

.....

Nadie ha hablado como él, nunca antes ni después.
El héroe americano, consciente del suceso,
desborda un halo sacro sobre el Magno Congreso.
En torno suyo el mundo reverente y de pies.

BOYACÁ

En los valles el fango pegajoso y la bruma;
el gran río Orinoco: líquida turbulencia
sin riveras, hinchada de bramidos y espuma;
vorágine de jungla: selva, calor, violencia.

Allí surge del caos fantasmal regimiento,

con hombres temerarios, sudorosos, hirsutos
son jinetes pamperos, rápidos como el viento,
galopan incansables sobre los nobles brutos.

Son semanas y meses de hombres en los pantanos
con caballos, con armas, que hacen un remolino
colosal para hollar los parajes lejanos;
son cíclopes que avanzan a cumplir su destino.

Terminada la pampa, cabalgan hacia arriba;
pasan corceles; los riscos, los abismos.
Libertad es la causa, es su fuerza impulsiva
que conjuga la empresa de dolor y heroísmo.

Están los elementos furentes del invierno
tropical: el granizo, tempestad y huracanes;
están las fuerzas ciegas puestas por el averno
sobre el rojo basalto de cimas y volcanes.

Solemne y afiebrado, Bolívar va delante,
cual si fundir quisiera los macizos de hielo;
sus órdenes se mezclan con el viento ululante;
hay que vencer a todo y escalar hasta el cielo.

Y luego descender, sin rendirse jamás
al cansancio ni al hambre, la desnudez y el frío;
ese turbión humano no puede darse paz;
escuálido, extenuado, pero firme y bravío.

Ya en la Nueva Granada, carente de vestidos,

caballos y armamento; son restos de una hazaña,
se diría mendigos, porque todo han perdido
al paso de los Andes, sobre su hosca maraña.

Poseído del genio Bolívar no dormía:
reconstruye las tropas con súbita presteza;
listas para entregar su máscula osadía,
aptas para forjar una nueva proeza.

La fuerza realista con Barreiro está en Paya
y lucha en retirada en Pantano de Vargas;
el batallón patriota le sigue a donde vaya,
le desgarrá, le diezma, con fulminantes cargas.

Y es el Siete de Agosto, sobre un desfiladero
de Boyacá, la lucha suprema de Colombia:
el hombre contra el hombre; el hierro contra el hierro;
fuerza, heroísmo, furia, sangre, pavor ... Victoria ...

Victoria del asombro. Victoria altanería.
Victoria de victorias que expande sus honores,
ese casi milagro de santa rebeldía,
por todo el continente, como rojos fulgores.

BOMBONÁ

Nuevamente los Andes y sus cumbres,

sus peñas milenarias y sus rocas,
la nieve eterna ustoria del relumbre,
rojos volcanes de ignicentes bocas.

Se descuajan las cimas de granito
y caen al abismo hechas pedazos,
entrega el viento su ominoso grito
y el frío sus mortíferos fustazos.
¿ Se van al sol Bolívar y su gente
a arrebatar su eterno centelleo?
¿Desafiarán a dioses nuevamente
cual el reto feral de Prometeo?

Ya todo puede ser. Siempre adelante
para cubrir la tierra de victorias;
es la lucha total, guerra gigante
por la revolución y por la gloria.

“Hay que vencer y venceremos” grita
Bolívar al puñado de titanes;
la enorme fuerza de su voz concita
el eco rugidor de los volcanes.

Desde el cenit hasta la medianoche
el trágico esplendor de la batalla,
con hierro y sangre en colosal derroche
que hiere, rompe, arrolla y avasalla.

Bajo el celeste brillo de la luna
los súbitos relumbres de la espada;
las vísceras, los cuerpos son la espuma
del torrente de furia desatada.

Huyen por los abismos derrotados
los restos del ejército de España,
quedan los vencedores ensalzados
como fanal de luz en la montaña.

Del pasado contemplan sorprendidos:
Aníbal, Alejandro, Bonaparte,
saben que en esa gloria están vencidos
por un dios resurrecto, el mismo Marte.

Que lucha por el hombre sin cadenas,
por un pueblo erguido en majestad,
por una patria de justicia llena,
de esperanza, de paz y libertad.

PICHINCHA

Hierático volcán que fraguó por milenios
la Patria promisoría;
atalaya de rocas y cósmico proscenio
de su robusta historia.

Insufló inagotable los ínclitos valores
de la Nación Quiteña;
entintó con su llama los fúlgidos colores

de la sagrada enseña.

Atizó en las antorchas de Rumiñahui el fuego
que impuso el sacrificio
de la ciudad heroica. No sabe de sosiego,
la lucha es su ejercicio.

Con piedras y basalto se construyó la pura
maravilla de Quito;
en sus templos y arcadas de suprema finura
se magnificó El Grito.

Se encofró la plegaria del hombre, su fervor
se hizo altar y columna;
allí canta la vida, se ennoblece el dolor,
la verdad se columbra.

Montaña que entregó el primordial mensaje
de libertad a América;
que laceró su entraña de espanto y coraje
en la matanza tétrica.

Fueron suyos los años lentos de la opresión;
y acunó las cenizas
de próceres, que hicieron la gallarda legión
criollista y mestiza.

Bolívar vislumbró la opulenta montaña
opresa y enlutada,
y quiso se engastara con formidable hazaña
al puño de su espada.

En la jungla costera de lujurioso trópico
la victoria se expande;
Sucre conduce aquella división de los óptimos.
Estratega de grandes.

Guayaquil, Daule, Cuenca, Riobamba y por fin Quito,
que rompen la cadena,
sobre esa masa enhiesta de nieve y de granito,
donde el estrago truena.

En la noche, por breñas, por los desfiladeros,
envueltos por neblina,
suben los batallones Numancia y Granaderos
en actitud felina.

La marcha continúa con fuego en el aliento
por la ladera extensa;
al filo de las lanzas y espadas gime el viento;
la montaña se tensa.

De pronto el enemigo y entre la luz efímera
avanza presuroso;
el choque es con espada que la blande fulmínea
y en giros pavorosos.

Después, de cara al sol y ante la faz de Quito,
fusiles y cañones
descargan fuego y muerte con tremor infinito

y fuerza de tifones.

Al filo de las rocas: hombres, hierro y jadeo;
masas que se derrumban;
más allá los cañones de ignito centelleo
que incesantes retumban.

Una nube de polvo, de aliento enrojecido,
sube por las laderas;
es la erupción humana, su furioso bramido,
que rasga las esferas.

Junto al lábaro sacro que entre el fragor flamea

los héroes se dan cita,
la victoria se yergue, la gloria galanea,
la patria resucita.

En los abismos ciegos: sangre, dolor, muñones;
de allí ve el español
vencida su arrogancia, trizados sus blasones
y eclipsado su sol.

JUNÍN

En el Perú reinaban discordia y anarquía;
nativos y mestizos ayunos de ideales
mantuviéronse inertes; carentes de osadía

luchaban en desbande los pocos generales.

En Torata y Moquegua quedaron derrotados
los criollos leales, los patriotas peruanos
tenían que enfrentar pocos y mal armados
a Laserna, Canterac y millares de hispanos.

Cerníanse turbiones con preludio de ocaso,
la libertad tremaba bordeando el abismo.
Pero el rayo de luz llegó abriéndose paso,
sembrando por doquier la fe y el paroxismo.

Bolívar conjuntó las fracciones dispersas
y construyó un ejército en Pasco y Sacramento,
le insufló su destino de insuperables fuerzas,
aptas a la grandeza del colosal momento.

Todos los estandartes de América insurrecta:
Junto a los veteranos de Sucre está Lamar,
los chilenos de O'Higgins, esa fuerza selecta
de argentinos resueltos a morir o triunfar.

De América Central, de México, de Europa
los altivos jinetes ingleses y alemanes.
Tiene por paladines la formidable tropa
a Bolívar y el grupo de invencibles titanes.

Se estremece la tierra con el raudo galope
de la caballería; esa gallarda masa
de centauros tremola sus emblemas al tope;
va el clarín exultante y el tambor que compasa.

Ni un grito ni un disparo; las masas jadeantes
compáctanse en el choque siniestro de las lanzas;
sangre, estridor, relinchos, las cargas incesantes,
y espirales de fuerza, de hierro y de matanza.

El “Húsares de Junín”, como una ola bravía,
se impulsa, avanza, ataca, todo aplasta y derrota,
y al filo de su acero la certera agonía,
las arterias trizadas, la sangre que borbotaba.

Canterac enlutado de noche y de pavor,
arrastró largamente los restos de su ejército;
mientras el continente con gozo que fulgura
de pie cantó a Bolívar con un himno homérico.

LA CARTA DE JAMAICA

Bolívar va a Jamaica; con él va una leyenda
y el fulgor de la guerra. Se encuentra derrotado ...
Como un dios sonámbulo, solo, pobre, exiliado;
su alma muestra lesiones de la inicial contienda.

Las disensiones fueron aquel "mortal veneno"
que unido a la ignorancia y a la superstición
redujeron su patria a la hórrida condición
de inmenso cementerio de cadáveres lleno.

Así el héroe: grave, bravío, solitario,
expiaba el delito de ser libre, sumiso
solamente a la gloria. Mas su destino quiso
pulirle en el dolor de ominoso calvario.

A los genios no hay como perdonar cosa alguna;
son bienaventurados, a la vez los malditos,
porque saciar no pueden su ferviente apetito,
y la pequeñez roe su grandeza y fortuna.

Por eso transformó con ansiedad violenta
en ascua de ignicencia su cáliz de amargura;
forjó en la proscripción el rayo que fulgura,
del caos hizo fuelles de huracán y tormenta.

Desde el hondo infortunio, derruyendo el oscuro
turbión social alzó la fe del continente,
entregó su mensaje con voz sabia y potente
a los pueblos del mundo, del presente y futuro...

La carta de Jamaica fue estallido de angustia,
como para que surjan de las tumbas los muertos
y pleguen a la guerra en colosales conciertos.
Era a la vez el grito de Job y Zaratustra.

El nuevo Prometeo que increpa y desafía
atado a la montaña vertical del destino,
profético señala con lenguaje divino
el caos de los pueblos o su paz y armonía.

Todos los hombres deben "buscar la independencia
americana, porque lo exige el equilibrio
de los pueblos del mundo"; la colonia es ludibrio,
espúreo de injusticia, de dolor y violencia.

"Yo deseo más que otro ver formar en América
la más grande nación"; unidos por la historia,
es nuestro privilegio y misión obligatoria
convertirla en el centro de hermandad ecuménica ...

"Si por desgracia prima la división de estados" ...
su alma plural anhela los congresos del Istmo;
dicten la Ley Suprema del americanismo;
sea fanal que alumbre a todos los magistrados.

Águila infatigable: desde el destierro otea
lo excelso, lo grandioso, aquello que fulgura
y que imanta a los hombres a dominar alturas,
a servir con desnudo la colosal idea.

En Jamaica confirma su decisión suprema:
cumplir el juramento sobre el monte Aventino.
Él, Hombre Universal, ya esclavo del destino
reta a lucha total con tozudez extrema.

EL DELIRIO DE BOLÍVAR SOBRE EL CHIMBORAZO

De pie sobre el coloso dominador del Ande
Bolívar, el más grande
coloso de la Historia,
meditaba ... inclinada su cabeza en la ustoria
brillantez de la cima;
allí donde aproxima

en medio de huracanes su inexorable mano
el misterioso arcano,
para mostrar caminos
de dignidad al mundo y develizar destinos.

Sintiéndole tembló con vibración extraña
la orgullosa montaña;
su cósmica memoria
era joyel cimero de un pasado de gloria,
registro de titanes
forjados por volcanes;
los manes de la Patria, en cuyo seno ardía
ancestral rebeldía,
signos de majestad,
la fuerza inextinguible de lucha y libertad.

El cóndor que en basaltos hispídos hace el nido
lanzó ronco graznido;
ese grito agorero
tuvo ecos de clarines, estridores de acero;
y alzó el vuelo raudal

en medio de un caudal
de azules inexhaustos, de luces fragorosas
y volutas fastuosas;
como si pretendiera
derruir los cimientos do el Absoluto impera.

Los rayos, las tormentas, los vastos elementos,
entre ululantes vientos,

en confusión horrible,
desataron estragos con fuerza incontenible.
El Dios de las Edades,
padre de eternidades,
rasgando los espacios y con ojos repletos
de verdad y secretos,
llegóse a dialogar
con Bolívar en tono bravío de altamar.

Vengo a cerrarte el paso: héroe niño o viejo;
yo traigo por cortejo
el ayer y el futuro,
el poder y la fama, lo infinito y oscuro;
luminoso y presente
todo guardo en mi mente
como en espejo fiel; los triunfos, las derrotas,
las hazañas ignotas;
yo conozco el misterio
de la vida y la muerte; y el cosmos es mi imperio.

Vengo a cerrarte el paso, vanidoso mortal,
sobre esta alta señal,
que frisa las estrellas

con cinabrio y platino, donde palpitan huellas
de grandes cataclismos,
de glaciales y sismos;
en la cima del mundo, que al vacío se estira;
aquí donde te mira
desnuda de pasiones
la antigüedad del hombre, culturas y naciones.

Con ambición tan grande no encontrarás sosiego,
mártir tozudo y ciego,
soñador o profeta;
yo pondré ante tus ojos la realidad concreta;
tu pensamiento sea
criptal de magna idea;
mírate tal como eres: desnudo, solitario,
pequeño visionario,
del átomo eres sombra,
que mi soplo te esfuma y mi paso te escombra.

Tu sacrificio es vano, porque todo es mentira
en el mundo que gira;
tu ilusión inmarchita
alzada hacia lo grande con tersura infinita
y la ansiedad ardiente
irradiada en tu frente,
son formas de la fama de efímeros fulgores,
que te darán dolores;
verás que se derrumba
el domo de tu gloria dentro de oscura tumba.

Bolívar contemplaba al "Tiempo"...Ante sus ojos
llegaron los despojos
de edades preteridas,
en noche sin riberas y en polvo convertidas,
hórridos cataclismos
sociales, los abismos
forjados por el hombre en su loca aventura;
con signos de pavora,
sólo ceniza había
flotante en los desiertos de la extensión vacía.

Contempló su destino; tras colosal ruido
el futuro escondido
se abrió ante su mirada;
los pueblos devinieron inmensa marejada
de ambición y pasiones;
pudo ver las naciones
nacidas de su espada, caían en naufragio,
sumisas al presagio,
fueron yermos umbríos,
con muertos infinitos y martirios baldíos.

Con el "Dios de Colombia", con esa fuerza extraña
que le dio la montaña,
Bolívar desafía
a la deidad ceñuda, venerable y bravía:
"Yo domino la tierra
con mis plantas" , le dice, las leyes de la guerra
de la paz y el progreso
las moldeó mi esfuerzo;
no me asusta el vacío;
y tu langor supremo también lo siento mío.

Igual que tú descifro los signos del arcano;
yo levanté en mi mano
el sagrado destino
del Nuevo Continente, desaté un torbellino
de valores humanos,
redimí a mis hermanos
con esfuerzos supremos, les enseñé a crecer;
"no ha de desvanecer
en la nada o la bruma

el hombre que tan alto subió con la fortuna"...

Observa, dice el Tiempo, consévalo en tu mente,
trasmítelo a tu gente
el cuadro universal
de este mundo físico y del mundo moral;
no escondas los secretos
de verdades repletos
vislumbrados aquí ... ¡Oh mortal peregrino!
La lucha es tu destino,
hombre de fuego henchido,
por pueblos, por naciones y por Dios elegido...

Cargado de despojos, con una hoz en la mano,
aquel fantasma arcano
del gigante escenario
hizo rápido mutis. Bolívar solitario,
de infinitud ungido,
soberbiamente erguido
sobre el diamante andino, majestuoso el talante,
quedóse largo instante

inmerso en soledades,
hontanar de vacío, foso de eternidades.

De pronto le sacude de Colombia la voz
con mensajes de Dios.
Se huracanar los vientos
con gemidos de pueblos yacentes en tormentos.

Se incorpora a la vida
con alma esclarecida.
Vuelve a ser el humano imantado de gloria,
que a la faz de la Historia
va a enseñar la verdad
y culminar la lucha por darnos libertad.

MANUELITA SÁENZ

Envuelto con pendones,
que en hazañas augustas le dieron las naciones,
llega orlado de gloria

el General Bolívar. El sol de la victoria
espejea en su frente,
y ante el pueblo quiteño se inclina reverente.

Su alma trae el inmenso
fragor de la batalla, le incentiva el intenso
rayo del infinito;
su sangre es lava ardiente de algún volcán ignito;
forjan sus pensamientos
fraguas que ductilizan colosales portentos.

Corvetean nerviosos
los ágiles corceles; en torno al jubiloso
cortejo de la gente
retumban los compases de la marcha imponente
de los Libertadores,
sus espadas ostentan fúlgidos resplandores.

Entona sus himnares
la prócera ciudad erguida en seculares
bastiones de grandeza;
mientras con majestuosa y altanera belleza
los cóndores andinos
tramontan las montañas por celestes caminos.

Con romántico ardid,
la hermosa Manuelita sonríe al Adalid,
de emociones obsesa
le enguinalda con flores la garbosa cabeza;
el aire se delicia
de música, perfume, ensoñación, caricia.

Manuelita es albura
de luz amanecida en alabastros, fulgura
musical su sonrisa;
opuléntase el sol, galardea la brisa
junto a ella, que es flor
tropical destinada para el Libertador.

En las profundidades
de su ser ha encofrado faustas ufanidades,
la ternura más suave,
que aterciopela el tacto, y de excelencias sabe
el exultante amor
vital, alquitarado para el Libertador.

Sus pupilas concitan
diáfanos manantíos de venturas,
invitan a inéditas pasiones,
develizan los signos de inmortales acciones;
su alma tiene el valor
transparente que anhela el Genio Libertador.

Viven días de gloria:
Bolívar con su espada va a repletar la Historia
con lucha libertaria,
su espíritu es lámpara de verdad visionaria,

que desbroza el oscuro
sendero de los pueblos en marcha hacia el futuro.

Cabe el vivaque, idea

la táctica precisa del triunfo en la pelea
mayor de los titanes;
junto a él pelotones de antiguos capitanes
y alta grandeza ingénita
surgidos de los cuatro confines de Indoamérica.

Con él está Manuela,
obsecuente en su amor, se prodiga y desvela
por merecer la bella
grandeza de su amado, por transferir en ella
sus cívicos dolores,
enjardinar la vida y exultar los honores.

Su amor tiene la llama,
que le afiebra la sangre y le abrillanta el alma;
es un noble ejercicio
de ilusión sin fronteras, mezcla de sacrificio;
si el sufrimiento acosa
muéstrase camarada, confidente y esposa.

Fielmente unimismada
con las hazañas bélicas del Genio, soliviada
por las diafanidades
de las nobles proclamas o en hondas soledades
que el sino le condena,
va con él acuciosa y de fervores llena.

Suyo es el agujón
que a Bolívar lacera dentro del corazón;

suya es la causa santa
de libertad; por eso con orgullo levanta
su rostro de heroína
hacia el índice augusto que la Historia ilumina.

Pétalo convertido
en escudo y espada, perfume en estallido
acidual y quemante,
sombra celeste y suave, de pronto fulminante
rayo que centellea
y abre un carcaj de ira feral en la pelea.

!Oh , plenitud de vidas
bajo el sol tropical! Alma y materia unidas
en acción de idealismos;
tienen ímpetus plenos de arcanos y de abismos,
vórtices de tortura,
movidos por la fuerza de intensas aventuras.

Juntos entre la niebla
roja de las batallas. Juntos en la tiniebla
hórrida y estragante,
que agiganta la saña del traidor asechante;
o en el fervor sublime,
que instituye la ley y a los pueblos redime.

Deviene capitana,
la intrépida mujer de sangre americana,
con noble altanería,

desafía el conjuro de la Noche Sombria

y conquista el honor:
ser la Libertadora del gran Libertador.

El poder del Estado
y el brillo de la fama codician los soldados;
hecha ambición insana
mancilla con oprobios la faz grancolombiana.
Rota ya la unidad
se suplanta la gloria, triunfa la vanidad.

Solos por el exilio,
Bolívar y Manuela sin recibir auxilios,
cargados de anatema,
parias entre los libres, solos en la suprema
transición de sus vidas;
son cristales de un sino que no tiene cabida.

Ya no hay lugar para ellos ...
Bolívar va a entregar los últimos destellos
de su noble grandeza;
mientras ella sumisa de su pasión, obsesa
de su ardiente delirio,
se circuye de ausencia, nostalgias y martirio.

Bolívar impertérrito
se somete al destino, de frente al infinito
y del azul Caribe.
Es el rayo que estalla y para morir describe
de la altura al abismo
la parábola exacta de gallardo estoicismo.

Tierra y cielo semejan
un inmenso sudario; los volcanes se quejan,
percutiendo en los vientos
sus pávidos fragores; todos los elementos
vencidos y enlutados
lanzan hacia el vacío cantos acongojados.

Los pueblos liberados
demuestran el dolor con rostros asombrados;
diluvian las campanas
sus lúgubres tañidos; las oraciones vanas;
y el tiempo cejijunto
pone en su biografía el inexorable punto.

Allá... en la lejanía,
Manuela es lamparilla que extingue su bujía,
fontana que desborda
su tremante sollozo, ave insomne que aborda
el último navío,
llena de cicatrices, hondo silencio y frío.

Sus manos ensombradas
acumulan suspiros, estrellas degolladas
al filo de los párpados.
¿Quién ungiría pudiera con aromas de sándalo
y llevar a su oído
los cantos de la Patria, su saludo muniado?

Solitaria transita
por túneles de olvido; va extrañada y proscrita

de la tierra nativa,
inmensamente triste, dolida y adustiva,
profundamente sola,
cundida de añoranzas, abandonada... sola...

Acuciada de ausencia,
difumina en la noche su enlutada presencia;
se apaga lentamente
su voz en el vacío, en la nada su mente.
Muere en la soledad,
es gema abandonada dentro la eternidad.

Más allá de la pena,
el criptal de recuerdos de la quiteña buena.
Más allá de la Historia...
Más allá del vacío que ahoga la memoria,
yace el inmenso amor,
que apasionadamente fue del Libertador.

ODA A RIOBAMBA

¿Dónde quieres que ponga tanto amor, Ciudad mía?
¿En qué perfecto cofre de ilesa jerarquía,
sito en almo reposo, repleto de armonía?

Yo te digo presente, estoy firme, de pie,
sobre la arteria antigua hecha de sangre dura,
que respira por siglos tus brújulas de fe.

Es que tengo tu orgullo de inexhaustos abriles,
tu rango de ternuras, el circular delirio
del arco iris, las hélices de volcanes febriles.

Tú, mi aluvial aorta, mi sustancial y eterno
instante de ufanía, revelación y ensueño,
maestra de ternuras, alimento materno.

Suave plumón en vuelo veloz al infinito,
cima de fantasías, vértice del asombro,
imán y lampadario de éxtasis inmarchito.

Tú pusiste en mi carne transitoria la escala
indulgente del verso, el refugio del canto,
el rubor de la guzla, la elegancia del ala.

En la sangre las ondas de tu savia sagrada,
el salitre escarlata de cráteres crujientes
y el cuarzo amanecido en crisol de alborada.

En la sien el connubio del azul con la nieve

el aleo del cóndor, argonauta invencible
de huracanes hirsutos y del granizo inleve.

En la piel el fluido majestuoso y fecundo
del Chambo, que operístico se agita, clamorea,
pulsando de los Andes el corazón profundo.

Me diste la sonrisa de la tarde, el ardiente
beso del sol, la lluvia siempre joven y fértil,
que hace de tu llanura búcaro floreciente.

Tu brisa quedó en mí como novia ilusiva,
con su bella costumbre de ceñir con aromas
el labio avaricioso de unción incorruptiva.

Por eso se levanta mi canto, con el mismo
fulgor del Chimborazo, que otea el universo,
donde navega el sol y treman los abismos.

Mi canto es la sustancia musical del rocío,
que tiembla sobre el labio transparente de un mármol,
Impregnado con gemas y orgulloso atavío.

Es un tacto de malva, pestaña de una flor,
que se torna caricia cuando te ensombra alguna
tristeza o cuando tienes un profundo dolor.

Mi canto se somete remansado en tus calles,
se opulenta en el verde bullicio de tus parques;
pronombre posesivo de tus cimas y valles.

Ciudad raíz y tallo, que das generaciones
torales a la Patria, muníficas del bien,
fieles a tu destino de límpidos blasones.

Anécdotas, leyendas, y sobre todo el peso
de tu ejemplar historia, apta para lo grande,
pródiga de ideales, dínamo del progreso.

Tu emblema: fuego azul de horizonte impoluto;
intensa llama roja, flameando a los vientos;
dosel para las almas cual supremo atributo.

¡Que transparente y hondo tu culto a la nobleza
espiritual, la fe vertical al derecho;
primera en heroísmo, la ciencia, la belleza!

Te bendice en plegarias de lava los volcanes,
la fábula hialina de las altas neveras,
el lenguaje brioso de ávidos huracanes.

El himno azul del río, con su fragor de espuma,

el gorrión con su humilde claridad de verano,
el tacto medido del relente y la bruma.

El árbol con su esbelta necesidad de altura,
el repetido aviso del colibrí a la rosa,
la luna con su ingenua y candorosa locura.

La rúbrica del rayo, súbita llamarada
arrogante de luz, que en romería ustoria
se columpia en montañas y espejea en cascadas.

Cuánto debe añorarte la Tumempalla, abuela
en cuya entraña dúctil se forjó Liribamba,
de la Nación Quiteña simiente y centinela.

La pupila celeste de Colta Cocha, el lustral
baño de Cunugpogio, los Mishquillí y Shamanga,
testigos inefables del Puruhá ancestral.

Pero tú estás aquí resurrecta y altiva,
concibiendo esperanzas, fruteciendo ideales,
señora colosal de los Andes votiva.

Ya ascienden mis palabras en incendio de euforia,
donde se esculpe el nombre de tu pueblo gallardo
y permanece intacta la tea de tu Historia.

Mi voz transubstanciada en torres de frescura,
para tañir campanas en fáustico rebato
y pregonar al mundo tu oficio de dulzura.

Altos ritmos celestes, que incitan el aroma
lejano de los astros, instauran un cortejo
de excelencia y con signos mágicos te coronan.

Mantengo insosegado y torrencial el anhelo
de alquitararte en luz, y en plenitud de gozo
hacer de ti la estrella más hermosa del cielo.

¡ Sultana de los Andes! ¡Mi bella Galatea!
¿Dónde quieres que ponga tanto amor, Ciudad Mía?

¿En una catarata de ilusiones e ideas?

¿Tal vez donde se anega suavemente mi voz?
¿En algún hontanar de levedad sin bordes?
¿O en algún tabernáculo donde rebosa Dios?

RIOBAMBA

Riobamba: Patria dulce,
hecha con transparente plenitud de luz
y tierra buena, suave, limpia,
en lo blando del tiempo.

Como recién moldeada con afecto y delicia
por superpuestas brisas tersuradas
para el párpado abierto en éxtasis inmarchito.

Retenida en las cuencas de las manos
para el constante beso de los labios.

Crecida esplendorosa en la conciencia,
en la sangre,
en el alma,
y donde el sol y el espíritu comienzan
sus júbilos y glorias.

Te extiendes firme
con la innumerable forma de ternura
y desbordes de esperanza
sobre la verde esponja de la alfalfa,
del trébol,
y de la arena fecunda,
que musga sombras afelpadas
para acunar lluvia, arado y simiente.
Con la misma edad del agua
que en depurada mística de savia
se prodiga transustancial a tallo, flor y fruto

ITINERARIO DE UN DÍA

6 a.m.

Ventana afuera:
naturaleza en sístole de alborozo
y un chorro lento de saudades.

Vulnerando las sordas burbujas del silencio
y las últimas cortinas de la noche,
mi alma sale al encuentro
y saluda con sonido jubiloso.

Jolgorio de vidrios,
custodios de casta transparente,
sobornados en joyeles de luz
por vestales de vida resurrecta.

Los luceros derraman sus últimas resinas
sobre las verdes cicatrices de la fronda.

Un aire novísimo y delgado;
se diría cardumen de pececillos pàrvulos,
constelando veletas en mi frente.

El huerto estrena suspiros diàfanos
para encender las primeras mariposas;
el mirlo picotea la aurora
y todo el paisaje se engalana con perlas;
la alegría brinca, gira, voluptuosa;

en el valladar quedan tatuajes
de pródigas alas cariciantes.

Es verdad el pulso párvulo de las cosas,
el fosforescente y manso lenguaje de las flores,
el vocerío prístino de los seres,
el hondo y renacido reino de la naturaleza.

Es verdad mi carne, copa ataviada de sentidos,
con triunfal cortejo de deseos;
el pensamiento, lampo desnudo y limpio;
con ellos voy raudalizado hacia la vida
por alcores barnizados de alba.

Preludio de órficos cristales.
Rondalla de mármol y alabastro.

!Creo en la vida!

7 a.m.

El viento llega puntual,
con carné de adolescente,
en carrusel liviano de frescura.

Su algarabía derrúmbase en mi pulso
con desplegadas banderas de perfume,
espigas ahítas de sustancias metamórficas,
la altruista fluencia de la fuente,
el índice sinérgico del sol,
la euritmia geométrica de mi tierra.

Me aposento atrevido
bajo instantes constelados de sortilegios,
abro la memoria y me integro ufano
donde se arrodilla la castidad del nardo
y empieza la sonrisa del agua,
al silencioso tuétano del hongo,
a las antenas del tardo caracol,
que me habla al oído con húmedo sosiego.

Llego hasta las manos del labriego:
viene posesivo a redescubrir el huerto,
con señales de Enero, Julio, Diciembre ...
el sudor operario del surco y la simiente.
Tiene un nombre raro,
como de limo antiguo y fértil,
de roca obstinada a la intemperie,
o de torcaz que revoluciona
los acontecimientos de la comarca.

El viento, alardoso magnate de colores,
deshilacha las sombras rezagadas,
pastorea árboles con estirpe de fruto,
denuncia jeroglíficos en tallos fuera de tiempo,
hace caprichos sobre el verdín del césped.

Arriba: aleo de tórtolas soliviadas
con zodiacales signos;
lejanas sugerencias torbellinadas de añil;
nubes capitanas de ondinias fabulosas
atavían con guirnaldas impolutas
las opulentas espaldas de los Andes.

Gravita en mi piel el tacto múltiple del día
y su belleza exulta los sentidos.

!Creo en la belleza!

8 a.m.

Explosiona el día en resplandores;
apogeo ferial de estambres y lamburdas,
gorgoritear de minas de dulzura.

¿Cómo quisiera ser eterno
con gozo rebosante,
escoltado de armonías,
evangelizado sólo por la luz,
el corazón nauta insomne en la belleza,
mi vida en la verdad,
todo mi ser incendiado de arcanos inefables
holgado en infinitos?

!Delectación de orgullo y utopía!
!Vanidad de vanidades!

Si sólo soy un tallo más en la naturaleza,
cimentado en frágil cápsula de carne.
Sin embargo no me resigno a lo transitorio,
no dimito esta fe y este derecho.
Y sufro esta limitación,
que aprisiona la excelencia del anhelo,
la obsesión maravillosa por aprehender El Todo...

Con testimonio del sol,
siembro un árbol sobre la parábola del cerro,
donde las nubes exhiben sus comparsas
y danzan las gacelas,
persiguiendo la mocedad del río.

Le acaricio con esmero,
pongo en su raíz gajo de frases olorosas,
el secreto augur de la esperanza,
le gasto el rocío de mis pupilas,
el abrazo ampuloso de mi sombra.

Sé que crecerá orgulloso, vertical,
y tendrá algo de mí en sus almendras resurrectas,
recuerdos en el odre del tiempo.

Así como yo escribo este poema
con engreimiento de alma apasionada,
flexible a la delicia,
ardido con el fragor de cúpulas nevadas,
para acercarme a Dios;
también este árbol cantará su biografía
con el embeleso del viento,
consonante con la lluvia,
ceñido de auroras bullidoras,
incendiado por ángeles bravíos en el crepúsculo,
con engreimiento de mirar hacia arriba,
para acercarse al sol.

!Creo en el orgullo!

9 a.m.

Ladera arriba, donde la niebla se fatiga,
y barranco abajo, donde la roca duerme
inmutable al paso de los siglos,
se levanta el bosque - chaparro:
explosión multánime de esmeraldas
y amatistas exúberas de energía joven;
álbum vital de tiempo bueno
y tierra generosa;
museo de fantasmas inocentes;
pródiga soledad abrumada en mansedumbre;
y un rebaño de silencios que bebe ambrosía
en el labio puro de las fuentes.

El viento ahíto de frescura
a grandes manotadas instala tinglados
y retablos de cristal esponjoso,
para officiar adagios de corcheas doradas.

El arroyuelo, trapecista en ondas olorosas,
evidencia su origen de levedad buida
y la senda azul de las estrellas.

El sol ahueca el follaje,
intensos sus ojos de trecho en trecho,
en troncos, burgueses holgazanes,
su mordisco lúdico a mariposas de acuarela,
en la carne humilde de las bayas,
en la mejilla de orquídeas vestidas de etiqueta;
mientras la sombra lasciva

hunde sus espadañas sedeñas
en el rocío arrellanado en el musgo
y en el débil sollozo de las algas.

Profano sus laberintos melódicos
indumentado con flámulas del verso,
con gesto efusivo de soñador,
y el pensamiento blanquísimo;
brindo mi corazón, cristal ilusivo,
repleto de líricos lagares,
cada célula sibarita de bálsamos sonoros,
en el alma la voz terciopelada
de íntimos ángeles de paz.

!Creo en la naturaleza!

10 a.m.

No es sólo sensualidad de piel alerta
en la policromía de mi tierra.
Es límpida ansia de alma,
unción viajera de la sien a la médula;
carne con raíz y vértice de exultancia
para escrutar la conciencia del cosmos,
descifrar la sustancia de los abismos,
la entraña de las cosas,
con escafandra de espíritu.

Cual abeja obstinada al centro de la flor,
quiero poseer el secreto de la luz,
amarla sin límite alguno,

integrarme al himno milagroso de mi tierra,
llenarme las células con su fragancia,
tributarme desnudo y oscilante
a la verde llamarada de la fronda;
volver a sonreír mirando el fruto,
hacerme irresistiblemente bueno
junto a la humilde alegría del agua,
gastar mi frente en las montañas.

!Ah, las montañas de mi tierra!
Siempre fieles en mis pupilas,
cosechan mis afectos, retozan en mi ego,
conjúranme con gritos de mineral garboso
y de nieve imperativa.
Y yo... cómo decir...
Soy antiguo aprendiz de sus leyendas
dictadas por el relámpago
desde catedrales de basalto;
me siento más alto y firme
cuando camino sobre el arco iris
hacia horizontes de fantasía tumultuosa,
para amistarme con el universo.

¿Cómo tenerlas en mis brazos
o sobre surtidor de ancha luz sonora,
para elevar clamoreo de hosanna a lo grandioso,
latidos triunfales,
en un momento en que cupiese
el tacto absoluto de la Eternidad?

!Creo en la fantasía!

11 a.m.

El labriego cumple su destino en la tierra:
es confianza en actitud frontal,
gesto de brazos fuertes y múltiples,
vaharada anhelosa de pecho tenso,
manos en largueza de búsqueda y entrega;
es sobre todo entusiasmo consustancial de siembra,
taumaturgo de frutos abundantes.

Patriarca comarcano.

¿Busca el tálamo de su ancestro?
¿Deletrea los oráculos del viento?
¿Acucia a las clepsidras del tiempo?
¿Develiza la memoria del limo,
donde guarda la nostalgia de su historia? ...

La tierra, madre opulenta, siempre dócil,
conciendo, creando y recreando,
enjambres, cardúmenes, bandadas.

Hombre y tierra, tierra y hombre,
entre los dos la unidad perfecta,
inminencia de Dios.

Cuando la azada, rayo estridulante,
se hunde en el surco,
santuario donde germinan la mies y la esperanza,
munificiadas por sudor y sangre,
se oye la arena bisbisear,
la voz oscura de gusanos misántropos,

cuchicheo de brisa bajo el fruto de las hojas.

Las aves callan sus gorjeos,
no sé si absortas en ternurar sus nidos,
reverencia mística ante el trabajo,
o de ver arrodillado el viento
vencido por la augusta maravilla del día.

Van Gogh, doblega la clausura del tiempo,
y envía tu espíritu cromático y expresivo
a caminar conmigo;
inúndenos tu manantío de emociones
para concitar en lienzo de amor eterno
la simbiosis del hombre con su tierra.

!Creo en el trabajo!

12 a.m.

Medio día ... con desparpajo vertical el tiempo
arroja ases de diamantes cálidos
y venablos de bronce transparente,
sobre el combo escenario de la tierra.

Relampaguean élitros inexorables,
golpean los roquedales del horizonte
sin turbar su siesta milenaria;
la tierra jadea dramática y profunda
acuciada por la gloria del Astro.

Salivillas doradas esmaltan el limonero,

el arroyo jinetea las riberas,
con su acostumbrado saludo de distancias
emigra en la proa de veleros de espuma,
la remansada cántara del agua
se quema en llamarada azul turquesa.

El gavián, caudillo excursionista,
pinta con delectación en el firmamento
metáforas de asombro,
resbala audaz, se detiene desafiante,
mira presuntuoso en derredor,
y hace mutis, fracturando el espacio.

Cautivo en la espesura de reverberaciones
debo estar coherente, mimetizado,
tal vez como parvo tallo frumental,
o vilano que camina furtivo,
porque los gorriones me miran y se ríen,
los árboles me miran con sospechosa altivez,
y hasta el perro guardián me sigue estupefacto
a distancia...

Tengo el sol vertical sobre la cabeza,
sobre el alma claridades abstractas,
el corazón, ave escarlata, alea
y canta su pasión por la belleza;
vulnerado de luz, quédome desnudo
hasta la médula vertical del ensueño,
donde germinan fantasías en rebelión atronadora.

Irreverente de la soberbia cenital
hago un poema con la voz de la tierra,

canto a la vasta consciencia del universo;
pero el espíritu lucha por conocer
el sentido profundo de la naturaleza,
la intimidad del firmamento con los ideales.

!Creo en la luz!

2 p.m.

El sol cuelga sus espadas flamígeras
de la rosa de los vientos;
columpia pródigo en el reverso del aire,
adherido a cordajes de nube evanescente.

Su respiración de carburo ignicente
hurga los precipicios de gótica tiniebla,
donde el musgo acuna a los insectos;
se arrellana en laderas, patria de la retama,
en cuyos labios bermejos
estalla el beso del picaflor voraz.

Se le oye trasegar las espigas,
hace tropelías en el maizal,
crepita apretujado en la adustez del árbol,
y hecho hilillo de espectancia
se acurruca en la lengua del perro que dormita.

Su luz despedaza la piel del río,
rebota en el alero de la espuma;
y va rodando con el polvo
que reinaugura la espalda de los muros.

Algo quiere decirme el trébol,
porque su tríptico hortelano,
ignorando el sacudón del viento campanudo,
lanza hasta mis ojos
alígeros signos agoreros.

Yo le entiendo, porque la tarde
empieza a parpadear en las montañas ...

!Creo en el sol!

3 p.m.

Artilugio de viento aldeano,
aquello de mostrarse turbado y casto
delante de las rosas,
o melancólico huésped del eucalipto;
porque, de pronto, huye y regresa a brincos,
como acróbata jocundo de piernas ágiles
y brazos de guitarra.

Le sorprendo dando aldabonazos
para quebrantar la sombra vestida de azul
que guarnece mi casa.

Abro la puerta para que entre
y se cae de bruces,
queda largamente asido de mi frente
con dedos pálidos engarfiados de frío;
profana mi respiración, mis pensamientos,

en el instante que transito lento
por la geometría sonámbula de la siesta.

Parece que le gusta Beethoven,
porque se queda silencioso y reverente,
cuando el genio incendia su melodía,
y se efunde la fragancia de Dios.

!Creo en la música!

4 p.m.

La gloria de la cumbre me reclama
para sonar en mi sien su fáustica grandeza,
y seguir simultáneos
al vuelo triunfal del gavián.

Emigraré cantando, danzando,
por la cinta ancha y firme
en que ondula inmensurable
y se dilata transpirando libertad
la absoluta grandeza del paisaje.

Hiperbólicas torres de nubes
parlarán en mi oído
fábulas de azucenas evadidas y viajeras,
o episodios orgiásticos de agua y luz,
agolpados en las siete parábolas del iris.

Inmerso en la pompa azul del firmamento,
embriagado de inmensidad y belleza,

estaré erguido, desnudo, solo,
con el pecho abierto y ancho,
en claro ademán de abrazo,
sobre la opulenta cumbre.

Que en mí derrumbe el sol sus hélices ustorias,
todo su prestigio de arreboles;
picoteen en mi frente los luceros;
prueben mi carne la tempestad y los relámpagos.
Y escucharé de repente la sinfonía del planeta,
el tráfago de la célula y del átomo.

Me entenderé en lenguaje de vórtice
con la gravitación colérica del abismo,
con la angustia inexhausta,
que tortura farallones y musicaliza el mar,
con la copiosa galanía de la espiga,
que alardea el rostro de mi tierra.

Al final, subyugando al tiempo,
execrando a la muerte y al vacío,
lanzaré a los espacios estelares
el polen de mi universo interior.

Y gritaré con emoción suprema:
venid a mí todos los elementos,
porque soy un hombre
oriundo del cálido limo tropical,
convertido en montaña,
que glorifica la vida.

!Creo en mi tierra!

5 p.m.

Presagió temprano el trébol,
cuando ocultó sus ruletas bajo el arriate;
anunció el moscardón,
ventrílocuo de alas negras,
cuando pasó raudo y bravío,
salpicando terror en las pupilas
inmensas de la rana.

Todo el paisaje se agita
bajo la hiperbólica lobreguez de la tarde.

El viento enfermo de gris
se huracana enloquecido,
u - l - u - l - a,
se revuelca epiléptico por el suelo,
golpea los muros,
la cadera matronal del pálido capulí,
cae de bruces sobre la hispida roca
y deja vómica de polvo y hojas secas.

Cae la lluvia, gotas tersas,
cae la lluvia, gotas finas,
náyades peregrinas
de altísimas gárgolas del cielo,
con dedos fresquísimos
y sortijas de abalorios transparentes;
su caída es tacto de pestañas obstinadas,
golpeteo de mínimas castañuelas de carámbano,

labios en rima de amor exacto
para mitigar la sed de la simiente.

Oh, la maravilla sensual
de hablar con ella en sílabas de alabastro
y sentir el mundo rodante por mis labios,
haciendo cataratas de amical sonrisa.

La tierra sumisa,
como púdica doncella, se estremece,
muestra su cuerpo en morbidez rotunda,
se ofrenda al apetito de los elementos,
holocausto a la naturaleza.

En la encañada honda oscura,
el río, hinchado de amenazas,
atormentado por trágicos impulsos,
perseguido de vestiglos restallantes,
se retuerce en cada relámpago,
da apretujados alaridos,
crepita en remolinos al pie de peñascales,
brinca próximo a puentes espectrales.

Avanza siempre impetuoso,
en la irrefrenable aventura de su viaje.

Sólo el eucalipto, asceta estoico,
ante el desafío de los elementos,
honra su signo de vertical nobleza,
medita imperturbable.

!Creo en el agua!

6 p.m.

Testigo la tarde, que me mira
subida al sexto peldaño,
donde todo se inquieta
por el carisma enigmático de esta hora
que invita al éxodo.

Así, vestido de jayán,
y con esta liviana capa de peregrino,
quiero extraviarme adrede,
ir gárrulo, vehemente, sin nadie,
respirando ecos de relámpagos occiduos.

Llevo como amuleto una mínima sonrisa de agua
legañada en los ojos
para liberarme del embrujo tropical,
que me llama seduciente, a gritos,
me guía hacia las esfinges andinas,
donde los siglos dejaron su piel
desollada por seísmos cataclísmicos,
y atada con arterias de granizo y lava.

Me empapo de misterios antiguos
inscritos en rojos roquedales,
que imperturbables otean el langor del río;
luchan mis cabellos insosegados
con el fustigar del viento galopante
en los últimos páramos agrestes,
donde el lobo empina su hociquillo apetente,

el frío ondula sobre el ágil lomo del venado,
y las crioturbaciones
son coágulos colosales del tiempo.
Pongo el oído en los huracanes
para escuchar sus himnos ebrios de cinabrio,
o donde el pez se baña como niño encantado
en canceles de espuma.

Lúdicas las pupilas van desde la pradera
donde mi ciudad enmiela ternuras,
y en sus líneas rectas se regocija la esperanza,
hasta los breñales con vocación de abismos,
que extreman su inoíble gemido de azabache;
desde el junco en su afán inútil
por martirizar el mito azul del cielo,
hasta la paciente hilatura de la araña
con las señas de su mínima bosta.

Frente al sol que agoniza solemne,
ceñido de brújulas y relojes escombrados,
me dilapido en el vértice donde el hombre piensa
y lanza interrogaciones a la existencia,
sus éxtasis inexhaustos
ante el pentecostés de los espacios
y el pleamar de enigmas sin edad.

Regreso vencido de alegorías y nostalgias,
sin descubrir la recóndita verdad
de la naturaleza.
Vuelvo a ser yo mismo
con mi angustiada búsqueda del vértice eterno,
llego vencido

hasta mi casa buena,
con sus ojeras de paz mesiánica,
y donde mi espíritu
con sus llamas azules ...

En el postludio del día
oigo al Chimborazo,
con jubiloso grito de augusta altanería
y virtuosismo blanco
apagar el ruido ingrávigo del vacío,
y tribular de sobresaltos
a las primeras estrellas,
que soplan su doctrina de topacios
en los oblicuos recodos de la noche.

!Oh Dios. Cúbreme con tu sombra
de ilesos infinitos!

ITINERARIO DE UN MES

UNO

Venid a mí con pasos sonoros,
uno,
diez,
mil...
instantes inflamados de júbilo.

Me encontraréis de pie
cabe el pensamiento luminoso,

la frente ávida
alzada hacia la verdad,
en los labios el saludo a la vida,
el beso próximo a la flor y al fruto,
en el corazón, cita de emociones,
y música o imploración
en vuelo estremecido
para aproximarme a la belleza.

Empero ... la noche inmensa,
con estatuas de vidrio azabache,
corales ocultos conspiran negrura
desde horizontes en zozobra.
Y este caminar escombrando olvidos
por brocales de abismos sociales,
el calcio en fatiga,
las células en languidez,
la sangre tamizada en dolor.

Sólo para escuchar
el gañir de la añoranza,
en versión de soledad
y visión de lágrimas enlutadas.

¡Qué difícil es ser humano!
Soportar los signos de la finitud;
en la frente el peso de una estrella,
simétrica con el espacio
y con el tiempo;
sin embargo remotísima,
intensa.

¿La verdad?
Después del dolor,
la angustia en llamarada,
detrás de farallones inmutables
y hieráticos;
más allá, la esponja del silencio
en vértice,
donde cabe el índice del Gran Todo.

¿La belleza?
Afirmación bajo un chorro de luz,
autógrafo de la naturaleza;
o sustancia fugaceada del alma
por los cinco puntos de los sentidos.

Venid a mí instantes purísimos,
mil, cien,
o solamente uno ...
con la belleza única y perfecta,
efable de emociones deliciosas,
seguida sin reposo
por encrucijadas de la vida
y la muerte.

DOS

Tu ausencia
En certeza de dolor,
en la otra orilla de la sombra.

Mi pena,
espada de sal lívida
estirada hasta la lejanía.

El insomnio,
fósforo en la sien,
girante por túneles de nostalgia;
mi vacío
en desnudez de palabra,
y tan mío,
sólo mío,
s-o-l-o...

El reloj:
su esfera
una eternidad fija,
su puntero
amenazante,
hace un punto desbocado,
brillante sarcasmo
en mis instantes lentos,
torrentera larguísima;
ins-tan-tes,
enracimados sonidos persistentes,
como pétalos marchitos, que caen
en charca con luciérnagas errantes.

Tus pestañas en la fotografía
hacen demasiada noche,
hasta más allá del recuerdo.

¡Ah, una lágrima!

¿ Mía?...

(Cierro la ventana
porque hace frío).

TRES

Para ti.
Mi tierra en domo áureo
o surco grande;
ceniza y barro germinando ancestros;
siempre presente en mis manos,
a la altura de los labios
y de las sienas.

La promesa irreversible:
regresaré a ti,
con todos los secretos limpios,
volumen liviano de voluta pasajera
y fresca llama ideal.

Retornaré con la piel tatuada de leyendas
y ufanías,
la sangre tiznada de combates,
de la mano del tiempo,
que también me conquistó para el descenso
y las caídas.

Traeré en las espaldas mi ración de añoranza,
las huellas de caminos sin frontera.

Es cierto que intervino el paisaje
para iniciarme en los enigmas de la roca,
el caudal maravilloso de las fuentes,
el perfume manso de la menta,
la primordial devoción del árbol en los oteros,
la proverbial soberbia de las montañas
con sonrisa color de nieve
y sonido de guitarra;
esa manera de estar de pie
para mirar hacia arriba,
pelear con el viento,
tomar un puñado de lluvia
y de intemperie,
para restregar las pupilas
hasta la certidumbre del éxtasis.

Es cierto,
intervinieron también las estrellas
para mostrarme
el escondite de la ilusión.

Te confieso:
La amistad con un cínife rarísimo,
le confundí con una joya nacida en mi ciudad,
le bauticé con nombre de Utopía,
le puse a inaugurar alvéolos de ensueño,
dibujar formas de cometa
y ajedrez,
en la única página de mi biografía.

Dentro de la almohada sigue

z-u-m-b-a-n-d-o,
en el vértice de la conciencia,
zum-ban-do;
su mérito es cantar, zumbando,
subido sobre mis palabras,
dentro del pensamiento,
puesto denso ropaje de fantasía,
con respiración fresca de brisa
y bosqueje.

Cuando no tiene otra cosa que hacer,
se dedica a minar alegrías
y rocíos inefables
en la cantera del insomnio;
cuenta las sacudidas de mis sienas,
pone la sangre en laya de torrente
en cada amanecer,
lee las líneas enigmáticas de las manos
donde el tiempo semilla olvido;
mira las quimeras
manchadas en el espejo de la alcoba,
contra el que choca de cabeza.

Unimismado a los instantes del silencio,
me refiere su historia breve y ágil;
cree que es bellísima
su costumbre de nácar,
su complicidad con la distancia,
con la altura sin sombra,
eso de teñirse con el orto del sol
y el azul móvil del agua,
relegar la vanidad y la codicia

para la carcajada de las ranas
y la burla silvestre de los gorriones.

Le otorgué como lícito
y derecho civilizado, aquello de ...
desnudarme las noticias transitorias
del odio y la mentira;
presidir las escenas de mis afectos,
vulnerar los ojos hasta la transparencia
en la noche profunda;
sus interrogaciones hipnóticas
sobre el valor de mi vida,
la razón de existir
y de pensar;
hasta dejarme silencioso,
íngrimo,
vacío.

¡Tierra mía!
Afirmo que siempre estaré contigo,
con las alas de aquel cínife,
para contarte
Z U M B A N D O, frenético,
íntimo,
incansable,
los secretos de mi vida.

CUATRO

Des
cien

des
de una lágrima,
de una montaña de sombra.

Eres densidad de pátina y herrumbre
pegada a espejos abandonados.

Tienes forma de piedra desnuda
lanzada a légamo ictérico.

Tienes gusto de abismos,
olor de cementerio
arbolado de huesos y de enigmas.

Por ti zozobran las manos,
resbala cortejo de silencios,
colmado pomos
en espacios impalpables.

Te adhieres a libros abandonados,
amarillos por el tiempo;
a farallones lejanos,
donde gritan olas quebrantadas.

Eres como ojos sin párpados
ni pupilas,
o la palabra que no se pronuncia,
a pesar del temblor de los labios,
donde tiritan un nombre.

Eres el instante del poeta,
que soporta el peso del infinito.

Te llamas soledad.

CINCO

Enumero mis ensueños,
desprendidos de luciérnagas
confabuladas de levedad:
uno,
dos,
¡Más!...
¿Para Qué?
Si tengo esta fatiga de distancia atroz,
sed supliciendo los labios.
Si, tal vez...
arriesgo mi cabeza,
lugar donde habito
la mayor parte del tiempo,
con las tormentas;
y habitas tú,
transitiva a luz y diafanía;
donde se inclina el pensamiento
para mirar cimas y abismos;
donde yace el recuerdo,
- estatua en desnudez intocada -
que nos mira,
nos hace señas sensibles al dolor,
detrás de una lluvia de lunas
y plumones sensitivos,
que los pusimos

antes de las palabras palpitantes,
con forma de corazón abierto.

Es imposible detenerme
y callar,
porque siempre el ayer reconstruido
hasta la transparencia en los párpados,
porque anoche, desenfrenada a la lucinación,
y ahora mismo...
ininterrumpidamente, inquisidores,
augurales,
sugerentes,
del principio al fin de la memoria,
en toda la dimensión de los sentidos,
en el perpetuo rumor de la sangre:
mis sueños y Tú.

SEIS

!Estoy mancillado!
Rompí los signos de la esperanza
en mis sienes,
a golpes de carcajada
y con los fatuos incendios sensoriales.

La tuve entre mis dedos,
a flor de concepto y de palabra,
con dirección al más alto mundo,
con dirección a los hombres
que sueñan mil años,

hacia la nueva senda donde la vida
va como el agua limpia,
y donde la crisálida
se embriaga de savia
y estrellas subterráneas.

La saqué íntegra, como preludio puro,
del interior de un pensamiento
transfigurada de maravillas,
del primer escalón de la luz,
del rayo que triunfa en las montañas,
cuando ellas están satisfechas
de delirios blancos,
del erguido génesis del ideal,
del lugar donde aprende el alma
a soplar orgullosos himnos a la vida.

¡Estoy mancillado!
Fragmenté el espíritu
a golpes de vanidad,
las estratagemas del instinto,
y también de mentiras, ...
de aventuras presuntuosas
aprehendidas de las flaquezas.

¿Mi espíritu?
Lazarillo huidizo,
que repica su campanilla
hecha de luz y sombra,
de precipicios laxos
y cimas hispidas,
donde todo es misterio.

¡Decidme! ¿Soy barro que piensa,
pecado que se rebela
en libertad de alborada encendida,
desterrado, al fin, en vuelo inútil,
o prisionero en las entrañas de las tinieblas?
¡Decidme!

SIETE

El día muere amurado de silencio;
precipítanse las crines oscuras de la noche
sobre los hombros angustiados de las montañas;
bambolean las torres de mi ciudad
remecidas por la soledad;
la existencia calla
mordida de miedo.

Todas las muertes, con aguijón impalpable
sorben estupor dolido de sombra;
y participo de sus oscuros resplandores,
porque también
algo se escombra dentro de mí cada tarde.

El ocaso me juzga con gritos abismales,
cuando pongo hacia él mi pensamiento
y sumerjo las pupilas
en la pávida sangría de las nubes.

El aire: antiguo amigo de los espacios,
lame la greña colosal de la tiniebla;
y cuando ya espatarrado, pide auxilio,

baja derrotado por barrancos,
innominados del frío,
y se esconde tiritante
en mis labios tupidos de suspiros.

Un ave nocturna se va hacia los confines,
huye acuciada de oscuridad;
y vuela mi espíritu
soliviado por anhelos inefables,
sobre obstinadas aristas solitarias,
impelido de asombros,
presidido por anhelos y lámparas escrutantes;
le dejo intruso en las algas
extrañamente tristes del firmamento.

La tierra, injuriada por cocuyos fosfóricos,
tiene olor de abandono;
colisiona el frío en los faroles
ahorcados por millares de insectos;
y en la ventana las fantasías
colgadas de aleros altísimos.

Detrás de la ventana yo y mis abismos,
hablándonos en palabras con uso cotidiano:
certidumbres,
dudas,
tragedia,
misterio...
En la distancia una lámpara fugitiva
alumbra breñales de ceniza,
se desliza entre hendrijas de soledad,
lanza su gañido de luz irrefrenable

para hacer confidencias a la nada.

No puedo comprender
la solitaria elegía del árbol a la luna.

OCHO

En el sitio exacto donde el mármol gime
en silencio blanco;
donde el viento inválido
desnuda los suspiros,
serpea a la altura del olvido
y roe el polvo del criptal abandonado.

Quiero roturar la memoria de las tumbas,
estar junto a hormigas y larvas,
a células en ceniza
y átomos clandestinos,
que testimonian la lucha de la carne
y su derrota frente al dolor
y a la muerte;
para entender la debilidad humana,
gemir dentro de su finitud,
donde su sed está vencida
por el inexorable Nunca Más.

Quiero poner el abalorio tersurado
de una palabra inmensa,
donde la amistad límpida
cultivó flor de gemas,
y el espíritu hizo historia de excelencias;

en la raíz anhelante de lo que fue
la expresión del amor humano:
Salmodia de vida,
ofrenda de la belleza a la fecundidad;
donde el beso sonorizó al universo,
acreció la ternura en diafanías,
y se entregó libérrimo
a la holganza del alma.

Quiero azorar de relámpagos
las sienes desnudas hasta el calcio,
en evasión profunda y definitiva,
para constatar el jubiloso pulso de ilusiones,
cohabitar con su gloria,
con los extraños privilegios
de ala y canto;
y purificado por ellos
yacer unánime en sus cansancios
y atonías.

Aun más ...
Más adentro ...
quiero acudir al polen esperanzado
y luciente de la fe,
reivindicarle de las trombas nocturnas,
de la desbocada sordera de la sombra,
que jinetea el vacío y el misterio;
hundirme más allá del tiempo,
de las catástrofes de la materia.
Y, quizá ,
como una estrella que llora en el espacio
su minúsculo nombre,

acercarme a la verdad
donde suena el infinito.

Mientras afuera...

La vida y la muerte sucediéndose;
el tráfigo del hombre en multitud,
con su antiguo ruido de compromisos;
flores en ofrenda con forma de tristeza
para que contemple la costumbre ostentosa,
o puestas donde se fragiliza la añoranza;
alguna oración o estrofa lírica
de turno;
también el arte
hinchado de vanidad,
para alegrar la soledad;
o haciendo reproches a la muerte
y holocausto al perdón.

También, quizá sincera,
alguna lágrima lentísima y ardiente
por la mejilla que sufre ausencia,
como pájaro de cristal,
que herido rueda,

cae,

muere,

absorbido por el vacío inmenso.

NUEVE

Aprendí a mirar el reloj de la alcoba

con cauteloso gesto,
tal vez impulso huraño;
porque él me mira sin pupilas,
guarda volúmenes de fantasmas alucinantes,
g- i - r - a, como escarabajo loco
para estrangular el tiempo;
y su terco ruido tímbrico
me avisa la fugacidad ...
y una vaga tristeza finísima.

Frente a él,
casi sofocado de soledad,
registro mis equívocos de cada día,
para rectificar los pasos,
los deseos obstinados;
pero no puedo olvidar las caídas,
las heridas, que medran desde los pies
hasta mas allá del cráneo;
por ellas salen mi sed,
mi angustia,
mi dolor,
tan camaradas con la vida.

A veces me veo dormido
en alcoba llena de relojes agresivos,
sobre catre de setenta clavos,
donde no terminan de danzar
los secretos signos de mi biografía;
y donde brilla solazada una estrella,
que mis manos no la alcanzan,
por más que ... rompo el silencio;
ni me escucha;

me desprecia;
se cuelga del péndulo del reloj,
me describe las fábulas de su brillo
con signos limpios,
movimientos hipnóticos;
acierta posarse en mis párpados,
se enreda en niebla de ultratiempo,
se incendia en pesadillas.

Desde allí me grita
en un minuto eterno:
¡Yo estrella!
¡Tú, hombre, solamente hombre,
h- o - m - b - r - e!

Sigue esa estrella
indumentada de viento musical,
de albas y ocasos esotéricos,
su tránsito por sendas sin uso.
Y en mis heridas,
siguen la sed,
la angustia,
el dolor de ser, así:
solamente un hombre.

DIEZ

Tú y tus cosas tan sencillas,
como gota de agua pura
recién inaugurada;
mejor aún, vitrina

para enjorar la calle de la vida.

Tú y tus cosas tan humildes,
como la brisa huésped de un pétalo;
mejor aún, trino
que se desliza suave desde un ramal.

Tú y tus cosas tan buenas,
como el vaho perfumado de un jardín;
mejor aún, plegaria
que se alarga en el incienso de una iglesia.

Tú y tus cosas tan hermosas,
como las páginas de un poemario;
mejor aún, la palabra única
escrita en el alma:
FELICIDAD.

ONCE

¡No me importan los motivos económicos
ni las finalidades utilitarias!

Pero. ¡Oh....SI...!
La blanca altivez de las montañas,
que invaden el horizonte
bajo un azul absorto y sin arrugas.

La repentina cúpula
de una flor adolescente,

saeteando su alegría hacia los ojos.

Los caballos raudos en furia celeste,
con sus rizos al viento,
sobre la soberana majestad del mar.

La música encendida de constelaciones,
cuando los infinitos ofrecen sus oídos,
argumentan, y quieren ser humanos.

La suavidad, como resplandor absorbido
por los labios, la piel, los sentidos,
en gesto único de vida delgadísima.

El olor de la mesa familiar,
donde todo tiempo es presente,
y las palabras diamantes sin extravío.

La fresca risa de una niña que juega:
culmen de aire - estrella, de plumón - espuma,
materia de cristal en fragor de inocencia.

¿Por qué esa fuerza no explicada
es verdad enjoyada ...muy aquí?
¡Oh, mi alma avariciosa y obstinada!

DOCE

Yo hice girar
las escamas bruñidas del silencio

en la noche inmensa,
donde el tiempo me vigilaba,
amenazante,
con encendidos ojos de serpiente.

Puse las pupilas
en la oquedad sin bordes del dolor,
donde el pensamiento
asciende escalas,
sin llegar nunca...
Allí fue mi combate con el destino,
porque me acostumbré a soñar en la intemperie.
¡Ah, mis hondos ensueños!
Creo que repleté esa oquedad
y los pomos siempre abiertos de la esperanza.

Encontré la palabra
primera del mundo;
la saqué empapada de luz
y de promesas,
la bauticé con agua lustral de astros:
¡BELLA!
La puse a volar por todos los horizontes,
y siempre tuve su tacto - venial:
beso preciso en el corazón,
preludio en el inicio del canto,
fe en la gloria del día,
diafanía en el suave latido del agua,
sustancia de todas las formas
y colores;
a los cuales me acerqué sumiso.

Confesé ante la tierra
mis pecados de omisión,
que me habitaron,
me asordaron,
con ruidos de mar en borrasca;
el insomnio con su incurable vértigo,
mi tristeza impenitente,
esa inflexible añoranza de ala.

Me vestí de levedad,
y fui roca translúcida
consagrada al abrazo,
a la amistad,
al amor;
escultura de sal
para todos los labios.

Aunque el vacío
en cataratas sobre mis manos;
la fracasada sangre del mundo,
sembrándome llamaradas
por los cinco costados.

TRECE

Miradme en pleno amanecer:
caminante en mi ciudad,
la piel quemada de orgullo y libertad,
el tiempo bueno con su alígera digital
bienaventurado en todos los sentidos,

bienvenido hasta el corazón,
casi desvanecido de alegría,
porque la vida en suavísimo ascenso
por gratos espacios luminiscentes;
la pupila inmensa del día,
quinta esencia de mil colores translúcidos.

El sol tiene por costumbre
brillar primero
en paridad exacta,
y quedar largo rato absorto,
escudriñando lo plural eterno
en el monumento a MALDONADO,
quien reta a la sabiduría
en acoso de excelencia,
o conversa con la gloria,
alzado muy arriba
por dioses del tiempo
y de la historia.

Blanda, el alba
resbala confidencial y dichosa,
por la tersa horizontalidad de las calles
acontecidas de belleza rectilínea;
tiene un modo de sonrisa fragante,
riega espuma de cristal dehiscente
por las aceras y los frontispicios
hasta la entraña misma de la ciudad.

Me encuentran recuerdos
aquí ...allá
en todos los lugares,

en vigilia perenne,
como antorchas arborescentes y altas,
que instan, advierten, admonizan.

Extiendo los brazos
barnizados de asombro,
agrandados por dicha,
en redonda amplitud de amor inmenso;
y siento bullir la sangre
a ritmo de canto jubiloso.

Miro los rostros de las gentes,
que se acercan y pasan,
o van junto a mí
párpado a párpado,
saludo a saludo;
los de ellas siembran música y sonrisa,
acrecientan la magia del alba,
me obligan a pensar en las orquídeas;
- ya para qué las metáforas- ;
los de ellos, dignidad y trabajo,
signos irrenunciables de mi ciudad:
barro y cristal originales y buenos,
en marcha irreversible hacia lo grande.

Los gorriones ensayan sus músculos
en gimnasio de brisa,
y luego escardan la vanidad de las margaritas
alborotadas por tanto irrespeto;
mientras un mirlo urbanizado a la fuerza,
con cédula de inmigrante jocundo
y cuerpo ágil,

musicaliza la alegría áurea;
las golondrinas patinan impetuosas
sobre los alambres, serpentinas
sostenidas por viento mágico.

Hay ligero temblor en los parques,
cuando huyen las sombras rezagadas
por el bullicio de los niños
en ruta hacia los libros.

Arriba,
la estampa majestuosa de la BASÍLICA;
más arriba,
donde el azul inefable:
un desvarío nivoso de cimas,
apoyadas sobre horizontes
legislados por roquedales rojizos.
¿Cómo poner el oído en ellas
y escuchar el canto de tierra resurrecta?
¿Como yacer con toda mi carne
en maravilla de fe
por el progreso de mi ciudad,
y certidumbre de hiedra,
para sentirme nutrido
por la persistente belleza de los siglos?

¡Procela de mis anhelos
en acoso de utopías!

¡Vida!

CATORCE

¡Oh, Universo ¡
subsumido en el haz de la Tierra,
y subido a la cima de mis anhelos,
busco la Verdad Esencial.
Aunque oigo tus gritos de protomineral
desde los abismos del tiempo y del espacio;
escarbo tus limos muníficos,
tu médula de vida;
pero también tus péndulos
de muerte inexorable.

¡Si eres cosmos,
te invoco apasionado y febricente!
¡Te conjuro!
Acumula en mí tus luces ilesas de arcano
y de armonía.

¡Luz universal, suprahumanízame!
Tengo sed de tu absoluta maravilla.
Enciérrame en tu sustancia primordial
y sin riberas.
Absuélveme de toda finitud
hasta la evanescencia,
purifícame hasta la plenitud, sin tiempo,
alucíname en extremo de vértice,
llameante de fervor;
aligérame hasta la célula inmensurable
de persistente transparencia,

o átomo de cristal
impávido a las tormentas misteriosas,
apto para el éxodo de la existencia
hasta ser,
el que traspase la inmóvil nada.

Si eres caos en vértigo ineludible;
si te ahoga la sombra,
obscena devoradora de formas
en cópula de oquedad geométrica;
entonces:
arrójame tu tiniebla total,
que naveguen en mí sus jaurías blasfemas,
imperturbables;
arremétanme sus altamares rígidos,
sus lagares amargos,
clandestinos,
venidos de más allá de las desolaciones;
asóndenme sus alaridos;
aniquíleme el alma su tacto;
cúbranme tus herrumbres hasta la ceguera
y el olvido totales.

¡Sombra subhumanízame ...!
Si estuve en tu noche,
tras ausencia excedida
debo retornar a la noche,
con todas mis pasiones enlutecidas,
acosado por esta indefinible
angustia de ser hombre,
con sudario de desengaño,
rezagado de lejanía transparente;

simple barro que llora
bajo el perfume de hortales ilusivos,
que no los comprendo;
carne vencida de confusión,
que no la busqué;
pensamiento en pequenísimo cielo
martirizado de dudas,
con extraña manera de cantar
un sentimiento, que sobra,
del estuche hecho con calcío,
espejos y vaharadas;
esta gestión de vagabundear,
pródigo,
por travesías hispidas,
bajo tormentas persistentes;
resbalar por todas las culpas,
perseguido de aúllos y cenizas.

¡Oh, esta condición de ser hombre!

A veces: ala caudal impulsora de fábulas
sobre florestas floridas de utopía
o trizada por relámpagos;
palpitación genitora de música,
devenida en grito;
trozo de sal sitibundo.
Pero, más aún, pedernal,
que se rompe a golpes de odio
y del trágico latido social;
o sierpe que, de repente, sola,
postrada en turbios sumideros,
en polvoriento rescoldo de historia,

escupe en sus propias llagas purulentas,
y cae, cae siempre,
en el desierto perfecto de las tinieblas;
o se pierde solemne,
delgadísimo,
como incienso de instantes místicos,
y humildece su diafanía espiritual
dentro de las plegarias.

Si de luz surgí:
deseo, con audacia suprema,
ponerme ante su índice de diamante prodigioso.
Tornarme llamarada sin límite ni ocaso
bajo los húmedos ojos del Supremo Absoluto.

QUINCE

Un gemido clarísimo de alma
trepa las paredes
y cae de bruces sobre el mármol.

Tiritan las esculturas de la angustia
mordidas por invisible caracol,
cundido de viento lento,
de llanto quebrantado,
anuncio de ausencia irreversible.

Encaje, que languidece en pañuelos,
pañuelos, que caen de las manos,
manos humedecidas de dolor,

heridas de terror,
hasta el
¡AA A A Y Y Y Y!
perdido en el vacío oscuro
y sin límite.

Un ataúd, geometría blanca,
con márgenes de chifón sin peso,
para encofrar el cuerpo - capullo
de una niña muerta;
ceniza seca de quien fue sonrisa blanca
nardo ya desvanecido,
brevisima palabra de ángel
y de espuma,
segada definitivamente.

Niña desterrada a lo inaudito,
cuando recién,
sus adjetivos eran blancos:
cera, trino, cariño,
amor armiñado;
caricia fosforeciendo levedad,
lengua transustanciando azúcar,
manos en vuelo gestual de gaviota
sorprendida de nube azul.

Si apenas , ...
recién, ...
petalito de espíritu navegando en burbuja,
harina candeal en vilo de brisa,
salivilla de estrella sigilosa,
con los que el portento de la vida

reclamaba el gozo de cristal glisante;
y su alma en roce de calcio casi insustancial,
con tremor levísimo,
la sangre en retozo de espuma,
piel aturdida por musicales besos,
guiño de aurora
peso de alborada.

Cuatro primaveras
con perfume de esperanzas,
cuatro soles enternecidos,
cuatro élitros palpados por la luz,
hasta la gracia de vigilia lunar,
hasta el beso que empoza la ternura
y la bondad.

Sólo cuatro primaveras
accedidas a sus primeros pasos;
ventana hacia el jardín,
donde un intento de magnolias y claveles,
pulpa de sílaba en diminutivo,
así, de suave, suavísima,
para ahuyentar la soledad y el tedio
y definir la alegría.

Ahora,...

la madre casi sin rostro,
temblor en sus labios de cobre vencido,
resumen de dolor que le sobra,
en la frente la agresión de fechas,
que regresan enlutadas de silencio,
desde el principio
y el fin de su amor limpio;

ecos con miedo al adiós,
terror a la soledad.
Unas lágrimas,
muchas...
llegadas de hondos lagares salobres,
rodantes por recuerdos chiquitines,
efluvio de sangre y entraña herida.

Todo blanco...
blanquísimo.

Pero la muerte feroz,
escuálida,
vergonzosamente negra,
impúdica,
que acarrea espanto enorme,
y es rea de un amor blanco...

(Yo escribo este poema,
que no debía escribir,
en el cuaderno de la naturaleza atónita,
con tinta usurpada a la noche,
arrastrando niebla suspirante.)

DIECISÉIS

Tu sonrisa, cristal
en ruta de la palabra
y del beso.

Tu sonrisa, mariposa
con acuarelas de alegría
en los labios.

Tu alegría, fino amanecer
con ecos de verdad,
colmando las pupilas.

Tu palabra con atavío de caricia,
canto seductor,
himno a la vida.

Después de tu sonrisa
no cabe ninguna pregunta al sol.

Y créeme, tu beso
no provocará la insurrección del agua.

DIECISIETE

Recibí con los brazos
en actitud de abrazo,
la frente alzada de alegría,
el chorro inicial de la lluvia,
bajo un arco iridiscente.

Llovía ...
Una fragancia tan menuda,
corro de la naturaleza fluida
en festival íntimo.

Veletas ustorias en los labios
con ruido de azúcar;
en los oídos
líricos violines,
mínimos caracoles
moldeados con perlas
y diamantes puros.

Era,
como si una mujer desvistiera
en mis brazos
su frescura castísima
y fina.

Mojando las pupilas,
era,
como si recibiera
chorro de flores azulinas,
mundo de frenéticos fantasmas,
levísimos cristales tañidores.

Llovía ...Mina de llanto silvestre,
Llovía ...Estatuas compactas de frescuras;
ronda de gotas caídas en mi carne
con destino a la tierra;
otras penetraron mis venas
para refugiarse en la sangre
y en las celdillas de la fantasía;
porque oí
el borbotón de su caricia
en todos los sentidos.

Me sentí dominado de encanto,
con el mismo gozo de musgo solitario,
pegado en la finura de friso marmóreo.
Me cundió temblor de élitros suaves,
resacas de tarde lenta
y relámpagos fugaces;
creo que brotaron del alma
gotas de ensueño y fantasía,
llevadas a los labios;
su sabor ... esencia hecha de luz blanca
y nubes arcanas.

Me sentí poeta delante de la vida
y del asombro.

DIECIOCHO

Ola: barroco de esmeraldas encabritadas;
urdimbre de helecho y nardo;
persiana bordada de celestes sedas.

Ola: desnuda y riante,
espolvoreada con almidón de jacintos,
va entre guijarros piratas
atormentando estrellas fugaces,
con furores de frescura
y libélulas de junio.

Pubertad de carámbano sensitivo
en trance de mandolinas de cristal,

brisadas por soplos
de ángeles huidizos.

Ola: saltarina y feliz,
pastorea espejos extraviados,
se empeña en zozobrar la transparencia
y peces de blanca estirpe
hospedados en la espuma cascabelera.

Y el río:
pregonero de paisajes,
turista de horizontes inéditos;
hecho con sudor de montaña
y lágrimas de ladera cimarrona.

Lleva alas rotas de golondrinas niñas,
la luz del sol,
duendes rutilantes,
el corazón tembloroso del viento,
el aliento bucólico de las praderas,
el recuerdo vertical de los árboles
y la transparente añoranza de mis ojos.

Se va irrefrenable,
exiliado en todas las riberas.
Las rocas colgadas en recodos,
involuntariamente torturadas por la sombra,
le gritan adioses;
pero va siempre adelante,
aventurero caminante,
dócil a la verdad heraclitiana,
crecido de ilusiones;

y por eso majestuoso y nostálgico.

Desde la undosa tribuna del capulí,
un mirlo le saluda
con un madrigal de armonía campestre;
alucinado por el sol,
cree que cada amanecer es primavera;
que su inagotable canto
sirve para espolvorear el oro del día
sobre los andes,
y poner nombres de ternura femenina
a las olas del río.

Pasan las olas cronometrando mi silencio.
Pasa el río,
con su tupida risa de frescura,
se burla del ser absurdo,
que se queda en la ribera.

DIECINUEVE

¡Oh, Cristo. No...!

No quiero tus rodillas
en la enrojecida roca
del Monte de los Olivos.

No quiero sollozar por tu palidez
hasta el sudor de sangre;
ni la recia quejumbre

por tu vencida carne;
ni ambular mi angustia
por tu pecho lanceado.

No quiero la ceniza de mis ojos
por tu pupila ausente de la tierra,
sumergida en la infinita soledad,
cuando tu inmolación en la cruz.

No quiero leer el INRI,
inscrito por la cruenta burla
y la traición inmensa;
ni asomarme al sepulcro
apagado por tres días.

Lo sabes Jesús,
no cesará mi orgullo de espíritu.

Por eso quiero pronunciar tu nombre
respirando una oceanía de dulzura,
el volumen de la verdad - luz del génesis,
el peso sin desmayo de tu amor divino
hecho hermosura de vida,
fecunda alegría.

Vestido el pensamiento
de límpido gozo
y señales joyantes,
quiero atar mi absorto interior
al alero blanco de tu Ilímite Absoluto,
trocar mi tristeza,
la andanza de mis quimeras añejas

en tránsito al Infinito.

Te pienso haciendo vía
de golondrina pura
en mi otoño,
poniendo tu secreta saliva en mi ocaso
y dándome tu brazo de luz
cuando todavía me amanece el día
y sacude sus escamas el sol en el paisaje.

Aunque enfermo del siglo,
con el ruido de naciones en lucha,
yo también,
acuciado, tal vez,
por brisas de otro mundo,
quiero ascender en puntillas
por los cristales cumbreños
de tu inmensa Montaña,
abrir el asordado vitral de mi alma
para llegar al diamantal profundo
de tu Sermón Bienaventurado.

Quiero guardar tu gracia adolescente
en mi memoria,
cuando estabais tres,
tan cercanos
y juntos,
como las letras de la palabra
PAZ.

Presenciar la ternura de María,
con maternas manos de azucena azul,
rozándote la frente niña,

cariciándote el alma;
tu noble cabeza,
siempre pensativa,
apoyada en el manto de sus rodillas;
y en esa serena armonía
el murmullo rosado de la garlopa
y la serpentina fragante de las virutas ..

Quiero arrodillar la sorpresa de mi oído
cuando enseñas en el templo.
Ir junto a Ti al festival de Caná
y estar en la rosada intimidad del hombre.
Paladear el pan de tus milagros:
pan de vida
para nunca tener hambre,
ni sed,
ni soledad.

Permite mi compromiso
para aspirar el aroma del aire,
cuando pones las manos en los niños
y desatas clamor de castidad querubiante,
saborear el barro mojado en luceros
con el que limpias las sombras
de tanto ciego.

Levedizado por la fe,
quiero caminar contigo sobre el lago;
poner bajo tu nuca
la suave amistad de mi silencio,
mientras duermes en la barca;
y luego,

sin la cicatriz del titubeo o la duda,
ante el rudo ruido del huracán furente
y las encabritadas cuadrigas del marismo,
en sus raptos fogosos,
mirar tus manos alzadas
en perfecto imperio soberano,
ordenando el terciopelo aéreo,
hecho brisa sumisa
sobre el pulimentado remanso de las aguas.

Quiero avanzar con palmas en la mano,
viandando las calzadas sociales,
gritando HOSANNAH
al Hijo Amado del Hombre,
Elegido Unico de Dios.

¡Oh, Jesús, que bien hecho es
alzar el pensamiento alegre,
donde te transparentas
con presencia de luz!

¿Este pensamiento blanco
que te acosa sin lágrimas
ni ausencia,
es tal vez
una oración profunda?

VEINTE

Era ...

Para qué describirle más,
si al decir pobre
y luego anciano
ya he dicho todo.

No puedo olvidar sus ojos,
donde se habían multiplicado las lágrimas
cristalizadas ya en legañas,
cuando aturdido los contemplé
y ellos con signos de súplica,
escudriñaron los míos.

No puedo olvidar sus manos
con piel de piedra arrugada,
para sostener la torcida cal de los huesos,
por donde habían rodado la lluvia,
el frío de las noches larguísimas,
el implacable ardor del sol,
pero, más aún,
el encuentro y la lucha diaria
con el abandono.

No puedo olvidar sus palabras,
al hablar entrecortado sobre ...
sus dolores;
el temblor inválido
al transmitirme su historia.
Eran como mordiscos
a mi alma.
Y al final:
"Una ayuda por amor al hombre".
Nunca fue más limpia una súplica.

Impulsado por repentinas emociones,
perseguido por espejos misteriosos,
quise entregarle un mundo:
desdoblé mi médula,
el tiempo de la sonrisa,
que llevaba olvidado;
le besé donde era más pálido el rostro,
le abracé con el alma,
tal vez eufórico y ruidoso,
como para sacudir el olvido
y hacer trizas el frío de su tristeza.

Le abrí de par en par las puertas de mi alma,
compartí mis iniciales,
mis pobres signos de soñador;
creo que toqué iluminado sus abismos.
Le hablé ...
le dije tantas cosas,
con esas palabras que, de repente,
capturamos del corazón,
de la vida,
de la existencia toda;
y que semejan súbita alborada,
llegada del preciso sitio del afecto
para la humanidad.

Creedme:
Yo palpé el Infinito,
y me sentí más hombre.

VEINTIUNO

Me quise evadir
por sumideros de la noche profunda.
Sin embargo opreso
de angustia fría:
abismal, ávido de añoranzas,
arpón hundido en el recuerdo...
No pude dormir.

De repente.
En la ventana un golpeteo suave,
como mano de niño que tiritita.
¿Será una flor del rosal
que con el viento se agita?
¡Ah, si!
Mi rosal es sensitivo y sabe
que lo amo.
Puede ser ...

En el vano de la puerta se obstina
una voz mendicante,
como de alguien que solicita entrar.
¿Será una golondrina
que extravió su vuelo
y se quedó en el alero a dormir?
¡Ah, si!
La golondrina es sensitiva
y libre como mi anhelo.
Puede ser...

En el oscuro ambiente
un glisar de lágrimas lentas.
¿Será el relente
o gotas de fresca lluvia
que caen en los cristales?
¡Ah, si!
La lluvia sensitiva
sabe de mis males.
Puede ser...

Esa voz que desespera...
¿Será de alguien que olvidado existe
allá afuera?
¡Ah, si!
La noche lastimera
inmensamente sensitiva y triste,
me convoca afuera ...

Abrí la ventana,
con tímida presteza
interrogué ¿ Quien es ...quien ...?
La noche apoyó un eco estrangulado
en mi sien,
su alarido en mis sentidos,
sus líquidos oscuros en mi sangre,
sus desiertos y tristeza
en toda mi carne.
¡Ah, su tristeza!

En un instante largo
quedé insubstancial

bajo la noche inalienable y quieta,
desnuda de luceros y de luna,
sin viento,
sin lluvia,
sin existencia alguna.
¡Tristeza!

Quedamos juntos
la soledad,
inmensa epilepsia del espacio,
y yo,
tan pequeño y desnudo;
los dos perdidos
en idéntica superfluidad existencial,
en el brocal del abismo nocturno.

Quise explicar mi designio de ilusiones,
decir algo de mi alma
a la soledad,
a la noche,
al espacio,
al vacío.
No me obedecieron las palabras.

La soledad engendró dolor
sobre las cosas;
y en mi pensamiento
altísimas estatuas de sombras,
lagos de silencio,
vaho de frío absoluto,
fragor de nada ...

VEINTIDÓS

Hora dieciocho:
Costumbre, signo, deleite.
Mi ciudad: cartulina horizontal
pintada de acuarela bulliciosa,
sale a las calles
en mitin de holganza,
en ritmo libre de curiosidad.
Alegre rebelión de luz
para exterminio de la tristeza
y la rutina.

Variopinto de vestidos,
cuerpos casi vaporosos,
que flotan en las aceras,
mejillas de clara canela fosforescente,
en las que el chasquido del beso,
en gesto de saludo;
frágiles cinturillas cimbreadas;
labios encarnados,
sugiriendo hortensias y magnolias,
hablan sonorizando cristal sonriente;
muslos de rosado encendido,
en los que la moda...
echó anclas de terciopelo brioso.

Ancho latido camarada,
en inquieto murmullo juvenil.
Hasta el viento vespéral

proclama vanidades en las esquinas,
ante el estupor de los faroles,
que espían los ventanales,
enrueda carcajadas maliciosas
en el tórax de los postes.

¡Oh, la grata maravilla de conversar!
Permite adelgazar la sangre
hasta hebra de seda,
para unir la amistad,
organiza la voluntad
para el chiste jocundo,
se paladea con deleite
pedacitos de anhelos ajenos,
derrítense los secretos
enmielados desde la mañana.

Y saber que el hombre
es uno cuando sonrío;
y que el mundo
se abraza con los labios.

Las novedades tienen semblante luminoso,
circulan veloces,
ondulan sensitivas,
enracima a los adolescentes
en auge de gozo.

La alegría corretea,
salta con maestría cuerdas de frivolidad,
rueda como río mojado de estrellas,
o fruta madura en redondez turgente

solivianta el frescor de los zaguanes,
hace guiño fragante en los talleres,
burbujas en los cafetines,
que arrojan vaharadas melosas
y esculpen figurillas de humo satisfecho.

Las ventanas - femeninas al fin -
con espejeos de luz abanicada,
coquetean con el sol.

Arriba,
sobre polícromas glorietas de los Andes,
el tiempo cuelga nubes recién lavadas
en cordeles occiduos;
las montañas florecen su mejor corola;
sospecho que envían besos
blanquísimos a mi ciudad.

En esta hora vespéral
aletea una sonata;
hay incendio de palabras olorosas.
Es la juventud de un verso.

VEINTITRÉS

Para que no viera el sol
ocultaste una lágrima
en la sombra de tus pestañas.

Para que no lleve el viento
enredaste en los labios
un suspiro rojísimo.

Para que no conozca el mundo
hundiste tu dolor
en la noche profunda.

Pero yo rescaté tu lágrima,
para que puedas mirar
la luz de la alborada.

Desaté el suspiro de tus labios,
para el beso de fuego
que mi pasión te ofrendó.

Y, a pleno sol, deslicé con ternura
la belleza de mi amor
para engalanar tu vida.

VEINTICUATRO

Una noche sin fecha
y sin frontera.

Los instantes caían como espadas lentas
y afiladas,
en toda mi carne,
arqueada bajo el peso de la soledad.

Crecidos mis ojos
miraban secretamente
los farallones del silencio.

Afuera,
en la infatigada vastedad de los espacios
llameaban las estrellas.

Desde abismos inmóviles acosábanme:
un cansado olor de pantano flotante,
fría congoja
evadida de oscuros sumideros,
una extraña zozobra de enigmas
y pasiones desgarradas.

Crisis vital.

De pronto,
desde finos caracoles de noche,
rayos de luz estelar
interesados en mirarme, así,
vestido de neurosis,
o sorprenderme
cuando ejercito mi cátedra de ilusiones,
descendieron solemnes y cálidos
a las viejas fallebas,
gastadas por el frío
y la cotidiana historia del huerto;
atravesaron el cristal de la ventana
con sonrisa amistosa.

Pétalos volantes

aterrizaron a la altura de la sorpresa,
sacudiendo el silencio,
quemáronse en blancas llamaradas.
Desde los muñones de la sombra
colgáronse recuerdos,
anhelos insatisfechos,
esperanzas inéditas todavía;
apretujaron las sienes
con gemas de fulgor emblandecido,
bailotearon en la sangre
migrante del corazón al sentimiento,
del sentimiento a la vida.
Su tacto en toda el alma
como campana de cristal anarquizada,
tañeron sinfonía inédita.
Emoción antiquísima adentro
me acribillaron de éxtasis
hasta la quietud sin tiempo
y la alucinación más profunda.

Yo también los acaricié
con plenitud de impulso,
con ojos multiplicados en fósforos jubilosos,
entregué el rubor de mi piel
elocuente de afanes;
las manos en presura
de aprehender maravillas;
anhelo ávido de espacios inefables.

Dentro de este sonido puro
mojé los labios
con fascinadas ondas saviales,

como para iniciar una salmodia
en homenaje a la naturaleza hermosa.

Agité frenético mis creencias estéticas
acopiadas en los sentidos
para astillar la duda;
y el pensamiento listo
para emigrar por puertos de prodigio.

Y, sin embargo...
¿ Esos signos lucentes en la noche,
serán andariveles votivos
para el vuelo del pensamiento?
¿Sustancias de enigmas intangibles?
¿Refugios de una verdad perfecta?
¿Pupilas del Infinito
acumuladas en montañas de pretérito
y langores de futuro?

En la infatigada vastedad de los espacios
llameaban las estrellas.

Creo que mi espíritu lanzó un grito
hondísimo y brillante,
para dilucidar presagios
y la fascinación humana en el universo.
Era manera de identificarme
a los acontecimientos del arcano
y a la consigna de la luz.

Después ... quedé extraviado
en una distancia absurda:

ala sin brújula entre el sueño y la vida;
brisa sin tiempo desvanecida
entre la luz y la sombra,
extremado de emociones;
saturado...no sé si de dicha
o de dolor desconocido.
Pero, sí, demasiado humano...
en una noche sin fecha
y sin frontera.

VEINTICINCO

Va por las calles de la ciudad
la extraviada euforia de mi delirio.

¡Qué extraño!
La sombra que la pensaba perdida
me sigue silenciosa, atenta, fiel,
pegada a las aceras;
tiene ondulación de danza,
insiste en parecer mi perro guardián.

No les puedo fallar a los sentidos,
ni a esta vocación de aventura,
que me empuja por las espaldas
hacia la vendimia de emociones.

Además tengo derecho,
mi cédula es clarísima,
con signos ¡ a - s - í - de grandes!

me afirma como riobambeño.

Tropiezo con gotas de relente,
antiguas camaradas de mi piel,
tatuada de vidrio jubiloso y libre,
de nubes
con su firma de corazón errante,
de frondas coronadas de felicidad,
de la garganta cantarina de los pájaros
del coloquio versátil de las mariposas
con las dalias,
convertidas en las gitanas de los huertos.

¡Hola!
Mis amigas vitrinas,
donde se quedaron pegadas
mis pupilas de niño;
mis amigos parques,
donde los recuerdos me hacen guiños
de límpido romance;
mis amigos templos,
donde saludé al alba
con orgullo de espíritu;
mis amigos colegios,
que me entregaron el cuaderno
en el que yo niño,
joven
y hombre,
hice encuesta de sobresaltos
y de ilusiones
para cumplir la misión humana.

Alguien me descubre,
me saluda,
le contesto hecho pan de amistad,
cortesía florida;
luego me lanza una carcajada.
¡Claro! ...
Si en mi piel se ha pegado
la acechanza de un viento nuevo,
que trata de deformar mi ancestro ilusivo
e invalidar el perfume de leyendas
que me afinan.

Pero yo
borro en la frente
la digital de la nostalgia,
salto de la rutina
y trepo por un grito vertical de alegría;
me pongo de acuerdo mutuo
con el sol y el Chimborazo
para saludar a Riobamba.

VEINTISÉIS

Un silencio de campana rota
captura mi soledad sin tiempo.

La tarde es una adormidera
cuyos pétalos marchitos se desprenden
sobre el imperturbable milagro de los páramos.

El firmamento extiende
nubes de cobre suave
para recibir la fruta helada de la luna.

El árbol venda sus brazos
para amortiguar los fustazos de la sombra;
creo que tiene deseo de correr
y esconderse en algún barranco.

El viento rosa mi frente,
hace anarquías en mi pelo,
tiene la ocurrencia
de contarme cosas muy tristes
que suceden en el jardín cercano.

Yo trato de confundirme
en los instantes lentísimos,
que ponen desorden en la ventana;
cercano a sus cristales,
que han sido siempre mis amigos,
me pongo a viajar,
guiado por ideas fabulosas;
voy remeciendo con ojos ávidos
las estrellas chinescas,
que se quedaron suspendidas
y desnudas
de los oscuros cordeles de la noche.

Con hilillos de seda sensitiva
enlazo el pensamiento,
afortunado de fantasías desmedidas
y hasta de absurdos,

que los amo;
sigo adelante,
me pierdo en las distancias
sin comienzo y sin término,
por los amplios vientos siderales.

VEINTISIETE

Es verdad que me ceñí de música
cuando junio correteaba en las colinas
acelerando el oro de los trigales;
cuando las torres de mi ciudad
rebatían al viento en las mañanas
para ahuyentar las golondrinas
con el fausto de las campanas
y su prodigio de nostalgia grande.

Aprendí el idioma universal del agua
cuando unánime al río Chambo,
abrí los párpados de la espuma;
cuando la lluvia
entusiasmó la pubertad del huerto
y adelgazó mi tacto
con finos chorros solariegos.

Alma afuera,
habité el humilde milagro familiar,
donde era verdad
el vocabulario de la bondad
y la ternura;
me fatigué en las jornadas

del horizonte patrio,
donde el inexorable blanco de las cimas
me preguntó por el espíritu.

Es verdad que aprendí a leer
la edad del trébol
y la dulce juventud del colibrí.

Aprendí a sonreír,
cuando viajé en punta de ala,
y acostumbré en mi frente
la noticia azul del horizonte andino
y el rojo regimiento del ocaso.

Dancé en trance apasionado
dentro del sincero círculo del abrazo;
cuando me eligió la amistad del eucalipto,
idéntico al bien,
cundido de belleza.

También es verdad mi insolencia,
cuando, lúdico,
fui de puerta en puerta
por los caminos del asombro,
averiguando la diáfana intención del hombre,
sus hermosas leyendas,
en los renglones del labriego,
en los relámpagos del libro,
los memoriales desde Sócrates
y del maestro Juan Montalvo;
sus modos sensitivos
para enternecer el arte;

y siempre,
el derecho a la ilusión.

Juro, que no pude consumir toda mi pena,
porque se acrecentó mi hambre de ternura.
Y me quedé desnudo como vidrio.

VEINTIOCHO

Aquí estuve alguna vez.
Siento la dulce filtración de su encanto.

Recuerdo que estrené mi mejor palabra
para nombrarte
y conseguir tu sonrisa.

Puse bajo tus pestañas
mi emoción no usada todavía;
decoré tus manos habitadas de inocencia
con dalias blancas
y una poesía pintada de alborozo.

Mientras afuera la tarde
respiraba follajes de fragor citadino,
se hicieron dóciles los instantes
para nuestra alegría,
oportuno el rumor de la sangre
con rumbo a la caricia,
los pensamientos albos en tu oído
cultivaron profecías fabulosas.

Fue nuestro el lenguaje,
que se hizo canción de carmín
para raudalizar armonías
y anhelos prodigiosos.
Era la abundancia agorina de los labios
llegada desde el alma.

Frente al mundo, nuestros rostros
bañados por claridad ingenua
y como en estampa antigua
la vida nos enlazó en un beso.

Después ...
Se nos vino la tarde.
Víctimas de la rebelión de la bruma
nos hicimos abstractos.

Tal vez ahora ante tus ojos
un nardo en agobio de olvido,
y en tu oído solamente silencio,
tan antiguo como mi dolor.

Lejanísima ...
la brisa adolescente
suspira.

VEINTINUEVE

Tu iluminada carne me recuerda
mi tierra laboral

donde el sol se solaza
dorando el trigal.

Tus apacibles ojos me recuerdan
las noches sin bruma,
cuando el éxtasis aprisiona el alma
con leyendas celestes de luna.

Tus manos sedosas me recuerdan
el gárrulo de mi infancia
con risas, cantos; y la brisa
que sembraba ternuras y fragancia.

El púrpura de tus labios me recuerda
el color y la alegría
del rosal, que golpeaba mi ventana
para anunciar que amanecía.

Tus palabras penetran mis sentidos
en suaves filtraciones,
y en el hondo silencio de esta tarde
evoco mis bellas ilusiones.

Hay en el aire tanta música;
se diría, pompa feliz y triunfal
bajo la noche, que llega tachonada
de fulgor sobrenatural.

TREINTA

Está bien ...
Puedo desvanecer mi mejor palabra
como se apaga la espuma
herida de tempestad,
como la arena dorada que se aleja
al estrujado recinto del mar,
donde exhibe el caracol su desnudez celeste,
o como la tarde que arrima su nostalgia
bajo el dintel de la noche.

Y sin embargo,
con esta palabra puedo acariciar
la arquitectura fina del rocío,
bruñir de sortilegios el silencio
y vestir de azahar el corazón.
Hago romances:
borbotón musical de azúcares delgados,
para el temblor galante de la guitarra
o el marino canto de las olas.

Fértil de luz novísima
tiene rubor fresco de brisa
tallada de alborada,
y en la glorieta de mis secretos
estalla de alegría.

Es más suave que las flores
que militan en mis afanes;
guía los reflejos del día,
y con la seda húmeda de la tardes
ata mis pestañas
a la melancolía.

Tiene mis raíces,
viene desde el fondo liviano de la sangre
y de este impulso de oleaje y plumón;
es incendio de metales
en pomo de topacios,
jadeo de peces y colibríes
en el oído azul del mar y el firmamento;
espiga de tesoros inexhaustos
aureolada de emoción y fantasía;
alborota como salto de agua
sobre capullo de jacintos.

No puedo negar,
a veces se hospeda en los saviales
que embalsaman estrellas.

Debo decirla,
ponerla a caminar radiosa
por los senderos blancos de la aventura,
o como pan de ensueño
en el cálido paladar de las pasiones.

Tal vez te interesa extinguirla,
o arrastrarla al olvido,
amortajada de añoranzas.

Mi palabra es
AMOR.

ITINERARIO DE UN AÑO

ENERO 1

Hazte fuerte
y omniscia, alma mía.
Posee todos los ideales de mi mente,
cosmopolitiza mi mano con 365 auroras,
profetiza fontanas en la palabra,
para merecer los espectáculos de la naturaleza,
la belleza esencial que ofrece la vida
y el pensamiento.

La frescura cromática de la fantasía
nos acompañe en el periplo
por los escondrijos y glorietas de la poesía,
cuya dignidad – cercana a la crueldad –
desafía a la razón
y es padecimiento para mi pequeñez.

Ella nos vigila,
nos escruta misteriosa,
desde su antiguo espectro de centella.

¿La búsqueda de la poesía;
es decir de la belleza,
causa dolor al hombre en la tierra?

¿Podrás tú, alma mía,
derruir las sombras condensas en mi carne?
¿Y con atavíos sedales, imprimir un testimonio

de la belleza perdurable,
para entregar como jolgorio a los oídos
parábolas de claridad a las pupilas?

Si lo consigues: serás bendita
y tuyas la victoria,
la florescencia de 365 tallos de ilusión.

Caso contrario:
habremos pintado una caricatura
de un hombre que sueña
en su intimidad ingenua.

ENERO 2

Este día, 2 de Enero,
amaneció más diáfano;
espléndidas las casas y las calles
de nuestra amada Riobamba.

Yo la miré desde la Loma de Quito;
bendije su autenticidad,
orgullosa de haber nacido en ella
y degustarla con el alma.

Tu caminabas en dirección precisa
a mi dicha profunda.
Detrás la brisa,
abiertos sus brazos de colores,
recogía acuciosa tus huellas
para aprender modales elegantes.

Delante de ti el sol,
complicando su voluptuosidad
con el rubor de tus mejillas;
ufanísimo,
quería ser patético
en toda tu piel.

Por seguirte se hizo trapecista:
de los árboles del parque
a las esquinas,
de ellas
a los cristales del vecindario;
se quedó largo rato
colgado de los alambres,
nos miró quemando sus carbúnculos,
tal vez con envidia,
cuando tus manos estrecharon las mías
y diéronme sensación de vida perfecta.

ENERO 3

Descubrí tres tatuajes en tu cuerpo,
como tres gemas preciosas,
constelando un vaso de cristal.

El primero tiene la misma claridad
del tiempo de la infancia,
sonido blanquísimo,
como de sonrisas,

tacto de médula de gaviota,
de plumón en clima recién amanecido,
o de palabra delgadísima
sin sombra.

Otro es una quemadura azul
donde soplan golondrinas sutiles;
es como río que se estira vertical
desde las novedades de la sangre
hasta las excelencias de la vida.

El tercero es algo así como un milagro,
teñido de amor;
a sus follajes de luz
acude mi frente cavilosa,
entre crujidos soberbios del paisaje andino
y los pedernales de la historia,
que hacen el día de la Patria.

ENERO 4

Compruebo:
estoy dentro de mi nombre,
Luis Alberto.
Camino con él por mi ciudad,
por los escalones blancos del libro;
le incluyo en los delirios;
le denuncio ante la soledad.

Y me gusta este nombre,

no sé si por costumbre,
porque ha soportado 70 veces
mis caídas,
o porque suena, s – u – e – n – a,
como sílabas flotantes
nacidas del bordón de una guitarra,
hecha con materiales de mi tierra.

Generalmente tiene un solo movimiento:
vertical.

Veces hay que cambia su tamaño:
cuando se desatan las neblinas
ululantes y frías
por las estalactitas del alma;
o me acosan las sombras
del misterio.

También cuando me humillo
ante el Absoluto;
o se desborda el Chimborazo en mis pupilas,
miro el nacimiento de una flor,
el desnudo esplendor de Miguel Angel ...
palpo la fértil alma de Víctor Hugo ...
escucho al torrencial Beethoven,
al sensitivo Chopin ...
o cuando te miro
puntual al entusiasmo
y al júbilo de mi amor.

ENERO 5

Es verdad. Soy pobre,
y milito de pie en la intemperie social,
con todas mis costumbres y mis vicios.

Me levanto muy temprano,
en sigilo, como inédito,
para que no me sigan las sombras.

Encuentro las casas en el buen orden,
numeradas por mis recuerdos,
listas para su costumbre intacta:
saludar al pan, al trabajo y al sol.

Soy capaz de echar al viento mis sentidos
sobre vilanos de cristal y sonido.
Se van igual que una cometa
con sus convicciones, en mutación de fábula,
hacia la aurora más próxima,
como para nacer de nuevo
bajo el amparo de la libertad;
o para que se alberguen
dentro de campánulas de felicidad.

A veces me confundo:
creo que los pájaros son escamas sonoras
caídas de la noche en mi huerto,
o ángeles vestidos con túnicas de seda
que llevan en secreto sus flautines

para cantar a la luz.

Las montañas pensativas
patrullan en firme regimiento
los caminos rosados de Oriente
y el imperio azul de firmamento.

Llevo sobre los hombros y la frente
con gesto pertinaz de orgullo,
una bandera color de fantasía.

Aquella es mi fortuna;
y un granero de espigas
que entrego con afecto
cuando me miran hasta el fondo.

ENERO 6

Está mi pensamiento en la distancia,
más allá del crepúsculo,
donde la noche aúlla tan hondo,
y se precipitan las estrellas
al vacío,
rompiendo los espacios
crinados de misterio
y espanto.

Han huido de mí
y de las cosas inútiles:
sentimientos, afanes, emociones ...

Entonces me pongo frente a frente
con la soledad.

Le interrogo:

¿Eres un infinito desnudo?

¿Esponja de angustia
que absorbe la vida?

El tiempo desenreda los instantes;
me llegan por todos los caminos
más largos,
de los parámetros existenciales
más altos.

Se caen en mi silencio.

¿El alma del silencio
eres tú, olvido?

¿El alma de la soledad
eres tú, muerte?

ENERO 7

Me iré del brazo de esa nube,
que desbroza el tupido añil del horizonte,
y hace acrobacias
sobre el barroco de los nevados.

Los páramos me gritarán
con sus inmensos labios cataclísmicos
¿Quién eres? ...
Yo responderé arrojándoles mi memoria

cargada de colmenas rumorosas.

En ademán resuelto de soberbia
me desnudaré de los adornos:
mi capa de nostalgia,
la corona tenaz de los ensueños,
la sandalia exacta en los caminos.

Miraré pasar junto a mí
el viento en zancos de angustia,
desde el cauce musical de las auroras,
hacia el véspero caudal de los silencios;
la tempestad,
acrecida con el sudor de los espacios,
su grito húmedo de estragos,
sus múltiples saetas de frío.

Contemplaré el rostro insomne del abismo
con su anónimo rito de tiniebla;
los ictericos guardianes de la nada,
recibiendo incansables
los callados sacrificios de la vida.

Hasta quedar abstracto,
peregrino, libérrimo,
sobre la parábola insombre del arco iris,
junto al aleluya levísimo de un ave,
bajo el polvo elemental de las estrellas.

ENERO 8

¡Alonso Quijano! ¡Manchego ilustre!
Te encontré cuando miraba los ensueños
desde un alcor de la infancia;
y los caminos se pintaban
con insinuantes voceríos de distancia.

Rodeado del tiempo, eras
sito en todos los lugares,
cuerpo recto,
insaciable de aventura y quimeras,
codo a codo con la fantasía
y con el bien. Casi perfecto.

Altivo y firme, plomada y fiel,
obsecuente servidor de la verdad
constancia de dignidad;
caballero en Rocinante y clavileño,
lanza en ristre,
corazón blindado,
para desfacer la estupidez humana,
castigar desaguisados
de todos los follones y malandrines.

Ese derecho, tan tuyo:
de caminar libre por los senderos foscos,
de hípidas montañas los rincones,
para encontrarte con Dios
y la naturaleza pura.

Solitario y oscuro. ¡Nunca!
Porque estuviste
fanalizado por inmortal idea;
tu voluntad, huracán insombré;
tuviste corazón
y alma en Dulcinea.

Estarás hasta el finar de los siglos,
sublime desterrado por el mal,
siempre presente para el bien,
de todo hombre,
de nobleza espiritual.

ENERO 9

Me fascina el silencio blanco de una garza.
Parece estatua de nieve
junto al pequeño charco,
donde se desnudan amatistas asustadas;
copo de mármol
pulido por el viento;
ajuar nupcial
para alguna alga tímida
que hace guiños adolescentes
frente al caracol enamorado.

Con su cuerpo hace un punto suspensivo
y todo el paisaje se tiñe de tristeza.

Por sus pies va y viene lentísima ola,
y ella indiferente ...

Rozan sus plumas
los fríos violines de la brisa,
y ella impávida...

Debe tener la memoria original y diáfana
como al principio del génesis;
desdén henchido en la sangre;
cordaje de lirios pensativos
trepados en su médula;
y en sus axilas pezones cercenados
de estrellas extraviadas.

Esta garza es huesuda sonrisa de soledad,
que amordaza el paisaje.

Con el cuello curvado
me hace interrogaciones de hielo,
horada el sentimiento.

Y yo tengo mucha sed de alegría...

ENERO 10

Mi alma está llena de este paisaje.
Mirad mi cuerpo,
hecho de luna, yodo y brisa;
casi desarrapado, respirando alturas,
y con el mismo ritmo de la sangre

el borbotón de elementos tropicales.

Y si miráis mi espíritu, adentro,
veréis en él volcanes, valles, rumor de olas,
descendiendo de roquedal insobornable,
cascadas, ríos, huracanes,
golpeando collados.

Con la cerviz alta he vivido,
convivido, coestado, conmovido,
con el ímpetu vital de los Andes,
y del hombre ecuatoriano,
que quiere vivir para algo noble.

Me apropié esta geografía con amor;
hice de este paisaje propiedad exclusiva;
le consagré mi palabra –espíritu,
mi alma – sustancia,
mi emoción – excelencia.

Ella hizo posible mi sibaritismo
con sabor blanquísimo,
ademán de agua recién amanecida
y tacto musical de sonrisa.
Y este ostracismo en lares de fantasía
donde recibo la admonición de los luceros.

Por eso obro poesía vehemente.

ENERO 11

Desde la base del arupo,
(todo él rosado intenso)
veo el tiempo coposo de aleluyas,
el cielo abierto, serenidad austera,
como templo listo para una boda,
y el mundo, órgano colosal con teclas de luz,
que sonoriza la vida.

Me doy a pensar cosas bellas
y extrañas:
es muy posible que este árbol artesano
plasmase en sus ramas filigranas de rubíes;
o rosadas águilas vanidosas
recogieron estrellas desnudas
tupidas de hermosura para anidar aquí.

Por suerte me cupo
registrar en mis pupilas
toda su rúbrica de esplendor.

Mi cuerpo se mueve, mas bien se esparce,
por la fresca agenda del viento;
mientras voy, y me siento luminoso,
reparto mis ojos
por los rincones y vanos del huerto,
se detienen en la edición de sorpresas,
que amanecieron
con pinceles y acuarelas fosforescentes
para pintar mundos nuevos,
y palabras suavísimas de perfume.

Sigue mi pensamiento patrullando el éxtasis...
¡Que bien se te vería,
amada,
perennemente orlada
con la espuma rosada del arupo!

ENERO 12

El domingo disolvía un tiempo caduco y lento,
como para: “embarcarse y partir con rumbo incierto”...
Pero el viento, que gusta corretear a las gacelas,
cuesta abajo en los breñales,
nos invitó a viajar ...

Ella y yo en corto recorrido,
- nuestra bella costumbre –
riberizamos el río Chambo, hasta el Pastaza.
¡Oh, su irrefrenable deseo de grito!
¡El impetuoso remedo a la vida!
¡Y tan constante como el pensamiento! ...

Ella no sabe que en este río,
voy arrojando mis procelas interiores;
sin embargo, pongo las ilusiones
a la misma altura de las montañas.

La bella poesía de la tierra
flota sobre todo,
y nos asila dentro de su embrujo musical.

Contemplamos la niebla,
que va aplastando perdices de sombra
entre los pajonales.
El arco iris, gran collar de los Andes,
debería estar en el cuello de ella.

Su majestad, el sol,
deja su cortejo de bronces
sobre la opulenta blancura de El Altar.

En la tarde, desde un solitario otero,
un eucalipto hace la señal de la cruz
sobre el cadáver del día.

Nosotros, ebrios,
con el soberbio cromatismo del paisaje,
volvemos al cobijo de la ciudad amada.

ENERO 13

Medito... al filo de la tarde,
y bajo el cármemo llagado del crepúsculo.
Así es la vida:
sendero abierto a la distancia lúgubre,
hacia la posesión de ensueños fatuos,
al tiempo de un oasis que apaga las angustias,
a la isla verde de esperanzas,
en medio de pantanos y marismas.

O donde la Filosofía pone puntos suspensivos,
signos que intrigan
y seducen
hacia la fauce feroz
de un abismo sin fondo.

¿Qué voy dejando a mi paso?
Los cien naufragios del anhelo,
ojos lentos tiznados de paisaje,
células agazapadas que huyen del tiempo,
el índice definitivo del olvido,
que está mascándome la médula,
el nombre,
y todo.

Se romperán mis labios
inválidos al verso
y a la certeza de tu nombre;
el corazón no escuchará los adioses,
ni el temblor de los recuerdos
crecidos sobre el musgo del silencio;
las sienas en contacto puro
con la piedra lanzada desde el infinito.

¿Donde estará tu respiración
amada mía? ...
¡Confundida con el olor de mi tierra!
¿Y tu presencia?
¡Mecida y quizá germinada
por una lágrima compasiva! ...

ENERO 14

Doy testimonio:

La luna vino volando de loma en loma,
y al llegar a mi ciudad
se puso alegre.

Sentí en las calles
sus pasos de cristal extasiado;
oí su fatiga de diamante diáfano,
arremetiendo a la sombra.

Hilvanó con algodón de azúcar
las esquinas de los parques
y el dolor acumulado
en las ojeras del suburbio;
se sintió sentimental
con la pompa alegre de la juventud
y una romería de emociones
olvidada en las aceras.

Tenía olor de crisantemo
y de sahumerio brizado de añoranza.

Enmadejó con suavidad de seda
anhelos enfilados en las ventanas.
Puso sonido de violín y suspiros
en los labios con la edad del beso.

Se arrellanó largamente en las torres

para gritar que la belleza existe
luciente en la entraña de las cosas;
que el ideal
hace la sinfonía del espíritu.

Yo, tan ingenuo,
quise llevar en brazos
los atavíos candorosos de la luna,
volúmenes de su luz bienaventurada,
para colmarlos en los ojos de Ella.

Me quedo con el pensamiento ...
¿Qué haría la luna sin mi ciudad
y sin la sonrisa de Ella?

ENERO 15

El día yace en destemplanza,
como hoja caída sobre arena yerma;
o el fugado bostezo de mi perro
recostado bajo la sombra;
o el finar de un recuerdo
que no me pertenece.

Un aire escombrado en gris
lame las horas ácidas,
chorreantes por las ventanas baldías;
se acumulan en los corredores,
en la alcoba ...
vacíos ...

en el libro que ayer leí,
en la máquina de escribir ...
desvanecidos ...

El pensamiento en desazón, deshabitado;
es araña color de ceniza,
con sudor displicente;
se cuelga de mis pestañas.

Soy propiedad del silencio,
me anuda las sienas,
las manos,
la angustia.

Tu ausencia me mira
con ojos de humo sin tiempo,
de máscara abandonada;
me interroga con oscuros ecos de soledad,
idénticos a golpes dados
a una estatua hecha de crepúsculos.

Oigo tenue garúa
más acá del alero
de la vida.
Es la tristeza que escruta mi nostalgia.

ENERO 16

Pueblo mío,
forjado en el cráter de los volcanes

para ser inmortal.

Te busqué desde las alas del gavilán,
en las distancias de la Historia,
en la espesura del delirio,
en los ojos del recuerdo.
Y encontré que te llevaba dentro,
haciendo mi palabra jubilosa,
- amapola que canta –
mi madrugada fragante
a viento de cordillera,
delicia frutal de surco y de pradera;
mi grito de orgullo plural
convergado al infinito,
bandera para revolotear el universo,
pañuelo grande para el llanto.

Hoy recibí tu abrazo,
hicimos la geometría perfecta
de la amistad riobambeña;
escuché tus pasos
incontinentes hacia el futuro,
el dolor del pasado en mis sienes
como en cataclismo.
Bebimos en el mismo vaso
zumos de sol,
pócimas de raíces simultáneas.
En el pecho sonó revolución de estrellas,
la sangre se hizo resina para ilusiones.

Te confieso:
tengo sed sin tiempo para lágrimas,

hambre de espacio sin miserias;
anhelo clima en itinerario a la verdad,
el tacto pertinaz de la belleza,
quiero fatigarme para el bien
flamear pabellones de libertad;
para dárteles en clave de gloria.

ENERO 17

Amigo:
tráeme tu tiempo iluminado
para combustionar los rubíes
que tienes en la frente.

Tráeme tu sed de abismos,
almendras de eternidad.

Juntos escanciaremos agua liviana
para la fatiga en hispídeos senderos;
haremos surtidor de bálsamos azules
donde el sollozo nos escombre la vida.

Iza sobre mis manos
la estatura mínima del eco
ceñido de luciérnagas,
y el langor buido de tus ilusiones
en arboladura de centellas.

Como en domingo de fiesta,
compraremos asombros

para engalanar la sangre
y moldear la floresta del alma.

Habr  estallido de jades
en beligerancia con la sombra;
jolgorio de fósforos y bengalas
aplacar n el hollín de las noches.

Amotinaremos emociones
en la holganza toral de los paisajes;
veremos indumentadas de rondalla
las mujeres, los niños, los  ngeles,
en el jardín oculto de la fábula.

Si tú quieres,
con el amistoso cordaje de una guitarra,
desnudaremos la fragante anémona del verso
y puede suceder,
que ignoremos la finitud del humo,
que nos acosa pegado
en los espasmos de la carne.

ENERO 18

 Hoy te escuch  Carlota Jaramillo!
Almiranta de la dulzura
anclada en la suavidad de la Patria.

Y te sigo mirando,
coronada de nardos inmortales,

sobre celajes con soplo de palomas.

Oigo tu canto hecho de brisa niña,
escandalizando a trigales
en rubio adolescente.

Sonido de alborada
en sigiloso tránsito hacia el rocío,
al gorrión y a la flor.

Suspiro de caracoles
en ribera de espuma, balbuciendo arcanos.

Ala en estribor de nube blanca,
tañendo fábulas
para reposo de estrellas.

Pluma que desgarrar el aire
para dar paso a la inleve
querencia de gardenias.

Vilano ceñido por vendaval de ternura
puliendo la transparencia del relente.

Toda tu: estambre musical
en tesitura de levedad y trino,
clamando al amor,
a la esperanza,
a la vida.

Tersurado dolor del pueblo
bruñido con sollozos de niebla

y fragancia de alma sensitiva.

ENERO 19

No lo puedo esconder. Me estoy volviendo viejo
y el crepúsculo del día es mi mejor espejo.
En él surge la sombra, se proyecta el abismo,
y todo lo remoto está conmigo mismo.
Sin embargo tener un dolor soterrado,
jamás fui vencido, sumiso o encorvado.
En mi silencio siento que hay algo que solloza
como brisa encallada que en pavidez se empoza.
Arrojé sobre el viento mis anhelos y espero
eternizarme en él, pulquérrimo, altanero.
He sido cual la roca que ante el sol se desnuda
y mientras más le azora el huracán más se ruda.
Es verdad, lo proclamo, sonorizó en mi oído
la ilesa dinastía de un lucero encendido.
Por aprehender su lumbre la noche me ha encontrado
entre la soledad, de afanes atizado
fue mi cuerpo vertiente de borrasca absoluta,
mi espíritu vitral, mi palabra voluta.

Mis labios abrevaron hontanares cimeros,
y entre las sienas tuve enjambres agoreros.
Pero miradme ahora, la tarde me ha vencido,
tengo la piel ajada, el corazón baldío.
Me he de morir tranquilo. Presiento que el silencio
me hará un punto cautivo y en la sombra suspenso.

ENERO 20

Viene el viento desnudo
con aliento de vidrio siempre renacido.
Con pies de algodón pisa el agua.
Y queda un ángel pensativo
sobre la piedra desollada

Trae los ojos del tiempo,
son ascuas transitivas,
listas a incinerar los espacios.

Con espadas multánimes de filo
degüella el ocio verde de la fronda,
el terciopelado orgullo de la flor,
las estatuas bronceínas de las campanas.

Su jubiloso triunfo sobre las cenizas
y los rescoldos húmedos,
sabe a sal de secretas levaduras,
a presuroso enjambre de dulzainas.

Rescata la soledad
amurada por el dolor
y el silencio;
es el coplero de añoranzas,
presagio siempre listo
a la buenaventura

ENERO 21

Con osadía desmesurada,
el colibrí
llega con plumaje de espejos
para reflejar el arco iris
en la holganza perfumada del jardín.

Hace jolgorio de ángeles sedientos
en los vinos añejos de campánulas.

Porque es mozuelo escurridizo,
juega la rayuela con un moscardón
sobre el regazo de una nube;
hace piruetas con cuerdas invisibles;
lucha de igual a igual
con gorriones flemáticos,
en la disputa por cínifes
querenciados en almendras de luz.

Ubicado en los hombros del capulí
reverencia, burlesco a la brisa,
a la rana ojerosa
oculta en buhardilla de espuma;
y se aleja hacia lejanas
hosterías de miel.

ENERO 22

¿Para qué el grito
por el que quiero fugar
de este incendio de angustias
hasta el arcano?

Si ya el tiempo leyó mi sino
en naípe gastado en la intemperie;
sorteó mis espantos y asombros.

¿Para qué esconderme
disfrazado de sonrisa;
a mirar con lupa hialina
mis deseos?

Si el dolor afila su aguijón,
en lo más blando de la médula.

¿Para qué poner trampas de insomnio en la sien
para comprobar el rescoldo del recuerdo?

Si el insomnio corta los élitros
del ensueño,
acrecido en arquitectura de nostalgia.

¿Para qué la rebeldía
a la altura del ceño enhiesto?
Si es verdad la carcajada
y el vaho desteñido de la tristeza.

Miradme: ciego,
tengo resaca de relámpagos
en el revés de los ojos,

la euforia de mitos lacerados
en el alma.

Sin embargo bienvenidos a mí:
el eco del arcano,
la sonrisa que hace el recuerdo,
los ensueños aleando sobre los deseos.

Incluyendo los asombros,
la nostalgia ...

¿Mitos?
¡Atributos del hombre!

ENERO 23

Donde encontrar el camino de las luciérnagas,
la magia silenciosa del trébol,
el olvido huidizo que practica el pez,
el corazón antiquísimo del agua,
el monólogo de la espuma,
los ángeles que agitan el viento,
la ufanía exultante de las flores,
el busto tersurado de las frutas.
la multiplicación secreta de la espiga,
la asfixia vertical del sol,
la sinfonía fugaz de la alegría,
el éxodo tiritante del silencio,
los raptos voraginosos del odio,
el fermento original del amor,

la historia veraz de la razón,
la vibración primaria del pensamiento,
la armonía del sol con la música,
el porqué del infinito,
el final de las cosas,
la sustancia indómita de la muerte,

¡Oh, esta ansiedad nutricia
propia del hombre!

ENERO 24

Si...

Tú ...

Migras a las pestañas del musgo,
para arpeggiar con pulso de violines
su gratitud al relente ...

Rescatas los vestidos azules
del párvulo arroyuelo viajero,
que va en bajel de espuma,
para rondar
la fragancia ubérrima de las praderas.

Escuchas los contrapuntos dorados
de los jilgueros con las flores
en las querencias
arboladas del jardín
y los arriates.

Ves la voluptuosidad tremulada

de la espiga altanera,
bajo la blusa multicolor del viento.

Desanudaste el sueño del pez
cuando traslada a sus pupilas
profecías de luceros apacibles.

Pusiste aleluyas
obsedido de arquitecturas hialinas
en las montañas andinas,
oriundas del gozo cósmico
con proa al liviano esplendor del horizonte.

¡Si tú eres así ...!
¡Yo te saludo!
¡Poeta!

ENERO 25

Si ...
Tú ...
Oyes el pulso de tu sangre partida
con compasión y ternura,
brumado con la sal amarga del llanto
de una mujer que perdió su hijo;
y encuentras la página del cuaderno
anónima, desvanecida como niebla.
Sabes que el llanto es mármol desleído
para escribir el epitafio de los buenos.

Anocheces, súbito, junto al corazón del pobre,
en sus frías soledades sin mudanza,
llevas contigo clamor de súplica
doliéndote la memoria ya sin tiempo.
- Comprender el dolor ajeno
es noble forma de vivir
y de morir -.

Sientes quemazón de azogue
al estrechar la mano del labriego
acribillada de lluvia, sol y luna,
y un olor de pacto
con el surco, el fruto y la simiente.

Tienes cita con los abismos del hombre,
donde su sentimiento es trueno,
su pensamiento rebota en el infinito;
y eres toda elegía
para cantar sus fastos y alegrías.

Llegas como soplo de luz
y desmoronas de ternura tus células
ante la hermosura de la mujer.

¡Si tú eres así!...
¡Yo te proclamo ¡
¡Poeta!

ENERO 26

Si ...
Tú ...
Estás exiliado
en cúpulas de esplendor,
multiplicado de asombros y belleza.

Saboreas las savias genésicas del universo
y orbitas con sus vértigos
los cauces del misterio.

Invalidas la sombra
con la maravillosa profecía de tus sienes;
y aunque la tiniebla ulula,
y jadea el caos,
tu palabra semilla campanas de excelencia,
musicaliza en los espacios
las albas y los ocasos.

Engendras, creas y recreas
designios de esperanza,
horadando estupores de energía,
amaestrando la materia,
purificando los instintos,
exultando el pensamiento,
con los relámpagos del espíritu.

Llegas solemne,
transparente,
descubierto tu destino de cirio,
- aunque solitario –
al parpadeo de la verdad,
de la belleza,

del bien.

Al beso de Dios.

¡Si tú eres así!
¡Yo te bendigo!
¡Poeta!

ENERO 27

El sol olvidó adrede
sus panojas de oro
en el barranco silvestre;
con bravura de fauno amarillento
agobió los brazos delgados del sauce;
solitario no hacía otro gesto
que chorrear su sed en el arroyo,
y en los oídos del gorrión,
que no terminaba de desperezarse.

Gasté la mañana vestido de camarada
para que me reconocieran
la abeja, la golondrina, el viento,
y derrotar juntos
al silencio triste del domingo.

Los instantes, en pacto con el frío,
estiraron sus brazos larguísimos de tedio
sobre las jorobas baldías de las colinas.

El perro dormitó en la orilla del ocio
donde anuda el cactus
la hirsuta cabellera del aire,
para impedir su aventura cotidiana.

La tarde me miraba acechante
por el ojo de la cerradura;
me defendí fugando
por el pentagrama
multicolor de Vivaldi.

En la noche, la luna
condecoró de nostalgia a la tierra,
derramó besos de escarcha
sobre mi casa tiritante.

ENERO 28

Munificado por gozo mañanero,
moví oráculos del trébol,
que engreído aromaba a las brisas de enero
en la mullida espectancia del parque.

Caminé, calzado de algodón sigiloso
para no alborotar a las magnolias,
que inocentes ostentaban senos adolescentes.

Temerosa la respiración,
para no interrumpir el reposo del árbol;
yo vestido de rosado ufano:

el calcio, la médula, el pensamiento,
para que la alborada me confunda
con su brújula de azúcar nacarado.

Súbito el paisaje con arrogancia de cumbres
y trompetas de platino bruñido,
bajó hasta mis sienes.

El sol de la mañana reconoció mis labios
con ojos de amistad fiel y perfecta;
me conminó a hablarte; y hablé,
vaciando la totalidad del alma,
con palabras combustionadas de emoción
y estrépito de catarata ternurada.

Tú y yo, casi invisibles,
circundados de música blanquísima:
conjunción de sonrisa,
chasquido de diamantes,
euforia de jilgueros,
claridad de pupilas,
con reflejos de fábulas inquietas.

En las manos
la relumbrante digital de la ciudad
con peso de cristal sensitivo,
escultura de la delicia,
dúctil a la excelencia
y a la ofrenda de la vida.

ENERO 29

Enero descubre su talante de fruta.
En sus días las nubes besan los hortales,
bullen las golondrinas,
arrastrando nítidos cristales
a los árboles irisados de plata y esmeralda.

Yo pronuncio ¡Enero!
y se me hace ágil la voz;
puedo medir las formas de la vida
con la blanca sonrisa del gladiolo,
la fina identidad del rocío
y el cabello flavo del maíz
que rebasa
la jubilosa turgencia del surco.

La brisa es una niña encantada:
corretea suavísima
sobre el verdín del césped,
arrastra mantón tejido de perfume,
una música liviana
traída en clavicordios del cielo,
multiplica, como en el génesis,
el nacimiento de la luz
y el precioso amarillo del jilguero.

De los labios del tiempo
respiran los nidales,
se dora la ágil novación de las colmenas,

el campesino
mano a mano con la esperanza,
camina sobre espejos cordiales.

Yo me delato ensanchado y altísimo
ante Riobamba
y su ruidosa vocación de amor;
creo que llego relampagueando dicha
a mi ciudad amada;
y ella entra pura en mí.

Mi corazón es una sortija
para circundarla íntegro.

ENERO 30

Tienes entre las manos un libro
y Bécquer te sonrío,
en una esquina del tiempo.

Un suspiro golpea el cristal de la ventana
con aleo de “oscura golondrina”
y el ambiente odoriza
tupida madreSelva.

Las “Rimas” navegan en tu frente
que se tornan azules como el mar;
en el alar de las pestañas
una lágrima pendula estremecida;
y un ángel de dulzura

se ha posado en tus labios.

Es verdad,
que “ un himno gigante y extraño”
derruye el silencio de tu alma;
verdad, la cadencia de ensueños,
de afanes del alma,
pensamientos heridos de distancia.

Todo es poesía,
lozanía del verso,
palabra hecha de jardines
y peces domesticados
para un idilio blanco.

Después, cierras el libro
para que no escape la belleza,
y tal vez un nombre amado.

Afuera te espera total heliofanía.
Envías un saludo a la vida,
al tesoro profundo de las cosas,
porque sabes
que “poesía eres tú”.

ENERO 31

Desde mi absorta arquitectura alucinada,
- balcón de siempre –

álzome revestido de plegaria y de grito
para redimirme de escombros
yacentes en mi desolada sensibilidad.

He sido singular en la plural vertiente
de ambiciones y anhelos:
no más que una espiga de ilusiones
en posesión gozosa de alma;
- pan de mi voz –
y llevar cautivo en las manos
un pensamiento de alas transparentes
para dar a las gentes
sencillas como yo.

En cierto modo absurdo,
- me ruboriza –
pretender la silueta huidiza de la belleza,
amar el litoral exúbero de armonías.

- ¡Oh, estas sed y hambre incesantes! -

Por mi oficio de episodios viajeros
pasaron los instantes anquilosando siglos
de una extraña nostalgia,
y el soplo estremecido de la duda
con sus amplios desiertos
y pantanos estridulados de duda.

Es por esto. Miradme
en descuerpo vencido por la nada.

Escuchadme como plegaria o grito:

denuncio las hondas cicatrices
siempre resurrectas en las ojeras
oscuras del espíritu.

FEBRERO 1

Ahora, que estoy solo, te diré, yo te amaba
con el terso silencio que tuvo mi cuaderno
donde escribí cien veces tu nombre hecho de música
y con el tacto frágil de la palabra Dicha.

Te amé, es verdad; y fuiste la muchacha más bella
vestida de uniforme y que todos ansiaban;
yo quería decirte ...Mi voz se me truncaba
en el sencillo límite de la amistad blanquísima.

Tal vez si te encontrara, como anoche en el sueño,
te entregaría un nardo hecho de primaveras
con el lento perfume del recuerdo, y las señas
del secreto dolor inexhausto en las sienes.

Quizá tus manos juntas, en devoción perfecta
a la luz y a la vida, borrarían distancias
donde tu adiós fue inicio de la sombra estragante
y la soledad puso neveras de silencio.

¿Dónde estarás ahora? ¿Cautiva en el sagrado
límite de las cosas? ¿En el minuto eterno
del tiempo y el espacio ...
y se infinitan mustios los dioses del arcano?

Es verdad, te recuerdo. Te sufro en este día ...
Reestreno la ternura pronunciando tu nombre.
Eres mi ayer, mi infancia ... Detrás de la ventana
Busco mi alma. Hace frío. Me lloviznan los ojos.

FEBRERO 2

Jorge ... Mario ... Nelson ...
Te circumspectas imantado de arcanos.
Te inflamas, porque es suceso
como estallido del sol.
Te afanas en respirar distancias;
ser montaña, huracán, río,
o brújula segura para el viaje
por túneles flotantes del ensueño.

Arde el pensamiento con cristales ignicentes.
Has escuchado un millar de relámpagos,
que sólo la palabra – sopro divino –

los puede aprehender en cofres musicales.

Como el “fiat lux”
lo tuyo es “fiat belleza”
en constancia de verso,
con delirio de espacios anclados en abismos,
y con altanería de cimeras azules.

Tu poesía afina el cosmos,
y es zumo de vida
sorbida gota a gota
en pomos de tiempo ustorio.

Es simiente inmortal
lanzada en gándara de historia,
en la girándula febricente
de la humanidad,
que te sigue implacable,
te disgrega hasta la última célula.

Ya sin rescate
te encierra en campanas transparentes,
que suenan hasta desorbitar tu nombre.

Después de tanto estrago,
sientes que se ha salvado tu alma
con el pacto sonoro del universo.

FEBRERO 3

Insomnio: evasión sonámbula
por humo ingrávigo de interrogaciones,
nube bárbara sobre sien encabritada,
índice de espanto sobre cabello hirsuto.

Día – noche, luz – sombra,
rutina – sobresalto, espectancia – angustia;
resonancia universal del devenir perpetuo,
desde el átomo mínimo,
y el pensamiento, valor supremo.

Insomnio: luciérnagas fugaces disonantes
en círculos de espejos cóncavos;
anhelos, ilusiones, amor, esperanza,
tragados por huracanes sin brújula;
la carne vencida,
convoy con hélices herrumbrados sobre ella,
agredida por taladros de abismo.

Todo es agresivo:
los instantes, ascuas larguísimas,
la noche, crátera para incinerar párpados,
la idea, más simple,
burbuja acribillada por dudas.

¡Oh, la conducta social!
Agujas finísimas, herrumbradas de maldad,
entre breñales de la sinrazón,
ventisqueros del absurdo,
roquedales bravíos gravitantes en el cerebro,
en la memoria, ya sin límite,
en la conciencia, ya íngrima;

gritos colgados de la nada,
semaforizando tempestad de presagios lúgubres
contra el valor profundo del hombre.

¿ Y tú? ¡Blanco aldabonazo en el alma
de la última estrella,
para salvar la alborada!

FEBRERO 4

¡El pobre!
Modalidad de mendigo,
tullido por la angustia,
voz con mordedura permanente
en la esperanza mínima: un pan.

Sin trabajo,
es decir, caído de bruces,
sin derecho al futuro;
es decir, obligación de seguir viviendo,
en silencio;
resignación encallecida en el alma.

Hambre, detrás de la alzada de hombros,
tuberculosis, disfrazada de frío,
tugurio con oscuridad de soledad
y de ignorancia.

Buscar trabajo ...!Sí!

Andando bajo el sudor ya sin sal,
luchando contra la vergüenza, ya sin color,
machacando las aceras con los ojos,
zurciendo el vestido cada noche
con el interminable hilo de pesadillas.

Afuera, letrero grande, iluminado,
técnica de punta,
con letras último modelo:
“Se necesita empleado”,

Adentro: sé ... cumplidor,
Silencioso,
sumiso al gobierno,
al Partido, al jefe ...

Además, oficina adentro, la burocracia
“mala onda”, genuflexa ante las mentiras,
y donde la economía = coíma, corrupción,
la moral, caldo de letrina.

¿Y los valores del pobre?
¡Modalidad de mendigo antisocial!

FEBRERO 5

Tiempo de dolor en el reloj de la burla,
política pirata sin brújula,
incendio en que jadea el insulto
sobre ceniza húmeda del pueblo.

Desde las antenas del Palacio
¿Museo de fantasmas? ...
Cada palabra bomba explosiva,
metralla de hongos venenosos,
taladraron la buena fe,
la esperanza ingenua,
asesinaron la verdad,
el honor.

Por sobre el País olor a baba pútrida
de ratas con vientre inflado de azufre,
paridas en la placenta inmunda
de camellos con cara sarnosa;
estatuyeron la garra corsaria
abordaje con escorpiones parásitos,
mordieron la savia profunda de la Patria,
para ahitarse de locura y orgía.

Tráfico del disparate,
derroche de pústulas
ante el estupor de los humildes,
y el horror de los honrados.

Los emblemas desteñidos de vergüenza;
trabajadores con sus costillas rotas,
intelectuales con las sienas trizadas.

Y sin embargo ... Por fin.
La cólera santa de los buenos,
torrente irreversible,
hizo triunfar la dignidad

y la soberanía del pueblo.

¡Salva, oh Dios
a mi Patria!

FEBRERO 6

Hijo. Si eres yo mismo ----- Amor.
Simultáneo en adorar a Dios ----- Hosannah
lealtad a la Patria ----- Gloria
respeto a la humanidad ----- Paz
abrazo al humilde ----- Justicia.

Nacido y renacido
en cada pensamiento,
en la ternura recién usada,
en las campanas amanecidas
para la luz y la vida,
en la letra para inscribir emociones,
en el número para coleccionar la dicha,
en la sabiduría para el ascenso a cimas.

He besado tu piel con humildad;
pero muy adentro, cuando el dolor
te vulneraba;
en el vértice del alma, cuando la fe
te poseía de infinitos.

Tú, mi espejo de primaveras,
ventana para mirar el sol,

agua para absorber la bondad,
fasto para dilapidar entusiasmos.

Yo, soy el mismo ... soñador,
aunque, tu sabes ... he caminado mucho,
con la sangre herida por el tiempo,
por donde ascendieron los fracasos,
esta tristeza fluyente, ya sin riberas,
gritos de añoranza en la memoria.

Biografía mínima.

Y tú, acrecido de sucesos cardinales,
amistad savial con los seres y las cosas,
traduciendo novísimas verdades;
dialogas de igual a igual,
en voz altísima,
con la transparencia del futuro.

FEBRERO 7

A veces. Uno quisiera:
Enredar en las pestañas de una estrella,
o el relámpago que estalla en la montaña,
horadando el espacio,
para buscar la verdad.

Arremolinar dentro del corazón
la convulsión azul del mar,
comprimir los organillos del árbol,

para cantar a la belleza.

Poner en los labios
el infinito rumor del viento,
los orgullos purísimos del agua,
para dialogar con la naturaleza.

Arrimar en los brazos
el peso universal del tiempo,
la fuerza irrevocable de la vida,
para derruir la sombra.

Saber que las madres
no mueren nunca,
y están como lámparas
en todos los dinteles y senderos,
para ahuyentar el dolor.

Estar subido en el Chimborazo,
cabe el Índice de Dios,
para verle fraguar la bondad,
la poesía y el amor,
y recrear las cosas del Gran Todo,
como en el Génesis.

FEBRERO 8

Toma mi palabra,
para que mires mis adentros,
el habituado ensueño

recorriéndome como joya,
los espacios del tiempo bueno
y acuciando el pensamiento.

Suena con rumor de cometa
cuando navega en la alegría
de las tardes teñidas de junio.

Deliberadamente se uniforma con cristales,
para merecer la venia del paisaje;
pendula desde la Rosa de los Vientos
al redondo paladar de la luna.

A veces se parece a San Sebastián,
teñida en rojo con sangre de dolor.

Se instala en la inmediatez de Beethoven
y se sumerge en marejada de alegrías cósmicas.

Está encadenada
a la estatua inexorable de una estrella,
que la imanta desde lejos,
y no la puede alcanzar.

Bisbicea junto al caracol,
ante la vigilia de las luciérnagas,
donde la niebla apacible
limpia las tres pupilas del trébol
y el prodigio sonoro de la menta.

Ama a todo el mundo,
con la misma intención romántica

del abultado ojo del pez
metido en lupa hecha de espumas.

Bullanguera de luz y sentimiento,
forcejea con el vacío,
y con ramo de fantasía por delante
se aposenta definitiva
en tu sonrisa.

FEBRERO 9

Hija...No sé como pronunciar tu nombre ----- suave
con emoción sonorísima----- música
oleaje repleto de fulgores----- estrella
júbilo de palomas en alero de espuma----- alba
curva de ala en azul hialino----- vuelo
beso de brisa en joyel de pétalos----- lirio
pentagrama de mi canto----- poesía.

Quisiera detener el tiempo,
develizar ante ti mi alma
conversarte, por ejemplo,
mis batallas con la sombra;
o cuando entraba de puntillas
en el silencio
para entregarle una lágrima
y aquellas cosas que se anhelan,
mitad esencia de ensueño,
y otra, ese lento perfume de nostalgia.
Enredadera en el recuerdo.

¡Mira mis brazos que te acunaron!
Por ellos se ha deslizado el tiempo
como nube que corre a la distancia,
olvidando la alegría de la alborada.

Mira mis ojos,
donde señoreas junto a la luz;
allí ejercita su opacidad el otoño,
y el ritmo frío de la lluvia.

Mira mis manos, en cuyas grietas
se acumuló la soledad;
pero también frutecieron
espigas de astros y rocíos
con el tacto de tu bondad.

Las voces del silencio
rasgan mis labios;
y aumenta la evocación de enigmas.

Solamente clara y transparente
tu existencia poblada de ternura.

FEBRERO 10

El mal conduce a la nada.
La noche engendra la tiniebla.
La mentira escupe fuego.
La soberbia crucifica la fe.

La fuerza oprime la inteligencia.
El odio mata la bondad.
La ignorancia degenera la verdad.
La duda flagela la conciencia.
La vanidad saquea la dignidad.
La traición abate la seguridad.
El vicio enferma los sentidos.
La ambición inutiliza la paz.
La injusticia envilece el alma.
El crimen oprime la inocencia.
El egoísmo enluta la amistad.
La avaricia desgarrar al pobre.
La ingratitud atemoriza al mundo.
La hipocresía empaña el sol.
La corrupción es podredumbre social.
El olvido y la soledad
pactan con la muerte.

Bendito el amor claro y limpio
porque el amor salva al hombre,
le ennoblece,
le dignifica
a semejanza de Dios.

FEBRERO 11

Señor. Mi plegaria es sonrisa
alegre de mis células
en los instantes de festejo universal.
Oído listo para la sinfonía cósmica

y el saludo con todos los hombres.
Párpados abiertos para la ilusión,
y contemplar luz de alboradas,
la ronda soberbia de las montañas.
Carne dúctil al tacto y al perfume
desprendido de los seres;
la blanca esfinge de las cascadas,
las verdes fogatas de los bosques,
la geometría horizontal de las praderas.
La boca en brindis, gesto clarísimo,
sorbando los sabores,
dulcificados con la madurez de abril,
con la palabra envuelta en relámpagos
que hablan de júbilo y amistad.
La piel saturada por los sentidos
a flor de emociones y sorpresas
lista para aprehender la existencia,
la vida en sus múltiples formas
y expresiones: punto, línea, vibración, ...
dándose en multiplicidad de pureza.
El pensamiento y la razón adelante,
en estallidos de armonía,
nutridos con la maravilla creada,
y todo lo que puede ser,
previsto y develizado por la fe.

¡Oh Dios, Constructor Supremo!

FEBRERO 12

Señor. Mi plegaria es llanto,
zumo de alma,
moneda en ofrenda de lo profundo
mezcla de dolor, y negaciones, y caídas;
espejo perfecto y completo
para mirar mi limitación,
comprender mi pequeñez,
hacerme solidario con la tristeza
de la piel olivácea
y los ojos grises de los pobres;
aquellos que existen ...
como olvidados al margen de todo.

Es mi nostalgia de algo mejor:
Belleza, bien, verdad.

Tú sabes. Ante Ti,
he llorado cien veces por mis culpas,
miserias de mi carne;
y por las culpas y dolores ajenos,
miserias de la historia.

Ah, los desvanecimientos del espíritu;
las caídas de la sociedad,
vaciedad y locura;
esta ansiedad de encerrar en el cerebro
nuevos mundos, realizar maravillas,
inalcanzadas aún.

¡Sed. Hambre!
Y estas heridas exhibidas en mis desiertos.

¡Oh Dios de los arcanos!

FEBRERO 13

Señor. Mi plegaria es grito,
elegía de cataclismo interior,
tal vez rebeldía
de sangre derruida por el miedo,
de médula tremante en calofrío de espanto,
y los golpes de la duda,
de la naturaleza,
que a veces no las entiendo,
pero que hieren, hieren ...
garfios y cadenas de un destino
escenificando la tragedia
en el plafondo de mi tiempo,
de mi espacio,
que me empujan por senderos inéditos,
me arrastran y sacuden inexorables;
aunque yo con escafandra en el ahogo,
con disfraz en la vorágine.

Tú lo sabes ...Por ese grito
ha trepado todo mi ser,
para otear las distancias del infinito,
las profundidades del pasado,
llegar a los abismos,
descifrar sus misterios
convulsionar la muerte
y la nada,

y ...
para mirarte y adorarte mejor.
¡Oh Dios de mi dolor!

FEBRERO 14

Señor. Mi plegaria es tumulto,
diástole, estupor, tempestad, fiebre,
muñón de libertad ingenua
retorcido por los instintos,
fulgor de pasiones desbocadas,
que miden mi cantidad de cinismo,
desnudez,
despetalando
hasta el verso hirsuto;
constancia del error,
cascadeando marismos impredecibles,
por gárgolas de carne;
dentellada de la mentira
en la aorta más sensible;
altamares abstractos
arrugando los mármoles de la razón.

Todo esto que ya no alcanza
a resistir mi cápsula vital,
desborda los pomos sensuales,
las celdillas hialinas del pensamiento.

¡Oh las interrogaciones
con las que debo pensarte!
¿Porqué el dolor y la finitud?

¿Las hondas agonías de la materia?
¿Esta existencia forrada de desiertos?

¡Oh Dios de misericordia!

FEBRERO 15

Señor. Mi plegaria es humilde
palabra sonorizada por suspiro,
ceniza minimizada hasta célula
y átomo pulcramente doblado de rodillas,
y la espalda vencida a tu designio;
presencia de carne sumisa,
temblándome de frío
hasta la última arruga del calcio,
las heridas obligadas en las tardes,
golpeada de silencio solemne;
soledad en la que me extravió,
me pertenece,
está antes y después de mis manos
de mis anhelos.

Esta realidad de existir en luto, a la vez
con abalorios y entre candilejas
dentro del manubrio fuerte de la energía,
el torrentoso desborde de la materia.
Arena dentro de la clepsidra del tiempo
burbuja en el oleaje del espacio,
en devenir perpetuo:
transformación, existencia, muerte.

El pensamiento haciendo vértices
senderos, lampadarios,
en ceremonial blanquísimo,
donde está tu bondad
y tu índice de cielo inexhausto,
y porque mediante él
siento el tacto de tu inmensidad,
el insoportable brillo de tu luz,
el caudal de la esperanza.

¡Oh Dios inefable!

FEBRERO 16

Conversé con el agua
en el mismo lenguaje de serpentinas azules.

Nuestra amistad invulnerable
es como la unidad
de la alborada con el gorjeo.

El agua al caer de la gárgola a la pileta
en sucesión de parábolas ágiles,
y rumorosas,
inventó joyel de perlas chispeantes
para bucear la transparencia;
escuadrones de estrellas purísimas
en balandras de espuma,
perseguidas por fetiches pulquérrimos.

Yo, aludido,
bajo la dignidad usual del limonero,
incliné mi colección de emociones hacia el agua,
lancé a su frescura
mi nombre envuelto en puñado de hojas,
y un haz de pensamientos teñidos de dicha,
también en parábola de poesía:
sílabas, palabras, canto ...

El agua pura, agua danzarina,
femenina,
desató ante mí
el pío folklore de su frescura.

Para mí,
su voz ternísima,
sus consagradas sílabas de alabastro.

Yo, ufano,
me miré en ella...
¡Oh, sí. Resplandecía!
Como ardiendo de íris.

Estaba del lado del alba,
con el sol en la frente.

FEBRERO 17

Por el cristal de la ventana
se ahuyenta el crepúsculo

fatigado de distancias enlutadas.

El silencio gotea vertical
desde estalactitas de tristeza.

La soledad escupe
los instantes diluviados de frío,
sobre herrumbrado desierto cóncavo.

En el dintel de la puerta
bostezan las arañas malandrinas;
en la calle sonámbula la pobreza
apacienta todas las miserias.

Más allá de la noche,
torrenciada de tiniebla,
la muerte aúlla eternidades.

Mi alma lame las heridas brillantes
de una estrella lejana.

FEBRERO 18

Le encontré en la calle,
en la sucia realidad social.

Le delataba su cuerpo
de adolescente abandonado
y sólo; con su mirada
de ojillos grandes, negrísimos,

sustanciados de noche;
labios delgados con palidez de espanto,
la perfecta mueca del hambre
y el sobresalto;
suspiroso el sonido mendicante;
manos como pocillos
aptos para cariciar la miseria.

Solo, al filo de los días,
donde las fechas no existen,
y la angustia – molino –
tritura los instantes;
entre la vida que se desborda por las esquinas;
- rueca de la ciudad –
perdido en los vacíos del parque,
en los mercados
donde la bullente tripulación
siempre vendiendo, comprando ...
honor y vergüenza incluidos.

En la noche,
sorbido por la sombra de algún conventillo,
o tugurio, también ajenos,
donde cambiar el asco,
inmerso en el humo del olvido
y en la baba del lumpen,
que ciega el alma.

Intenté comprenderle
sito en la sal de su retina.
¿Monedas? ¿vestidos?...

Quería con ansiedad suprema,
¡Cariño!

FEBRERO 19

Alma afuera: derroche de emociones.
Nocturno en mi huerto,
donde el deletéreo perfume
de los árboles acrece;
y las sombras – lianas de túneles siderales –
usurpan los tibios besos de la luna.

A mi paso tañe la menta en cordajes livianos
para guiarme al fragor
de su dulzura añeja;
el viento, rastracuero, pasa
sobre las margaritas semidormidas,
arellanadas en colchón de césped.

Está bien la invisible ofrenda de la naturaleza,
y es buena mi amistad con la noche;
y sin embargo un extraño dolor
me busca, me acosa, de puntillas,
levísimo me encuentra
dentro de la carne taciturna,
que está más delgada y fría que el suspiro.

Veo pasar el tiempo
ataviado de ceniza luminiscente,
con ruido de río prisionero en las sienes,

me grita fechas pretéritas,
dulces nombres llagados de secreto.

Llega y señorea la añoranza,
solemne estatua en vilo de tristeza,
que naufragó en vitrales del olvido.

Yo camino de espaldas a ella,
sin mirar a la luna, a las estrellas;
sin embargo confieso mi envidia
cuando veo el relente
- llanto del cielo –
tremar sobre los pétalos.

FEBRERO 20

Mi patio es una verdad desnuda ante el sol,
se endiadema de luna, cuando la noche
derrumba su melancólico romance;
en el amanecer presuroso borra
las malas palabras que escribió la sombra.

Se santifica con la lluvia,
queda limpio, como un espejo,
para que en él se mire la lámpara
levantada en el alero,
con los brazos ramificados en luz
y en alegría.

A veces le transito con un libro en la mano:

paso suave, rítmico, sencillo ...
Parece que le gusta compartir
con fruición mi lectura,
y le vierta mi humilde
provisión de fantasía.

Hay un detalle
que es importante poner en esta página:
en el patio mi perro es ostentoso,
pelea con el sol a medio día,
ladra al viento cuando llega el frío
hasta el zaguán de la casa,
se burla de los gorriones, les asusta,
aúlla inconsolable,
cuando la campana de la iglesia
anuncia la muerte de un vecino.

El patio le tolera
con toda su horizontal largueza,
le pinta en el costado manchitas blancas,
y el perro le lame las esquinas azules.

A mi no me afecta
el bullicio de ellos.
Sé que viven en paz.

FEBRERO 21

Veía pasar el tren,
venido del litoral ardiente

hacia la audaz escultura de los Andes.

Era el delirio vertiginoso
sacudiendo los sótanos de las montañas,
despertando los caseríos y pueblos
levantados adrede en sus costados.

Era brazo de acero
con rango de progreso hacia el futuro,
un amable monstruo estridulante
rayando roquedales cumbreños,
saltando abismos desesperados;
desollaba la verde piel de las praderas
alimentadas por torrentes de frescura,
pisoteaba al viento;
a codazo limpio con las horas
se incrustaba en los ángulos
encabritados en lontananza;
con gritos sísmicos descolgaba nubes
prejuiciadas de lluvia fecunda
y torbellinos de granizo y relámpagos.

Llegaba a mi ciudad jadeando petróleo y carbón,
cargado de novedades y saludos,
crónicas de comarcas,
un olor a trópico frutal,
y un gesto solemne de Patria.

Los fognazos de su caldero furente,
como lengua enloquecida,
retornábanme a los más altos recuerdos:

Eloy Alfaro.
Hartman.
El Liberalismo.
El Ejido de Quito.
Hoguera Bárbara ...

FEBRERO 22

Euken, germano universal:
cuanta sabiduría en tu cerebro – lámpara,
en tu alma – fogata, el campaneó
de seísmos colosales,
huracán delirante de ideales;
mientras el infinito
te extiende su mano,
te ata en los abismos
oceánicos de la verdad.

Los ojos puntiagudos de la Historia
trabaja en tu palabra profunda
te holocausta sobre mármoles escombrados.

Tú, desbrozando la debilidad de los siglos
fundes al hombre en crisoles solemnes,
para mostrarnos resurrecto y noble.

Desde sepulcros
colmados con cráneos de cristal
te palpan Kant, Baruch, el bueno ...
con digital enguantada de luz,

el patristico Agustín te bendice
con mano larguísima de nieve,
la Summa de Tomás, retumba en tus oídos.

Yo, mendigo de piel incesante
bajo el imperio de estupor y asombro
entorné la llave de tus conceptos;
quería entrar a los alvéolos de tu fe,
para saquear tu riqueza,
allanar tus relámpagos,
y quedarme cabe el ineludible
pedestal de tu firmeza,
meditando en la inmensidad del cosmos,
la maravilla del pensamiento,
la solemne armonía del espíritu
con la Suprema grandeza de Dios.

FEBRERO 23

Guitarra:
Confidente romántica del pueblo.
Yo también caricio tus cuerdas
con plumaje de alabastro insombre,
para conmemorar la ilusión,
remirar la danza de la fantasía
sobre vertientes de transparencia.

Convoco sobre tus cuerdas;
incitadas al canto,
el follaje ufano del gozo;

alzo al tacto de espejos aligeros
las remotas lumbres del recuerdo.

Desciendo a tu vientre:
anclaje de armonías,
inventario de fábulas
escritas por neblinas de azúcar;
busco la almendra
de inleves ascuas agoreras;
pongo en tu pulso mis anhelos,
mi collar de emociones;
doblego el silencio
con ritmo longevo de esperanza,
en tu cordaje buido
con golpes de jazmines sonámbulos.

Haces en torno del alma
rondalla en tesitura meliflua.

Siento la transfiguración del sollozo
incendiando los ojos
en el cielo celeste de un pasillo.

FEBRERO 24

Dulces cantares del pueblo

elegía levadiza
en revuelo de volutas,
para liberar el cuerpo
del colmillo del dolor;
el soplo de las quimeras,

los secretos del anhelo,
el embeleso durmiente
sobre pétalos nudistas
en andamiaje de sienes.

Serenatas, abordajes,
de guitarras y flautines;
remembranzas del buen tiempo,
transparentado en insomnio;
aire ligero de gozo,
convaleciendo el recuerdo.

El perfume del amor
con ecos de noche alegre,
fuego de licores fatuos
desde cristales lirondos
incinerando los versos;
humo de últimas estrellas
en litorales livianos.

Tañidos con embriaguez,
hechura de sentimiento;
música del corazón,
vertiente de risa y llanto.

Cantares de pueblo bueno,
regido de hondas caricias;
holganza de alma rendida
al ritmo del sentimiento;
ufanía de la sangre;
revuelo del embeleso.

FEBRERO 25

No me reconocerás,
porque estoy vestido de soledad,
cuelgan de mis brazos lianas de sombras,
se ha pegado en los labios
un airecillo lento de silencio.

Pasé la noche en mi gabinete
desembarcando ensueños;
cerré las ventanas, para no escuchar
el paso de los instantes y la lluvia;
puse candado en la puerta,
para que no me anarquicen las tinieblas.

No te asustes si ves salir por la ventana
el humo sonámbulo del insomnio,
es del cigarro que trae la añoranza
cuando viajo subrepticio al pasado.

Ponte más bien a contemplar las formas
recién editadas por el espejo
en su vertical carne de cristal.
Te dirá muchas cosas ... por ejemplo
que eres más linda que el Chimborazo
y que te amo con fuerza de volcán ...

Mira si ha caído alguna estrella
con novedad de párpados chinescos
sobre el estanque aturdido
de espumas huidizas.

Ponte a hacer recreo con las flores
que se alzan inebriadas de color y perfume
cuando la aurora
destapa su champán de frescura.
Sigue los pasos reposados del gorrión
sobre la brisa azul;
deja que te condecure el sol,
con medallón de horizontes.

Te seguiré, después,
con suavidad blanquísima
y el amplio poder de una montaña.

FEBRERO 26

Mujer tropical

como el paisaje de mi tierra,
cuyo espíritu se empina
sin concluir jamás en las alturas

mía
bella
ideal,
fantasía.

Cuerpo hecho de cristal, sol y luna
en competencia con la luz

verdad
diafanía.

En tus venas el torrente de un río
que corre, salta, cascadea,
burla la hispida estatura del abismo
zapatea sobre los guijarros
trepa en los hombros de los peces
para despertar el rubor de las burbujas

sentimiento
ufanía
firme
alegría
sincera
caricia.

En tus ojos me entregas un cielo bondad
mueves la ruleta de mi vida destino
igual que brisa cuando busca ternura
y descubre la dulce claridad de la aurora amor.

FEBRERO 27

Patria. En el día inmortal de tu gloria

te miré arriba, muy arriba, ...
junto al aleo triunfal del infinito.

Puse bajo tu emblema
el cuaderno blanco de la infancia,
la persistente euforia de la juventud,
los hondos acentos de la madurez.

Puse el corazón en tu himno
para sentir el sonido de tus multitudes,
que anduvieron entre sombras,
y murieron bajo destello de espadas
y vaharadas de sangre generosa.

Salieron a desfilar:
arrogante y empenachada la historia;
tus bellas leyendas
en derroche de nobleza y donosura;
los clarines, altísimos tallos de luz,
al centro jubiloso
de relámpagos platinados,

los tambores solemnes,
fragorizando las calles de mi ciudad,
los espacios teñidos de aplausos,
el magma ignicente de los volcanes;
el sol tropical sobre las altas montañas
con luz a discreción
y paso de vencedor.

Yo estuve junto al estudiante
y al militar.
Escribimos en las torres,
en los parques,
en todas las cosas que miran al futuro,
con grafías indelebles,
nuestro respeto a Ti Patria Noble.
¡Alianza suma!

FEBRERO 28

Lloré sin lágrimas ni suspiros
la muerte de un amigo,
pero lloraba mi alma
sobre vasta extensión
de laguna algosa.

Puse ropaje de crespón a mis palabras
para llamarle con la angustia,
reclamar al enigma frío.
Injurié a gritos al viento fugitivo
como si él le hubiese llevado

a la ceniza impávida del abismo.

Sentí sobre los hombros
el eco del tiempo, caído
de lejanos desiertos estelares.

Ululaba el recuerdo.
El estupor acechaba desde las tinieblas.

Pensaba con imágenes de él:
sus modos amicales,
su aire de aurora fresca,
en el abrazo de niño alegre,
joven ilusionado,
hombre íntegro.

Afuera, el día en livor, cabizbajo,
la música de la fuente lloraba
apoyada sobre la piedra desnuda.
Estridaban las nubes en el azul.
El sol en pálida evasión
entre muñones de neblina.

Mi tristeza
era la más triste de las tristezas.
Y me sobraba el cuerpo,
la respiración,
el tiempo.

Odio las raíces del olvido
semilladas por la muerte.

MARZO 1

Continúa la vida en que milito
con pertinacia de tiempo fugitivo,
dentro de la geometría pura del aire
que beso con candor,
y el tizne de mi tierra entre los labios.

Declaro mi entusiasmo por los crepúsculos,
el rito clandestino de una lágrima,
llegada desde el alma,
con mudez de sombra,
cuando me inclino absorto
ante el cristal que oculta mi leyenda.

Develizo mil auroras
con la acostumbrada certeza del asombro;
llego sigiloso al delirio de la luz;
cabalgo en hombros del perfume y del trino;
pongo el oído en los mensajes
de las mínimas cosas,
en los salmos del agua,
en el breve momento de su salto;
me seduce la belleza sustancial
de los seres y las cosas;
el blancor onírico del nardo;
la mujer hermosa, inteligente y buena;
el orgullo dorado del sol,
que fragoroso besa
la frente altiva del Chimborazo.

MARZO 2

No es mi voz, ni mi palabra.
Es la elegía que llevo en la boca
con ritmo codicioso de sinfonía.
Es tu beso, sustancia,
con chasquido de manantial,
en holganza azul;
y de pronto quiere hablar,
pronunciar nuestros nombres,
haciendo alegría persistente
de flor transida de alabastro.

Estás de nuevo en mi sed,
que sufro insosegado;
te respiro con avidez de cascada,
que instila tu presencia
en mi gozo liviano,
y proclama por todos los caminos
donde la luz es pulpa en radiantía
de topacio festivo.

Y es que este beso me hizo nauta desterrado,
desrealizado en clima de prodigios
y extraños estremecimientos;
cuyo centro es mi refugio,
para estar hasta el fin
con la rueda del tiempo,
hilachando deseos,
entusiasmos munificidos de promesas,
arrebatos mimetizados de fábula;

testimoniando el soplo de la poesía,
manufacturada más allá de los instintos
y guardada con amor
en el sumiso espejo de la memoria.

No es mi voz, ni mi palabra ...
Es que tengo en la garganta
un ave que canta.

MARZO 3

Yo vestido de franciscano,
en actitud baldía
para disfrutar la hora de la siesta,
- transfugio de la paz –

Llegaron peces con plumas alegres,
caracoles con lengua mielada;
tenían olor de lluvia pura
cuando besa jacintos y azahares.

Abriéronme la sienes,
el corazón, a fuerza de asombros;
quedáronse largo rato en la antena,
por donde recojo noticias lejanísimas
de ilusión.

Hicieron malabares con el pensamiento
hasta la protesta de la levedad.

Simbad acoderó su barco

de hule azul para viaje majestuoso
por bahías de escarcha,
guarnecidas con helechos altaneros,
en busca de metales preciosos,
vellocinos y piedras con ojos embrujantes.

Me encontré con el árbol que canta,
la fuente que danza,
el pájaro sabio, que adivina la suerte.
No leyó en las líneas de la mano,
sino en las arrugas de la frente,
en las grietas de la piel,
- cementerio de la añoranza , -
- rescoldo de la angustia -.

De repente el ruido de la tarde
atribuló las pupilas.

Desperté con una amapola en la boca.
Era tu beso.

MARZO 4

Han robado los frutos

de mi trabajo.

Desnudaron del árbol su esfuerzo generoso;
devoraron mi fatiga,
el agua que hice caminar con esmero
para transustanciar en savia pura,

en la raíz y el tallo,
en las ramas, lamburdas y yemas.

Fallidos se han los espacios,
que acarree desde la aurora,
los copos de aire mojados con sudor,
para que supieran a azúcar blanda.

Escombraron la mirada de amor cada día,
gemela al color de sus flores,
y esa alegría
con la que pintamos el paisaje
y la ilusión.

Le puse el algodón de mi sombra,
cuando él era plántula adolescente,
si el sol ardía
con ignipotencia de carburo cósmico,
y fumaba el horizonte en pipa de nubes,
en la taberna hecha de volcanes.

Le abrazaba, le arropaba,
cuando la intemperie le desnudaba
con ansia de enmohecer su piel verde
y degollar sus hojas.

Camaradas: muchas veces estuvimos asidos,
rondando el clima, la lluvia,
los colores del viento,
la palidez enfermiza de la luna,
los sacudimientos de la noche.

No sé cómo puede perdonar el árbol
este desaguisado aleve.

¡Han robado nuestros frutos!

MARZO 5

La escuelita de pueblo,
- ala grande para cobijo del alma –
Toda ella uniformada de fiesta
y antojadiza odorancia de caramelo.

Las ventanas, muestrario con naipes
y estampitas de celuloide lúdico,
para el entusiasmo de los transeúntes.

Me hago un pequeñín más
para entrar en ella
y comparto noticias del pasado.

Patina el sol, opulento, en los patios,
la brisa columpia serpentinas.

Aulas condecoradas por años de servicio,
pizarrones de profecía vertical
pupitres que miran de soslayo,
sin atrever a bostezar,
a pesar del trajín de la víspera.

El grito de la sirena
anuda la algarabía con la disciplina:

una fila recta como cinta métrica,
una ... diez ... cien, cabecitas
peinadas de silencio.

Y así están los estudiantes pequeños:
incendian con blancas llamaradas
un universo de canciones.

Los maestros otean el descuido de los niños,
con ojos como alfileres punzantes;
además ... su presencia deontológica,
el gesto empacado de experiencia;
milicia pedagógica.

Al centro de la escuela
el emblema sacro
ondea oriflamado de júbilo.

MARZO 6

Pequeño arroyo mío,
quiero beber tu líquido alquitarado
en urdimbre de luz
y jolgorio de mármoles milenarios.

Quiero sentir en los labios
el transitivo grito del viento
cuando horada el azul;
quepa en ellos las burbujas
altanas de las cordilleras,

el rito inocente de la luna,
cuando, desnuda,
se arrodilla en las cumbres
para segar los límpidos trigales
de la nieve;
el mórbido silencio de las paramías,
donde germina
la blanca longevidad de las cascadas;
la voz salvaje de los peñascos
desde la cintura litoral de la sombra.

Chaikovski anudaría en ti su sonrisa,
el fuego divino de sus ballets,
sus cisnes de blancura musical,
con intento de convertidos en brisa,
para la breve danza de espumas sigilosas.

Tus oleajes quepan en las líneas rectas
del cuenco de mis manos,
para glorificar la transparencia,
de frente al sol, a los espacios;
y poner los caracoles del ensueño,
para que en mí cupiere
la alegría total del mundo.

MARZO 7

Reloj, lates en ritmo de tarde otoñal;
me trajinas la desesperación,
me apretujas en rincones de olvido;

despedazas el aire
cuando izo la ilusión y la esperanza,
cuando abrazo el tiempo del ayer,
y busco la palabra aromada de mi madre
en la frontera del alba con el rocío.

- Mi único bálsamo –
Te yergues desdeñoso sobre la soledad,
derrumbas torrencial mis instantes,
me imperas cuando habito el silencio,
te burlas cuando me ves regocijado,
cuando me humillo,
doblando la sangre,
ante la roja intensidad de la vida.

Por ti oigo los pasos rezagados de la noche
por el tablado de la melancolía,
por el reverso de la claridad.

Tu pendular golpea mis párpados
para registrar el insomnio,
cuando voy desnudo
sobre corceles blandos,
para extraer del delirio
pentagramas de un canto,
élitros de un poema.

MARZO 8

Creo que estoy hecho de piedra ternísima

y de carne dura,
reincidente en intemperie.

En mí el dolor, crujen las interrogaciones
desde vértigos de abismos,
las estrellas fugitivas dejan rescoldo
húmedo de autoctonía perenne,
y el viento sacude hirsuto
su eco original de distancias.

Me opulenta el sol cada mañana
con silbos de bengala inmensa,
para recreo unánime de la vida
y de las cosas.

Me pulen hasta el desvalimiento,
los ciegos impulsos de niebla constante,
el torrente de tiempos
caídos en instantes hispídos
en el rapto del ocaso
al día cansado de dramas y tragedias.

Yo, como una estatua amable,
sin deshacerme en la sombra,
en el lugar de siempre,
sin quitarme del camino
por donde fugan las emociones,
vendadas de éxtasis.

Dándome en libertad a la vida,
ennovillando ilusiones,

como abeja en el capullo,
mostrando al mundo el paisaje nativo,
que me desborda su límpida belleza
con inefable munificencia.

MARZO 9

Pusiste tu nombre en mis labios

como suave terrón de azúcar.
Y te pronuncio haciendo sonrisas;
copo de pétalos temblones
vigilando la ternura.

Hay leve aleo de cristales blandos,
que suben a las pupilas
incendiadas de gozo.

Se aposenta en el oído
un jardín con ecos festivos,
remeciendo florestas fabulosas.

El pensamiento ejercita
cascada de resplandores níveos
y deja caer en esta página
quince versos de amor.

MARZO 10

Me siento dueño de la ventana bullanguera,
por donde baja el azul
hasta mi alcoba;
y con optimismo saludo a la naturaleza,
a mi huerto,
donde corretea el viento hialino
con trazos iguales al pensamiento.

Dueño de la calle,
por la que corretea mi corazón
levísimo, infatigado,
pletórico de idealismo social.

Mi propiedad privada:
las torres con sus rezos verticales,
los parques con flexibles gorriones aclamantes,
los alambres que registran
las cuentas corrientes del viento,
y el raudo musitar de golondrinas,
los postes que popularizan los faroles
de luz intransigente con la noche.

Grato es sentirme dueño,
absolutamente dueño de todo.

Con optimismo saludo a mis vecinos,
saludo a la vida,

que abre las puertas al sol,
a la alegría,
a la amistad,
al amor.

Saludo a mi ciudad esta mañana,
esta mañana tan mía.

MARZO 11

Hoy estuve beligerante.
Me inventé un vestido invisible
de novísimos y hasta absurdos tejidos
para que no me reconociera la rutina;
fui por donde nadie sabe mi nombre,
no hace humo la angustia;
no se cuelga de la piel y los sentidos,
la respiración fogosa de los deseos,
ni jadea el húmedo rescoldo del recuerdo.

Evité el itinerario donde demora el hastío
para nutrirse de hongos envejecidos;
evité los túneles que arrancan las pupilas
con histéricas agujas de reloj.

Marché contra la brújula del espacio,
hice briznas del pensamiento,
me perdí adrede en la orilla del tiempo,
embarcado en nube corsaria.

Le ignoré al sol,

no reparé en los espasmos temblorosos del agua,
no en los gritos ilusivos del jardín,
ni en el olor putrefacto de la sombra.

Tuve la complicidad de las horas,
que a codazos de espanto transitivo
me empujaron inexorables
hasta donde yace el espejo del vacío.

Un alarido de la muerte
engarfiada de eternidad,
me devolvió súbito y desnudo,
sobre ventisqueros móviles
conflagrados de esplendor y sinfonías.

Vida ...

MARZO 12

Estuve al centro del río,
donde las olas danzan
al ritmo de los destellos
en el mediodía.

Me dio el agua su transparente holganza;
anegado de espejos;
rehén de fresquísimo perfume;
en toda la carne el tacto de una música
tañida en caracolas vaporosas,
y espumas chasqueando turgente vanidad,

borrasca de espuma,
en pentagramas fluidos.

Lancé sobre las olas el pensamiento,
con ideas recién nacidas,
en mi mundo interior;
pretendí que vaya libre,
incontaminado,
previniendo la brisa,
lavado de toda pena.

Bebí su agua decorada de paisajes,
en ligeros, amicales, sorbos.
Y siento todavía su transparencia ilesa,
un hechizo arcano como de arco iris,
remembranza de nube y nieve,
arrecifes de intensa heliofanía.

Ese río me circula en la sangre,
en la médula,
me palpa el alma con mano pura.
Su oleaje entrega el mundo a mi espíritu.

MARZO 13

La brújula quedó suspendida

en la mitad del día.

El risco donde sólo el maguey duerme de pie,
cegó a los gorriones
con lima de amarillo intenso;
los mirlos embriagados con tanta luz,
arrimados en el verde ramaje,
repetían de memoria
el alfabeto de la risa tabernaria.

Acrecido de sed, el pez
fabricó burbujas
para tapar el sol.

Un gavián forastero,
después de golpear su remota campana de espanto
rayó el aire, línea recta hacia un lagartijo,
cuando calentaba su pequeño calcio
sobre la baldía cimitarra del penco.

Por la reverberante serpentina del camino
acribillaban de ausencias y retornos:
camiones, buses, automóviles;
raudalizaban noticias de progreso.

Sobre la colina,
y bajo un capulí frondoso,
un asno, tal vez abandonado,
lavaba su soledad
con la sombra del árbol.

MARZO 14

No veo los teclados,
solercia de ángeles insombres,
las cuerdas que astillan finuras de aire,
bocinas y flautas
que instilan dulcedumbres
desde gargantas de metal pulido.

Y sin embargo hay música gloriosa
como el glisar del agua
sobre diamantes regocijados
o los vales de Franz Schubert,
sobre arboladuras brisadas de alegría.

Música esparcida en espesura de fascinación,
donde mis manos en bienamadas horas
cultivan el durazno, el pero, el manzano;
protejo a la menta de las espadas de la ortiga,
aparto el rosal del agresivo cardo,
anuncio en voz sonora al jazmín y al maíz,
que llega al surco,
la ronda fresca del relente,
desde el sitio donde anidan las estrellas,
atravesando mis estancias de entusiasmo.

Música de ondinas platinadas
que arrastran pétalos azules,
plumones con colores de alba;
cascadeo de castañuelas relumbradas,
pestaño de peces asombrados,

caricia intacta de helechos canoros,
bajo los esenciales suspiros de un vidrio.

MARZO 15

Es la luz que pastorea

las rosas de mi rosal;
las pone trajes bordados
con finos hilos de seda,
aroma de aire liviano,
engastes de luna buena
cristales y cintas blandas.

Cínifes de áureo linaje
beben rocío de albura,
ante una audiencia de pájaros,
que festinan el azul,
sus primeros abalorios,
la ambrosía de las frutas
en pomos de terciopelo.

Tú te eriges vencedora
de las flores y el color;
el viento te entrega túnica
hecha con lianas muy finas,
el nardo su campanario;
hay estallidos de gozo
en la catedral del agua.

Yo, que perduro en mirarte,

me pongo en la solombra
de tus pestañas oscuras;
y en sumisión de ufanía
ciño el rubor de tus labios
con llamaradas de un beso.

MARZO 16

Nuevo Testamento: más que libro,
catedral de sabiduría espiritual
con resonancia eterna,
oro universal.

Cada línea: geometría blanca de bondad
con preciso destino de infinito;
ráfagas de pupilas
glorificando la ternura.

Cada pasaje, sendero sin recodos ni arrugas,
hecho de argentos y diamantes fortísimos,
para itinerario del amor,
que surge del sollozo,
del incendio puro de la vida
y culmina en la paz.

Cada página, bosque de mástiles sublimes,
donde oran cantando los seres y las cosas;
jubileo de la luz y de la armonía.

En ti crujen, se derrumban,
la maldad sórdida de miedos,

los desiertos sulfúreos del odio,
las llagas ahítas de injusticia;
porque tienen alzadas en la gloria
una mano y una cruz,
atrayendo el centelleo inmortal,
para que enflore la sonrisa,
se magnifique la esperanza,
se alimente y viva el hombre de excelencias.

Te he leído bajo los ojos húmedos
que gotean por dentro
o sobre el día claro de misericordia
y perdón.

Bello libro escrito
con sustancia de sangre divina
para la humana sed de espacios
y el torrencial derrame de verdad
sobre la tierra.

MARZO 17

Sócrates, me debes el insomnio

intenso por tus lecciones
y la siembra de sabiduría pulida de verdad,
caída como inmensas piedras blancas
sobre la sien mojada de medianoche
y abrasada con incendios verticales.

Porque vives. No reposas.

Eres de la clase de hombres que no mueren,
para festejo universal.

Veo tu silencioso meditar en el Ágora
donde te reconocen los conceptos claros.
Oigo tu voz de “tábano” libre
con presagio de “cicuta”.
Siento los estremecidos diálogos
cuando, los labios pegados a la diafanidad,
tus palabras caen es discípulos ávidos
y les obligas a subir a las montañas, canteras,
donde cantan las fuentes del esplendor,
en combate con los abismos.

Tu mayéutica,
imantada de ángeles sin mancilla
y demonios ayunos de mentira,
para hacer parir originalidades
de la razón más limpia,
sacados de laberintos anteriores al error,
y ponerlas a caminar en eurias ideales,
junto al polen de primaveras fecundas.

Tú lo sabes mejor:
no puedo conocerme a mí mismo,
porque mi cielo es tan pequeño
confundo mi carne con un barranco que se derrumba,
mi pensamiento suplanto con un árbol
cuando se deshoja.

No logro entender mi misión.
Soy esclavo de una palabra dicha a media voz,

en media noche.

MARZO 18

Me preguntas qué es ser romántico,
mientras sensitiva inclinas la cabeza
para auscultar los latidos de mi pecho.

Es el estremecimiento inefable
consagrado a la vida.

Deleite de alma que busca otra alma
al angustioso ritmo de luceros.

Tener en la mano el bello rostro del mundo
como un milagro pequeño y amable.

Ahogar la palabra en silencio blando
como al fondo invulnerable de un lago
y sin embargo sentir la avidez de tesoros.

Mirar la maravilla de la luz
mas allá de la noche lóbrega.

Devolverle al sol su pupila amistosa
en el éxtasis supremo de un instante.

Promover símbolos, formar, colores
y lo que es música, claridad y alegría,

para proclamar la excelencia del amor.

Dejar que la añoranza gima
igual que agua hialina
prisionera en yacijo de mármoles oscuros,
mientras pasa rauda una golondrina.

Es el recuerdo que investiga
la suave piel de la dicha,
hospedada en espejos abandonados
o en retratos antiguos.

Indumentar de violines y luna
la ilusión secreta
para un viaje propicio de transfiguraciones.

Suspiro que lucha por ser beso.

Frustrar a la muerte y al olvido
con el vuelo azul de la poesía.

MARZO 19

Oh Dios, tu misterio
de sobrecogedor infinito,
y esta angustia por conocer
el plan maestro de tu creación,
las verdades últimas
del destino definitivo del humano
y su trascendencia más allá de la materia,

son el flagelo del hombre.

Además, no puede ser la criatura
nacida sólo para sufrir,
en perpetua batalla con su carne,
las urgencias ciegas del instinto,
inconforme con el devenir azaroso de la vida,
a la que le exige siempre más;
en rebelde enfrentamiento con la naturaleza.

¿Y el espíritu?
Como asordinado por la cultura,
la curiosidad científica;
agujoneado por la filosofía,
simplificado por la teología,
sin conocer con precisión
la relación contigo y con el cosmos.

Y sin embargo
los genios imploran tu luz y tu verdad,
Víctor Hugo clama tu misericordia,
"Deo erescit Voltaire".

Todos te oramos con la piedad
a que alcanza la carne,
para hacer del alma un jardín,
con la adoración a que llega un espíritu
para transformar nuestra reflexión
en sumisión humilde de fe;
nuestra conciencia fragorosa de huracanes
o en paz.

MARZO 20

Leerte Baruch Spinoza.
Es como arrancar pétalo a pétalo
la inmensa flor del día
para cobertura del alma;
chispa a chispa azul
de luz inefable y diáfana
para purificar en blandura
la vida.

Es alegría - elemento,
sonrisa en toda la piel,
amor - custodio
en latitud integral de los sentidos.

Y pensar que llegaste al conocimiento
venciendo soledades y destierros,
con honestas manos puliendo vidrios,
el alma limpísima
puliendo la nostalgia del bien.

Y saber que el odio
ni la excomuni3n de tu estirpe
pudieron cercenar
el júbilo de tus sienas,
porque tuviste la raíz de la bondad
afirmada en el corazón
y el parpadeo fuerte del ideal
en el espíritu.

Yo te he llamado muchas veces
para respirar el aroma de tu vida,
para que tu voz alta
guíe el jadeo social
y tu inocente amor a la sabiduría
pueblo con jazmines la tierra.

MARZO 21

Mi ideología es fermento de horizontes,
fuerza de cuerpo
ardido de auroras y crepúsculos tropicales,
razón que se estira
hasta la fantasía triunfante.

Esta ansia de belleza
es evangelio lírico del Chimborazo,
palabra y unción
de unívoca blancura vertical,
raptado de labio hecho de roquedal firme
enquistado en turbulencias infinitas.

Me subordino al sol;
y él me prodiga energía y túnica de esplendores,
envía a mi frente, me acosa, me llaga,
con peces de bengala triunfante
y aves de espuma ardiente.

Me afirmo con amor en esta tierra,

mi tierra,
donde hasta las rocas florecen
y los espacios semillan longevidades
en surcos hechos con esteva de milenios.

Afinar pertinaz el oído,
hasta arrodillar el grito
en unción de plegaria,
es lloverse de entusiasmos sonoros,
como en "la Catedral Sumergida".

Atisbar el paisaje de mi tierra
con sensual ternura
y ojos desnudos donde cuaja el éxtasis;
es encontrar a Delacroix,
a Gericault, delirantes,
decorando con grandes pinceladas
el torbellino fascinante de los Andes.

Los Andes de mi Patria
son museo cósmico.

MARZO 22

Buena noche princesa luna.
Pase como siempre por el cristal de mi ventana.
Soy su obsecuente servidor,
como siempre admirador
de lo claro y bueno.

Es grato tu color amatista en mis manos;
y en silencio majestuoso,
como ardiendo suavemente,
mientras viste símbolos secretos mi casa,
contaste tantas cosas,
sucesos de mi ración de vida.

Cuando muchacho,
quise subir a la montaña oriental
por donde surgías opulenta
derrochando claridad.

Era un bello deseo,
disgregar del cielo tu cristal
y poner en la frente de mi madre.

Hacerte revolcar en los trigales,
donde mi padre tenía inmóvil
su pupila abierta a la esperanza.

Ahora estoy aquí. Mírame.
Y no puedo esconder mi aleluya
cuando siento tu blanca caricia
en la frente pensativa.

Casi me evanesces,
me desapareces,
si no fuera por la sombra
que me sujeta, blanda,
al desnudo vidrio del sueño
embellecido de paz;
y me conducirá tan lejos

en viaje de pleamares
y terciopelo raudo,
quizá a la orilla
de tu limpia sonrisa.

MARZO 23

Aleo de luz sobre los ojos,
o beso de brisa liviana
en ritmo profundo
para tremolar la vida.

O simplemente racimos de cristal
que mana gota a gota,
luz llagada,
enlutada de bruma,
instantes espectrales
de un tiempo extraño
bruñido de gorjeos
y habitada de llanto.

Cuando te escucho Debussy
anhelo ser una nota
esclavizada en tu partitura
y hablar,
cantar con tu misma tristeza,
que el hombre está siempre
al borde de senderos espectrales,
con los ojos húmedos de adioses,
donde se alargan, se detienen

y duran las tardes;
que alma adentro
se acumula la nostalgia,
pasan con gesto esquivo,
visiones quemadas de duda,
interrogaciones encubiertas de misterio,
que nos pone frágiles
y tristes ...

Y sin embargo
más allá de los vitrales del abismo
hay un "Claro de Luna".

MARZO 24

Que tal, si en una noche
cuando las estrellas perforan
las cúpulas de la sombra,
para arrojar sobre la tierra
sus lirios de cristal:
tú y yo, cabalgando sobre clavileño
enjaezado de nube ilusiva,
viajáramos hacia las playas
donde yacen los enigmas
y espejean los ecos infinitos.

O cuando el río herido de horizontes
se indumenta de sierpe colosal,

para agredir la ribera sedienta
de campos occiduales:
tú y yo, en desfigura de pedruzcos
venciéramos las cascadas,
holláramos los abismos,
donde la naturaleza sustenta
sus multánimes órganos de tiempo
y de energía.

O cuando el huracán furente
descuelga hórridas tormentas,
ulula, ruge y quebranta,
con anillos de espanto,
la tímida piel de las colinas:
tú y yo con gritos de relámpagos
derruyéramos la soledad de los astros
y del vacío,
diésemos batalla definitiva al dolor
y a la muerte;
y nos fuese dado descubrir la sustancia
inexhausta de la vida y de la paz.

MARZO 25

Este pueblo ...
multiplicado en la miseria,
pies despedazados en el sinrumbo,
ojos tatuados de vacío,
manos, yedras pegadas al desprecio,
hombros descodalados por la intemperie,
costados encallecidos en el tugurio.

Se le pide que hable,
cuando apenas de oídas el alfabeto
para el grito duro, hispido,
como piedra lanzada al dolor;
para deletrear el desprecio,
el empujón de las aceras
hacia el turbión del atropello.

Se le pide bondad,
poniendo por los cuatro costados
espejos manchados de burla y corrupción;
le señalan el rumbo del lumpen,
se activan el escupitajo,
la herida,
la cárcel.

Se le exige levantar el brazo
en medio del desorden,
para ensalzar al repetido dirigente,
su huella digital tatuada de falsía,
el pulso fértil de embriaguez,
para el voto urgente.

Y sin embargo ... su lágrima
del tamaño de puño crispado,
la sangre hormigueada de angustia,
su vida, montaña de hambre,
imposibles y derrotas.

Olvido.
Tiniebla.

Frío.

MARZO 26

Jesús. Dios.
Cristo. Hombre.

Más grande que el universo
substancia de bondad más pura que el rocío,
perfección, venida para purificar la carne
enriquecer de moral todas las constelaciones,
bajo la mirada absoluta del Eterno Sumo.

Ensalzado el Domingo de Ramos
en la mitad del día y de la historia,
en el vértice de la gloria,
de la existencia facticia,
del resplandeciente ideal extrasensible.

La luz de rodillas, sumisa a la adoración;
la muchedumbre agradecida:
grito, canción, a-l-e-l-u-y-a,
hosannah, percutiendo en los alvéolos de los siglos.
Pascua al sembrador de esperanzas y fe
al ungido de virtud y potencia.
Júbilo al vencedor de los tiempos,
al bienaventurado enviado
con la suprema complacencia de Dios Padre.

Homenaje: a la inocencia sin sombra,

ofertorio a la nobleza lumínica,
dación en espiral de sentimientos,
alegría en ritmo de salmo,
alma alzada sobre emblemas de virtud.

Salve maestro de mansedumbre pía.
Aleluya al ejemplo de hombres
en el langor de los siglos.
Hosannah. Dios Redentor.

Y sin embargo ...
Porque el espíritu está pronto,
pero la carne es débil ...

MARZO 27

No era sólo la sombra.
Era la vorágine total de la tiniebla
para eclipse del espíritu.

Aullaba el espanto
y acechaba desde cavernas subnoche;
sus colmillos ictericos chasqueaban miedo,
royeron los espacios.

La muerte desde putrefactos sumideros
blandió sus torvas antorchas,
trombas de pus,
baba, escupitajo de miseria.

Despertó la bestia que dormitaba

en las hondas cloacas del instinto,
hirsuto su pelambre,
saltó horrendo,
se apoderó de las cimas
cercenó las alas, el trino, el amor,
deformó los horizontes
con hervores de fango pestilente,
devoró la esencia suma de la lumbre,
la impoluta carne del lirio;
huracanizando el odio y la maldad,
y amuñonando ingratitudes
alzó sobre el Gólgota
la más pura expresión de la vida,
la verdad hecha carne,
el bien hecho milagro,
la sabiduría desparramada en palabra,
la excelencia sin límites
en el pasado y en el futuro.

El Espíritu Supremo en soledad;
y sin embargo: sed infinita para perdonar,
hambre inexhausta de amor y de fe.
Misericordia Divina.

MARZO 28

El día partido en dos:
sombra lerda, penetrada de nada,
y ansiedad cansada,
despreciada hasta por la angustia.

Todas las cosas atormentadas
por la fría cabellera del viento,
áspera y gris;
la vida sin voluntad de movimiento,
descalza sobre piedras sin eco.

Yo sin nadie, con más horas que nunca,
castigado en un rincón de la tristeza,
golpeo mi cuerpo en la soledad;
el pensamiento apretujado en el recuerdo,
dos mil años atrás:

En lo alto de una cima la Cruz,
en el centro de crueldad
del abandono
Jesús - Cristo.
Aquí sólo mi alma, sola ...
muy adentro
extraviada en lo imposible humano
en lo enigmático del dolor divino,
foso sin forma ni color.

No puedo ni siquiera esconder:
me ha llagado las sienas
la sangre de El.
Lágrima enorme !Mi oración!

MARZO 29

Don Miguel de Unamuno, sabio y veraz,

desde el fondo de los siglos
transitados y llorados por ti,
y severamente analizados por “te lo digo,
libértate Jesús ...
y libértanos ...”

Porque estamos donde no hay piedad, justicia ...
ni ese amor que purifica la vida del hombre;
donde las blancas margaritas vacilan
sobre agua industrializada para la egolatría
y refleja la yema del dinero,
entrechocan desperdicios de la opulencia
escupitajos de la hipocresía,
pelucas y párpados postizos,
la exuberante dentadura del magnate,
los hombros languidentes de hetairas.

El mundo se ha vuelto cloaca de la carne.
Inmoló la luz, el alma, el espíritu,
derrumbó la música;
es inútil el canto machacado en los labios;
el grito enmudece
en la garganta con sed;
el hastío, cansancio de lo vulgar,
como mil arañas, colgadas de los hombros,
chupando el esternón descubierto, al frío.

A veces pienso que la vida es una farsa,
una tragi-comedia,
donde es inútil la bondad
y está sobrando el espíritu.

Más no podemos escondernos
con velos de hipocresía,
ni escapar del estrago con escafandras.

Porque el espíritu existe
y existes Tú.

MARZO 30

Conozco tu mirada, complejidad de estrellas,
que me viste con estallidos de dicha;
conozco tu voz, palabra y música;
con ella te siento,
te respiro.

El sentido de tu amor
franquea los sentidos del vórtice.
La dirección de tu vida
más allá de las formas
es comunión de lo visible
con la conciencia de la luz
que es y se consume.

Tú en la opulencia del cenit
cuando el sol resbala por la frente,
y se queda inseparable
prisionero en tus pupilas.

Donde la sombra, ya domesticada,

bajo tus párpados
y los astros te suplican
para bañarse con su presencia.

Tú antes del pensamiento grato,
en el cariñal profundo del sentimiento,
como liana de suavidad;
en las riberas de la sílaba,
que nace fiel de los labios;
al centro de todo significado, sin desvío,
al final de cada palabra.

Destinataria tú de mis vigiliass
y mis símbolos.

Tú en el sonido de mis versos,
que saben a rosas frescas.
Y nadie mas que tú los puedes percibir
con deleite.

MARZO 31

Quiero cambiar mi corazón
con el Chimborazo,
mi indiferente desnudez
con la verdad de la aurora,
mis cortos élitros de soñador
con la curvada elegancia del arco iris,
el tacto de mis sentidos, que ruedan,
con un bosque musical, con intención perfecta,

mi palabra de arena
con el grito azul de los mares.

Para iniciar el saludo al universo,
el abrazo total a la naturaleza,
medir la tierra con pasos de danza
o con los dulces impulsos de un violín.

Quiero desalojar los instantes y las horas
para que el tiempo perdure en belleza
destruir la inútil presencia del recuerdo,
los muros del dolor y de la duda;
y quedarme íntimo en las columnas del fuego
cubierto con el fino chisporroteo de la fantasía;
con la conciencia liviana del agua
con hartura de horizontes.

Que la eternidad fluya por mis manos;
en los labios el alboroto colosal del cosmos.

Quiero conocer el secreto de la existencia,
la acechanza inexhausta de la energía,
de la nada,
de la muerte,
los indeclinables índices del infinito.

ABRIL 1

Se abre el día y abro mis sentidos.
Me significo libre,

me afirmo dentro
y en el gran estallido de la vida.

Busco la comunión con el mundo,
la amistad con la magia de los seres;
inmerso con el encantado motín
de colores y formas,
los enigmas,
la multitud fosforescente de mi ciudad,
en la que todo es ya agitación, urgencia,
lucha, zozobra ... social.

Hago columna detrás de los brazos en cruz
de la Basílica,
de la inapelable voluntad de la piedra,
que sustenta el respeto
al Sacerdote Historiador;
y voy junto al árbol
- mi alma le abraza -
aquel que siendo añoso
tiene dulzura de trino,
gusto a juventud infugada.

No sé si me enfermo de pretérito,
o estoy manipulado por delirios.
Soy humo pavorido por resacas oníricas,
pañuelo remolinado en vértigo ilusivo.

Desde el fondo del recuerdo
me llama rumor de violines,
palabras anchas de amistad
euforia de rostros irrevocables.

Y es cuando me siento bueno,
aternurado.
Vuelvo mis sienes a Dios.

ABRIL 2

Yo sé que me perdonan las estrellas
esta manía:
de inmiscuirme en su aventura.

Entro en lo profundo de la noche,
extrañamente sensitivo;
deformo el pensamiento,
en altanería idílica,
voleteo con ellas.

Para mis instantes oníricos
traigo sobre mis sienes
un cargamento de espigas ternuradas.

ABRIL 3

Confieso mi soledad
en medio de tanta multitud fosforescente.

Pienso en la inminencia de la fuga,

anclar en la distante utopía,
aligerado con el silbo sonoro de los páramos,
indumentado con los colores del viento,
con las opulentas esquilas
e hilanderías bonanciosas
de nubes amaestradas en blancura.

Conciliarme con la nada,
o quedar indefinido,
en las guaridas del misterio;
o donde ensaya sus furentes graznidos
la tempestad,
aquella que al cerrar sus párpados la tarde
tributa frescor y vida
sin rencor alguno,
al otero abatido de hurañías
al valle en simple bonanza,
a la frondosa gratitud del árbol,
y a la piedra herida de sed
y de cansancio.

ABRIL 4

El tedio me empujó

profundidad adentro de mí mismo.

Náufrago en el destiempo
huí zigzagueando sobre los instintos,
trepé por espejismos verticales,
los estambres de la ilusión, esperándome,

los nudos de tanto laberinto sentimental,
el clamoreo de mitos agoreros,
las ictericas piras del despecho.

Al principio y al final de esta mudanza
la borrosa marea de los instantes,
la angustia obsedida en cada célula,
el calofrío invital, vahoroso,
inciensando el gemido del silencio,
y airosa, única, impiadosa,
la soledad;
que no la odio ...
porque bajo su leve travesía,
o heredad del alma en lucha,
yo, viandante de espacios huidizos,
instante tras instante,
voy urdiendo la vida
con hilachas de sombra
y sedales de luz.

Me observan desde arriba:
Van Gogh, pincel y pupila listos,
paleta impresionista íntima,
Chopin, lágrimas adentro
glisando pentagramas de tristeza.

ABRIL 5

Chaikovski, me puebla de cisnes ...

Bienvenidos

a las sienes, a la sangre, a las células,
convertidas en vitrinas
para acaparar el asombro,
y el tacto de amatistas.

Los sentidos en vaivén de lago ufanísimo,
ondulación de azulidad,
y ecos espumajeando transparencia,
y fragmentos de cristal buido.

Danza el pensamiento
pirateando la elegancia,
danza la consciencia
en ritmo de fábulas
nacidas en plena heliofanía,
alea la alegría
sobre mínimos saltos de agua.

Me circuyen ondinas nudistas
evadidas del vientre de mármoles alucinados;
agitan plumajes húmedos de perlas,
ríen en constelación hialina,
mientras paisajes trashumantes espejean
sobre geometría de colores temblorosos.

El ambiente total:
un cielo hecho con vaharadas acuáticas,
pleamar azul para azucar luceros
con leves terroncitos de azúcar
y besos con labios de espuma.

Fragancia de luz núbil,

acrecida en niágaras de gozo,
bajo la mirada de la fantasía,
a la misma altura del ensueño.

ABRIL 6

Bernardino: sacerdote, obispo, arzobispo;
contigo mi Patria;
dentro de ti un soplo con revuelo divino.

Tus pasos, sigilosa irrupción de aurora,
brizando la paciencia y la bondad.

Tus manos, besadas de amor y verdad.
alzadas más arriba de la blanca cabellera,
más allá ...
donde la soledad contempló a Jesús,
víctima de la maldad,
sobre la montaña atezada de injusticia;
donde el hombre más bestia y menos espíritu,
más sombra y menos luz,
más abismo y menos cima;
rompiendo el voluptuoso tráfago de los siglos;
estaba ... bajo un cielo llameado de tinieblas,
avasallado por el galope hirsuto
de la ingratitud humana ...

He mirado en tus ojos
primordiales brotes de agua pura,
ávida por enjardinar la vida social.

He sentido en tu abrazo,
la avasalladora explosión de amistad,
transmitiendo paz,
perfumada de arcanos.

He escuchado tu palabra,
oración y plegaria acuciada de altura
finamente tamizada en ternura,
apta para regimentar la inocencia,
el amor y la adoración.

Eres de la misma arcilla,
de la misma roca,
del mismo tamaño de la montaña,
donde Jesús proclamó sus bienaventuranzas,
para felicidad del hombre
y purificación de los siglos.

ABRIL 7

Ah, mi amigo:
te convidó a mi festejo
en la hora fina de la noche
consagrada al pensamiento.

Mi festejo es como el derroche del mar
cargado de barcos.

Es profecía de evasión,
que anuncia el viento

en campanas tatuadas de esperanza.

Es pausa llena de ensueños,
entre las manos estiradas al espacio
y los acontecimientos de la oscuridad.

Es ronda sonora de deseos,
como carbunclos que danzan
en el escándalo fragante de la noche.

Es cardumen de palabras primigenias,
que habita en la memoria,
y se aposenta en el cáliz de una magnolia
vestida de inocencia.

Es arrancar las raíces
de un bosquecillo de niebla,
para suavizar las heridas del alma.

Es repletar las vinajeras íntimas
con vinos inebriantes,
traídos de lagares fantásticos.

Es mirar el infinito,
desde los barandales de nuestra finitud.

ABRIL 8

Escribo munificado por la libertad,
como el pez

que agujoneado por la espuma
proclama la llegada del rocío.

Como el ave deslumbrada
por abanicos blancos,
regresa al árbol
y al trino,
hechizado de asombros.

No sé si es la dicha;
pero si me aceptan los crisantemos
que dialogan conmigo
sobre los incendios del crepúsculo;
me hacen coqueterías
las primeras mariposas
desde el liviano encaje del día;
el picaflor que anida
en aleros del buen tiempo
y llega a mí
por andariveles de colores súbitos.

No sé si esto que escribo es poesía
o es un bello sueño
para gastar la vida en abundancia,
porque tiene mi perfil estremecido,
mis labios quemados
con destellos de fantasía,
el rumor entusiasta de mi sangre
transfigurada en lámpara,
agitada de vórtices azules
sobre las sienes;
está mi vida íntegra,

hecha con el polvo dulce de esta tierra.

Y están mis hombros que soportan al espíritu,
con su índice implacable y certero.

Heme aquí, amigo,
acontecido de señales de ultrasonido.

ABRIL 9

Vámonos mas allá del tiempo

vendimiando gajos de reminiscencias añejas.

En romance íntimo recordemos
la historia de nuestro amor:
camino de almas,
poemario de elegía sentimental,
oráculo de rocíos,
hazaña de la vida.

Dame el silencio bienamado de tus labios,
donde se insomnia el beso
y delira el suspiro;
las apacibles maneras de tu sonrisa,
imán para mi buena costumbre
de exiliarme contigo
en agoreríos de dicha.

Desde el alféizar de la casa hortelana,
desbordados de quimeras,

miremos el holocausto de la tarde:
luz, niebla, cordillera ...

Enjuaguemos las pupilas
con el limpio crepúsculo del día;
respiremos el frescor de la brisa
dispendiada en el huerto,
y el ruido dulzurado de los limoneros.

Hagan nuestras manos
los ternurados ritos de la vida
con la mimada ondulación de Shubert;
y alcemos el pensamiento
como estrellas de puntos luminosos,
por los inevitables algodones del ensueño,
o como el raudo vuelo de las golondrinas
por el cristal añil del horizonte.

ABRIL 10

Este es mi libro

presurado de euforia
por ángeles de lealtad.

Le envió alma afuera
para descifrar caligrafías de luz
en los imperios del agua,
o en los cuadernos siempre abiertos
de la noche inexorable,
donde deliran luceros

vociferando brillantíos inexhaustos.

Mi libro es suma de gozos heridos,
tristezas cariñadas,
experiencias añoradas,
nostalgias con perfume de secreto
y urgencia de ensueños nuevos.

Sirve para mitigar
esta gran sed de armonías,
el obstinado idilio de alma
cotriunfante en la exultancia del paisaje
- alcurnia de maravillas,
donde cupo mi ancestro -
y es como recibir la vida
con eucaristía de ideas
en el altar de Natura omnipresente.

Pude con él rescatar mi ventana
para mirar eternidades,
penetrar en la clepsidra
donde se desnuda el tiempo
y los espacios lloran
gránulos de materia nómada
en perpetuo devenir transformante.

Amada mía,
mírate en mi libro,
espejo terso hecho con mi sustancia.

ABRIL 11

Llegó el frío con arrogancia de élite;
sonó en el salón abigarrado
como sueldo de empleado público,
o como tos de magnate rico.

Se declaró libre,
un extraño llegado de lejos;
y por tanto respetable personaje,
digno de secretar con todos
y mirar a través de sus cristales,
desde los pies a la cabeza,
con osada altanería.

Se metió dentro del gabán,
de la piel de zorro polar;
se aferró en las manos enguantadas,
en las mejillas de grana,
en los escotes cargados de almidón.

Y todos reclamaron
con profundo respeto
!Que frío! ...
!Que frío! ...

Recorrió soberbio todos los lugares
y toda la gente le confirió autoridad,
legitimidad íntima.

Yo, sumido en mi rincón,
igual que guitarra sin cordaje

y sin cuerdas completas.
Sin embargo asusté a todos
e hice huir con espanto al frío
cuando sonoriqué valientemente
un a-cha-chay-
bastante fuerte...

ABRIL 12

Muro tumbal,
muñón de iglesia tutelar
de un pasado grande.

Muro de piedra mordida
por largos colmillos de tiempo;
decorado ahora sólo por mirlo mestizo
que arenga nostalgias enlutadas.

Escultura doblegada por todos los martirios,
atezada por hórridos seísmos,
la destemplanza de la angustia,
el olvido irreverente.

El viento amotinado y torvo
le escupe su orín y herrumbre.

Muro amurallado de silencio
con mascarada de espanto
y solemne pesadumbre soledosa.

Y sin embargo de su clausura sombría
en el fondo de las piedras,
la palabra soberbia
y el suntuoso grito, anclados;
los calcinados tiempos de la dicha,
la espiral alta de la esperanza
que convocó raudales de oración,
el cántico tañido en clave de excelencia,
con hábitos de espuma luminosa,
taladrando los espacios de la historia;
el gesto vertical de la noble Riobamba,
mirádonos memoria adentro
y orgullo en brújula de espíritu.

Todavía te lloran el Shamanga y el Cullca,
desde el alfa de su chocoto derruido
y el omega de las sombras triunfadoras.

Y te llora mi greda:
sangre y sentimiento,
con tu misma consciencia reverente.

ABRIL 13

Corrí por esos llanos
de la mano del sol,
empujado del viento.

Corrí contracorriente
del río; y su oleaje
acuciado de espuma
me puso sus señales
de oráculos sutiles
en la piel, en la sangre.

Recibí los elogios
del árbol riberizo,
el aplauso amarillo
del humilde carrizo.

Desperté la sonrisa
del penco y la retama,
el incendio sexual
de la menta, el festejo
de aladas golondrinas;
y hasta el oscuro párpado
de las pequeñas bestias
se abrieron con asombro.

Luego ascendí el otero
y hechizado de espacios,
con ruido de campana
disuelta de emociones,
dije adiós a la tarde
con jubiloso grito.

Mis brazos suplicantes
a la paz, y a la vida
prodigáronse insombres

sobre mi tierra amada.

ABRIL 14

Mi mano quiere ...
Busca con ansiedad la amistad;
estar del lado de la luz,
inseparable con la flor,
el fruto y el pan de las gentes.

Esta mano mía,
lo suficientemente grande,
puede aprehender el agua, el viento,
asir como hostia blanca
la historia de la Patria
y repartirla en bondad y orgullo.

Mi mano obrera y artesana,
puede pintar las lumbraradas
de la aurora y del ocaso;
medir la briosidad de agosto
la inocente niñez de diciembre
la constante primavera del huerto,
el azul marinero,
la tribuna dorada del jilguero.

Se relaciona en franca entrega
con los seres y las cosas.
Siembra una sonrisa en los niños,
escribe las crónicas de la mujer amada,

extravía las veletas de la poesía
y se engríe en sus torres
de elegante nobleza.

Fue hecha con los anillos del arco iris,
el ruido indeclinable del agua
y los anhelos verticales de mis padres.

ABRIL 15

Llega la noche ...
Estoy sobre la cima de la montaña:
columna de roca y soledad,
que desafía a los espacios
y al vacío;
donde el huracán galopa
sobre el alarido frío del pajonal.

Revolotean sobre mí los astros
venidos como río de lámparas sonámbula.

Quiero arrojarme de éxtasis
y siento que me agiganto
en punta de ábside.

O soy tan sólo un punto de aire
entre las sombras que se alargan
como venablos, desde la nada.

Me quedo estigmatizado

por rugidos de la eternidad.

ABRIL 16

El tiempo va dibujando en mi piel

sus oscuros jeroglíficos de muerte
color de humo;
los absurdos anclajes
de ilusivos navíos
nunca recuperados por la vida.

Allí están mi nombre y apellido,
escritos antes y después
de los abismos del tiempo,
del amor
y del olvido.

Tengo las pupilas como hélices mínimas
para el irrefrenable apetito de horizontes.

Volotean de los labios al recuerdo
ecos en trayectoria de ayer
y quizá de siempre,
hasta que ...

Antiquísima pluma de cristal
roza las sienas
con fragancia de naturaleza.

Sólo son míos:

el viejo reloj, que me mira
con ojos de pez asustado,
el espejo que piratea
las acrecidas nubes del silencio,
la página no escrita todavía
sobre mi encarcelado anhelo
de felicidad.

Oh, la machacada sonrisa de la burla,
los acuchillados instantes de la tarde.

ABRIL 17

Ser: la pupila de la fantasía
tan sólo un instante
con el langor de un suspiro
hondísimo.

Ser: música absoluta
dentro de una nota blanquísima
en los acordes
nacidos en violín enjorado de brillantes.

Ser: color intenso
hecho con zumos imperiales de sol
y torrencial salivilla de estrellas.

Ser: germen inexhausto
alborozado de savias inéditas
en trance agorero a la flor y a la espiga

en florestas de la eternidad.

Estar desnudo,
como en la orilla del mar,
purificado de amaneceres
ávido de maravillas fluidas,
en contacto con todos los génesis.

Estar transparentado por la sabiduría,
y con estremecimiento de relámpago
cincelar las arterias
de la escultura divina,
de la poesía.

Estar balsámico de dicha
y de bondad
en las ánforas energéticas del milagro
y en la sinfonía de una oración.

Estar en la ola gigante del tiempo
y con lenguaje blando,
me den la despedida
todas las cosas y los seres amados.

ABRIL 18

Mi nieto:
tiene en su mano pequeña
el calor primaverizado
de las cosas sencillas,

y su tersura siempre lista
para desbordar la ternura.

Su voz, unísona al júbilo y la risa,
destrenza la brisa
para las preguntas,
rocío limpio, mimetizado de perfume;
himno de inocencia blanquísima.

Tiene la misma estatura
del nardo insombre;
desafía la vida
con gestos transparentes,
ligerísimos.

Adrede voy con él por las vitrinas.
Yo sé que las cosas nos miran
con un incendio de pupilas,
y los vecinos se remolinan
para murmurar ...
seguramente con envidia.

El me acompaña cuando la angustia
me conduce hacia atrás, al recuerdo,
cuando me hundo en la melancolía
o asciendo a la noche
para saludar con mi silencio
a la hierática soledad.

ABRIL 19

Lucha, contradicción, desencanto ...

Veces no sé ni donde estoy;
si camino por encima de las tumbas,
si camino en sueños
sobre los hombros de las gentes;
o soy un sueño
en las sienas de algún vagabundo,
que no respeta valladares.

Abro el pensamiento para mirar todas las cosas,
conocer las almas,
confundirme en el tráfago
del mundo deformado;
convalecer de mi angustia,
que me arrincona
en las esquinas del destino.

Vulnero voluntariamente mi silencio,
que me cubre de enigmas;
y me quedo desnudo
a orillas de la carne;
desafío a que me acribillen los recuerdos,
los plurales dardos de la fantasía.

Y encuentro que sigo el mismo,
con los brazos en fragor de súplica
al Todo y a la Nada;
los pasos por el mismo sendero;
- altura y profundidad de ceniza -
llevo a cuesta este cuerpo,
que pertenece a la codicia de imposibles;

estos ojos,
deformados ya de tanto esperar
la luz perfecta.

ABRIL 20

Pálida visión de mujer

en trance de desaparecer,
detrás de suspiros húmedos;
camina por la calle a ritmo de olvido
como acertando distancias.

!Qué conmovida manera de mirar el pasado
y hacer rumor en los labios el beso perdido,
el esperado amor del corazón!

Aferrada a "esas cosas de la juventud" ...
su vida es caminar, desbrozando el presente,
indumentada de soledad densa,
cariciando recuerdos.

Las gentes la llaman "la loca"
y ella sonríe desde el absurdo hueco
de su boca ya sin dientes;
y haciendo noche en los ojos.

La conocí con su ternísima manera

de llegar a la juventud
desde la transparente adolescencia.
Y descubrió el amor:
júbilo y fuego,
libertad y esclavitud,
inclemencia de instinto,
poderío de alma,
idealismo y burla,
unidad y distancia,
color y forma,
poesía y dolor,
cortedad de fe, langor de olvido,
luz y sombra,
vida y muerte lentísima,
y sobre todo locura,
locura permanente,
irreversible.

ABRIL 21

Quiero en mi sangre la alquimia
para transformar este alboroto de ensueños
en alboradas constantes y diáfanas;
la euforia de mis anhelos
oriundos de enigmas inexhaustos,
en suprema palpitación vital,
mi desvelado oficio de huracán,
en atmósfera imperturbable de dulzura,
el derrumbe de incendios cegadores,
en ofrendas al amor y a la belleza.

Combato contra oleadas de tristeza
que tratan de invalidar mi informe
a la maravilla sensual del cosmos.

Doy mi testimonio de palabra
tatuada de armonía,
contra el aúllo grotesco del odio.

Elegí la altura del ala y la montaña
contra la espesura de abismos pavorosos.

Desplego los brazos cargados de haces amicales
contra el fuego bestial de la violencia.

Testimonio el triunfo libre de mis ojos
para explorar la luz, la lluvia, las estrellas.

Incauto la ternurada explosión de la música
para palpar con amor las huellas de Dios.

Proclamo mi espíritu que me desplaza
a las sustancias profundas de mi Patria,
y del infinito.

ABRIL 22

Tengo las savias ancestrales,
incendiándome la médula.

Soy la fotografía de mi tierra
hecho carne en alto relieve.

No uso guantes ni máscaras
porque llevo el contacto puro
de los vientos ariscos,
que lamen el frío de los páramos,
la claridad altiva de los nevados,
el másculo chocoto de los surcos.

Tengo en la piel el beso del sol tropical
los añadidos de la historia,
el sudor cáustico del trabajo.

Me gusta el ulular del viento,
porque en él gimen
las últimas palabras del misterio,
los ímprobos estragos del espacio,
los rotundos pasos del tiempo,
con urgencia de anarquía
y de tormento.

Amo lo imposible, lo difícil,
- Mi fama es la de un extraño
advenedizo en un mundo pragmático -
Amo la intensa respiración
de los volcanes andinos,
la vertical desnudez de las cascadas
llagadas de blancura.

Mis credenciales ante el mundo
me la dieron dinastías,

con la frente en la aventura
y el sello de una estrella.

ABRIL 23

Estoy meditabundo,
concentrado en un libro antiguo,
como entre el pasado y el futuro,
- tal vez mi costumbre -

No puedo apartar de la memoria
a Segismundo;
me seduce "la vida es sueño".
La existencia efímera, insoportable.

Sin embargo un mundo dentro de mí,
que lucha, ama,
sueña hasta el absurdo,
con seres autómatas
ebrios de casualidad,
como al pie de un peñasco
pronto a derrumbarse.
¿El bien? ¿El mal?

Grito con frivolidad,
tal vez con libertad
desde los muros del destino,
o desde este valle -desierto,-
desde este bosque sin límite.

!Oh pensamiento, redímeme!

más,
mucho más,
Plus Ultra.

ABRIL 24

Criatura amable:
dentro de su niñez, de campesina pobre,
encofra inocencia purísima,
y resalta su hermosura deliciosa.

Su cuerpo esbelto triunfa de la brisa;
y está en perfecta armonía
con el nardo, la azucena, el surtidor;
piel de suave, ternísima, canela,
boca besada de fantasía,
y pétalos de amapola traviesa;
su sonrisa ¿ pintura? ¿ o música?
abanicando la cálida ilusión
de su corazón juvenil.

Da placer mirar sus encantos,
la animación de sus gestos;
oír su voz ternurada en cada sílaba;
aprehender la amabilidad transparente,
su talento apto para la bondad,
como fluida del cuerpo
y de la paz del alma.

No puedo vencer la dicha de mirarla
como tesoro escondido,

y pensarla
cuando desciende el sol del cenit
hacia las sombras del poniente,
cuando la luna lejana
solicita el beso de la espuma,
cuando el gorrión alardea con trinos
los fastos del jardín,
cuando el árbol de mi patio
disputa la brisa fresca
a la parda nubecilla de la tarde.

Si cupiese le pondría
como metáfora vital,
dentro de mi poesía.

ABRIL 25

La memoria del agua

es pasado y futuro.

Como "ella" es superfemenina
su vocación - tributo, es caricia,
pregón de frescura,
letanía apasionada de belleza;
consagrar sus ondas a la feligresía
afincada en las orillas.

Bucólica, epopéyica, trotamundos
por querencias de viento limpio,

laberintos estambrados de roca.

Tiene una historia alongada en siglos,
escrita con alegría ingenua,
y profecía gozosa de vida,
desde la frente inmutable de la montaña
hasta la tupida emoción de los hortales,
y la esbelta razón del campesino.

Va marcando el camino
con dibujos de bienaventuranza;
lleva colección de panderetas
adornadas con quimeras,
para derrochar ritmos perfectos
en la piel curiosa de las piedras;
en los ojos rápidos de los peces.

Porque sobre sus ondas
danza la primavera de Strauss,
ostenta sobre su desnudez celeste
blusa bordada de espumas
y mantón de nostalgias íntimas.

ABRIL 26

Ascendí casi exánime

la sucesión de colinas corpulentas
- andamios para ascender al firmamento -
en cuyas espaldas de chocoto moreno
el aborígen cultiva pegujales

y el viento amistoso pide permiso
para derrochar frivolidad.

Magnífico miraje: muy arriba
sobre el lomo del Ande Oriental
alquimia en altísimo cráter
telúricas vaharadas rojizas
y lava ignicente,
ante la espectancia azul del horizonte.

Abajo la laguna de Colta,
espejo que se divierte
seduciendo al sol;
sobre ella, revolar de aves, patillos; ...
le circuye Santiago de Quito
hecha de chozas, cortijos, edificios
de aldeanos de estirpe milenaria.

El valle donde pacen inmutables
animales domésticos,
bajo el control de pastorcillos
arrebujados con ponchos y polleras
de colores vivos.

El totoral sirve para esconder el frío
y apaciguar el cansancio de las nubes.

Espolea mi imaginación
la formidable grandeza del paisaje;
yo arrojo mi equipaje
de emoción alborotada.

Si pudiera expresar cuanto siento
en un poema -espejo de mi alma
y de la exuberancia de esta vida-.

Sin embargo,
nunca estuve más poeta que hoy.

ABRIL 27

Tu figura, bella,
con todo el encanto de la juventud.

Sólo el corazón puede explicar
o reproducir en ternura
todo cuanto de ti rebosa.

Siempre que me preguntas como estoy,
te contesto bien HIJA MIA.
Y es verdad, cuando te veo
o escucho tu voz,
me pongo bien

La alegría del alma,
tu vida activa
hacen mi fiesta.

Me hago placer en algún rinconcillo del domingo
para perder mis ojos en el encanto del paisaje,
y siempre te veo en mi cercanía,
sobremanera cuando pienso en la bondad,

en la nobleza de la vida,
en el ingenuo perfume de una flor,
en el augusto concierto de una oración.

Y porque soy sumiso
a la emoción que me habita
todos los sentidos;
puedo equivocarme,
pero amo la verdad;
soy un pequeño extraño
que busca la luz y la belleza;
me atraen la altura,
el abismo, el misterio.

Qué difícil es referirte:
hice amistad con las tardes;
cuando estoy en mi retiro,
pongo las pupilas en la ventana
para ver donde se desvanece el sol.

ABRIL 28

Me extravié bajo la lluvia
y la apoteosis de relámpagos.

Quedé frente a la risa burlona
y en mitad de la algazara del huerto,
cuando el bosquecillo cimbró de humedad
con los chorros de la tempestad.

Me caían gotas, y gotas, incesantes;
creo que sin hacer ruido,
hasta desaparecer el mundo de mis ojos;
y sin embargo miraba
más allá de los espacios
y de las cosas;
oteaba desde la cima del pensamiento
los valles del cielo, casi ilímites,
los ríos de la fábula celeste,
los caminos de la emoción inédita;
todo un horizonte inmenso,
hermoso y tal vez sublime
delante del espíritu.

Cuando la lluvia concluyó,
el alma suspiraba por la dicha,
que se esfumaba con la tarde.

Yo soy hecho de carne,
hecho de minerales
y elementos de la naturaleza;
me unifico con lo que existe en el huerto;
no puedo desobedecer a la vida.

Tengo en la boca sensación deliciosa,
en la piel honda caricia.

Mi alma es tempestad de emociones.

ABRIL 29

Beethoven: soberbio, fogoso, vital,
más aún, sublime,
llegó caballero, soberano,
sobre "Claro de luna",
remeciendo con libertad los espacios
con estética sabiduría.

Penetró ufanísimo, de repente,
fiel a la vida,
por los altos escalones de la naturaleza:
dilapidó el "Canto a la alegría":
elogio a la vida triunfante.

Y eran el aire, el agua, los árboles, las cosas
en danza - fuerza de amistad,
danza - estremecida de ternuras,
sojuzgando multitud de primicias,
el brío de todo cuanto vive y existe.

Nos sentimos leves remeros en brillos
por litoral de maravillas;
y adelantándonos a las constelaciones,
al movimiento cósmico,
llegamos a respirar trozos de infinito.

Abiertos los sentidos a las emociones,
nos exquisitamos con la música,
y sensibles, audaces,
como niños dueños de pradera
en risueñidad florida,

con fuerza subyugada al vértigo
corrimos, volamos, detrás de la imaginación
de la dicha libérrima.

Mis amigos y yo
fuimos ya como dioses
en mar de riquezas inefables.
!Espectáculo maravilloso de la vida!
!Hermosura universal de la armonía!

ABRIL 30

No sé si estoy real en el mundo,
esclavo del tiempo,
encadenado a las cosas en devenir ...;
o si estoy disolviéndome
en anchurosa avenida de magias estelares,
o es un sueño tempestuoso de claridades
y abismos puros de música,
donde mil ojos me miran
subyugan, y consagran
a figuras escapadas de cristales,
carbunclos transparentes,
para sentir un instante la felicidad,
palpar el inmenso espectáculo de la vida,
vibrando en las cosas,
los espacios;
beber en copas de hermosura el infinito;
comprender la creación, ríos del cosmos,
las maravillas del pensamiento,
la plasticidad emocional del hombre;

predicciones de eternidad
hechas danzas;
efervescencia de los deseos,
retozos inefables del alma.

El espíritu singla en la música
hacia los misterios ...

¿Somos peregrinos felices en el mundo?

MAYO 1

Nada valdría el hombre

sin las excelencias de la música,
sin su seductora armonía,
su hálito sublime,
que agita y embellece el universo.

Sería un ser malvado,
bicho raquítico
de sangre fría,
insignificado e insignificante,
embutido en la pobreza
de su efímera carne.

Deambularía
enervado de instintos gregarios
en el torbellino vital inferior,
vigilado de tragedias hórridas
y vacíos colosales.

Maniqué de la sombra
y la desolación,
sin orgullo y sin fe;
ayuno de la razón
y sentimientos trascendentes.

El universo no sería bello,
exclusivo para el dolor.
Para qué la majestad de las montañas,
los dones del sol y del firmamento,
los anhelos frescos del agua,
la dignidad vertical del árbol.

Vanos los labios
sin el sonido agorero, te quiero,
o los fastos del "amor".

!Oh, la soledad de Dios!

MAYO 2

!Enfermo!
Día largo, duro, incómodo.
Y estar bajo cobijas;
la sofocada agudez de la fiebre,
el tacto del dolor en las sienes,
palpitación rojiza en los ojos,
insosiego en el cerebro,
navegando desde la angustia
hasta la derrota.

La sed como garra ríspida
de la garganta a la última célula;
el cansancio: golpes en la piel,
en la espalda,
en todos los músculos;
los nervios en fatigosa lucha.

Los instantes, avispas en danza lenta
pero agresivas,
incendian y apagan colores
en tumultos confusos...

Afuera: estarán el sol, la brisa,
danzando con alegría vital
sobre el huerto,
en las calles de mi ciudad,
en sus gentes.

Mi perro acechará lagartijas
bajo los arriates,
paladeará con sonoros lengüetazos
la frescura del agua,
acercará a la ventana
su olfato amistoso.

Adentro, yo y la soledad.

MAYO 3

Es penoso soportar la enfermedad,

y luchar contra su mal,
que concluye en abatimiento.

No puedo privar al pensamiento
sus aleos ligeros o apacibles;
con él abandono el lecho donde yazgo,
la alcoba ...
puedo transitar lugares amados,
y hasta senderillos fantásticos
y distantes.

Parece que me hundo en reflexiones,
y pronuncio palabras entrecortadas
con gestos absurdos de los labios febriles.

Sospecho de la luz ...
Me disgusta la sombra ...

Quisiera estar muy lejos de aquí,
en presencia de extraños horizontes,
en las riberas del mar,
sentir sus conmociones,
juntar mi alma toda
al níveo vuelo de la gaviota,
seguir con el espíritu ileso
el curso parabólico del sol;
o fundirme en el último brillo
que palpita tembloroso en una ola.

MAYO 4

Debe estar hermosa la mañana,
el campo róseo
salpicado de rocío,
la brisa dirigida en suave cordialidad
al íntimo perfume de la menta;
será realidad la blanca promesa
de la azucena sobre el tallo orgulloso.

Sospecho la danza del gorrión
sobre el muro pétreo del cortijo,
y el grave disgusto del musgo
por el acrobático retozo del mirlo.

El árbol proclamará su simpatía
con el azul hialino,
inspirado en las colinas;
habrá fundido su hermoso color verde
con los reflejos platinados de la nieve,
arrojados por el corpulento Chimborazo.

En mi alcoba y en toda la casa
el silencio ...
cordializando su hondura;
en mis manos Goethe,
sin despegar los labios
hablándome con dulzura
de Werther.

MAYO 5

¿Qué harán mis amigos este día?

Ellos son de mármol purísimo,
para monumental ideales.
!Seguramente en sus puestos de trabajo!

Uno: mente a mente, profesor y alumno;
el libro, el cuaderno, el pizarrón,
los proficuos signos del progreso,
en grafías, letras, números y símbolos,
la curiosidad por las leyes
que rigen la materia, la energía.

El otro, N.N. - un tanto vanidoso -
trasmitirá sus sueños literarios,
desbordando belleza en las sienas juveniles;
su figura, antena de radio antiguo,
boca siempre lista para la carcajada,
mirada escrutadora y ágil
de mochuelo bohemio.

El otro J.J. Grato como baño de mar,
o mejor vino añejo,
rociado en pechuga de faisán,
hablará de pie - como si estuviera sentado -
con palabras medidas de sicólogo
y bondad de pichón en alero seguro,
retribuirá con gestos discretos
y sentencias breves
las interrogaciones del alumnado.

M.M. Algo arcangélico,
y otro algo, profano;
acostumbra arrebatat al silencio

sus complejos y espectáculos inmóviles;
recopiló raíces, tallos y flores,
del huerto medieval,
para gravitar con ellos
en sus alumnos.

MAYO 6

Arrojo, como en comedia barata,
un centenar de maldiciones y pestes,
para salpicar la rigidez de la alcoba,
hacer trizas la soledad,
e increpar a la enfermedad,
que me desvale.

Subo y bajo el tono de la voz.
¿Mi público? El espejo,
con rostro alargado, icterico,
y la ventana que para aplacarme
se digna servir
ocho bandejas de cristal
lleno de claridad solar;
en ella el rosal del jardín aledaño
vestido de amarillo,
hace gracias de arlequín perfecto.

Un mosquito zancudo
me irroga bromas ligerísimas
y en diferentes tonos zumbantes.
No me siento agraviado

cuando me amenaza desde el foco
con intensos ojos negros;
da rienda suelta a los ultrajes,
grita, sacude las alas, revolotea,
sobre los remedios puestos en el velador.

Creo que también está enfermo
y desea ingerir, igual que yo,
algo que le cure;
o quiere llevar como trofeo
una de mis pestañas,
donde merodea el sueño
uniformado de cansancio.

MAYO 7

Me siento mejor de mi enfermedad,
y ese desconcierto del cuerpo conmigo mismo,
con los sentidos,
con el pensamiento,
con el ambiente.

Me asalta una idea - resolución:
nadie sabrá mi postración de 4 días,
¿Qué donde estuve?
¿Qué hice? ...

Diré estuve de viaje por regiones
que nada tienen que ver con paisajes locales;
alabaré debidamente su extraña belleza,

y ...
ayudado por la fantasía,
magnífico retratista de maravillas,
hermana fiel de mi pensamiento.

!Oh, pobre de mí!
Tengo convenio antiguo con la verdad
y mentir sería perder setenta años,
extraviar mi destino.

Simplemente pondré el tiempo
que se deslice sobre mi silencio.
Emplearé los días siguientes
de la mejor manera posible.
Me alzaré de hombros
ante los asuntos detestables.
Además, seguiré como siempre:
un punto, escurridizo y leve
en el tráfigo social.

MAYO 8

En la aventura de este día

repartí mis pupilas en todas las cosas
y el sonido del corazón - esclavo fugitivo -
en las orillas orquestadas del río.

Miré el espectáculo fuera de serie
del amanecer andino,
que con gritos de luz

ahuyentó a la noche y al frío.

Compré al sol
sus amplios repollos dorados
exhibidos en la cima ferial del Chimborazo.

La política cotidiana del árbol
- campesino de caprichos finos
e ingeniosos detalles -
avalúa y pregona
el celeberrimo mirlo,
precursor de motivos verdes
y frutos pintados de arco iris.

Vi el desfile festivo del viento
frente a la paciencia vertical del junco,
el pisoteo ruidoso de las nubes
en el antiguo reino del venado,
el caprichoso polvoreo de las rutas
para ocultar el disfraz del otoño,
viajero itinerante de los ocasos.

Arriesgué mi pasión de distancias
fundiendo mis brazos,
en la repentina parábola del Sangay
!Quise aprisionar el universo!

MAYO 9

!Ha cambiado el agua de la pileta!
Bordada de aurora y sol

me mira amical,
me da el "buenos días",
se entusiasma y palpita,
reluciendo su límpido candor,
exhibe sus formas de niña alegre,
sus colores novísimos, sonrisa, flor y luz.

Ostentosa, delante del limonero
toma impulso, salta,
hace parábolas retóricas de belleza,
desata en el ambiente
bosquecillo de perlas;
baja en derrumbes amatistas.

Les pone eufóricos a los gorriones,
que se acercan para escuchar
la resonancia purísima,
y llevar en el pico
la joya más hermosa.

El viento con cautelosas ráfagas
contraviene el gozo del agua;
quiere un collar de piedras preciosas
para formar su propio arco iris ...
avergonzado huye,
se oculta detrás de los arriates.

Caviloso (y todavía débil)
digo:
Este júbilo de la naturaleza
se quede en mis pupilas,
en mis oídos,

encarnen en el pensamiento
y transfiguren mi palabra.

MAYO 10

!Pido la opinión del sol!
El poeta es creador de símbolos,
se explica en la música;
fatiga de valores su médula,
no transige sino con la verdad
y la sabiduría,
alumbra con su espíritu inexhausto
mundos de belleza
y de misterio;
va más allá de la historia,
hace realidad un futuro luminoso,
succiona la sustancia de la vida,
la esencia de las cosas;
pinta y notifica todo lo extraño,
la presencia clandestina de la sombra,
hace contacto con las úlceras del alma,
se arriesga a las canteras de la luz,
cree inmovible en las estrellas,
se confía de la inocencia
del corazón extendido como una mano
donde está resurrecta la bondad
y hay un revuelo de alas ternuradas.

¿Y por qué sufre con humildad,
deliberadamente sumido

en los recodos del destino,
en el apogeo del estrago,
y su dolor es más grande
que el universo?

MAYO 11

Camino a empujones,
casi rodando, de la calle a la acera,
de la acera a la calle, ...
víctima de tumulto sin ideal,
y de mis sentimientos y convicciones.

El tumulto humano derrocha en el asfalto
superlativo miedo,
horrisona amenaza
¿Catarsis instintivo?

Se impone el ruido de suspiros,
jadeos violentos
que no atinan a ser llanto,
quejidos que suplantán al frío,
al hambre suburbial;
grito - por fin - mi grito,
que no puede deletrear la miseria,
ni logra la altitud de plegaria,
palabras gruesas, que restallan
como foetes furentes,
o caen como pedrada silvestre.

Perturbado,

pedí perdón a la democracia
por no incluirme en el barullo,
por no estropear mi voluntad
con la confusa exaltación,
no hacer venia al desplante vulgar,
no ceder la acera al espolón del odio,
por esquivar la carcajada del ególatra,
despreciar la mueca hirsuta,
la manía maligna del estulto audaz.

Quedé menos que una cosa,
obligado a rodar, hacer piruetas lejos;
un nada injuriado por la falsedad,
ahogado en la superficial
!política de mentira!

MAYO 12

¿Que gorrión no ha sollozado
en el día oscuro y frío?
¿Que lucero no ha temblado
en la hondura de la noche?

Ebrio de sales el mar
se aquieta sobre la arena;
y la nube vaporosa
se acurruca en la distancia,
cuando estalla la centella
sobre el confín de los Andes.

Así mi alma se revuelve

fatigada de la vida
hacia el aire de aquel tiempo,
breve y puro de la infancia.

Y convoca a la memoria
al umbroso corazón,
agoreríos de dicha,
los inconclusos salmodios
de la música, el intento
de amar, quizá en demasía,
la levedad inasida
de ensueños y de esperanzas.

Hanse ya desvanecido
por retumbos del silencio,
nohecidos por olvidos.

Y esta cántara de carne
con herida alticeleste
y en plenitud estival,
canta en último fragor,
sus inexhaustos dolores.

MAYO 13

¿Será que tus lágrimas se secaron
en los opacos límites del silencio?
¿Grabaste mi nombre en la arena
delante de acantilados indóciles?

Porque tú, tan ausente,

una perla preciosa
en la opulencia y el adulo;
ardor de mariposa
en el jardín de las Gracias y los deseos.

Yo, clausurado en la soledad,
a veces el recuerdo:
tus ojos, tus manos , el frú frú del vestido ...

Desato de repente un tulipán,
hago pacto de amistad con los elementos,
persigo al relámpago,
mirado de cerca por luciérnagas,
que flexibilizan la tiniebla.

Oigo los consejos filosóficos
pregonados por el gavián y el Chimborazo,
con acentos verticales;
los salmos con olor de santidad
de las madrugadas
mitradas con el paisaje
soberbio de mi tierra;
la afinada ciencia - espuma
de los móviles gabinetes del río,
el brillante arte del color y la forma,
hechos con pinceles lúdicos
en el lirio hortelano.

Además un libro,
un poco de Strauss, Vivaldi ...

Esta es mi soledad,

a donde no alcanza la envidia,
si, mi orgullo, tan simple
como desnudarme ante el sol.

!Soy más feliz que tú!

MAYO 14

Tengo para mi fantasía
el respaldo total del huerto
y los limpios escalones del aire.

Navego en barquillas azules
halado por peces acrobáticos
y alas con música dorada.

A veces me burlo del tiempo,
ya que sin darle motivo
martiriza mis cabellos
y suena su campana de silencio,
en el límite musical de la sangre.

Yo me defiando,
proclamando mi amor a todas las cosas,
y gozo en un castillo altísimo:
Así- de grande
así- tan bello,
con ventanales para mirar de frente
los mástiles oriflamados del ideal
sobre las trágicas olas de la vida.

No me avergüenzo
de subir con soplidos de brisa
hasta el borde del horizonte,
empujado por el ritmo del "Claro de Luna",
cuando Beethoven trata de salvarme
de los estragos de arenas movedizas
y los desiertos sin noticia de caminos,
que la degradada bruma
pone delante de mis pupilas.

Y cuando llega la fantasía
al sitio preciso donde la tarde impera;
yo avanzo,
extrañamente me alzo,
hasta el césped brillante de las estrellas.
Y me siento más alto que el dolor.

MAYO 15

Cayó del balcón a la calle
una canción redonda,
como gota inmensa de lluvia temblorosa y fría.

Y llegaron tus ojos de cristal
con intención de llanto

hasta el dolor guardado en el recuerdo.

Un espectro penetró de prisa en el cafetín;
arrastraba guitarra hecho de musgo
para alegrar a novísimos comediantes,
que acertaron a quebrar sus sienas
por acariciar fantasmas,
una noche rotulada de angustia.

Tú y yo volvimos a dúo las miradas
para denunciar el dulce tiempo
de nuestra juventud equivocada ...
y con ella los sueños del alma
urgencias de delirios,
repentinos sobresaltos de dicha,
la recién estrenada sabiduría del beso.

Llegó un arrepentido sople de luna,
menesterosa de música,
para grabar la opinión del frío
a lo largo de la acera
carcomida por la tristeza.

Envidio a la ciudad
que se cubre con capuchón impermeable.

!Debe llover torrencial,
porque hasta los faroles se doblegan!

MAYO 16

El anciano se va,
se va calle abajo ...

Lleva en su bolsillo
inventario de ternuras truncas
y hongos deshilachados por la angustia.

Tiene las manos contorsionadas
concéntricas al desprecio y la tortura;
los hombros lacerados por la intemperie;
inclinada la espalda
al peso del olvido y el cansancio.

Lleva las pupilas dirigidas
hacia el otro extremo de la vida;
como para atizar la sombra,
donde se ahuyenta la música,
y se alargan hasta el infinito
las cifras de los días,
los signos de los meses,
la geometría de los años sin ángulos.

!Oh la sabiduría del vacío!

Sus pies emigraron desde la madrugada
por senderos ahorcados por la soledad;
tropieza con cada insulto,
con la infamia hirsuta, descerebrada;
estropea el rumor subrepticio
urdido por las modas del día;
estorba las vertientes de la ira y la amistad.

El anciano se va,
se va derrotado, calle abajo,
derrotado; silencio arriba,
arrastrado por las sombras.

MAYO 17

Plugo a la efímera gloria
para calmar su sed
palabras húmedas de adulto;
venias y aplausos rutilantes,
el vino en cristal frágil,
del ditirambo fácil.

Le reconocieron su rostro
detrás de simulacros, desplantes, ...
momentáneos de la amistad y el adorno
y después de las tormentas,
cuando están ridículos el sol
y la sociedad.

Le exigieron su palabra vertical,
o los horizontales;
para encender recuerdos
frente a estatuas derruidas por la vanidad,
los monumentos orinecidos,
y alguien culpable de ignorancia,
audacia e irresponsabilidad.

Se le sometieron los antifaces

la hipocresía soplando humo.

Cuando trataron de mirarle de frente
como a persona especial,
no pudieron descender, limpios,
al fondo de su alma;
porque no imaginaron, siquiera,
el vuelo de sus ideales:
presididos de formas raras,
en alas impalpables.

!Era un poeta!

MAYO 18

El reloj mueve sus lanzas

en ritmo de girándula agresiva,
para azucar los instantes mínimos.

Interfiere los latidos de mi corazón;
deja en las sienes
las señas de un crepúsculo sangrante.

Voy al rescate de un sueño que perdí
en la bruma de una tarde doliente;
entro de lleno en la arquitectura del ayer,
y pienso
como debe pensar un ciego
guiado por los ritmos del sonido;
y clama por una voz delgada,

que le prevenga la caída.

Mientras el reloj gira, danza,
en círculos perfectos,
sobre estratos surrealistas.
Me considera hipnotizado,
me suplicia con golpes monótonos,
me desespera en remolinos
de ayer, hoy y siempre.

Es verdad que oigo pasar el tiempo,
como pasa un río, siempre fluente;
y los recuerdos me gritan
con voz galopante en túneles esquivos.

Afuera, el mismo soplo vano,
alma adentro,
una eternidad de tedio.

Me quedo colgado del reloj,
confidenciando la certeza
de ser un viajero moroso de la vida,
extraviado,
que olvidó el sendero de la muerte.

MAYO 19

Es verdad, tengo olor de trigal
en plena madurez,
y de limonero frondoso en cascajal yermo.

En mí la sal martirizada
bajo el dolor del acantilado solitario
y en litoral de tiniebla.

Me habita la cabellera intensa de la lluvia
con su nostalgia azul de cielo,
y las quietas banderas de la aurora.

El parpadeo encendido de una estrella,
donde se arriman mis sienes
para alimentar el insomnio.

La ventana alta del trópico,
levantado, ancho, alto y vertical,
para dialogar con el sol y el infinito.

El dulce rocío amanecido
en el hoyuelo parvo de los tréboles,
y que tiembla con la digital de la brisa.

La sonora letanía del agua
en el holocausto del arroyo al mar,
y su testimonio de ilusión constante.

El latido ardiente del verano,
y el trajín loco de la brújula,
que agita los aleros de mi vida.

Los desdoblados pasos de la carne,
donde rebotan el dolor y la alegría,
con límites de tiempo y de espacio.

La sonrisa desnuda y libre
para el encuentro con el Todo
y con un puñado suave de mi tierra.

MAYO 20

La luna incendió la espalda
de las últimas nubes fugitivas.

Se deslizó desde la cima de los Andes
- testa blanca de la tierra -
y rebotando ladera abajo
reinaguró la entraña de los abismos,
el lírico borbotón del río,
el romance nivoso del alero y la ventana.

Cayeron pétalos y serpentinas
desde jardines del cielo,
se repartieron en oleajes
con brillo de celeste perfecto,
atravesaron todos los ámbitos,
platinaron la serenidad de los oteros.

Hasta la piedra desarropó la sombra,
desató su consciencia milenaria de silencio,
su escondido reposo,
invocó a la luna
su estirpe de lirios alucinantes.

Yo debiera estar como las aves
en la más alta fronda
con cuerpo levedizado y sigiloso,
desvestido de ruidos y tormentas,
espíritu escapado en ansia loca,
unido a la majestad de la naturaleza,
y espectar tanta belleza,
cuando la luna
devela ante sus espejos absortos
toda su inocente desnudez.

MAYO 21

Llegó la garúa descalza,
para no turbar el cansancio del viento;
primero,
al callado paladar del farol de la calle
y para acallar
la risa dorada de los cínifes.

Era, luego, un suave llegar de llanto
al mustio follaje del árbol,
a la agresiva dureza del asfalto;
y al final, se dio al cristal de mi ventana
con música lenta.
¿Acaso llanto sin eco?

Pretendo creer que ansiaba entrar
a mi aposento
con sus entrañas frías
y su savia con dolor inútil.

Yo escribía la primera estrofa
de un poema también inútil; ...
quería matar el tedio
que abundoso me caía
por las delgadas gárgolas
del vacío interior.

La razón dormitaba entre las sombras;
y, de repente
se huracanó la tristeza,
puso murmullo de gemido en las sienas,
su eco pasó el cristal de la ventana,
y se ahuyentó la garúa,
taladrando la distancia oscura
de la noche inmensa.

Luego, yo y mi silencio sin eco;
yo y mi soledad,
esparcida como garúa fría;
yo en medio de la noche:
que como inmensa rosa maldita
crecía sobre mi carne.

MAYO 22

Miro el rostro
maravilloso de mi Patria:
en las llamas blancas de la cordillera
y el rojo roquedal que la sustenta;

en la ancianidad del Sangay,
que fuma la ceniza de los siglos;
en el abrazo azul del Mar Pacífico
y su rumbo sonámbulo por el trópico;
en la irreversible marcha de los ríos
y sus gritos de frutal altruismo;
en el denso impulso de la nube,
cuando fecunda el limo sitibundo;
en el relámpago, engendro poderoso,
para los cimeros holocaustos de la tierra;
en la silvestre batalla de los bosques,
para reivindicar el fragor de la vida;
en la dispersa soledad de los páramos,
que apacienta el frío y el abismo;
en el lento rumor de las praderas,
que anuncia la mies densa de esfuerzo;
en la caña gadúa, grama alticrecida
y en la gramilla undosa, mansión del caracol;
en el árbol del pan, del ceibo y de la chonta
que acaparan los grillos, la iguana, el papagayo;
en la lumbré acechante de los ojos del tigre
y los de la tortuga detenidos en el tiempo;
en el pico dulce, tornasol y elegante
del colibrí, jinete raudo de los hortales;
en el vuelo del cóndor por los andariveles
celestes de los Andes - Heraldo Ecuatoriano.

La miro en el sombrero de paja toquilla
y en el poncho pintado de surcos y comarcas.

MAYO 23

Amo el alma

profunda de mi Patria:
en la primera lumbre del niño, en su vagido,
que anuncia el compromiso con la vida;
en la sabiduría del libro, y en la augusta
tribuna vertical del pensamiento libre;
en la esencial grandeza de la historia,
escrita por el sol y las tres carabelas;
en la memoria exacta de la Nación Quiteña
en los templos al sol y a la luna,
que escucharon la voz vernacular del hombre;
en los templos barrocos consagrados a Dios,
que miran el calvario donde murió Jesús;
en las aldeas pobres circuidas de pencos
de las que se derrama el sudor campesino;
en el estridulado rumor de ciudad grande,
que impulsa y desafía su lucha hacia el futuro;
en la altiva soledad de las sienes, que riegan
las simientes fecundas de la verdad y el bien;
en el labio que anuncia la sagrada belleza,
y canta, sufre, llora por el dolor del mundo;
en la bondad ingénita de la madre y su rostro
radiante de virtud, que escudriña lo eterno;
en las manos del padre, que se rompe las venas,
y camina senderos de segura grandeza;
en el héroe, en el santo, próximos a la gloria,
derramando su sangre, despreciando los gozos;

y amo el alma sagrada de esta Patria, tan mía,
en las gestas torales que ennoblece mi pueblo.

MAYO 24

Yo canto jubiloso

a mi Patria radiante:

arruguita pequeña que navega en las ondas
azules del Pacífico y del río Amazonas;
tamaño de esperanza y de puño rebelde,
pero también de lágrima caída desde el cielo;
tierra limpia y de savia despierta, como el vino
que se lleva a la boca con dulzor y ternura;
llevada a las pupilas en plena heliofanía,
con el pulso ignicente y rojo de los volcanes.

Si eres hecha con ritos de estrella, selva y nieve,
entre espacios iguales de la luz y la sombra.

Porque estás en mis venas, musical, elocuente
y en todos los delirios a que alcanza mi euforia;
tatuada en la consciencia como ala sensitiva
o como la oración, que dobla mis rodillas;
si surges de la yema donde se acuna el nardo
y en los agoreríos elocuentes del trébol.

Me seduce el misterio plural de tus leyendas
y por eso mi canto es de sangre, de ensueño y poesía.

Te canto con la savia profunda del ayer

y la fuerza cimera de mañana y de siempre.

Si eres la bendición de la madre, el mensaje
en voz caudal de salmo y música de brisa.

Y te miro radiosa en las pupilas de Ella:
de la mujer que me ama y hace posible el verso.

MAYO 25

¿Porqué la vida del hombre es esto?
Soplo de fuego
que atraviesa los breñales del mundo,
espejo cóncavo para desfigurar
el grito profundo de los instintos,
el anhelo fervoroso del espíritu,
la urdimbre sensual de la carne;
humo pertinaz para hacer invisible
el dolor y la muerte;
travesura del cosmos
para romper la monotonía de la tristeza;
espiga que va de mano en mano,
de la cuna a la tumba;
consigna irreversible
de voz, canto y amor,
hechos ceniza en la alta noche.

Yo no sé nada ...
sólo siento la quejumbre del infinito,
la energía del vacío,
que hieren mis sienas;

la lejanía del enigma
en las aristas penumbrosas del tiempo
y del espacio;
la controversia entre la sonrisa
y el llanto.

A veces pienso que hasta el alma muere;
sólo el dolor sobrevive inscrito
debajo de los mármoles
y sobre la ceniza fría.

Por esto, y algo más,
reclamo con grito vertical
al abismo del misterio existencial,
- mientras la nada acecha -
¿Qué es la vida del hombre?

MAYO 26

Esta página

debió quedar vacía
o rota;
página vana,
simple, ridícula.

Igual que copa vacía de vida,
brizna de tiempo insípido
polvo donde germina
la desnudez del viento.

Mi mente vacía de intensiones
enclausurada en testa,
que ni suena;
mi corazón displicente,
lancinado con lascas de soledad.

La rutina del día
equivocó de piel,
de sangre,
de alma;
día perdido dentro de máscara,
día ojeroso,
legañoso.

Debí meter el día en féretro
hecho con esta página,
y con manchones negros,
y arrojarle en un abismo
para que le haga escarnios la tiniebla.

MAYO 27

Tiene la voz delgada

como perfume de alborada,
y cada letra sabe a terroncito de azúcar
o música empujada por brisa niña.

Su mirada, brizna de arco iris,
tamaño de rocío,
activada por la mansedumbre

para alumbrar un ensueño de paz
y comprender la maravilla de una flor.

Las manos multiplican afanes
de estrellas primordiales
y urgencias de espuma blanda.

Tienen precisión para el tallo perfecto
de la madreSelva, del jazmín, ...
y el recreo musical del canario.

Mirarla anunciando la luz
en la serenidad de su hogar,
atrayendo el añil del horizonte
para conmover el asombro
de sus dos hijos;
el anhelo en la noche
por llenarse de luciérnagas
y estrellas y afectos;
es percibir incontenible
la grandeza de la virtud,
aposentada con largueza
en mi hija.

MAYO 28

En el final de Mayo

el árbol devuelve a la tierra
sus últimas hojas,
como argumento válido de vida.

Ya no hay el laberinto floral
con orgullosos colores y formas
amanecido como llamas voluptuosas;
ni el canto de las aves
con la garganta en febril ambrosía;
ni el geométrico triunfo de las mariposas
- orquídeas de brisa fulgurada
apacentadas en dicha loca
entre la turgencia de las frutas -.

Ya no miro las caprichosas fábulas
inscritas por las nubes en el cielo;
ni la fluencia romántica de la lluvia,
que llegaba a los cristales
para hacer la poesía de la tarde.

El sol con golpetazos de centellas
menoscaba la verde dignidad del páramo
y horada el lomo de los muros;
la rana vestida de minifalda
sestea al filo del estanque;
sólo el lagarto, mimetizado de roca,
jadea feliz solfataras de miedo,
al mismo ritmo del viento huracanado.

La ironía del verano
llega a mi corazón,
por una claraboya de silencio
abierta en lo más alto de la tarde.

MAYO 29

Esta es mi poesía:
voz de carne,
de esta carne soñadora,
que huele a fe popular,
a compacta reciedumbre de paisaje,
a llama alucinada de pasión,
con ingredientes alquitarados
en el cerebro, el corazón y las manos.

Respira el éter de las montañas,
la sal del inmenso océano
agitado en las tormentadas
y áridas rocas de los farallones.

Tengo dentro del pecho el eco
del poderoso grito del relámpago,
que evidencia los límites del vacío
con la materia viva y fresca,
del flujo triunfante de los ríos;
de la tempestad indomable
en lucha con las horas vespertinas.

Lleva en la memoria,
como reciente beso de brisa,
la crónica fugaz de la juventud,
la sarcástica risa de los anhelos truncos,
la sencilla afectación por lo bello.

Carne: voluptuosidad,
inconsumida en la caricia, la quimera, la plegaria.

Carne: ósculo, ternura, deleite, aflicción,
que a veces suelta alas,
o cubre con amapolas las heridas.

Carne: resignación a la vida,
ola, resaca, valladar,
entrega, al olvido de bruma
disuelta sobre rescoldos,
y a la muerte.

MAYO 30

Esta es mi poesía:
voz de mi alma,
desnuda en la cima de la angustia,
y como disuelta en fondo insobornable,
donde desangra enigmas el Infinito.

Alma libadora de sustancias secretas,
fluidas desde el fuego invulnerado
del Absoluto,
y donde zarpan ideales
para el solitario viaje por la ilusión
y la esperanza sin riberas.

Abre las ventanas de la aventura,
y se deja yacente en sueño de alborada.

Habla en el idioma de la flores,
se transparenta como cristal ustorio,
y es dulce como el agua.

No sé porque siempre
regresa su mirada al ayer,
donde espejea mi infancia ...

A ratos descansa en mis sentidos,
arranca delicadamente
fragmentos de verdad,
para advertirme la eternidad.

A ratos pasea entre lirios y fontanas;
y en las manos del viento
me envía perfume de alegría,
la magia de la vida.

Adopta la forma de esponja
para absorber vinos oscuros
y las sombras que se derraman abundosas;
o se torna soplo en flautas profundas
y canta los dramas universales;
o grita anárquica, lóbrega;
u ora en el acorde puro
de la excelencia.

MAYO 31

Esta es mi poesía:
sílabas de mi espíritu
omnipresente, que me intuye y rige
por encima del bien y del mal,
de más allá del amor y del odio.

Partícula de la inmensidad creada,
libérrima en el alfa intemporal
para ductilizar la razón;
Nous idílico del alma
o pneuma y resurrección del pensamiento,
del sentimiento y la esperanza,
árbitro del destino,
refugio de mis miserias.

Su palabra, mensaje místico
o sagrado terror,
a imagen del Verbo-Dios
y a semejanza de los abismos sublimes,
desciende en acordes puros;
y es aliento de cosmofonía vívida.

Busca entendimiento con el alma,
para alumbrar la carne
con maravillas trascendentes
de la verdad y la belleza.

Reduce el tiempo a un instante eterno;
hace del espacio una vibración,
tangible para todas las cosas.

Su canto es júbilo de luz,
subsumida musicalidad
en la fe inmortal del hombre,
o gemido de sombra,
que percutirá más allá de la tumba.

JUNIO 1

El pensamiento bello
es idea de valor universal;
se manifiesta con absoluta claridad
y perfección,
es privilegio exclusivo del hombre.

Nacido por soplo divino
en un trémolo instante del cerebro,
cuando la vida está lúcida, feliz,
y ultrasensual;
abre las incógnitas y maravillas
de la tierra y del cosmos,
ostenta su potencia fructuosa,
recibe la unción del espíritu,
se nutre con el quid interior del alma.

Cuando la razón insatisfecha
por la pequeñez y lo superfluo,
saborea la esencia de lo excelso,
compara los senderos de la luz y la tiniebla,
y culmina en vértices de emoción.

Cuando la carne y sus instintos
se exultan aprehendiendo realidades
primarias y excepcionales,
y camina contrarutina
en dirección a lo supremo.

El hombre se ennoblece con ese pensamiento,

se inmersa en universos puros,
ductiliza la energía;
en ritmo triunfal
y augusto,
proclama su parentesco con la sabiduría
y señala las rutas de la historia,
erguido en las cumbres de la existencia.

JUNIO 2

Hoy me puse junto a la cruz,
y mi alma lamía, tímida,
la sangre de Jesús:
a la vez que, vino de pascua
savia redentora,
signo de vida eterna
para el que implora.

En la memoria
pesaba tanto el aire,
con la edad de los siglos
después del sacrificio
del Santo de los santos,

y en noble ejercicio:
un perfume de lirios
el inefable aliento de los ángeles,
purificando el suelo,
el llanto de las aves en el alba,
el beso de los cielos.

Con los modos de un niño
olvidé mis desvíos,
borré las huellas de mi sino,
las noches de mi rostro,
y en blanda transparencia
puse la oración en lo alto,
desangrando tristeza.

JUNIO 3

!Oh, el espectáculo del universo!
En huracanes de tiempo ileso
y hontanares de espacios inmensurables;
arterias de luz y sombra,
tempestad de soles y planetas y bólidos,
en órbitas de grandeza inexhausta,
que respiran, furencia de ventisco,
colosal energía rescatada del infinito.

!Eternidad,
setenta veces siete, eternidad,
y drama, belleza!

"Corsi y recorsi" ...
Atracción, repulsión
movimiento y lucha,
holocausto de lo finito a lo trascendente,
muerte, trastiempo, geometría;
ceniza yerma,

rescuerdo,
fuego en venablos fosforescentes,
y resurrección del átomo,
tránsito de materia que palpita,
microcosmo sitibundo,
conjunción y danza de fuerzas
en formas geométricas;
urdimbre de elementos
en oleajes y marejadas, inmensos;
plenitud de existencia vibrante,
arrolladora, ascendente,
hasta la Vida Summa,
consciencia y perfección del alma,
los instintos en alerta, insomnes,
la excelencia en joyel de pensamiento,
idilio del hombre con el espíritu.

!Universo, eternidad,
setenta veces siete, verdad,
gloria, música, belleza!

JUNIO 4

La luz se durmió en la pupila de una estrella,
donde gime mi nostalgia,
y pongo las primeras letras de un éxtasis-poema
y de tu nombre.

Revolar de ideas ... sentimientos:
el amor, la muerte, el infinito,
retumbándome en mi vida;

el olvido en lucha contra el dolor, la tristeza
hasta que el silencio de la noche
cayó vencido.

Vana mi fuga al vértice de un anhelo:
!Quise no existir así ...!
o existir intenso, de frente al Absoluto
sembrado de eternidades.

Repleto de éxtasis y fantasía
cohabitó, el tumulto de la noche
y las variaciones de su tristeza.

Escuché el impetuoso sonido universal;
padecí la estridulancia del caos;
me aturdió la majestad de esas cosas,
sus brillos, sus lejanías,
únicos referentes de lo desconocido.

Me atropellaba,
me oprimía,
la tenuidad horrible de la nada.

Sacudí de la mente lo que no puede ser ...
y me escurrí por una grieta vital
perceptible sólo al sentimiento
hecho voluntad.

Vuelvo a ser la pequeña realidad,
y escribo tu nombre.

JUNIO 5

El pensamiento es beso de espíritu

y destello del Absoluto.

Encadena en su luz a la verdad,
corre delante del destino del hombre,
para coronar de soles la sabiduría
disputando el territorio del misterio.

A la batalladora contra la sombra tumultuosa,
estambre imperturbable de los sentidos,
relampaguea en el deseo,
se gasta en el recuerdo,
canta la historia del universo,
germina fantasías,
en el barro luciente de las estrellas.

Bálsamo para derrocharse en ternura,
vino inebriante
en el amor.

Se hace torrente de frescura
cuando el poeta navega en maravillas,
huele a rocío y mansedumbre en el bien,
fragua y amolda universos
con las ocultas resinas del silencio,
en los recónditos laboratorios del filósofo;
semilla en los jardines del cerebro:
interrogaciones, añoranzas, esperanzas,
cuando le sale al encuentro
el suave tropel de la soledad,

en la oración, que congrega
la inocente desnudez del alma
y el perfume vertical del nardo.

Custodiado de emociones y altruismo,
se abre triunfal en el libro
o transita caminos de armonías
cuando el corazón se derrocha en música.

JUNIO 6

Abridme vuestro corazones
y sus secretos florezcan en mis manos.

Abridme el pensamiento,
y en blanco silencio
se haga sonrisa clara en mis pupilas.

Abridme los vitrales del espíritu,
y con gesto amical
confiadme los arcanos de la luz.

Ahora, que estoy de música,
hago coloquios sensuales
con las formas del alba;
mi piel hace caprichos de ternura
para la flor, el niño ...
y hay, muy adentro, una campana
de agua y de cristal purísimos.

Sabéis: yo regresé con la madrugada,
que ondulaba polífona
desde el Chimborazo a mi ciudad.

Entré por los zaguanes del vecindario
a las alcobas donde la vida descansa;
descendí por las torres de las iglesias
y estuve junto a las rodillas humilladas,
cuando los primeros salmos;
en el agua apurada del colegial;
corrí: ráfaga en desvarío grácil,
y quizá inocente,
por las calles,
las plazas,
los parques.

Trepé sobre la frente de los Andes,
más arriba ...
y puse mi rúbrica feliz en el firmamento.

JUNIO 7

El mirlo sacudió

los últimos grumos de la noche.

No cabía en él tanta satisfacción
y el orgullo le salía por el pico.

Como estaba alerta
recogió las bronceínas monedas,

arrojadas por las campanas de la torre.

Se puso recadero con los árboles.
Proclamó nombres multisilábicos
de genios vernaculares.
Pintó de dorado intenso el tiempo.
Disolvió en burbujas altisonantes
el rutinario tráfago de la ciudad.

Desempolvó la liviana arquitectura de la brisa,
que sufrió derrota tras derrota,
en su afán de escudriñar mi alcoba
por el cristal de la ventana.

Subido sobre un muro, lívido de susto
dio un discurso de barricada
a los cínifes, que hacían guardia al rosal;
alteró la conciencia pacífica del musgo;
puso en fuga a las margaritas,
que habían madrugado
para recibir el beso del sol
en sus blancas mejillas.

De repente, sonó un radio en ritmo artificioso.
El mirlo se agitó,
batió con violencia sus alas,
derramó muchas plumas sobre la calle;
y negro de ira, de bochorno,
huyó de los tejados,
pasó raudo sobre los eucaliptos,
llevando destrozado el corazón;
quizá para ocultarse en una estrella.

JUNIO 8

Primera comunión:

El pan transubstanciado en Jesús,
los niños transubstanciados en ángeles.

La mañana se detuvo
en tiempo de azucenas;
se escuchó límpido incendio blanco
en los hogares, el altar y el cielo,
campanas bullidoras de oración,
plegarias con clamor de rocío,
transparentadas de místico embeleso;
suspiros, y palabras, y saludos, con perfume,
perfume de nardo y de paz.

En la proa del día
el templo salesiano anegado de alegría,
promesas de virtud
y constancia en la fe,
desde la voz del alma;
sonoridad de espíritu
sobre pedestal de diamantes,
y alabastro adolescente
acrecido de alas,
hasta la fresca celestía de los luceros.

Las manos juntas inventaron
altas torres ojivales.

Sonrisas traspasadas de luz trinante,
profusión de velones votivos,
chisporroteando inocencia,
el incienso en oleaje
de nieve arrogante,
a la altura de la augusta ofrenda,
como hiedra sumisa al ensueño
ceñido a los vitrales.

En aleo de música ternurada
la mente escapa al ayer,
y suave, se abraza con el recuerdo
de un bello cielo.

JUNIO 9

A veces quisiéramos ser:
ala caudal en horizonte puro,
pupila de pez en fasto de agua,
voz silente de viento inexhausto,
barco con escala en todo puerto.

Sin importarnos la pequeñez de la carne
que cada instante acarrea la muerte.

O ser limpia sustancia de ilusión,
rotundidad sinfónica,
cofre perpetuo de esperanza,
transparente cima de verdad.

Sin importarnos la vocación del alma,
acostumbrada a la intemperie,
y a los súbitos zarpazos del fracaso.

Ser apogeo de pasión por lo eterno,
ternura desbordada para todas las cosas,
amistad insombrada para los seres,
amor para toda la humanidad.

Sin importarnos los caprichos del pensamiento
que se afina en los abismos.

Aprehender el alfa de la sabiduría
para comprender la armonía;
nutrirnos de virtud que fecunda la alegría,
y de la música que intima con la paz.

Sin importarnos los gritos imposibles
del espíritu,
desde su inalcanzable alcurnia de excelencia
o arrojarnos de la realidad universal,
para presenciar el constante devenir
de la vida fresca y olorosa
a la muerte fría y honda;
y durar impávidos,
hasta el último fulgor de las estrellas
y la ternura final,
a que alcance el amor universal.

JUNIO 10

Está el dolor del hombre

enroscado en la médula,
como serpiente que acosa.

Sigue insaciable
detrás de cada esperanza,
delante de toda ilusión,
inmenso en la soledad
implacable en el pensamiento.

Conoce nuestros instintos,
la obsesión por cosas materiales,
el hartazgo con dinero, gloria, poder,
todo lo que ensalivamos de adulo,
lo que cruje con el parpadeo del anhelo,
aquello que llamamos amor:
deseo, caricia, egoísmo, posesión.

Después ... llega el dolor,
para un festín de grumos y de llanto.

Si se desnuda el hombre
de sus atavíos transitorios,
de las candilejas, que transfugan la miseria,
las máscaras que quieren ser sonrisa,
la euforia forzada por contagio,
la embriaguez en la orgía de moda,
el aplauso escurridizo de las manos
el elogio errado o dicho con mentira.

Entonces el dolor desde cada célula
nos grita:

!Esta es la humanidad! ...
y nos duelen:
el profundo misterio que no alcanzamos,
el bien evadido en muñones,
la felicidad, que ni la tangenciamos,
la fe, con su tañido de distancias,
el ideal, la belleza que no los conquistamos.

!Nos duele ser tan pequeños y finitos!

JUNIO 11

Tu "Hora de las Tinieblas". Pombo. Aquí. Ahora.
Arthur Schopenhauer,
tus Jeremías vibran al presente
en repetición circular de hórridos clangores.

"Heraldos Negros" de la naturaleza humana,
donde el deseo es océano sin riberas,
la satisfacción efímera, la existencia corta,
y donde el hombre dotado de genio,
o el humilde, que no quiere
hacerse perdonar sus virtudes,
son entre todos los que sufren más.

El hombre combate en trágico escenario,
entre la voluntad de vivir- génesis
y la voluntad de morir- thanatos.

Todos sus bienes sólo son vanidad,

sus ilusiones locuras, mentiras,
sus conquistas baldías;
y la muerte su definitiva derrota.

José María Egas, tu "plegaria santa"
"que desconsolada" llegó ya "a las plantas"
del señor Jesucristo ...
porque el mundo está loco,
el mundo está enfermo
y "se muere" "de un mal imprevisto".

Dante, tu infierno está aquí,
mundo fosforescido de miseria y dolor,
cárcel de terror y de tortura,
roquerío de batalla furente,
donde el hombre arrebatada a dentellada
pus, materia, sangre, espacio, placer;
el instinto bestializado campea libertino;
traición y derrota al alma;
victoria para el odio y la violencia.

Los esqueletos, el vómito, el escupitajo,
cubren el espíritu.
!Hora de las Tinieblas!

JUNIO 12

Señor. Te lo suplico.
No me quites la vista.
Te lo suplico, no por el mundo en sí,
sino porque es tu creación;

y te miro, Señor, en cada cosa,
en las cosas grandes:
montañas, ríos, mares;
en las cosas pequeñas:
gramilla, cínife, arenisca;
y en toda forma; en todo color.

Y te bendigo en la luz.
Te adoro en la música,
que abre rutas de ternura,
habilita el cerebro, el corazón,
para la hermosura,
hace evidente la armonía
del universo contigo.

O es que quieres mostrarte
más radioso y grande
en medio de mis temores,
y quieres gritarme designios de misericordia
desde más allá de la sombra
y de la noche.

Ser mi Absoluto Logos
de los inaudibles misterios metafísicos
y metaespirituales.

Y entonces, desde mi alvéolo negativo
puedo atreverme a la alegría,
y gritarle al mundo, y a tí mismo decirte
"Fiat Obscuritas".

Y te esperaré en los desfiladeros

de mi silencio,
aunque no podré sollozarte
mis pocos otoños que me faltan,
y mi tacto quedará con su digital jubilosa
en la caverna del tiempo.

JUNIO 13

¿Qué busca el águila
con vuelo ufano,
sobre avenida de nubes,
que rotura al viento?

!Espacios, más espacios de luz !...
¿Qué busca la pupila de la aurora,
que descarga sobre la tierra
abalorios encantados
y glándulas de vaho translúcido?
!Espacios, más espacios de armonía!...

¿Qué busca el huracán
inflamado de hórridos remolinos
y súbito golpea las montañas,
descuaja las rocas,
atornilla de estragos la pradera?

!Espacios, más espacios libres!...

¿Qué busca el rayo retumbante,
que esgrime sus fanales
sobre las altas cimas,

y siembra espanto en los abismos?
!Espacios, más espacios inmensurables!

¿Qué busca el espíritu sitibundo del hombre,
que desbroza la espesa tiniebla,
remesa la profundidad de la energía,
rebaso la muralla del tiempo,
sondea la sustancia?

!Espacios, más espacios verticales
de luz y de armonía
para llegar al infinito!

JUNIO 14

Baruch Spinoza,
combatiste el odio con amor,
como un niño, contento y seguro.
Le mediste al hombre con la naturaleza.

La conducta del hombre:
pasión, vicio, virtud...
es lo mismo que la conducta de la atmósfera:
tempestad, trueno, lluvia;
o la conducta de la tierra:
terremoto, erosión, exuberancia.

La pasión es una tempestad fisiológica
y hace un terremoto psicológico.

El vicio es trueno en la carne
y erosiona el alma.

La virtud es lluvia de vida
y exúbera el espíritu.

El mayor bien es conocer
la unión del alma con la naturaleza;
es decir
descubrir el orden universal.

Busco una metáfora
para decirte Poeta,
porque eres hondamente lírico;
un milagroso pensamiento
para proclamarte Santo,
porque actualizaste el Sermón de la Montaña;
la sabiduría del amor y del dolor
para bendecirte como Filósofo,
porque tus pensamientos
más bastos que el mar,
y tus consejos
más profundos que sus abismos.

JUNIO 15

Padre. De niño te exigí
que hicieras florecer el sol

en la plenitud del patio.

Que llegue tu sonrisa
antes del amanecer
de cada día.

Que tu palabra arroje cariñales
a la terciopelada desnudez de la luna,
cuando con mis hermanas
hacíamos la tropa bulliciosa
en pos de la gallina ciega.”

Que tus manos se queden sembradas
en los hortales proficuos de fruto;
o donde las montañas
semejant catedrales de roca y nieve.

Ahora, te llamo,
y pronuncio tu nombre,
tantas veces:
en los oleajes de la vida;
cuando bulle el silencio,
en la oscura yema de la noche,
y arrimo mis células
a las durísimas columnas de la soledad.

Ahora, mi palabra
tiene el mismo peso de las tardes
y de los árboles inmensos
en los que se oculta el frío.

Ahora, tu eliges

el idioma central de la eternidad,
donde atiendes con esmero
de gran señor de las alturas
el parpadeo de las estrellas.

JUNIO 16

Motivado para soportaros.
Aquí estoy.
Grito P-r-e-s-e-n-t-e.
A ti sombra, hélice del vacío.
A ti soledad, antiguo coágulo del sonido.
A ti dolor, mortero de la alegría.
A ti muerte, ahitada de vida.

Haced fila.
Llenad la úlcera de mi costado.
Como siempre agresivos,
amargos, cataclísmicos;
ahorcad mis células;
masticad la sonrisa;
ocupad el oxígeno de la sangre;
abrid abismos funéreos en los brazos,
donde yo puse ternura, amistad, amor;
grabad en mi piel
diagramas de tortura
en aptitud incesante de espanto;
hospedadme como un maldito
en la deriva de la noche;
llenadme con temblores

de olvido y anatema;
transmutad en arcilla lívida y fría
todos los sentidos.

Pero quedaos allí, hasta el fin ...
desnudos de victoria,
en las grietas sedientas de la nada;
porque no podréis horadar mi palabra
para erosionar las causas del alma.

JUNIO 17

Yo te invoco sonido:
que te hundas en mi cuerpo,
en constancia de dardo transparente.

Te proclamo música:
baja acariciante a mi alma
y transfórmame
en ileso átomo vibrante
para uso de tu belleza.

Te bendigo armonía:
detén tu erranza de esplendor blanquísimo,
y puéblame de noble resonancia;
hazme fuego delirante de cimas ...

Se enciende el ambiente
con tupido plumaje de luz,
parpadea el espacio universal
y se derrumban cascadas de cristal

en las comarcas del tiempo bullente.

Aletea el pensamiento
sobre imperios del éxtasis,
con suceso de agua hambrienta de tempestad;
revolotean relámpagos
por desfiladeros de estupor immaculado.

En novísimas ánforas,
hechas con pupilas hipnóticas
y mitos inefables,
develízanse volúmenes de auroras
y lámparas con esperma
y sal de eternidades.

Presencia de dioses
adornados de abismos retumbantes,
para presidir holocausto a la fantasía.

Arboladura ebria de recuerdos,
y el polen resurrecto de futuro ilímite.

JUNIO 18

Miradlos.
Estos son mis ojos,
balcones donde me apoyo
para batallar con lo espacios,
en la floresta nocturna,
donde me miran las estrellas

con grandes pupilas inocentes.

Forrados con verde - azul - blanco, festivos,
del inagotable paisaje de mi tierra.

A veces se hacen vaso místico
para el ceremonial de la vida;
en él pongo todo mi cuerpo,
transfigurado en carámbano sensitivo,
para officiar en las madrugadas
el aleluya al fulgor del pensamiento.

Crecen en profundidad,
cuando en tiempo de silencio puro
estiro el alma en derredor de Dios.

Confieso. En mi niñez
les consagré al baile del trompo,
al desafío de mi cometa con el viento,
que adrede se ponía de vacaciones,
al vuelo raudal de las golondrinas,
que al pasar por la ventana escolar
me hacían guiños clandestinos
para una pasantía a la aventura.

Ahora,
muchas veces,
les dejo pegados al espejo,
porque me señalan
las agresivas máscaras del tiempo.

JUNIO 19

Esta noche dormiré fuera de casa,
en la ribera del río,
bajo el lienzo blanco de la luna,
y un cobertor de retama.

Reclinaré la cabeza
en las raíces de un árbol añoso,
y todo el cuerpo sobre la yerba blanda.

Las estrellas me mirarán
con el ceño fruncido,
tal vez me soplarán sorbos de niebla,
entre el frenesí de luciérnagas ambulantes.

Vendrá desde lejos el rocío,
llorando,
a mirar mis ojos náufragos;
despetalarán en ellos
con amical asonancia
las cortadas flores del horizonte;
me pronosticarán
blancos y sonrientes fantasmas
salidos del espejo infantil de la alborada.
Yo extraviaré el pensamiento
en los jardines de Epicuro,
participaré de las huestes
dirigidas por Zenón de Citio y Crisipo;
Diógenes alargará hacia mí
su lámpara envejecida en vano;
y recogeré los dardos

húmedos de verdad
de Schopenhauer.

JUNIO 20

Llegaron mis hermanas

y fugó la íntima palidez de la tristeza.

Nos miramos el rostro,
donde el tiempo escribió designios irreversibles;
después el alma, entre laberinto de emociones
y bañada de misterios.

Trajeron envueltos en palabras azules
los alcores donde sonríen los recuerdos;
en las sortijas de esmeralda y topacio
brillaba encantado el amor.

Uno que otro sorbo de añoranza,
del sucesivo pomo de la alegría.

Los pocos instantes de silencio
condujeron de la mano hasta las sienes,
con presura de cielo claro,
las favoritas veladas de la infancia,
donde uníamos el alto índice del padre,
con la suavísima saudade de la madre,
y el delirio fugitivo de nuestra arcilla.

Del costado de la casa

surgió un navío,
ensamblado con alas de palomas
y espigas en bonanza del huerto;
y guiado sobre la luz hialina de confianzas.

Mientras hablamos,
un diamante doblégó la sombra,
y se afanaba buscando
el corazón blanquísimo de un ángel.

JUNIO 21

Soy barro inevitable

desde la célula inicial,
amasado al arbitrio
por el tiempo que pasa con presura,
exterminando el ayer, el hoy ...

Estreno la alegría en el itinerario,
en las bahías y los puertos,
esta tristeza prestada para todo el viaje,
las preguntas negadas,
colgadas, como peces sedientos
en el más allá.

Soy el mineral que suena
igual que cuerda de guitarra insomne,
para hacer trizas el silencio,
electrizado por gritos retumbantes,
que imprime en las montañas
extasiadas de altura.

Soy esta carne tropical,
salpicada de instintos,
la cotidiana boda con el sol y la lluvia;
ataviada de espigas,
horizontes de vidrio,
algún huracán rezagado en el sollozo,
el ensueño, la ilusión;
candelabros con digital de ancestros,
para uso en domingos de historia.

Soy este pensamiento,
pan de mi alma,
que marcha mano a mano,
con la velocidad del milagro,
y donde se exilian
partículas de ala y caracol hialinos,
para descubrir las torres eternas.

JUNIO 22

Hacer poesía,
es tener el pie siempre alerta
para fugar en ritmo de danza
por órbitas de ensueño;
y mantenerse sobre piedra blanca
- resistiendo los espejismos de la nada -

Mantener la sed despierta en playas

de oceanía prístina de armonía
y violentar la sangre en expresión de iris,
- resistiendo los espejismos de la nada -

Estar malherido de por vida
en las trincheras donde lucha el dolor,
aliado al olvido, la ausencia, la miseria,
contra la omnisensible,
maravilla de la música,
las venturosas vertientes de la belleza,
la ablución cardinal de la nobleza,
la floresta inexhausta
de lo extraño hipnótico.

Respirar, reír, llorar, con cada célula
en las señales y retos del hombre,
sobre las cimas del mundo,
y dentro de la humildad de las cosas.

Asfixiarse cabe el inútil plañido del abismo,
y en el escorzo holgazán de las galaxias.

Sumergirse, muy adentro
en los silencios tersurados,
en los que se asilan los sentimientos;
o en aquellas soledades hondas,
- alcuña polífona del espíritu -
que testimonia excelencias.

Despertar a la eternidad con la oración
en vértigo de angustia,
o con el grito de eco inexorable,

ilesos de insomnio y de vigilia.

JUNIO 23

Amiga, compañera, amada. Mía.
Nos llama el huerto, cuando las flores danzan
cubiertas de perlas derrochadas por el rocío.

Alzo la voz entre el viento platinado,
quieto, tibio, con efluvios del río.

El horizonte ostenta sinfonía mágica:
añil, azul, verde,
coronado de nieve, blanco compacto.

Míralo. Gózalo. Nuestro amor es así:
sonrisa de vida
acumulada en torres de blancura
sobre agoreríos de labios,
júbilo del alma.

Es sentimiento modelado con esplendores,
flotando anhelos, dichas,
como para escribir una novela
en mármoles pulidos por el sol y la luna.

Brisa nacida de un suspiro grande,
enviada a campanarios
para revuelo de aleluyas,
brisa -vaharada de canarios

que saludan alborozados a la luz.

Amada, alza tus brazos en el huerto;
te aromen la luz, la brisa, las flores
y esta sinfonía enternecida de la tierra,
mientras proclamo al horizonte nuestro amor.

Después ...Donde
se inflama rojizo el reflejo del poniente;
el universo nos contemplará mustio,
el huerto susurrará gimiente,
los colores del horizonte
estarán sedicentes
con el viento de la tarde.

JUNIO 24

Desbordé mis sienes
con pétalos de estrellas;
y estuve donde los poemas germinan
con extraña alegría;
bajo el ala caudal de la fantasía,
y dentro de una guzla
hecha con lirio niño.

Es verdad. Modelé mis labios
rozándolos en bordes misteriosos de luz;
bebí la copa fiel de espumas fabulosas;
y tuve la palabra - arroyo en los sentidos,
sonoricé el canto - victoria de carne,

la emoción - cristal de azul intacto
hecha sortija de alma para ti.

Y parlé con el cielo,
le entregué tu nombre,
Jacqueline,
pronunciado con glisar de rocío,
en coloquio de nube que arcoirisa el horizonte,
con el sonido blanco de espiga,
la móvil gema de luciérnagas.

Porque decir Jacqueline,
es eso y además,
percibir la música de hélices ustorios
y encontrar las huellas de Dios
diciendo sus bienaventuranzas.

JUNIO 25

Mirad este es mi rostro:
arañado de nubes extasiadas
y dioses furiosos de arcanos.

Su verdadera cualidad
es haber durado tanto,
bajo el tráfigo social,
y su analogía
con la parte antigua de una roca.

Por mis pupilas ha llorado sus luces
el relámpago extraviado

por laberinto de hogueras
y tinieblas.
Las dejo suspendidas en la lluvia,
en la adulta cascada libre,
que decreta el peñasco y la espuma,
en la altivez metafísica de los Andes,
hechos con turgente exactitud de belleza.
Cada noche les exijo, que me entreguen
partículas de carbón y fuego
hacinadas detrás de los espacios
ebrias de misterios veloces.

Prefiero mostrar mis manos grandes,
porque modelan la amistad con los seres,
para hacer montañas de ternura
en los recodos de la vida.
Ejercen la función de vasos
para beber la savia
recogida en fontanas del tiempo
cuando me inclino ante la historia.
Se empapan con sangre de alba,
capturan abalorios del ocaso,
para quemar ante la poesía
en holocausto lírico.

JUNIO 26

El colibrí sufre delirium tremens.
Se da a la bebida
- su leit motiv -

tarde, mañana, siempre;
cada flor es una taberna.

Ya ebrio pelea con el gavián;
tórñase trapecista
en el campanario de las nubes.

Vestido con chaleco de colores
pisotea la brisa sin hacer ruido,
hace figuras de ballet
con portentosa maestría,
imita a Jerome Robbins, Pavlova ...

Se queda inmóvil
a grado cero de gravedad,
tal vez con deseo de reposo,
nunca de sueño;
cariciada su vanidad
por los dorados rayos del sol;
luego escapa, raudo, libre
para hacerse invisible.

Mimado por la madre selva del seto,
y como pícaro seminarista
en el recreo del huerto
la seduce con promesas y pláticas,
desde su arrellanado alcor de capulí;
con ojo insolente guiña
al nenúfar del río cercano.

El arco iris es la bandeja
para su cena con ambrosías siderales

y bañarse con dignidad sibarita.

JUNIO 27

Junio tiene ruido de espigas maduras.
Los árboles agitan sus hojas
embalsamadas con color naranja.

El otero tórnase exponente de rebeldía
comprometido con ráfagas de viento,
potros desbocados de polvo,
y el temblor ardiente
en las espaldas del campesino.

La rana pretende suicidarse
estrangulada con nenúfares secas,
frente al ojo espantoso del abejorro,
que dormita asesante
en pleno sol de mediodía.

A la hora en que los árboles periclitán
agredidos con las escarpadas sombras,
la luna vestida con camisón de randa,
sin prejuicio alguno,
hace propuestas lúbricas
a los macizos de la cordillera,
que fungen de intelectuales,
porque en colosal holganza
se elevan hacia la altura,
con ánimo alerta
y encantador desenfado,

sobre el conjuro servil de elementos inferiores.
Ostentan bucles de alabastro y cristal,
distinguidísimo señorío
sobre lontanías de rocas,
azoradas por eternidades pávidas,
color y forma de humo intacto.

Son los guardianes del planeta
ante la agresión de los espacios.

JUNIO 28

Se desmorona el día
por atezado tobogán de la noche.

En el huerto
un mochuelo insulta a la luna
con vulgaridad increíble.

Se escucha
evaporado lamento soterrado,
como detrás del frío de la piedra,
del aterido tronco de un árbol añoso,
de los insepultos pétalos del crisantemo.

Solloza el silencio.
Gimen las sombras.

¿Es la ceniza del gorrión canoro
en debajo la arena baldía?

¿Es el agua en agonía,
herida por el bronce de un lucero?

Ennochece,
los sentidos, yermos, fríos,
como ceñidos al criptal de la bruma
transitan el aire ciego,
los recodos resinosos de la tiniebla, donde:
los escombrados aromas de la fronda,
la salina herrumbre de la soledad;
y donde:
los instantes de la realidad zozobran,
se improvisa en cordaje agresivo
la nostalgia.

De profundis: espacio, materia, vida,
fugaceados por el vacío.

De profundis: alma mía,
afluida en mansedumbre
por tumultuosos altamares de angustia.

!Légamo nocturno,
vencedor de mi carne,
acalla el eco del abismo!

JUNIO 29

En el alféizar de la ventana,
que hace flexible el pensamiento
a la gracia fresca de tu frente,

y puebla de ternuras mis manos.

Oigo los pasos del silencio
sobre el musgo baldío del tiempo,
el soplo sigiloso de la sombra
sobre la suelta cabellera de la tarde.

- Caracol invisible -

Voy hondura de tus ojos adentro,
a respirar longevidad de sosiego,
a mojar mi cántara de ensueños
en las grutas presuradas de la paz.

Tú, vestida de estrellas y de aromas,
desbordados jacintos en la piel,
y la borrasca azul del sentimiento,
lloviéndote en la sangre,
en duración ilímite;
esperas sumisa
los excelsos designios del alma.

Transidos con ráfagas de dicha,
podremos desvanecernos
en la omnipotente dulcedumbre
del amor.

JUNIO 30

Puruhuay, indio legítimo de mi tierra.
Venciste a la intemperie de los siglos,
porque llevas remolinos del sol en la frente,

desgranas las estrellas, como simientes,
soplas huracanes sobre páramos bravíos,
distribuyes la lluvia desgarrando el firmamento,
domesticas el granizo,
develizas la entraña de la roca
para las maravillas del arte.

Tus manos en la túrgida bienaventuranza
de pámpanos, lamburdas, espigas ...
en los flancos de la colina sorprendida,
en los hispídeos breñales,
desde los alígeros índices del alba
hasta las primeras lámparas nocturnas.

Tu grito vertical y frondoso de rebeldía
desde los abismos y las paramías,
hasta el índice furente del relámpago.

Tu plegaria de brazos ceñidos
al arrayán, al quishuar, al capulí ...
salida de las nervudas cuencas de la garganta
como la sinfonía del mirlo, la torcaz, la cascada.

Pongo mis manos y mis sienes
a la altura de tu pecho
- poderosa pirámide de resistencia -

Hazme confianza de tus fábulas
tus leyendas, tu historia
donde se incubó tu primera sonrisa,
el primer penacho de orgullo
sobre el esmeraldino "llauto"

y sobre el ruido colosal del tiempo.

Proporcióname un momento la "unancha"
para golpear con certeza al olvido
y derruir la sombra del pasado.

JULIO 1

Hay veces que el pensamiento

se agota roído por la angustia,
se desequilibra o pierde
en el itinerario emocional,
en la evasión por regiones hiperbólicas
de la aventura humana.

No alcanza a desentrañar
los símbolos interiores,
la esencia de los anhelos
el vuelo del ideal;
aunque el amor
nos grite su bello imperio,
sus misterios sentimentales,
desde la vida,
y el tiempo.

El espíritu se queja,
se atormenta,
queda absorto.

¿Queda la página en blanco?

Hay una fuerza implacable
que escapa de toda frase.
Es síntesis de verdad,
emisión de alma
!Te amo!

JULIO 2

Chejov, huelga tu razón en mi conciencia,
y me convenciste desde tu Rusia inmensa:
“En la búsqueda de la verdad,
el hombre da dos pasos adelante
y uno hacia atrás”;
la ruta; lo indefinible.

Que tortura para vosotros, inteligentes,
pensar contritos en la verdad,
esa apasionada sed de ella.
Aprehender la verdad,
sería poseer la felicidad;
unimismada con la belleza.

¿Donde está esa verdad-ente-absoluto,
eso uno-único-total,
nous del universo tangible,
yema del cosmos intangible,
ego genésico de las cosas y los seres,
palingenesia del tiempo sin ribera,
polen del espacio,

Sustancia primaria y final de la materia,
dínamo inexhausto de la energía,
vértice del ideal?...

Y el hombre tiene necesidad de verdad,
el mecanismo-escafandra,
y la teleología del pensamiento,
es buscarla, encontrarla, poseerla.

Manjar en ración escasa,
pero eterno;
fragmento de riqueza infinita
destilado en sutileza de espíritu,
destinado para pocos sabios.

¿Tiene la humanidad que purificarse
en secretos rescoldos del infinito?

JULIO 3

Hacen al hombre:
el gozo con su sal en altamares
y en torres de alegría
sonorísima;
y el atezado olor de lágrima,
de sangre vencida por el dolor
apropiado de la consciencia.

No es, su vestido hecho de espuma
donde se escombra la vanidad,
se transparente el orgullo;

o su arcilla transitoria
oriflamada de apetitos efímeros
y donde acecha la muerte.

Oh, los instantes degollados por el tedio,
el galope de esperanzas
sobre escultura de ventiscos.

El hombre enfermo de ideales
estremece su médula,
ciega el corazón,
hecho de musgo temporal.

Y el espíritu se reclina manso
sobre los bravíos domos del misterio.

JULIO 4

Dadme un relámpago,
un destello,
para atalayar la distancia indoblegada
donde se fragua el ideal.

Alzadme a la estatura
exacta del ensueño,
donde la música,
tiene el tacto asombrado de la luz,
y es borrasca de espuma sensitiva,

nutricia de estrellas
y de anémonas, en júbilo longevo.

Llegaré a la morada del silencio
donde huelga la belleza,
rehén en desnudez elemental,
amurada por la gloria universal
y aledaña de la elegía divina.

Lanzaré mis dardos,
a la efigie ambarina que se oculta
detrás de los nardos del sol.

Y estaré así, erguido,
liviano de emoción inédita,
improvisando un aire de alegría;
y tañeré una rondalla vaporosa
en la reseña egregia de la vida,
transido de amor y frenesí.

JULIO 5

Amigo, fraternalmente me desnudas
con la lectura de estas páginas,
que patentizan el exilio
donde yazgo,
cubierto apenas con niebla de anhelos,
sitiado por ángeles insosegados;
siempre resurrectos
trepan mi tormento
y el alarido fugaceado de mi carne.

Camarada cabalístico. Es verdad,
estoy sujeto a huracanes internos
profanado de estragos voluptuosos,
esclavo de frenesí cambiante,
que a veces es mi paraíso
con panales blanquísimos recién amanecidos.
Y otras: ácido de angustia,
olor corrosivo del tedio,
campanario del dolor y la muerte.

Soy la respuesta al conjuro laberíntico,
que rige la farándula del presente,
al pluralismo vital de mi tierra,
al altanero laurel blanco de sus cimas,
sus domos de mármol rojo,
que batallaron con el arcano
con flámulas de pavura.

Está en mi digital el azar del sino,
la brújula y la zozobra de la gente
venida del pretiempo de la leyenda,
y abreva, sitibunda de la historia,
imantada por anhelos futuristas.

JULIO 6

Amiga eximia

En tu alma frutece triunfante la amistad.
En tu corazón borbota sangre lírica.

Tu sonrisa heraldiza la paz
y abre la página blanca de la lealtad.
Tu abrazo es parábola de cristales
para júbilo de la transparencia . Y tu palabra,
ánfora de estrellas contritas ante la verdad,
y diamantes sonorizados por la ilusión.

No te he visto llorar,
empero presumo en tus ojos explosiones
de balsámicas unciones celestes.

Bajo la flava sombra del pelo,
un soplo de brisa
hacen música de vida remansada
y milagroso perfume de nobleza.

Debes tener el alma
como lámpara encendida,
para alumbrar abismos.

Debes tener en la espalda
anudados los besos de la luna;
y en las manos un cordaje
de canarios dilapidando delirios.

Tu cuerpo hace posible
el sismo del sol
y los derrumbos románticos
de la sombra.

JULIO 7

La presencia del mirlo

es indispensable en el huerto.

Tiene gracia chispeante,
picotea hasta la saciedad
la cromática luz del rocío,
y desciende en los rayos del alba,
posiblemente para bañarse en luz.

Perturba la sencillez de los gorriones
que tuvieron la desgracia de nacer grises,
y se ganan la vida con el sudor de sus plumas,
encuentran la dicha paladeando larvas
escondidas bajo la hojarasca.

El mirlo solo se preocupa de pasar bien,
se aprovecha de su talante,
-negro brillante-
se ostenta en la rama alta del capulí
para humillar a las demás aves,
les hace ascos;
no tiene consideración alguna
de las pobres y pequeñas.

Se excede en denunciar su bravata
y vanagloria
con clarísimos clarines
afinados en cada amanecer.
Y repite sin cesar,
como consigna, a las colinas y al bosquejo:

black power-black power.

Mientras los gorriones
hacen modestas alharacas sentimentales
delante del rosal y los arriates.

JULIO 8

Piedra catedralicia:
transposición de un aluvión de tiempo
y la crónica dura de montañas,
cuando los volcanes
hicieron malabares ante el firmamento
con el fuego de sus entrañas,
y te echaron a rodar
hasta donde el Puruhuay
te atrapó amoroso
en el regazo de Liribamba.

El español no te extravió,
porque en ti expresó su poesía barroca,
su mística en movimiento vertical,
al fundar contigo la nueva religión
y la nueva juventud de la Patria.

En ti el noble pensamiento Ibero
y las manos buidas del aborígen,
que te reinaguraron
para adjetivar la grandeza vital del hombre,
ante el tráfago de los siglos.

Tú: la precursora de Riobamba,
sacerdotisa narradora de su gloria,
gran señora pulida a pulso de sangre,
camafeo de la historia,
maravilla de ternura, amor y tragedia,
con prólogo musical del aborigen
y desbordes saudosos del Español.

Tú: registro de la emoción y el éxtasis,
dúctil a la excelencia del arte,
cuando floreció la verdad del espíritu,
y fue cierta la hazaña resurrecta,
encofradas en ti.
!Piedra catedralicia!

JULIO 9

¿Recuerdas nuestro ayer ? Aureolada la frente
de ilusiones, creímos llegaría una hada
con su sabiduría de amor; y de repente
nos daría el secreto de la dicha anhelada.

Y aquel barquillo azul vanamente esperado
a la orilla del sueño, no llegó a la bahía
de nuestros corazones; nos miramos callados
al fondo tembloroso de una lágrima fría.

Tal vez fuimos absurdos al soñar cosas bellas
y querer que la vida ingenuamente fuera
igual que noche buena saturada de estrellas,

que juntos adornamos en la infantil quimera.

Nos quedamos tan solos allá en la lejanía
saturada de bruma, perdidos del destino
soñado, de la estrella áurea que refulgía
en las profundidades de un celeste camino.

Fue nuestra la tristeza, nos invadieron penas
con su pálido ahogo de lágrima y gemido,
se apagaron las rizas de alegres noches buenas;
somos apenas sombras, mueca, dolor, quejido.

JULIO 10

Los patricios riobambeños

deben presidir nuestras acciones,
-clisé cotidiano para la vida -
aunque ahora nos quieran escamotear.

Y cuanta gloria es decir:
aquí nacieron,
lucharon,
vivieron,
sufrieron.

Aquí donde obraron la gloria,
por costumbre y derecho propio;
hombres completos.
(Me es difícil llegar desde mi pequeñez
a tantos y tan altos nombres)

!Cedo la palabra luminosa y definitiva
a la Historia grande de la Patria!

Gentes torales, arquetipos,
portadores de lumbre inmarcesible,
que itineraron
sobre los domos del pensamiento,
las rutas virtualizadas del honor,
donde hace vértice la hidalguía,
para fraternizar con la sabiduría,
y destellar en la eternidad

JULIO 11

!Sincera audacia!
querer que tu, Idioma Castellano,
me seas extraño,
que alimentes mi sangre y mi ceniza,
eches raíces gigantes y saviales,
en mis neuronas y en el espíritu,
promociones tu maravilla musical
en mi palabra, - instrumento del alma -
legisles mis manías y vicios,
mis amores, desamores y olvidos.

Porque en ti:
la compacta maravilla verbal,
la semántica sustantivada y sutil,
la orquestación del color y el paisaje
con la innumerable geometría adjetivada.

Gloria suprema y constancia caudalosa
de la biografía del hombre;
prólogo para el ascenso gallardo,
evidencia fascinante de la belleza,
decoras los almenados panales de la pasión;
proclamas la ternura,
la urgencia - huracán lírico - del grito,
la evasión íntima en la plegaria
o el clímax de la fe;
promocionas la sabiduría y la verdad,
le defines al hombre actuante,
a veces escabroso o enviado a la bondad,
su aprendizaje nunca completo,
la fantasía y ensueño.

Idioma Castellano:
doctrina, música, eucaristía
de la historia del hombre;
su arrogante poder
para entrar en la conciencia cósmica.
Fragancia y aliento de Dios.

JULIO 12

Idioma Castellano, épico por ancestro,
accionada poesía, leyenda, historia, por Berceo,
en dación heroica del Cid.

Ya en mayoría de edad le ungió Cabrijas,
con la calidez de la meseta castellana,
que encumbrada y agreste

se estiró en gesto de aventura,
trascendentalidad, excelencia,
hacia lejanías, “donde no se pone el sol”.

Devenido caballero en cárcel de Sevilla
“donde toda incomodidad tiene su asiento”,
galopó “espada en mano, lanza en ristre”
desde los campos de Montiel,
en conflicto con los siglos venideros
para “desfacer entuertos”,
amparar doncellas,
proteger humildes
y cundir la tierra de hazañas jamás vistas
y nunca bien ponderadas.

Se ennoblecó con los Luises de España;
navegó – hermeneuta -
sobre la cresta azul del Mar Atlante,
y llegó aventurero, iracundo,
caso diletante, caso algo misterioso
o en amorosa dilección
a las playas cobrizas de América.

Aquí se reinaguró campechano y eglógico,
colossalmente parabólico como los Andes;
urbanamente noble;
constructor del mestizo:
mitad, mármol libérrimo,
y otra, donosa madera buena,
encariñada con la belleza.

JULIO 13

El cholo serrano:

Personaje campirano, fuerte,
reciamente ensimismado,
con expresión de roca recién rodada
olor de sendero-chaquiñán-olvidado,
dirección de paraje frío y polvoroso.

Manos contemporáneas del surco,
del azadón, la esteva, el biello,
subordinadas al sol y a la lluvia.

Cuando accede a la ciudad,
un poco para refocilarse,
o fanfarronear en las cantinas;
mantiénese alerta casi, bárbaramente urgente,
y asume proporción de tumulto en las plazas;
eficacia de folklore variopinto,
confundido en la comparsa
de la vida citadina.

Su voz sencillamente directa
como esquirla que salta de la piedra
al golpe duro del cincel.

Palpitante sincretismo de entraña aborígen
y acerbo másculo del español.

Por eso su confusión colérica,
rodearse de escándalo grotesco,
y mucho de impávida crueldad.

Apto para la rienda, el cimarrón, el redil.
Nunca abandona el sombrero
para comer, dormir, bregar...

Escribe su nombre con signos contrahechos;
lee entrecortando las sílabas,
como ordenando al viento.

Su premura vital, el trabajo:
sementerías en prados, colinas, landas,
consonante con la aurora,
y con los hálitos votivos de la noche,
ante el asombro manso del caballo y del buey

JULIO 14

La Avenida León Borja,
con bello prestigio rectilíneo,
parterre ornamentado con palmeras
longevas, esbeltas, bulliciosas,
como para convocar a las gentes
a ensanchar el corazón
con oxígeno voluptuoso
y cordial;

levantar la frente
en gesto vertical de plomada fiel,
y mantener correspondencia emocional
con el Chimborazo:
el grande, jubiloso y soberbio,
Sultán Andino;
para afirmar que este “mundo
es ancho” y propio,
para el muchacherío alegre de la Sultana,
y desarrolle en ella sus inquietudes,
su oficio de emoción adolescente,
ensayar la amistad alegre,
la ironía ágil y anecdótica,
la provisión de coquetería,
efectos sensibles de la primavera vital;
y - tal vez - el primer pecado capital.

La juventud pasea en ella,
de cara a la brisa de la tarde,
favorecida por la amplitud plácida,
y con la moda juvenil
del día.

JULIO 15

Insomnio: catástrofe de las sienas,
con fiebre de lucubración ilusiva;
caminar con el pensamiento
sobre hilo sedal,
asido en absurdos inextricables,

imán para aventura magnífica
¿o fuga?...
Hasta donde se amura lo ilógico
y nos sorprende el vacío
de antes y después del tiempo;
nos disolvemos,
nos disolvemos
en el criptal del silencio.

Triunfan signos en conflagración
de la luz relampagueante
y de la sombra avasalladora.

!Fiebre, fiebre, fiebre!
Para incinerar los conceptos,
los anhelos,
aquello que en vigilia es pasión
o en la orilla del sentimiento es virtud.

Revoltijo de realidades,
frenética crisis de todo lo vivido,
que nos acosan y se van, se pierden.

¿Fiebre o drama interior?
En el escenario de la noche
para dejarnos en gesto de caricatura
ante la danza macabra
de los anhelos, ilusiones, esperanzas.

O para hacernos humildes
como lágrima dolida
en coágulos opacos, insípidos,

ante el retorno del día;
o que realmente existimos
con significación sensual
y vida ancha, diáfana.

JULIO 16

Entre el caudaloso ir y venir de las gentes,
que hacen el ambiente citadino;
los brazos movidos como hélices
en dirección a lo económico,
los ojos en permanente búsqueda,
las palabras más allá
o más acá de la ambición;
encontré a Julián,
muchachito de 12 años.
!Sufridos!...
desde que la adversidad avasalló:
a su madre a la tumba,
a su padre a la taberna.

No tuvo quejas lastimeras,
pero sí una mirada,
mitad clarísima, de inocencia,
y otra de abandono, denuncia,
y maldición.

La muchedumbre con su costumbre libre
pasaba orgullosa o apresurada,
haciendo el rumor de la “civilización”.

Compartí con él mi papel humano,

porque la vida...
porque la fuerza del dolor...
porque el valor de ser hombre...

Me lavé los ojos.
No pude lavar el alma.

JULIO 17

Yo quisiera escribir sin término;
que mi alma se deslice y cante
por todas las latitudes del espíritu,
por sus ansias de fe,
sus colores de tiempo en eterna dinámica,
su inmersión en el vacío
o en el Todo ...

Hacer de mi carne un libro
sensitivo y fresco,
con verismo de amistad,
para narrar la hondura del hombre
víctima de la violencia,
o realización de amor.

Hacer el reportaje de sus silencios,
de su optimismo grandioso,
su ternura nobilísima,
y ensueños, y fracasos, y esperanzas.

Narrar la leyenda de mi ciudad,
museo de heroísmo y bondad;
música en tesitura de conmoción vigorosa,
gustada y regustada,
para mi llanto, el júbilo, la sonrisa.

Ah, la imagen en el paisaje mío,
gran adjetivo obsesido de altura,

con el que se engalana la naturaleza,
en itinerario permanente de emoción
y en hartura de deslumbramiento bienhechor.

Pero: la finitud, de la vida-soplo,
la limitación de mi carne-ceniza,
la parvedad de mi palabra-viento.

JULIO 18

Monólogo interior, ultralibre,
pensamiento, reflexión,
uno que otro ideal parpadea lejano,
para inquietarme
o conducirme por rutas insospechadas.

Mi escenario, una alcoba,
casi recoleta,
sita en nocturno silencio;
semeja isla vigente de caracoles,

de arboladura espumosa
para distraer al tedio.

Sobre el velador una lámpara,
que susurra luz rebelde,
por disconformidad con la tiniebla
de casa afuera.

El reloj: burgués último modelo,
con 24 escalones idénticos,
para ascender donde el tiempo
hace juerga con los instantes.

Un libro: Will Durant,
depósito de afirmaciones,
decorado con amor
y bendecido,
suscitador de sabiduría mundial,
sinfonía del pensamiento profundo.

Un cuaderno en blanco y negro
derrumbado en la ribera del sueño,
le quiero muchísimo por servicial,
le manoseo, - acuciosa manía -
en secreto le enumero sentimientos,
le pongo signos típicos de mi costumbre,
de mi destino,
mi manera de ser,
así...

JULIO 19

Ansiosa, penosa espera.
Hondura emocional
de familiares y amigos
en la sala de estar,
en los pasillos del hospital.

Los saludos, los comentarios refrenados,
apenas susurros
que alcanzan apenas a los labios;
y en el fondo de los pechos el llanto,
que no excede las pupilas

El quirófano...
donde no se agota el blanco
y el verde pálido, siempre alerta,
de las enfermeras,
y de los médicos señeros
con bien estructurado gesto de autoridad.

El quirófano, cercano olor de drama,
se diría entraña palpitante del hospital.
Adentro, silencio sacralizado,
la lucha de la ciencia- pasión de bien
contra el dolor- anuncio de enfermedad,
de la sabiduría vital- el mejor tesoro-
contra la muerte- inimitable y solemne vacío.

Mi amigo, enfermo grave:

hombre cordial en mi ruta de joven,
destilaba bondad
en las charlas íntimas,
gracia muy varonil
en las sonrisas,
festejo y lealtad
en el abrazo.

JULIO 20

La carta enviada a mi hija,
allá, a la distancia extraña;
imagen es de mis afectos;
le explica, una vez más, mis maneras,
mis recuerdos: relicarios del ayer.

Apenas, si tiene que leer esas letras
para encontrarme íntegro,
formando en mis pupilas
un escándalo de tardes tristes,
convocando los ambientes
para reproducir una edición más
de mis esperanzas e ilusiones,
revelar las emociones,
cálidas y a la vez sencillas,
como saudades para ella .

No le puse adjetivos,
pero si, primordialmente,
sustantivos, verbos,
para que le relaten

lo inolvidable y profunda
y alta y presente que es
ella, Susana, mi sangre.

JULIO 21

Hoy transcurrí en silencio

por las calles de la ciudad;
era el precio de mi tristeza.

No escuché el bullente tráfago de las gentes,
que hacen novela- pulso- trabajo,
cotidiano,
ni sentí el relato que acostumbraba el viento
sobre el clima,
las novedades de las cimas,
del eucalipto, de los gorriones.

Creo que pisoteé los recuerdos
donde quedaron desde antaño,
desde mi alma,
en las calles;
no reparé la cordial amistad del vecindario,
ni la referencia sonora, casi absurda,
del reloj público,
ubicado en lo alto de un edificio,
al servicio redondo del tiempo
y comprometido democráticamente
con los transeúntes .

Reproché al parque
que en desconcierto gris
no exhibía alguna flor;
las esquinas tragaban implacables
los vehículos evadidos de mi;
los edificios exaltados
me daban las espaldas
con síntomas de tedio amenazador.

Viví al revés,
estuve antiespíritu,
antirazón,
antibondad.

Dentro, muy dentro,
hacía guerra a una calumnia.

JULIO 22

El sol golpeó mi ventana
con lirondos nudillos de luz.

Yo equivoqué, en mi desvarío
enmohecido por la noche agresiva,
creí era lluvia de margaritas,

margaritas, margaritas,
inquietas y canoras,
en franca amistad con los cristales.

El espejo estaba desnudo
cautivo en la pared;
enloqueció de rubor y alegría;
su parva levedad
se hizo braza de transparencia
sobre todo mi cuerpo,
que en revuelo de emoción
se reía.

El sol, las margaritas, el espejo,
forjaron la arquitectura de un poema.

Olvidé la angustia que ayer me vulneró.
Me quedé libre de sombra
en la yema feliz del día.

JULIO 23

Tú: primera en la Historia,
sangre y tierra primera,
fanal en la memoria,
ilesa en la cimera
grandeza de los Andes;
cada vez más garbosa,
toral entre las grandes,
estambre y flor hermosa,

plenitud del asombro.
Panal cuando te nombro,
laúd cuando te canto,
caricia, imán de estrella,
si en júbilo te abrazo,
y te vivo, te ensalzo,
Sultana, grande y bella,
alma del Chimborazo.

JULIO 24

Para escribir poesía,
desnudo una parte de alma
en cada verso pensado,
y en cada palabra el signo
enrojecido de sangre,
el dolor maravillado
de distancias no logradas.

Es restregar de luceros
con tacto de sienes leves,
pulsar tañido en laúdes
con fibras del corazón,
capturar en los espacios
escamas de sol y luna.

Travieso aleo de brisa
entre nube alabastrina,
parábola de agua núbil
sobre senos de arco iris,
jolgorio de flor y espiga,

camino de fantasía.

Estremecido recado
de pueblo que sufre y sueña,
con trazos arrebatados
a los volcanes bravíos,
que constelan mi paisaje.

Es esa clara sonrisa
que nos obsequian los niños,
es la arcilla desgarrada
del campesino que afana
los surcos de los hortales.

Mi poesía es sonido
de campaniles sensuales,
flama de cráter alta
atizada por mi carne.

Es el cuento de mi vida.

JULIO 25

Yo nací de barro tropical,
para que el sol me mire vertical.

Para que me atropelle el viento
de los Andes,
y con blanca ostentación

me conduzca, en codicia soberbia,
hacia sus espectaculares prodigios
y perfecta hermosura.

Me adviertan los ríos
con su mudanza
de salto, cascada, remanso y savia,
que la vida fluye infatigada,
irreversible .

Me refugié
bajo el límpido deliquio del cielo,
cuando el dolor...

El Chimborazo me tomó de la mano
para ascender con orgullo
los altísimos estamentos ideales,
de la belleza
y la verdad.

JULIO 26

Vivir es lanzar un desafío total
al mundo de las cosas y los seres.

La realidad proclama:

Ironía, apelar a la razón y al pensamiento
donde impera la fuerza bruta o numérica.
Absurdo, invocar y servir un ideal
donde triunfan las maneras del instinto.
Estupidez, defender y afanarse por la bondad,
frente al prestigio y provecho del mal.
Ceguedad, fatigarse en busca de la belleza
donde la ciénega pestífera absorbe todo.
Error, brindar sincera amistad
frente a la garra del utilitarismo asqueroso.
Locura, mantener y defender una fe
en medio de hartazgo material.
Tontería, ser honesto y limpio
en medio de la corrupción.
Pequeñez, amar y gustar de la verdad
en la baraúnda del engaño y el error.
Paranoia, amar con el cuerpo y con el alma
frente a la hipocresía, la traición y el interés.
Frustración, escapar con la conciencia
del laberinto maldito de tanta sombra.
Delito, rescatarse de la vanidad social
y marchar, aunque solo, hacia la libertad.
Pecado, escapar de lo transitorio
y escalar, aunque gemebundo, los invisibles escalones
de la eternidad.

JULIO 27

Tiene su alma ceñida al armario:
faldas, pieles interiores,
medias, zapatos...

y en su cama mullida
con tufillo intenso de jazmín añejo...

Su sabiduría
una colección paladeada
de licores extranjeros.

La distracción más cumplida:
la vanidad de mariposa
que derrama escamas;
aunque ella misma neurótica
dentro de formas grotescas,
que no alcanza a pulir,
su intensa cosmetología.

Su amor:
el dinero.
Su ilusión:
estar al centro de lisonjas.
Su angustia:
el paso irreversible del tiempo.

Al salir de su casa
sacudí con fuerza los zapatos;
y por ventura
me confundí en el tráfigo del pueblo,
para oxigenar mi cuerpo
y libertar el alma.

JULIO 28

Amanecí con las pupilas en el nardo,
las manos en el agua,
la sangre en las raíces del árbol,
amo y señor de la calma.

En la piel la sonrisa
del sol y la pradera,
la brisa, con sílabas redondas y sonoras,
en las sienes,
y su miel de frescura en los labios.

En lo hombros las señas
de mi ciudad amada
- carga malva -
repitiéndome, gritándome,
que es mía, mía
campaneo de júbilo
caricia íntima de plumón azul.

El Chimborazo,
más bello y soberbio que nunca
lleva el registro blanco
de esta inmensa alegría.

Abro los brazos,
con fuerza arrancada del corazón
y el incendio de mis entrañas,

para entregarme a la vida.

JULIO 29

Yo terco...
como el viento de la tarde;
bajo la mirada de la montaña
experta en soportar el verano,
bajo el jadeo sanguinoso de las nubes
de tanto sol deslumbrante.

- No soy el individuo
que puede mancillar
la solemnidad de la tarde -

Me arrellano en un agreste
cuévano de la encañada,
donde se reclina y se dobla la sombra.

Porque tengo la antigua costumbre
de mirar reverente los caminos del sol,
y creo que son míos sus despojos
caídos en el río cercano
o en las cúpulas de las iglesias.

La mansa costumbre,
de incitar a los pájaros
para una sinfonía de ternuras
ante las campánulas temblorosas;
a los peces en su batalla con la espuma.

Amo los espacios, y es aventura
cuando miro hacia arriba
ebrio de inmensidad;
y creo que el origen real
de mis ideales
está en su siembra azul.

JULIO 30

Te entrego mi palabra

cansada de taladrar el frío
ya sin eco,
sin su querencia de vuelo insombré.

Porque llega la tarde
con su telar de sombra,
sus células ahitadas de humedad
- lágrimas desvaídas -

Inclino el pensamiento
en el recodo infértil donde cae el silencio
y vacila el ensueño.

Enmadejo la savia:
savia sangre de mi ayer,
donde en tropel cinematográfico pasan:
el dolor, almendra de la carne
y del amor,
la fuerza de mis fugas
en torno de la compañera estrella,
por reconquistar los ideales,

los labios poblados de canciones,
para cumplir con mi alma,
cultivada con los salmos del paisaje,
el rumor tropelioso del siglo,
la huella paciente del hombre pueblo...

Recibe mi palabra, amada mía,
guárdala como un jardín interno,
de espigas, tallos y colores,
suspiros, glisar de violines,
aleos, remolinando los sentidos,
surtidores semillados de ternura,
besados por la luz.

JULIO 31

El verano con embriaguez de sol
tripula tren de polvo amarillo;
deja olor de vaharada campestre
y neblina desvanecida.

El verano tiene caricia máscula
con mano ejercitada en sacudir huracanes
y corazón machacado en roquedales.

Improvisa mítines sobre el eucalipto,
protesta por todo,
hace de la noche, inmensa gárgola
para derrumbar en los espacios
espesura de estrellas

heridas de frío.

Apresura el paso sobre el huerto,
escombra el plumaje, la corola, el surco;
no se aflige por la cuita del agua,
sus lentos suspiros,
sus celestes lágrimas
que no saben del odio.

En su viaje de ondulación inleve
anhela ir conmigo a lo remoto:
me ofrece funeral blanquísimo
en la altura de las montañas,
rondalla de ecos en transparencia azul,
velones de volcanes solemnes
en perpetua vigilia,
y la inmensa rosa de los vientos
como sudario

AGOSTO 1

Agosto corretea frívolo
por las calles de mi ciudad.

Cuando sátiro, alardea sus barbas hirsutas
desciñe los vestidos de las matronas,
se autoconsiente
en la piel túrgida de los jóvenes
guía con bravura las últimas golondrinas
y la sombra de los postes de luz,

que se mueren de sed en las aceras.

Trae en su valija ampollas de frío,
parábolas de calor,
documentos precisos de su edad madura.

Es agorero,
escribe con la gloria centelleante del viento
la magia añil de las distancias,
invita a mirar la caracola
bruñida en blancura de el Altar,
la escultura piramidal del Cacha,
el soberbio copo de espuma ilesa
hecho en alburas arcanas del Chimborazo.

A pesar de ser arisco,
suspira en los jardines,
abre con blandura
los párpados del musgo,
juega con liviano placer
en el cristal de mi ventana.
Yo le miro como fantasma caprichoso
o arcángel veleidoso
que anhela poner en mi oído
un mensaje de transitoriedad.

AGOSTO 2

Después de la Partida,
estaré en tus ojos
aptos para contemplar las montañas,

las estrellas sueltas y libres en el firmamento,
el eterno caminar del río
en su búsqueda del azul eterno.

Estaré en tus labios,
respirando el aire terciopelado de las flores,
el ligero sabor de frutos inéditos,
el testimonio singular de la brisa
- en nuestro huerto -
cuidada en sus puros detalles de frescura.

Estaré en tus oídos
leyéndote el anecdotario de nuestra tierra,
y de nuestra vida;
haré realidad la leyenda azul
de mil poemas inéditos sobre el amor,
que tú, solo tú, los conoces
porque fueron tu espacio,
tu claridad
tu pasión.

Estaré inmaterial, desnudo,
como ocultando mi tristeza
en la sombra corta de tu pelo,
registrando tus sueños,
tus añoranzas,
y quizá alguna alegría
que pondrá vibración de sonrisa
en tu secreto.

AGOSTO 3

Ahora que te miro Lago Colta,
con mi cuerpo al filo de tus aguas,
con el alma dentro de tu historia.

Ahora que hago visible ante tu celestía tersa
un orgullo profundo,
pongo el manantío pequeño
del pensamiento
procedente del espíritu.

Te exhorto, hermano lago,
escucha el murmullo de mis palabras
como si fuera el glisar de tus algas
o el canto de tus aves,
- juguetes en tus rizos -

Siénteme,
he llegado a turbar el embrujo acumulado
de tus instantes eternos,
tu llanto acumulado,
que es verdad de milenios.

Hundo mis manos en tus ondas
para aprehender la caricia cósmica.
Manda a mis sienes un golpe azul
para saber las fábulas hermosas
de tus estirpes;
dame el espejeo del Shamanga y del Lirio

el grito hecho de piedra en Balbanera,
para anunciar que estás cerca del cielo.

Lago Colta, sal con tu fogata azul,
tu delirio ancestral,
que guarda la amistad con la belleza,
angosta tu fervor de silencio solemne
para que vivas en mí,
alimentando mis venas,
sordo al dolor
impasible ante la muerte.

AGOSTO 4

Me regañó el viento de la tarde,
porque sin hacerle saber,
caminé por las calles
a la buena ventura.

Tuve por compañero un tedio gris,
igual que moscardón
zumbón, rebosante, consustancial
a esas cosas donde rebosa la tristeza.

Caminé holgazán y simple
ocultando alguna cicatriz
hecha por la hosca realidad de la vida;
caminé como resbalando,
empujado por las sombras
y preguntas.

Crucé con pasos dubitantes y tímidos,
como en retorno,
las esquinas centrales de la ciudad,
donde relampaguea coral y limpia
la voz juvenil de media tarde;
sin que me fuera permitido
participar en la alegría
desparramada y superflua,
que no me reconoció.

No logré derrotar los recuerdos
que me acechaban tiritando olvido.

Me redimí integral y firme
al ver la parábola esplendorosa
entre nubes hialinas recortadas
en el verde faldón de la montaña;
donde los fabulosos cristales del arco iris
proclaman mensajes de paz.
!Abrazo efusivo de la naturaleza!

AGOSTO 5

Voy hacia la tarde

con este mi cuerpo:
suma de días en vértigo y sonido
atado a la tierra desde lejanísimo tiempo
con el cordón umbilical del trópico:
roca, barro, agua...

Con el pensamiento a cuestras
tempranamente dedicado al sol
y corresponsal de las cosas vitales:
luz, sombra, ascenso, caída
o en gesto de vuelo implacable
en ritmo de élitro
y siempre desembarcar en lo infinitesimal
de la emoción y del estrago interior.

Con ésta mi manera de ser,
profanamente humano,
estremecido al filo de la verdad;
duro como el guijarro
en aventura rodante por biseles de breña,
o ternísimo con las maravillas de la naturaleza,
la desesperación de amistarme con el misterio.

Aunque nunca llego a la entraña
ni a la piel de los anhelos,
así vaya de la mano blanda,
y traslúcida de la fantasía
o si estoy risueño, libérrimo,
como trino recién amanecido
y limpio de la opinión gris de la tristeza.

Cuido en los mínimos detalles
mi propio sitio en el aire,
en el delirio, absorbido de éxtasis,
el extraño dolor, la sorpresas,
donde la música, la poesía, el amor...
!oh, si esto fuera mi realidad eterna!
...soy solo un fantasma en la aurora,

una dosis de ceniza en la noche...

AGOSTO 6

Cuando piruetea la brisa
por recoger los primeros diamantes
que se derrumban de las montañas de Oriente
con la magia cataclísmica del alba niña,
sobre el domo dorado de la Basílica,
un corro de golondrinas
imita el rumor litúrgico
de querubines contritos
ante el infinito.

Con gorguera blanca,
adorno de la garganta mínima

- pequeña travesura de espuma temblorosa -
y una marejada de píidos tintineantes
dirigida al espacio
para descuajar los monolitos del sol.

Las golondrinas se van,
reman el vidrio azul del firmamento,
sus pequeños cuerpos azabaches
hacen un milagro de alegorías cósmicas;
llevan en sus picos ases de escarcha
y en sus pupilas tatuajes de oro puro.

El templo se estremece

como una frente sensitiva
que observa y piensa.

Yo dolorido de distancias ignotas
me quedo - punto mínimo y tenso -
prisionero de mi sino.

Les despido haciendo con las manos
una pirámide gótica.

AGOSTO 7

Hija mía

no escribirte sería
tensurar insoportablemente la ilusión
de llegar a ti;
olvidar mi maleta grande para el viaje;
cercenar mi privilegio
de hablar en voz ancha;
confundir mi vida venturosa
en los fosos ocultos de la mentira,
y fragmentar los sueños
en los desiertos de la soledad.

Es verdad,
mi carta para ti son palabras,
palabras con mi artesanía
de mano en armonía,
con la inevitable expresión sentimental,
sucedándose el recuerdo y la añoranza,

ardiente como el vientre de una estrella,
transparente portavoz del alma.

Materia o forma súbitas? No.
Más bien, historia de sangre,
célula, pensamiento, espíritu,
que viene, llega,
nos palpa a ti y a mí,
con urgencia de dicha y amor.

Escribirte es entregarte mi pequeño mundo,
con su tormenta y su delicia.

Escribirte es vivir un espacio hermoso
una galaxia tan humana.

AGOSTO 8

Quiero que vivas mi sencillez,
mi honrada camaradería.
Sean: el estilo suave,
de las manos sucesivas y próximas
al testimonio de la ternura;
las pupilas indagando
el sistema de la luz,
el fragor de la paz,
la presencia del hialino cristal
en la mañana y en la tarde;

la palabra, signo, imagen,
directa a la suavidad,
al cotidiano tema de la dicha,
y el canto jubiloso y total
por encima de la sonoridad vital.

Tener el corazón abierto
al mensaje del agua,
referido a la música de la brisa,
a los globos temblorosos de la espuma.

Las sienes congregadas
en derredor del asombro,
dignificadas por los espacios blancos
del cuaderno y del libro,
la caricia de la flor,
la metamorfosis del día en trabajo,
y de la noche en museo de estrellas,
el torbellino geométrico del asombro
y la sorpresa grata de la amistad,
el sonido elemental de la belleza
percutido en cada célula.

Tú y yo justísimos,
plásticos a la fábula del alma
!Poema lírico!.

AGOSTO 9

Fue adrede que asomó el lucero,

en la candorosa esquina de la noche,
para vigilar, experto y agresivo,
la desnudez del pensamiento mío.

Le protesté
con todas las fuerzas del abatimiento,
puse delante
un desfile de tormentosas dudas,
el eficaz argumento de mi soledad.

Vano mi esfuerzo
ante la veleidad del astro
y su lejanísimo brillo
de ojo impávido,
que me miraba,
me sujetaba,
en lo recóndito de mi tristeza,
a donde había acudido
dispuesto a gastar mi silencio
mi levedad,
mi cansancio.

Pues soy compuesto de eso,
más el grito de este barro, - grito oscuro -
alquitarado en sedales efímeros.

Oh, la tentación de alzar los brazos,
saludar al infinito,
y apagarme, después,
como una flor sin tallo;
disolverme, disolverme,
como un suspiro lento

salido de labio quebrantado y frío.

El macizo vuelo de una lechuza
rompió el cristal de las sombras,
y un postrer graznido de tedio,
por el acoso de luciérnagas
baladíes.

AGOSTO 10

Le ubiqué
más allá de lo lícito humano
igual que roca erguida y distraída
al filo de un abismo

La voluntad afinada en la angustia,
rumbo al misterio;
escudriñaba la enorme masa del dolor
en el destino vital

Imité a la hormiga que lucha,
y solitaria horada el farallón,
ansiosa de agua limpia.

Giró el pensamiento
como burbuja
hecha de lágrima inmensa
en remolino de sombras.

Hallé solo despojos,

húmedos con sangre pulida,
en goteo incesante,
briznas de ilusiones,
anhelos,
amores,
caprichos...
convertidos en ceniza,
en simbiosis irreversible
y lenta
con niebla gris y densa.

Y allá, allá...
muy dentro del tiempo
y de las cosas,
un vacío.

AGOSTO 11

Fue en el acaso del ayer,
o quizá nunca,
que me asomé a tus pestañas,
rejas donde se apoyaban
relámpagos de locura,
más delgados que la negación hipócrita
o el estambre de un puñal.

Estaba como ardiendo
en cráter de pasiones

El vestido con fragancia vulgar,
ceñido al cuerpo,

donde caminaba en hastío
la engañosa fábula del deseo subrepticio
y la vanidad pugnaz y atrevida
que borraba tus huellas de mujer pobre.

Afirmo, que mis células
eran sierpes en desnudez inútil,
apoyadas en sitios siniestros,
rugientes con fauce opresa.

Fue un choque,
como la caída feroz de substancia impura
en láminas de cristal,
con reflejos de poesía fresca.

No fue amor,
fue el límite geométrico
del antiamor.

No llegué a los bordes de tu carne mordida,
renuncié a la lubricidad
de tu sangre oprimida por el vicio,
que impedía mirar el alma, ya no gimiente,
tal vez en frenesí de espasmos asesinos.

Eres ahora aire sin sonido,
bulto estéril en forma de desprecio,
con ansiedad de olvido.

Nadie se enreda en tus pestañas hirsutas
como crin de caballo desbocado.

AGOSTO 12

El día transcurrió

como pétalo rodante
barranco abajo.

El sol como débil escarabajo, confundido,
detrás de las almenas del firmamento
asido con dientes largos
de los labios de las nubes.

Falacioso, se reconcilió con las montañas
con ofrenda de estambres dorados;
pero no con los valles,
donde el viento convicto de frío
se agitó violento, serpenteante,
confundido con el hastío.

En los vegetales la vida mustia,
inalterada su verde rutina,
en mudez sórdida las ranas,
las aves en su estilo solitario,
haciendo honor de larvas.

Mi casa quinta opresa,
como disolviéndose dentro del polvo,
la calma plena,
pero no la paz.

El pensamiento, humo insumiso,
un mar de sentimientos, brasa,
razonamientos, que me desnudan

la conclusión, certeza en trazo rápido:
mi enfermedad avanza...

Irrefrenable realidad
de la limitación humana?

y sin embargo insaciables
mis manos, las sienes,
los altos rompientes interiores.

AGOSTO 13

Los límites de la arcilla me oprimen,
y sollozo; aunque de pie, sobre la tierra.

Voy altanero entre la música universal,
enredado en la luz, que me acoge,
como regazo bienhechor de la eternidad.

Llevo en el hombro enhiesto
todo el mediodía del alma y de la vida,
sumiso al revuelo, al desvarío,
amotinados en el fugaz instante.

Alzo mis brazos más allá de las barreras
y del ocaso.

La oquedad del vacío no me asusta;
entraré de frente a la niebla total.

Oh, mi carne, pasajera, mi carne...
ya sin mi conciencia,
estará yacente en la soledad absoluta,
más allá de las borrascas de la vida,
en la ventisca del nunca más,
tañéndome el silencio,
el silencio esencial...

...Afuera habrá un revuelo de palomas
entre el silbo del viento;
una flor cansada de ofrecer tanto candor
se marchitará, e inválida, seca,
caerá haciendo piruetas, desesperada;
alguna lágrima tardía para mi recuerdo;
en los periódicos la fotografía
del político hechizado de poder,
en las pantallas
el último estruendo de la moda,
la despatarrada desmesura
del baile violento y sexuado,
los amigos beberán su ración de cerveza.

La montaña - mi montaña -
seguirá brillando en blancura,
imperando en grandeza.

AGOSTO 14

Tu y yo contritos

y a la vez ufanos,
sobre la testa solitaria del “lirio”

montaña paramentada con pajonal bravío
y rugiente de aflicciones secretas,
baladas cósmicas

Arriba el peso total de la luna,
cariciándonos con rehilos celestes
desde un cielo abundoso de presagios.

Al frente, la ronda colosal de las montañas,
con sus diamantes horadando abismos
y resonando estupores ilesos.

Del otero solitario y salvaje
nuestras sombras proyectadas abajo,
al Lago Colta,
que relampagueaba finuras
de pupilas estremecidas,
y la danza de espejos lúdicos
y escamas fabulosas.

Desde el Sur Oriente, el Sangay
dio un saludo ignicente a los espacios,
y abrazó a las nubes pasajeras
dentro del vidrio transparente del cielo.

Yo no tuve palabras precisas en los labios,
subyugado de espacios,
fulminado por tanta grandeza:
tropelía de misterios fosforescentes.

Tú, en luz convertida,

y resonante de dicha
migraste de mi piel y mi sangre
a los espacios lípidos,
para ser consumida por una estrella.

...La noche estaba pulidamente hermosa,
mágica, levísima, gloriosa,
casi sagrada.

AGOSTO 15

Voy por la calle Espejo E-s-p-e-j-o...
- La pronuncio así con voz suave, amanecida,
y acariciándola íntegra -.

Obligo a mi espíritu volver a ella
para revivirla, reestrenarla, requeardarme,
abrazado a sus esquinas,
redescubriendo con amor sus aceras.

Quiero ir de zaguán en zaguán, entusiasmado,
diciendo que esta calle es mía, m-í-a,
tan propia como la brisa que la recorre,
y que registró mis mañanas, mis tardes,
mis domingos.

Ir de ventana en ventana
para besarlas con besos violentos,
y sentir sus resabios mielados
de ayer y de siempre.

De rincón en rincón, pensativo
donde deje alguna historia,
que derrotó el tiempo y el olvido,
el aliento amical, forjado de ilusiones,
ya inaudibles,
porque las novedades,
la destreza y el ritmo de generaciones nuevas...

Buscaré a los amigos; sonriente,
despeinado, los pantalones cortos;
les aseguraré que regreso, definitivamente;
con la guitarra en las manos,
saludaré a las aventuras
con la boca sedienta de canciones.

Y respiraré un montón de fábulas
para hacer versos,
sacudiendo los rezagos del ensueño,
hasta el peligro de llamarme feliz.

AGOSTO 16

Escucho: rodantes,
los sucesivos golpes de los minutos:
puños en los cristales
- almácigos de tristeza -

Más lentas las horas
uncidas al borde de la tarde,
que se muere sola,
sin el holocausto del sol,

ni el húmedo parpadeo de la lluvia.

Desde mi ventana
le envió una flama de transparencia,
aquella que se pega al rostro
cuando me reconoce triste,
y hace ademán de follaje cordial,
cuando las campanas de la iglesia
astillan el barrio
con anuncios de muerte.

Apenas unas nubes harapientas
- musgo antiguo del cielo-
erizan su angustia,
para aprisionar la quejumbre
de tanta soledad.

El río como arcángel,
en desnudez incolora y baldía,
se despeña,
degollando su sollozo
en la bruñida procela de las rocas.

El camino: en la alborada, perfecto,
limpio, escultural,
como quemándose de alegres brillos;
en la tarde,
herida que nace de mi corazón
y se aleja,
se pierde en lo ignoto,
ciego de polvo, de memoria, y de olvido.

AGOSTO 17

No importa que,
recurrente,
vuelva la cabeza para mirar atrás,
a la distancia del ayer,
donde las páginas rotas yacen,
el tiempo micciona sombra,
la hidra del olvido
devora mis ramos gratificantes,
y la sonrisa
fundida en vertiginosos naipes,
para aportar a la vida,
jugar a la esperanza,
a la ilusión,
al amor,
con manos de humo.

Sin embargo,
un ave de cristal sigue a mi lado,
aleando efusivos resplandores.
Lleva para finar el tramonto,
la hopalanda del paisaje nativo,
y como fontana lustral
la música,
para mitigar la sed de mi piel gastada,
y cumplir con dignidad
el destino con dimensión eterna.

AGOSTO 18

!Amaneció!...
el día con perfume verde
fabricado en el bosque cercano,
los ecos de un viento dorado
encienden y apagan
los cristales de la ventana;
raudas nubes náuticas
guiadas por brújulas caprichosas
piratean el azul
en los muelles del firmamento;
el sol afina sus utensilios de color
para pintar la piel de los niños,
la pluma de los pájaros hortelanos,
y la adolescente odoración de las flores.

De la recámara
sale un vaho gótico,
como la fatiga de abejas
ahítas de miel y polen;
y en su interior suena la mordedura al tiempo
de duendes ocultos en el reloj,
- mina de espectaculares leyendas
y alero de carbónicas esperas-

Alguien bebió para el insomnio
el blanco inebriante de un libro,
Will Durant;
mientras en la gloria de la melodía
el espíritu de Beethoven
centelleaba eternidades.

AGOSTO 19

Este mi dolor
es lava interior,
cataclismo de nube enlutada
en desolaciones pávidas,
interrogaciones engarfiadas,
que no puedo lavar
con esta sed oceánica de verdad,
crecida en punta del nunca.

Es la mordedura del vacío
en lo más sensitivo de la médula,
ardentía de dudas
en rescoldos de sombra.

No puede mi alma estar
en dimensión de élitro de luz,
pendiente y repasando
las jadeantes huellas de la historia
y de la belleza.

No puede mi pensamiento
en arquitectura de palabra gozosa,
crecer en desnuda tesitura de música
para estatuir y aspirar armonías;
o de grito,
para fugar del volatinero humo social
hacia la recta geometría de la libertad.

Y, vivir así...
acribillado de ensueños,
de bengalas fastuosas,
entre cadenas, devorando las sienas;
y estar roída la piel
por la fugacidad del tiempo,
desolladas las manos
por el tacto enfermo del egoísmo,
y la finitud de las cosas;
la mentira, el odio, la violencia.

AGOSTO 20

Mujer, ya eres diferente:
convertida en urna dichosa,
joyel de auroras transparentes,
y cáliz de unciones excelsas.

Vas a tener un hijo-luz
que sujetará la vida,
limo venturoso, hecho consciencia,
carne de tu ternura íntima,
que brillará en felicidad,
tallo limpio de tu sangre
en senda de hermosura.

Tu corazón se hizo música cautiva,
tu piel edificada de espigas en holganza,
escultura de palabra
regida por escalas de esperanza,
o identidad de espuma evocando oraciones,
la entraña, gravitación de gozo
movida por la vida,
como playa con huella de lirios
y lumbres afinadas de misterios
y augurios.

Que inútil mi palabra
para decirte presagios,
si tu presencia explica
la juventud del mundo.

AGOSTO 21

Te llamé,
suavemente, a-s-í.
como esparciendo entre pétalos vilanos
música de flautas y zampona,
o si proclamas el nacimiento de la sonrisa
que tiene por dentro claridad de mármoles desnudos.

Hice de la emoción burbuja de cristal
apta para aprisionar parábolas volantes;
me hundí en litoral de rocíos
amanecidos en columpio de luna y brisa,
sibarita en madurez de racimo nudista

con resabio de ambrosía blanca.

Llegué a tu interior en puntillas
con mi claridad de ilusiones,
hasta sofocarte de suspiros, música y besos,
crecidos en lírica ufanía
y la ilímite dignidad del ensueño.

Después: fui copa de sutilezas
con sumo de silencio,
prendida en tu boca;
fui almendra
en la sucesiva alegría de los días.

Definitivamente sé que amé
con insistencia de vivir de frente,
abrazado de estrellas,
el tacto universal de la dicha,
el canto de la belleza,
y el leve tallo del amor.

AGOSTO 22

La noche era tenue,
geometría terciopelada;
se diría, cabellera de seda levadiza,
incentivada por la paz del firmamento,
para ser cobijo de mi ciudad.

La noche íntegra en mí,
y yo asido de mi mansedumbre,
...y una canción,

en tiento de hiedra sentimental,
desde la brújula del alma.

Empero de undosa malicia el frío
hacía inútiles mis pasos, mis manos,
para descuajar el silencio.

Con volumen de impaciencia
cabeceaban las ideas,
repetidas, redundantes,
con esa vacilación de bostezo innominado.

Ah, pero tú,
tenías una estrella viva entre los labios,
blanquísima insinuación
para el culto a la alegría
y la algarabía sensual.

De memoria repasé tu carmín cómplice
y sorbí de golpe la estrella de tu boca;
al fondo de tu cuerpo brutal y fino
yo, holgazán, libérrimo,
arremoliné tus secretas dudas.

En el lugar escondido, de pronto,
un hacinamiento de pétalos,
con pulso de sonrisa fastuosa,
desalojó la oscuridad.

Triunfaste de la noche,
de la música orquestada en el espacio,
del color del paisaje;

porque fuiste la causa del nuevo amanecer.

AGOSTO 23

La conocí joven:
cuerpo, enhiesto, almendra de dicha,
piel blanda, empetalada de ufanía,
ojos con claros destellos de orgullo
y hasta de vanidad.

En derredor se apretujaba el elogio
y el deleite
hechos música,
danza y jolgorio.
Una bella durmiente
sobre espumas de fantasías y ensueños.

Ahora, anciana,
más que vencida,
humillada por el tráfago del tiempo,
curvatura hacia el suelo,
derrochando interrogaciones
al silencio, al olvido, a la muerte,
con mezcla de tedio y desesperación.

Piel arrugada
para anclaje del frío,
escombrada por nostalgia y soledad.

Paso lento y menudo,
ni poder rescatarse del temor

y de las tinieblas,
que le siguen irreversibles.

Sobre su faz, máscara de bruma,
en vaivén de suspiros,
y tal vez de recuerdos,
añoranzas,
despecho...

Le tomé del brazo con ternura
para subir la acera.
Ella besó mi mano con dulzura.

AGOSTO 24

Persiste la huella de ese beso fugaz

en la mano,
amotinó tristeza en el alma,
el pensamiento se adelgazó
como liana mínima,
ácida en paramentos absurdos,
y una lágrima quemante
serpenteó por las mejillas
desde las esclusas de la angustia;
debió ser lava
encarcelada en vidrio ciego y quebrantado.

Durante el día, larguísimo
y difícil,
detrás de mí

la respiración gemido de un violín sordo
y zumbón,
con cuerdas de carbón
y vientre lleno con témpanos oscuros,
lanzábame rocas de niebla.

Porque se detuvo este día
en mi destiempo insosegado
con raudal de instantes,
punzándome agresivos,
aptitud de hierro tormentoso
en gesto de aturdimiento.

Híceme diminuto, enlutado.
El pensamiento fugaz, impreciso,
en el ayer vaporoso,
en el ahora triste, doloroso,
en el mañana, misterio, remoto.

AGOSTO 25

Tenía mi hijo la frente diáfana,
como un lucero niño,
apostado en ella con atavío de topacio
y una cicatriz
hecha por mordisco del sol.

Encendió de afanes las palabras

al ritmo emocionado de tiempos nuevos:
un viaje por realizar
sobre las espaldas de la tierra:
ciudades, puertos, montañas, mares, valles ...
catedrales henchidas de espíritus y milenios
los caminos de la sorpresa,
los mástiles del asombro.

Y él, mi hijo, absorbiendo novedad
con pupila inquieta, insomne,
ritmos de felicidad con oído flexible,
pensamiento con alas abiertas,
al horizonte en dación de maravilla
creadas por el hombre y la naturaleza;
la fábula y la historia,
derramándose en la piel, en las manos,
las sonrisas, los lenguajes,
batir de campanas,
ulular de sirenas,
la juglaría universal,
arrebátandole.

Y sin embargo de estar
vencido de novedades
estará invicto, majestuoso,
el tacto de la patria en su cuerpo
y el espíritu agudo de nuestro pueblo
haciendo caprichos
de memoria y recuerdos.

AGOSTO 26

Visité a mi amigo anciano.
Se encuentra solo,
ante el impetuoso avance de la vejez;
como el guardián de vallas
de un equipo de fútbol
ante un tiro de penalty.

Que importa el griterío
de la muchedumbre,
que taladra el espacio escenario,
si está ajeno a sus oídos;
porque la atención centrada
exclusivamente en el resultado fatal,
final de ese momento,
que transformará resultados.

La mirada fija en el golpe agresivo,
los músculos en tensura de vuelo,
o de salto oportuno,
los nervios en voluntad de punta
y decisión suprema,
el pensamiento ya ubicado al extremo
de la misión cumplida
y su accionar anterior diluida.

Así, este anciano, que tiene develada
su vida, tan suya y única.
Comedia?

Drama?
Tragedia?
Siempre limitada por la tierra,
los elementos naturales,
los vicios sociales.

Y al final,
el gran vacío,
unánime para el destierro, la desvida,
de su cuerpo y su recuerdo.

!Y el Supremo Juez! ...

AGOSTO 27

Mi voz inventa vuelos

en las trashoras de la noche,
cuando el alud de algas tenebrosas
llegan de abismos vaporosos.

Empero en mi modesta alcoba
es tiempo de peces sonámbulos
que hacen rondalla jubilosa,
una floresta de anémonas sumisas
improvisa en el aire
respiración de sílfides altaneras
y hechizos de vitrales lejanos.

Cada minuto levanta fogatas
para alumbrar ensueños

y exaltar las corolas de la fantasía;
cada hora, la añoranza longeva
en regocijo de campana suave.

Llevo desvelo sobre la piel liviana,
es como de mármol en duración de asombro,
sumiso al vaivén de los esquifes,
con el peso del dolor,
el terso espejo de la alegría,
la clausura del llanto
el imán de la sonrisa.

Sigiloso y en puntillas
desde el alcor del pensamiento,
miro al otro lado de la vida,
que a veces es página aterida,
y otras, espiga agobiada de frutos opimos.

Veces me sumerjo en celajes tenues
para atisbar el caos y el cosmos,
impelido por deseos secretos de verdad.

Me pierdo...
porque la pesantez de mi barro
y la finitud de la existencia.

AGOSTO 28

Las nubes arrellanadas
en el confort azul,

el blanco altivo de las montañas
con deseo de llegar
a donde se pierden los confines;
inclusive el patio de mi casa
tuvo esplendor inusitado.

Salí a la calle
vestido de candorosa alegría,
auspiciado por brisa agorera,
que me esperaba
barajando naipes de ónix purísimo,
con tatuaje de ases
y hélices volanderos.

Vi las casas flotar
en danza unánime,
las esquinas pulían las piedras
con el filo del buen tiempo,
los postes y rótulos públicos
bloqueaban el vuelo de las golondrinas,
que hacían cicatrices
en la radiantía del alba.

El sol encabritado de envidia,
dio coces de esplendor a los árboles
y se ocultó detrás de las torres.

Creo que estuve embriagado,
ahíto de excelencias,
pues, quise encontrarme de carne y hueso,
y me sentí súbito plumón.

Logré tener en la mano
una copa llena de ambrosía
para hacer un brindis a la vida.

AGOSTO 29

Bajo la noche fina

un lago purísimo
que de pronto se desnuda
y canta.

Los astros con oídos brillantes
enredan sus pestañas de marfil
en el enigma de un aire sedoso,
que danza.

Entre vértigo de ágatas susurrantes,
revolar de alondras de cristal
y carcajadas multánimes de mariposas,
ebrias de levedad.

Violines aristócratas
respiran perfumes de rocío y malva,
trombones descuelgan gajos de nieve hialina,
saxofones incendian y apagan
sutiles llamaradas
de silencio y quejumbre,
flautas pastorean raudos plumajes
de luciérnagas metálicas,
violoncelos sobrecogidos de suspiros líricos,

inciensan estuarios de fuegos fatuos,
y el piano trina y cascadea
auroras jubilosas.

Allí la soprano:
en derroche de hermosura,
cuerpo majestuoso
levedizado por aplausos,
síntesis preciso de astros,
signo radiante de cielo y lago,
brizando sinfonías,
espigando resplandores de dicha,
repiqueteando el corazón abismal del mundo,
con melodías de primavera.

AGOSTO 30

El aire hace miedos,
y se queda pálido
en los recodos de la noche.

La cólera me desnuda frente al televisor,
la noticia gesticula agresiva,
ya sin indulgencia para la moral.
Es la corrupción con dientes amarillos.

El pueblo patria mutilada de fracasos,
se ahoga en piélagos de mentira burlesca,
se derrumba a golpes de escupitajos
lanzados contra su dignidad y sus heridas.

La luz de hinojos en el fango,
hecho de sangre y vicio
en pleno día.

La ignorancia, corta la vista,
la justicia a la deriva,
llena de anuncios,
que bostezan a través de encajes,
la audacia y la estulticia en maridaje
hacen arcos de la pobreza,
y fatiga oscura de la verdad.

Vamos por caminos solitarios,
mujeres y niños,
es decir la inocencia,
bebiendo sus lágrimas;
el idealista vertical
y el trabajador humilde,
es decir la honradez
con sudor encalleciendo la carne.

Junto a ellos va mi corazón,
arrastra la tristeza.
De mi costado
una catarata de carbón ignicente.

AGOSTO 31

No quiero saber si el dolor
es antes o después de la maldad.

O si la sangre es larga línea roja
que desovilla el corazón
para ensartar perlería pura,
o si es serpiente, en cuyo veneno,
germinan la tiniebla y la violencia.

Quiero nombrar con labio firme,
y al pie de la letra,
el nombre de la sensibilidad ternurada,
mucho antes de la perversión.

Anegar las pupilas de atmósferas felices,
donde se equilibra el amor
con el ensalmo brillante de la paz.

Refreshar el odio con arroyos de música
y la purísima respiración del paisaje.

Pero hace noche
y llegan los muertos,
envueltos en ácidos quemantes,
ya sin lágrimas de tanto llorar.

Y sé que palpitante
corro, giro y yazgo
de la mano del vecino,
bajo una pompa frágil de la vida,
situada en lo más cercano
de la robusta máscara del egoísmo,
de la tenebrosa vorágine del odio,
de la silvestre sinrazón de la violencia,

de los límites fríos del desprecio,
al hombre...
al hombre profundo que sueña
bajo el cobijo tenue
de su espíritu.

SEPTIEMBRE 1

Me entrevistaron los elementos:
el agua, el aire,
la luz del sol,
la sombra de la noche...
el lenguaje de colores
y formas de saetas levísimas,
con la modestia propia de lo grande.

Lanzó el agua sus naipes agoreros,
hechos abanico azul,
de leyendas y fábulas.
El aire sus ágiles corceles de perfume
pulimentados en horizontes de añil.
La noche descolgó caracoles apasionados
en viaje hacia reinos descarriados.
El sol sus esbeltos oráculos,
apoyado en la hermosura de la luz ...

Las preguntas, inquisitivas,
rondáronme en círculos concéntricos
desde la madrugada, subyugada
de metales sonoros, en la espalda de los otros,
hasta la orilla de mi angustiada razón.

¿Cuál es la intensidad del canto lírico
si hay tanto dolor en el planeta?
¿El apolíneo saludo del pensamiento
cuando señorea el caos de las pasiones?
¿La ruidosa sonrisa de la ciencia
si el hombre acelera la muerte?

¿Los bellos recados del arte
si todo es hartazgo material?

Y si todo eso hacen la felicidad? ...
Yo me quedé en el langor absurdo del silencio
porque ansío, quiero más.

Beso la tierra y el universo.
Ellos desde el fondo de mí mismo
me sonríen gratisimos,
sin que nadie se percate.

SEPTIEMBRE 2

Tengo la cabeza pesada,
más que nunca, y vacila...
mi subjetividad.

Puedo golpear con ella
en el mármol duro,
para abrir su entraña
que quizá me espera,
para abrazarme con certeza
de misterio blanco.

Enfrentarla en el cubil más hondo,
donde el lobo, todo colmillo y garra,
y destruir su prestigio feroz
abanicándole parábolas brillantes.

Chocar con los muros de la verdad

para hacerla átomos de filosofía
y repartirlos en comunión universal.

O contra la vida joven
experta en florecer;
y con sus pétalos prístinos
enjardinar la tierra
con gracia poética.

Dentro de la cabeza
tengo tanta fantasía,
que su forma decisiva
es la yema de un mar inmenso,
donde pierdo la metáfora que alisté
para la concreción del verso.

SEPTIEMBRE 3

Este día tiene forma de jaula,
y el sol es un canario viejo,
que se esconde detrás
del ala de una nube intemperante.

Yo no sé si ha muerto el aire,
porque le falta el gesto amical
con las flores del arriate.

El árbol olvidó su música,
y el severo mito de las colinas
tiene un frío color de tedio.

Las libélulas no danzan sobre el estanque,
si hay niños vestidos de alegría,
que despetalen sonrisas
en el ruido del parque.

La calle es cintura famélica,
que yace por equivocación
con desnudez orinecida,
equidistante entre la tristeza
y el abandono.

SEPTIEMBRE 4

Mi canario es políglota,
todos lo entienden y solazan.

Su verbo es tributo de armonías,
que se aproxima y pinta de amarillo
la piel olorosa del limonero;
su identidad de trino, color y suavidad
besa los blancos senos de las magnolias
pulimenta la transparencia de la ventana,
para que yo pueda conocer
la maravilla inocente de la alborada.

Pero el canario también gime
con sentimiento de niño triste.

Mira como el paisaje se estira,
por horizontes de viva libertad;

la sangre ligera del sol
sobre el horizonte golpeado de nubes;
el árbol donde descansa
la sabiduría verde de los vientos;
el diario tráfago del hombre
sobre la tierra ondulada de anhelos.

Yo beso su agua fresca,
su blando plumón,
donde resbala su dulzura.

Hago entrega de mi silencio,
trato de aprender su canto
y aplacar su tristeza.

Me incendio de vergüenza,
se enreda una lágrima
muy sospechosamente justa
entre los dedos,
y escribo con ella estos versos.

SEPTIEMBRE 5

Mi llanto está viejo,
como carámbano insonoro,
que no hace sombra;
ya que se desliza de las canteras del alma,
sin sospechar mi crecimiento
hacia dentro.

Confieso: - y acaso todos los saben -

antaño lo desnudaba
como zumo limpio
cenit de pensamiento,
olor a flores íntimas
salpicando mis edades
delante de mis padres.

Latido de incienso,
oración con alas verticales,
campaneo ceñido del cielo,
mensaje de espíritu esperanzado,
en el altar de Dios.

Puño enhiesto de relámpago,
espada en clamor de rayo vengativo,
empapados con unción de historia,
cuando la invasión artera a mi Patria.

Brillo de orgullo,
inyectado de vida,
reclamo de perennidad
delante del mar Pacífico
de la heliofanía tropical,
y del soberbio Chimborazo.

Ahora, mi llanto
es fatiga perdida,
como peñón abrupto,
accedido sólo por el grito del misterio,
y la sombría espuma de la muerte.

SEPTIEMBRE 6

!Qué hermosa es tu voz Lida Uquillas!
Tu canto pasa con latidos de llanto
y calor de sonrisa,
mojando las pupilas;
y abanicando los sentidos,
que se silencian temerosos
de romper el encanto de tu vuelo,
y la hartura de horizontes nacidos de tu pecho.

El día te hace cortesías,
y la noche subyuga a la sombra
con ensueños de mágica hermosura,
cuando el eco de tu voz se enciende.

En tu garganta todas las lágrimas del pueblo
gorgotean
con suavidades tersas.

Tus labios sorbieron
ilímites luminarias celestes,
con fuerza de corales sedosos,
nunca antes estrenados.

Por ti naufragan los jazmines
con lluvia de vaticinios astrales,
se afirma el destino cariciante del nardo
con alivio de plumones blanquísimos,
caídos de un aleo de garzas trémulas

y gaviotas líricas.

Tu nos enseñaste que la luna
hiere el corazón
con suspirante espiral de caracolas,
que el cielo abre sus vitrales
para empapar de estrellas el silencio,
que el tiempo reluce la alborada gayá
cuando llega imperativa la armonía.

Que la brisa patria está bien hecha,
decididamente bien hecha,
porque la habitas tú.

SEPTIEMBRE 7

Cesar Dávila, tu vida, “vencida por el espacio”

libro cubierto y deslumbrante y fino,
donde se lee el drama de un destino frágil
inexorablemente estuoso.

Río torrentoso indumentado de madrugadas
y sin embargo esclavo de farallones
y riberas tortuosas.

Naciste por el beso de un lucero bohemio
en seno generoso de una cima;
y sin embargo laceran tu corazón
a la altura de la pasión más limpia.

Más ligero que el viento,
pisaste la espuma con sandalias blandas;
tu pupila acopió el envío azul de los espacios,
tu sola voz orquestó en ritmo fértil
la sagrada juventud de la palabra.

Explicaste la validez humana,
y entregaste con los brazos abiertos
un festival de florestas,
donde la vida augusta
vibra con noble belleza.

Acumulaste la lumbre espiritual
sobre la esbelta lubridez del ideal;
e inclemente de fugas
descendiste al elástico abismo,
donde un aire hirsuto se estremece
con el bramido furioso de la muerte.

Quién fuiste? Fakir?
Mortal poeta?
O médula celeste del universo?
Sonido puro de la verdad
con límites de hermosura?...

Mis labios no te llaman amigo,
te nombra mi sollozo hermano.
!Y hace frío Davidkanauda !

SEPTIEMBRE 8

Radio, periódico, televisión:
incidencia de noticias hórridas,
mercadeo deshumanizado,
relampagueo intenso del terror,
bloqueo al oxígeno,
a la dignidad, a la luz.

Violencia a bordo del fuego
tripulado por el mal,
palabras y mensajes en vórtices del miedo,
alimento para la barbarie.

Porque la realidad en el país :
negación del alma,
gangrenados los sentidos,
tuberculosis del espíritu.

Historia del abuso escrita por sierpes,
biografía del dolor,
proclamada por cráteres de azufre,
exaltación de la violencia
en andamios hechos con gritos pavorosos.

Los abismos verticalizados para viaje del espanto,
modelos de la angustia;
colapso de lo noble humano, seísmo;
la verdad teñida de sangre.

Hay que juzgar a la virtud
con la elocuencia del escupitajo,

hay que ejecutar la paz a balazos.

En pleno libertinaje los instintos
camino de la bestia.

Coctail de pus, carroña, mentira,
teñido con desprecio al hombre,
burbujas de adulo a la opulencia,
condecoración a la audacia burda,
discurso honorífico al patrón riqueza.

SEPTIEMBRE 9

Me duele tu dolor !Oh patria bella! ...
arruguita de roca andina,
tierra pequeñita cariciada por el Mar Pacífico,
yacijo de miel morena.

Me dueles Planeta Tierra,
tu verde vital, tórnase gris oscuro,
equilibrio del desierto con la muerte.
Porque el hombre depreda tu azul sonoro
con la quemante fortaleza del átomo,
tu vaho- aire hialino, asfixiado,
con humo venenoso;
tus manantíos fértiles,
son espesas cloacas de fábricas enfermas.

Me dueles tú vecino, amigo, camarada;
tu angustia desemboca en mi sangre.

La huella del talento, amor, ternura,
trócase en huella de sangre, odio, vanidad;
porque el hombre impone
su derecho a la locura,
bebe del vacío hasta la sordidez
y la epilepsia colectiva,
se nutre de estupidez
envasada de urgencia.

No se puede mirar arriba
ni caminar hacia delante;
si, mirar la varahunda de la mediocridad
y rodar hacia atrás
o serpear.

Dónde están:
la excelencia de la vida,
la nobleza del hombre,
la exquisita sonoridad del alma,
la brillante luz de la verdad,
la magnificencia suma del espíritu?...

SEPTIEMBRE 10

El campesino

vive sobre una colina.

Su casita blanca
es una paloma oteando horizontes.

Allí el rumor siempre fresco del viento
empujado con suavidad
desde el cielo.

Allí la nube
desvanece un salmo de rocíos fértiles
cada mañana.

No es sorpresa que el sol
se desnude íntegro
y se regale allí
con el blanco maíz
y el rubio trigo.

O que la luna arroje sus velos
sufocada de azul,
para jugar a la gallina ciega
con la sombra del árbol,
que sonreírle parece.

Sin impaciencia,
pero con claro deseo de amabilidad,
un arroyuelo niño se refocila
en la suspendida falda de la colina.

El cielo acostumbra estrecharla en sus brazos
para comprobar
la esbelta humildad del campesino.

Una mariposa transeúnte
Roza, lentísima, mis sienes.
Y yo, indumentado de levedad

llego al umbral de la fantasía.

SEPTIEMBRE 11

Yo estuve en la barquita,
donde un niño bogaba
desde la bruma dulce de sus ojos
hacia la majestuosa bahía del pensamiento.

Estuve en el rumor de su cometa,
lidiando con el viento,
para ocupar un lugar
en la ventana del espacio
azul de la fantasía.

En el baile del trompo campeón,
erguido sobre colores,
confiado por el iris húmedo del entusiasmo.

En la pelota de trapos,
materia significada de arte adolescente
y de anhelos, que repartía goles
y abrazos en la frontera del barrio.

En la línea horizontal del cuaderno,
con su blanquísimo peso,
bajo el lápiz y el plumero,
aunque el borrador, siempre,
afinaba el error y el descuido.

Estuve inmiscuido en el ritmo
de las primeras marchas,
hasta tocar con los labios
el Lábaro Sagrado,
y ensanchaba el pecho
de orgullos nuevos y vibrantes.

SEPTIEMBRE 12

Yo estuve en la simbiosis
de un corazón alegre
con la sinfonía juvenil de los instintos.

Y cuanto me alegraba mezclar
los primeros versos – registro de siembra y sol -
con la apologética severa del colegio
y el volumen anciano de la filosofía.

Estuve en las esquinas barriales,
rompiendo las vidrieras con mi silbo
y ensortijé mi desnudo tacto,
casi sin darme cuenta,
con emociones siempre nuevas,
asombros munidos con alas de vidrio,
todo a velocidad de ensueño.

Tuve alzada la cabeza,
los brazos, la piel, la sangre,
para aprisionar la dimensión

de la figura, del color y de la música,
en razón de sabia eterna.

Estuve sigiloso dentro de párpados ajenos,
buscaba las pupilas de la vida.

Transcurrí avaricioso, hondísimo,
alma adentro,
perfume de voluptuosidad adentro,
abismos y cimas,
done bullen las pasiones.

Me aproximé a la sonrisa,
cuidada de inocencia,
para registrar en un instante
la creación de la belleza.

Y me denunció,
rodé, caí, cien veces
para pulir este barro humano.

SEPTIEMBRE 13

Madre Teresa de Calcuta,
la sensibilidad universal llora tu muerte
con lágrimas de vida limpia
y gratitud profunda.

Tu bondad tuvo origen
en infinita misericordia divina,
tu palabra en el amor sin límites,

tus pasos estuvieron en la ruta inexhausta
de la caridad,
paralela al dolor.

Tus manos estaban en las heridas de la carne,
tu mirada en la miseria social,
tu corazón en la sonrisa de los huérfanos,
tu espíritu en el derecho a la virtud.

Tu pequeño gigante cuerpo
tuvo el perfume de la flor,
la ternura del rocío,
la esperanza del arco iris,
el tacto de la brisa más pura,
la unción de esencias lustrales,
la frescura de hontanares de paz.

Tu fe era más grande que las montañas
y los mares,
tu alma, cristal hialino
para apreciar la pequeñez
y exultar la nobleza del hombre;
tu pensamiento, vaho de auroras
y soplo de estrellas,
para aproximarte al Absoluto.

Los que sufren enfermedad,
hambre, sed, desnudez,
te proclaman bienhechora.

Y eres bendecida de Dios,
de la naturaleza

y de la humanidad.

SEPTIEMBRE 14

Escucho mi voz en el saludo

indemne del viento
al victorioso verde de la fronda;
en el pan que cruje sobre el mantel,
originario de la savia,
que subió despacio
junto a la fatiga del labriego
hasta desbordar espigas.

Tengo en la mano una copa
con espuma brillante,
para comulgar la amistad
con la naturaleza;
y una materia - inconclusa aún -
hecha libro, que tenaz
desbroza las sombras,
sonoriza el ayer,
interroga el hoy,
predice la sucesión en el futuro
el humano ardid de ideales.

Esta alma que me forjó
con no sé cuantos peldaños,
para escapar hacia los espacios;
airón que va delante, inquieto,
tiznado de relámpagos,

hala mi carne desde la desolación
hasta una región donde suena el espíritu.

Pero también me reconozco,
en el redondo dolor de la tierra,
depredada sin misericordia;
en el oscuro gemido del humilde,
cuyas arrugas arañan mi costado;
en aquel que tiene mudez pálida
de tanto suplicar amor a la sabiduría,
paz y justicia a la técnica,
y en cuya frente se desliza frío el insomnio,
torrente de fracaso y opresión.

SEPTIEMBRE 15

Yo estuve en los corales fragantes del Pacífico:
pupila que anuda en sus ondinas combas,
oído con mordiscos de caracolas púberes,
en el pecho la garra del farallón bravío,
y en el índice el pulso de azules cataclismos.

Y galopé en el magma hurgando los abismos,
y la roca roja por cráteres furentes;
una noche de luna pintada de misterios,
entre alondras y cóndores soberbios,
diluvio de granizo, relámpagos, cascadas.

Y fui barro de cobre, cuarzo, platino, bronce,
limo ardiente de jungla, remolino de trópico,
donde nació la grama y la caña gadúa,

la digital del puma, la tortuga y el quinde,
la aguerrida altanía de Shyris y Puruháes
en connubio glorioso de Quito y Liribamba.

Yo, unísono, en el grito de Rodrigo de Triana,
y pródigo de hazañas con Almagro en Santiago
de Quito, enarbolé el madero cristiano.

Una mañana inmensa cargada de misterios
corrí tras el Dorado cabalgando el arco iris;
sorbí gloria y tragedia del eterno Amazonas.

Yo sólo con la Biblia en la sien y en el alma
misioné en el Oriente hablando en castellano.

Mi mano en el barroco del retablo y la piedra;
mi grito heroico en gesto de anhelo irrefrenable
junto al pueblo de Espejo, de la Cruz y la espada.

Mis sienes se agitan, roturan el abismo
vertical del futuro; con el ruido del sol
y unánime, inexhausto, estaré proceloso,
portando el tricolor del Lábaro Sagrado
con las venas abiertas y el vuelo victorioso.

SEPTIEMBRE 16

Tiene el pie dimensionado

al paso de mariposa,
en clara trashumancia a la fantasía

y a esas regiones donde la vanidad
inutiliza la bondad.

Mirada de carbón llameante y audaz,
apta para incendiar pasiones,
imagen de abismos estragantes
ebrios de huracanes.

Manos, hechas para los menesteres orgullosos
de la ficción y la mentira,
estrujan magnolias,
remolinan espumas.

Esbelta, se mueve, se sacude,
ondea, pandea, su cuerpo,
agitado de ingenio voluptuoso,
salto de aventura sensual
por camino atormentado de halagos
y deseos.

El joven poeta,
aquel que hizo de su vida un poema,
de su palabra ánfora de hermosura,
le envió en un billete blanco
su mejor poesía...

Palabras?
No
Ella quiere dinero.

SEPTIEMBRE 17

Volcán Sangay.
Rebelde roquedal de basalto,
tambor incandescente,
para atemorizar el universo.

A veces la nieve,
con sus mejores blancos,
engalana su cráter y solfataras.

De él surgen torrentes,
saltan tremolantes,
se derrumban,
se arremolinan,
con ímpetu libérrimo y salvaje,
por barrancos del Oriente;
y con sabia absoluta de bosques milenarios,
bebida del lobo, del oso, del saíno...
vida de una raza humana,
detenida en el tiempo.

Soberbio y desafiante,
con diluvio de tentaculares vórtices
y tromba de colosales bengalas,
acribillan y extinguen
pleamares de nubes,
para derruir los últimos espacios;
o quizá,
para absorber el latido de Dios.

SEPTIEMBRE 18

El firmamento derrotó la conjura

del viento con la sequía,
al bochorno insidioso, pesado, lento,
al que sometió el verano
a la comarca agrícola.

La lluvia, zumo fértil,
cayó con amor
desde los labios puros de las nubes;
y mi huerto de fiesta,
libre del polvo gris,
que empezó a ser criptal de muerte.

Cada gota es un beso a la tierra, a las plantas,
sus chorros, dedos de diamantes,
delirando diafanía
sobre la comba contrita de los senos - surcos,
dedicados por ancestro a florecer,
a cumplir el ritmo vital,
que la naturaleza impone
con sabiduría inefable.

Yo también humedezco el pensamiento,
y tengo ideas frescas
tatuadas de azul;
mis labios se perfuman
con el romántico contacto

del vaho alborozado de la menta;
en los oídos
acrecida sinfonía de suspiros,
y campanitas en pentecostés
de espejos pestañeantes.

Al declinar la lluvia
sonríe satisfecho y pacífico
el lírico sonido del silencio.

SEPTIEMBRE 19

Te encontré en la calle,
con llanto torrencioso en los ojos,
mueca horrenda de dolor en el rostro,
brazos vencidos por difunta añoranza,
y todo el cuerpo sumiso a la amargura.

En mudanza súbita,
quisiste oírme
y estar junto a mí
las fragantes ondinias de mi verso.

Es verdad:
me dolió el ronco sonido de tu voz,
que llegó desde demasía de olvidos,
el aire transparente que te circuía,
el sonido inconcluso de promesas.

Creo que detuve mi tiempo de sigilo,
en levedad de nube cejjunta.

Empero ya eras en mis manos
copa de champán consumido,
con brillo tardío,
y emoción escasa.

Me reclamó el orgullo,
en golpe de espiga vertical
y fulgor alado.

Yo sé que junto a ti
se quedó mi forma – sombra.

Porque con mi silencio esbelto,
el atavío elegante de albures,
mi propio naipe de ensueños,
fui a la distancia – hontanar,
donde me espera con sus desmesuras
la tersa caricia del sosiego.

SEPTIEMBRE 20

Cabe la piedra – mármol, la sombra, siempre,
y de la vida la muerte sempiterna.

La existencia del hombre destila ambrosía
y apura pócimas envenenadas.

Es la embriaguez constante
de dulces océanos interiores,

y anochecer cautivo de intemperie.
Escalar los peldaños de la belleza
y fragilizarse caudo, en el absurdo.
Estar en la almendra del gozo
y hundirse en túneles del vacío.
Llegar a la querencia del estambre
y recibir el agujón del odio.
Ponerse al centro caudal de los violines
y llorar bajo el espectro del dolor.
Volar al lejano mito de las estrellas
y saber que son débiles vilanos del espacio.

!Oh, el destino del hombre,
que se inicia en la luz
y se pierde en la tiniebla!

SEPTIEMBRE 21

Madre. Yo quería
en la mínima esfera del silencio
bajaras de puntillas hacia mi añoranza
por las escalas azules del recuerdo.

Quería encontrar en tus sienes,
escrita con el intacto índice de nardo,
la biografía de un ángel
evadido de tu cápsula de barro.

Oh, el peso del dolor me golpea
- concentración de ausencia
en el tiempo y el espacio -

para el tardo ruido de mi sangre.

El oscuro llanto de soledad laberíntica,
- y con ella todo mi nombre desnudísimo -
repletan las cuevas del abismo,
amaestrando infinitos,
que te aleja y te oculta de mi tacto.

La tristeza,
como metal en punta,
se hunde en la sien palidecida,
que tiene ya la forma
de ala náufraga en vacío.

Oh, madre. Perdona que llegué a ti
con tímida ingenuidad:
y pensar que el infinito
tiene intersticios misteriosos,
por donde puedes mirarme
con tu bella costumbre de bondad,
Y escuchar el delgado delirio de mi carne;
y que yo pueda atravesarlos,
hambriento de tu ternura ilesa;
que puedas llevarme a tu secreto eterno,
para beber de la Luz Augusta.

SEPTIEMBRE 22

Me atrevo al vuelo caudo porque amo el extravío
y pongo los sentidos, mi corazón en eso,

pongo el plumón ustorio del verso, que es lo mío,
el boato aleoso del pensamiento ileso.

La ruta es por espacios de oníricos fulgores;
y es merced de la vida recibir lumbraradas
del sol en pleno rostro, de ideales, amores,
unidos en el vértice del alma alborozada.

Bebo de la sonora copa de la aventura
el licor inebriante, zumo de fantasía,
y el espíritu tiene nobilísima hartura
con fastuosos ensueños, música y poesía.

SEPTIEMBRE 23

Cruje la seda dorada del sol
sobre la comba dignidad de la Basílica.

Dentro del templo
la oquedad limpia del silencio,
consume las yescas
fervorosas de la paz.
Se baten las blancas gibas del incienso,
destinado a empujar arriba,
muy arriba,
las lágrimas vertidas en secreto,
y la oración antiquísima,
plañida con bordes de dolor incansable.

Al frente,

Obsedido de luz y de grandeza,
Juan de Velasco anuncia su verdad
en niveles de hontanar, material puro,
primordial, histórico.

Sus palabras ardientes de armonía,
afinan la belleza de la poesía,
arrojan luz en los umbrales de la patria
Nación Quiteña,
raíz y sangre.

En el parque,
los árboles meditan,
platican entre sí,
en lenguaje que sólo el viento entiende,
y descifran los gorriones,
que hablan mucho,
y picotean
los últimos minutos de la tarde.

SEPTIEMBRE 24

Envuelto de gloria, el viento

besa a la tersa frente de la juventud;
la música - canto de vidrios sensitivos
de tesitura de campana redonda
la hace multitud de alegría fastuosa.
El sol,
que tripula brújulas cenitales
y mueve su relojería bronceína,

le da su aliento vigoroso
con argumento de alborada
resplandeciente.
Y yo proclamo ante la Historia:
la juventud debe dar
su primera palabra de honor a la vida
y su postrer veredicto a la muerte.
La juventud debe triunfar,
rompiendo la pálida mudez de la ignorancia,
los hispídos hierros orinecidos,
que aprisionan el ideal superior;
cerrar los oscuros ojos de la sombra
con frenéticos golpes de luz.
La juventud debe amar,
cundida el alma
con la fragancia de la vida lironda,
con labio sibarita abrevando belleza,
oriunda de almendras de luz,
el corazón levedizado de orgullo
imantado de cimas jubilosas.
La juventud debe transfigurar
los oscuros sumideros del mal
en torres de bien y de excelencia,
el rojo golpe de la violencia
en mágica holganza de paz,
armonía y dicha.

SEPTIEMBRE 25

Quiero pintar tu sonrisa

con el múltiple color de las estrellas,
el silente rubor de violines
reclinados en arterias de nardos candorosos,
el hialino salto del agua
escarmenada por brisa niña.

Que tu sonrisa sea
cuna de alondras augurales,
pentagrama pintado de carámbanos rutilos,
apoyo lustral de luciérnagas,
espejo de la luna en edad ambarina.

Cómo decir, o hallar en conceptos
que signifiquen entregarte rondalla
de anémonas sonoras?

Quiero que tu sonrisa sea atemporal,
realidad de destello develado,
símbolo de eternidad,
para proclamar mi fe en la belleza;
y centro geométrico de mi dicha.

SEPTIEMBRE 26

Yo no,
yo no sé,
yo no sé como,
yo no sé como solicitar,
conseguir - (y adueñarme) de un empleo público
¿Con frenesí de palabras?

¿Con rostro ahuecado y pálido?
¿Con ojos difusos en punta de amarillés?
¿Con recomendación,
olor de compadrazgo
y tinta de político poderoso?
¿Con algún producto vistoso
que haga relumbres en las cejas del jefe?
¿Con temblores de boca
y mano de bestia domesticada,
pulida por el adulto?
¿Con rebotar la cabeza en túnel sanguinoso
y convertirla un murciélago más
de ideales y valores sagrados?
¿Serpear el alma, instintos afuera,
por cloacas y nidales de bichos asquerosos?
¿Ser buscador de desperdicios
para tragar infamia,
baba diez veces reciclada,
prostitución purulenta?
¿Cumplir ciego a ciego
y pasantía de mano en mano
las órdenes y mentiras?

Yo no sé cómo conseguir empleo público.

Yo no sé cómo pedir.

Yo no sé cómo.

yo no sé.

yo no.

SEPTIEMBRE 27

Me detengo un instante,

mi cabeza cuelga
de lianas deslumbrantes del cielo,
entre resoplidos arcanos del tiempo,
y los tormentosos abismos del espacio.

Soy desnudo átomo humano,
sucedido de espíritu,
que izado debe sonreír
sobre tropelía de tumbas.

Yo no sé si tengo piel y rostro propios,
o si es vestimenta
y antifaz de la nada.

No sé si me quedé afuera,
o dentro del paraíso
o del estrago universal,
desde que “la luz fue hecha”,
y fue hecho el hombre
a imagen y semejanza
del mineral,
del vegetal,
de la bestia,
y de Dios.

Porque tengo en la sien
soles enloquecidos y remotos
que me gritan: fe, amor, esperanza;
tengo las cicatrices de noches profundas,
por donde sumergidas se perdieron
las generaciones, culturas, civilizaciones...

Tengo las manos llenas de interrogaciones
y ceremoniales de la duda,
el repetido aprendizaje del misterio,
los candelabros de la muerte,
alumbrando eternidades.

!Oh, mi dolor que se estira
desde la lejana ironía de los siglos;
y esta inmensa hoguera,
en mi conciencia.

SEPTIEMBRE 28

Poeta, solo de ti debo ser el presente

florido de la tierra, los salmos de la vida,
los vinos del amor y la dicha, el potente
aleo por regiones remotas y perdidas.

Por ti ríe la sangre con saudades augustos,
tiene tu labio unción de firme tesitura
musical, los colores de arcángeles faustos,
y de la luz oriunda de inmarcesible altura.

Contigo la excelencia en el cenit, la ustoría
brillantez de la idea, espejeando el grito
fugaz de torre altana, luminosa de gloria
para holganza del as impar del infinito.

En tu cerebro caben patéticas visiones,
sorprendidas vertientes con forma de utopía,

y haces con la palabra de milagrosos sonos
la lírica exultancia de cantos y elegías.

Camarada del sol, orfebre de belleza
en amical costumbre de inéditas pasiones,
estirpe de diamantes; bruñido de nobleza,
descifras de la vida sus colosales dones.

SEPTIEMBRE 29

Nieta mía,
cuando besé tu frente
sentí que vestías con pétalos de sol,
randa de luna,
almidonada con sigilos de espuma.

Habías bebido del agua
secretada de diamantes;
te ceñía la frente, el alma,
las espigas azules de la brisa,
un banderín hecho con rosas
recién amanecidas,
para un complot de suavidades.

Tu palabra era el estuche
para canto de ángeles
de perfumados labios,
y una constelación de ensueños
derramando blancura.

Me miraste del fondo

de un redondo silencio de rocío,
con un gajo de uvas estelares,
para teñir mi frente con poética belleza
y un brote de dulzura.

Tu mano estaba anterior a la ternura,
produciendo copos alabastrinos,
y algo así como almenares
de piedra ilesa.

SEPTIEMBRE 30

La noche con bullicio de astros,
el blanco silencio de las cumbres,
la solemne soledad de los abismos,
y el viento aposentado
con liviana respiración de zampoña,
sobre sumiso espejo del lago.

Mi alma como vilano,
transida de embeleso, anduvo
por recónditas bahías del paisaje andino;
esquife, la quimera,
sentida apenas por fugaz pensamiento;
timonel, el anhelo con plumaje de niebla;
anclaje, en inéditos hontanares de gozo.

Y sin embargo siento
la intimidad celeste de una tristeza...
umbroso grito que me llama

desde un ventisco,
herido de incógnitas,
el fugaz relente de una lágrima
caída con peso de infinitos
sobre mi conciencia desolada.

Me acuerdo que soy hombre,
y no tengo otro lenguaje
que la transparencia sonora,
para explicar la emoción
vencida de grandeza y pequeñez.

OCTUBRE 1

Acunas con manos de algodón
el poemario de Amado Nervo.

Se detiene el tiempo,
triunfa la belleza,
y fluencia a tu frente
delicioso palpitar de melodías.

Con pensamiento y corazón
palpas el alma del poeta,
que persiste visionario
de criaturas fantásticas.

Mientras un lied de Schuman
hace motín sensual en el jardín
y con tiento de gemido romántico
despetala las flores,
rinda el elegante aroma de las malvas,
y la brisa estremecida,
fuga por senderos de nostalgia,

fatigada de azul levísimo.

Tú quedas más liviana
más secreta,
insombre,
frágil,
dulce,
comparable sólo con un suspiro.

Sumisa a la fantasía,
vuelas como un as de ilusiones
dentro de resonancias emotivas,
imantada por la preciosa locura
de soñar despierta.

OCTUBRE 2

Estoy en la razón? ...
La tierra es noble fruta cósmica
que gallardea aún pasadas glorias.
Persiste su afán de vida
porque el sol la recrea en luz
cada mañana;
la mueve en elípticos espacios
con los dorados abanicos de su fuego;
le envía sus alegres golondrinas,
que gorgoritean entre randas,
como buen sibarita
le ofrece savia y azúcar
para el festín de florestas,
hortales y praderas;
tose con ruido semejante a tambores colosales,

atronador y furioso,
en los cráteres carmenados de los volcanes;
mece los ríos, lagos y mares
con índice ávido de caracoles y peces;
desata los fieros mastines de los huracanes,
las gélidas sinfonías del viento,
las ignicentes espadas del rayo,
el calofrío de los seísmos;
y siempre está listo para dar lecciones
de soberbia melancolía,
desde la tribuna solemne del ocaso;
y lo que es más importante,
le arrulla al hombre con lisonjeros sonos,
con tibia caricia de salvaje inocencia,
cuando mira su frente pálida
y triste el corazón.

OCTUBRE 3

!Poesía! !Poesía!
Delirio de alba en los ojos
cuando se desnuda el sol;
sonido de lirio inquieto,
que se estira hacia la luna;
celo de los farallones
por el beso azul del mar;
miraje de árbol enhiesto
con desafío de espacios;
dolor de río que salta
y muere en tumbos de espuma;
ironía de alta noche,
con dinastía de estrellas;

fraternidad con la danza
y el canto del universo;
guirnalda de la nobleza
espiritual de la vida;
blonda madurez del alma,
batallas de hondas pasiones;
enjambre de la ambrosía
alquitarada en luceros;
comuni3n con la belleza
en paladar de diamante,
avidez de altas tormentas
para vulnerar abismos;
nostalgia de transparencia,
para la sed de hermosura;
danza de sangre en las sienas,
piedra imán de los sentidos;
gracia de naturaleza,
para alimento del hombre;
ventana del pensamiento,
para contemplar a Dios.

OCTUBRE 4

“Vivo de mi pensamiento”
a la par del sentimiento,
a pesar de haber perdido
las causas del coraz3n,
y aunque me encuentre dolido,
no he perdido la raz3n.

S3 bien quien soy, con derecho;
inflo de orgullo mi pecho;
llevo inc3lume en la frente

las señas de altos delirios;
y si veis algún relente,
temblando en los ojos míos,
sabed que es el resultado
de haber soñado y amado;
y es cosa tan bien sabida
que transitar por la vida
es rodar por roca dura
para sentir el dolor,
regar afán y amargura
donde se puso el amor.

Que más dá, llevo en los pies
cadenas de la tristeza,
en el alma y la cabeza
el tesoro de la fe.

OCTUBRE 5

Nuevamente el domingo
dilapida soledad y abandono.

No se escuchan las coplas del viento
en la verde tribuna de los árboles,
y el cancionero del río
se ha modificado en gemidos.

Las aves neuróticas y mórbidas
están bajo la sombra de los muros ancianos;
el azul huye mordido
por oscuras nubes agresivas.

Yo creo lo que proclama
el moscardón zumbante
- prestigioso en maledicencias –

con voz de dragón;
igualmente lo que escribe en la pared
y calles de mi ciudad
el polvo cimarrón,
llegado de un basural olvidado:
Que la gente no sólo descansa,
también se oculta,
para no exhibir la rutina
y el tedio de su existencia pobre.
Después de lavar pecadillos cotidianos
en las iglesias,
se querellan con el reloj hogareño,
que engaña con su tic-tac sonámbulo,
recostado
en el alongado silencio de la pared.

Yo me doy un privilegio:
visitaré los escaparates del paisaje,
para mirar, avaricioso, y lúdico, y emocionado,
los joyeles de la naturaleza.

OCTUBRE 6

Tu nombre
pronuncia la cuerda más fina
de un violín,
la inicial sensitiva
de una guitarra de ámbar,
el hoyo dorado del nardo.

Tu nombre es corpiño elegante
cuando nace el silencio,
o se entreabre la sonrisa de las margaritas.

Gozo con dicha y amor, tan gozoso,
cuando te llamo,
y el sol pendula sus brillos,
se empinan los banderines del viento
en ondeo festival,
y hay un revuelo de colibríes
sobre las campánulas mieladas del huerto.
Cuando la lluvia pregunta por ti,

con sonido de topacio lírico,
y se hace tan íntima en el alma
su tersura celeste.
O en las noches,
unánimes de estrellas y de ángeles,
con el morse de su parpadeo
me dicen que aprendieron
tu nombre.

Leo en las líneas de mi mano
tus iniciales,
y por eso escribo un poema
con pluma de garza
en el cuaderno de blancura intacta.

OCTUBRE 7

Estoy ahíto.
Escancié el divino vino del recuerdo
en copas de cristal,
cromáticas de brumas y de estrellas,
consteladas de milagrosas llamaradas,
y de fracasos ya purificados
en los lagares del dolor.

Las añoranzas balsámicas

humedecieron mis sentidos,
oh, las marinas luces de unos ojos,
las esquinas alegóricas de las despedidas,
los dados inmóviles y contritos del olvido,
las líneas rectas del ideal,
paralelas de la verdad
y la excelencia.

Ya ebrio de aturdimientos interiores,
yacente en mis abismos,
grité para el oído de mi destino, donde están:
!La mejor idea!
!El mejor anhelo!
!La mejor ternura!
y todas aquellas cosas
que no tienen respuesta inmediata.

Y me he reído, reído, r-e-í-d-o,
con sonora y larga carcajada,
cuando asomaron los ictéricos trazos,
sin principio y sin fin
del vacío
y de la muerte.

OCTUBRE 8

Pides que te perdone ...
yo te respondo:
Deja que el río se precipite
en su propia cascada;
que la sombra se retuerza
detrás de la roca inmóvil.

Deja que la tarde caiga
con sus últimos tentáculos de luz
sobre las montañas estáticas.

Deja que se alcen las vértebras del fuego
desde la húmeda parálisis de la ceniza.

Porque sigue la sinfonía de la vida
con su sed de espacios,
su avatar dinámico;
tiene sus rutas inflexibles,
su propio carrusel.

No puedes perturbar al rayo
con una caída de párpados,
ni difuminar la luz del día
con un suspiro,
ni detener la resolución del Amazonas
arrojándole tu antifaz.

OCTUBRE 9

En el momento
en que la luz desmorona
las grandes rocas de la sombra,
y hay un claro delirio de alegría,
oleando al viento apacible
en la apretujada grandeza del paisaje,
el día me convocó
a viandar por el vial sideral.

Siempre me fue placentero
contemplarte,
porque es visivo de formas ilusivas
sus nubes,
jardines blancos cambiantes en el espacio,
sus densos vislumbres,

caballos celestes para visitar lugares sagrados.

El firmamento es talismán vivífico,
hecho de berilo sin límites

Hoy, en mi ventana,
crecida hacia todos los horizontes,
debí estar como pequeño soplo de humo,
una desfigura sin edad,
como derretido,
entre los límpidos acordes
de la vida y de la luz
y, apenas,
con ligero temblor
de tanta emoción.

OCTUBRE 10

Pretendía asaltar (para conocer en limpio)
La conciencia profunda del hombre.

Estar: como puñal
hundido en sus angustias,
en sus temores,
con pesadillas siempre vigentes
y sus tranvías hacia el vacío,
en los oscuros sumideros de su miseria.
Como ancla, guarnecida en sus remansos,
en su ternura
hecha con campanarios de espuma,
en los desbordes de su amistad
con rostro vital, insombre,
en su amor de armoniosas melodías.
Como ala de cristal,
en el silencio blanco del pensamiento,

en el vuelo de sus ideales,
hacia aquellas montañas
donde anidan los delirios,
donde grita la razón
evadida de vacilaciones y vanidad,
y están la fantasía, la utopía,
hambrientas de polen espiritual.
Como fanal en su afanes
mojados de sangre
y sudor de alma.

Pero, oh, Bacon, tienes razón,
en la conciencia del hombre
está Dios,
y es imposible llegar a El.

OCTUBRE 11

Mi silencio es una manera de gritar
para decirle a la vida
“aquí estoy”
y proponerle me entregue sus valores profundos.

Es poner el pensamiento,
sin hacer ruido alguno,
en la cresta de un mar delirante,
cruzado de deseos;
para reconcebir enigmas
y sentirme a mi mismo.

Es aligerar los sentidos
para llegar a la verdad que la vivo,
con esta carne vestida de engaños,
su sed,

sus hálitos de amor, odio y olvido,
sus lícitos sueños abiertos a la belleza;
y el despertar siempre,
persiguiendo a la luz,
sacudiendo con furia
los muros del espacio,
descubriendo los signos estrechos de la realidad.

Mi silencio
es suma de labios que rezan,
de frentes donde se atumultan
todo cuanto ignoro,
lo que rehusó,
y todo cuanto deseo conocer
y aprehender dentro de mi fe.

Mi silencio

es mi memoria de muerte,
mi porción atemporal del alma,
para que se agigante
en música de lumbre.

OCTUBRE 12

No había música

y sin embargo
los ojos de mi hija danzaban,
derrochando vidrios de mar hialino
y un cielo, que estaba tan cercano,
como para estallar en milagros cósmicos.

En el pequeño hoyo de sus manos
la fresca alegría con vida rosa.

Los instantes combados de estrellas
le apretujaban, amistosas, las sienas,
como plumones de blanca blandura.

Inclusive la luz se le rindió,
y el aire con rumores de magia
y la sombra,
con delicado color de amatista,
le rodeó sus pies.

Cogidos el alma
con manos en alegría jubilosa,
todos nosotros
hombres, mujeres y niños
como en plena florescencia de primavera
le cantamos en ronda
nuestro amor.

OCTUBRE 13

Mi soledad
es superficie de espejo inmóvil
que devuelve mi imagen
sin antifaz.

El ambiente con ropaje de desierto
sin meta alguna.

Delante
se yergue la tristeza,
con caudal de pupilas,
tan viejas como el tedio.

El frío me azota la médula
con extensa crin de tiniebla hipócrita.

Pisoteo una gran cantidad de rostros,
que los encontré ocultos
dentro de la vanidad;
y sacudo de las solapas del vestido
ese tráfago enlutado de pobreza,
que se me pegó en los suburbios.

En esta soledad, horámen social,
no se sabe si se está muerto
si se sueña arrellanado en el vacío,
si la naturaleza huyó de los sentidos,
y que la vida no tiene significado.

Pero mi soledad es también templo
donde reencuentro el pensamiento
anterior al universo,
como abrazo de mares verticales,
hechos de luz hermosa,
que anuncian la verdad con voz poderosa;
el pensamiento suavísimo;
sin el mínimo crujido que le sofoque.

Unjo mis palabras con aroma de agua;
y son más hondas
más limpias,
más música resplandeciente,
en torno de la paz.

OCTUBRE 14

Te evoco, Francisco de Asís, mi hermano,
y hermano del pez, del gavián, y del lobo:
escucha el grito- gemido de la tierra profunda;
porque se lacera el alma universal,
triunfa el mal,
imperera la violencia.

Cuando vuelvas
tal vez te encuentres solo,
bendiciendo a la naturaleza,
purificando la vida.

Pero yo sé que te sonreirá la espuma
cuando escuche tu plegaria- amor
se imantará el aroma de las flores
hacia tu arrobado de bondad,
respirarás de un solo golpe
el verde ventarrón de los bosques.

Estarás en el suspiro original del agua,
en la cúspide azul de la burbuja,
donde el pez te hará guiños jubilosos
con ojos cundidos de paisajes.

La seda de tu palabra
tendrá la blanca inclinación del nardo;
y tu gesto de caudalosa esencia,
se alegrará como el perfume triunfal del trébol,
para saludar a las bestias elásticas y dóciles,
que te esperarán en la sombra

fragilizada por tu aliento.

Besarán tu vestido los bordes del camino,
tus sandalias el ojo avizor de los guijarros.

Tus velones serán las neveras
de las altas montañas,
para alumbrar las esquinas del cielo,

Y los hombres,
quizá,..
podrán ser más buenos,
y más justos.

OCTUBRE 15

Transitaba los senderos del huerto
con orgullosa vidorra,
y Quijote cabalgaba pensativo mis sienes

listo para ahuyentar ruidos follones del día.

El perro perseguía sigiloso
duendecillos leves
que la noche olvidó
bajo la lúbrica enagua de la madre selva.

De súbito, (tal vez intencional)
un clamor amistoso de la higuera
y una abeja,
dorada a fuerza de sol y polen,

que pasó haciendo sabores
cerca de mi boca,
estropearon mi atención,
y ardieron entusiasmos
en mis redomas interiores.

Como para que nadie me viera
guardé el libro dentro del brazo;
pero me frustré,
porque un gorrión,
pájaro gorrón y chismoso,
soltó su carcajada
detrás del verde cortinaje de la menta.

Mi vanidad naufragó
ante el perfumado racimo de frutos maduros.
Hice mías la dulzura del higo
y la embriagante ambrosía del panal.

OCTUBRE 16

Amada. Ya floreció el jardín.
Delira el viento con sus flautas de nácar,
y enmadeja terciopelos
en los codos añejos de los árboles

Sobre los labios de las margaritas
ha crecido el rocío sollamado de brillos;
y los suaves mordiscos de la brisa

hacen sangrar a la malva
su inocente perfume.

Llegan de las colinas
las aves en parejas y tocados de aurora,
traen en el pico elásticos plumones
y suaves sortijas de lianas
para construir sus nidos;
y los setos aplauden
desde su verde estatura de esperanzas.

Vamos amada, corazón afuera,
por las calles de la ciudad,
que dibujan la infancia de la luz.

Los cristales de las ventanas
empuñan las lianas flexibles del sol
y hacen gracias de trampolín
sobre las aceras.

Tú estarás musical y aromosa,
en el centro digital de esta alborada;
acaso flotes sobre los giros
y urgencias de la muchedumbre,
mimetizada con sus vívidos afanes;
o tal vez te consagres como estatua lírica
cabe el pedestal de los asombros
y frente al gesto majestuoso
en ascuas de blanco y dorado
del Chimborazo.

OCTUBRE 17

En el portón de una “casa grande”

se activa el cuerpo delgado
de la florista.

¿Es una niña refugiada en una azucena?
¿O una azucena con vocación humana?

Por ser tan fina y estar en prolija fatiga
puede disolverse con el soplo de un gorrión.

Las yemas de sus dedos,
que insinúan tacto de brisa apasionada,
en los verdes tallos,
en los pétalos - esquirlas de cristal centelleante -
en el perfume - ya sin contornos -
levedizan los arreglos y ofrendas
de pompas, despedidas, recuerdos...

Sus ojos ágiles y suaves
escrutan con sabiduría flotante
las espigas , campánulas y corolas,
imprimen caprichos, anhelos,
en son de volutas, besos, ilusiones.

Pule incluso con palabras halagüeñas,
les modela con arte imaginativo,
inventa ternuras y suspiros calurosos
para darles formas, celajes, transparencias,
esculturas de luz, hechas con pétalos adolescentes,

les tiñe con densidad de cielo,
pone alas de ruseñores sensuales,
y arcos, ondas, destellos, soles,
cuajados por ufanías y venias de gozo.

Y en medio de este certamen de belleza,
de gracia y donaire,
es inútil pensarla como mujer,
porque ella es sustancia feliz de fábula,
que interpreta paisajes de ilusión.

OCTUBRE 18

El atleta
lleva en sus nervios la juventud vibrante,
y en su espíritu la Patria vivifica.

Entregará algo o todo, de lo suyo,
a la colectividad de amigos y adversarios,
que le observan, le siguen, en suspenso.
Si fracasa, abucheo y tristeza hasta el ahogo;
si triunfa, aplausos y aleluyas hasta el delirio .

Lleva como talismanes
manías, hábitos, rituales,
la educación codificada en la conciencia,
la disciplina que organizó,
armonizó tiempo y espacio, con todo su ser,
y la voluntad más firme que una montaña.

En el momento final y preciso
se juega toda su capacidad:
postura correcta de gran señor,
motivado por el imán del éxito;
y ya, los planes hechos conciencia,
el fuego de la voluntad,
la altiva personalidad,
aceleración de músculos y glándulas.

Descarga absoluta de energía,
sincronía de fuerza y movimiento,
potencia, potencia, ...
potencia de valores
atesorados en mucho tiempo;
potencia de pensamiento.

Y...

Una centella que explota,
hasta el límite de lo capaz
y mucho,
mucho más.

OCTUBRE 19

Caen mis palabras una a una,
sílaba tras sílaba ,
con rumor de niebla gemebunda.
El polvo tórnase cortina,
un pañuelo pálido cruza túneles de horror,
la tarde reclínase en silencio
sobre las raíces profundas de la noche.

La tarde agoniza
sobre laberintos de roca y nieve,
límite de volcanes
con un torrente de nubes fugitivas.

No dejo de pensar en los pies descalzos,
en los ojos con bordes hidrópicos
que no pueden mirar a la distancia,
en los lugares donde las manos arrugadas
y sarmentosas se estiran suplicantes,
en la disputa del mendigo
con el perro callejero
por las fundas con basura;
en el niño escolar
que olvidó los sabores de la leche y del pan;
en el enfermo que oculta la receta
entre los fríos agudos de la miseria,
en el anciano que yace con su fatiga
sobre periódicos mohosos,
en la madre
que abriga una sola vez
su cacerola escasa;
en todas las víctimas de la violencia,
de la injusticia,
de la corrupción,
del olvido.

Oh, mi Patria-pueblo;
la tarde;
y yo.

OCTUBRE 20

Papa Juan Pablo II
Es legítimo el vestido de cristal platinado
en tu cuerpo hecho con aleluyas
y azúcar de villancicos.

En tus manos de nieve misionera
la indeclinable antorcha de la paz,
el vertical mensaje de los lirios,
el júbilo de Jesús,
y la ternura absoluta de María,
crecida de azul polifonía.

En ti el dolor es níveo como la eucaristía;
la bondad, blanco rocío
anterior al vino consagrado
en alborada cobijada de sol;
tu palabra es noticia de estrellas abiertas
sobre el innumerable tiempo del hombre,
ventana estirada al cenit,
campaneo de gloria,
cuando acaecen cerca de ti
los vidrios sonrientes de la niñez,
manantío venido
desde los aleros del infinito,
para derramarse abundoso de esperanzas.

Tus plantas se posan

donde señala o reposa el índice de Dios;
y en tu peregrinaje por los caminos del planeta

llevas pegada a tu corazón
la pupila augusta de la naturaleza;
en torno aletean el viento, el agua, puros
y la fe contrita, inmensa, pensativa.

Desde el manso algodón de mi silencio
yo te bendigo
Padre Espiritual del mundo.

OCTUBRE 21

El hombre clama con voz urgente

un futuro sin corazón de tristeza,
sin noches púnicas por temor.

Donde los labios no sean mordidos por el grito
estridente del hambre y el colmillo del odio,
las lágrimas no vivan su sal rodada,
el frío no deprede el vestido,
ni sobre la casa trepe la intemperie.

El hombre clama por la hermosa costumbre
del abrazo franco y la sonrisa limpia,
por el pan despierto en cada amanecer;
la cultura y su merced de historia,
con aroma de sabiduría,
y pompa soplada con utopías;
por la palabra en todas las gargantas
con nombre de verdad y de respeto,
atesorada en corolas del arte,

con el brillo agosto de la justicia:
cosecha de felicidad.

Que los hombre puedan amar
con su máximo corazón,
con la sangre salpicada de horizontes nuevos,
los sentidos en la cima de la dicha,
las sienes con brillo de estrellas palpitantes.

El hombre clama febril y detonante
por una tierra votiva
al pensamiento libre,
a la fraternidad,
fertilizada con polen de bondad,
con arrogancia de belleza,
y la dinastía espiritual.

¡ Será el poema universal del futuro!

OCTUBRE 22

Era El:
Dios Absoluto
y Hombre Supremo,
alzado en brazos de la cruz infamante,
entre el cielo en agobio de misterios,
y los dédalos impuros de la tierra.

El: espíritu y materia impar,
en majestuosa humildad divina,
en soledad sin lágrimas

ni gemidos.

Abandonado por el Padre, en tiempo cero,
por la luz, el espacio y los hombres.

Vencido por el mal,
lacerado hasta la médula
por la bestia acechante,
desde los antros del humano;
castigado sin piedad, ni fatiga,
por el brazo crujiente, estridulado,
del sayón y el soldado.

Solamente el huracán estragante,
con su gañir de adioses,
con estandartes de carbón
y fauces de cinabrio y azufre,
adentrándose en su corazón
remolinando el postrer aliento.

Solamente la tiniebla, coagulada en sus pupilas;
tiniebla-epilepsia universal, en su sangre,
tiniebla-estupor por el ocaso del sol
y de la excelencia de El.

Las montañas cabeceando
sus muñones de roca temerosa;
seísmo de cinabrio y azufre,
desbocado.

Mi alma humillada sobre su sal amarga
te llora mi Dios

Redentor.

OCTUBRE 23

La medida de Jesús abarca por siempre:
espacio, tiempo, energía, materia y espíritu.
Desde el inicio de la humanidad consciente
hasta su final.

Su apogeo con el rey David
los sabios Salomón y Moisés,..
los profetas custodiados por misterios,
y movidos por llamaradas espirituales,
vertidos en cantos jubilosos sobre el mundo,
salmos, con permanencia de esperanza,
vaticinios, olfateados por el alma
para bien universal.

Jesús es conjunción de virtudes y leyes,
señalizando el camino;
misericordia, justicia y fe,
sin vanidad ni hipocresías,
hasta que sean diaria costumbre,
sabiduría de la vida .

No de los Caín, Galerio, Pirro, Nerón,
Hitler, Stalin y esos “cave cane”...
que previno Pompeya.

Si, de los Abel, Elías, Sócrates, Dorso, Curcio,...
los virtuosos “Paralelos” de Plutarco
y Quinto Escesolo,
los santos...Bruno, Francisco de Asís...

Gandhi, Luther King, Teresa de Calcuta....
Jesús es la inocencia de la naturaleza,
piedad, caridad, benevolencia;
la humilde resignación de los desamparados;
el perdón de injurias y dolor de los grandes;
de los que cumplen deberes y leyes sabias
sin caer en la servidumbre,
con límites del honor y la libertad;
de los que usan la inteligencia y la razón
en busca de verdad, belleza, sabiduría.

Jesús es zumo de todo ello,
no simple símbolo para ser manoseado
por fariseos.

OCTUBRE 24

¿Los colores intensos están en mis neuronas?

¿O es sensitivo inventario tropical?

Soy igual que el mundo vegetal:
los prados que intercambian el verde
movidos por aire ufano;
los setos con su convencional hopalanda
bordada de dorado, platín y rosa;
el bosque en debate con el viento recio,
y se lanzan saetas en amarillo, café, rojo.

Más allá las montañas: añil y azul,
presididos por el blanco fulgor de la nieve;

el celeste diáfano, intenso, del firmamento
donde se hamaquea el sol
cotidiano, vertical, triunfante.

En las noches, la rebelión de las estrellas
con agudo parpadeo,
y la represión de la luna,
que, además, con beso nocturno
trata de reivindicar
el hialino erotismo del agua,
que extiende sus espejos de superficie limpia
sobre la tersura cautiva del Río Guayas
en el mar Pacífico.

Y en este dominio exultante y vasto
la juventud de la Patria-pueblo;
con su voz, sus costumbres, su historia:
montubios en la manigua,
indios, en las paramías,
el cholo, nudo de sangre,
el ciudadano blanco-mestizo.

Soy todo esto
y barro, savia, conciencia común,
en el paraíso de color
tropical andino.

OCTUBRE 25

“Plus Ultra”
El hombre es el andariego de la tierra

y en la pista de las galaxias;
tiempo-noche adentro,
en los espacios y secretos del átomo,
donde se concentra y parte la energía,
en el cáliz de la célula,
donde se expresa bullente la vida,
y se consume la muerte.

Su espíritu, lámpara en la proa,
el corazón encendido de pasiones,
pensamiento imantado de anhelos,
audacia en las acciones
consonantes con la Historia:
comedia, drama, epopeya.

Van en la vanguardia
los hijos de la gloria,
los que forjan la hidalguía
y los altamares de la raza,
los redentores de la luz, la verdad, la libertad,
frente a la agresión de las tinieblas
del error, la esclavitud, agresivos;
los que hincan sus sentidos y voluntad
en la recia categoría del trabajo y de la lucha;
los que sublimizan la odisea del espíritu;
los que paladean el sabor infinito
de la filosofía, la ciencia, el arte,
tienen un aluvión de respuestas en las sienes,
en las manos....

Y sin embargo sufren la indómita
sed de excedencias,

de lactar las incógnitas
yacentes en los abismos de la sombra
y en los otros de la luz.

OCTUBRE 26

El hombre flamea en lo alto

las banderas de optimismo y de fe;
tiene correspondencia leal con la praxis
cuando respira aire puro,
se mira en el agua fresca,
en la dulce pupila de un niño,
que es como mirarse en espejos sin mancha.

A veces está disyuntivo con la naturaleza,
en los vórtices de sus errores,
en los paramentos que le limitan;
y mira hacia atrás con ojos azufrados,
se resbala, cae, se enfanga,
hasta quedar pestilente;
no entiende sus desvíos;
y surge el inquisidor de la libertad,
gira y regira en el deshonor,
remolina la injusticia,
se huelga pisoteando la inocencia,
escuda violencia, sangre, odio,
escupe miseria,
babea pus,
en la entraña misma de la vida,

en la llaga más honda del dolor;
llena de llanto y de carbón
los túneles de la angustia
y de la muerte,
donde yacen de bruces
el párvulo signo de la bondad,
la tiritante desnudez de la belleza,
las estatuas hieráticas de la verdad:
almas de la criatura humana.

OCTUBRE 27

Me complace ser su amigo.
Tiene quemada la piel
por la intemperie y el sol de cada día

Sus manos son más firmes que la esteva,
más ágiles que la hoz y el biello;
estrecharlas en nudo cordial
es sentir el pulso de su sangre,
amansando la juventud del surco,
a la hora de la gándara
humedecida de orvallo;
tienen la rara habilidad de transformar
el limo en tubérculos turgentes,
sembrar el cereal transido en mies fecunda,
conducir el agua musical y mágica
entre los verdes centelleos del maizal.

Tiene la vertical sencillez del eucalipto;
camina sin vacilación,

en línea recta,
hacia el trabajo en su pegujal,
desde el primer gorrión de la alborada
hasta las primeras estrellas;
con sus pasos hace palpitar la tierra,
y los guijos se retiran respetuosos.

Con el vaivén vahoroso de su blusa
y la palabra ancha,
destroza las sombras
y provoca la total heliofanía,
la fresca murmuración del viento.

Le he visto,
le he sentido impávido,
con solidez de roca,
ante la agresión del frío,
de la tempestad y el relámpago.

Nunca se siente solitario
porque todo él es decisión
para la vida.

OCTUBRE 28

Conozco mi fantasía tanto,
como el mendigo a su esquina.

Es mi camarada-elemento,
sin edad ni sosiego;

me alimenta como el riachuelo al surco;
es la ambrosía que rebosa mi copa,
es mi hopalanda ceremonial y de fiesta.

Tiene un sonido sobreagudo
de luz desnuda,
inédita y frágil para la mirada fría
o para el tacto desaprensivo,
pero, si, llega frondosa y súbita
con evidente belleza,
mensaje de paisaje altísimo;
omnipresente beso
para el júbilo del alma.

Me saca, ternurada, de mi escondrijo
cuando estoy proscrito
en las grutas del silencio.

Llega siempre en mi socorro
con su bajel de cristales,
cuando navego por las bahías del ensueño;
o cuando mi pensamiento flaquea
a niveles de agonía.

Me ennoblece
cuando mi voz se opulenta
con campaneos de gloria.

Me libera,
cuando estoy extrañamente opreso,
si gotea mi médula
golpeada por el dolor;

o se apenumbra la sangre
con el denso humo de la tristeza.

OCTUBRE 29

Mister Aurelio Samaniego:
nos esperaba en la puerta del aula;
y aunque de porte erguido y grave
sus ojos infatigados sonreían,
igual que un rayo de sol
filtrado por hendrijas de vitral,
entregándonos amistad legítima;
y humanísimo, estimulador, sincero,
nos conocía a todos,
con nuestras virtudes y manías juveniles.

En la iniciación de clase,
con fe absoluta:
“In the name of the father...”

Su mano trigueña
se fatigaba en el pizarrón,
ante el anhelo silencioso del alumnado
para aprender inglés;
y en la repetición ¡ Cuántas veces!

Alguna anécdota, recuerdos ...
que nos entregaba como dicha furtiva
por los resquicios momentáneos del cansancio

y en los quince minutos de recreo.

Por lo varón obstinado a la bondad
fue siempre como un joven,
crecido a fuerza de lucha vertical
y estirones de tiempo bien usado.

¡ Qué lección-ejemplo de maestro noble!

La evidente lealtad con “mi colegio”,
el respeto a los valores riobambeños
y a personajes torales de la Patria.

Verle inclinada y reverente su cabeza,
humillado en percepción de infinitos,
ante Dios,
la Dolorosa del Colegio,
y el Sagrado Tricolor Nacional.

OCTUBRE 30

Antes que estalle el asombro del hombre,
ni existiera la palabra para nombrarle;
y solamente era el grito arremetido
de la interior herida de la tierra;
era el tormentoso crujir de sus entrañas;
era el fondo de la noche anclada
en río estelar de siglos y de edades,
con ansias de oxígeno vital.

Se hizo la hilera formidable de los Andes,

con metales desgarrados en tumulto de cumbres,
follaje de corolas ignicentes,
cabelleras de fuego.

Y fue el ronco rugido de los volcanes,
lenguaje geológico acumulado,
que acaudilló el estrago, rasgó el azul,
para deglutir estrellas.

Campanario cósmico,
quejumbre de los abismos,
para solemnizar la longevidad del basalto
y el arpegio blanco de la nieve.

Era el vecindario cósmico salvaje,
obstinado en horizontes hispídos,
visitado por navíos de nube adusta.

Entonces, el Chimborazo
con sus brazos dirigidos
a todas las distancias,
al principio y al fin
de todos los caminos,
y su frente de extraña deidad
o de mago inexhausto,
cubrióse con océano de nardos
un lampo glorioso de auroras verticales.

Y se hizo la belleza,
y se hizo la grandeza,
para la infancia perpetua de la vida
y la exultancia del hombre riobambeño.

OCTUBRE 31

¡ Heme aquí Riobamba- la Antigua!
Alzado de emoción,
ritual implacable,
porque me llegas piel adentro,
te siembras en la sangre,
te eslabonas en el alma-sustancia;
y eres río de imanes
en la pupila absorta del espíritu.

Debajo de tus ladrillos informes
el pasado sopla catástrofe de siglos;
desde la piel herida de tus piedras yacentes
con durísimo suspiro de olvido,
me golpea el insosegado grito de la historia;
leo el verbo pretérito de los hombres
que se aventuraron al futuro,
me religo con el orgullo de un pueblo,
que caminó entresueños,
con huella irreversible de amor,
lucha, tragedia y gloria.

Oh, tierra hollada por la pátina del tiempo,
tierra cimiento de altivez
y con sabor de luz;
tierra-patria-origen -patrimonio
preciosista, exponente, fecunda.

Con el peso de tu recuerdo
se dobla mi memoria
me humillo reverente.
Y con el tacto de mi beso-ilusión y fuego,
te digo que amo tu historia.
Y me siento más alto,
más grande,
más bueno.

NOVIEMBRE 1

En mi gallo:
la atildadura del porte,
limpio de pico y espuelas,
primoroso el plumaje,
con aspecto de mármol multicolor,
suavizado y pulido por los brillos del sol,
capa larga con encaje de amatistas,
esmeraldas, azabaches, rubíes.

Su alcoba , el limonero,
que le soporta y abriga en el traspatio.

Infaliblemente,
picotea y agita el mantón de la noche
desde las tres de la mañana;
a veces, pundonoroso,
quiere competir con las campanadas
de la iglesia cercana,(canta en barítono).

Yo creo que su refección
hace con una mazorca de estrellas
sobre el limpio mantel de la alborada.

Su caminar es pomposo,
como de galán de cine,
enamorado y pulcro.

Se llena de júbilo y orgullo,
pastoreando su harén
y sojuzgando a la tropa de polluelos.

No le gusta mis lisonjas,
mucho menos mis admoniciones,
cree que profano su dignidad
y amor propio;
aunque, al verme,
siempre me saluda,
(con menos alegría que al sol
y con menos honores
por supuesto).

NOVIEMBRE 2

Hoy, Día de Difuntos,
quienes vivimos
queremos derrotar a la muerte,
quebrantar al olvido,
con plegaria coral dirigida al cielo
y unos tallos enracimados con afecto.

Se sufre la ausencia de los seres amados
con gemidos en límite de grito,
para que vaya más allá del espacio
con el sedimento desnudo
de los ojos cansado de interrogar,
con sal amarga,
a los abismos.

Se especula sobre el dolor de la muerte
con palabras nacidas en la ternura;
elevamos las manos
en pirámides torturadas de súplica,
hasta la altura del milagro,
donde habita, deslumbrante el Supremo.

Hacemos confidencias con la tristeza;
distribuye la soledad dosis de frío;
y todas las células resbalan,
como para esconder la vida.

NOVIEMBRE 3

Temo demostrar optimismo exuberante;
es alógico, en destiempo, en deslugar,
es angostura en la carne,
como crujido de cerradura orinecida;
tiene oscuridad de túnel
para la andanza de la tarde,
esquivo, como la nube,
que, súbita, se arruga, se pierde en la montaña.

El optimismo material es holgazano,
y ciego, sordo, clandestino,
enemigo hipócrita de los pobres,
o, como dicen los marxistas,
es oligarca ancestral,
porque explota la frescura de la vida,
se asoma de repente a los párpados,
luego se cuaja de sal azufrada
y cae colgado de una gavilla de lágrimas;
porque se burla de la esperanza,
que la arrincona pálida y fría,
masticando melancolía,
respirando fracaso y error.

El optimismo en rostro anciano
tórname mueca horrible;
en su mirada huelgan la sombra y la fatiga,
se deslizan por la boca amarillenta y seca,
que es brocal de medianoche
y donde carcajean espectros clandestinos.

Porque no acepto la compasión de nadie,
no quiero que el optimismo material
se arrime con piedad a mi piel.
Y porque tengo dentro de mí, un espíritu,
que no se aleja ni duerme nunca,
y es torrentera de luz
y de excelencia.

NOVIEMBRE 4

La rana horada de noche

con larga lengua fría,
con afán de comer la luna.

Lava sus anteojos verdes
en lustroso salto de agua,
para obrar con astucia
en la telaraña,
y derrotar a las luciérnagas,
que fosforescentes circunvalan la noche,
sintiéndose meteorólogas.

Colaboran con la rana los grillos,
que golpean sus cráneos de yeso pardo
contra las rodillas ocultas del seto.

Desde su patrimonio de sombras
un mochuelo gruñe amenazante.

Una rata hace caprichos
con la hojarasca,
sacude de sus hombros el susto
y se va.

Pero el verano se enfada,
con seca respiración
olfatea el ambiente,
y castiga
con fustazos de frío polvoroso
el húmedo hociquillo de la rana.

Yo, como testigo consciente
de este mínimo imperio
de cosas y de seres,
donde triunfa la naturaleza,
solamente...
me sonrío.

NOVIEMBRE 5

El tiempo y el río

recorren inexhaustos las distancias,
sin regresar sus pupilas
hechas con tinieblas y claridades activas.

El tiempo surge de la orilla
donde el Infinito - Alfa
redobla sus misterios
con soplo genésico;
y avanza irreversible al pórtico,
donde el Absoluto – Omega
acalla el verbo - grito de la historia,
y estrangula en un punto - luz
los jeroglíficos de la materia,
y todos los espacios de la energía,
que ata y remolina a las estrellas.

El tiempo incinera todo,
y fomenta su caudal con las ceniza
del destino del hombre,

los carnales estragos de los seres,
la estremecida entraña de las cosas.

En su fuego sagrado
sólo brillan los escogidos por la naturaleza:
los sabios y virtuosos.

El río nace de la orilla del cielo,
donde el abismo altano se congela,
fusionando los elementos primordiales,
con sutil avidez de frescura;
y gotea, cae, se contrae,
avanza, ondula, se atumulta,
por los senos y laberintos de la tierra;
y termina donde el mar
con seminales olas batallantes
renueva la vida,
y purifica la muerte.

NOVIEMBRE 6

Desparramo mi alegría

y la trasformo ímpetu de abrazo,
me reproduzco
hasta en la última célula,
llamea el cerebro con ideales fértiles;
enriquecido de claridad y fuerza
amo la vida,
cuando el pueblo renace en salud,
sacude su respiración,

estrena su camisa festiva de emociones,
hace milagros de júbilo con la sonrisa,
canta sonorizando horizontes
de bronce astrales
y desnuda su grito libre,
deja fragmentos de corazón esperanzado
en el trajín de su trabajo,
irrumpe al vértice del entusiasmo
blandiendo en sus manos el tricolor,
y otea los domos
donde brilla el futuro.

NOVIEMBRE 7

¿Que puede decir el poeta
bajo la noche que desata tormenta,
y cuando los impulsos de la sombra
entrostran el ansia de excelencia humana?
No a la basura sensual,
aquella que deviene torrentera emocional
de zozobra, miedo y terror.
No a las irrompidas cadenas
del instinto pequeño y oscuro,
que trafica y trueca el egoísmo feroz
por sollozo y tragedia del humilde.
No a la pequeña puerta frágil del olvido,
por donde ingresa la miseria,
en busca de la carne débil y triste.
No a la mentira que desarropa la inocencia
y fertiliza el lumpen.
No al torcido nombre del político

con ansia suprema de dinero
para adornar su orfandad intelectual.
No a la involución del arte
a niveles de selva, albañal y desierto.
No al imperio de la máquina
para perjudicar el alma del hombre.
No a constreñir la conciencia
hundiendo el puñal en el cuello.
No a la hipocresía pugnaz del oropel,
que saquea la honra y se lava las manos.
No al rezo que mecaniza el gesto y la palabra,
sin tributar oración de espíritu al Supremo.
No a la ostenta con antifaz de caridad,
que olvida la noble justicia cotidiana.
No a la opresión intelectual y física
que supuran en las heridas más hondas
y blasfema contra la sustancia primordial
del hombre.

NOVIEMBRE 8

Oh, Dios. Perdóname.
Desde mi poquedad quería orarte,
elear mi adoración,
desde las rodillas, las manos, el alma.

Pero, con tu misericordia,
abre mis células profundas
al quilate primordial del espíritu.
(O debería perder de alguna manera

mi náufraga condición humana)

Porque no encuentro las palabras precisas,
y soy inquilino de este barro dolorido.

Tu infinitud golpea
la humilde pequeñez del pensamiento;
es tan incomprensible
tu eterno desborde de misterios.
Eres tan grande
que abarcas la base de la materia
y la moldura de los espacios.
No tienes forma, y eres perfecto,
sustancia única del Absoluto,
registro inicial y final de la historia,
causa inmóvil del movimiento,
simiente eternamente renacida
de la energía y de la vida,
deontología de la armonía
y teleología de la música,
contenido de la sabiduría
y continente de la verdad.

Señor, Dios, eres tan bello,
que inicias la luz
y purificas la sombra.

Perdóname. Señor, No sé más.
Si no es mucha blasfemia,
te digo,
Tú haces la poesía del cosmos.

NOVIEMBRE 9

A veces es tan duro vivir,
como yedra pegada al absurdo, ...
paso de los instantes.

La frente
en la pequeña roca de los ensueños,
febricentes los labios
en los desiertos vientos del sino,
las manos crispadas,
tendidas hacia el mínimo
destello del espíritu.

Y estar pobre de emociones profundas,
la voz en fuga
amenazada de silencio;
y se gasta,
se angosta
la senda - destierro de la muerte.

Arropar con eco de sonrisa
la existencia torturada.

Sin embargo
el aleo del pensamiento,
golondrina atormentada de distancia.

Oh, el sollozo se desnuda,
llamea sin ruido,
se hace ceniza aterida,
dentro del estupor del cielo;

y el impávido giro de la tierra.

NOVIEMBRE 10

El fenómeno de El Niño

es la epilepsia de la sombra
ya sin día.

Es sismo colosal
en los techos de la atmósfera
para derrumbar el tiempo.

Es la estampida de los elementos
por túneles, moradas de murciélagos,
gemelos de Kalibán.

El cielo, risco bravío,
sacude la tierra
con sonido bárbaro de intemperie;
y sus cráteres,
que blanden el relámpago,
dan aldabonazos
en la geometría loca de la tempestad,
del miedo,
del hambre,
del frío.

La lluvia ya no es agua fértil,
es tupida colección de lianas,
que descuelgan fardos
con sangre negra,
para hacer el fracaso de la vida,

y el triunfo tumultuoso de los abismos.

El viento, pirata de las distancias,
blande cuchillos de vidrio hísido.

Mientras el hombre
de la costa ecuatoriana,
alarga su angustia,
desde el hollín antiguo de los fracasos,
hasta el límite legamoso del dolor
teñido de lágrimas,
coraje,
y muerte.

NOVIEMBRE 11

He tripulado bajeles
por los mares del asombro,
impulsado por presagios
y brisa de fantasía.

Me desvanecí en destellos,
donde palpita mi sangre
con orgullos del paisaje;
en oriflamas de ocaso,
donde se miran blanduras
y el rubor de las estrellas.

Me solacé respirando
las escarchas de la música

enjambrada de armonía,
las espumas trashumantes
tribuladas de espejismos.

Mi repertorio: el tañido
del agua en motín de río,
de la brisa ballestera
de secretas suavidades,
la rondalla del azul
desollado por las nubes,
el verde soplo del trébol,
y ese rumor del ensueño,
de las pasiones del hombre,
y el dolor que hace ventisco
en altamares del alma.

NOVIEMBRE 12

¡Quien pudiera conocer al hombre¡...
Descender al infinito pequeño
de su materia formal,
y ascender al infinito grande
y sustancial de su espíritu.

Su materia: extracción
e imagen del mundo transitorio,
desde el pronúcleo atómico, llama en acecho,
y la protocélula, lengua voraz de la vida,
hasta más allá del hondo – oscuro,
con su energía inexhausta,
colisionando, forjando,
el universo infinitesimal.

Hombre, imagen
de la fuerza juvenil del universo,
con su deseo de expansión continua,
en peregrinaje por la geometría del tiempo,
las ánforas del espacio,
los solsticios galácticos,
la revolución creadora de mundos nuevos,
la involución en hoyos negros,
tumba de astros caducos.

Y su espíritu,
dirigiendo la sinfonía de la vida,
extremidad radiosa del infinito,
procedente de Dios,
y en perpetuo retorno hacia El.

Oh, quien pudiera hacer
en sinfonía absoluta
la historia del hombre,
unida a la casuística de la naturaleza,
y la apología del espíritu.

NOVIEMBRE 13

Hoy me puse una máscara,
para fingir astucia grande;
y una redonda carcajada en la boca.

Me acompañó un guiño del sol,
que rebotaba por instantes en mis ojos;

no le pude morder,
porque también le cubría
una escafandra hecha de sombra.

Destilé sarcasmo
en el oído de los nuevos ricos,
en el cráneo aturdido de los burócratas,

en la retina torcida del hipócrita,
en el ombligo de las prostitutas,
en la piel de los mendigos.

Dejé impresa mi risotada
en los peldaños del político,
en el brillo casual
de los zapatos de las autoridades.

Hice bullicio inclusive
en los barrios pobres,
donde las casas brotan
desde la entraña del frío,
y en las ciudadelas
con perfume artificial.

Confieso que saqué provecho del terror causado,
porque al final,
en el fondo de mi mano
tuve las uñas del ladrón,
los dientes del pícaro,
las pestañas pulidas con barro del mentiroso,
las sandalias extraviadas del saltimbanqui.
Y...

un pañuelo empapado de lágrimas.

Oh, mi, quimera, me hace posible conocer
la digital del costado izquierdo, herido,
del humano.

NOVIEMBRE 14

Surge el hombre como sístole ilusivo
de la médula primordial de la naturaleza,
al gran ruido universal;
para empinar su estandarte exclusivo
en un sólo instante vertiginoso,
y grabar en minúscula piedra cataclísmica
el drama de su existencia.

Se verifica
al filo de la ruleta del destino lascivo,
martirizado por cifras indeclinables,
girantes entre relumbre multicolor,
y ante la abulia de sus ojos,
enceguecidos por hipnótica tensura.

Su vida:
girasol en la corteza de áspero desierto,
impulsado por sangre insaciable,
que se evapora en la espesura del anhelo,
y en el tráfigo irrefrenable

de luchas cotidianas.

O sueño inebriado
bajo la cabellera impávida del sol,
que le glorifica en corolas volubles,
y le calcina con truenos indescifrables.

Viaja con itinerario de estrellas
listas a escombrarse,
y con lacrimales de abismos,

que devoran escorpiones
ahítos de misterios
y de vacío.

NOVIEMBRE 15

Dentro de mí hay un joyel,
en que se hospeda el Chimborazo,
concentrado en su platino,
sus rocas quemadas en milenios,
las cataratas con punta azul,
el gárrulo paso de los vientos,
el almidón hialino de las nubes,
que trabajan
pulimentando su corola.

Le pongo en la tarde y noche
en lo más alto del ensueño,
para que cohabite con la fantasía,
y con velocidad de prodigio,

derrame una tempestad de gemas
en mi obraje de ideas,
en el telar de mágicas golondrinas.

Al amanecer
yo sé que exhibo
una esquirra de su nieve
sobre la frente,
convertida en arquetipo de hélices,
en canción con altos pensamientos,
o simplemente en espiga
para alimento del alma.

NOVIEMBRE 16

¿Quién llama?
La sabiduría.

¿Quién levanta la voz?
La inteligencia...

Sabor y perfume del espíritu,
la inteligencia.

Vértice y culmen de la vida,
la sabiduría.

Escudo, refugio,
llave y custodia del bien,
la inteligencia.
Fuente inexhausta de la verdad,

la sabiduría.

La sabiduría jardín de ideales
en “la Tierra Prometida”.

La inteligencia los cultiva.

La inteligencia:

claro principio, dínamo, sendero recto,
para el constante ascenso del hombre
hacia la nobleza y la excelencia;
alimento alquitarado en la belleza,
semillado en el pretérito,
y en perpetua floración,
siempre próximo
a los secretos puros de la naturaleza
y de Dios.

La sabiduría es la amistad
armónica e indisoluble
con Ellos.

NOVIEMBRE 17

El día estaba paralelo a mi psique;
inclusive pareció hablarme
con mis propias palabras,
esas, que de tanto ser antiguas,
son sólo rescoldo.

El día miraba mi tedio
con alevosía,

como atisbo de farol pánico.

Yo, al margen de todo,
desmitificaba la vida,
los personajes que, tal vez,
pasaban frente y junto a mí,
los lugares que, en vano,
con magnitud de espejo convexo
quisieron referirme “esos sucesos”,
que son contemporáneos
del pájaro viajero, que se perdió,
entre las pinceladas de viento huracanado.

El día se alargó - hacia atrás -
paralelo a la tristeza.
Y yo víctima del día
y de la tristeza.

Sólo las nubes protagónicas
condujeron mis ojos
a parajes desconocidos,
donde no caben evocaciones,
ni recuerdos,
ni ilusiones.

El día,
y por más señas domingo,
quería que yo haga columna
detrás del frío y de la soledad.

Y yo sólo por mantener mi honor,
doblequé las sensaciones,

y las lancé al hoyo que dibuja la sombra,
a las seis de la tarde.

NOVIEMBRE 18

Llega al secreto de mis ojos

con tu sonrisa íntegra,
- que no se acabe nunca -
y con tus mágicos ensueños
dignos de esta mañana festiva.

Penétralos consteladas de vida,
como hicieron ayer, hoy y siempre:
la lluvia destilada en luceros,
la refinada doncellez de la brisa,
el perfume bronceado con polen,
las llamaradas multánimes del arco iris,
empeñado en ser palio
de las paramías,
donde se refocilan los cóndores,
sobre las landas de la jungla,
donde se sofoca la astucia del venado,
sobre la piel calofriada de la sabana,
donde asecha petulante el lagarto.

Encontrarás policroma y exultante
la grandeza del paisaje,
con una enorme sonrisa esmeraldina,
resonando sinfonía de alturas;
la belleza enigmática de los volcanes,

la blanca austeridad del Chimborazo,
primer discípulo del arcano,
cortesano de Dios,
y en cuya testa adiamantada
brilla más el sol
y con su estilo de eminencia antiquísima
detesta la pequeñez
y lo efímero.

NOVIEMBRE 19

A la hora solemne en que combaten

la luz del día
con la tiniebla de la noche,
en el escenario colosal de los Andes,
desnudé el corazón
de su significado de pasión,
le humillé a nivel de suelo,
poblé de silencio místico
su rito de sangre y fuerza.

La tierra desesperadamente expectante,
mas bien devota,
inclinada en los aleros de la atmósfera.

No se escuchó el sonoro tropel del tiempo,
ni hubo lugar a la veleidad de los árboles,
ni el viento se atrevió a descolgar
sus cortinas de ceniza
en el cristal de la ventana.

- Suspenso...-

Yo, en el sitio del éxtasis,
replegado,
internándome más
y más,
como al otro lado de la vida,
donde sólo el pensamiento
se apoya en las columnas
del infinito.

NOVIEMBRE 20

Viajaba la luna

con los ojos abiertos.

Apoyó su primera pestaña
en la caprichosa altura de “los Altares”.
La montaña la recibió presuntuosa
en su estancia de roca y nieve.

Su blanca figura
provocó el ánimo loco del lago,
que elevó un cántico azul
desde el fondo de su cráter
hasta los labios bermejos de la nubes.

Comprobé el terciopelo de su vestido,
extendido en mi huerto,

que apresuró abrir la corolas,
que dormitaban,
como buenas y puras criaturas
de la naturaleza.

Comprobé la fiesta de las luciérnagas,
que encendieron sus candilejas,
a pesar del agravio de las sombras,
y de un lucero envidioso,
que trató de interrumpir,
descendiendo por funicular de platino.

De soslayo me miró el limonero,
que escribió grandes condecoraciones doradas
pulidas por los esmeriles
de la misma luna.

Yo reventaba de dicha:
vestido de etiqueta,
logré persuadir a la luna
que era también un huésped,
en el gran salón de la naturaleza.

NOVIEMBRE 21

¡Salve, oh Patria!
En el Alto Cenepa:
sol, humedad y selva.

¡Salve, oh Patria!
en el río con eco de tormenta,
en correntera, salto, caída, abruptos,

sobre roca de mineral y limo,
tan antiguos como la sangre quiteña.

Lo nuestro:
sólo el heroísmo esperanzado y sin límite,
vengador de la infamia,
movida por el odio y la voracidad,
que hirió a la naturaleza,
a la historia,
a la vida
de mi noble país pequeño.

¡Salve, oh Patria!
en el alma del soldado:
fuego, sudor, coraje, de alma;
fe, moral, firmeza, de espíritu;
derecho, justicia, vindicta de la Nación;
deber, derecho, dignidad,
dínamos del pueblo unido.

La sangre que rubrica el sacrificio,
lidera el amor a la heredad,
a la materia que sustenta
los valores de excelencia y orgullo.

La muerte, bendecida por la vida,
muerte grande,
que magnifica el martirio definitivo,
glorificador del hombre,
más allá de los límites del tiempo
y las molduras del espacio.

NOVIEMBRE 22

¿Donde estuviste
niña esencia
de mi ayer geranio?
¿Musicalizando la brisa
con tus pestañas líricas?
¿Desvalijando el sol de su otoño brillante?

Yo te busqué en el fondo de la emoción,
aquella que un día tembló
como semilla de esperanzas.

Te llamé derrochando signos
de lámpara llagada por brillos
venidos de imanes ciegos.

Te llamé gastando los brazos de trébol
desde el navío raudo de una estrella.

Y te encontré
subida en las torres del silencio,
tañendo campanas del vacío,
con golpes duros de lágrimas.

Te encontré más allá del frío
acumulado en la piel de los mármoles,
debajo del carbón de amapolas,
incineradas por el dolor.

Al final de la palabra,
seguida por puntos suspensivos.

Sumergida, de bruces,
en las aguas del tiempo,
mezclando las sienes
en los oráculos secretos del espacio,
donde sólo es posible
la abstracta sangre del ensueño,
y el viento de la añoranza,
que respira luto inagotable.

NOVIEMBRE 23

Mis conciudadanos en círculo inútil:
mancha grande de escamas,
disfraces y caretas,
tambor de ira, redoblando anhelos,
- hecho con piel morada de serpientes -
sito en el sendero, exilio de la vida.

Cada uno distinto
y ebrio de algo,
desvaneciéndose a la sombra
de arañas inmensas;
huyen de su propia sustancia,
fugitivos de la ceniza estéril,
que carcome sus manos;
irónicamente solos,
sacrificados al dolor.

En primera fila el narcisismo,
con tufo de político y compadre;
y orden de ese colosal desorden,
los que tienen la cabeza feroz
y destrozada por ambiciones sin tregua,
los que tienen manos de tenaza cerrada,
los que ponen delante la carne fácil
y el hartazgo del ocio,
los que muestran la sangre crecida
hasta la rebeldía del cincel y la tribuna juntas.

Y pasan, siguen, pasan ...
Al final,
el más solo y extraño,
el poeta,
que olvidó secar la lluvia azul
de sus pupilas,
y va perplejo desnudando asombros,
siempre al medio día,
en busca de las interioridades
de la belleza universal.

NOVIEMBRE 24

Maíz, resonante como el tiempo,
transcurrido entre las manos del labriego,
y como el silbo alardoso del mirlo
erguido al filo de la alborada.

Suave, como la colina que tu mismo ciñes
y por donde rueda redonda la luna,

como el beso que da la espuma
a la primera gota de la lluvia.

Tienes idéntica blancura a la del carámbano
cuando desde la orilla desafía al sol;
y la castidad mínima del caracol,
donde se desnuda la transparencia.

Mantienes inmarcesible y victoriosa
la ingrávida exquisitez de tu cuerpo turgente,
dentro del ropaje – manufactura del sol -
y de la urdimbre arcaica de la luna.

Hijo primogénito de estirpe americana
con promesa rotunda de eternidad
y a la vez padre protector
de la memoria transitiva del aborígen.

Yo puedo contar mi edad en una fila
de tu mazorca emperlada,
y palpar en tu rubia cabellera
el pelo undoso de Ella, que te ama.

Hoy quise modelar en mis labios tu nombre,
y al desgranarte con fruición, sentí
la nativa delicia coagulada en milenios
y la mirada majestuosa de la historia.

NOVIEMBRE 25

El idioma castellano, no es sólo un nombre.
Es: savia surgida del vientre de la tierra,

limo de señorío que sigue haciendo historia,
salitre que el tiempo acumula
en los frisos barrocos del arte,
sangre adherida en la mitad del sol,
que hace crepitar los continentes
y la torratera azul del mar,
ola y burbuja, espuma y remanso,
para explicar las excelencias
y problemas de la vida,
crisol de optimismo universal,
hélice de auroras para liderar mil pueblos,
galería suntuosa del sentimiento,
luz en el túnel de las edades
hecho por la sabiduría.

En nuestra América joven:
es tambor que incita rebeldía y libertad,
que estalla colérico en rojo vivo,
como solfatara, erupción y trueno,
en la angustia sin fin de los volcanes
y en la eufórica resonancia de los ríos;
saludo de guitarras prodigiosas al amor,
brisa con atributo de ternura,
cascada de miel próxima a los labios,
certeza de oración y llanto,
que asciende los templos y las torres,
testimonio de campanas,
para sonorizar la aventura del espíritu.

Idioma Castellano:

voz que danza en ritmo suntuoso,
palabra, asombro, gozo y maravilla,
para exaltar los primores de la música;

raíz y savia de flor hermosa;
y fruto para civilizar al hombre.

NOVIEMBRE 26

Le impuse silencio al silencio.
- Silencio intrínseco, tal vez metafísico -
porque era cúmulo de ensueños plurales
llegados de regiones transfísicas;
interrogantes, agresivos y polémicos,
en actitud hasta sacramental,
codeterminando mi existencia interior,
y mi yo formal,
adoctrinándome en la ideología
de la utopía.

Descendí,
más bien, resbalé, caí,
a la tarea de crear cosas,
apropiarme de una semialegría,
sonreír delante de promesas ya desplazadas,
y yo mismo aplaudirme
con sonora dosis insensible,
a golpe de huesos lisiados,
de corazón caricaturesco,
intrincado en conflictos.

Y allí mismo desaparecí por indiferenciado,
aglutinado en la circunstancias,
y me quedé insolvente del espíritu,

arrugado por el estropicio social.

Era noche,
no quise pernoctar en esa fauce.

Levanté las solapas de mi gabán de soñador;
con el truco del frío
di las espaldas a esa realidad.

Y otra vez estoy sitiado ¿o realizado?
en el silencio,
silencio grande.
Que me triture, hasta realizarme
en átomo personal y profundo.

¿Y ahora qué?
Si a nadie le importa este silencio,
tan mío.

NOVIEMBRE 27

Hoy, la brújula de la muerte

con oráculos vacíos de pupilas
y hoyos colmados de húmeda ceniza
nos anuncia con sensación suprema
que tú E d u a r d o K i g m a n, M a e s t r o,
te levedizaste más allá
de los paramentos de la vida;
tirita del sacro altar de la cultura,
y la Patria cubre su rostro.

Los ecuatorianos. Todos te buscamos,
vamos hacia la caverna del agobio,
en la popa de vidrio desnudo,
sobre mar sin ribera,
hecho con lágrimas
y saliva amarga.

Buscamos tu alma
bajo el parpadeo de colores inexhaustos,
húmedos por siempre
con la sangre hialina de tus anhelos,
y con el brillo de tus bellísimos ideales.

Desbordándonos el orgullo
legítimo de ecuatorianos,
te encontraremos íntegro
en la catedral de la gloria,
pincel en mano
afinando la belleza
omnisensual de los espacios,
digitalizando en los frisos de la Historia
tu propia eternidad.

NOVIEMBRE 28

No quiero estar en deuda
con los sentimientos,
en desmesurada lucha
con mis interioridades.

Quiero estar tan liviano,
como la ironía del viento
al sorprender la quietud de la piedra.

Plástico y flexible,
como el suspiro de la nube
sacudida por el aliento de una montaña.

Ser de la estirpe
elegante del árbol,
estilizado con el gorjeo dorado
de las aves.

Como la elegía huraña del pajonal,
que burla a la tormenta.

Trepar con esmero imaginífico
a la rondalla blanca de las cimas.

Escribir en el viento
mi voluptuoso anecdotario.

Conspirar con las distancias
para expulsar las sombras
de las faz radiante de la tierra.

Lanzar a los abismos espasmóticos
los basaltos rojos de los volcanes.

Y libremente, perderme
sobre una hilacha que el sol

olvida en las vicisitudes del río
a la hora del crepúsculo.

NOVIEMBRE 29

Me persigue un mundo

¿ficcional?

Le percibo en magnitud
de atmósfera densa,
curvada íntegra sobre mi.
Se mueve con gesto protector,
avanza dentro del pensamiento
con intensas luces girantes,
formas difíciles de precisar,
indefinibles,
cristales barrocos que se juntan,
se funden,
(donde tengo una ermita soledosa
ajena a las vicisitudes);
florecen en primor,
se deshacen sorpresivamente;
se metamorfosean en lluvia,
sensualizada,
suspirante,
se prodiga, derrocha,
balsámico efluvio,
por todos los sentidos
próximo a mis secretos,
es decir a lo sustancial de mi vida.
Al final se transforma:

figura femenina sin defecto,
demasiada hermosa,
pero intangible,
inalcanzable,
porque va hacia atrás,
con sonido profundo,
apacible;
arrastra mi leyenda
intransferible.
Ana María.

NOVIEMBRE 30

¡Oh los instantes más gratos y profundos,
que los proclamó mis tardes!

Después del tráfago cotidiano,
como estar desterrado dieciocho horas,
o encharcado en acontecimientos comunes
del viejo drama social,
que exalta las estrategias colectivas,
y aflora, se impone, la audacia individual;
para vivir nivelado- hacia abajo -
yo laboreo, austero y simple,
blandiendo entusiasmo,
para llevar a los labios
la sustancia aromosa de la tierra;
en mi huerto:
pegujalito donde me sonrén

las flores, los árboles, las piedras,
y afinan los gorriones sus flautas armoniosas
con diapasones del sol.

Ya en la tarde la vida interior
canta su obertura grandilocuente,
para dar paso al pensamiento
a bordo de campanas de cristal,
y me consagra a la emoción.

Ataviado de música majestuosa,
me sumerjo al fondo sustancial de las ideas
en el puerto blanco del libro,
donde me espera la palabra toral
de los hombres profundos:
Will Durant, Montalvo, Hugo...
Allí absorto y dueño de mi mismo,
se vuelca sobre todos los sentidos,
para opulentar el alma,
el fulgurante lampadario
de la belleza.

DICIEMBRE 1

Meditar,
es como llegar a una cueva llena de espejos,
donde pernocta un ermitaño antiquísimo,
que espera una mano
hecha de piedras preciosas,
que sacuda y levante
un grito que embista su corazón
para salir de su angustiada nada,
y caminar ennoblecido entre los hombres libres.

Es astillar los confines de lo transitorio,
ponerse al otro lado de los instintos,
y respirar la voluntad de los dioses,
que en abismal silencio
contemplan
los vértices fulgurantes del pensamiento.

Estar consciente de vivir
con sed inexhausta de alturas,
y poner alas transparentes a la razón
para vencer el desfiladero,
donde yace la verdad vestida de misterio,
y circundada por la eterna mirada de la belleza.

Desnudar la fantasía,
y columpiarla en cordajes soberbios
de la música de los sistemas puros;
o naufragarla en torbellinos
de oscuridad y caos;
y regresar con la fatiga del imposible

a la rutina y a la pequeñez.

Abrir las ventanas del alma
por la geometría ilesa de la metafísica
y diluviarnos con su fecunda esperanza.

Es conmemorar en blanquísimos instantes
el beso de la eternidad.

DICIEMBRE 2

Hoy me disfracé de roca
para resistir la furia fría del viento social;
me confundí con la hiedra humilde
en los muñones añosos,
en la ruda batalla de las pasiones.

Ascendí errante por lagos interiores
impulsado por heridas hondas,
que llevo en las pupilas.

No puedo soportar la intrusión
del odio que nos mira hípido
por encima del hombro;
ni el pus regado en la Patria
por la mordedura de la bestia primitiva,
el festín de la miseria moral,
que emborracha a la juventud
hasta la vergüenza del destiempo

sumido en cloacas.

Se oye rugir la calumnia,
llora el humilde,
olvidado en esclusas de tristeza,
ululan, gimen, la moral
la justicia, la libertad,
arrastradas por una vida
de conveniencia ególatra.

Solamente brillan
la ininterrumpida saliva de la mentira
y la fogata que levanta por sus cuatro lados
la corrupción.

DICIEMBRE 3

Paradojas del humano:
perseguir sin tregua la felicidad
y sufrir adrede la heridas profundas
en el oficio de marchar hacia el más allá.

Anhelar la total heliofanía
y cobijarse con las sombras de media noche,
para escuchar la majestuosa voz del silencio
bajo el dosel dorado de las estrellas.

Proclamarse sociable por antonomasia
y hundirse, en la soledad, allá, lejos,
donde confinan las resonancias sensuales

con el milagro del éxtasis
bajo el alcor florido de la fantasía.

Amar con suprema inocencia de alma
y correr hacia el fantasma del odio.

Sentirse celebridad social
penetrado en los pórticos de la fama
y esconder el cuerpo enfermo de egoísmo,
sufrir insomnio desparramando vida
y sentir que acecha la muerte
con su sonrisa triunfal de calcio ictérico.

Parlar con Dios en lenguaje de fe
y revolcar en el fango su contrición
o en la fogata estragante del delito.

Hartarse de aventuras y ensueños
y revelarse por la cortedad de la vida,
caído en la sorda desembocadura de la rutina.

Levantar tribunas de terciopelo blanco
para apologar a la poesía como don maravilloso
con antífona impetuosa de sonidos
y las formas más perfectas
para crear el universo de belleza,
y sin embargo apropiarse de cosas ordinarias,
dar su palabra para el affaire de la mentira
y la injusticia.

DICIEMBRE 4

Mi corazón está en el alma de mi tierra,
y mi tierra está en el corazón del universo.

Miradme y entenderéis
la historia de mi pueblo,
sus glorias y sufrimientos.

En mi palabra sentiréis la alternancia,
- extravagancia, tal vez -
y la hermosura del paisaje andino
que es mi protagonista primordial.

Penetrad en mi poesía:
sentiréis el aliento de la fe en la belleza;
la fuerza de una vida,
acaecida de vibraciones morales;
entregas obligadas de visiones estéticas,
como instrumentos de emoción;
símbolos de lo que amo,
para recordarlos como luz;
y de lo que odio,
para ubicarlo en la tinieblas;
el tormentoso oleaje de los sentimientos;
lo que sucede con sencillez
o con pasión y arrebató en el alma,
y más allá... en el espíritu,
con sus maravillas y brumas,

grandeza, misterios, llanto, sonrisa;
el ritmo del mundo y el flujo de la vida,
que continúan irrefrenables;
y a pesar de mis jeremiadas, no puedo evadir.

Creedme, escribo bajo el palio de la noche,
por su reputación de crítica serena
sobre la pequeña historia del humano, yo,
y por ser bálsamo fresco
para calmar ansiedades
y fatigas.

DICIEMBRE 5

No cabía en su ambiente rural.
Quería defenderse del frío,
rescatarse del abandono.

Con rabia y júbilo dio un salto en el tiempo,
en busca de trabajo
y quizá de fortuna;
y culminó en un tugurio de la ciudad.

No tuvo oportunidad de arrepentimiento;
se identificó al ambiente perverso,
arrastrada o mejor secuestrada,
por personajes incorregidos,
y más bien aumentados en el fracaso.

Rodó a la sordidez del vicio,
paraíso del alcoholismo y la prostitución,
el sonido de la promiscuidad, la crueldad,
el constante olor de la pudrición.

Grotescamente bestializada
o víctima de esa sociedad nefasta,
ya no sintió la humillación,
la desgracia feroz,
porque era bazofia,
mugre, miseria, abyección.

Ella dio un salto en el espacio
pero cayó en el sumidero de la escoria.

Y el desenlace, deshumanización
y muerte.

Dejó un vacío
que pronto será ocupado por otro
en la impronta de la tragedia.

DICIEMBRE 6

Tu mirada muerde mi carne
con profundidad de sol
y estímulo de mar.

Tu presencia tiene
olor de cristal amanecido,

donde el agua realiza su profecía azul.

Cuando me hablas,
con la acrecida música de la juventud,
se adelgaza el espacio
en hilo sedal,
y vuela mi suspiro
hecho celaje de brisa,
para hospedarse
en el follaje de tus pestañas.

Por favor calma
la elegante majestad de tu sonrisa
que martiriza un trébol escarlata,
y puedo cometer un romántico crimen,
ahogando tus labios
con un río de besos.

O te llevaría al altar
en rito de fastuoso atardecer;
y habría un golpe de perfume
con interminable
testimonio de ensueños.

Y, que nos siga el mundo entero,
recogiendo pétalos caídos
de tu limpio linaje de ternura,
y de mi soberbia alcurnia de poeta.

DICIEMBRE 7

Fue aúllo
de legión de huracanes sobre la cima,
bramido furioso con baba enrojecida
del colosal hocico del Sangay,
que arremolinaba en el Oriente
fuego, roca, humo, nube,
bajo el espasmótico miedo del azul oscuro
y para el desate epiléptico de la tierra

Nos gritó la noche
desde su tenebrosa brújula de infinitos;
mientras los luceros semillaban
quintaesencias de luz
en el borde de las pestañas de Ella.

Atamos las sienas con emoción furiosa
y delirio no usado
a los hórridos relámpagos pirotécnicos,
ballet frenético del espacio,
o desate colosal de espadas
de vidrio ustorio,
con los que el volcán enloquecido
golpeaba incesante los hombros
de la atónita cordillera.

Cuando descendimos
del alcor sumiso de “El Lirio”
la razón derrotada

no habitó en nosotros.

Sometidos al hechizo soberbio,
fuimos solo idólatras al deslumbramiento.

Fuimos mariposas de mármol,
en aleteo ardiente de silencio
y respeto,
bajo la noche en fiesta
solemne
y cataclísmica.

DICIEMBRE 8

Todo muere
muere el ave, hélice de gorjeos,
alegría del árbol, esculpido por auroras;
y concluye el círculo de su armonía,
el abanico elegante del plumaje
en la voracidad de moscas quereseras.

La flor aposentada en tallo enhiesto
que enjaya el jardín;
a cuyo contacto sonríe la brisa,
y deja el colibrí cicatrices de esplendor;
pronto se despetala,
y desollado por el viento frío
pasa a mendigar un puesto
entre la escoria hostil.

Muere la luz del día,
que desmadeja la sombra en la mañana,
se alimenta con el polen hialino
que arrojan los espacios,
se opulenta febril al medio día,
y en parábola de espiga languidente
se despeña en los abismos del crepúsculo.

Y morirá tu risa,
llevada por la insospechada lejanía del tiempo;
haciendo la tortura de mis ojos,
y la amplitud insondable de la noche.

Y yo caeré definitivo y ágil
entre las pálidas rocas del olvido.

DICIEMBRE 9

Un avión raya el firmamento,
con raudo ruido estridulado
derrumba las nubes,
cuyas médulas desparramadas
caen en fila india
sobre los muslos de la montaña.

El campesino mira
lo que pasa sombreando su tierra,
como milagro sacado de los libros
por hombres especiales
de piel nivosa y pelo brillante.

El, dentro de harapos, enlodado,
con olor de tiempo larguísimo,
espaldas quemadas de sol y de intemperie,
manos calcáreas, siempre,
produciendo alimentos, siempre.

Mira y medita:
dicen que el avión es manejado
por gentes inteligentes y fuertes;
quizá iguales a mi, que leo continuo el cielo;
comprendo los caprichos del tiempo,
del agua, del viento;
con manos ágiles y fuertes,
gobierno la esteva para labrar eriales,
y el hacha para descuajar el árbol.

Después, pasó, se perdió el avión.
¿Y él? Apenas un indio,
que sigue en silencio arriando el agua
en la línea recta del surco.

Mueca de aire grande y opresivo
anuda su boca
uf, uf, el sudor denso,
sudor de cobre duro,
empaña los ojos – que no saben de lágrimas –
y cae haciendo chispas entre las venas
de sus poderosos brazos.

DICIEMBRE 10

El libro estaba abierto,
como alas de un ángel indiscreto;
en la página que el “Poeta Maldito”,
vagabundo mágico, voló altísimo,
y en desafío irreverente
convulsionó el firmamento de imposibles
con ventisqueros de pensamiento.

Pretendimos seguirle;
pero él descendió frenético
con sensibilidad raudal y lacerada,
abajo, donde las tentaciones
y las experiencias vitales funcionan

“como víboras de fuego”
o “llamas al viento”.

Y, más que canto torturado,
sonorizó un lamento alucinado,
quejumbre de roca que cae y se astilla,
grito de légamo sacudido por huracanes,
relámpago “de la vida profunda”
para resonancia universal e infinita.

Es el dolor que taladra el mundo
antes y después del criptal del hombre;
porque “hay días en que somos tan...”
“y hay días en que somos...”
realidad, drama, tragedia,
que terminan en “el día”
“en que levamos anclas para jamás volver”.

Yo quedé subterráneo de espíritu,
con el aturdimiento que producen
la verdad, la belleza y el dolor
cuando galopan juntos en la vida.

Tú, con gesto confidencial de ternura
me condujiste al jardín
para ocultarnos
bajo el perfume de la madre selva.

Este fue un “día en que somos tan...”

DICIEMBRE 11

Cóndor:
Arquetipo equidistante
de las cimas torales de los Andes
y las fosas abismales del espacio.

Diagramado por el trueno,
esculpido por cataclismo de siglos,
donde desuella el sol
con braseros atómicos
los amplios antros de los huracanes,
y se escucha el alarido del vacío
con sordo furor.

Aprendiste a beber
en la médula central de las nubes,

para escupir esquiras de soberbia;
succionas la luz desnuda
en los desfiladeros del ocaso
para hinchar de luceros la noche;
das precisos aletazos acústicos
en los domos dorados de Oriente,
para ofrendar partituras vigorosas
en el Alfa del día,
para solaz de la tierra
y la fe del ecuatoriano.

Riegas el polen del azul
para fecundar rocíos en los valles,
y abalorios salvajes en las paramías
para el postrer holocausto del puma.

Te quedaste con gema de nieve al cuello,
para electrizar las impávidas formas de la luna,
y afilas tus garras
en las rojas herrerías de los volcanes.

Desciende. Toma mi sien,
mi voz,
y todo cuanto yo amo;
y convídame a viajar en tus espaldas
por los intocados senderos
de los astros.

DICIEMBRE 12

Colegio San Felipe:

Hoy día, al nombrarte retoña mi alma
con un delirio de rosas en la sien
y los extraños frutos de la vida
cariciando las manos.

En mi palabra te entrego
el ruido blanco del libro y del cuaderno,
unánime al son de tu campana.

Tiene el peso
de aquel aire de incienso jubiloso
uniformado de domingos azules.

Tiene la estelar sustancia
oreada en tu capilla,
cuando, para el almo reposo del espíritu,
en la hornacina fresca de las mañanas,
pusimos las rodillas y las manos
en conjunción de aleo divino
y adelgazábamos la oración
ternurada hacia lo alto,
como hilatura de plumones blancos.

También quería
devolverte la sonrisa
de tus aulas, corredores y patios
con la misma torrentera alegre
del ayer juvenil
y el respeto insombrado que aprendimos
en tus claros blasones tutelares.

Pero se agobia mi añoranza

bajo la esfinge enlutada de la tristeza;
y van mi carne y mi espíritu
como candelabros cautivos por la bruma
a sollozar su palidez de tiempo
entre los clavos que hieren
las manos de la Madre Dolorosa.

DICIEMBRE 13

Cuando mis hermanas y yo

teníamos la edad de la quimera;
eran: el esplendor del verano,
la ardentía de vacaciones en las venas.

Amábamos el verano
para indisciplinar los libros escolares,
y porque era una sortija para el alma,
hecha de horizontes alegres y brillantes.

Amábamos el verano, que nos daba
su escala sonora de cometas,
para descubrir ángeles de mejilla azul
y alondras tornasoles enredadas
en la randa blanca de las nubes.

Abríamos surcos de frescura fabulosa
en los recodos quebradizos del riachito
cargado de espuma en limpia pubertad.

Nos fugaceamos en los caminos,

para rastrear huellas de la aventura,
cabalgando el triunfal relincho de los caballos.

Lavamos las pupilas
con los húmedos besos del ocaso,
que nos llegaba íntegro y libre,
pastoreando rebaños de relente.

Seguimos la travesía de la luna,
y la secuestramos en el patio de la finca,
para la eficacia de la “gallinita ciega”
a tal estado, que muchedumbre estelar
hacían también su ronda loca
en el cortijo de la noche profunda.

Y, éramos así... de simples,
que se me huían las manos
detrás de los gorriones;
y ellas enredaban los guiños de sus ojos
en tejidos de colores traviesos.

DICIEMBRE 14

Yo pintaba cuando mis ojos... ¡oh!
descubrían la escultura perfecta de las mañanas;
mis dedos alargados, vibrantes,
tornábanse pinceles, colores...
y en constante tortura por desnudar las cosas,
atrapaban la inquieta delicia interior;
y los ríos, mis camaradas,

descalzaban sus espejos insomnes,
y me gritaban su destierro, nunca concluido.

Salía a buscar emociones
adelgazando la brisa de la Quinta Florida,
y encontraba mínimos duendes vagabundos,
intimando con las mejillas de los árboles,
en abrazo aromado con fábulas.

Me dilapidaba en el Chibunga,
cuando estallaban las piedras
fusiladas por el sol,
al medio día;
salpicábame su incondicional dulzura
y con labios fascinados por secreta videncia,
me refería la bohemia de los gorriones,
carteros del tiempo.

Mi ciudad alardeaba hombres
con tréboles de cuatro hojas en la frente,
dábanse el sol en pensamiento sin grietas;
y a las mujeres empapadas de canción y poesía,
ennoblecían la belleza de la vida,
y hacían cotidiano el nombre de la albura.

Era posible volatilizarme, solidario, íntegro,
en el diluvio de risas jocundas,
de los muchachos en edad veloz,
que estrangulaban a las sombras
en los dinteles del colegio.

Entonces...

yo pintaba corazón adentro
y ventana de alma afuera.

DICIEMBRE 15

Mis extravíos son: los del río,
que choca en farallones,
cuando afanoso va por regiones lejanas,
y más allá, más, ...
preguntando por la playa, el surco, la mies.

Los de la brisa, agredida por la tempestad,
y con ansia suprema se refugia,
como tímido espectro,
entre el misterioso follaje de la selva
en busca de paz.

Los de la nube acosada por huracanes,
y mordida por frío demenciado
desciende, palpitante se esconde
bajo la impávida sordera de la piedra.

Los del ave sibarita, que confunde el vacío
con una inmensa copa de vino claro,
alea de tumbo en tumbo,
entre el agresivo vendaval del espacio
y el silbo desafiante de los elementos.

Los del árbol en desierto de azufre
cuya savia ciega recorre la raíz, el tallo, la flor,

engendra su fruto
que cae rodeado de soledad.

Los del navío que lucha
con timón quebrado
en su afán por llegar a puertos intocados;
recibe los golpes implacables de las olas,
y, zozobrando, le devoran el abismo
y el olvido del tiempo.

Me acerco a la tribuna del espíritu
y me denuncio:
no soy apenas un río, brisa,
nube, ala, navío,
atravesado de vida
y por sonido desbocado de la tiniebla.

Por eso mis extravíos son, algo más.

DICIEMBRE 16

Llegará la tarde

con su mantón de sombras
y su sangre pálida.

Yo escucharé su sonido,
refugiado en el silencio.

Las campanas dormidas
sobre las fatigadas ojeras de la torre

no lograrán informar al tiempo
el regreso de las luciérnagas fugaces.

Yo reconstruiré los fragmentos de una oración
y mi frente se vestirá de éxtasis.

Una gramilla subida sobre los pies del muro
succionará con ruido de frío subterráneo
las palabras de nuestra historia antigua.

Yo desbordaré espigas ilusivas en mi cuerpo
y mis labios desnudarán un pasillo.

Se romperá la luna,
sumergida en los vidrios del agua
y descolgará un olor fino de violines
del balcón olvidado.

En mis manos se acumulará la tristeza
y las lentas alas de la bruma.

Galopará el grito del viento, y a su paso,
anudará la soledad del barrio
y desbordará añoranzas en las aceras.

En un rincón propicio del recuerdo,
yo abriré la primera página del poemario
donde aún palpita el temblor de tus manos.

DICIEMBRE 17

Sacudí el sol de la frente

para poderte pensar.
Me asaltaron mil quimeras,
el perfume del verano,
el cielo me hacía risas,
y el huerto que se afanaba
por explicarme en las flores
la excelencia de la vida.

Quise ponerte en el ritmo
de un noble verso español,
pero me vio el Chimborazo,
y en gesto de alto reproche
me arrojó un rojo peñasco
al centro del corazón.

Desde entonces, lo confieso,
dentro llevo la ardentía
del amor como un volcán,
altivo, bello, orgulloso,
coronado de blancura.

Y voy quemado de sol,
y mi ensueño es de cristales
con sonido de campana;
en arrebató de altura
escribí tu nombre en signos
y letras sensualizadas
con el fulgor de una estrella,
para que tú lo supieras
en las noches con insomnio.

Y hasta mi sombra es agudo
blancor de nieve gigante.

DICIEMBRE 18

Interesante ¿o desgracia proteica?

eso de existir setenta y un años,
resbalados en el tobogán del tiempo
y el sino que nos empuja por las espaldas.

Cada día nos corroe
y nos reinagura la naturaleza
por los cuatro costados.

Señuelo: la vida,
que va siempre adelante
sin inventario y beneficio dudoso;
nos señala una ruta
a distancia de siglo oscuro.

Escenario: una fracción, ficción social,
la fantasía o mentira fastuosa,
escalpelo del fracaso en mano absurda,
para diseccionar las pasiones,
el pensamiento y el ensueño,
el amor y el llanto.

Y seguir, seguir, abstractos y reales,
flameando banderas en lo alto,
escupiendo fatiga y angustia,

mientras el mundo ríe
como río rabioso,
nos despatarra a golpes
con fría voluntad de ciego.

Una estrella en la sangre
caída de lugar incógnito,
cuando rompimos las sienes,
lanzadas contra lámparas solemnes,
como venganza a tanta sombra,
que nos amuralla.

Oh, los relojes, bandidos agazapados,
ahítos de carne y de ilusión,
en el brocal del silencio absoluto.

DICIEMBRE 19

Uhu, el ulular de la sirena
cuando la Cruz Roja ambula rauda
y anuncia heridas, enfermedad o muerte;
es grito de llamada a los cielos
clamando piedad;
plañido largo del dolor humano;
aúllo del frío,
que devora el calor;
gemido que suplica hondo a la tierra
para que no abra su seno generoso.

El ulular de la sirena

es ácido corrosivo del alma,
mordedura larga de serpiente ciega,
agudez de alambre que azota,
espanto que atumulta el miedo
para devorar la paz.

Yo miro llamarada de sombras al viento
para taladrar los ojos
y derrumbar lágrimas
donde debe imperar la luz de las pupilas.

Clamo por una vida frustrada,
por la sangre ya insonora,
que temblando queda
para ser digerida por la noche.

Porque yo apuesto a la paz,
a la integridad del hombre,
a la bondad social;
pongo por testigos al amor
y al altruismo de la Cruz Roja;
y que no me contradigan la tragedia,
el dolor, y la muerte.
Yo daría diez vidas
por la de un niño
o por la de una madre.

DICIEMBRE 20

Río... Río varón de nervio azul

y garganta de platino turbulento:
pon en mi voz tu savial secreto
la respiración profunda del paisaje,
la sonrisa perfecta de la vida,
para que germine y crezca en claridades bellas.

Tú que vas pisando, encabritado y soberbio,
las cáscaras de los siglos
yacentes en tu camino;
arrastras en combate de albos temblores
archipiélagos de espuma,
que tú mismo enfilas
con golpes certeros de tu lomo undoso.

Te despeñas, te rompes, y herido sigues, sigues;
tal vez enfurecido,
con saltos de sátiro frenético,
desatas las enaguas de la brisa.

Siempre llegando, das a las riberas
el condensado sudor del horizonte,
recolectado en el suburbio del cielo.

Tuyo el territorio donde rueda el guijarro,
la pupila planetaria del pez silente,
las pequeñas banderas izadas por las algas,
la salivilla del caracol
accedido solo por el delirio del gorrión.

Oh río, camarada mayor,
espérame en el recodo,

bajo el párpado inflexible de un peñasco,
a donde acudiré también,
con mi valija de emociones
y el paisaje vernacular.

Quiero tenderme en tu inacabable
longitud de delirios,
residir indefinido, interminable,
en tu fértil frescura hospitalaria.

DICIEMBRE 21

Durante la noche

- que la declaro emergente,
para hacerle tiempo suave -
llegan intrusos a mi conciencia
todo cuanto dejé afuera
colgado en los cordeles del día,
y el ácido fermentoso de las pasiones,
los rescoldos de la médula incinerada
en discordia con lo brutal estéril,
y el mercadeo de la mentira;
inclusive las cosas olvidadas
llegan para poner su rúbrica
y los últimos puntos suspensivos;
entran de la mano, la mía,
herramienta noble que escribe
su oficio de alma profunda.

También desciende mi estrella, luz,

con sustancia hiperbólica de mujer,
contertulia majestuosa,
o quizá protectora fidelísima;
con su bella costumbre de alegría posesiva
siembra orquídeas fantásticas
en los antiguos umbrales del ensueño,
y en la más reciente novedad de los sentidos.

Entonces, no soy el mismo,
el auténtico uno de tantos,
cifra mínima resbalada del montón
hasta el tráfago convulso de la calle;
y donde exhibo en las manos
remiendos sociales, miradas amargas,
en las espaldas el orín del destiempo,
y alguna pedrada lanzada
con nombre ajeno y actitud de sevicia,
y llegada como lágrima arrugada
desde el anémico suburbio de la miseria,
donde agonizan la verdad y la belleza.

DICIEMBRE 22

Poeta, tu palabra es sustancia sonriente
cuando la tristeza no equivoca el párpado.
Lágrima hinchada de soledad,
que lubrica la herida abierta.
Musgo palidecido en silencio
atravesado de domingos sombríos.
Milagro que penetra el abismo

y dispersa el cínico frío de la sombra.
Tributo a la desvelada espera del amor
y al eterno retorno del olvido.
Cortejo de instantes, años, siglos
refugiados en el cuerpo.
Labios anclados en plegaria o en grito
después que los instintos se atropellan.
Cascada absorta de júbilo
para instalar vértices de belleza.
Ruido de felpa en cúpula nocturna
cuando los astros derriten hormigas minerales.
Pluma afinada en pedernal de volcanes
para intimar con surtidor de música.
Caligrafía de luz que llevas en la frente
cuando meditando llegas a la cumbre.
Saludo a la añoranza
oculta en los aleros del alma.
Relámpago recto del asombro
en notorio desafío al infinito.
En tu palabra, oh poeta, se hospeda
el sentimiento que, de pronto,
enloquece a la flor, al agua;
desnuda las rodillas áureas del sol
sobre los relojes de la tierra.
Y retorna el mundo a la juventud
limpia, con amistad y ternura.

DICIEMBRE 23

El tiempo - fiesta navideña -,
con despiadado ruido de luces fatuas

reinagura nostalgia y dolor
en mi destiempo,
largamente portado en mi cuerpo.

He visto la tristeza íntegra
de niños que gastan saliva amarga
delante del dulce ajeno.

Manitas que tocan las vitrinas
con temor de hacer daño,
y donde quedan pegadas,
fragmentadas y reseca sus pupilas.

He visto lágrimas
del tamaño de carbones activos
en el sitio de la humildad
y de la pobreza repetida,
hasta lo imposible.

He visto madres
degollando con suspiros
el mantel de la mesa escasa.

He visto en la orilla del crepúsculo
el perfil arrugado del anciano,
que vive apenas
arrimado a su propia sombra.

Pero también he visto
la túrgida comba de estómagos,
la espuma legamosa del licor
haciendo resplandores rabiosos

con el choque de recias mandíbulas.

Despilfarro de la vida
en desbordes carnales,
la desorbitada moda,
la visceral ostenta.

Y sin embargo, ayunos de alma
olvidados de espíritu
hablan de Jesús Niño.

DICIEMBRE 24

Tú, el Hijo del Hombre.
¿Tienes las pupilas en este último lugar?
¿Llega tu luz bogando sobre el Pacífico;
traspasando los Andes
hasta la intimidad triste del ecuatoriano?

Tú lo sabes, este es un país
cuya belleza yace
roída por la miseria;
tiene alma y boca secas,
la voz ahogada por carbones
y llamas hirsutas,
cercenada la digital de sus dedos;
por eso está dolorido,
confuso,
errátil.

Y porque Tú lo sabes
y lo puedes todo:
Desnúdanos la frente
para la libertad y el bien;
toma el puesto de nuestro dolor;
tiéndete, Niño, unos instantes,
en el fragor del corazón popular
en su anarquía
y oscuridad,
en la entraña de su vacío;
acúnate en el alcor de su esperanza;
escudriña la sal de su sangre
el valor de sus lágrimas.

Ven,
recuenta las páginas de nuestra historia,
nuestro drama vital.
Y
¡resplandéceles!

DICIEMBRE 25

La confusión me puebla,
y me quedo, quizá hablando a solas,
con el espíritu abajo
en un pequeño horámen del pensamiento.

La campana de la iglesia
desordena la rutina cotidiana,
y pone al viento en pulso de euforia.

Calle de pueblo chico abajo

viene muchedumbre, levantadas las cejas
hacia donde estallan las camaretas.

La banda de músicos
tatuada de tambor retumbante
franquea el paso
en dirección exacta a la iglesia.

De pronto el párroco enciende las luces
y también su saludo alegre;
fácilmente se desparrama el entusiasmo,

resuelve el olor intenso del aguardiente,
que satura los cuatro costados del templo,
con un “sermón” estéril,
y con toda su carga de hombre
devuelve la euforia al pueblo,
para que nunca decaigan
la festividad que entrega ...
el aniversario que recuerda ...

Resplandecen la calle, la plaza,
y entre humo, petardos, gritos,
musiquilla, vestidos (todo alquilado)
se agita el baile,
se apura abundoso licor,
hasta que el sueño tambaleante
y la noche fría, arropa las muchedumbres.

Después ... Si. Después, abandonados,
secretean con la comarca triste,
pobreza, sudor, hambre,

en el langor de un año.

DICIEMBRE 26

Yo te encontré, oh Patria,
entre las primeras sílabas de mi infancia:
respirabas el azul de los espacios;
hacías campanas de vidrio blanquísimo
en las cumbres,
para convocar en la pupilas
los fósforos del éxtasis;
cuidabas los labios frescos del río,
vestido con su traje de viaje,
interrumpido sólo por las heridas
precisas del surco
y las sábanas verdes de la pradera.

Te encontré en las manos de mi madre,
cuencos de amapola, pan y almíbar,
besadas de luceros;
en los crepitantes pasos de mi padre
que inauguraba las auroras,
y sobresaltaba los ocasos
empapado de rocío
y del undoso aroma del trigo;
en los brazos del labriego,
siempre empeñado en destrozar
la sombra, la maleza, el mal tiempo,
con su acumulada humildad en los hombros
y un nido de golondrinas en el corazón.

Te encontré en la paciente sal del obrero
que hacía prodigios moldeando el hierro,
quebrantando la madera, el barro,
y tantas cosas,
que encadenaron mi ilusión
con la belleza y el bien.

En mi infancia fuiste
Mi Patria Ternura,
mi Patria Esplendor,
una y mil veces
mi Patria Excelencia.

DICIEMBRE 27

Yo te sentí, oh Patria,
en la veloz simetría del cuaderno,
que me sujetó las manos, mis neuronas,
cuando el lápiz hacía noticias de amistad.
En la frente solemne del maestro, llena de espejos;
su boca despertaba inquietudes,
enracimaba preguntas y anhelos;
y era tan alto, que llegaba a tocar
el dintel de los misterios.

Te sentí ampulosa
en el saludo inconfundible del libro,
que a veces tenía imán de relámpago,
otras echaba raíces de energía
en la sangre profunda.

Y allí estaba tu historia,
como dos manos del tiempo:
una yacía en rescoldo fogueante,
golpeada, desangrada;
y ese dolor se hizo mío
con peso de cólera nocturna.

La otra encontré flameando banderas,
iba de volcán en volcán,
de siglo en siglo,
de corazón a corazón,
proclamando tu permanencia
con clangores de gloria;
y ese privilegio me ungió de ideales,
y me hice vertiente, que de pie,
vislumbra tu victoria en el futuro.
Y ascendí en canto de campana transparente
a tus torres coronadas de luz.

Fuiste mi Patria lucha de juventud,
mi Patria crisol de fortaleza,
mi Patria altar de purificaciones,
mi Patria de esperanza inexhausta.

DICIEMBRE 28

Yo estoy en ti, Patria profunda,
con toda mi alma – espiga de tiempo –

Mis manos trepan a los pies de tu pueblo,

que se agitan de pedernal en pedernal,
de lágrima en lágrima,
caídas en salitre frío;
de llaga en llaga,
que desata su furia - espuma de dolor –
en noche profunda.
Pueblo que es semilla de cárcel
y permanencia de miseria,
aquel que estaba, espalda de tiempo atrás,
pisando siglos en tierra lenta
o jineteando los fugaces lomos de los Andes.

Pero estoy también en tu senda áurea
obstinado y quemado de atrevimiento
por contemplar el estelar santuario
de tus hombres grandes:
grandes como el mar Pacífico;
cálidos y fértiles como la manigua costera;
altivos y hieráticos como el Chimborazo.

Y llego a porfía y audacia,
rumbo de recuerdo adentro,
testimonio de nobleza arriba,
a la perenne sucesión de tus hazañas,
que en amplitud de dosel cubre por igual
lágrima y coraje,
desvelos y glorias.

Eres mi Patria angustia sublime,
eres mi País profundidad de vida,
eres mi Ecuador hermosa paradoja
en medida de misterio agosto.

DICIEMBRE 29

Patria mía,
si fueras portátil
yo te llevaría sobre mi fantasía
hacia la metafísica del ideal,
para dejarte como jardín de los dioses;
o simplemente te hundiría en mi corazón,
para seguir juntos
más halla de la muerte,
y proclamar que también es eterna
la alegría del amor.

DICIEMBRE 30

Johan Strauss

enloquece de júbilo a los violines,
las flautas hacen surtidor de estrellas,
el piano lluvia de pétalos brillantes,
la batería derrocha su afán de musgo sonoro,
el violón, como grímpola enorme,
suspira con suavidad
y restriega puñados de pensamientos dulces,
las trompetas interrogan a los mármoles
con urgencia de placer y vino.

Todo en nítida voluntad de armonía.

Cristales vívidos, sin mancilla,
abanican la luz;
nieblas heridas de azul
sacuden ánforas de verso;
temblor de besos en labios abstractos,
vuelo de colibríes y canarios fabulosos
sobre corolas de espejos;
algarabía de arco iris
en perfecto ángulo de sonrisa,
sobre montañas de algodón.

Una fragancia absorta de amor,
camina de puntillas,
con zapatillas de diamantes,
sobre lago resplandeciente.

Hasta el silencio,
que extravió sus mejillas melancólicas
dentro de los alvéolos del corno,
hace piruetas de alborozo
y llora de emoción.

Armonía. Armonía ...
Canción y danza de primavera,
con los muslos asombrados de la naturaleza.
Y...
el rumoroso deseo del hombre
con ritmo de valse.

DICIEMBRE 31

Ultimo día del “Año Viejo” –97.
Sortija vana del tiempo transitivo,
que deja huellas en conflicto,
preguntas incisivas,
dolor descubierto entre ceniza,
acrecido en el recuerdo.

Es el tiempo que rasga el calendario
pendiente en la pared,
donde pendula una araña vieja,
se escombran los instantes
y hacen nudos los punteros del reloj.

Afinamos el color del aire con ideales,
ponemos el pensamiento
a fluir en agua transparente,
los deseos tienen forma de lirio dócil,
con polen niño
o de una página desnuda y limpia
donde corretea una luciérnaga feliz.

Yo elevo mi alma, muy arriba,
a una altura en que no veo
mi propia pequeñez;
pongo mis pocos bienes
a disposición del Único Absoluto;
y en mi calidad de hombre
con cicatrices agudas

y sinceridad inmedible,
pido un espacio certero de paz
para quienes yo amo,
y para los otros ...,
los que no tienen quien los ame.

COLOFON

Lector Amable:

Este es mi mundo, efimero tal vez, mundo hecho con trabajo, en el cansancio de las sombras decantadas en las sienes durante la noche; y con satisfacción, porque en estas páginas me significo íntegro.

Es la versión de mi vida intensa de interioridades y designios transparentes en mi memoria, que hacen un universo – heredad-, con hálitos de la razón de ser riobambeño, ecuatoriano, hombre.

¿Acaso es frustración o audacia dichas en voz baja?
¿Frenesí en desconcierto? ¿Delirio estirado en grito o en lágrima furtiva?

Por eso ¿ Sabe a drama o comedia? ¿ Tal vez a derroche de vanalidad? No sé.

Su argumento, el errabundaje de emociones en vaivén de lenguaje – que lo pretendo polifuncional – capturado a veces al azar, en la intensidad de las sensaciones o en el aleo del pensamiento. Aunque siempre me sentí pequeño, y como en entredicho en lugares comunes y circunstanciales viscisitudes; a veces como disuelto en pasiones indescifrables, en la verosimilitud de la fe, en la feracidad del dolor.

Antecedentes de este cuaderno son: el “Itinerario de un día” y el “Itinerario de un mes”.

Bien podría por esto llamarse “Itinerario de un año”.

Y es verdad, anduve 365 páginas – días, sin rendirme. Además, hablar o escribir – mis amigos del Ateneo de Chimborazo lo saben -, me da cierta independencia, me libera; porque atormenta mantener enclaustrado el hostigamiento de luces y sombras, tonalidades agudas o graves de la sorpresa, la dicha, el dolor, la rutina, el asombro, la ternura, el amor, la bondad, las reminiscencias con facetas de ideal o de fracaso.

Mis amigos me exigían escribir en pocas líneas, acaté su pedido, y este es el resultado.

Confieso: amo estos escritos, porque – reitero – son como la prolongación de mi estirpe mental y, además, como dice Montalvo: “los viejos aman a esas sombras que los visitan en sueños, les llenan los oídos de suspiros preñados de recuerdos, los rodean acompañándolos en

sus soledades, y les promete una santa renovación de amores y placeres... como las ondas de la luz en que rebosa la morada de la felicidad infinita”.

Quisiera no ser acusado de hacer agravio a la Literatura, menos a la poesía. No hay segunda intención en mí al confesar mi condición de amateur simplemente; y por eso me someto a la crítica de quien ponga su retina en una o en todas las páginas de este pequeño cuaderno. Gracias si merece acogida generosa. Puede quedar abandonado, ignorado, inútilmente aleteando en la entraña del silencio, en la sombra del olvido.

Los poetas orientales dicen que la suprema sensación, el mejor embeleso, proporciona el tacto de un niño.

Lector amable, toma este cuaderno como si fuera un niño, pálpalo, siéntelo con alma generosa; puedes encontrar su única virtud: no hacer daño alguno.

TOMO II



A GUARANDA

Muníficos guarandefíos:
ayudadme - os ruego -
a explicitar ante vosotros mis verdades
y desbordar ensueños
traídos en lo alto de mis quididades,
como estandartes brizados de ufanía
o lampadario con votivo fuego,
para este encuentro de amical galanía.

Dadme vuestro generoso abrazo,
que tiene el marmóleo reflejo
del coloso Chimborazo;
rebautizadme en los espejos
ustorios del eufórico Chimbo,
para ductilizarme en unidad gozosa
en el corimbo
del trigal, el trébol y la rosa.

Poned mi corazón al ritmo suave
del rocío, el alba y el relente,
en los fastos de la torre y el ave,
en la ingrávida simiente
que hace posible la esperanza,
en la irisada turgencia de la espuma,
náyades párvulas de bulliciosa usanza,
en la proclama vertical del árbol,
cuando preside el febricente
connubio del sol con la luna.
Alzad mi espíritu sobre la montaña,
tribuna cósmica de inexhausta blancura;

o bruñirle en sus entrañas
con la ignicencia de inefable grandeza;
para que mi voz tenga la pura,
intensa expresión del afecto
a esta ciudad buena y culta,
a sus personeros de ingénita altiveza,
cuyo acogimiento me agiganta y exulta.

Yo vine de Riobamba, la Sultana:
como decir de las bienaventurada
luz de mis mañanas,
parábola festiva en mi razón,
azucena que suavemente
me golpea el corazón,
guitarra apasionada
apoyada en los insomnios de la frente,
y, a veces, tarde quemada
por mis lágrimas y besos.

Vengo de ella,
por el mismo camino
alegre, que signó una estrella;
mi alma, a la emoción sumisa,
aleando raudal siguió las huellas
del sol, el ventisco y la brisa;
en mi valija azul de peregrino
el grato peso de la alegría;
y es que quería
perfumar poéticamente mi presencia
en la hermana Guaranda,
ciudad que es urna y espiritual querencia.

Llego aquí. Me presento
a tumultuar mi fervor en las colinas;
mi reverencia se inclina
al par de los laureles
ante la gloria de vuestros monumentos,
mis rodillas al pie de los altares,
el tacto de mis sentimientos
en el rumor de los talleres;
y derruyo el ayer en que milito,
porque siento el advenimiento
de la juventud con limpios ideales,
y entre sus cantares,
llameando entusiasmo, lanzo mi grito,
mi hosanna al amor, la cultura, la vida,
bajo la ternurada pupila de las mujeres.

Bolivarenses. Todos amigos míos:
ya nos unió el Chimborazo
con su savia fluente,
que gota a gota, paso a paso,
se hace manantial y torrente,
cascadas, remansos, ríos,
cariciando arenas, saltando pedernales,
vitalizando átomos y moléculas,
lamburdas y células,
en oteros y llanos frumentales.

Ahora, sellemos nuestra armonía:
que en inexhausta plenitud nos una
la magia toral del libro y la tribuna,
con mensajes nutricios de sabiduría
y la palabra encendida de esperanza;

sean los menesteres de la cultura:
ciencia, técnica, poesía,
domos y columnas de bonanza,
imanes y ambrosías
para la noble hartura
del espíritu y la carne;
nos conduzcan a la nueva aurora,
al tiempo sin mancilla,
que el joyel del futuro atesora,
con olor a luz buena,
sabor de sangre venturosa,
vertical, cálida, profunda,
con signos de belleza y verdad,
elación de astros hialinos;
el amor y la amistad:
claros, perfectos, finos,
bajo el ramaje de la eternidad.

Así. !Oh Guaranda,
que en mi espíritu entras tan completa!
Yo te venero con jubilosa fe,
que es lo que siento como un apostolado,
por el fragor brillante de tu Historia;
puesto de pie
saludo atronador y arrebatado
a tu pueblo profundo, que demanda
vivir inseparable con la gloria;
te canto con tesitura esteta,
desde la emocionada arcilla
de un hombre que ama y sueña;
y puesto de rodillas
besa tus emblemas.

A MANUEL YAGUACHI

Hoy te soñé Manuel Yaguachi;
y luego te busqué en mi pensamiento
desesperadamente,
para mostrarte donde nace mi afecto
con fuerza de río desbordado;
hacer que estallen las espigas del recuerdo;
y crecer, crecer,...
más allá de la gratitud
para palparte el alma.

Mañito manso.
Compañero mío, ya sin tiempo,
porque una madrugada de estupor y neblina
te fuiste a latitudes del silencio absoluto.

Indiecito pequeño.
Del tamaño de mi infancia.
Es verdad que tienes todo el sitio
de una lágrima perlada con ternura
y guardada dentro del alma mucho tiempo,
desde aquel tiempo de la fe y de la sinceridad.

Camarada fidelísimo,
con forma de luciérnaga,
o, mejor, de aquella luna vespéral
a la que acechábamos juntos
para iniciar "la gallina ciega".

Compañero profundo,

aún te siento
con sabor intenso de panela
y con calor de fósforo
prendido en mis pupilas.
Hombre íntegro.
Aún me abrazas
con tu signo de cobre limpio y puro,
y resplandeciéndote la risa
me levantas en lo alto de la alegría.

Amigo de siempre.
Es verdad que estás en mi memoria
poniendo tu más cuidadoso afecto;
siguen tus primeras huellas
apoyando mis manos;
aún recojo en el aire
tus rumbos de calles y vitrinas;
me siguen tatuando tus manos
guirnaldas de flores en las sienes;
tus urgencias de juego
junto a las piletas y a los pájaros del parque;
redescubro el retozo sonoro y sin fatigas,
y algo así como una danza
ritual de la inocencia
delante de la banda de música.

Si estuvieras conmigo,
estoy seguro,
nos esconderíamos detrás de un árbol
hasta que pase la garra hostil del mundo,
silbarías tan fuerte
para ahuyentar la jauría del odio,

o me ocultarías bajo tu poncho
para el almo reposo.

Me llevarías hasta una fresca orilla
para derramar el regocijo
sobre la ondulante tersura del agua;
iríamos a la próxima colina
para mirar el azul,
los crisantemos ambulantes
entre las nubes,
para empinar nuestro asombro
junto a la cometa
hecha de carrizos, de periódico y de corazón.

Porque, te cuento:
ahora ha crecido el mundo
y se agita en convulsiones rojas,
repletado de urgencias económicas;
tan diferente,
que no hay cabida para la ternura,
ni el instante para alzar la amistad
hasta el tamaño de la nobleza,
ni para compartir el pan
con la sencillez de la dicha.

Hoy que llegaste a mí con el recuerdo,
quisiera enovillar en tus brazos
todas mis experiencias de hombre;
trepado en tus rodillas,
contarte en voz alta
que me doctoré en ensueños y quimeras;
amasar con el barro de tu silencio

la forma y el tamaño de mi ilusión;
y ya seríamos tres compañeros
listos para huir a las estrellas.

A MI ESPEJO

¡Alvéolo de alba fija!
¡Vellochino de lumbre silenciosa!
Apoyado en la quietud de mi alcoba
me contemplas
con toda tu desnudez implacable
y sin engaño.

¡Aquí estoy!
Señálame definitivamente con tu dibujo veraz,
reconóceme hasta el enigma que me vulnera hondo,
y defíneme con tu transparencia.

Develiza el tiempo caído dentro de mi piel,
el frío sedimento de despedidas
teñido de afectos y de sangre,
esta costumbre simple de convocar recuerdos dormidos
bajo neblina intransferible
y pertinaz.

¡Puedes captar mi soledad ¡
porque no puedo ocultarte mis máscaras,
ni los voluptuosos fuegos,
que inventan fantasmas frágiles;
ni el cansancio que dibuja sarcasmos
y tatuajes oscuros;
los fervores y deseos nuevos
que me estallan súbitos
y fastuosos,
inaugurando auroras;
o la mueca acechante

del dolor y de la muerte
después de los crepúsculos.

Dime:

¿Miras tal vez mi conciencia,
el remolino confuso de mi vida,
y los abstractos corceles del ensueño?..
¿ Me insinúas develizar mis brújulas
y manantíos distantes,
las sombras,
los escombros,
olvidados adrede
bajo la pátina del tiempo?..

Dime:

¿Qué sientes cuando mi iconoclastia evadida,
ciega de espesura, cotidiana,
se esconde en tu geometría fija?..
¿Cuando te lanzo de improviso
el suntuoso rumor de los sentidos,
la respiración llagada de insomnios
y de fuego,
la certeza fosforescente de la fantasía?..
¿ O cuando llego a ti sacudiendo esperanzas,
el temblor del tráfago social
y mis secretos,
para encontrar vacío y vanidad?...

Cristal. ¡Mi amigo blando.
Y amigo del silencio!
A veces me hallas resurrecto
en lo alto del delirio,
cuando me deslizo deliberadamente

o tal vez equivocado
de la realidad;
o en el fondo de la angustia,
cuando estoy desangrándome
detrás del ruido de la carne
y del signo efímero de mi nombre,
que aún no concluyo de escribir.

Me haces escándalo cuando escudriñas
las cosas que nadie debe saber,
la espiral del grito que me estalla dentro,
desde la tristeza más pequeña.

Parece que te gusta mirar
el gesto lento y sin arrugas
de espiga,
de montaña
o de plegaria
que frecuentan mis manos.

Pero. Tú sabes. Soy humano
y tengo mis maneras pequeñísimas
de hacerme niño
vestido con túnica de viento,
un perfume con mansedumbre de agua;
y estoy listo para descolgar mi corazón
hasta el amor y la ternura,
alzar la sien - igual que una cometa-
para inquietar a los astros;
o desbordarme en las cosas humildes.

Alguna vez,

palpas donde nace la sonrisa,
cuando me sorprende la alegría,
me hace diversas las manos,
y la palabra se apresura en los labios.

Cuando muera ¡Oh, espejo mío!
Quisiera tu claror sumo
para mirar de frente
el gesto supremo de la vida,
el abrazo estéril de la nada
con mi carne apagada,
y cómo me encierra el infinito
en su extensión inefable.

A MI PADRE

Ya tú me amabas, padre.
Me amabas desde siempre,
porque siempre fui la herida de luz
inclinada en tu frente
y acunada en tu vida.

Ya estuve en el recuerdo ancestral
de tu sangre empurpurada de historia,
leyendas y holocaustos.

Ya estuve resumido en el escorzo de tu infancia,
dimensionado de promesas,
en la alegría limpia y cotidiana
de tus primeras letras
y los signos sociales,
en la sonrisa de tu juventud,
en el viento que acumulaba sílabas de ternura
en tu boca.

Ya me amabas en los brillos del agua,
cuando la blanca inocencia de la luna
presidía el canto de la espuma,
y encontraste insinuaciones de incendios emocionales
en los soberbios perfiles del paisaje patrio.

En el sudor pugnaz de la frente
cuando sometías a los elementos dentro de la mies
y del pan aromoso.

Cuando enhiesto sobre las colinas
alzabas las pupilas a los cielos
desafiando al sol.

Me amabas
cuando estuviste frente al mar,
impregnado de azules deslumbramientos
y súbitos asombros inmensurables.

Me moldeaste en tu conciencia
con la dulce certeza de tus manos
en descifrar agoreríos
del limo estremecido y fecundo,
los signos cabalísticos de los árboles
jubilantes de altura y de rumores
y como ocelados por arcos zodiacales.

Me entreviste
en los tersos contornos del rocío,
en la secreta ribera del ensueño,
en el húmedo destello de un lucero
rielante en tus pestañas,
o tal vez en los oscuros peces
ocultos en una lágrima
y en los instantes de súbitas nostalgias.

En los pasos puntuales del alba,
en la amistad sin reservas de la lluvia,
en la blanca emoción del libro
con su jerarquía de constante grandeza,
y en la impávida clepsidra

que iba acumulando tristezas.

Padre:

Te salí al encuentro reflejado en ti mismo
besando tu raíz con mi verdad
hecha ensueño, amor, palabra,
y derrochados con largueza
en el canto, en la flor, en la amistad.

Yo vine a compartir contigo los volcanes,
sus fuegos pirotécnicos en los fastos del cosmos,
los ríos con sus coágulos de luz y de frescura,
la voz grande del mar de azules pensamientos,
los surcos de la tierra, sus trojes y rebaños,
la amistad espontánea de los seres pequeños,
la abeja y su costumbre de miel y cera blanda,
la torre y su certeza de paz y de plegaria,
el beso de las madres,
la desbordada sonrisa de los niños,
la tribuna, la hogaza y el trabajo.

Supe, de pronto,
que también habito lejanías,
que soy gonfalonero de niebla desbordada,
que floto en laberintos de abismos verticales
forjados por mí mismo,
en el revés del tiempo canceroso y sangrante.

De pie en la pasarela de vidrios musicales
puestos por mi destino,
descubro en mí tu estilo
de levedad y ensueño,

y marchó desterrado por las furias del mundo
que incendian nuestros jardines áureos.

A MIS HIJAS

Es verdad:

a veces dialogo con las estrellas,
dilapidándome
bajo las pestañas de la noche,
desde el primer alud del insomnio,
hasta los guiños umbrales del alba.

Nada me detiene,
porque en las sienas me diluvia
el abecedario de la fantasía,
con aroma de primavera renacida
en tus manos.

Llevo una siembra de margaritas
en las pupilas,
que las convierto en parábolas
y sortilegios
para exaltar tu belleza.

A veces aleo triunfal junto al sol,
orgullo pleno al viento,
llenura de júbilo en el alma,
porque me habita tu verdad compartida
con la música omnisciente,
el rocío desembocado en la magnolia,
la brisa concertada con la pubertad del agua,
la luz ostentativa en los mármoles,
las líneas rectas del libro,

el domo altibrillante de la Basílica.

Y estás:
en todas mis cercanías
y lejas,
en mis épocas lúdicas (que ayer no más ...)
en mi presente, en que capturo,
tus maneras de fronda florida,
en mis mañanas y pasadomañanas,
a donde migraré de pie,
apoyado en tu mirada,
clarísima de bondad.

Estás en la infancia del alba,
cuando el sol escribe la biografía del domingo
con las vocales del mirlo
y la caligrafía del capulí.

En el rocío,
que danza su ballet alegre
en el sitio de honor del cedrón.

En los salmos de la brisa,
cuando descubre las fantasías del colibrí,
y efunde el clima del huerto
con el suave suspiro de la menta.

En la página recién abierta del libro,
por donde viajo,
parábola de belleza arriba,
y me quedo jugueteando
con los fabuleríos de la fantasía.

Oh, por ti:
esa gana de saludar a todos
con un hola blanquísimo,
urgente,
tan ancho como el mundo,
tan hondo como la vida.

Pero, te suplico:
hazle ascos a la sombra
cuando quiera lisiar
la suave alegría de tu alma;
o si te dice que conoce mis heridas
porque ha buceado en la neblina de mi vida.

Es que no sabe que apenas
ha llegado al revés de mis solares;
y no conoce
donde redimo con ternura
y devoción
la transparencia de una estrella,
la identidad celeste del agua
y los incansables rostros de la flor,
y tu amor.

A MIS HIJOS

Quiero poner en tu memoria
mi palabra,
como germen túrgido de ideales,
sacada de la conciencia,
donde gira torbellinada de enigmas,
desde el instante en que la vida
me empujó de la nada
por los túneles de esta sangre
hecha de luz y sombra,
y anclé en el brocal
de una nueva angustia.

Recíbela de manera
que vaya siempre pegada a tus pasos,
detenida en la franca luz de tus pupilas,
en el tiempo que sopla sobre tu frente
su fiebre de ensueños y delirios.

Quiero llegar a tu sustancia
con mi verdad de tiempo acumulado,
con este orgullo que sabe cuanto amé
y cuanto fui estrujado de imposibles.

Porque eres la continua renacencia
de mi razón de limo medular
arrebatado de éxtasis,
de mi designio de ola
amanecida en brisa,
de ala,

que rebota fantasías en el paisaje,
de espuma
en borbotón de esperanzas,
colmada de música y estrellas.

Debo decir también que eres
esta soledad que taladra mis sienes,
flota inmensurable
hasta el confín estremecido
de ausencias y desvelos,
resonante en la clausura de recuerdos,
trasegados por olvidos,
de fábulas escritas en vidrios enlutados
con aliento de niebla y de ceniza.

Quiero que sepas
cómo me duelen ahora y siempre
tu dolor, tus caídas y cansancios.
Tengo desde antaño la sal amarga
de tu llanto,
mordiéndolo la voz más limpia
y dulce de mi boca,
que te nombra,
astillan mis ojos con garfios de sombra,
tratando de impedir
su costumbre de horizontes y cimas.

Tu dolor me grita al oído
que es inútil la vida sin testimonio,
ahíto de bienes materiales;
su reproche me desnuda por fuera,
desuella las células más delgadas;

pero golpea el pálido reloj de mis tardes
captador de mi constante agonía;
hace horamen abismal y obsesivo
en los silencios lóbregos,
en los instantes desiertos,
alongados de tedio.

Y sin embargo tú y yo sabemos
que hay otro bien:
orto en pomo de brío íntimo,
riqueza de agua vertical,
que registra
la sensitiva categoría del alma;
historia de altos símbolos,
que evidencia el brillo del espíritu.

Es verdad,
cuando miro tus ojos llagados por carbones
de duda, sed o tinieblas,
me aprieta durísimo el pecho,
hasta el espasmo de la carne
y la fractura del alma.

Siento en mí
los fustazos restallantes
que te acosan,
venidos desde atrás ...
del odio, el egoísmo, la injusticia;
se posan en mí tus heridas;
me hago estéril al perdón,
lanzo sobre lo extenso de la tierra
y al rostro de los hombres

mi grito, en que ulula el reproche,
la venganza,
y hasta la blasfemia a la vida;
golpeo con los puños
los pórticos de la muerte,
derrumbo los sillares de la historia,
los muros hieráticos de la fe.

Pero también es cierto,
que a veces amanece
tu sonrisa flexible de colores
y orquestas fabulosas;
es raudo y celeste el ondeo
de tu alegría sobre mi piel;
siento que te expandes
sobre fragante plenitud de optimismo,
bajo el fuerte y tibio brillo del sol;
estás blando, embellecido,
del tiempo bueno,
sobre espacios vibrantes de amistad.

Es cuando paladeo
una almendra de auroras;
hay plenitud de rosas en los pomos del aire;
es tan lindo el milagro
de la flor y del tallo,
el diálogo del agua
con la espuma y la brisa;
es cuando me ciño tu gozo,
repito tu canto de júbilo,
que hacen brotar racimos interiores
al exacto sabor de la delicia

y la compacta suavidad del terciopelo;
se comban blandos los abismos de los ojos
con estallidos de transparencia;
me rondan la boca jolgorios de amor;
siento la amistad de las cosas;
y que todo el mundo cabe
en la palabra paz.

Hijo. Tan mío, ...
encuétrame siempre vivo,
no sólo en la porfía de la sangre,
también en el sabor de tu llanto,
en el estambre de tu grito,
en el vilano de tu plegaria.

Estira tus manos,
palpa íntegra esta palabra,
que nutre los oráculos de mi sien,
la sensitiva giralda de mi emoción,
mi afecto primordial e íntegro...

Estoy y estaré en esta palabra,
haciendo sitio en ti,
en tu ración de verdad y de ensueño,
de lucha, sacrificio y triunfo,
en que se concentran tus energías vitales.

Estoy y estaré en esta palabra,
porque es arroyo de frescura inquieta,
sonrisa de cristal; tembloroso,
sílabas caricantes de brisa,
su voladora ansia de hermosura:

es el sendero bordado de pájaros que danzan
y juncos que parlotean.

Estaré, aquí, así ...
transido de pasiones sin fatiga
en la montaña asombrada de distancias,
que ensaya oraciones verticales;
en el arco iris,
con su elegante menester de parábolas,
en la silueta del árbol que resiste
tormentas y huracanes,
en la penumbra crecida de nostalgias,
colmenada de silencios,
y también de plegaria,
que recoge un trozo de cielo
y un fugitivo instante de ensueño,
en el tacto orgulloso y franco
del Pueblo de la Patria.

!Oh, si mi anhelo cupiera
en la cuenca de tu mano!

A UNA MADRE

Hay una música lenta de gotera
en la desierta acera.
Reclinada la frente en la ventana
lloras tu soledad en la mañana.
En el llanto desborda tu tristeza,
crepita y desvanece tu belleza.
Oprimen tus manos los cristales fríos,
igual que tu alma espectros del vacío.

¿Donde está tu hijo, tu luz de luz y amor?
¿Y donde las promesas de su vida y de Dios?

¿Quién dijo que la vida es alegría?
¿Qué cuchillo de sombra se hunde en tu agonía? ...

Nunca podrás llorar lo suficiente
y calmar tu dolor siempre presente.

Húmeda y triste la mañana tiritada,
en la oscuridad ilímite tu alma grita ...

A UNA PREGUNTA

!Que soy un absurdo! ...
Y preguntas ¿Qué es mi fortuna?

Soy un hombre común,
me verifico en el tráfigo social
de la penúltima década del siglo XX;
aunque a veces me pierdo
aturdido de estrago y de ilusiones.

A veces me visto de poeta,
que quiere decir que estoy de fiesta,
para la música y la danza;
o que estratégicamente espero al dolor,
al tiempo y a la noche.

Soy vecino de todos los elementos,
especialmente de la libertad
y del ensueño.

!Mi fortuna!
Labios, con germen de ternura,
para cantar al sol,
bendecir a la golondrina
por su misión de distancias,
a la luz siempre resurrecta
porque edifica el día, las montañas, el mar,
y todo cuanto sube en la pupila
y al alma.

Manos, incombustibles
en las fogatas del amor;
tienen la costumbre de llevar hasta las sienas
tormentas oscuras,
relámpagos de quimera;
pintan bahías, alas,

antiguísimas rutas de esperanzas;
aptas para ministrar amistad entre las flores,
los niños, el libro y la aurora.

A VECES

A veces siento
que mis sienes flamean en el viento,
que estoy hecho de fuego,
apto para la fe, proclive al ruego,
que me habita un sonido,
que deviene canción y otras gemido,
que respiro la brisa
más pura que dibuja resplandor de sonrisa,
y me siento gozoso
del lado de la vida y su loco alborozo,
proclamo y nombro
con ternura ferviente lo que me causa asombro;
y a veces también grito
mi blasfemia subido en domos de infinito.

AL COLEGIO MALDONADO

!Colegio Maldonado!

Tú, sí:

hontanar inexhausto de cultura;
pródiga almendra de verdad;
donde se proclama la excelencia del hombre
y las formas más bellas de la vida.

Rostro augusto de Patria
para admirarlo cada día
sobre el surco gigante de los Andes,
erguido junto al sol.

Estambre de corporeidad monumental,
alzado a la estatura exacta de la gloria,
sobre tupidas raíces de ancestros colosales.

Fanal de gallardía:
incandesces para la libertad,
ungido con la savia infinita de la ciencia,
fraguado con plenitud de corazón y cerebro
en los estremecidos incendios de los estudiantes.

Tu altivez pensativa
heraldiza a Riobamba
con perennidades de fe,
creación y pensamiento;
y normas tu acostumbrado fasto de grandezas
en la puntual pupila de las generaciones,
en el aleo de la juventud,
empinada sobre la sedosa urdimbre de ensueños;

en su alma incontaminada
- fresca mina de nobleza y amor -
apta para los manantiales del bien
y la arcana codicia de lo bello.

Tienes la arrogancia venerable de la piedra;
flor de volcanes
con perfume de tiempo innumerable
amanecida en el pasado,
puesta en ti para el festín de la sabiduría,
y cuya firmeza tiene un rumbo:
el esplendor de la Patria;
y tienes la opulencia del mármol,
que muestra cicatrices
de estragos geológicos,
saturadas con cinabrio
por la lenta sombra de las edades
y la longeva calidez del sol;
que aprende el idioma del júbilo
en la risa blanca de los estudiantes,
y mezcla su brillante sustancia de cumbres
con áureos convites de espíritu,
alquitarados en el libro.

Colegio: amigo bueno:
intimas con la luz y con la vida,
porque son explosión de ufana gallardía,
dínamo de juventud,
que esplende, estalla, rebota y fluye
en los graderíos, patios y salones,
en la emoción y en el paroxismo,
en la meditación y en el arte.

Colegio arquetipo:
constelado de gracias
y anhelos siempre renovados;
donde retumban y agigantan
los líricos compases
de tambores y trompetas;
indumentado de lábaros y estandartes
te yergues insosegado
para atalayar el Universo:
más allá de las cimas,
más allá de los abismos,
más allá de todos los senderos y metas
del pensamiento, de la ilusión y de la acción;
hasta el principio de los seres,
y su evidente conciencia en devenir perpetuo,
hasta la esencia de las cosas
y los secretos cósmicos,
en tromba de ascuas esparcidos
por la energía y la materia,
en el espacio y en el tiempo.

Majestad y firmeza entrelazadas
por radiantía de mentes
inflamadas de futuro
y fatiga de músculos potentes;
piedra y mármol, ciclópeo y hierro,
sumisos sólo a la euritmia perfecta,
a la geometría pura,
a la ática devoción de formas exquisitas
en columnas y capiteles,
frisos y alquitrabes:
dóricos, jónicos y corintios;

en dinteles y arcos de medio punto;
tacto fino a la cultura grecoromana
y al fervoroso humanismo renacentista,
con los que expresa el hombre eterno
su irrefrenable fascinación por la belleza,
su embriaguez de triunfo y de conquista,
su ideal creador de símbolos,
sus transfiguraciones con ansias de infinito,
su siembra de excelencias,
su canción siempre renovada
de esperanza y amor.

Frente a ti el parque
y su árbol de agua luminosa y tacto puro,
que abanica sus cristales sonoros,
para solaz de Neptuno,
cautivo de algarabías, de frescura,
y una ronda de pájaros y niños.
En torno tuyo, Riobamba:
ciudad niña y radiante
nutrida por las hondas raíces del Chimborazo,
cundida de sol
y guarnecida por escuadrón de volcanes;
donde es grato mirar el juego de los astros
con desnudas estrellas,
errabundas en las jarcias del cielo;
donde se oye la savia caminar en la menta
y ascender al eucalipto;
la tesitura del viento que registra
fabulosos bordones y primas;
y con un pueblo fragante a frescura
de brisa amanecida en rosadales,

con la voz azul,
que sabe a campana de agua,
vencida de ternura y elegancia.

El frontispicio y el pórtico:
¿Arco de triunfo romano?
¿Entrada al Agora, al Foro Magno o al Partenón?
En sus naves con dimensiones solemnes y luminosas
se transparenta y vibra el hálito de lo grande;
donde convocan al éxtasis
la fuerza de la materia
y los deslumbramientos del espíritu,
sublimizados por el ideal,
consagrados con frenesí al hombre,
a su destino trascendente
y a su aventura.

En su centro: omnipresentes y graves,
los salones máximos, que acunan
el primer resplandor republicano;
augustas moradas provisorias de luz,
para llenar las canteras del tiempo.

El salón de profesores,
donde los compañeros - amigos
condicionan la vida
al franco estrechón de manos
y a la carcajada amical.

Galerías, plantas y paramentos
con destino a la fatiga alegre
en los puros menesteres de la mente;

con su presagio de cumbres,
su travesía de cuaderno, libro, pizarrón,
aulas, laboratorios, biblioteca y gimnasio,
y las tribunas del verbo;
donde surge, estalla, florece,
en derroche amical,
la palabra del maestro
- llave de nácar,
acuñada en el fulgor de las estrellas,
que abre caudales de bienaventuranzas
y diafanías de ensueño –

Allí los signos, las señales,
los números y ejemplos,
el concepto, el juicio, el raciocinio,
las consignas con voluntad de eternidades
de la literatura, la historia, la filosofía,
con mágica finura,
impulsándose sien adentro
a la cita puntual con la transparencia,
en la ilesa cancela de la vida adolescente.

Yo he visto quebrarse tu altanería
cuando te musga el silencio y la sombra,
porque tu vocación es el jubiloso coro
rotando en patios y escalones,
el pensamiento llameante de esperanzas
fulgurando en las aulas;
y en cada instante el trabajo,
para la insobornable conquista de ideales,
que tienen la medida del asombro
y la distancia de las profundidades;

para el ascenso, con el alma abierta
uniformada de esperanza y magnificencias,
de libertad y sabiduría.

Rutila una parábola
entre el Chimborazo y tú;
en lenguaje en que conspiran
tumultos de relumbres;
el gigante cósmico te entrega
su altiva tozudez de siglos,
su indoblegado grito de blanca rebeldía;
y tú - bello gigante hecho por mi pueblo -
los sucesivos júbilos,
la sonoridad triunfante del espíritu.
Entre los dos existe un pacto de grandeza.

Te guía el sabio por antonomasia
con su presencia esbelta,
oriunda de excelencias mentales,
munido con limpios tesoros de civismo;
y su nombre ceñido
a las opulentas alternancias de nuestra geografía.

Te nutre la ambrosía de un poeta,
sibarita de diáfanos cristales,
que gastó la existencia
manipulando estrellas,
y lanzó sus bajeles diletantes
de transparente proa
sobre desmesuradas burbujas de esplendores.

Colegio Maldonado:

Mantén tu testa iluminada
orlada de infinito;
tus manos leales a la antorcha,
al lábaro sacro
y al signo vertical;
desvelicen la belleza de las cosas,
la armonía de los elementos,
las leyes ocultas
en los oscuros resplandores del misterio;
tu voz, primera y alta,
nos convoque para los amaneceres
del hombre ecuatoriano
y el vuelo hacia la historia;
y úngenos la mente y el espíritu
con señales divinas
para los opimos frutos de la vida,
de la Patria perenne
y del mundo.

Colegio Maldonado. Óyeme:
Yo quiero estar cotidiano
en el grito vibrante de tu sirena,
inmerso en la pregunta dulce del alumno
y en la cálida respuesta del maestro;
matricúlame definitivamente
en una piedra
o transfigúrame en una columna tuya
para ser testigo imperecedero
de la pródiga emoción juvenil;
asíame en tus libros,
donde las puras gavillas del espíritu
proselitizan para la verdad;

dame por patrimonio una ventana
para henchir mis pupilas de universos,
el ritmo infatigado de tus cátedras
que transitan las pistas del destello,
tu himno que ensancha la esperanza,
tu desmesurado abrazo
poblado de armonías;
dame sitio en el costado de una aula,
junto a tu hierático alero,
o a la sombra de tu estandarte,
donde germinan la gloria y la paz.
Nadie sabrá que estaré meditando
diluviado con tus excelencias.

AL PREDIO “OCPOTE SAN LUIS”

!Limo, esfuerzo y amor! ¡Tierra mía!
a pesar que estamos ya tan lejos,
llevo en mi tu almendra morena,
tu sensitiva geometría,
florida con soberbios dejos
de cariciosa gema labrantía;
vive milagrosa y buena
como el mejor suceso
en la suave inquietud
de mi niñez y juventud;
pero también sobreexistes
con liviano peso
en el dolor de mi recuerdo,
en la añoranza triste,
donde me pierdo
y yazgo opreso.

Los hombres eran buenos,
de vertical talante
y fortaleza llenos,
de prolijo amor y estilo bien cuidado;
- tal vez sacrificados -;
tu galana fuerza me acrecía
para estar arrogante
y sentirte íntegramente mía;
la tierra más fecunda,
el cielo derrochaba celajes querubiantes
sobre la pradera vasta y fecunda;
desnudo y limpio el viento

danzaba, danzaba...
y reía, reía, ...
repartiendo su bonancero aliento
sobre el árbol másculo y erguido,
en las sendas, las cosas, los espacios,
en el jardín oloroso y florido;
el arroyuelo adolescente deliraba,
siempre deliraba y cantaba,
tecleando renacidos espejos y diamantes,
los otros eran fabulosos palacios
orlados de alas y mieses abundantes.

En las mañanas la brisa
en cita con el sol jovializado
y un no se qué encanto celeste
dinamizaba la prisa
para el trabajo previamente acordado
en el surco o la parcela agreste;
mientras en el establo vecino
la espuma tibia y pura
del nutricio dote alabastrino
hacía en los pomos deleitosa escultura;
era la maestría de Eloísa
mayordoma fiel y rolliza,
primera en saludar al paisaje
y última en la fatiga;
llevaba alardosa la pollera
constelada de curvas y coraje
desde el audaz vaivén de la cadera.

De repente, el pito del tren pasajero,
con majestuosa masa estridulante,

tufillo en itinerario sin retraso
conmovía el barrio chacarero;
era el momento irrelevante
cuando desde el patio de hacienda,
sobre corcel ágil de brazos,
mi padre iba caballero
por la empinada senda,
salvando collados, dominando oteros;
en los costados de la vía,
las parcelas de trigo y de cebada
saludarle parecía,
batiendo sus espigas doradas;
y cuando nuestra madre, dulcemente confiada,
y nosotros con ella,
seguíamosle con atenta mirada,
encofrando en el alma,
sus vigorosas huellas.

En Pucará, Rumipamba o Danza Asomana,
la cosecha de la mies madura,
al son del Jaguay, en tesitura
inicial de melodía ufana:
invocación a San Francisco,
a los dioses sitios en "Jatun Pucará Lomapi",
a los niños que cuidan el aprisco,
a los ancianos que saben los secretos
de los vivos y los muertos.

Alerta y dispendioso el sol,
con dorada ardentía,
derrochaba venablos de arrebol
sobre los dominios de la serranía,

anidaba en los rústicos sombreros,
resbalaba hasta las crenchas sudorosas
y los músculos de los jornaleros;
en las manos las hoces ágiles
segaban los tallos frágiles
y rubios del trival, sus espigas
vencidas como trémulas banderas
yacían en compactas gavillas,
de allí en rauda hilera
llevadas a las eras.

La cosecha avanzaba sin fatiga
con la total sumisión de las espigas
al incesante acoso de docenas de brazos,
el control acucioso y puntual
de mi padre y de Segundo,
las instigadoras órdenes del mayoral,
el reparto en amplios vasos
del aguardiente y la chicha,
para mitigar el rostro rubicundo
del Paqui, poeta- aravico del Jaguay,
en versos cantaba la dicha
burbujeando aleluyas,
o sonorizando cuajarones de lamento,
y añoranzas, ... tan suyas; ...
en los intervalos, con gritos de contento,
testimoniaba ante el paisaje
su ancestral mensaje,
las antiguas hazañas,
su vertical promesa;
cuando llameaba la arenga de las bocinas,
tañidas con pomposo frenesí

y vigoroso aliento,
ponía el corazón como sortija
a la naturaleza,
para solaz de las viejas montañas
y para asustar a las neblinas,
que asomaban vestidas de organdí.

Agonizante la tarde: hora de la pelea
del sol con la sombra, que irreversible sube
hasta donde el gavilán alea
sobre cárdena nube;
pastores y rebaños,
empujados por el viento del verano
trepaban sus pasos por caminos distantes;
ceñidos de cansancio los peones
simulaban efigies flotantes
sobre el perfil de las colinas
al retornar a sus bohíos,
llevaban en la frente los últimos jirones
de sudor por la jornada laboriosa,
en la mano
la hoz como emblema y atavío,
en los labios un silencio liviano
como la abstracta palabra de las cosas.

Con mi rol de adolescente
salí al encuentro de la lluvia sonora,
tomé el lugar de la estridente
cascada, del ave triunfadora,
empeñada en poner sus huellas en el giro
del peñascal abrupto, del lejano camino,
en el pulmón del viento,

y abrir la palabra y el suspiro
del capulí, la menta, el vellocino
que el crepúsculo incendia en el firmamento.

Llegó la juventud
con su tacto de luna y constelación de estrellas,
la copiosa actitud
de sonrisas, irradiantes centellas;
puse en los labios
el suave terciopelo del canto;
el lenguaje tuvo atmósfera de armonía,
la perfumada magia del trébol,
el desnudo germen de la fantasía;
y por cierto estuve en ti,
tan breve...
militando delirios
con un cordaje de suspiros
que hicieron la catástrofe de mis primeros versos;
y sin embargo, con voluntad inleve,
desnudé en palabras anhelares opresos,
esos hondos mordiscos de huracanes cautivos;
y puse nuevos nombres
a las cosas, las flores y los hombres,
a los estadios del tiempo y sus señales
de banderas y velas,
al agua y sus sirenas,
al viento, insosegado sátiro de gacelas,
al sol marinero con muelles y bahías
surtos al mediodía.

El tiempo amable pegado a mis pestañas
sobornaba en la noche estrellas pensativas

para ponerlas sobre las montañas;
con sílabas de burbuja, y cautivas
de altura y lejanía
inicié mi saludo de verdad a los cielos,
la perfumada música de quimeras;
puse la vertical escala del ensueño.
¡Ah!, y dentro de la casa familiar,
en torno de cálidas bujías
los rostros en remanso,
circuidas las manos de ternura,
la anchurosa voz desplegando ventura,
el patrimonio inextinguible del abrazo,
la bendición paternal navegando en torrente
del interior absoluto y haciendo
un follaje de luz sobre la frente.

Muchas veces ascendí a hurtadillas,
el Urcud: monte silvestre y altivo,
cubierto de pajón y gramilla;
quería gastar su atractivo
en mi afán de aventura;
y desde aquel natural miraje,
en colosal desmesura,
he visto levantarse el paisaje
soberbiamente contra el firmamento,
en cuyo seno
coagulado de azul y blanco,
germinan la tempestad y el trueno;
he visto las altas montañas, paramentos
de roquedal y nieve;
en los hispídos flancos o los suaves relieves,
pueblos pardos, puntillos blanquecinos,

donde vive y lucha el hombre campesino,
entrojando soledad,
revocado en tristeza,
y siempre la palidez de la miseria,
ensayo de la muerte;
escuché su lamento, el grito fuerte;
vi su cicatriz,
su llagada arteria,
y su ancha circunstancia de raíz
apoyada en la tierra.

Entreabrí los sentidos,
para que migren por múltiples caminos,
donde la vida en colosal aliento
emite vaticinios de amor y su alarido
de finitud y olvido.

Bebí las pócimas que desbordó mi sino:
almíbar y cicuta,
vómica de sombra - vivero clandestino
de áspides hirsutas -;
estiré las sienes
con fe y su luz de infinita distancia,
hacia el cofre que custodia esperanza
y la ilusión que danza
vestida con élitros y gemas lúdicas,
en jardines forrados de seda,
campanas y violines de inefable música;
y, aunque desafiante y aplomado,
deambulé sonámbulo y perdido
entre espejos cóncavos, saturados
de tiniebla y pátina;

y apagando en lento silencio la sonrisa
con el gastado grito de angustia iluminada.

. . . .

¡Tierra ¡
Ahora, eres ajena.
Has envejecido
igual que mi pena.
Denuncio que hemos vivido
como escondidos
en cuevas oscuras y distintas;
y nos vamos de la mano del olvido,
acercándonos a la noche infinita.
Confieso, en esta cita
te he buscado urgente y obstinado,
para anudarte dentro de mis células,
alardearte en mis arterias,
a riesgo de convertirme en libélula
nacida por la alianza
del crepúsculo en cortejo de quimera
con tu antañoso limo;
o en cápsula de trigo,
que sustenta
el rubio candor de la bonanza,
o en manso olor de menta
cuando le besa el relente del alba.

Vulnerado de éxtasis y emociones,
con la certera elación de tus alturas,
corazón afuera,
este día visité tus eras,

los promisorios sembríos y pasturas,
puse a columpiar el alma mía
en el anchuroso friso de las lomas,
me embriagué con el cálido aroma
de tu intacta heliofanía,
bebí con hartura
de tu río correntoso y sensual,
dialogué con las aves
entre la fronda del eucaliptal:
las entregué en palabras suaves
mi ternura pequeña y mansa
ellas pusieron su rúbrica de vuelo
en el límpido azul,
y querían desleír el cielo
dentro de mis asombros y añoranzas.

Ya sin distancia,
pegado a las huellas de la juventud
y de la infancia,
hablé contigo sobre mi gratitud;
nos miramos frente a frente
y de repente
me sentí bueno y cordial
hasta el íntimo abrazo espiritual
a tus bohíos;
en sus umbrales ofrendé mi grito
izado por recuerdos, ensueños, extravíos;
hizo fogata mi ideal favorito,
para que se exprese en luz el pensamiento,
besé a la naturaleza y a la vida
por nuestra común y hermosa biografía,
acurruqué el crepitante sentimiento

en un rincón umbrío
de la hacienda derruida,
y algún tibio rocío,
que llevé clausurado
en el húmedo estambre de los ojos;
me arrodillé en plena libertad,
entre el cálido rumor del viento,
en concierto con la verdad,
los diáfanos espacios, colosales elementos,
para agradecer a Dios
por las manos recias que guiaron
el biello, la esteva, la hoz,
por las manos de amor elevadas
al cielo, la lluvia, las mañanas,
que hicieron fértiles tus entrañas,
para alimento de la carne y del alma;
por este nombre alto de orgullo,
franco como libro abierto,
blando como reciente surco;
por este cuerpo de barro uno y plural,
congénere del fruto sin manchilla,
en presteza de lámpara sencilla,
que supo amar con clamor vegetal,
y recibe de pie,
las ráfagas de la intemperie social
que destrozan su piel
pero nunca su fe;
que en ilusiva erranza
por vitrales habitados de arcano
y en lucha contra la adversidad,
lleva el índice del ABSOLUTO CRISTIANO,
para alimentarse de esperanza,

incendiarse de bondad.

AL CENTRO DEPORTIVO OLMEDO

Nos hiciste más grandes y nos diste la gloria;
es nuestro el alborozo y es tuya la victoria.

A nosotros tu ejemplo, tu inexhausto denuedo
para ser vencedores. Noble Campeón Olmedo.

La Patria te contempla y te entrega su abrazo
desde la comba altiva del Sultán Chimborazo.

Riobamba te agradece con emoción fastuosa,
el pueblo fervoroso, su niñez orgullosa.

La juventud erguida imitará tu hazaña,
siguiendo la incidencia de tan audaz campaña.

Tu nombre puesto en bronce y con letras ustorias,
ante la faz del mundo, su venia promisoría.

Tú llevaste el deporte con varonil talante,
el músculo potente, la mirada adelante.

Tuyo el golpe certero, la burla al adversario,
y el equipo con fuerza, con valor unitario.

En la cancha la euforia, la cálida presencia
de la barra que cumple mandatos de conciencia;

La alegría sin par, el corazón alerta,
porque llegan las glorias y la victoria es cierta.

Al sol place mirar el sudor en la frente
de este equipo gallardo que lucha, y de repente

difunde a los espacios, los tiempos y la historia
el símbolo toral de la infinita victoria.

Tú en el vértice límpido de nuestros corazones:
escuadrón de eminentes deportistas. Tú pones
huellas inmarcesibles de valor y excelencia.

AL ECUADOR, CON OPTIMISMO.

!Oh, Patria mía!
Quémame el pecho con tu sol tropical.
Utiliza tus ríos para el sonoro ritmo de mi sangre.
Memorízame el apostolado vertical de tus montañas.
Siembra la fuerza de tu manigua al centro de mi calcio.
La juventud perpetua de tus valles en mi palabra.

Yo soy tu pueblo profundo.
Congénere del ensueño.
Vengo del seno crujiente de tu historia.
Blasonado de paisajes.
El monograma de una estrella en las pupilas.
Tengo la edad mayor del limo.
Materia sediciosa de guayacán, chuquiragua y menta.
Indumentado con el anillo del arco iris,
la versatilidad creadora de tus prados.
El conflicto milenario de tus roquedales.
La gala nivosa de los Andes.
El collar de tus nubes.
El coloquio de la lluvia con las torres de la gadúa.
El deseo campanudo de tus huracanes.
El grito del relámpago enrabiado de altura.
El drama heroico de la luz en la mañana.
El ansia mágica del día en el instante occiduo.
La plenitud lunar sobre la dignidad de los oteros.

Quiero ser todo tuyo.
Vivirte en el orgullo.
En la sonrisa invasora, la aventura vital.

Dame tu geometría breve para acunarte en la ilusión.
Tu fidelidad al espíritu para acelerar mis latidos.

Siénteme:

Te alcanza mi palabra sencilla.
Con el gozo de tu natural belleza.
La plenitud de voluntad y pensamiento.
La añoranza anudada a las tumbas.
El insomnio amurallado de bruma y alborada.

Estoy ante ti:

Donde es más firme la esperanza.
Donde cunden las manos incendiadas de luz.
En la lengua con el himno inapagado.
En el gozo del obrero cuando cobra sus salario.
En la rúbrica del magistrado que hace justicia.
En el sudor del labriego consustancial del surco.
En el episodio azul del pescador.
En el gesto estridulante de la fábrica.
En la amistad del libro con las sienas.
En el seguro índice del maestro.
En la odorante plegaria del incienso.
En el vientre lírico de la guitarra.
En el estilo inmortal del sabio.
En la equivocada lágrima del niño.
En el agobio trágico del humilde.
En el ojo del cóndor que gallardea sobre el Chimborazo.
En el salto del puma con prestigio de elegancia.
En la velocidad del venado cuestionado por el viento.
En la alegría del huiracchuro que escandaliza al capulí.
En los caminos que enmadejan las distancias.
En el connubio sonoro de la playa y el mar.

Y estaré siempre presente:
Leyendo tu libro de futuro, ya sin enigmas.
Junto al uniforme.
Firme en la vida y la muerte.
Al pie de tus tribunas.
Besando con unción tus emblemas.
Mirando en los altares tu augusta redención.
Para el brillo glorioso de los siglos.
En el vértice del progreso.

ALTANERA

Entraste altanera al salón de la fiesta:
súbita fantasía
que fracturó la música hasta el silencio
y opacó las candilejas.

En el dintel tu presencia
tuvo un instante
con eternidad de suspenso mágico.

Relampagueó tu mirada,
y esa llamarada
de acerino fulmíneo
cubrió a todos con signos desafiantes.

Tu rostro: flor de blancura tersa
con prodigios de rosado inaudito,
desató fragor de escándalo gozoso
y emociones en pleamar de alegría:
un rito a la belleza hipnótica,
que en tu carne
era a la vez soberbia y elegancia.

El labio fino,
de rojo lírico semiabierto,
inventó una mueca voluptuosa
como para iniciar un festín de ternura,

vulnerar los zumos del deseo,
o enloquecer de entusiasmo
con el chasquido blanco de una risa,
o la pulpa dulce de una palabra.
El exótico vestido,
adicto a tu esbelta hermosura,
sobornado de tul y pedrería
proclamaba delicias secretas
dentro de tanta vanidad y lujo.

El atrevido escote
insinuaba riberas olorosas
en el júbilo onduloso del busto,
dócil al embeleso
y listo a estallar
en sonoros anhelos.

Durante el baile: tú al centro,
flexible, graciosa,
y a la vez dominante;
cautelosa la música se deleitaba en ti,
acariciándote, arrullándote;
hacías florecer los espacios;
pero ibas como retorciendo las miradas,
pisoteando sutil y rítmica
multitud de elogios,
que te buscaban ávidos,
te quemaban; eras como una estela lúbrica
entretejida de admiración y anhelos.

Eras...

Allí también estaba él,
el poeta:
ilusión, sentimiento
y palabra humanizadas,
en el lugar inútil desde donde se mira
sustancias y cosas inefables;
como disuelto en lejanísimos incendios
y transparencias inadvertidas,
o en pantanos verticales
que avanzaban agresivos
hasta la desnudez íntima del sollozo
y de la mentira.

Su rostro parecía combatir con los espejos,
con la silenciosa espuma de la sombra
y con las imágenes rotas por la luz.

Su mano atormentaba la finura
de las copas con néctares sutiles,
aptos para saciar la angustia,
la secreta angustia de la vida
y del amor.

Y, ya en el paroxismo,
entre un clamor de voces diferentes,
de equívocas murmuraciones,
de encendido entusiasmo,
de elogios y reproches,
se escuchó casi un grito:
"Que hable el poeta"...
Y todos: "Si... Que hable el poeta..."
"Que haga el elogio... Un verso... poema...."

a la reina de la fiesta..."

Se acercó lentamente,
con un gesto liviano
de varón torturado
por transfiguraciones,
y como hundiendo su cabeza
en misteriosas ánforas radiantes
con fluir de ensueños.

Se puso junto a ti;
desde un domo de silencio
nació su voz,
hasta la altura de la palabra pura,
donde perfuma el alma
los misteriosos himnares de la vida.
Y habló...

Hubo un sonido de gloria quebrantada
sobre el acumulado anhelar bohemio;
un perfume de lirios quemados
entre el frágil jadeo apretujado;
y crujió la emoción.
Porque el poeta - de centelleo herido-
habló sobre la vanidad...

La noche se hizo larga ...
con instantes delgados y larguísimos;
las candilejas estaban fugitivas;
como sumideros torvos
se hizo la evasión
con taconeo sigiloso y derrotado...

Mis ojos turbios te siguieron
hasta la calle anegada de sombras
y de frío...

ÁNGEL LEONIDAS ARAUJO

Miro en tu cuerpo las sorpresas
que grabó la ruleta lúdica de la vida.

Faz atardecida
donde los desmayos del sol occiduo
derrumbaron sombras
y barrancos misteriosos de luz.

Cabello: cristal entristecido,
follaje de albura
donde el dolor anida,
langores de pasión
y conciertos fulgurantes.

Un incurable vértigo sentimental
blanquísimo
en las sienes,
desplegadas hacia la melancolía
de algún "Huerto Cerrado".

Las pupilas ejercidas para la añoranza
y la nostalgia;
una verdad hermosa,
libre
y amplia,
que no se apaga
negándose a ser noche.

En los oídos
los fatigados gritos de un caracol,

que no olvida
los seducientes rebatos de campanas
vestidas los domingos de sol,
voluntariamente acumulados
con altamares de símbolos
y de adioses.

Finas manos de escritor,
siempre ungidas de letras
y desbordando amor;
aptas para aprisionar espacios limpios,
lluvia fresca,
golondrinas que enumeran horizontes,
garzas en llamaradas blancas,
interrogando la veleidad del agua;
también la zozobra de aniversarios lentos;
como guitarras desvanecidas en la luz,
idas entre suspiros
por gárgolas de agua transparente,
o como pañuelos evanescentes
en estaciones sin retorno,
donde el ¡ay! del gemido
pregona lágrimas salobres.

ANHELO DE HABLARTE

Te hablo del ayer reconquistado en la memoria:
río de luz que trajo hasta mi tacto
el aire de tu voz revivificado en el canto,
con un ligero ahogo de alegría
en la garganta y en el alma.

Te hablo con el mismo fuego delicioso
del primer instante, que no sabe de olvido,
instaurado en los ojos,
y en este oficio de hermanarme a la aurora,
en esta cicatriz de amapola
que la sustento en la sangre.

Te hablo de la distancia ingenua de la infancia,
desde la extraña cima de mis emociones.

Hazme saber de tu presencia.
Déjame nuevamente la huella de tu paso,
el transparente reposo de tus noches,
la increíble manera de alcanzarme
en la mitad de un suspiro
y al final de la ilusión.

Que te encuentre en la extraña geometría
del silencio,
en el perfecto mimo de la sombra,
apoyada en el desvelo,
en la carta en que te cuento cosas,
y que quiere ser verso
o himno jubiloso de la vida.

Háblame con el ritmo
flexible y ágil de la lluvia,
con el limpio equilibrio del gladiolo,
la blanda fiebre de la menta,
el trino que suaviza los instantes
y culmina en la paz.

Que tu palabra sea el fasto de mi carne,
que haga brotar alegrías
como espigas al sol de cada célula;
su ruido amotinado de blandura
y fértil de emoción,
germine saudades en mi espíritu,
en los fuegos interiores
y su rito de amor.

ANHELOS

Llévate viento mi sonrisa blanca,
penetra en la cabaña mas humilde,
y ponla donde la tristeza
es el espejo de los días;
ponla como un pequeño farol
junto a la ventana.
Habrá tonalidades más claras
en la luz de la mañana,
cálida tibieza de beso entre los labios
y una pequeña unánime alegría en los rostros.

Llévate río mis pupilas desnudas;
manténlas siempre abiertas
en tu viaje sin tregua ni fatiga;
deposítalas al final como dos gotas
en el vaso que apura un moribundo
en su último instante.
Habrá en ese líquido mas frescura,
y creará que se ha bebido
la sustancia del mundo.

Llévate mar todos mis deseos,
sacúdelos con el frenesí de tus ondas,
golpéalos en arrecifes y farallones,
purifícalos en tu espuma
y en los alvéolos de tus perlas;

y ponlos, suavemente en el pañuelo
donde solloza un huérfano
la muerte de su madre.
Serán un abrazo profundo y sensitivo
para su alma.

Llévate rayo todo mi cuerpo
a la cima más alta de los Andes;
en el momento supremo de tu estampido
inmólame allí y arroja mi sangre
por los cuatro costados de la Patria.
Habrá una lluvia fecunda y afectuosa
sobre esta tierra amada,
florecerán las cosas y los seres,
y sus gentes sentirán paz.

Llévame sol hasta el remoto
abismo en que gravitan tus fulgores,
succióname la vida y el espíritu,
efúndeme en el fasto universal
con la música de astros y planetas;
y llévame hasta Dios.
El divino contacto de su sombra
me hará unidad más pura
para amar.

ANÓNIMO

Gastar la vida así:
dándose sencillo
y cotidiano
a la naturaleza,
a las fuerzas y promesas de la tierra;
escuchar la raíz
que succiona vida entre la sombra
del limo y de la roca
con arcanos de forma, de perfume
y de fruto;
poner los labios en la blanca espuma de los ríos
en su primordial costumbre de frescura,
el tacto del sol en la avidez de la piel,
la ufanía alta y ancha de las cosas
desbordándome los ojos.

Concentrar ternura
en el saludo vital a la flor,
al pan,
a la esperanza,
al hombre,
a Dios,
postrado en la orilla de la distancia
y su abismo azul.

Herido de nostalgia inefable
envalijar en las sienas sorpresas y éxtasis,
el ruido jubiloso de los elementos,
el suave picoteo de la lluvia,
las veloces flámulas del rayo,

la invisible sangre de la brisa,
que chorrea incontenible
de las blanquísimas veletas de los Andes,
y que me empuja a recomenzar la bondad,
la consigna de transparencia,
en horario apto para la sangre
y el alma.

Inmerso en la llama verde de los árboles,
en la inverosímil tesitura del mirlo,
codo a codo con la madrugada,
ir hacia la monumental alternancia del paisaje,
enredado con alas en tramonto;
o en los andariveles del ocaso,
hasta donde empieza la sombra
su mordisco de soledad,
su aluvión de noche y de silencio.

Y vivir así de anónimo,
de simple,
de pequeño,
de libre,
sin explicar a nadie mi existencia,
ni porqué mis manos están lejos del odio,
de la mentira;
hasta que un día
el tiempo cuelgue su olvido en mi memoria
suave
y definitivamente.

AÑORANZA

Al golpe de una ráfaga de añoranza
retrocedo cuatro escalones de tiempo,
le doy vuelta al recuerdo;
y entonces mi cuerpo y la sombra
son una misma cosa ambulante
por la antigua calle.

Voy en pos del muchacho
que empapó las aceras
con sucesos
de su alegría en flor.

Busco en la memoria las palabras jubilosas,
como buscaba el trompo en los bolsillos;
y le busco al amigo inseparable
dentro de una lágrima.

Oigo el eco distante de mis propios pasos
persistiendo en gastar los zapatos,
pisoteando luceros;
y el silbo de mi juventud,
que acumuló de urgencias los balcones.

Al verme pasar
parece que sonríen las puertas y ventanas.
Los postes y bombillos me preguntan
¿Como te va? ...

Hay un lánguido viento
carcomido de ausencia,

que me grita al oído
Ayer ... Ayer ...

¡ Cómo pesa el resplandor de la luna
sobre los párpados! ...

Encuentro el anhelo que se extravió de la mano,
trato de levantarlo
y unirme con él la boca,
colmar la mirada,
la médula,
la vida;
pero sólo es ceniza,
ceniza temblorosa y fría.

La compacta tristeza,
el recuerdo,
la sombra de los seres queridos,
de las cosas,
pasan impalpables, fugaces,
en pálido cortejo.

Horadándome las sienas
va hacia el corazón,
una canción de torturados sonos,
es casi un salmo de la sangre,
una plegaria de mi vida.

Voy camino de la noche;
no puedo evitar la costumbre
de refugiarme en el silencio;
y allí la soledad – espejo,

del tamaño de mi cuerpo y de mi alma,
empacada de esperanzas,
de adioses,
de sonrisa
y de dolor.

ATENEISTA

Bienvenido ateneísta
por los caminos blancos
del libro, del pentagrama y la tribuna,
desde los follajes líricos del sol
y de la vida.

Porque es tu destino
tersurizar estrellas,
con el constante roce de las sienas;
traes el abrazo fraterno
crecido como torres de fe
para las cosas bellas
y buenas;
en el barro dulce de la Patria.

Bienvenido por tu limpio alborozo,
tu obstinada costumbre de ideales,
por tu pasión por las cumbres
donde se desata la tempestad
y se huracanan los vórtices sociales,
donde te ciñe la frente un misterioso azul,
te suenan en el alma sinfonías astrales,
y en el frenético impulso de la sangre
imperativos de historia y de futuro.

Dentro de ti el polen de la música
eufonizando toda la existencia,
germen – fidelísimo de esperanzas
en la sonrisa del niño;
exquisitez inexhausta en el júbilo,

en la bondad y el amor del hombre,
ventarrón en su dolor,
incendio en el pulso de la angustia
y en la soledad -.

Bienvenido con tu palabra:
oración, blasfemia, cataclismo;
surtidor grande y libre
en plenitud de colores;
aleo sensual donde viaja la carne
para abrazar – íntimo – el paisaje
y redescubrir la transparencia;
lámpara por donde sale el alma
con cálido saludo de ilusión,
y de utopía,
con sus estandartes de anhelos,
clamor de emociones y afectos,
hacia las bahías de la sabiduría
y los pórticos del infinito.

Porque eres capaz de nutrirte de éxtasis,
transmutar el olvido, el dolor, la nostalgia,
la dureza de las cosas
en colores y formas de armonía,
de nobleza pura;
proclamar la biografía del viento,
de la risa y del llanto;
seducir a la espuma, al trébol, a la espiga;
presidir el nacimiento de las flores,
la undosa tesitura del trino;
parlar en sílabas de albura,
de igual a igual,

con el agua, la brisa, la campana;
entrar desnudo, infatigado,
en las lejanas fogatas del ensueño,
en el longevo umbral del Absoluto.

Bienvenido:

porque eres capaz de vulnerar la sombra,
saludar de frente al sol
y tener la mano lista
para el don de la amistad.

ATENEISTA.

AURORAL

Luce la aurora abierta:
Dentro de su azul alea un ave,
batiendo banderín de fantasía
y la mirada alerta.

Abajo el río fluye, glisa,
ríe, con risa fresca y suave,
sobre la roca que amaneció sombría;
mientras la brisa
arroja un puñado de diamantes
en la undosa ribera
y murmura vibrantes
mensajes de quimera.
Yérguese el árbol diademado de albores,
donde el mirlo con eufórico silbido,
ebrio de néctares y flores,
se declara caudillo
de la verde rebelión de ruidos.
Todo el huerto fosforece brillos.

BEETHOVEN

El índice absoluto posó sobre tus sienas,
remeció el Quid Divinum de tu alma,
te arrebató definitivo y total
a la grandiosa magnitud de sus abismos;
prisionero de la inmensidad,
a merced de la infinita voracidad de lo grandioso,
de las llamaradas enigmáticas de la belleza,
de la sonora asfixia de la gloria.

A tu silencio arisco,
casi ataraxia elemental y sacra,
llegaron desde los fastigios cósmicos
los resoplidos monstruosos del espacio,
torturado de incógnitas
y en forcejeo perpetuo
con leyes de armonía universal;
la colosal vibración del tiempo
torrenciado de cosas y seres;
las tinieblas remolinando pavores
y precipitándose
por sumideros de hartura estragante;
la vociferación cataclísmica del vacío,
derrumbado por precipicios interestelares;
el grito furente de la nada
en choque brutal con el todo;
la palpitación tenebrosa de lo informe;
la epilepsia estridulante de la materia,
siempre en conflicto
entre la apoteosis de la vida
y el finar solemne de la muerte.

Heraldo de autoctonía lírica,
irrupiste sobre tumulto humano
saturado de ritmo y melodía colosales,
sustentando pentagramas arcanos,
pulsando pleamares de energía,
vértigo de distancias imaginíficas,
transparencia de temblores galáxicos
encofrados en estupores cimeros.

Con exuberante fantasía
enjoyaste el pensamiento,
para hacer perceptible lo más abstruso,
le migraste en vuelo de purificación
hacia el deslumbramiento,
a la excelencia frenética
de clamor trascendental,
a la plenitud epifánica del espíritu,
para el milagro del ensueño sonoro,
la hazaña de verdad desorbitada en asombros,
con aluviones musicales
en derroteros prodigiosos de luz
arreciada con torbellinos, relámpagos
y el huracán de la existencia.

Te asordó la tesitura
del ululante rugir del caos,
del palpar enorme del enigma,
del relampagueo que trasmuta la sustancia,
tritura la noche
y engendra la hermosura.

Aquel silencio de ultramundo indefinible

te entregó signos portentosos,
arrullos con arpegios ávidos,
asfixia de armonías,
torbellino de cadencias ritmadas
por el drama constante del hombre:
preludio, exordio, allegro, fuga ...
del alma,
con calofrío de anhelos sin orilla.
Al final: enormidad de sinfonías,
sonatas, oberturas, óperas ...
en fastuosa rebelión y libertad,
ambientando esplendores,
compasados de infinito.

El reloj, tu amigo intranquilo y puntual,
en querella inmemorial con el tiempo,
registraba la danza de los instantes,
resonando en laberinto de mitos
para ahuyentar los espasmos de la soledad
y del tedio.

Al entrar al fondo de los afectos
nos encontraste taciturnos,
confusos, sitibundos,
resumados de llanto y holocaustos;
adoptaste el dolor,
nos exculpaste del sobrenaufragio de la carne
y la tristeza del alma;
hiciste con mano diáfana
arrebolada con dóciles luceros,
para Leonora y para Elisa,
la palingenesia del amor,

alquitarando la ternura,
la infancia candorosa del rocío,
la brevedad del prodigio primaverizado,
que azuza el beso inefable de estrellas,
el privilegio canoro de canarios holgantes
en hortales tupidos con élitros sutiles,
el virtuosismo del piano:
tacto, color, fragancia, júbilo,
en ríos de cristal ustorio,
con espejos de incendios;
y violines traspasados de añoranza
y suspiros de brisa blanca.

Bienaventurado Ludwing Van Beethoven,
paralelo del sol,
estela sublime sin ocaso,
sumido con los inmortales
dialogaste con Dios en voz crecida
y argumentos de océanos, selvas y montañas;
tuyos los sonidos en acordes cimeros,
inmensurable cofre de himnos tu corazón,
polifonía de excelencias tus sentidos,
alud de emociones majestuosas tus afectos,
derrumbo de auroras y tormentas tus manos;
tu pasión, desbordar la existencia
por manantíos de luz covibrante
con la vida, la materia, la energía, el espíritu;
escenario: toda la humanidad;
adentro, ideales en marejadas eufóricas,
afuera, universo, tiempo, misterio ...
fraternizados por tu hazañosa
constelación de eternidades.

BETUNERO

Eres el niño que remoja el pan
en la sal de los ojos, en la angustia
del negro tintero del dolor,
bajo la sombra de un zaguán,
de alguna acera mustia,
en itinerario de lucha y sudor.

Vas al futuro encorvado, casi de rodillas,
en tus espaldas se acostumbró el viento,
del invierno al estío;
el sol acumula fardos de ardimiento
y la lluvia filtra desnudas cuchillas
de llanto y de frío.

Propietario del parque, oscuro gitanillo
de todas las esquinas;
con el betún y el cepillo
registras la soberbia y la pobreza, trajinas
enredando los pasos
con el rudo caminar de las gentes,
que pasan por la vida de puntillas,
caen en los fracasos,
o van indiferentes.

Con los ojos ayunos de libro, con el vibrante
tráfago de tus manos sencillas,
que están en la edad de la letra;
con tus rodillas
puntuales a la costra y al guijarro acechantes,
desataré una tormenta de protesta

en el medio día del error;
y con tu tinta negra de abandono
teñiré nuestra geopolítica del dolor.

BIENVENIDOS

Bienvenidos poetas ambateños,
ilustres viajeros por rutas del ideal,
espigadores de luz
en alcores de pensamiento y de asombro
para incendio del alma.

Desde aquí los riobambeños
del Ateneo Ecuatoriano
salimos ceñidos de esperanza
a esperarles subidos al domo del regocijo,
izando en verticales banderas el saludo,
y en su amical ondeo, el tacto del abrazo.

Ya que vuestro designio irrevocable
es descubrir la medida del arcano,
desnudar de misterio a la utopía,
hacer inventario del mundo de la ilusión
y entregar un mundo de armonía;
aprehender energías, certidumbres de belleza
en la primordial albura del tiempo y del espacio,
en la substancial almendra de las cosas,
en los profundos ritmos de la vida
y hasta en la hornacina del enigma
y de la muerte;
para entregar con devoción
la majestad de la palabra poética,
que ciertamente tiene
el beso vibrante de la naturaleza
y el tacto inefable de Dios.

Porque sabemos vuestro señorío estético
y palpamos vuestra presencia de lámpara
en los amaneceres de la emoción,
en los aterciopelados estambres de la exultancia,
del ensueño
y del amor;
que también está al filo de la noche
para desbrozar las sombras
que degüellan estrellas,
y en los brocales del abismo,
que agrade la verdad
y nos restrega la sangre.

Porque estáis aclimatando para el pueblo
atmósferas de galanura,
atersurando los vórtices sociales,
gritando con retumbos de campana,
de cascada y de trino,
a la conciencia,
a todos los sentidos
y hasta a los vientos astrales
los júbilos creadores del hombre,
las vibraciones de la carne
y del alma,
que se tornan estallidos de sinfonías,
tacto de unción lustral
y danza cósmica;
y sin embargo caben con blandura de pétalo,
con primor de vaso de alabastro
en el divino éxtasis de un poema.

Ambateños ilustres:

Cumplid también aquí vuestra consigna,
revivificad la fe
en el destino trascendente de la belleza,
que a veces es carbón encendido
con ímpetu generador de finuras,
metáfora, color y forma,
música y danza,
ondeo de brisa transparente,
cadencia de suspiro
o vértigo de angustias esotéricas;
y otras veces es dolor,
que humedece los párpados,
pero que limpia el alma.

Poned con largueza en nuestro oído
y dentro del corazón,
el don luciente del verso,
el primor poético:
y con ello dadnos testimonio
de la verdadera existencia del hombre,
como sentimiento,
como pensamiento,
como libertad:
semidios recreador del universo.

Y sabed que cuando se apague vuestra palabra
quedará algo así como un lago azul de silencio,
o tal vez de rosas pensativas,
donde nosotros hundiremos las sienes,
obstinadas en soñar en nuestros sueños,
o quizás emitir una plegaria a Dios,
a la naturaleza,

al hombre,
para que sea eterna la belleza sobre la tierra.
En nombre del arte y de la cultura,
al pie de vuestro Tungurahua
y de nuestro Chimborazo
y ante la faz excelsa de la Patria,
os invitamos a darnos un abrazo
con las límpidas quididades del espíritu.

Escrutemos las maravillas de la naturaleza
asilándonos en las corolas volcánicas,
en el torbellino níveo de los Andes,
en los rumorosos círculos de la célula,
y en la abismal plenitud de las galaxias.

Conozcamos las incógnitas
que germinan en la vida interior del hombre,

BLANCO Y AZUL

Amo el blanco y el azul:
el blanco de tu piel,
el azul de tus ojos,
unidos por la cinta de la elegancia
por donde corretea la alegría
y este anhelo de hacerte mía.

Es verdad, he besado en tu piel
una espiga ondulatoria de delicias,
hoguera de plumones sensitivos
incinerando la ilusión.

Tu cuerpo camina batallando
con la envidia del sol
y la brillante rebeldía de la brisa,
estatua hecha de crisantemos
donde se desliza
mi palabra perfecta de ternura y dicha.

El pomo de mi mano está enjoyada
por el tacto sutil de tu piel;
y hay un prodigio de enigmas azules
redescubriendo mis abismos
desde el mágico alar de tus pupilas.

Conservo el pañuelo con tus lágrimas;
tiene un rubor azul
y un perfume blanquísimo.

Amo el blanco y el azul,

porque son verdad en ti,
y son leyenda de hermosura
escrita en el libro de mi vida.

BUSCO UN AMIGO ...

Busco un amigo
que quiera compartir mi tarde,
esta celeste manía de hacer versos,
para cantarlos al ritmo de la brisa
y del corazón;
no poner jamás muros al ensueño
y a toda esperanza.

Un amigo verdad,
que ponga en cada abrazo
la cantidad suficiente de piel
y de alma
para un derroche sencillo de alegría.

Un amigo fraterno y cotidiano,
que cuide con esmero mi tristeza,
que ponga en mis espaldas sus pupilas
para ascender confiado las montañas,
que alce hasta mis labios su sonrisa
en gesto empurpurado de nobleza,
que me agite campanas en las sienes
al pasar los escollos
y los incendios,
que desnude su lágrima
y su lámpara de perdón
en mis tinieblas
y abismos.

Un amigo cordial,
que llegue francamente con su voz a mi voz

y a mi silencio,
a poner su digital intacta
y el ruido de toda su médula
en mi sentimiento
y en mi fe;
camarada hasta la altura de las manos juntas
y de las rodillas desnudas
y mansas
ante la diafanía azul
y en el polvo de la tierra - patria;
que sacudamos con luz
el torrente copioso de la sangre,
o donde comienza la noche y la soledad.

Que esté siempre presente
con la más limpia cercanía del espíritu,
para instaurar un pan esencial
en la misma mesa, de tersura blanquísima,
alzar el mismo brindis,
y recobrar el tiempo del cenit
y la palabra vertical.

CAMINANTE

Voy por las calles de mi ciudad;
tengo miedo
de pisotear tanto recuerdo,
enredar mis pasos con los gritos
de gentes que, aquí mismo,
lucharon
y sufrieron.

Cuantas pupilas me inculpan de insolencia,
y desde las hendrijas
merodean todavía al futuro;
cuanto labio amordazado
con el a-a-y-y-y
durísimo de la pobreza,
desde los zaguanes prestados
y el frío propio.
Y desde siempre,
casi intacta,
la vanidad
taconeando en las aceras,
en las vitrinas,
en los templos,
desocupados de fe.

Están diseminados los ensueños,
la música,
a la misma altura del sarcasmo
y de la burla colectiva;
están maquillando el dolor,
reciclando las sienas del poeta

para que vuelva siempre,
altivo,
desangrando idealismos,
al amanecer de cada sorpresa;
y rompa la sombra,
la fobia,
el olvido.

Están aún por miles
las manos abiertas de los niños,
en busca del pan,
del número,
la letra;
su deseo de existir, verticales,
sin odio;
crecer a ritmo
del viento libre;
a la manera del agua,
en vocación de savia y fruto.

Asoma el hombre común:
es casi nadie;
sale de cada esquina,
detrás de las piedras,
que puso el tiempo
para allanar
y multiplicar las sendas.
Le veo ir y venir,
con caminar incierto
sobre el despecho;
tiene camisa remendada con mentiras;
trae en su mano el gramil

para señalar la madera,
que le servirá de ataúd.

Sin embargo...
quiero, definitivamente,
aprehender una sonrisa,
el rocío de cristal transparente
para mi sed
y mi fatiga;
quiero el abrazo limpio y libre de sombras,
me llegue hasta la médula,
hasta mi nombre total,
nacido desde el fondo,
donde el hombre hace germinar la luz,
y es la solera de la amistad
y del amor.

Me veo pegado en aquel poste,
meditabundo;
dibujada mi figura
como caricatura
hecha con carbón
y tizne de fantasía,
sobre la cal de las paredes,
donde suena el recuerdo,
copioso de colores
y raíces,
como en procesión de pueblo antiguo.

!Ah, mis recuerdos,
son la pátina del alma!

Pido perdón al tiempo.
Pongo mi palabra en plaza pública
- que más da –
para que le muerda un perro,
le agrede la intemperie,
le asfixie el smog
de tanta mentira,
de tanto olvido putrefacto;
que no pudo pasar
por los sumideros sociales;
y tanta moda
burda,
con pasaporte hacia muy atrás,
donde creció ya el musgo
para hacer sombra.

La abandono.
Me alzo de hombros y sigo
tras la digital de mi destino,
para sentirme humano,
humanísimo,
y quedar como evanescido.
Estoy consciente,
creo que he muerto
la mitad de mi vida.
Dejo mi palabra que ruede,
ruede...

En ella me reconozco
y reconozco al hombre de mi ciudad
- paisaje íntimo -.

Para que no me siga
me escondo detrás de mi corbata;
voy detrás de un viento
perdido en el vacío,
lejanísimo,
que llaman esperanza;
y detrás de ese gusano,
de esa bacteria,
que saborean mi carne
desde siempre.

Pienso que mi vida fue ...
como un pequeño sueño,
que se gasta en los párpados,
y se quiebra
en la mitad del miedo,
de la añoranza.

Siento detrás de mi nuca
larga cadena que se arrastra,
tremendamente enmohecida
por la angustia;
lleva consigo páginas estrujadas
de una biografía simple;
yo la palpo con ternura,
la llamo,
ella con chirridos me contesta
“soy tu fantasía”

Ya la ciudad es grande.
¿ Extravió su oficio bonancero?
¿ Y yo. Quién soy?

Paciente anónimo,
rezagado, sediento de frescura,
espejismo de ilusión y de carne
confundido donde todo es ajeno.
¡ Y tan sólo el vacío ¡

Sigo mi camino en busca de la verdad.
¿ La verdad?
De la libertad ...
Si nada es libre.
Es falso.
Vigencia de egoísmo.
El odio mastica sin cesar todo,
incluido el canto.

Hombre ...
Mujer ...
Perdónenme.
Quise encontrarles en mi ciudad
con uniforme de amigo,
de hermano,
de ... todo lo bueno
y hermoso.

Aunque ya les tuve en mi cerebro,
en esta voluntad tempestuosa
de sobrevivir juntos,
con los brazos abiertos,
a – a – s – s – í –
de grandes
y francos.

Ya es hora.
Estoy herido de tarde.
Y tú que eres sinfonía,
o mejor,
eres imagen misma de lámpara,
raíz de primavera:
ponme clara tu sonrisa
en mi sien,
en mi silencio ...

CANTO A LA VIDA

Cantaré a la vida
con el idioma cenital del día,
cuando es plenitud triunfal de color y de forma,
y derrocha galas voluptuosas
la gloria de su luz.

Con la voz del agua
teñida de espejos destellantes
y navíos ustorios,
con campanas de cristal fluido,
alegres y mínimos tambores de nieve,
que proclaman frescura en los oídos del pez
y acumulan deseos de evasión al guijarro.

Postrado sobre el júbilo de la tierra;
allí, donde sus cápsulas de limo
conmueven el silencio
para acunar con íntima caricia la simiente
y poner en sus labios
la fuerza germinal.

Subido a la flor y al fruto,
donde se obstina el perfume del tiempo
y se transustancia el sol
en castas burbujas
colmadas de sabor y tersura.

O desde el callado y flexible
reposo de la sombra,
donde se columpian desnudas estatuas de brisa

venidas de celestes almenas del espacio.

Para que mi canto sea auténtico,
con labio anhelante,
palparé su beso universal
en la infatigada celdilla del átomo;
mi espíritu prolongará su tacto
hasta el Infinito Omnipotente.

Pondré la memoria
en la sonora verdad del génesis;
y unguido con bálsamos de asombro
y relámpagos primordiales de albura,
estaré reverente a ras de polen
desprendido de la materna orilla del Absoluto
y hundido lento y jubiloso
en el cálido corazón de la luz:
cópula que engendró la sustancia
y la energía;
que trasmutó las torres del vacío
en torbellino de estrellas y galaxias,
en raudales de historia.

Te cantaré !Oh vida!
porque siento tu imperturbable fuerza
como hontanar de gozo sin riberas,
jubiloso incendio
que esparce sus fragores
de atracción, repulsión,
plenitud y muerte,
en la coreografía de los elementos:
cosas, seres, sistemas, galaxias,

en armonía universal.

Siento tu monofonía tenue, palpitando
en la dura conciencia de la roca;
tu danza bifónica de malva y clorofila
en la célula, que estira innumerable
su memoria líquida de savia.

Y oigo tu sonoridad triunfante
o grito colosal que se difunde
desde la tersa frescura de las fuentes,
su conciencia errabunda de nube y lluvia,
de nieve y de montaña;
el diáfano hervor de espumas
revueltas y flotantes,
que se descuelgan por negros farallones
hasta el apretujado canto del mar,
su convulsión azul de exuberancia lírica,
sus ágiles penachos de perla y caracol
y el salobre tacto de los peces.

Oigo la sílaba del hongo y de la espora,
convocando a la bacteria y a la oruga
a un jolgorio núbil con los tréboles
en oráculos verdes;
la plegaria blanca de la espiga
y su ofrenda de pan;
la tesitura dulce del tubérculo,
del junco y de los árboles frondosos,
que agitan sus banderas
sobre motín de silbos y gorjeos;
la sibilancia del panal,

del cardumen, del ala;
el bramido de las fieras en celo
o en lucha,
salpicadas de sangre humeante;
el rumor fragoroso de la alquimia de los bosques,
con estallidos de barro borbotante
y sombra enmarañada.

Comparto la ebriedad polifónica de la tierra,
su jadeo plural, insosegado,
en devenir perpetuo,
y en desbocado galope por los siglos,
desata las esferas y el vacío
bajo el imperio del sol.

!Oh, vida! Te respiro cada instante
como milagro de amor y de belleza,
cuando pronuncia la noche sus primeras estrellas,
cuando voy puntual sobre alas ilusivas,
desnudando distancias
y aprehendiendo secretos,
cuando tengo en la mano un festival de lluvia,
cuando la sonrisa de un niño agrupa
límpidos celestes del espacio,
cuando la mansedumbre se viste de lirio,
y cuando te siento alma adentro,
toda paz.

Y te encuentro sublime y trascendente
en la noble existencia del hombre:
como torbellino de átomos versátiles
y células angustiadas de fe y libertad;

como valor agosto,
porque le sustentas para el bien
pero también para el estrago,
para la esperanza y la lucha;
porque estás unánime en su instinto
y en su pensamiento,
en su bellísima costumbre de ilusiones,
ideales, quimeras, utopías,
en sus armónicos internos,
y en su algarabía de eternidad.

Le ayudas a llevar el peso de Dios,
las blanquísimas campanas del júbilo,
por la amistad o el amor,
sus lámparas de sabiduría
cuando quiere hallar el fin de los caminos,
junto al hombre, efusiva, íntegra,
para hollar escollos y arrecifes,
desplegar banderas
en el vértigo de las distancias,
o escudriñar las gárgolas del abismo,
pulsar la maravillosa armonía de las cimas,
o cuando embriagado de gloria,
opulentado de todo,
quiere aprisionar en su mano el infinito.

CANTO AL MAR.

De pie sobre la cima de tu oscura escollera
te entrego mi mensaje de sierra y de pradera;
cabe mi voz al ronco grito de tu oleaje,
yo te vengo a cantar con tu mismo lenguaje.

Náufrago de la vida, acaso fugitivo,
con mi ileso vestido de soñador, cautivo
de una esperanza antigua, quizás de una aventura,
vengo a juntar mi extraño dolor con tu blandura.

Acógeme fraterno entre el cristal ustorio
y lírico de tus olas, cual si fuera ilusorio,
o transparente plumón de extraviada gaviota
o fragmento de roca desmoronada y rota.

Yo quiero arrebatarte la tromba innumerable
de ritmos y de acentos; beber la inagotable
fogata llameante de tus horas occiduas
y hundirme en los espacios con la sangre encendida.

Entrar con mi delgada médula de quimeras
en tu diástole azul; o desde tus riveras
sentir el infinito, mirando la radiosa
presencia de la vida y la muerte en cada cosa.

Dilatarme en tu seno denso de cataclismos,
conocer los secretos de tus hondos abismos;
aplacar en tu espuma las llamas de mi anhelo
y esta sed inexhausta de amor y de deseos.

Quiero saber: ¿ Qué causa te tiene estremecido?
¿Qué colosal torrente de pasión te ha herido?
¿Qué cólera desata el estridor de tu grito
con que astillar pretendes la luz del infinito?

¿Qué ansiedad, qué martirio con renovada saña
agita y turbulenta tus remotas entrañas?
¿Qué fragua gigantesca o qué mano divina
enciende en llamaradas celestes tus ondinas?

De caracol y espuma quiero hacerme una tienda
y transformar mi vida en una bella leyenda;
que mi alma trashumante con infinitas ansias
se deslice desnuda por todas tus distancias.

Tu azulidad – esponja insomne de los siglos –
me ceñirá el abrazo de todos los caminos;
y en el supremo instante destilará al oído
la antigua profecía de finitud y olvido.

Sé que tu transparencia me ha de purificar
en medio del estrago feral ¡Oh, hermano mar!
Llegándote hasta el fondo de esta pasión que siento,
con el soplo constante de tu salobre viento.

Eres verdad licuada, innumerable beso
de la luz y la sombra, desmesurado sexo
de lubridez constante, que desbordado vierte
la amistad de la vida y el germen de la muerte.

Y porque nada falta en tu diáfana grandeza,
tienes también la forma de una inmensa tristeza,

la soledad escurre su tacto en la precisa
mansedumbre que acuna las alas de tu brisa.

Pasa el soplo de Dios y palpita sus huellas,
dejando en tus vitrales un reguero de estrellas.
Tu altanera frescura se arrodilla y desmaya
convertida en sedosa suavidad en la playa.

Sibarita, bohemio ... Quiero ahitarme hoy día
bebiendo en copas de ámbar toda tu sinfonía;
de cara al sol y erguido sobre una ola gigante
brindar por el arcano con audacia exultante.

Como champaña añejo ¡Oh, balsámico mar!
Beberte en sorbo inmenso; y entonces descifrar
la historia universal del ser y la belleza,
del amor y la vida, del poder y la fuerza.

CANTO DE CORAZÓN, PARA TI.

Te siento corazón:
eco confiado de lo que insinúa
cada una de mis células,
respuesta íntegra,
definiendo, reivindicando,
lo que soy y siento
en la vasta convulsión interna,
catarata de espuma roja
dentro de las venas,
propagándote a todo el mundo.

Te miro colgado de mis ojos,
livianísimo y primordial de armonía,
donde rubíes, esmeraldas, perlas,
foguean tan cerca de todas las sorpresas;
se derriten en río niño
para correr sobre mármoles limpios,
anunciando la aurora,
y, además: cascada, flor, viento
con perfume y color de otoño,
próximo a torres y montañas,
muchas montañas encendidas de blanco.

Estás inmediato a mis labios,
girando rumoroso de súbitos secretos
y convergente a lo perfecto,
respirando un tiempo de éxtasis nuevo,
riendo, que es dicha sonora,
con roce cierto, preciso y primordial
de beso, que va extenso de carne

y sentimiento
a la certeza fina de espíritu,
fervoroso de resplandores,
compacto en la bondad sin límite
y en chorro de sinfonía fresca y total,
cariciante en lo profundo.

Estás dócil a la gravitación del alba,
que remolina ágiles signos metafóricos
en mis sienes alzadas
más arriba del optimismo,
en afirmación de júbilo,
suscitando amistad con el sol
y afectos de espacio sin mancilla,
levísimos como la ternura,
como el tacto móvil de una voluta,
izan algo que se parece a una bandera
o simplemente al amor.

Me invades,
y soy todo corazón rebosante,
reciente, novísimo,
consumado como jamás a la hermosura;
vivo la vida absoluta, fuerte, ágil.
Porque hoy amo la tierra
que me sustenta profunda, íntima;
amo hasta los cúmulos erguidos suavemente
para saludar a lirios fabulosos,
que cabrillean en surcos metálicos de cielo;
porque amo hasta a la sombra
que rueda silenciosa
al pie del musgo

la salivilla del caracol paciente
bajo el silencio de una roca,
la loca maravilla de la espuma
que huella el cínife con pies desnudos
y el pez que mira, y mira,
la suavidad fluyente
hacia distancia sin retorno.

Por eso canto a la transparencia,
esencia de hoy y de siempre,
a la claridad en surtidor de cielo,
quemándome los párpados,
recadeando verdad al pensamiento,
eco de magnolia incrustado en cristal inviolado,
o tal vez palabra inmensa amanecida de ofrenda
para un instante infinito,
que lo siento mío.

Canto a la sabiduría de la naturaleza,
con derecho a poseer la luz y la poesía.

Canto que lanzo a manera
de alas en libertad,
como fragor undoso de azul
convertido en mar,
como diástole desbordado del gigante andino,
cuando siente en sus hombros
el índice de Dios
o el saludo cariciante de los astros.

Es mi tributo a todo lo que vive,
y se expresa, conciencia desnuda afuera:

estremecimientos, anhelos, emociones;
canto al amor limpio
que en el amor confía,
saudade de bondad
con nombre de alma,
delirio sin medida de una campana
arrodillada en los espacios,
que tañe profecías.

Es mi canto para ti, mujer,
con el corazón multífono
en cada palabra,
latido, hechizo, arrullo,
de orquestas fabulosas,
fasto de luz triunfal en el saludo,
y en la suave eternidad al nombrarte.

Porque estás en gesto unánime con la luz,
en categoría de alba
dentro del pensamiento,
floración de alegría en los sentidos,
en el tiempo, los espacios, las cosas.
Porque estás magnífica,
transfigurando en verdad
la euforia del ensueño,
la ilusión y el júbilo,
apretujando la esperanza
en las altísimas moradas del espíritu,
para aprehender la riqueza de amor,
que vigoriza mi alma
y es bienaventuranza de vida.

CARTA A HEIDEGGER

Desde mi distancia
en tránsito pensativo,
doloroso,
a su distancia
en noche absoluta.

¿Por qué esta dura
manera
de ser
h o m b r e?

Antropotraste,
psicotrunco,
dueño de la angustia,
inquilino de la soledad,
limitado por los absolutos:
la nada,
el vacío,
la muerte.

Unico maldito,
arrojado aquí,
con su finitud
y la obligada existencialidad.

Por el insaciable anhelo de ser,
de existir en plenitud de fe,
con verdad,
sabiduría,
belleza,

bien,
libertad;
o para aligerar su estagnación
sobre su minúsculo fragmento de barro,
interroga a lo esencial,
busca,
b u s c a,
un algo,
paradigma,
único,
definitivo,
eterno,
totalista;
que no puede aprehender,
ni fundamentar su existencia.

Su vida es tan simple:
aire tembloroso
y huidizo,
de suspiro incesante;
agua en resaca
de llanto salobre,
frío,
oscuro;
multiplicidad de lucha,
para ascender en dolor,
quebrado,
estrujado,
obnubilado,
mínimo;
Y, ...
arrojarse de bruces,

en tribulación
al error,
al crepúsculo,
al olvido.

Siendo capaz de mirar al sol,
crea
y recrea
la mentira elocuente,
lo insignificante efímero,
lo transitorio sin memoria,
en dimensión de tiniebla,
pulsación de pálida linterna.

Acrece su vanidad sádica
sobre la yema
de la miseria,
el hambre,
ajenos,
diarios.

Busca las huellas originales,
libres,
de la excelencia,
por caminos indebidos,
mil veces pisoteadas,
tropezadas,
con pies descalzos,
caídas.

Se levanta,
a medias,

abrazado de campanas rotas,
desperdicios,
pedernales,
carbones.

Y nuevamente abrirse el pecho
con luz falsa,
sólo para que le hieran:
el egoísmo,
el odio,
lo aciago,
la duda,
el nihilismo.

Férvido,
moldea la sangre,
para alimentar la violencia,
y desaparecer,
de repente,
desconocido,
anónimo,
como sal en el agua,
en un rincón cualquiera,
en sumidero de lo voraz.

Tensura de los nervios
al servicio burlesco de la villanía;
pule el pensamiento
y le avasalla la mayoría arrebañada
por la indigencia mental.

Se multiplica,

puebla,
abunda,
rebasa,
para magnificar la inconducta
de la guerra.

Y allí están:
yacentes,
fijos,
los dientes amarillentos,
riéndose de la carne,
masticando la tierra,
la herrumbre del tiempo
en langores indescifrables,
las esquinas del viento
esquivo,
raudo,
incoloro.
Están los hoyos redondos
- en lo que fue el cráneo –
involucrados
con las rocas,
las sombras,
donde se hizo la luz,
los multicolores,
las pluriformas,
y arriba:
las estrellas
en almácigo de nostalgia.
Están los fémures
que anunciaron su llegada
al caos ruidoso,

con movimientos obligados;
y le arrodillaron,
le humillaron;
o, curiosamente fatigados,
por las alternancias de las cimas
y las simas.

Están los radios,
cúbitos,
falanges,
que provocaron el saludo,
el abrazo;
o presuntuosos en
la dádiva,
la caridad,
la ostentación;
o listos para el golpe artero,
la rasguñadura purulenta,
el zarpazo paralizante,
la herida fulminante;
y quebrantar,
humillar,
aniquilar,
exaltando la valentía amorfa,
la venganza sin símbolo,
el capricho sin brújula.

Y el hombre salta,
desde el terror,
sobre las tumbas,
para levedizarse
y suceder al testimonio

de lo inerte,
del abismo.

Así,
vive muriendo,
conquistando sus cansancios,
disolviéndose en
la rutina,
el tedio,
los fracasos,
en irreversible unidad con el polvo,
en donde todos caben
y retoñan los ataúdes
y el chisporroteo de velones,
en cuyas espaldas pernoctadas
lloran los adioses,
los pañuelos,
el despecho
de todo lo perdido;
se anuncia ante los insectos,
que le esperan,
le acechan,
le paralizan,
le miden,
le desembarcan,
en la sombra:
soportal del misterio,
germinal del olvido;
en la soledad:
violante de todo lo no usado:
el anhelo,
el don,

el ideal,
el ensueño,
el credo:
visibles estatuas,
que cantan los incendios
tormentosos del alma,
del pasado – recuerdos,
del presente – insinuante,
maquillando la caducidad de la fuga,
del futuro: en crisálida.

Corsi
Y ricorsi,
sierpe anillada,
constrictora,
convulsión de preguntas,
signos imperativos,
biografías recurrentes,
con temas,
experiencias,
vicios,
delirios,
pasiones,
virtudes.

¡Oh, sus senderos!
¡Su mundo!
ante el gran silencio,
sin objetivos,
ni finalidades;
ante el eterno nous,
yuxtapuesto
al n u n c a ...

j a m á s.

CLARO DE LUNA

(Debussy)

Música: diástole de luz
sobre aguaestremecida
al tacto lentísimo de un lucero.
Agorerío polifónico de flores
en oleajes de pupilas insomnes.
Campaneo de alta noche,
confidenciando misteriosas lejanías.
Apoteosis de alas níveas
en desnuda plenitud de luna.

Lluvia de diáfanos cristales amatistas.
Carne blanca de espuma en trance de suspiro.
Latidos de mármol niño en madrugada.
Vaivén de nardos sobre estrellas recientes.
Labios de mar fonetizando
la tersa castidad de las orillas.
Sinfonía de ternuras con señales de infinito.

Vibración de abismos
agredidos por brillos tumultuarios.
Surtidor de diamantes desleídos
entre aire transparente de frescura.
Floresta oficiando inmensidades de armonía
y respirada por un azul total.

Música: exaltación de llamaradas sensitivas
convocando al éxtasis,
crecida en obsesión de fantasías,
estrenando cataclismos inefables,

indulgente con nuestra tristeza
y la limitación íntima.

Música: profecía de anhelos fabulosos,
de caricia sumisa a la dulzura,
amotinada en constelación de ensueños,
devenida en rocío vertical caído en terciopelo
o sobre frentes incendiadas de angustia.

No se puede salir ileso
de esta música de abismos,
ni desarraigar de la sangre su polvillo limpio,
sino crecido en transfiguraciones,
por lentas escalas de plumones
y en ritmo de cera blanda.

Aplacada la sombra con clamores de espejos,
y pulso de reseda en radiantía,
quedamos temblorosos entre ráfagas de vidrio
y trinos de agua soliviada por brisa exquisita.
El espíritu se va, peregrino de imposibles,
en torrentes de fábulas sonoras.
Pero la música prosigue, itinerante de prodigios,
por remotas bahías de vida,
por caminos de fosforescente belleza,
que conducen más allá de la tiniebla inescrutable,
más allá de todo lo tangible,
más allá ...

COMO EL RÍO

Bajo la occidua solemnidad del día,
mientras los elementos atónitos se agitan
y opresos de dolor y tal vez de agonía
los árboles tiritan;
tú y yo, hijo mío,
hermosa oblación a Dios y a la naturaleza,
pondremos sobre el cristal undívago del río
nuestras procelas, ilusiones y tristezas.

Más aún: mírate, entra y dilúyete en él,
sé su misma sustancia
en marcha inexorable y fiel
hacia el hondo misterio que espera en la distancia;
porque sus aguas puras
traen oleajes de campanas transparentes,
y en su entraña hay frescura
de lluvia, nieve, fontanas y relente.

Porque el río es tersura fluida en un camino
hostil, hecho de peñascos y sinuosas riberas,
sobre todo es bondad que se hace campesino,
asiduo de surcos, hortales y praderas;
semeja cinta de cielo derretido,
con besos de luna en su oleada,
y no importa que vaya constreñido
por golpes de farallones y cascadas.

Desde la fronda un gorrión levanta el canto
con gris clamor, y en su cantar parece

expresar el dolor y el frío llanto
de esta tarde invernal que entre bruma fenece.
El viento al escucharlo estremecido rueda
y muere en la aristada roca de la orilla;
después, todo el confín pánico queda,
cuando la tierra ante la noche se arrodilla.

También en mi alma la sombra está aprehendida
con abrazo hondo oscuro, como si quisiera
hacerla yerma succionando la vida,
toda antigua ilusión, toda bella quimera;
un delgado canto surge de mi boca,
trémolo y en tránsito al vacío,
igual que pétalo roto que en peñasco choca
y náufrago se va dentro del río.

Puede haber tempestad y en desate bravío
las súbitas centellas cegadoras
lanzarán gritos de cósmico desafío,
ráfagas de lluvia y fuego aterradoras
reventarán como solfataras de elementos,
horadarán la paz de la noche que ya lúgubre palpita;
y nadie comprenderá los tormentos
que padecerá el río en soledad infinita.

Después de la tormenta, ya en el claror del día
se verán los estragos: rocas, barro, pedazos de madera ...
y algo así como silente melodía
subirá desde el agua; ser la mensajera
de su interrogación dolorida a los arcanos,
al sol, a la nube, al firmamento;
ellos errantes, inmutables, lejanos,

se reflejarán en ella con calmo movimiento.

Pero al final: ¡Río de savia resurrecta y pura,
entregando infatigable y abundante
su amistad, su amor y su frescura
a todo ser febril, sitibundo o viandante! ...
Por eso: Llénate de su misma nobleza ...
Sé como el río...
bendice a Dios y a la naturaleza
por ser bueno. ¡Hijo mío!...

CON EL AGUA

Redimo el horamen baldío de la mañana
con el inebriado alboroto de los sentidos
sobre la alabastrina gloria de la montaña.

El paisaje me entrega con largueza fraterna
clamor de buenas nuevas, un botín de alas raudas,
y todo con lenguaje de su grandeza eterna.

Obsedido en el bien de mi eglógica erranza,
me contrito delante de este retablo andino
y grito mi saludo aireado de esperanza.

II

Veo la sedalina del agua insosegada,
desde la apoteosis de la nieve reciente,
atenta a ser torrente de burbuja y cascada.

En el hialino domo de la nube purísima
se instaura la alegría preludiando armonías
de inasibles siluetas en la fontana límpida.

En su infancia la espuma, turgente, vitorea,
hace guiños coquetos con múltiples pupilas,
mientras en la ribera el carámbano garbea.

Ternurada enfermera, fidelísima, evoca
la mórbida quietud del brumoso horizonte
y la diástole ancestral del basalto y la roca.

Munífica rescata el milagro de la vida;

se nutre de rocíos y concierto de climas,
dulzurando de amor su elegancia fluida.

Mitiga entre las curvas súbitas y sonoras
el estéril ayuno de los torvos desiertos,
donde exasperadamente la soledumbre mora.

Venciendo el contrapunto de cañadas y oteros
se inmersa con sencillo romance en la pradera,
para generar huertos y arriates placenteros.

Con espejismos cura las azules heridas
del arroyo, las fobias efímeras del río,
las lágrimas gimientes de impaciencia vencidas.

Difunde entre la brisa bellas baladas; y es
pulcra campanillera cuando confiada anuncia
los blancos pensamientos de la garza y del pez.

Canta con delicioso glisar su virtuosismo
al dorado esplendor que fosforece al alba
y entrega clamatorias silvestres al abismo.

Con sílabas perladas narra viejas historias
de neblinas y cúmulos, que majestuosos danzan
en el bello escenario, imantando de euforia.

Cuando Vivaldi tañe violines de cristal,
ella postludia sonos con arpas y flautines,
luego orgullosa ondula, pasa con libertad.

Rauda constelación de ávidas golondrinas

arrima su fatiga en la arisca ribera,
que indiscreta la paz de la austera campiña.

Gorgorita la arena con sedienta evidencia,
saborea el oscuro paladar del guijarro,
y las algas se dan codazos de impaciencia.

Mecenas del boscaje, del surco y el maíz,
consensual con la almendra bruñida del arco iris,
testifica el cortejo del mirlo y la perdiz.

No importa que le aúllen la soledad y el frío
con la dura mandíbula de oscuros farallones,
ávidos de tragedias, en total desafío.

Que en la espesa lejura haga coreografías
la sombra tenebrosa con sus arañas fúnebres,
que se ahítan de espanto, espectros, bastardías.

Que tras de las montañas le aceche agazapado
el misterio con garras secuenciales de miedo
y el puño de las rocas con enojos alzado.

Ella sigue su ruta, jamás en retroceso,
esquina tras esquina, burlando las distancias,
hasta entregar al mar su mágico embeleso.

Incubará en su seno cardúmenes, corales,
su resonancia azul rebotará en el mundo,
acrecerá ante el sol ultratiempos vitales.

Estará entre las redes teñidas de esperanza

de recios pescadores en inquietas bahías,
o en la franja doblada de un buque en lontananza.

Crispada de intemperies, en una isla desierta,
gritará la tragedia soledosa del hombre,
registrada en el vientre de caracolas muertas.

III

Voy siguiendo su huella cual si fuera un profeta
o pastor, engreído con mi bordón de asombros,
repletando la mínima valija de poeta.

Porque ella entra en el canto, en la plácida hondura
del alma y en la sangre cármene, que galopa
dócil a la emoción, pródiga de ternura.

En el gozo que mide la rútila alegría,
cuando me confidencia con tacto de capullo
el bien amanecido rostro de la ufanía.

En la palabra sálmica que humildecida reza;
y lava mis pupilas heridas de neblina
con su oprimiente y lenta voluntad de tristeza.

Bullidora se ofrenda en el ritmo del verso,
con los opulentados veneros de quimeras,
que llenan el espíritu con mítico universo.

IV

Yo le pido en el nombre de la limpia sonrisa

del niño, del hortal, del lirio y la gaviota,
el musical prodigio que su onda sintetiza.

Incluya en su liturgia triunfal mi melodía,
este ávido apetito de verdad y aventura,
el latido frenético que pulsa la utopía.

Permita en sus burbujas mi pequeñez humana,
interpelante al mar sobre el misterio oscuro
vital, y la ironía de su raíz arcana.

Y. ¿ Donde se engendró el dolor corrosivo
del alma, de los cielos brizados por ensueños,
de los tibios murmullos del corazón cautivo?

Por la alegre firmeza del mundo y el mensaje
febril de la esperanza con la que el hombre ama y lucha,
y por la exuberancia tropical del paisaje.

Que oberture remansos bajo la piel nocturna
para calmar la angustia sedienta de luceros
y se bañe desnuda y confiada la luna.

Sea siempre la hermana del plumón donde trina
el sentimiento blanco, de la palabra bella
germinada en anhelos y la fragancia niña.

Fanal de maravillas, bálsamo musical,
augusta legataria del cosmos y de Dios,
celeste preceptora de nuestra alma inmortal.

CON MI PERRO "FILOSO"

Filoso dormitaba en paz
muy cerca de mi escritorio,
tal vez por eso muy quieto;
era notorio
que permanecía soñando
con algún grato secreto
encofrado en su memoria,
porque en su faz
había un halo de gloria.
O estaba filoso - fando
con entusiasmo ferviente,
por ejemplo:
que la vida es transitoria,
un colosal torbellino
de amarguras y esperanzas
al que llamamos destino;
que difícilmente se alcanza
llegar al fin del camino
con el espíritu ileso,
entre un mundo turbulento
y sombrío,
como el viento
huracanado y bravío.

No sé por qué
tuve un anhelo intenso
de hablarle cosas hermosas
y decirle lo que pienso,
lo que sé,
lo que hay en esta

vieja cabeza canosa,
lo que atesoré en mi modesta
vida de misión cumplida.

Le grité !Filoso, ven!
Súbito, ágil, se paró,
erguido estuvo delante
con su gran cabeza lista,
los ojos interrogantes.
Se pareció en ese instante
a "Atma"
o "Schopenhauer el Joven"
- perrillo que acompañó
al pensador pesimista -.

Oh, mi fiel Filoso, amigo,
ser consagrado a mi puerta,
yo te bendigo
porque conmueves al viento,
y a mi pobre alcoba desierta
con tus ladridos violentos;
porque se llena mi huerta
con tus saltos y cabriolas;
si destrozas amapolas
me contemplas altanero
y te ríes con la risa
de un huracán turbulento,
a veces como la brisa
cuando hociqueas la espuma;
porque saltas alardoso
queriendo alcanzar la luna;
porque persigues gorriones;

y porque aúllas tremuloso
queriendo acallar los sonos
de las dolientes campanas.

Dime si estás satisfecho
permaneciendo a mi lado,
si sientes lo que yo siento
dentro del pecho,
algo así como un sagrado
y colosal ardimiento
cuando yo canto a la vida
y se hace himno el pensamiento
con ritmo de eternidad;
cuando te hablo de la muerte,
si sientes la frente herida
por misteriosos designios,
fulgor como de borrascas,
vértigo de los abismos,
frío de la soledad.

Filoso agitó su cola
enhiesta como bandera,
hizo una brusca cabriola
y con inusual manera
se alejó de mi presencia
por recovecos del huerto.
Y allí, bajo el favorito
árbol de limón, ladró
y aulló con tanta violencia,
con una queja tan honda
que produjo desconcierto
en los colores del viento,

en el gorjeo, en la fronda,
y en lo alto del paramento.
Con esos gritos,
parecía desfogar
algún secreto pesar
de su intimidad canina.

Cuando ya por el poniente
el sol se desvanecía,
quise sentir reverente
el dolor de esa agonía;
mientras afuera Filoso
se remojaba la cara
con la luz de los luceros;
creí que filosofaba
porque quieto y en reposo
sin importarle mi ausencia
los luceros contemplaba;
veces muy suave ladraba
tal vez inquiriendo de ellos,
en su misteriosa clave,
algún secreto inefable
de esa lejana existencia
y su impoluta fulgencia.

Yo estremecido de gozo,
con rumor de maravillas,
que desbrozando la noche
llegaron por derroteros
de diafanía,
colmaron mi pensamiento
con puridad sin mancilla;

en legítimo ejercicio
de ilusiones y utopías
y más aún en derroche
de emoción y sentimientos
por estos bellos momentos
pasados con mi Filoso,
con tinta de luna llena
y una arista de lucero
escribí esta poesía.

CON MIS OJOS

Yo sé que llego con mis ojos al suelo
donde alguna vez fabriqué una estrella
con lágrimas,
de aquellas que no saben resignarse
en el secreto
y vienen empujadas de las sombras
cuando arrecia el ahogo
en la hora fatal.

Yo sé que dentro de mis ojos agonizo,
como en el paisaje
agoniza el sol en el instante preciso;
porqué rechacé ir a pie por el sendero
que nace del ensueño
y me colgué al abismo,
y me embriagué de alturas,
apoyado únicamente en las pupilas.

Yo sé que con mis ojos resucito
entre las cosas,
y me reencuentro en los espacios
empapado de anhelos;
o simplemente retorno de la orilla
de un espejo quebrado.

Puedo con mis ojos profanar el aire,
que atiza el fuego de la vida,
ir más allá del límite sonoro
donde acecha el relámpago,
o empacar el olvido

en la diástole feral del átomo.

Puedo con mis ojos retirar el mármol
que brilla para afuera
y para adentro oprime
unas sienes plegadas al Eterno;
disponer una flor para el coágulo
que acumula el silencio.

Puedo con mis ojos amar y ser amado,
sentirme triste,
reflejado en un lago de angustia
asido a la giralda del dolor;
o cicatrizado por dentro,
manando acústicas tormentas,
subir a la quimera
desnudo e íntegro.

CON TU RECUERDO

La tarde hace un gesto de frío sobre el huerto,
el silencio succiona el amarillo de las lámparas,
repta la nostalgia en la ventana,
mi frente se opone al viento trémulo
para que a nadie haga daño
su tristeza.

Yo sé que la noche existe
porque retumba el dolor con sevicia en los sentidos,
limita mi carne por los cuatro costados
con altísimos farallones desolados,
y construye luceros sonámbulos
con la conmovida ternura de los párpados.

Para dispersar las sombras
tengo un abanico de recuerdos prístinos
con repetidas señales de sonrisa
junto al panal traído de la infancia.

Más, llegas tú,
de mano de la albura:
cuerpo y alma
sobre cristales asombrados.

Posiblemente es sólo tuya
esa larga historia de amor
ya sin fecha, por tan constante,
escrita en mis arterias
con su claro ruido de flor recién abierta.

Solamente tuyos
los abismales secretos del desvelo
en mi conciencia,
esa extraña intimidad con la alegría,
y la evasión
sobre el cortejo de mis versos,
hacia el intacto brillo del ensueño.

Tuya esa golondrina que se instaló en mis sienes,
trayéndome en sus alas
la colosal guitarra del ocaso.

Pero también son tuyos
la inaccesible orilla de la sombra
y sus ríos de tinieblas,
afluentes del enigma, - donde yaces -,
los cercenados ecos,
los infinitos ojos de trizados espejos
que te envuelven
y donde está mi llanto persistente.

...
Afuera el frío en laberintos desolados,
y la nostalgia con rumor de lluvia lenta.

Cabe el recuerdo, la tristeza,
desde tu noche inmensa
hasta el fondo del alma.

CON UN ANCIANO

Era un pobre anciano
Era ...
Para que describirle más,
si al decir pobre
y luego anciano
ya he dicho todo.

No puedo olvidar sus ojos
donde se habían multiplicado las lágrimas
cristalizadas en legañas,
cuando los contemplé aturdido;
y ellos con signos de súplica,
escudriñaron los míos.

No puedo olvidar sus manos
con piel de piedra arrugada
para sostener la torcida cal de los huesos,
por donde habían rodado la lluvia,
el frío de las noches larguísimas,
el implacable ardor del sol,
pero, más aún,
el encuentro y la lucha diaria
con el abandono.

No puedo olvidar sus palabras,
al hablarme entrecortado sobre ...
sus dolores;
el temblor inválido
al transmitirme su historia.
Eran como mordiscos

a mi alma.
Y al final:
"una ayuda por amor al hombre".

!Nunca fue más limpia una súplica!

Impulsado por repentinas emociones,
perseguido por espejos misteriosos,
quise entregarle un mundo:
desdoblé mi médula,
el tiempo de la sonrisa,
que llevaba olvidado;
le besé donde era más pálido el rostro,
le abracé con el alma,
tal vez eufórico y ruidoso,
como para sacudir el olvido
y hacer trizas el frío de su tristeza.

Le abrí de par en par las puertas de mi alma,
compartí mis iniciales,
mis pobres signos de soñador;
creo que toqué iluminado sus abismos.
Le hablé...
le dije tantas cosas,
con esas palabras que, de repente,
capturamos del corazón,
de la vida,
de la existencia toda;
y que semejan súbita alborada,
llegada del preciso sitio del afecto
para la humanidad.

Creedme:
Yo palpé el infinito,
y me sentí más hombre.

CONFIDENCIA FINAL

Morir ...Sí ...

Con mi pequeña carne,
entregándose libremente al infinito,
sobre no hollada roca de una cima.

El último espejeo del sol,
semillando crepúsculos en mis pupilas;
el compacto azul del firmamento
con un ramo de nubes blancas;
el verde tumultuoso del paisaje,
dándome su última sonrisa.

El solemne aleo del cóndor
testificando mi viaje sin retorno,
su altiva sombra,
tatuando la suntuosa belleza de las nieves andinas.

El viento limpio y grande de la tarde,
sin sollozos,
ungiéndome las sienes,
las manos,
y la boca,
con perfume de musgo blando,
el fértil sabor de las praderas,
el galope ufano de cien caballos,
el fresco desvarío de los arroyos
con su redonda doncellez de espuma,
mimando los labios de las rocas,
el apasionado murmullo de los bosques,
en fiesta de jilgueros

y flautas mórbidas.

El pulso insólito del corazón,
tratando de romper el silencio definitivo;
el pensamiento apretujado de levedad
con su escafandra de recuerdos,
revisando la ineludible liviandad de la vida:
vaso de cristal muy fino,
siempre listo,
con oculto fluir de cicutas
y lunas de ilusión fosforescente.

Mi alma fatigada de instintos,
náufraga de luz y verbo,
un vértigo de silencios al oído,
cargamento de olvidos
en alianza con el enigma,
un blando amor en agobio de humildad
ante la tierra y los seres,
cicatrices, briznas, huracanes,
en clamores inaudibles,
acarreados al activo centro de las tinieblas,
como un sismo total del cosmos.

Un pasar de formas inasibles,
porque la rosa ensayará su ceniza,
el río su retorno a la escama celeste,
la palidez del libro
cerrado para la mano lenta,
perdida la alegría en horamen
donde me mira el frío.

La angustia voraz,
desnudándome hasta el absurdo ...
El enigma, lápida sobre mi destino.
Sólo la fe de rodillas
en el fondo de mí.
Una nueva palabra de eternidad,
plegándose en mi boca.

CONFIDENCIAL.

A mi hijo.

!Oh, hijo mío!
de mi amor a la vida
con exultancia de espíritu;
espejo amanecido
en el desvelado oficio de mi sangre,
en la yema de esta tierra-paisaje,
en este siglo XX, mágico y extraño,
áspero de júbilos y horrores,
embriagado de sabiduría y llanto.

Con brújulas de cristal,
que madrugan en las cimas,
con sílfides nudistas,
que sobornan la escarchada
sabiduría de los huertos,
he pasado mis eneros
con liviano paso,
tacto de abejas lúdicas en las sienes,
tatuaje de guitarras en la médula,
tañido de niebla entre los labios.

Vasto de soledad y rutina,
con el permanente agorerío
del sol, la luna, el viento,
recorrí las distancias
del anhelo y la esperanza,
del agua y las estrellas;
hasta cuando un astro liviano

y longevo del ocaso,
abrevó todo el hontanar
de mis cándidos ensueños,
y condujo mi memoria a sus alcores,
a la altura de la tarde profunda.

Hijo mío!
Cuando yazga muerto,
no me llores:
tu lamento pretenderá
un derrumbe absurdo
de la noche indisoluble,
sacudirá mi alma,
como fortísimo golpe de huracán,
a la punta de farallón inmutable.
Sin embargo, te pido:
pon suavemente tu nombre
en el cuenco de mi mano,
para que su eco-música
ronde el follaje de mi silencio fijo.
Haz sonar por última vez
la campana de la iglesia del barrio,
(tan nuestro)
estaré atento al gorjeo de sus metales,
que siempre tuvieron un rito de esperanza
en las mañanas
y de humilde resignación en las tardes.
Arrima tu retina
al cristal de mi ventana,
encontrarás la raíz
y las alas de mi alma,
con esta extraña

perseverante tristeza,
tamizada en el horamen de la soledad.

La nada,
desde el arcaico cero del ocaso
te dirá NUNCA MÁS.
Empero sentirás
que entre la geometría transparente
de los últimos rayos,
estarán mis brazos haciendo apogeo
para estrecharte;
y la brisa vespéral,
aquella que acostumbró sus fábulas
de laúd en mi piel,
llegará con perfume sensitivo al jardín
para acunarse en los pétalos;
se arrodillará en tu frente,
ondulará en tus oídos,
para aposentar su ternura en el alma;
será el postrer suspiro de mi boca
con ansia de ser ósculo blando
y húmedo de recuerdos.

Derruidos los sentidos
vulnerada la palabra,
por el signo enigmático de la huida
o la mudanza,
deshabitado de anhelos e ideales,
castigada la voluntad en foso frío,
la carne
toda ironía de tierra adentro,
indolente ante el envicio

de los hongos.

Estaré:

punto pintado de ceniza,
más allá del cansancio de la piedra,
del invasor enigma de la quimera,
del culmen de la sombra,
sobre la cual fluirán los siglos,
el ventarrón del humano trajín...

Seré:

una certidumbre en el infinito olvido,
cabe el supremo oleaje de Dios.

CONTIGO

La tarde pastorea sus bronces
en las altas riberas de los Andes
y en las torres de la ciudad;
hasta el viento desfleca
sus trenzas de terciopelo,
untada con azulidad de Agosto
para tenderla a tus plantas.

Porque llegas tú, agitando la calle,
derramando vastedad de ilusiones;
y estás tangible, presente,
tumultuosa de ritmos musicales,
pronta para un surtidor de ufanías.

Tienes la mitad de una amapola sangrante
mordida en la boca,
obstinado revuelo de palomas
en la frente,
y al mirarte los ojos leo de repente
tu verdadero nombre,
AMADA.

En la sedeña orla de tu pelo
hay un duendecillo
abanicando ventarrón de sutilezas
y me hace guiños seductores;
estalla tu piel en festejo de colores
porque te besa mi alegría.

Pones tus breves manos en las mías

con estremecimiento de vida;
dices palabras consteladas de afecto
y se llena el ambiente de perfume.

También mi alma se adelgaza
para que lo ocupes todo
y todo lo vivifiques
con tu suave entusiasmo de gardenia,
en enjambre de alabastros encendidos
inclinados bajo nuestras promesas;
y para que la calle, el barrio, la tarde,
sonorice con gozo de cristal sensitivo
una inédita canción de amor.

COSMOFONÍA

Parte Primera

Dios mantenía fijo
en su memoria genésica de infinitos
el joyel de las constelaciones.

Su pensamiento
de sabiduría absoluta,
idéntica a SI mismo,
descansaba en su Verdad consubstancial,
al centro de la eternidad sin tiempo,
y de su propia luz ilesa ,
introsistente.

Alfa y Omega,
clave pura y única del bien,
apta para mirar el todo y la nada,
y sustentar su gloria y majestad.

Su voluntad omnipotente
palpó la soledad intacta
del abismo amorfo:
cenotafio del vacío,
inercia detenida en punto infigurado,
negación en frío irrelevado,
intensa de nada,
de tiniebla desfluida,
en quietud sin fondo,
en desnudez estéril,
vencida de silencio

monumental y rígido.

Entonces su VERBO
con decisión gestual de arcanos
dijo SI...

Desvelizó las volutas del tiempo,
posó su teleología omnisciente
en el pragma del devenir
sucesivo de la historia.

En la primavera auroral del universo,
para hartura del jolgorio prístino;
abrió los cofres de la naturaleza;
liberó la simiente transensible del nous
primordial y poyético.

Con su divino gozo creador
juntó las quididades
de la hermosura inconcusa
con la oceánica matriz de vida.

Para que sea inexhausto de amor y fe
el génesis inagotable de las cosas,
le obsedió de alegría,
emoción y paroxismo.

Los torbellinos de la existencia
confluídos en hornacinas,
hontanares y gárgolas
de infinitas distancias
colapsaron la nada.

Y fue un musicalizar onomatopoyético

grandilocuente y plural:
anuncio del trance prodigioso,
del engendro apoteósico,
elemental estridulancia del portento,
estrenando la forma
y la felicidad.

Para proclamar su demiurgia
puso leyes,
brújulas,
en la articulación inmanente
de las partes con el todo;
armonía de fonetismo retumbante,
con pausas,
intervalos,
variantes,
en las fuentes vírgenes de los seres;
instantes innumerables
en los esquemas meteóricos,
como parábolas,
de dimensión inmensurable,
o como urdimbre semafórico
en la facticidad del espacio,
en la ronda marcial de las edades.

Impuso vibración primaria,
movimiento autoprolífero,
en el choque cataclísmico
del ser con las tinieblas.
A la explosión de la vida
éxodos de vuelo irrefrenable
y resonante euforia;

galanía de infancia tersurada,
con torrente de poder irrecusable.

Su pupila omnipresente,
tensa de maravillas estéticas,
saturada de delicias,
afiebrada de verdad,
en bajel de eternidades,
saturó los vacíos abismales
con luz en diástole total:
flámula cálida y limpia,
como surgida de cristal melódico,
sobre marejada de diafanías,
ataviada de espectros ustorios;
pureza indemne
con sonoridad de viento multifono.

Su índice preciso
y sin fronteras
dio formas de círculos eurítmicos
y ondas sinusoidales
a la contracción,
expansión
y al estallido del quant
y del átomo;
torbellinos energéticos,
que consonantes en voceríos férricos,
giran por rutas de magia cromática,
en ríos de vértigo
por órbitas cíclicas intangibles,
que excitan, fraguan elementos,
y plasman la materia en entes inorgánicos;

o por langores colosales,
donde acechan y retumban
dinastías de lo trascendente.

Ordenó la atracción
y repulsión de la gravedad
en coordenadas frenéticas,
impulsadas por trópicos de vertical ardentía,
por paralelos vibrantes
y meridianos con intensidad infusible,
conforman pentagramas melódicos,
de sonatas tumultuarias,
exuberantes,
de caprichos tonales,
surtos como anacrusa en el microser,
o con acordes fortísimos en las galaxias,
donde los sistemas
son instrumentos heterogéneos,
orquestas expresivas de la existencia,
desbordando dramatismo:
vastísimo repertorio,
torrenciando euforia
en las esclusas profundas del espacio,
en la alteridad fluyente del tiempo,
para la plenitud expresiva del cosmos.

Dio ritmo isócrono,
riqueza tímbrica,
frecuencia con intervalos consonantes,
espacios tonales,
suntuosidad tremolante,
a la materia con estructura orgánica.

Latido monódico,
suspiro pianísimo,
microfonía cariciante
de adagio suave,
de obertura grácil a la célula;
lozanía centelleante,
fuerza de entraña ávida,
savia en consigna pronta
al germen túrgido.

Tropismo de verticales ansias
al tallo cimbreante.
Fogosidad al polen.
Cortejo arrollador al pámpano emergente,
a la lamburda.
Ambrosía y fragancia
al fruto.
Y todo moldeado en formas voluptuosas,
impacientes de primavera y verano;
complejidad en cordaje de resedas
para depurar la finura
y perpetuar las maravillas
donde edifica la vida sus estadios,
derrocha sus secretos,
virtuosismos,
espasmos en diástole y sístole,
convulsiones de gozo,
luz
y paz.

Ejercitó a la carne
en suma de ternura fecunda

y de instintos exúberos,
ultravibrantes,
fidelísima a los designios de la esperanza,
insomne en la angustia,
opulenta de ornamentos e insignias;
le entregó vehemencias,
exclamaciones,
susurros,
sibilancias, gritos,
con sonoridad varia:
cardiofonismo patético;
poema musical de la holganza de los seres.

Parte Segunda.

En la girándula azul de estratósferas zumbantes
la colosal polifonía de innúmeras galaxias,
de nébulas atormentadas todavía
en vorágines de abismos inescrutables;
furentes sumideros
donde se arremolina y ulula la energía
de novas, que estallan
y se difuminan rechinantes
entre esmeriles de la noche profunda.

Mundos que surgen fosforescentes
con sonoridades majestuosas,
acordes opulentos,
retumbos de expansión constante,
compasados en órbitas torales
en veloz migrancia rutilante.

Mundos que convocan para su pulso
la bienaventuranza de amaneceres
con preludios suaves,
resonancias de claridad finísima,
como trinos de pájaros augurales,
tintineo de olas infatigadas,
entre resuellos de un aire bellissimo
emanado de esotéricas campanas;
desnudan su blancura,
con espejeo de lirios soliviados,
giran,
danzan,
descienden por andariveles mágicos:
rutas de prodigio inefable
demarcadas por milenios parabólicos.

Mundos que tañen en plenitud,
inexhaustos,
poliritmos jubilosos de soles
en ardores taumatúrgicos;
azuzan y gobiernan el dinámico regocijo
de planetas y satélites
constelados en encordaduras instridentes.

Mundos que sustentan heliofanías cenitales
en plenitud de pompas,
himnares,
interludios grandilocuentes,
que saturan los espacios,
desde los incensarios gigantes de la naturaleza
en oblación a la estirpe del resplandor.

Mundos que sufren ocasos
entre postludio de luz iridiscente,
percutido en violines levísimos,
reflejados en domos áureos
de transparencia ocelada;
donde se incendian lentas
penumbras vagamundas,
y donde taciturno
pendula el misterio
ante la pupila embriagada de asombros.

Sumas de mundos
al son de arpegios
en sincronismo coreográfico universal.

Por todos los confines: altísimas fogatas,
parpadeos frenéticos de astros aristados
de relámpagos y rayos,
torrenciados de sonoridad,
se deslizan arrebatadores,
persuasivos,
hasta el aturdimiento,
trepan por vitrales de sombras sibilantes,
hechizadas de grandeza.

Los planetas rasgan atmósferas consonantes,
resoplando hélices de elementos fúlgidos
y huracanes de estrago;
impulsan a volcanes angustiados de lava
ateridos de seísmos,
que guarnecen
con pedestales de basalto y nieve

para sustentar innumerables cimas,
empapados de auroras
y crepúsculos,
que resuenan soberbias,
sincopadas,
en tesituras varítonas
de diamantes prodigiosos;
riegan polen de hidrógeno,
espuma de mineral oxigenado;
otean la fanfarria lúbrica de bosques
y praderas:
biosferas
o escenarios,
donde la vida ambienta o dirige
sus fluidos sinfónicos,
con virtuosismos orquestales,
brizados de encanto bonancero,
entre vaharadas de perfume auroral,
exultancia en equilibrio sensual,
arrullo de lluvia
tatuada de facundia.

Sacuden los océanos sus mareas,
donde crujen dinastías antiquísimas
de caracol y de alga;
resacas de ancestrales éxodos canoros,
oleajes de espuma piafante,
cimbreada;
transustanciación del agua
oriunda del níveo garzón de las montañas,
que descende jugando,
retozando,

cantando,
por riscos y quiebras,
junto a la brisa adolescente,
gárrula
y acrobática;
o tal vez agua angustiada,
crujiente de escombros,
torturada por afanes milenarios;
sus volúmenes de líquido insurrecto;
inquietos,
blasfemos,
quebrantan oteros,
descuajan rocas,
golpean farallones,
estallan ruidosos en acantilados
arrogantes de pretérito inmarcesible.

CRISIS

¿Soy el mismo mineral viviente?
El que cumplió su historia
desde que fui,
y estuve en el espacio - tierra,
en el tiempo - instante,
poseyendo una materia heredada y tráfuga,
con energía de leyes incógnitas, sucesivas.
Desde que me insistieron:
"vive existe",
"piensa existe",
"siente existe",
"ama existe".
Hasta mi hoy
de soledad con luces apagadas,
de silencio hecho trizas,
de sentidos desnudos al dolor.

!Oh, mineral magnífico, viviente;
inmolado al capricho de todo cuanto llega,
pasa y se va ...!
Mineral que escucha
los retumbos de la noche en los muros,
que desea traducir el mensaje de la llama
en su afán de pureza;
y se yergue pese a las púas de la sombra,
al empuje del viento que regimenta furias.

Mineral que late,
se agita,

y osado lanza su estrépito de angustia,
su propio reproche irreverente:

¿Quién roturó el camino
lanzando un grito
con retumbos de duda
y de misterio ? ...

¿Quién apagó la alborada
con aquel viento
huracanado y frío? ...

¿Quién detuvo el exquisito instante
próximo a la verdad
y a la palabra pura? ...

¿Quién paralizó mis labios
cuando puse el hondo temblor
de la plegaria? ...

Porque fue así:
me rompieron los huesos
al poner mis rodillas en la cima
para subir al éxtasis.

Amasaron una torre de ceniza
sobre las pupilas
en mi afición de abismos.
Invalidaron mis manos
traspasándolas de avispas
cuando quise alcanzar una estrella.

Pusieron rebeldías de instintos en mi carne
cuando tañí campanas de fe
dentro de mis sienes.

Y sin embargo me proclamaron vivo

entre las aguas móviles del hombre.
Me hicieron caminar sobre un espejo
donde mi imagen
se adelgazaba,
se alargaba,
se diluía,
lenta ...

La muerte me palpó muda, fría,
con sus dedos de sombra,
irreversible de eternidad.
Y grabó en la memoria
con círculos concéntricos:
el hombre existe ... efímero ...
Sólo Dios ...
reposa en la verdad,
moldeando la luz
y el infinito.

DE NUESTRO AYER

Destapo el corazón
y abro el alma
con tu recuerdo.

El eco del olvido- olvido ...
percute con colores de silencio
nostalgia adentro.

Ya no eres tangible:
como que te escondes
detrás de las estrellas.

¿Dónde está tu vestido color espuma,
habitado de un nardo
en curvatura fina?

¿Dónde está nuestra risa conjunta
nuestro estilo de amistad
hecho de cristal y albura?

Qué fácil fue el diminutivo
en nuestras bocas
para convocar las luciérnagas,

para nombrar los asombros
y percatarnos que la existencia
era bella, amable, cercana;

tan íntima y cercana,

como tu cajita de música
que guardaba mis primeros versos,

el trompo plateado,
la pequeña postal del Chimborazo
y unos pétalos cogidos en primavera.

Qué fáciles las ocurrencias cotidianas:
engañar al viento
corriendo por las aceras del parque;

desbordar la adolescencia
jugando con el sol
y con la niebla;

recoger paisajes,
jardines, torres, transparencias,
en desmesurada valija de emociones;

festejar la lluvia
o un crepúsculo de incendios infinitos
desde el ancho cristal de la ventana;

ir por las mismas rutas del río,
dialogar con la flor, el guijarro y el árbol
y tender un puente hasta la luna

para salvar la distancia
a la ilusión, a la esperanza.
a los patios de la dicha sencilla.

¿Conservaré la calle

tu júbilo de adolescente
con mi delgado orgullo de estudiante?

Pero tengo un dolor oculto en mi memoria
en ademán de grito
que prolonga tu nombre

más allá del recuerdo,
como tenaz tortura
y holocausto.

Porque extraviamos las rutas:
se agigantó la niebla
para apresarte íntegra.

Yo, fronterizo de la tarde
estiro la frente al sol
para testimoniar
mi luto - sombra
sobre la tierra,
la vida
y el amor.

DEJADME SOÑAR

Dejadme soñar.
Dejadme inaugurar cada día
una quimera.

Ser como el andinista,
cuya dimensión y realidad es la aventura,
tensa y libre constancias de lejanía,
de abismos y de cimas.

Porque exulta
subir cantando el dorso de una montaña,
contemplar como se proyecta, adelgaza y pierde
la propia sombra en los abismos;
enredar la fatiga, el fervor y la esperanza
en las sucesivas ráfagas del viento
que chocan con la piel,
y llega adentro, muy adentro,
su enigmática angustia de distancia.
Avanzar colina tras colina,
ensanchar más y más la mirada
en sus quebradas y oteros,
hasta llegar a la cima anhelada;
aunque nada más se encuentre
que la certeza de estar allí,
señoreando la irrupción misteriosa de la cumbre,
soberbiamente erguida y desafiante
entre el resplandor azul de los espacios
sonoros de grandeza,
y absorber con el alma el aire,

un poco más de sol, de cielo y de pureza,
que es nutrirse de verdad
y de belleza.

Yo pretendo escuchar, por ejemplo,
el húmedo secreto de los peces
en el antiguo oído del guijarro
o en la dicha humilde de alguna alga;
el rumor del abrazo recóndito del barro
a la mies obstinada en germinales prodigiosos,
la noticia constante de una gota de lluvia
de ser nieve amasada en fresca fluyente,
vidrio desleído semillando burbujas
en la faz transparente de un remanso
y en los ríos que cuelgan las montañas.

Y pretendo durar eternidades
cuando tengo en mis manos
el esplendoroso brote de una flor,
o el paso áureo del sol cuando amanece
y derrama en la tierra
su poliforme tibieza colmada de milagros,
cuando abren mis pupilas
la límpida sonrisa de algún niño,
el relámpago que hiere las tinieblas,
la lágrima – sustancia - vertida por un hombre
cuando perdona a su enemigo.

Extiendo el corazón, lo sutilizo,
hasta acoplarle al vuelo de las tórtolas,
al ardor libre del viento,
a la roja fatiga de las tardes;

y sé en qué consiste poseer las distancias
convertido en un signo de júbilo.

Disemino mis manos
igual que la raíz del árbol,
para abarcar las fuentes y los ríos,
aprisionar el secreto de su mágica blancura
su fabulosa orquesta de dicha presurosa.

En mis pulsos - que laten como el mar –
puedo escuchar el grito de los acantilados,
el empuje de la ola con sus hombros azules
sobre la rubia arena de muslos tropicales;
siento como respira la espuma
la sal de las catástrofes universales
y el turbión de los siglos;
el rumor del caracol,
que en su espiral de nácar,
percuten señales de remotos bajeles.

Contemplo apasionado
el constante estallido de la naturaleza;
y henchido de sinfonía
voy en la brisa interior de la música
hacia el extraño resplandor de la utopía;
diluyo corazón y sentimiento
en las distancias del espíritu;
estoy con el pensamiento
donde no llega el cuerpo.

Dejadme soñar, por ejemplo a mi amada
habitando el alar luciente del rocío,

o simplemente en el espejo azul de mi palabra,
vestida de primavera,
de espumas y plumones,
inventando islas de paz y de ternura,
puede abrir los espacios con sus manos,
cundir sus pupilas con galaxias lucientes,
conmover los arcanos
con oleadas de cantos y sonrisas
para una danza de planetas y de soles;
y en los instantes supremos de ternura
puede con un beso de amor
ahuyentar la muerte y el vacío.

Dejadme soñar en silencio,
mientras los vidrios de la luna
se funden con los vidrios de mi ventana
y el tiempo cae lento en las sienas,
hay un revuelo de campanas líricas al oído,
se engalanan mis párpados
con sucesos lejanos no olvidados,
con lugares de afectos bien queridos,
con los seres amados,
cuidados con esmero en la diástole del alma
donde todo es dulzura.

Desde el recio torbellino de la vida social
convulsionada de sucesos,
dejad que se empinen mis ideales e ilusiones
igual que una cometa
asida por el hilo delgado de mi voz;
que fluyan entre los brillos del sol,
en los alientos iniciales del abismo,

en la unidad primaria que limita el vacío
y se borra la sombra,
y comienza el destello liviano de la vida,
el roce indeleble de los labios del cosmos;
que vibren de infinito el espíritu y la carne,
lleguen a donde nunca alcanzan los sollozos,
sea inoíble el grito filudo del dolor,
la miseria y desesperación del hombre;
que mire el mundo transformado y espléndido,
limpio, bueno, humanizado,
detrás de una pantalla de alegría optimista,
sin los signos amarillos del odio,
de la mentira,
de la injusticia.

Y dejadme
sentir en la frente el tacto del INDICE
ABSOLUTO
empujándome al litoral de la verdad.

DEMASIADO HUMANO

Una noche sin fecha
y sin fronteras.
Los instantes caían como espadas lentas
a cada lado de mi carne
arqueada bajo el peso de la soledad;
miraba secretamente
los farallones del silencio.

Desde abismos inmóviles acosábame:
un cansado olor de pantano espeso,
una fría congoja
evadida de oscuros sumideros,
una extraña zozobra
de carne desgarrada.

De pronto,
en la oscuridad de la noche profunda,
rayos de luz estelar
descendieron solemnes y cálidas
por las fallebas,
atravesaron los cristales de la ventana
con claridad de sonrisa amistosa.

Pétalos volanderos
quemados en blancas llamaradas
con chasquidos de algodón y seda
sacudieron el silencio,
sacudieron los muñones de la sombra
y las siluetas frías de la habitación

donde cuelgan recuerdos,
anhelos insatisfechos,
esperanzas no usadas todavía.

Apretujaron mis sienes
con gemas en fulgor blando,
limpiaron la sangre
migrante del corazón al sentimiento,
del sentimiento a la vida.

Su tacto en toda parte del alma,
como campana de cristal,
tañeron sinfonías inéditas.
Emoción adentro,
me acribillaron de éxtasis
hasta la paz más profunda.

Yo también los acaricié en plenitud,
con ojos multiplicados en espejos,
en fósforos jubilosos,
con el rubor de mi piel elocuente en afanes,
manos en presura de aprehender maravillas,
con suspiro ávido de aquel espacio inefable.

Dentro de ese sonido puro,
vestí mis labios
con fascinadas ondas saviales
como para iniciar una salmodia
en homenaje a la grandeza del cosmos,
a la hermosura de la naturaleza.
Agité frenéticas mis creencias estéticas
acopiadas mas allá de los sentidos;

y el pensamiento listo
para emigrar por puertos de prodigio.

Y sin embargo:
las verticales astillas de la duda;
la sevicia llagada del misterio;
los curvados alfanjes de las interrogaciones.

Esos signos lucientes:
¿Serán andariveles votivos
para vuelo del pensamiento?
¿Sustancias de enigmas intangibles?
¿Refugios de una verdad perfecta?
¿Pupilas del infinito
acumuladas en montaña de pretérito
y langores de futuro?...

En la infatigada vastedad de los espacios
llameaban las estrellas...
Creo que mi espíritu lanzó un grito
hondísimo y brillante
para mezclar en los espacios abismales
la fascinación humana;
acaso una cierta manera de identificarse
a los acontecimientos del arcano
y a la consigna de luz.

Después...
quedé extraviado: ala sin brújula,
evanescido: brisa sin tiempo;
entre la luz y la sombra,
extremado de emociones,

saturado... No sé si de dicha
o de un dolor desconocido.
Pero sí. Demasiado humano...
En una noche sin fecha
y sin fronteras.

DESPUÉS...

En una lenta tarde,
- de cuya fecha no tengo noticia todavía -
estará el sol en su costumbre
de horizontes occiduos;
un navío de nube silenciosa
y rumor de brisa
en los trémulos labios de la fronda.

Yo habré olvidado
el color de la vida,
la forma de los peces,
el desnudo cristal del agua,
el vertical modelo del árbol,
de la torre
y del libro.

Recordaré, empero, la piedra
que lancé de una cumbre
hasta el abismo,
las sienes que hundi
en el remolino de un río,
el grito que arrojé sobre un tumulto
y cuyo eco se escucha todavía,
el árbol que se cayó gritando
descuajado de tiempo y huracanes,
la golondrina que se colgó de la campana
tiritando de frío y de fatiga.

Recordaré que floreció mi ilusión

sin reservas de llanto y de sonrisa
desde tu piel,
hasta una luz sonora de infinito;
que besé cien veces tu tristeza
escondida en la humedad de la sangre;
allí donde resbalaba el silencio
y se amontonaban en secreto
las estrujadas horas del insomnio
y de la esperanza.

Recordaré tus mejillas
resistiendo las salpicaduras sociales,
tus brazos sin límite para el abrazo,
todo tu cuerpo de reciente frescura,
abriéndose paso entre cristales turbulentos
para ir al encuentro del amor
y de la bondad,
y tus palabras enredándose,
como yedra tupida de excelencias
en mi alma.

Después ...

No sé ...

En algún instante ...

de esos en que la soledad se une a la tristeza,
mojarás tu pupila
en la luna pálida y fría
bogante en el vacío;
esconderás el temblor de un suspiro
en la callada sombra de tus manos,
contemplarás - al paso -
amarillándose de olvido en el estante
un libro de versos.

Pero, también ...
!Sí!...
Cuando te arrebate el espíritu
por sus domos de luz,
y te hable la vida
atravesándote las sienas
con un remotísimo lenguaje de astros ...
Entonces ...
quizás ...
me contemples en la mañana
sorprendiendo a los pájaros
en su telar de silbos y gorjeos,
en la inocente pubertad de los tréboles,
en el enhiesto corazón del árbol,
en las sencillas líneas de un cuaderno
herido de blancura,
en el que tu hijo derramará
su rumor de alma
y de esperanzas.

DÍA BLANCO

Hoy día:

- Qué importa la fecha,
si lo pretendo único –
Desataré mi alma en los blancos cauces de la mañana,
le abriré ante el día,
como se abre un libro nuevo de poemas
ante la pupila ávida de excelencias,
como se abre una ventana
para que entren los élitros de agosto.

Caminaré de brazo con la luz
por las geometrías caprichosas del parque,
daré nombres de niños a las cosas
y a las flores:
Lucía, Jacqueline, Susana, María ...

Veré piedras y asfalto cundirse de pétalos;
escucharé con reverencia el canto del agua
primordial y transparente;
me palparán la cara
alas blancas de brisa y de viento;
las gentes me verán como enigma
que camina,
o como vidrio transparente y blando
con ancha señal de alegría.

Difuminaré mi fatiga
en las paredes blandas
de mi ciudad amada,

en sus calles rectas
esculpidas a golpes de plumón y alabastro;
me ocultaré tras las esquinas,
que no me encuentren las sombras,
o me crean una espiga
de granos rumorosos y lucientes,
puesta allí para ternurar las sienas
angustiadas de anhelos.

Agitaré mis brazos libres,
como delgadas llamas triunfales
saludando a los amigos,
a los jóvenes,
al paisaje azul coronado de nieve,
y hasta a los pájaros puestos en fila
sobre los alambres del teléfono
que escuchan frivolidades
y derraman trinos
de dulzura blanca.
Sentiré el tacto de la vida,
como marea de espuma palpitante y cálida,
derramada en toda cosa,
y en los sucesos del hombre,
donde el pueblo apretuja
sus esperanzas y luchas.

Miraré cara a cara
con empeño de éxtasis quietísimo
a la inocencia,
y tendré su beso instantáneo
de bondad, paz y amor.

Sorprenderé:
el bellissimo silencio de los templos,
enviaré a lo alto de sus torres
mi pensamiento intacto de afanes,
posaré mi frente en sus columnas
para delatar estremecimientos íntimos
y alguna sed antigua
que me insiste en el fondo.

Tendré ancha y blanca la sonrisa
para dibujar en la cara
llamaradas de dicha;
la mezclaré con la carcajada jocunda,
que estalla en el patio de alguna escuela,
uniformada de tiza,
de cuaderno, de canto.

Estaré en toda parte,
vibrando,
danzando,
con calidad de sustancia leve,
presidido de emoción y júbilo.

Y, al final,
escribiré una poesía blanca,
que sea tan mía,
como mi propia respiración;
porque mi poesía es puente de plata
entre las cosas y el alma,
entre el parpadeo de la verdad
y el fulgor de mis ensueños;
entre el espacio, el tiempo, el abismo,

y mi voz que se erige apasionada
y alta.

En este día blanco ...

DÍA NUEVO

Resurrección...Día nuevo...
A flor de naturaleza el sol:
su luz con alegría infantil
corretea las calles.

El jadeo fresco y transeúnte
del pueblo riobambeño
va hacia el pan de cada día,
hacia la lucha y la aventura.

Fragancia de uniformes presurosos
con rumbo a las escuelas;
sonora algarabía de gorriones
en el parque.

Obreros más altos que las torres,
con la herramienta al hombro,
y el espíritu derecho
hacia la esperanza.

Los maestros, cabeza en lo alto de la fe,
con un pedazo de sabiduría en las manos
y la diafanidad en la boca,
van derrumbando sombras.

Pasa la sonrisa seductora
de un lirio convertido en mujer,
disputa con trazos de elegancia
la transparencia lírica del alba.

Su exquisita belleza
hace brotar surtidor de emociones,
y le sigue en ritmo de festejo
el corazón al viento de la juventud.

Se incendian las paredes
con áureo tibio tropical;
las vitrinas y ventanas
se horadan con relámpagos suaves.

Limpio aroma de vida
se enreda con la brisa,
empeñada en destapar cestas
y rizar plumones de palomas.

El tiempo derrama torrente de finuras;
trae olor de las blancas montañas,
la certeza de pétreos horizontes,
empeñados en señalar el infinito.

Yo abro la ventana a la alegría
y el corazón sorbe esta abundancia.
Hago un brindis de dulzura
por la dicha de existir en Riobamba.

DIAGNÓSTICO

Estoy hecho de ensueños;
compactación de nostalgias
en fosforescencias sutilísimas,
llegadas desde parábolas de siglos,
hontanares cósmicos,
y alternancias del tiempo,
hasta el desvelo puntual de mis pupilas
y el cordaje de mi sangre;
y de algo como la brisa tropical,
pintada con el color de los Andes.

Mantengo mi alma de niño
portando lámpara cicatrizada con luz,
y el corazón de hombre,
siempre en camino,
empujado por anhelos diletantes
hacia distancias diseñadas por golondrinas
y volutas domesticadas por volcanes;
porque quiero abrazarlas,
aprehenderlas con todos mis sentidos,
con dispendio de emoción y afecto;
cumplir esta manía de proletario onírico,
que empapado con sudor de fábulas
busca deslumbramientos,
construir tumultos de quimeras
y cúpulas de esperanza.

Asido a mástiles de espuma
imanté mi conciencia

a la sedición colosal del relámpago,
sobornador de cimas,
al elogio perfecto del árbol
en su pregón de vida;
acerqué el oído al musgo gris,
al salto de agua limpia,
para escuchar su candor,
inquietar las guitarras de la ondina
y comprender su misión de frescura;
estuve de rodillas
junto a la insobornable bandera de la retama,
a la alquimia odorante de la menta,
al sonido gótico de la gramilla;
me torné burbuja dentro del silencio hortal;
navegué en el aroma de la tarde;
su atmósfera en trasluz de seda
y andariveles de ilusión
me entregó bahías de levísima dicha.

Con audacia arranqué un trozo de sol,
que llevo en el dínamo de mis ojos
para encenderme de éxtasis,
escudriñar la sustancia de la fe,
la armonía de la naturaleza,
la verdad florecida en la belleza;
ascendí muros y escollos
por conquistar un pedazo de azul,
para que arda fluyente en mi boca,
cuando el corazón evoca lo que amo,
cuando hace campaneó arrebatado
ante el sencillo júbilo del pueblo,
cuando llama a la paz con sílabas de gaviota,

próxima a los puertos del alma;
concíte un lucero parlante
sobre mis sienes,
para cuando me acosan las olas del dolor,
o las algas estigias de la tristeza.

Mantengo mi cuerpo dócil al capricho infantil,
al gesto cordial oriundo de la nobleza,
al franco estrechón de manos
para izar el gozo, la música, la amistad,
en lo alto de la verdad
y en lo ancho de la ventura.

Mi existencia es un camino sensitivo,
por donde voy cantando
baladas de libertad,
bajo geometría de infinitos incendios
y neblinas.

En él pongo mis voz insubordinada
al mundo de amos y de esclavos.
Encuéntrome como perdido
en bosque tupido de llanto;
con mi pasión llameante de anhelos
afino mi voz en astillas de grito
o élitros de plegaria saudosa,
piedra mínima lanzada
por barranco de imposible retorno,
carta escrita al destino
con pluma vertical,
bajo párpados inmensos.

Estuve reverente en las hondas raíces,
mantenidas con candor ancestral
en los yacijos de la Patria,
para tener el vocativo propio
con el que saludo al hombre ecuatoriano.

Escudriñé en la pátina del tiempo,
en el subterráneo gemido de los muros,
en la memoria que guarnece las tumbas,
en la taciturna solemnidad de los pueblos,
en el espeso carburo de los pucarás,
en la página ajada de la historia,
que quiere rescatar del olvido
la purísima intención del pensamiento
hecho libro,
en el que releo, desvelado, el ensueño,
el derecho, la esperanza,
del hombre universal;
pero le encuentro lóbrego,
asediado de crucifixiones,
guillotinas, paredones,
espadas subrepticias,
que le cercenan las espigas íntimas,
hacen grietas donde más duele:
en las consignas del espíritu,
en la sustancia - luz
donde germina el bien,
en los alcores de la hermosura,
que exaltan la apoteosis del amor
y de la vida.

Me denunció:

casi de adrede, no esquivé mi piel
al golpe del arrecife;
experimenté el golpetazo de la roca
en la mansedumbre del agua;
estuve en la caverna del silencio
y de la soledad,
donde los carbones se agrandan
con estremecimientos de huracán bravío.
o se achican como recuerdo antiguo,
ya sin fecha,
y donde las sombras en jauría
mordiéndome enfurecidas,
hasta desmenuzar mi única sonrisa
y zozobrar la música
de secretos pentagramas interiores.

Me sorprendió la angustia,
venida de no sé donde,
tal vez de todas las herrumbres
y vacíos pánicos,
cuando estuve solo,
limpiando bálago de mis pupilas
con primordiales besos
de una estrella
exiliada en el ónix tembloroso del agua,
cuando mi mente confiaba sus luciérnagas
a la comba arco-irisada del viento,
para ritmar salmos a la naturaleza.

A veces me veo extraño,
con mueca arisca,
frente a la carcajada histriónica

o la falsía opulenta;
enajenado del círculo
que arbitra el contubernio,
del aplauso ruidoso antelado de soborno;
sin cosa alguna para ofrecer a la vanidad
o estrenar ante las candilejas.

A veces me quedo suspendido en el tiempo,
sobre espacio hondísimo,
repleto de oscuridad ululante,
y donde yacen alertas,
acusantes, instigadoras,
los garfios de la duda,
las fauces de la nada.
Y es cuando lanzo como fustazos
mis interrogaciones,
aunque nadie responde,
ni sabe cosa alguna perdurable.

Es cuando me confundo:
creo que soy roca desmoronada
a golpes de tormentos
y marejadas hirsutas,
o dédalo rebelde de altura
no hollado todavía,
ala que rueda desvaneciente
en la eternidad de un instante
vano.

Resueltamente cierro el alma
con portones gélidos,
para que nadie mire

mi desnudez livianísima,
ni palpe mi delirio extraño,
mi ventisquero sin brújula.

Y, así:
mi carne pequeñita, opresa,
llorando por comisuras
aptas para la sed inexhausta,
martirizada de belleza,
atrapada de ternura cotidiana
desde antes del alba,
de la flor,
del plumón
y del libro.

DOMINGO SOMBRÍO

Tú no estás ...
Una lenta tristeza difumina
la tarde que agoniza.

Tú no estás...
El trémulo tañir de una campana
percute en el abismo del alma.

A lo lejos se pierde el paisaje andino
sorbido por la sombra.

A lo lejos ...
¿Estarás en la otra orilla de esta sombra? ...

El domingo sombrío
derrama sus instantes lóbregos
como puntos suspensivos;
monótonos y largos,
caen enredados
con la garúa lenta y fría
en la ciudad enferma de soledad
y enlutada de gris.

Una golondrina
ondula silenciosa y rauda,
busca su horizonte extraviado;
en vano pretende con sus fugaces alas
deshilachar la sombra densa.

De los tejados y torres
ahorcados por la noche
caen chorros de tedio,
horadan las aceras,
donde gime la piedra, mostrando
su inútil desnudez tiritante.

Los balcones
son párpados inmóviles en la desolación,
y sólo reflejan transparencias de olvido
llagadas de abandono.

Los zaguanes devoran
el silencio taciturno y envejecido;
allí, duros dedos de frío
golpean con sadismo
la piel ajada de algún pordiosero dormido,
al que olvidó la vida.

La nostalgia húmeda y flexible
lame las calles,
rueda,
se despedaza,
deforma las paredes
con absurdos signos de tedio;
hasta el aire se llena con ceniza de crepúsculo
y reduce a guiñapos la luz de los faroles.

El viento empuja una puerta
y derrumba un chirrido áspero,
que acechaba por hendijas de herrumbre
con ojos clandestinos.

El poste hunde su angustia vertical
en vado de luto fangoso;
está prisionero, lívido,
atado a la esquina.

Tú no estás ...
En el confín siniestro de la tierra
el ocaso escombra definitivamente el día,
muere el domingo ahogado de soledad,
dentro de inmensa bóveda de vidrios aristados,
lloran las nubes,
la luna vierte su impávida blancura
sobre la oscura piel de las montañas.

Desde un piano sonámbulo
se desnuda y flota un pasillo,
con el que triunfa una lluvia
de notas temblorosas,
en ritmo de angustia y de naufragio,
de gemido, que estira en la ancha noche
el dolor estremecido por mordeduras finas.

Desangra mi alma en la nostalgia,
naufrajan las pupilas,
mi palabra, como garúa cae lenta
desde mi soledad
al extremo de un lago de cristal,
donde yacen
bajo suavísimo perfume de vida y añoranza
las letras de tu nombre.

La sombra ...
me ciñe de distancias,
me secuestra en fosos hipnóticos de la nada ...

Yo, dócil me rindo ...
pongo mi palabra en cruz
sobre la angustiada comba de tu ausencia.

DONDE ESTÁ LA FELICIDAD

¿Donde está la felicidad?
No encuentro su secreto.
¡Carne mía! Si te siento
como hoja de árbol,
retorciéndote frágil
al viento de la tarde,
si estás desnuda de sonrisa
atormentada,
derrotada,
por la insaciable fauce del dolor
y por tu propia finitud.

Sin embargo me aprisionas:
sustancia de quart y células
superpuestas sobre fogatas oscuras
y aguas estigias;
arcilla moldeada por nostalgias
y anhelos transitorios,
entre ráfagas de olvidos y recuerdos,
con un corazón insosegado de promesas ,
que no apaga su sed,
el efímero perfume del placer,
la pasión que sofoca con su embrujo,
ni la dulcedumbre paladeada
en los humildes pocillos de la paz,
que canta arrítmico
a la vanidad hirsuta
y al hastío con sus vapores venenosos,
en carcajada que asorda en estridencia

o en gemido que encharca la amargura,
víctima de urgencias sensoriales,
soliviado de ensueños clandestinos,
alineado por el múltiple lenguaje de las tinieblas,
por el soplo pútrido de la duda,
siempre limitado de instantes
minúsculos, fugaces, implacables,
donde asoma el livor soterrado de la muerte
y nos mira la nada ineluctable.

Vivo por ti, carne mía,
como en familia con la sombra;
aunque en alta noche
las pupilas en afán desmedido
vuelan a posarse en las estrellas,
que a veces me circuyen
y están en las pequeñas cosas,
con las que fraternizo,
iluminan mi pequeña historia,
pintan en la boca formas de alborozo;
creí que eran hitos
del seguro camino para ir al infinito;
mas siempre he regresado de ellas
inmensamente solo,
con las manos vacías,
quemado, hondo, por sus rútilos brillos,
herido de fantasías imposibles,
para quedar insomne, largamente desvelado
en el silencio frío,
escuchando la caída inútil del tiempo
en brocales del vacío inmutable.

Carne mía,
quizás por ti mi drama, mi tragedia,
porque no sabes
que me persigue algo levísimo
con música majestuosa,
que multífona resuena,
como el corazón inefable del cosmos
en tersura de nostalgia arcana;
algo muy hermoso,
que dinamiza la estética universal,
con longevidad inmensurable;
escondido en algún lugar
de distancia inalcanzada,
que no conozco
y no logro comprender el misterio
de su perpetua transferencia al Absoluto.

Es verdad, que por encontrarlo
me embriago de sistemas y galaxias,
leo en los vitrales del firmamento
leyendas y signos sugestivos,
dúctil me enredo en el trino,
me hundo en la pubertad aromosa de las flores,
me enfundo levísimo en el viento
de la fuente pensativa y solemne,
me pongo cara al sol en las cimas de la Patria
al iniciar el alba su diluvio de luz,
me deslizo por frescos caminos de agua
y llego a las hondas joyantes del mar,
obligo a mis sienes la razón de existir
vibrante de belleza,
nutro de amor mis células,

acrecento fe al torrente de mis días.

Pero todo es fugaz,
se marchita, se acaba;
y el instante que pasa
tiene dimensión de suspiro
estrangulado por una lágrima.

¿Dónde está la felicidad?
¡Oh naturaleza!
¡Oh tierra!
¡Oh vida!
Escuchad el grito auténtico,
ávido de distancias
y de respuestas,
que febricente estalla
en mi dolor extraño,
de esta finitud atormentada;
que fulgura ignicencias
para derruir la clepsidra
que inexorable mide mi existencia efímera,
mi aventura sonámbula por rutas de utopía;
grito que pretende
con mi angustia crecida en punta roja
horadar vuestra grandeza
y poseer lo que ansío.

¡Oh espíritu!
Tú que desbordas abismos
en cuévanos de misterio,
con tu costumbre de auroras
remansadas en el pretérito

y de futuro sin ocaso,
con tu vértigo de espectros ilusivos
y altísimos;
tú que eres mi refugio,
que me vigías ataviado de centella
desde las torres góticas del bien;
tú que forcejeas con la verdad
arremolinada en turbiones de infinito,
que tienes en el vértice
la digital triunfante de la belleza,
y tu rumbo es el júbilo de la música universal:
dame tu estrépito de arcanos,
tu energía emergida en cúpulas de fulgor,
donde espejea la gloria de la eternidad;
dame el fasto y el incienso primigenios,
alárgame la sien
hasta la inexhausta vega del tiempo,
y que mi pensamiento
escudriñe el espacio total,
capture la catástrofe y la armonía,
que fertilizan la vida y la materia,
llévame por los domos del ideal
hasta el infinito vertical y profundo,
suntuoso de sabiduría,
vastísimo de hermosura y amor.

¡Dame, tú,
la felicidad inmortal que busco!

¿DÓNDE ESTÁS?

He salido a buscarte en la gloria del día,
en las huellas cordiales de la antigua calleja,
en la piel de gacela del viento, en la ufanía
del agua que por rutas de azulidad se aleja.

Pretendí sorprenderte fundida en la sedeña
mansedumbre del lirio, dulcemente vencida
en el trémolo fino de un violín, en la seña
del arco iris, o quizás en la luz escondida.

En trenes del ensueño te perseguí vehemente,
henchido con la fe de todo cuanto quiero,
y un vertical delirio puesto sobre la frente.

Mas, te encontré, de pronto, bajo el último alero
donde está la nostalgia derramando el torrente
de dolor; y ya sé que inútilmente espero.

DONDE MURIERON TUS OJOS

La soledad picotea en los cristales
con la fría angustia de la lluvia;
es igual la presencia de la angustia
que me inunda por dentro.

Se ha muerto el blanco de las nubes
donde es tálamo de tinieblas;
mi más íntima hondura,
donde murieron tus ojos
se desnudan de cenizas
las estatuas del pasado.

Cae mi sangre
como savia vencida por el tiempo
y al acercarme a la ventana
beso la soledad inmensa, sola,
que tercamente,
me trae tu recuerdo.

Bebo mi palabra
como se bebe un coñac añejo,
para quedar ebrio de silencios
y quemado de añoranzas.

EL DESAFÍO

Salí desafiando
al silencio de la madrugada,
llevado por la mano de la ilusión,
cuando las estrellas vaciaban
sus últimas cántaras abstractas
sobre los vértices andinos.

Dejé la ciudad anchurosa de sosiego,
como mariposa pensativa
acaecida de levedad,
ante la presencia fiel de diciembre.

Transito ya bajo la golondrina
que rauda sobre la innovada piel de la montaña,
experta en soportar el verano,
y bajo los labios de nubes jadeantes
de tanta heliofanía tropical.

Yo: terco,
como la melena hirsuta
del viento vespéral,
que golpea incansable
la geometría de la roca;
obstinado,
como la burbuja,
que guarda la música azul de la cascada;
atento cual la pupila del cínife,
que acecha la dulce corola
en la primacía del alba.

Me arrellano,
cabe la intacta longevidad
de una chuquiragua en flor;
su indulgente perfume
disuelve el cansancio
que traje colgado de la espalda.

El sol me mira directo a los ojos
para hechizarme
o evanescerme hasta gris efumo.

El viento, cimarrón bravío,
salta de los peñascales,
pule mi piel, la sonrisa, el pensamiento,
quiere hacerme vilano alado,
huidizo
por los escondrijos de la encañada.
Un halcón,
esmerado símbolo de libertinaje,
desde la crencha undosa de una nube,
emite roncosp graznidos de amenaza;
cree que soy vil intruso,
llegado a turbar
la solemnidad de la tarde.

Yo, con gesto amical
y la fuerza sensual de todas mis células,
grito mi respuesta- mensaje:

Quiero ser testigo
del colosal tráfigo de los elementos

para inebriarme de grandezas;
practicar mi antigua costumbre
de registrar con emoción
los caminos del sol,
para comprender la hermosura de la luz;
beber el cristal humilde
de la fuente pura
y saber lo que es la paz;
renovar la bucólica costumbre
de incitar a los pájaros
para un áureo diluvio de trinos,
a las campánulas
una temblorosa sinfonía de colores,
a los peces
su ancestral connubio con la espuma,
para aprender lo que es el amor.

Busco los espacios,
(y es verdad que aleo
mejor que tú)
sobre el magno teatro de los Andes,
para comulgar con alma limpia
las maravillas de la naturaleza;
y sólo me aduermo
cuando incursiono
dentro del seno destellante del arco iris,
para ensoñarme de belleza.

Y que me juzgue el agua
desde su tribuna de árbol, flor y fruto;
la brisa, fraterna del alba,
que en sílabas tersas

pone sonrojos a la madre selva;
la casta magnolia
con sus labios de suavidad inviolada;
el colibrí, magister sibarita
de los bodegones de todos los jardines.

EL ESPEJO ENLUTADO

No sólo la carne
tiene la callada amistad de su presencia
inalterada y fija;
translúcido en el día,
agobiado de sombras en la noche.

Palpa con guantes de silencio
todas mis heridas,
las costras en dimensión de sangre,
de vida y corazón.

Lo siento ir pupila adentro,
se adhiere blando,
hondo, tan hondo,
como si pretendiera medirme el alma
con su dimensión de luz estremecida
y jubilosa,
que se incendia y afiebra
de ilusión e ideales,
hasta su fondo gris de tristeza
y olvido.

Cada mañana, cuando regreso
- como de la nada -
le encuentro dilapidando espigas de diafanía
sobre las pocas cosas de mi pobre alcoba;
o con su vocación de ángel desnudo
me escudriña profundamente,
mira mis sienes,

mis bochornos primeros,
se estira y adelgaza
junto a mi oración a la vida
y a Dios.

Hoy le cubrí con velo oscuro y denso;
se quedó como fantasma amordazado,
como ataúd de signos quebrantados;
le puse de costado en un rincón,
lejos del índice del reloj,
que dirige la contienda
entre el inexorable viento del tiempo
y la impavidez hierática de la eternidad.

Quise que no mire mi frente y mi alma
mordidas de angustia;
aunque sé que a hurtadillas
mira mi soledad zaherida de dudas,
mis lentos pasos en el vacío
y en la noche.

EL HOMBRE

El hombre:
al centro de la vida,
de la conciencia cósmica,
de la vorágine del caos,
en la orilla de Dios.

Espiga de calcio,
entre espesura de vértices y abismos,
dúctil a la libertad,
inagotable en el éxtasis,
presto al desafío,
la nobleza, la aventura,
óptimo en la rebeldía,
el perdón, la plegaria,
magnificado por la fe en lo grande,
lo bello, lo sublime.

Su espíritu: ala, huracán y relámpago;
tallado en fraguas insomnes,
codiciosas de infinitos;
torrenciado de amor y de pasiones,
que todo lo embellecen,
esbeltan, magnifican;
nutrido de ideales, como torres
que se levantan directo a la verdad,
e ilusiones, como girasoles,
que se estiran para besar al sol.

Hombre: verbo, polen y sal de los siglos,

alfa y vértice de la historia,
escrita con desbordes de sangre,
la impetuosa fogata de los instintos,
la apoteosis de la opulencia
y la vanidad,
la inexhausta dimensión de la ternura,
del dolor
y las agonías.

Omnisensual y arrogante:
develiza los armónicos
y epilepsias del universo,
escudriña la sustancia de la materia,
somete las brújulas de la energía,
para aprehender la magnitud de la naturaleza,
descifrar el alma de los seres,
derruir los paramentos del pretérito
y arremolinar, eufórico,
en las cimas
su simiente de eternidad.

Sibarítico su labio,
ebrio de sol, sombra
y espacios;
himnal, blasfemo o sálmico,
proclama su mensaje:
credo, ilusión o angustia,
que promueve, imanta, convulsiona,
el perpetuo devenir de los pueblos,
culturas,
y civilizaciones.

En lucha cataclísmica,
se estira,
retrocede,
avanza,
cada instante,
en la parvedad de su existencia - destino,
en el langor de los milenios - tiempos;
hipersufre en los calvarios,
sobremuere cada tarde,
con su mística costumbre
de poner la frente en vitrales del cielo,
para amedrentar larvas transitorias,
o caer de bruces,
con fatiga onírica,
en la aspereidad de los senderos.

Renace, se levanta y yergue,
uno y plural,
como estambre demiúrgico,
entre solfataras de bien y de mal,
en cada emoción,
con las fulgurantes revelaciones del genio,
en ascensión de afanes y esperanzas,
ungido con ansiedades colosales,
obstinado en sus anhelos
y utopías,
con los estímulos alucinantes
de la forma y del color,
tangibilizados por sus manos,
los proselitismos arrolladores
de la música,
preludiada por los armónicos de las galaxias

y tañida en sinfonías triunfales.

Su pensamiento:

consustancial a las oriflamas estelares,
aferrado a las primaveras de la eternidad,
que honra la grandeza creada
y recreadora;
diástole de voluntad acrecida e inagotable
en la poesía, la ciencia, la filosofía,
nacidas en la hondura jubilosa de sus células,
impelidas por la fosforescente dimensión del átomo
y la simbiosis inquieta de las células,
por ósculos de agua,
brisa y luz,
para cantar salmos a la alegría,
al poder,
al sollozo,
a la existencia,
a la muerte.

Multiplica su repertorio de ensueños,
el culto a los símbolos,
hace pacto con la fantasía,
convoca a la ternura,
para imantar el corazón
y cumplir su vocación romántica.
Con el pensamiento,
todo horizonte es un balcón
para otear las basílicas del arcano;
todo pedazo de cielo,
itinerario para medir maravillas;
los océanos,

donde espejean las miradas
del vegetal, el instinto y la razón,
son portones que conducen
a la sabiduría del génesis,
viadores que invitan a la distancia
del solaz azul,
en los amaneceres y los ocasos.

Y ... sin embargo:

!Qué incógnita la sustancia de su ser!
!Qué pavoroso misterio su existencia
y destino teleológico!
Tras sí, la sombra en remolinos espantosos;
finitud y miseria
derruyendo sus huellas,
mordiéndolo los despojos de su sien;
la lenta podredumbre de su médula;
su pupila oscurecida cien veces
por densa niebla de mito y fanatismo;
las tiritantes púas del vacío,
acosándole por los cuatro costados;
los vórtices de la ambición y del instinto,
astillando incesantes
su piel ya humillada,
su entraña despedazada.

Más adentro:

la ciénega ictérica de la soledad,
conciliándole con el silencio
y la humildad de sí mismo;
vacándole la caricia,
herrumbrándole de hastío

y de tristeza, intransferibles,
convirtiendo en ceniza húmeda
las lágrimas
y arterias desolladas;
su mano chorreando crueldad,
esparciendo injusticia;
extorsionada su sangre
con mordeduras de odio, rencor y venganza;
huracanes de furia, violencia,
guerra - desates del averno -
para el holocausto supremo de pueblos
en piras de la infamia.
¿Obsesión al martirio?
¿Culto al dolor y a la muerte?
¿Sadismo y masoquismo simultáneos
en la epopeya de la raza? ...

Este es el hombre:
viajero inexhausto por andariveles del ensueño,
llagado de enigmas y dudas,
torturado por incendios y tinieblas,
en vigilia constante,
bajo vibrantes índices espectrales.
Ego peregrino por clepsidras milenarias,
en bajel de eternidades;
náufrago en su propia sangre,
en rumbos de carne y espíritu,
desde la burbuja auroral del primer beso,
la ofrenda de llanto sin tregua
a los íconos astrales
y puertos imaginíficos.

Al final,
el abrazo absoluto del abismo.

Este es el hombre:
que lanza intrépido, retador, sublime,
su toral jerarquía de relámpago angustiado
hacia los domos concéntricos
de la sabiduría,
la vida,
la muerte,
y Dios.

EL MENDIGO

Tumefacto montón de guiñapo y piltrafa,
manejo de noches sin dormir;
traes el esternón gastado
por el goteo constante de lágrimas y despecho,
los brazos quebrados de impotencia y derrota,
las sienes trizadas
por vertiginosas hélices de temor y espanto.

Atan tus pies las cadenas del tiempo,
de un tiempo largo, duro, amarillo,
que te empuja al rincón más oscuro,
te aplasta, te succiona,
diciéndote a gritos su mensaje,
su grito de oquedad y de miseria.

Hombre innúmero,
sin nombre alguno,
inmolado en cada esquina,
en la cárcel,
en las puertas de las iglesias,
y allá, en el campo solitario.

Yo compruebo tu espalda siempre fría,
con sudor impasible,
ignorado en desnudez constante.

Yo compruebo que es falsa
tu sencilla manera de comer en cualquier lugar,
y el licor que te quiebra la palabra en la boca;

falsa tu huella sin descanso ni historia,
por el mismo camino,
ruleta que sabe a pendiente sin bordes;
y tus sueños de viento
y de serpientes;
hasta la sombra que huye de tu cuerpo.

Yo sé que existes como fruto del tedio,
de un acaso en un instante turbio,
de una lascivia fortuita,
herrumbre y fango,
carne desolada,
carne que llora.
Hombre mendigo,
hombre dolor,
hombre moribundo,
que no acaba de morir;
blasfemia social,
putrefacción y mugre,
costra, salivazo y pus,
ambulante espectro en medio del olvido,
desesperación acostumbrada a las migajas,
rival del perro abandonado,
vergüenza que se ostenta pública,
basura rodante,
que pide sin cansancio,
sucesión inconsciente de desprecio,
monótona ambulancia de tinieblas.

Espíritu sin guía ni esperanza,
cerebro sin recuerdos,
alma pisoteada,

sangre sin fuerza.

!Cuanto me dueles,
y cuanto debes doler a la vida,
a la tierra
y a Dios!

EL OTRO NOMBRE DEL AMOR

El otro nombre del amor
es tu nombre.

Y pronunciarlo es una manera cierta
de comprobar que existo
en intimidad de la emoción,
espigando cristales;
que me pertenece un remanso de libertad
para el ensueño;
es cantar a la vida con placer,
con orgullo,
como sacudir árboles
con frutos deliciosos
y cultivar el estallido blanco de la espuma
para palpar cardúmenes de color;
invitación a la ternura,
como para reencontrar la amistad alegre de un niño,
o viajar por nubes que alardean frescura
hacia puertos de azul.

Brisa que llega al cuerpo
en cálidos, triunfales ritmos,
y suavemente pinta la sonrisa
desde los labios hasta la sangre,
desde la felicidad hasta la mansedumbre;
y reparte el día sobre todos los instintos
en sucesivas dosis de luz y paz.

Tiene el privilegio de entrar
más allá de la piel,
al sitio donde es verdad la ilusión,
y me registra el alma
con rumor de estrella
de primorosos élitros ustorios,
para ahuyentar el dolor
y la noche.

Tiene también la virtud
de enredar cada letra con mi nombre
en síntesis de vida,
y enseñarme que el amor es así:
una bienaventuranza que no tiene límite,
porque es verdad inagotable,
cortejo de milagros,
arpegio de silencios deslumbrantes,
éxtasis de todos los sentidos,
de la razón más completa,
para participar el júbilo del sol.

Tu nombre es
una pequeña muestra
del alimento de la naturaleza
florecedo en finuras
sobre todas las cosas.

Se multiplica ternísimo
y elocuente de bondad
en el brocal del silencio,
en la asechanza ictérica del tedio,
cuando la tristeza inclina mi cabeza,

en el friso del ideal,
en los estanques de mi soledad...

Y sin embargo
!Qué fácil es decir AMOR!.

EL RÍO CHAMBO

El Chambo es río varón, río,
que ufano pasa, se va;
su incesante correntío
sólo el mar lo detendrá.

El Chambo es nieve que viene,
espuma hecha grito y danza,
frescura que luz contiene,
pupila de sol y viento.

A ratos, languidecente,
se acuesta sobre la arena,
otros, se torna torrente,
que el vértigo desenfrena.

Tiene un mensaje secreto
de huir hacia nuevos rumbos;
sensible, bohemio, inquieto,
se estira y estalla en tumbos.

Trae un deseo de ausencia,
trozos de felicidad,
y en el fondo la presencia
diáfana de mi ciudad.

Siento que mi alma se arroja;
desnuda y blanca se va
sobre el Chambo, cual panoja.

¿En que mar encallará?

EL TIEMPO Y YO

El tiempo:
mensajero del abismo,
río libre sin playa.
Desde la eternidad se precipita
imperturbable y directo
luz y tiniebla abajo,
hasta el arcano ílimate.

Se va inexorable,
raudalizando los instantes
del día y de la noche
por laberinto de distancias
hacia lo desconocido.

Secretamente
se burla de los relojes,
se adelanta
en competencia con los ensueños,
derruye la soledad
recostada en los muros,
tramonta las nubes
quemadas de blancura,
se columpia en el paisaje,
que apretuja el plumón azul,
salta los breñales
taladrados de miedo,
desata las torres
circuidas de misterio,

desnuda las campanas,
que reparten auroras en el pueblo,
rueda por los senderos
enlutados con pátina de polvo;
y por donde sube un tropel de frío,
ondea en la brisa,
en la espiga,
en la fronda
y en el brazo campesino,
que madeja crepúsculos
en la espalda del otero.

Deja un sonido finísimo de ceniza
en el tráfago humano,
y puntos suspensivos
en el desvelo absorto del pensamiento.
Y siempre: la esperanza en el futuro
o el miedo espectral a los presagios.

Estoy de pie,
como queriendo perdurar
en lo alto del delirio,
o más allá,
en hontanar de ecos infinitos.

Siento que el tiempo habita en mi conciencia,
y yo habito en él,
porque derrumba en mi cabeza
las primordiales alas del espíritu,
y los últimos gemidos de la carne,
aviva el incienso insomne del recuerdo
y tizna mi voz

con el salitre que cuaja la tristeza
en los túneles íntimos de la añoranza.

Siento que convergen en mí
el sol y la frescura,
la lluvia y la sed,
las montañas y los relámpagos,
el saludo de los seres y las cosas,
el bramido audaz de la savia y de la sangre,
las manos con que escribió la historia,
las formas del amor
y de la muerte,
los túmulos hechos con llanto
y vanidad
sobre la tierra.

Soy arcilla y sudor de mundo
adornado de instintos
para la exultancia divina de la vida;
ir y venir
de burbuja en acrobacia de ola,
asombro de pupila
ante el cristal ustorio del rocío
y el vértigo nocturno de las galaxias.

Soy rostro cincelado por el tiempo,
vencido y empujado por él
hasta el brocal inequívoco del vacío,
sin espacio para vivir mi hondura,
para transferir a guitarras luminosas
el trajín de la angustia,
y modelar en pomos

de ternura transparente
mis líricos insomnios.

Y sé que tengo que seguir muriendo
torturado de incógnitas,
disolviéndome
bajo la lluvia infértil de la nada,
en los andariveles del silencio
donde sobra el olvido.

El tiempo se va inexorable,
mientras la verdad y la mentira,
con lenguas de quimera,
laman las sienes
donde fosforece mi orgullo de hombre.

EL TRIGO

Yo he visto en las hinchadas colinas
y en lozanas praderas,
tamborileadas por el río,
ondear el corimbo del trival
con el soplo del viento.

He oído el bullicio de las espigas,
por el forcejeo de los granos
en turgencia adolescente,
asistidos por cápsulas
de novísima esmeralda.

Repaso mi optimismo
cuando la cariciosa aurora,
acuciada por la naciente brisa,
estrena el día en las pupilas
y seduce al trival
con besos virginales.

Y en la gloria del día,
cuando desborda el sol
sus operarios dédalos atómicos,
el trival se encarna de esperanza.

He contado con cifras secretas
el tímido jadeo
de los arqueados tallos,
cuando la noche derrumba

la estéril torrentera de sombras.

Es suceso feliz
si la lluvia,
como ángel de bondad, llega a galope.
con sapiente mensaje de vida.

Cuando los pájaros troveros
acumulan su precioso mundo
con sílabas agoreras
y leen en la gracia candeal
el tiempo de la siega.

Le he visto
en andanza de encolumnado encanto,
por los caminos crujientes
de verano y rastrojo,
para exiliarse
en los redondos hombros del paisaje.

Junto a mi,
pulido con santo amor,
su pulso caliente y vahoroso,
evidencia con argumentos
de sabor y perfume
su fraterna confianza
de paz,
bonanza
y salud.

ELLA

A ella todo la nombra
y la describe
con fina delicadeza.

Permanece en constancia triunfal
en el espacio, el tiempo, la vida:
ella, en el anuncio de la aurora,
para señorear sobre el linaje de los Andes;
ella, en la primera pupila del alba,
para proclamar el triunfo de la luz;
ella, en el suave sople de la brisa,
para el nacimiento perfumado de la malva;
ella, en el vocabulario del jilguero,
para desbordar con giros áureos el huerto;
ella, en el reclamo puro del agua,
para la pronta galanía del tallo;
ella, en la venturosa heliofanía del astro,
para promover la sonrisa de mi ciudad;
ella, en el tañido de las campanas,
para el amical saludo al paisaje;
ella, en la confidente biografía del crepúsculo,
para la aristocrática soberbia del Chimborazo;
ella, en los gloriosos argumentos del libro,
para el prestigio de la sabiduría;
ella, en los orgullos líricos del violín,
para arrebatarse con saudades el corazón;
ella, en el selecto vértice del alma,
para inaugurar el instinto de la belleza;

ella, en la fruición balsámica de la poesía,
para la edición más hermosa del pensamiento;
ella, en la infinita dimensión del ideal
para dirigirle a la eternidad.

Y en mi,

Ella:

inflexible en la magia
del más bello ensueño,
en el oleaje tiernísimo del recuerdo,
en la ofrenda musicalizada de la palabra,
puesta a sus pies,
en el más limpio empeño de la oración,
que augusta labra
las íntimas jornadas del silencio
y la magnitud soberana de mi vida,
iniciada en su ternura y amor.
¡MI MADRE!

EN EL AMANECER

Limpio rumor de albura en las montañas
cuando el sol baja majestuoso
por peldaños andinos.

Campanas de agua
fracturan la espectancia azul de la campiña,
las ondas del río
se unen y desunen,
se enlazan, ríen, danzan,
siempre fluyendo
sobre un torrente de sinfonismo blanco.

Bisbisea la espuma en los recodos
bajo la tupida y vieja barba del sígsg.

De pronto,
incandesce el follaje de los árboles
con ardentía verde – plata;
hay trémulo parpadear de cristales
en la arquitectura gótica de la grama.

Invisibles caballos de brisa
bajan por las laderas,
entran en el río,
ahuyentan las últimas sombras;
con cascos de vidrio,
caracolean acezantes,

saltan a la orilla opuesta,
y se van por las praderas,
dejando oloroso mensaje de frescura.

Cuando el eucalipto
sacude la neblina, sonámbula aún entre el ramaje
y grita: libertad;
el mirlo se siente aludido,
y en ráfagas finas de dicha
en la desnuda transparencia del aire.

Entre cordajes contorsionados de pencos y retamas
llega y se desborda la vida,
el sendero renueva
su cotidiano trafagar hortelano;
y alguna lavandera,
que trae su acostumbrado agobio
de niño y de ropas en la espalda,
pone en la ribera
un ligero rubor de muslos y brazos jubilosos.

EN EL SILENCIO NOCTURNO.

El silencio se quema
lentamente
con las estrellas de la noche.

Los enigmas llagan mis pupilas
mojadas de humildad.

!Ah, esta codicia de pensar
en tanta altura,
llena de infinitos!.

Tengo la palabra horadada
por el áspero agujón de la duda
y el grito colgado
de la estéril curvatura de la angustia.

Tengo la piel transfigurada
con la ancha rúbrica de la sombra,
que instiga el exterminio de la luz,
su intimidad con las cosas,
y con los movimientos geométricos
de la música.

La soledad:
viento de cristal estático,
en certera simetría de espadas,
limita el pulso hacia arriba

de mi pequeña carne;
me habla con sevicia del dolor:
dolor de profunda altura,
de naufragio en conjuro de amarguras,
el vocerío de añoranzas,
el peso de tanta ceniza
de los diciembres quemados,
metida e intransferible en la sangre
interrogaciones sin respuestas
en orgía de llamas vengativas,
con urdimbre inconmensurable de drama y comedia,
acarreadas con el índice del tiempo,
desde el terco subterráneo psicológico,
sin orillas.

YO,
solo con el pensamiento:
Total y fracturado,
protagonista y espectador,
héroe y villano,
símbolo y ficción.
sueño y realidad,
señor y plebe,
amo y esclavo,
diletante y virtuoso,
aplaudido y olvidado,
pronunciado en voz alta
y murmurado con desprecio,
arrastrado con la masa humana amorfa,
con los altamares de la conciencia,
cerca de la vida,
cerca de la muerte.

¿Evocaciones oníricas
o informaciones del pretérito
en tormento de presente
y sensible anhelo hacia el futuro?

Marcel Proust y Freud,
discuten remolinando mi médula,
desnudan la esencia de mi vida,
enrollada más atrás del tiempo
y oculta en el espacio aldabonado
de finitud.

Persistencia de las interrogaciones...
sin respuesta
del espíritu y la carne,
de las máquinas y la ilusión,
de los labios sedientos de fe,
del coagulado légamo del nihilismo,
la truncada avidez por los paraísos del amor,
la espesura consustancial de la tristeza.

Todo amoldado en mi antiquísima ingenuidad,
el perfume de los anhelos;
y sin embargo...
eclipsada por la redonda grafía de la nada.

Siniestramente la tiniebla tiritita
fuera y dentro de mi.

El silencio se quema
lentamente,

con las estrellas de la noche.
Los enigmas llagan mis pupilas
mojadas de humildad.

Y es que el SUPREMO,
ilesos de infinitos
ha rozado mi alma.

EN LA CIMA

Con la consciencia soliviada
por el júbilo violento de estar en las alturas,
lanzo mi grito
con retumbo de sangre en llamarada,
que se ofrenda y va como rayo inaudito
sobre el níveo tumulto de los Andes.

Se va con este grito
mi espíritu ya sin tiempo y sin medida,
con ansias de infinito,
ebrio de luz, abstracto, transparente;
vencido de éxtasis y asombros,
se estira frente a frente
ante el azul inmenso del espacio.

Puedo desde esta cima,
con mano abierta, apartar la nube
que se arrima
sobre la roca roja llagada de milenios,
desviar los crepúsculos
por caminos de ilusión y paroxismo,
imponer silencio a los abismos,
donde el trueno fermenta
y se alquitaran estragos y tormentas;
dibujan con gesto exultante
un arco iris gigante,
o romper la espesura de la noche

para recoger estrellas.

Puedo impregnar mis símbolos y huellas
en el albo derroche
que pone la mañana
sobre el crecido azul del horizonte;
hospedarme en las nítidas esferas,
que borbotan luz;
y en la hora meridiana
purificar mi deseo de quimeras
en fogatas de sol.

Puedo arrojar mi sombra a la llanura
y confundirla con su vernal aliento;
o sobre otros de convexa figura,
como un escuadrón más de niebla,
polvo y viento;
lanzar fragmentos de cristal incendiado
en la torturada curva del río,
o hacia el peñón sombrío;
poner mi pensamiento asediado de fuga,
aventura y errancia,
sobre el ala caudal del cóndor,
para complacerme rompiendo las fronteras
y el morado estupor de las distancias.

Puedo hacer todo eso,
alígero de audacia, de alegría y orgullo,
porque me impulsa
tu colosal grandeza.

Pero: Dime montaña:

¿ Puedo desde tu cima y con el alma obsesa
de indescifrable sino
escrutar la entraña de la naturaleza? ...
¿ Descubrir el camino
en trazo recto a la verdad?
¿ Succionar la raíz desnuda de la belleza,
del bien y la libertad?...
¿ Aprender los armónicos celestes
que al cosmos alborozan,
y de los que vibrátiles rebosan
la sustancia de la vida
y la energía de Dios? ...

Dime Chimborazo:

¿ Está la felicidad del hombre
oculta en tus ocelados alvéolos esotéricos?...
¿ En tu solitaria plétora de luz altana,
que horada los espacios
e impávida ve pasar huracanado el tiempo?...
¿ En tu blanco silencio
que atalaya las pequeñas cosas de la tierra
y las pasiones humanas?...

EN LA NOCHE

No quise ver ni oír:
los indescifrables caprichos del silencio,
las ofensas a mi dignidad
hechas por los tumultos de la soledad,
ni beber la cicuta intransferible de la rutina.

Prohibí terminantemente que me sigan.

Quedaron acumulados
en la pequeña geometría de la alcoba:
la metafísica dimensión del abismo
pegada en el espejo;
el olor insípido de la inventura
colgado donde pongo la ropa cotidiana
y mis experiencias;
los ojos inválidos de la nada
- confidentes de la muerte -
en las hendijas de la puerta
y en el trapecio olvidado de una araña.

Salí,
todo yo maltratado,
más bien proscrito.

Aventuroso el pensamiento,
ascendió por los altamares de la noche,
para organizar las estrellas descarriadas

y destilen su esencia en mis pupilas.

Luché con la tiniebla, envanidado
por la hiperdimensión de mis anhelos.
Quise comprender los misterios
de la vida y la muerte del hombre,
los motivos profundos de su tragedia,
del transitorio tacto de la carne
en la fuente insondable de la felicidad.

Quise escucharlas.

Están convencidas
que sus lágrimas interminables
alimentan la flor,
que amanece ávida
sobre mi corazón;
su magnífica sonrisa
de ónix iluminado,
es lente propicio
para mirar la sustancia del dolor
como disminuido soplo;
su lejanísima presencia,
desafío final para la fantasía.

Querían construir un universo sonoro
y suave
dentro de mi.
Me picotearon muy dentro:
en la orilla insomne
donde el alma se agita y canta,
se incendia de pasiones

y aventuras;
en el lugar preciso
donde se identifica mi nombre
ante la vida,
con tensa voluntad de alto gemido
y veloz deslumbramiento;
en la querencia de ilusiones;
en la inminencia de la palabra clara,
donde se aproxima delgadísimo el espíritu,
joyante de belleza
y verdad.

Yo quería mucho más ...
Buscaba su refugio y compañía
para rehabilitar mi condición de pensador,
hallar la raíz de luz imperecedera,
los escenarios oceánicos
y abigarrados del drama cósmico
y de la tragedia perenne del hombre,
los caminos del tiempo,
que van al infinito.

Solamente comprendí:
la vanidad de los deseos,
los motivos circunstanciales de la angustia,
los transitorios desvelos de la carne.

Buscaba mucho más ...
Porque hay algo más hermoso
fuerte y eterno,
detrás del gigantismo del cosmos.

Regresé a la habitación
- mi pequeño mundo -
con el alma transida,
bajo el intensado peso de la tristeza,
sufocado por mi combate con la tiniebla,
empequeñecido y leve
por la gravitación del desengaño.

Y, entré en mi mismo.
Me esperaban el silencio oscuro
y la soledad,
con presagios ineluctables.
Creo que siempre estuvieron conmigo.

La nada mirábame
desde una hendidura del vacío,
donde la araña teje el olvido.

Oh, la finitud que me destroza.

Afuera, ...
las estrellas,
huéspedes de la noche ciega,
en su inmarcesible centelleo,
reciben los alaridos
de la inalterada
pequeñez de la tierra.

EN LA NOCHE 2

El día muere amurallado de silencio;
precipítanse las crines oscuras de la noche
sobre los hombros angustiados de las montañas;
bambolean las torres de mi ciudad
remecidas por la soledad;
la existencia calla
mordida de miedo.

Todas las muertes con aguijón impalpable
sorben mi estupor dolido de sombra;
y participo de sus oscuros resplandores,
porque también
algo se escombra dentro de mí cada tarde.

El ocaso me juzga con gritos abismales
cuando pongo hacia él mi pensamiento
y sumerjo las pupilas
en la pávida sangría de las nubes.

El aire, antiguo amigo de los espacios,
lame la greña colosal de la tiniebla;
y cuando ya espatarrado pide auxilio,
baja derrotado por barrancos
innominados del frío,
y se esconde tiritante
en mis labios tupidos de suspiros.

Un ave nocturna se va hacia los confines,
huye acuciada de oscuridad,
y vuela mi espíritu
soliviado por anhelos inefables,
sobre obstinadas aristas solitarias,
impelido de asombros,
presididos por anhelos y lámparas escrutantes;
le dejo intruso en las algas
extrañamente tristes del firmamento.

La tierra injuriada por cocuyos fosfóricos
tiene olor de abandono;
colisiona el frío en los faroles
ahorcados por millares de insectos;
y en mi ventana las fantasías
colgadas de aleros altísimos.

Detrás de la ventana yo y mis abismos,
hablándonos en palabras de uso cotidiano:
certidumbres,
dudas,
tragedia,
misterio ...

En la distancia una lámpara fugitiva
alumbra breñales de ceniza,
se desliza entre hendidias de soledad,
lanza su gañido de luz irrefrenable
para hacer confidencias a la nada.

No puedo comprender
la solitaria elegía del árbol a la luna.

Mi ciudad soporta los golpes del vacío,
los faroles sitiados por círculos absurdos;
la tierra resume el sollozo de los seres
y las cosas.

EN LA NOCHE: 3

La noche,
nacida en extraña grieta,
a la hora del crepúsculo,
cuando la brisa
al chocar con la montaña
rodó ladera abajo,
gimiente y fría,
cargada de tinieblas,
conmoviendo los árboles,
vulnerando los senderos.

Se desborda espesa,
sorda al clamor del río,
aletea sobre el muro cercano,
como comparsa de murciélagos gigantes.

Con suavidad de terciopelo negro,
se arriman a la ventana,
entra, se aposenta íntegra,
en el silencio yermo de mi alcoba.

Yo la miro inmensa,
ella me mira pequeño;
me reconoce,
me palpa íntegro,
me amedrenta y humilla
con latigazos de sombras,

inmoviliza mi frente
ante laberintos de insomnio.
Soy prisionero de sus alvéolos.

Parece que jadea la nada,
el tiempo pasa,
blandiendo golondrinas dentro de mi piel,
acumulando su pátina de sins y mentiras
en remotos tómulos de adioses.

Escucho la danza apretujada
de larvas, hormigas y cínifes clandestinos,
que beben el goteo de la tristeza,
y de la soledad que solloza
mientras camina
sonámbula y fría por mi sangre,
cercenando ángeles intangibles.

No puedo resignarme.
Opongo la certera sustancia del espíritu,
la biografía de mi ilusión
hecha con palabra limpia
y rostro de esperanza,
la historia del amor,
escrita con punta de alma
en el airoso azul de mis pasiones,
el inebriado orgullo de mi juventud,
que me llevó profundo
a descubrir la albura de la verdad
y del misterio,
a subordinar los jubilosos retos del anhelo
a las quimeras ilesas del ideal,

los rojos escorpiones del delirio
a los relámpagos absolutos
imantados de belleza,
las frecuentes aguas del naufragio
a la incommovible torre de mi fe.

Pero, porque soy carne restaurada de instintos,
la noche derrite sobre mis células
carbones de alas,
de manos en romería de ausencias,
pupilas suplicadas de imposible retorno;
y en mi oído
el tenebroso, lúgubre grito
de recuerdos caídos en légamo profundo
donde yacen la obsesión y el olvido.

Oigo los pasos del tiempo
avanzar por andariveles de dolor,
mientras la noche
con labios congestionados de abismo
sorbe la última añoranza,
oculta en la cicatriz de la médula,
filtra en rescoldo húmedo
el pequeño signo de mis ojos,
que tiembla en el resquicio vano de la vida,
roe el oculto corazón del espejo,
hace gestos sarcásticos de tedio,
le deforma y empaña con carcajada,
que la siento inmensa, ruidosa,
también dentro de mi alma.

Tengo una sensación de fuga

por lejanía tormentosa de vacío,
de bucear cúpulas de agonía,
listo para arribar a un tiempo sin urgencias.

Afuera, el viento
martiriza la brillantez del agua,
pródiga en surtidores fabulosos;
y parece gemir atronador y fuerte,
como perro que aúlla
ante un fantasma salido de mi angustia.

ENCUENTRO

Subidos al otero
azul de los recuerdos,
y mientras contemplamos
ocultarse en las sombras
occiduales el sol;
hablemos de nosotros,
rompiendo las antiguas
corolas del silencio
crecido sobre el muro
yacente de tu ausencia.

Yo conservo a porfía
el musgo del ensueño
que capturé en el fondo
sonoro de un piano;
lo cuido con el agua
brillante de una estrella,
con los tersos vocablos
de mi melancolía,
que cabe en el dorado
pentagrama del verso.

Yo conservo el perfume
de tu piel de amaranto,
y lo denuncio en nombre
de todos mis sentidos

ante el sol y la vida,
la flor y la ternura;
es como lampadario
que pernocta en la opaca
senda de mis dolores;
es como la embriaguez
con licor de claveles
en pomos de alabastro,
que nutre mi bohemia
ingenua de alegría
y derroche de besos.

Yo arrebaté en tu nombre
las campanas del viento
que tañen en la espuma;
el vegetal anuncio
del rocío en el trébol;
el frescor de la lluvia
que desgrena la fronda;
el relato celeste
de los puertos marinos
donde anclan las volutas
porteando mis ensueños.

Pero háblame de ti:
si conservas el libro
de versos que te di;
si de pronto naufragas
en el celeste incendio
de una noche de luna;
si sientes que del huerto
surge una sombra amiga,

que te ciñe hasta el alma
y derrama al oído
como un cuento de vida
la historia de los dos.

Dime si aún subsiste
tu sonrisa de nieve,
de espuma y madrugada;
tu ración de esperanzas
en cada margarita;
si tu larga pestaña
abanica el paisaje
con guiños fugitivos;
si andas como en sigilo
por senderos de brisa,
incendiando las rosas
con el terrón de azúcar
pegado a tus mejillas.

Porque yo sí recuerdo
que te cubriste toda
de sorpresas y asombros
al hundirte en el limpio
hontanar de mis sueños;
y al mirarte en la leve
charca de mis pupilas
ardió tu corazón
y desnudó tu espíritu
su infancia de emociones.

Y no podrás negarme
que te arrullé con versos,

que te soplé en las sienas
polvo brillante de astros;
que en cada mano puse
mi costumbre de canto
con claros vaticinios
de ternura profunda.

Pero, mira ... Ya el viento
de la tarde serpea
por las calles del barrio;
con látigo cortante
desata un torbellino
de sombras nocturnales;
el balcón de tu casa
tiene tremor de frío;
hacen lánguido gesto
de dolor los faroles;
y hay una mariposa
oscura que aletea.

Y. Ya ves: sólo puedo
proteger de la intemperie
este musgo de ensueños

enraizado en las sienas;
y le cubren cenizas
de amores olvidados,
de pasiones y angustias.

Voy a regarle el agua
brillante de una estrella,
susurrarle vocablos
de mi melancolía,
que tiene la elegancia
de surtidor frondoso,
la transparente gracia
del cristal que aclimata
en su quieto silencio
la blancura de un lirio.

Sentirás de repente,
que te ciñe las manos
y que te incendia el alma
con rubores de besos,
con rumores de canto.

FIESTA AZUL Y BLANCA

!Medio día!
De lo alto cae el sol
con sonido de vida febricente
sobre la fiesta azul y plata del lago.

El agua espejea el júbilo ancho y transparente
de toda la comarca;
tiemblan los nítidos contornos de las montañas,

su geometría bucólica
pintada de espigas
y caminos, que juntan los extremos
con alternancias de pajonal,
roca y nieve,
nube y firmamento;
blanda la brisa enrolla transparencias,
perfume de frescura sensual,
hace rizos en el cebadal del otero,
juega con tu pelo,
y lleva nuestra emoción hecha susurros
de alegría y de amor.

El tiempo se arrodilla ante la paz agraria
y abre sus manantíos de pureza.

Una garza de blancura elegante y esbelta
señorea el lago;
luego alza el vuelo,
se va rauda,
libre,
espacio arriba,
adelantándose al viento,
rompiendo los vidrios que circuyen la distancia;
lleva nuestras pupilas,
nuestros pensamientos.
Es algo así como un suspiro nítido de hermosura,
de la naturaleza que medita
en la gloria del día;
blanco heraldo, alma del paisaje,
izado de suavidades,
que escruta

e invita a deleites y anhelos lejanísimos;
es un signo de límpida vislumbre,
que alea y se alza
inebriado de belleza,
en un mundo de ilusión
color azul.

!Oh, si pudiéramos mirar la entraña de las cosas,
el interior secreto del silencio,
- tal vez surja de allí esta luciente belleza -.
Si nos fuese dado capturar en las manos
ternuradas de maravilla
la sustancia del planeta
y de cuanto existe,
este momento de paz,
en que todo es finura,

esplendor,
manantío de luz,

FRENTE AL TUNGURAHUA –1

Al centro de la Patria,
soberbio y colérico el Tungurahua ruge,
estremeciendo de pavor el mundo;
su aliento huracanado en colosal empuje
estraga de ceniza
el derrotado azul del horizonte.

No es chamizo telúrico,
es que sufre
la ultrasalvaje fuerza del planeta,
con vómica de azufre
y fuego comprimidos
en el bátrato profundo,
es el arcano grito
que estalla y moviliza
sus antiguas canteras de magma y de granito.

El furor de su cráter oscura
montaña abajo raudaliza;
lava, rescoldo, pedernal y fango,
para cubrir con sordidez impura
la mansa hondura
del Chambo fecundo:
yacija en connubio de agua y limo

994

en proposición de antifona vegetal;
del Ambato frutal:
Arcadia inexhausto de eraje.
Cada explosión derruye
el friso vernacular del paisaje,
con sadismo asesina
la espiga y el plumaje,
la ufanía andina
opulentada por cortejo
de siglos petrificados
en góticos de nieve,
contemporáneos de la eternidad
y en tacto vertical al infinito.

Todo es duelo atezado
sobre la baldía timidez del prado,
sin memoria de trabajo la reja,
la savia en amargura
para la angustia del vegetal hortelano,
el sollozo del enjambre vano,
la húmeda queja
de la niebla a las algas,
el débil escarceo
de la brisa en el agua,
tallos y hojas en agobio fúnebre,
el pétalo prematuramente anciano,
sin el idilio del cínife y la abeja,
el árbol ayuno de gorjeo,
su fruta aún impúber

en languidez anémica,
ilógico el aleo
del vilano en el viento.

Con ingenua lealtad,
perros famélicos
muerden los aspados
siniestros de la sombra,
erudita en miedo y soledad,
malnacida
en el ombligo del vacío,
en los rincones
donde bostezan fantasmas abandonados,
que desatan temblor de frío
y proscriben, el color de la vida.

..

No sólo es el volcán
que sañudo estalla
y sus ventarrones devienen huracán,
para fugacear la alborada;
es la asonada
de atroz canalla,
que furente atropella
la Historia de esta Tierra,
tropical y bella,
las excelencias que encierra:
héroes, sabios, estadistas,
que lucharon en magnas epopeyas.

Como estampida de fieras hirsutas
y buitres en codicia de carroña,
convocan al odio y la violencia bruta
para el exterminio
del alma nacional desamparada
en cruz hecha de corrupción y estupidez,
le babea icterica ponzoña
en el pertinaz festín del latrocinio,
le desnudan hasta el llanto y el hambre,
hasta el cáncer de la médula
y la tuberculosis transitiva en las ojerazas;
el pueblo en lúgubre pavura,
bajo el zumbido de moscas quereseras
de putrefacto aliento,
sedientas de tiniebla impura
le ciegan la razón y el pensamiento.

¿Dónde está el Ecuador
otra hora de tiranos vencedor?
¿La Patria juvenil y refulgente,
forjada en crisol de bronces insumisos? ...
Si nada queda en pie,
su geografía cautiva y cercenada,
con sabor de lágrima herrumbrada.
Si, para el crápula
y el hampesco en delirio aguardentoso,
los valores humanos son estulticia,
destiempo en la memoria,
y espectro ominoso

la dignidad y la justicia.

!Oh, nuestra tierra ya sin tarea... ¡
la provincia, íntimo dolor
en certeza de alma,
la Patria-Ecuador,
predominio de abismos
y bárbaras hogueras!
¿Y la vida?
Ya sin motivos
sin banderas,
sin tiempo para el himno,
ni la entrañable tibieza del libro,
ni sostener entre los labios
la nívea sonrisa del lirio;
tan sólo gárgolas
de tiniebla y cataclismo,
acumulando los suburbios,
arrastrando al furor de la miseria,
la cárcel,
la podredumbre.
Si el histrión insolente
califica de asedia nuestra fe
en el derecho, la libertad, el honor.
¿Dónde está el Ecuador?
Su riqueza
es propiedad del poderoso,
estafadores y parásitos reptantes;
pero es mendrugo y harapos,

barro amasado con escupitajo y llanto,
miseria, insipidez, tristeza,
para el pobre,
deambulante más allá del hondo frío.

Desde el atalaya solitario del Cenepa
el cóndor nos picotea la sangre
y el honor.

...

Te confieso
!Oh, juventud!
!Juventud Ecuatoriana!
Lo nuestro es seísmo del hombre avieso
vértigo de inconsciencia,
supertragedia de violencia,
resumen de desastres,
el mayor de todos los tiempos;
que exige como sagrado ideal
un nuevo génesis,
grandes mutaciones,
cambio radical.

¡Clamo a ti,
juventud!
incontaminada de estulticia,
frivolidad,
corrupción y rutina.
!A ti! Inicial de optimismo y virtud,

germen de alegría genuina
de esta nación amada:
el destino, oferente vital
y profético te conmina,
te empuja,
al escenario de victorias:
irrumper vengador,
músculo, potente,
en el clímax del drama,
donde el estrago ruja,
músculos en tensura,
alta la frente,
sublime voluntad reivindicadora;
y desde el corazón
el Himno Nacional,
como golpes de acero
en roquedal gigante,
o relámpago triunfal
que rasga la tormenta
y en las cumbres revienta.

Afina tu lucha en la cima de los Andes,
pule el alma y la palabra
con esquirlas de las erupciones,
levanta el mármol de los panteones
y sigue el testimonio de los grandes.

Haz de este pueblo
símbolo y realidad propicios

a la prosperidad y la gloria;
sea límpida y sin máscara su amistad,
su amor infinito de luz y ensueño;
sea la vida festival de gozo,
florescencia siempre presente,
cara a cara con la gracia del tiempo,
fiel al compromiso cósmico,
savia buida de bienaventuranza,
paralela a la ufanía de la cultura.
Y el hombre ecuatoriano sea
lámpara votiva o tea,
que escrute y señalice el espacio del bien,
las hélices de la sabiduría,
los altares de la verdad;
la mujer, noble, guardiana del solaz,
la ternura, el pan, la dignidad, la belleza,
inconmovible en la certeza
de ser simiente fecunda de la paz.

Sube el volcán, en su crispada cumbre
entrega tu mensaje con fragor de trueno,
entre las ráfagas del colosal ruido,
el oleaje de las pasiones humanas,
el sórdido bramido
del primitivismo, el egoísmo, el odio;
lanza tu emblema al futuro relumbre;
denuncia ante Dios, la Historia y Prometeo
la nefanda servidumbre
al caos, la ignorancia, el dolor en apogeo

en que el país subyace sometido.

Igual que Heracles,
(para librarse de sus males)
libéranos;
somos pueblo prisionero, caído de bruces
bajo criptal social abandonado,
de tanto morir sin cruces,
con ojos mutilados,
pupilas que no miran al sol,
la belleza, el infinito;
únicamente la noche, el basural, la nada.

O, simplemente, arrójanos
del volcán en el abismo ignicente,
cuando el día espira;
haz de nuestro cuerpo pira,
disuélvenos igual que incienso,
para expiar las faltas, el error;
purificar nuestro hastío
de tragedia y mentira,
lo que aún subsista de despojos,
los disfraces de nuestro interior vacío,
los sinlímites de la ambición,
la terrible carne del Ecuador,
acrecida de incógnitas y tumores.

Y...

"comulgar el fuego"

"en ese cáliz hirviente de terrores"

y "entregarnos en éxtasis" supremo
" a la infinita Divinidad del Cosmos".

HACIA EL OCASO

En mi viandanza hacia el ocaso,
con decisión definitiva de hacerle
mi descanso,
destierro,
desvida,
deseño,
he sepultado en la vera del camino
mi infancia,
juventud,
adultez;
instantes,
días,
noches,
años
intensos;
hasta quedarme solo,
deambulando,
con los recuerdos succionando el alma.

Porque el tiempo del hombre,
igual que río,
fluye,
devora sucesos,
rencores,
1003

amores;
igual que bálsamo
purifica,
redime;
pero también.
decae,
escora,
choca,
se detiene,
muere,
en la gruta de los misterios,
detrás de los muros de la nada.

Regístradme:
estoy anticuado,
hecho con sutilezas
de alboradas absortas,
el vaho de tardes lentas,
ansiosas de evasión furtiva
hacia la compacta dinastía de los Andes,
cuando la grandeza cárdena del ocaso;
y más allá,
cuando la zozobra de las estrellas
izadas en lo alto de la noche,
alteradas con perfume
de alamedas cósmicas
y litorales eufóricos de abismos.

Llevo las sienes heridas

por el oleaje de instantes yermos,
y ceñidas por las menudas
pupilas del insomnio.

Tengo los ojos ciegos,
quemados por fuegos celestes,
cuando asumí el vuelo
de una - ala fantasía -.

Absorbidos los labios
por el tacto ruidoso de las palabras
y con ellas:
vocablos,
conceptos,
juicios,
raciocinios,
verdad,
mi verdad blanda,
como el sueño delirante del tallo,
que sustenta el color tersurado del pétalo;
o triunfante,
como la altitud del fuego
conducido por la pasión del viento,

Abridme el pecho,
como quien abre una puerta,
cuando clausura en sus reconditeces
cosas,
seres,

soledad,
desiertos,
desesperación;
y aquellas cosas monstruosamente
invisibles,
quiméricas,
estupores,
que las siento,
oigo,
palpo;
tienen relación con lo eterno,
me buscan,
miran,
llaman,
atraen,
dominan,
hasta el mayor terror
o la más profunda delicia.

Esta es mi carne
con sus maneras de ser - a s í -
sus malicias,
mentiras,
costras,
contrastes;
hasta quedar encallada
y desnuda,
de odios,
miedos,

en lo esencial humano;

pero, si, acosada de preguntas,
cavilando,
en éxtasis,
tarareando en el interior
"cuando tú te hayas ido..."

Llevo en mis manos,
el diálogo de la savia con la espiga,
los blasones del árbol repintados
por dispersos ángeles de viento,
los lebreles ágiles del agua
en el prodigio undoso del río,
la seduciente sonrisa blanca del papel,
para la confesión dispersa
en memorias,
nostalgias,
cartas,
secretos,
retratos,
donde camina el corazón
repetiéndome con exactitud mis culpas;
y donde se dobla la noche
en anhelos,
designios,
conflictos,
confidencias,

que los veo llegar cautelosos.
Y baja el pensamiento
se apodera del renglón en turno,
llegan sus mínimos fulgores
venturosos,
pausados,
prodigiosos,
risueños,
jubilosos.

Y caen las sombras
súbitas,
espesas,
lóbregas,
admonitivas,
desde el suplicio de la duda,
los peldaños del silencio,
y la inmensa escafandra de la nada.

La noche se posesiona de mi espera larga;
ya soy su elemento propio,
estoy en su ritmo,
en su cavidad;
jadeo su misma sal,
su abismo insondable,
- latitud del sollozo irredento
y pátina triunfante –
su vértice de grito
y soledad

y olvido
a b s o l u t o s.
Mientras la soledad labra el silencio
en la cal de los huesos;
la brújula se detiene.
En la distancia de Occidente.
Dios me vigila.

HERMANA LUZ

Llamé a tu corazón.
Buscaba el cauce seguro de la paz,
en tu silencio espiritual mi resurrección;
y fue una sola palabra más
grande que el cosmos. Me dijiste Dios,
que deviene bondad, luz y belleza,
manantío irrefrenable de dulzura
para el hombre y la naturaleza,
fuerza en la verdad y en la más pura
humildad silenciosa de las almas.

Con pétalos relumbrantes
golpeaste mis sienes; fue piadoso rocío
para mi sed de abismos y de alturas,
sustancia perlada, atavío
espiritual, dilución de diamantes,
soplo de albura.

Cuando abandoné la puerta
de tu convento,
ya tuve la respuesta.

Transparente, ilesa, leve,
quedó dentro de mí toda tu nobleza,

suscitando excelencias;
en íntimo silencio solo escuché
suave roce de plumas, música de nieve
encendida en torno tu límpida presencia,
y sobre mi alma, con certeza
de salmo, el venero de tu fe..

Tus ojos de humildad enternecidos,
como mínimos cirios,
los tienes donde brilla el firmamento,
donde se alza la cruz,
como ceñidos
al divino dolor, al supremo martirio,
donde se arrodillan la luz
y el pensamiento,
y se purifican los sentidos.

Tú, más allá de la hermosura,
en el advenimiento del milagro,
en el dulce destierro del anhelo,
abordo de la buenaventura,
del bálsamo armiñado para el rito,
donde se inmensa la azulidad del cielo
y anida el corazón del Infinito.

Dócil a los candores,
olorosa a virtud y perfección cristiana,
más humilde que gota de relente
o un instante de luna en la mañana,

augusta como el brote vertical de las flores,
reclinada en blancura transparente.

Con cuanta majestad, ilimitadas
brotan de tus labios las estrellas,
con tu oración transfigurada en trino,
diálogo de alboradas,
campaneo de alturas, tras inefables huellas
livianas y gozosas del amor divino.

Haces de tu carne un cuenco de alabastro,
con gesto lento de ternura suprema,
con suavidades de cristal musgado,
cuando te agigantas para el divino fasto
y aposentas en tu boca el Lirio Pascual;
mientras un júbilo de emblemas
y aleluyas se ponen a tu lado
haciéndote cortejo triunfal.

En tus primorosos cantos virginales,
con tranquilos retumbos de saudades,
prodigios de plegaria y holocausto,
me parece que vas a bordo del incienso,
que te haces delicado aroma,
en el flotante ascenso,
que decoras el templo con brisa de bondades
y un delirio blandísimo de palomas.

Mujer hecha de nube niña,

de resplandeciente espuma imperturbable,
de algodón depurado en filtro de luceros,
de nardo que camina
por místicos senderos,
en íntimo coloquio con la eternidad.
Dime. ¿Quién sembró en tus manos
demasías de piedad y amor inefable,
y esa llama de arcano?

Y mientras el mundo sigue ciego y triste,
ahogado en odio, sangre y tinieblas,
estás tú: espíritu casi sin piel,
evidencia de cofre donde existe
una humildad más dulce que la miel,
alegría saludando al tiempo limpio.

¿Como decir tu nombre?
¿Con qué concepto definir tu existencia?
Si habitas en carne apacible,
purificada para la excelencia;
si tu alma es fracción del Verbo;
si tu nombre está escondido
en lo hondo del sacrificio,
más allá del olvido
y en constante ejercicio
de éxtasis inescrutable
ante el Crucificado;
absorta de su amor sin fronteras,
de su misericordia infinita,

bajo el fragor de las estrellas
y de Dios.

HIJA

Te esperaba en la corriente limpia de la vida,
donde comienza la ternura
su vigilia de luz
y primordiales éxtasis de espíritu.

Desde los instantes
en que el alma puso su felpa de sonrisas,
y la palabra se obstinó a la verdad
y a fragancias celestes.

Tenía las manos incendiadas,
desnudas
y puras,
para amoldar el pensamiento
en la esperanza;
para ofrendar en las madrugadas
el intacto júbilo de mis ojos;
y para traer desde distancias insondables,
en un chorro de luz,
el milagro profundo de tu cuerpo
con su blandura de fábula
y sus vertientes de música.

Tú me enseñaste a estrenar la transparencia,
1014

la bienaventuranza;
me ufanizó la sangre
tu tacto del tamaño de un pétalo
de inocentes colores;
escuché que hacía El Infinito
un ruido inefable de alegría desde tu boca pequeña.

Hoy miro tus pupilas
para recordarme a mí mismo
y saber que existo
cabe la inmediata presencia de tu fe,
de tu palabra siempre al acecho de ilusiones,
de tu lucha para agrandar el horizonte.
Pero, también, dentro de tus silencios,
respirando eternidades;
o ceñido de tristeza,
en tu llanto secreto
y en tu neblina sin eco.

Ahora, entre ahogos de nostalgias,
retorno a los confines
donde quedó la infancia
tuya y mía,
bajo el fulgor de estrellas sin olvido.

Ahora, muchas veces,
transido de angustia y de fatiga,
me refugio dentro de la piel de tu hijo,
para retomar la diafanía,

y tener tu presencia íntegra
con sus afanes
resurrectas en su sangre
y en su conciencia.

Es difícil decirte: ...
por esta sed que sufro desde antaño
busco aún la húmeda brizna de una estrella,
algún espejo de agua,
que conserve el brillo del ensueño
y de la esperanza,
me invento golondrinas
con gesto de distancias,
para que dibujen en mis pupilas
riberas remansadas
a la medida de la paz.

Aunque te confieso,
extravié la sonrisa, no sé donde,
tal vez cuando arreció el viento
su ululante soplo de soledad
y destrozó mis sienas
cultivadas como un edén interior.

Mi vida:
ínfima aventura,
o río que va de prisa hacia el océano,
turbio ya de escombros y de ausencias,
paralelo de una sombra caudal,

fina
y fría;
esta vida, a veces tan dócil al tedio,
a las mareas de la angustia,
del dolor
y de la nada,
sólo se solaza en certeza
de tu existencia.

Y mi palabra, tímida ya,
y teñida de ocasos y de lunas,
te entrega su pureza
y un esplendor de vida
segado en un hortal antiguo
y sin límites.

HIJO

Quiero saludarte,
descubriendo las arrugas de mi frente
adicta al sol;
con el corazón alzado,
como si levantara una fogata
para hacer lujos de alegría
ante la esbeltez emblemática de tu vida.

Darte en un abrazo
mi credo mayor de tiempo limpio,
con los ornamentos del viento,
que me llega evocando
la orilla azul del firmamento;
el quehacer doméstico del agua,
que sabe a cristal y platino,
obstinada en hacer rapsodias
de amor al paisaje y al hombre.

Darte en mi palabra
la convocatoria a la lluvia,
en su costumbre ortodoxa
de escribir en las parcelas
los poemas migrados

de la altísima meditación de la nube,
que pendula
entre la soberbia de los volcanes
apoltronados en la rebeldía de los siglos.

Publicar en plena heliofanía
con el verbalismo de la cascada
y los fastos apoteósicos del relámpago,
esta verdad tan sentida de amarte;
proclamar que habito un punto en este mundo,
voy del brazo de los recuerdos
por las vertientes del otoño,
y me valoro entre los seres y las cosas,
porque existes tú.

Más de una ocasión
he dialogado con la naturaleza,
subido a oteros frumentales,
ocurriéndome gozo elemental;
o cuando estoy próximo a la oración
he visualizado en mi consciencia
el Índice Supremo;
porque he visto tus manos limpias,
tu corazón fervoroso,
debajo de la Cruz,
recolectando mis cansancios,
vaciando tus anhelos.

Intransigente con las huestes de la noche,

abrí los aldabones de la vida,
crujiéndome la médula;
mi denuedo fue por las canteras de la luz,
las tranquilas playas de la bondad,
el amor a la Patria,
dadas con largueza por mis padres,
que las paso a ti,
como designio para señorear la tierra
y magnificarte ante Dios.

Estos versos elaborados
con dual esencia de amor y respeto,
recíbelos en el cuenco de tus manos,
el ademán risueño de tus labios;
arrímalos a tus sienes,
adhiéreles a tu nombre,
recuérdalos como verdad perenne
en el sesteo soledoso,
en las trepidantes esquinas sociales,
en el rumbo placiente de tu vida.

HISTORIA -PARA MIS HERMANAS-

Ayer...

Desde nuestro pulso crecían los amaneceres,
y con toda la fuerza de la vida
nos centrifugaban las pupilas
y todos los sentidos
al vértice de los instantes de espuma blanca,
hasta el inicio de la noche
y sus abalorios altísimos.

Música y color:

hacían piruetas mágicas sobre la flor,
nos efluviaban las manos de perfume,
de novedades marcadas de prodigios elementales,
o nos afinaban las sienas
con vidrios cordiales,
arpegiados por los astros;
nos hacían propicios
y transparentes
para escuchar el testimonio de las cosas,
el murmullo vital de los seres.

Porque buscábamos la levedad
y consagrarnos a la dicha,

1021

con fervor siempre nuevo,
nos desvanecíamos en el agua del arroyo,
íbamos sin cautela
por las sombras barrocas de los bosques,
cabíamos en las cancelas del azul mañanero
y en el libre aleo de la brisa,
nuestros brazos se enredaban cordiales
con los cálidos terciopelos de la luna,
que nos conducía hacia la gallina ciega;
en cualquier rincón encontrábamos
los personajes de las mil y unas noches.

Hacíamos nuestros los predios del parque,
escaparates y vitrinas,
con su constelación de claridades anhelosas;
aunque siempre nos vigilaba erguido
el farol de la esquina;
alguna vez pretendimos cercenar su pupila
con un filudo grito de sarcasmo.

A golpes de fantasía nos resignamos
a los caprichos del ensueño,
a las cosas extrañas;
la poesía nos confidenció sorpresas,
que luego fue oficio jubiloso,
inocente convicción de sangre,
y nos hizo lícito interrogar a la belleza
con la sonrisa total de la piel,
o con todo el llanto del alma.

Dentro del corazón, aún sin pliegues,
fabricamos secretos
con intención de anécdotas,
para exhibir su encendida fragancia
ante el juicio crítico del gorrión,
de la nube,
del sol.

No lo negamos:
muchas veces apagamos los ruidos exteriores
para mirar los precipicios
llenos de sombras y de brillos inextricables;
palparon nuestras manos
el espejo frío de la tristeza;
y sin saber exactamente por qué
las palabras abandonaban el cuerpo
y subían por sí solas
escalas de incienso y de plegaria
hasta el reposo grande de la paz.

Desde todo lugar
descubríamos con esmero y amor
el paisaje nativo,
fabulábamos la Patria,
que emanaba íntima
desde los prodigios del amor hogareño,
desde nuestro asombro cotidiano,
siempre nuevo,

con espesura de verde triunfante,
la multitud de montañas
en vocación de nieve,
glorificando la blancura
y fumando el gris de los abismos.

Eran lo mismo:
el fresco murmullo del viento
interesado en la alegría de nuestras aventuras,
o descubrir la frente
para la bendición paterna,
paladear los frutos en la mesa frugal
o poner las pupilas
a la altura del libro
y en las manualidades
de colores y formas iniciales.

Después ...

Ahora ...

Nos golpea lentísimo
la dulcedumbre de esa historia;
y sobre el livor de las horas occiduas
cae fragmentada la añoranza.

IDA SE HA MI JUVENTUD

Ida se ha mi juventud.
La añoranza que enjardina mi sien
me abrumba con perfumes de ayer;
me replego en mi submundo ilusivo
y en la holganza de la tarde veo:
un río que desbordó el cauce
con su inquietud de distancias
para entrar impetuoso en la oceanía,
confín de las quimeras;
un enorme desierto de ceniza
diluviado por dentro de tristeza,
ardecido por vehementes deseos;
un árbol solitario pero firme,
crecido sobre otros de silencio
y atravesado de viento lento y frío
que a veces se huracana retador.

Miro en mis manos las páginas en blanco
derrotadas de tiempo y de neblina,
pero en ellas se adivina
un flamear de salmos y banderas,
tienen señales de asombros y de súplicas,
un sonido de sol y de brisa,
1025

confidencias de alas y de peces,
una leyenda azul
todavía inconclusa
escrita en la hora fraterna con las flores.

¿Dónde está mi palabra,
que fue proclama de carne perpleja y sensitiva,
de espíritu reclinado
en cristal de transparencia infinita?
La descubrí trémula,
dibujando sorpresas
en el fondo de mi alma;
con ella ascendí, sangre arriba,
hasta las torres donde campaneaba la emoción
y se docilizan los espacios.
¿O es que se desplomó en plenitud de grito
fatigada de anhelos y preguntas
por gárgolas de vacío?

Pero llevo el calor de besos
decorando mis labios
con mágicos conjuros;
y alguna sonrisa
que quiso ser un cofre
para guardar la dicha
fugaz de la ternura
y el gesto balsámico de la amistad.

Pongo por testigo al dolor,

ante el universo y el hombre,
de que he vivido en libertad indoblegada
la fanfarria de la vida;
él lanzará a mi estatuaria,
en su dialecto maldito,
los retumbos de sueños quebrantados,
el naufragio en la sombra,
los motivos de la soledad,
que ensanchó las heridas del silencio.

Y por testigo también la fantasía,
que desbordó en apoteosis de belleza
su límpido nectario de excelencias
hasta inebriarme de luz
y maravilla.

IGLESIA PARROQUIAL

Con labios azules el arroyo canta,
pintado las distancias,
amurallada por riscos andinos;
algunos eucaliptos arbitrados en hileras
y capulíes, donde pregona el mirlo
su imponderable alianza con los amaneceres;
la iglesia de aldea pobre
enovilla las sendas barrocas del valle,
la mirada vigilante del otero;
el frío forastero entra a empellones
para apagar las velas
languidecidas de esperanza y de fe;
y donde las gentes
detienen su fatiga en los domingos
para humanizar su fortísimo olor labriego.

La Iglesia otea el tiempo,
mientras la campana derrumba agoreríos
sobre las achatadas viviendas del villorio;
en la plaza se amontona la curiosidad
delante de plátanos
lisiados por manoseos sucesivos,
el mote con vaharadas húmedas,

frutos que traen un poco de paramía
y otro poco de manigua;
y la plenitud de colores y cosas,
que reinauguran en este día
la pequeña vanidad campesina.

La iglesia apoya su sombra en la calle
en la que rebotan los saludos,
se arremolina la risa de los pequeñuelos,
el betunero pone tinta en el olvido,
las pupilas se juntan
en la única ocupación jubilosa
del domingo...

En una esquina algo lejana
unos caballos meditan cabizbajos
el galope de otros tiempos.

Dentro de la iglesia se desliza solemne
y cejijunto el silencio,
el sol guiña su estuosa altanería
por las ventanas engrisadas de polvo,
los suspiros cuelgan su algodón gelatinoso
en las desmoronadas columnas,
donde alguien olvidó antiquísimas jaculatorias,
los velones hacen luciente inventario
de súplicas secretas,
ascendidas por espirales de humo.

Súbito se atumulta un crepítio
con el canto grueso de la feligresía,
que quiere exiliarse en los brocateles
para sorprender algún prodigio
en los aleros del Altar Mayor;
un sacerdote indumentado de misterio
monopoliza la atención,
pastorea intangibles ritos
en dimensión de paz:
habla, gesticula... habla...
estimulando el suspenso.

Por la tos violenta y distinguida
todos saben que está el Teniente Político:
vestido de negro,
camisa deportiva recién planchada
y zapatos que chirrían en cada paso;
(la iglesia es el único lugar
donde ocupa el último bancón);
su mujer con polleras vistosas,
en la mano una vela adornada con flores,
se pone delante de todas las miradas.

IGUALES

Vagabundo: Ahora que te encuentro
puedo decir que te conozco íntegro
y soy tu amigo.

!Oh, ser caído en el abismo,
mitad aventura sin tregua
y otra mitad mendigo!

Ya podemos mirarnos frente a frente
sin ocultarnos nada:

esta lenta soledad que nos sustenta,
este linaje de fe hecho cenizas,
esta propia orfandad de hombre río,
hombre camino,
hombre llamarada.

En tu mansa costumbre de intemperie,
desde el constante sitio del vacío,
blandes el estrago icterico del hambre
y la miseria,
como muñón funéreo y suplicante,
y sabes recibir en carne fría
la moneda arrojada a cualquier parte,
los oscuros puñales del desprecio,

las moscas que anidan en los ojos
y acarrear rumores de tinieblas.

Heme también aquí:
tan cierto como sombra pequeña
que extravió sus estrellas;
derrumbado bajo un montón de noches;
o acaso diletante equivocado
en la arista de un grito,
que profanó la vida.

Definitivamente es también mío
el dolor clandestino que se alarga y ensaña
donde es más íntima y buena la existencia;
mía la sangre herida y escombrada
donde instaló sus brújulas el alma.

Bajo el peso de esta piel, mis pasos
con su oficio de búsquedas remotas
sin arribar jamás;
paso entre el ventisquero humano
y su mercado opulento
de pasión y cenizas,
donde se repiten mis caídas y extravíos;
ya entre las sombras de la tarde,
que crecen, crecen ...
Y me circuyen lentas.

Llevo sobre los hombros

un odre saturado de escorias optimistas,
espejos soleados en un jardín antiguo,
las palabras menudas del silencio
y aquel aire oloroso de ensueños,
que, tu sabes, a veces vivifica
y otras veces, cáustico, destiñe el alma.

Estiro mis sienes angustiadas de urgencias
hasta el misterio esquivo,
pidiéndole delgadas monedas de verdad,
mis arterias desnudas hacia la venda amiga,
y el dolor que padezco
hacia un rumor celeste ...

Y aún quiero evadirme
por las cúpulas del viento
con mi efímero temblor de espíritu.

Indio Montaña De Mi Patria

Tú y la tierra:
una misma sustancia morena.

Sobre el páramo
tu perfil impávido al frío,
arrimado al silencio
y al vacío.
Pequeña mancha escarlata:
poncho que se mueve,
zamarro que tiembla en cada paso,
en cada ira,
y el acial en la espalda,
que sirve...
además..
para prevenir la dirección del trueno,
destruir los huracanes anárquicos,
que vienen desde lejos ululando
y quieren destruir tu cebadal
y tu choza.

En las colinas
tu gesto de estambre,

o de árbol huracanado,
escuchando la caída del polen del tiempo,
apretujando los elementos
contra el blanco corazón de las espigas,
convocando rebaños
por aventuras de riscos
y rutas de polvo y de neblina.

Y por todo lado,
siempre ...
tu cantidad de trabajo
moldeando el paisaje de la Patria,
modificando el valle:
río, bosque, surco, huerto, pegujal...
“Sumac Allpa”
con tu aliento y tu cansancio,
con todo el cuerpo hacia fuera,
casi sin sombra,
innumerable voluntad de siembra,
de cosecha.
tributo de sudor y de fuerza,
crugiéndote los huesos,
finándote lento,
en el langor del día,
desde las primeras escamas del alba,
hasta el tránsito de luna y de luceros,
desde el yodo quemante del sol,
hasta el granizo;
desde longuito tatuado de miedo,

mutilado de juegos
y sonrisas,
detrás de alguna humilde bestia,
hasta morir sin fecha,
mirando las nubes,
escondiendo, súbito, el pulso;
en la mano por fin,
un puñado de tierra,
tu tierra,
“Sumac Allpa
Hombre pedernal ya apagado,
sin tumba,
porque cae desnuda y sumisa tu ceniza
en la ribera del tiempo,
y sólo un temblor póstumo de lluvia,
de lágrima abatida por el viento,
y un ocaso de sangre en cuajarones
deglutidos por sombras,
por olvidos.

Tus manos siempre presentes,
tienen olor de llaga antigua,
de súplica humilde y rota
por la carcajada herrumbrada
de la molienda y de la mina,
del obraje, tejiendo el dolor de diversos colores,
de pequeño amor al huasipungo escamoteado.

Manos cinceladas al igual que la piedra barroca,

iconoclasta,
aferrada a los templos,
que hiciste crecer
más allá de la esperanza y del orgullo,
sobre tu humildad
y la desnuda curvatura de tus espaldas.

Tus manos hacen visible el viento
al oprimir la esteva
y poner señales de sembrío
sobre el otero;
al hipnótico vaivén
del azadón y del bieldo,
en afán de grano limpio
y urgente.
Acarrean olor de junco torcido,
de pocillo cotidiano,
de harapos domesticados a fuerza de tiempo,
de barro amasado en parábolas de surco,
de carbón y tiesto, sonorizando el maíz
y la máchica;
pero también el olor de esa vieja saliva:
escupitajo de hambre y de tuberculosis.

Cierto que habías ocultado
tu rostro en las alturas,
mimetizado de pajonal,
de retama,
y de chilca,

para despistar la furia de los elementos;
o de lechuza de ojo transitivo,
para otear los enigmas de la vida,
los sospechosos espectros de la historia;
o de río, nuncio de esperanza o de catástrofe;
porque corriste torrentoso y sonoro,
- cimarrón de la noche –
junto al aúllo del perro,
para desgajar los roquedales,
y convocar al cóndor,
al puma, al volcán, al trueno,
para que estén juntos al odio
y juntos a ti,
en esta larga noche ...
Tu sabes...

Por eso tienes todas las distancias,
en cicatrices que no se extinguen,
crepitándote los pies,
desde el anteayer catastrófico
de sismo social grande,
en cuatro siglos:
- cuévano de pavura –
donde el dolor
desató flamígera la espada,
que hizo triste a tu raza;
donde se escucharon tus rodillas infinitas,
temblando sobre las piedras,
estaba prohibido el corazón,

y fueron sólo póstumos:
la cruz, la bendición y el agua.
A través de la noche llegas llorando,
como postal pintada adrede
para el luto de la Patria.

Vuelves desde fuera de ti
a dentro de ti,
a tu savia,
tu raíz,
tu fruto,
con la sangre multiplicada en mareas,
incontenible y redimida,
consustancial a la historia:
"Huacay Ñan".
Y la historia vuelve a ti,
se aproxima,
flameando su luz para siempre
y para todos.

Creí que sólo respirando tinieblas,
masticando las vértebras de un grito,
me atrevería sacarte de la memoria,
y proclamar tu nombre,
hasta percutir en las montañas
con urgencia de estrago.

Pero voy a tu encuentro,
me pongo junto a ti,

con mi palabra rota de tormentos
y de remordimientos,
puedo decirte tantas cosas: ...
que te siento como una roca
que anda y rebota
sobre solfataras de rencor y de angustia,
arrugada a fuerza de caídas y golpes;
dédalo arrancado de un peñasco andino
en la espesura del tiempo,
tan lejano,
a donde sólo llega
tu leyenda de pedernal,
pucará, tolita, Inti Raymi,
el salitre de tus ojos cercenados,
la cal diseminada de tus huesos:
porque siempre te cambiaron de dueño,
de golpes,
y de muertes;
mitimae a la fuerza,
al despecho sin frontera
al exterminio.

Quiero compartir contigo
la dureza de la Patria interrumpida;
desdoblar la madrugada
como poncho de dos lados:
libertad y justicia;
proclamar nuestra partida a la esperanza
semillando la fe,

en constancia de brazos juntos;
enredar tu fatiga rural
llena de signos frutales,
con mi fiebre onírica de parábolas,
pasión de mar,
himno triunfal,
y en propósito de amor universal.

Quiero compartir el saludo
al futuro irreversible
y perfumar la tierra y los espacios
con todo lo que en ti vive:
- retoño idóneo de gloria
sin límites –
y con esta materia mía:
palabra pura,
que encontré altísima de anhelos
en el lecho de los siglos,
en el cortejo confidente de estrellas,
en la frente,
crecida en verdad,
de luces transparentes.

Letra a letra, mi palabra
creará una oración
omnisensual,
fuego de espíritu,
dedicada a la vida y al hombre ecuatorianos,
con ritmo de sangre cicatrizada,

de corazón sin llanto,
de sienes lavadas de recuerdos oscuros
con la risa alegre de los niños,
de domingos con espacio para la campana,
con noticias buenas
y una sinfonía de amistad y de paz.

Pondré a caminar mi pensamiento
palmo a palmo en los milenios,
para llegar ufanizado a tu ancestro de sol,
de montaña,
y de leyenda.

Yo tengo evidencias de haber estado junto a ti,
filtrado de luz,
con ansia suprema de paisajes y de astros,
fluyéndome en primaveras plurales,
habitando en los labios del tiempo,
fertilizando de anhelos la cordillera
con mi huella de trópico y volcanes.

Por eso crecí con tu maíz,
juncos y retamas,
con el brillo vertical del sol,
con los sedales de la lluvia,
que alargáronme las pupilas y el alma
hasta la alegre altura del capulí,
del arrayán,
a la cálida lujuria de la caña brava,

hasta llegar a la azul veleta del gavilán,
exiliado en la heliofanía roja de la tarde,
a la crátera mansión del cóndor,
al remolino de cumbres,
pintados por vientos de infinito,
descolgando distancias estelares
y retumbos de rayos.

Igual que tú:
soy tiempo de tempestad
y de intemperie
agolpado en la sangre;
soy vértigo de alas,
de nieves, de cascadas;
soy trozo de basalto,
clamor solitario de farallón,
cuyo extraño destino
es ascender eslabones de espuma
y de neblina.

Amo las cosas que tu amas:
el aire libre de la vida,
el camino delgado de la luz,
la elocuente parábola del arco iris,
el rumoroso júbilo del bosque,
la sombra cabizbaja para el almo reposo,
el parloteo de la fogata,
para el íntegro calor de la amistad,
la sonrisa del agua

de fluida autoctonía,
el patrio horizonte,
alzándonos para la eternidad.

Eramos y somos
habitantes de un oscuro dolor de Patria,
de América y del mundo.

Pero es enorme mi fe por tu destino grande,
mi obstinación de trascendencia nacional;
milito fiel
en redenciones de cultura
y fertilidad de alma,
que estallo en vislumbres aurorales,
borbotones de amor
y derrumbos de espíritu en la tierra.

He aquí mi palabra:
te la doy íntegra,
como se da el abrazo,
con todo el corazón,
porque es apta para dialogar con las montañas
y escuchar el crujido
de sus ígneas entrañas,
poner señales sobre las cumbres
donde espejean el sol tropical
y el infinito.

Con mi palabra he hollado tu sombra,

tu dolor,
y tu silencio;
he juntado el temblor de tu costado
con el temblor de mi frente;
pero también tu orgullo de páramo bravío
con mi pertinaz bandera de esperanza.
Con ella pongo mi emoción y tu desvelo
en brocales de abismos diáfanos y sonoros
para escuchar los armónicos del futuro.

Porque nos sabemos surgidos desde el fondo
de la historia y de la tierra,
como río humano,
o curva impetuosa de mar,
que corre hacia remansos de bondad
y de paz.

Y nos vamos juntos y desnudos,
como por brillantes párpados de una estrella,
trasladando añoranzas,
trasmutando recuerdos,
para florecer en instantes de gloria
de la Patria Absoluta.

Tú y yo estamos en el libro:
ánfora que desnuda sus cristales de aumento
para escrutar sorpresas,
para quemarnos en las fogatas de la sabiduría,
horadando las sombras,

que amuran la verdad
y la utopía.

Rompimos el sello de la muerte.
Tú y yo somos eternos.

INSOMNIO

Me sumerjo en la noche mórbida:
sustancia de carbón y ceniza,
hacinada,
apretujada.

Todo su peso sobre mí,
martirizando las sienas,
trajinando la sangre,
repletando los sentidos,
vulnerándome el alma.

Oigo los instantes, que se diluyen lentos,
el silencio inmenso,
profundo:
sus oleajes lóbregos, imperecederos,
lentísimos
y agresivos,
hinchados de vacíos espectrales,
con arcanas confidencias de dolor,
con fogatas de asombro intransferible,
podredumbre de angustias,
solfataras de sombras.

Viajo sin rumbo,
desesperadamente,
por cavernas antiguas de la memoria,
donde yacen mis palabras inválidas y absurdas,
mi nombre desnudo de formas,
la demasía de quimeras
con pedazos de vida,
de anhelos,
desde la antigua página de mi historia,
desde el impávido farallón de la nostalgia.

Adentro.
Muy adentro.
En el abismo abierto,
ilímite,
hay un monstruo sollozante,
gira en espiral inmensurable
sobre su propia piel de negrura;
herido de soledad y rebeldía
lame los mármoles fosforescentes
de un infinito inmóvil.

Un par de pupilas me miran fijas,
intensas,
desde más allá de la verdad
y la mentira.

INVITACIÓN

Desnudos, en la luz,
vámonos al país del asombro
y del éxtasis supremos,
a renacer en lo móvil eterno,
en la profundidad ilímite;
vámonos a navegar en lo imposible,
donde no alcanza el desafío torpe
de las cosas pequeñas,
de la baraúnda de los seres encadenados,
del hombre unánime
inconsciente de su atadura de alma,
cercenado y medido día tras día.

Ausentes ya de cuerpo,
busquemos la palabra infinita
en el refugio de los astros diluidos,
donde ancla el fuego de la nada
y no existe distancia
entre la eternidad, la vida y la muerte;
no puede cercenarnos
el péndulo universal del tiempo,

1048

ni puede acumularse en los ojos
la ceniza del dolor y la dicha.

Oh, qué maravilla,
llegar hasta el abismo sin formas de la idea,
poseer la infinita blancura de la soledad,
conocer la eterna permanencia
fragorosa y ardiente del arcano,
sentir su libre sustancia insomne,
que mana íntegra y sucesiva
en euritmia perfecta
y omnipotente deseo,
para formar las cosas eternas.

LA ESPERA

Esperaba al amor
con el corazón más grande que el universo,
con una antiquísima alegría en el alma,
vestido de fiesta y de abril,
erguido en los ensueños y en el júbilo,
con la edad de la esperanza en los ojos,
en los labios el temblor de un augurio,
la voz gozosa,
el nombre de mil quimeras,
y la unción de Dios.

Así esperaba al amor:
para mirar frente a frente
el milagro de las alboradas,
estar en la proa de una estrella
y poner el rostro junto al sol.

Para edificarme un camino de emociones
desde la primera palabra
estremecida de verdad,
y su perfecto eco estirado
más allá de la noche y de la vida,
1050

hasta una montaña de luciente azul,
sin ayer ni mañana.

Tuve los brazos listos
para abrir todos los pórticos y ventanas,
que reciba mi carne un tributo de belleza,
mis sienes una vía láctea de infinito,
un oráculo constante de bienaventuranzas,
y en las manos
una espiga y un vaso con frescura.

Ejercité el oído
al espumoso secreto de los caracoles,
al amplio aleo que proclama horizontes,
al mineral de una campana
con su canto de aleluyas,
de saludo triunfal a las cosas,
a la vida
y a los hombres.

Así esperaba al amor.
Pero llegó un enigma
con recio clima de tempestad y ventisco:
que desnudó la carne hasta su primer calcio,
desnudó el sentimiento hasta la sangre lenta,
desnudó el alma hasta el dolor y la angustia.

Quedaron las pupilas cercenadas,
rociadas con los signos del ocaso,

en las sienas el clamor de media noche
con su impávida rueda de soledad,
en las manos el pálido color del vacío,
en la boca una hilera de interrogaciones:
por qué ... por qué ... por qué ...
seduciendo en cada instante
a la muerte
y al abismo.

LA MUERTE DEL SOL

!De profundis, naturaleza!
El sol va, se desliza,
se hunde serenamente,
majestuoso agoniza,
cautivo ya en la augusta belleza
de los abismos de Occidente.

La tierra desolada se humilla,
cubre su faz con enlutado velo;
sobre el perfil más alto del otero
los árboles se ponen de rodillas;
en el espacio como en un templo inmenso
no se oye ni un acento, vaga
el paisaje atónito, suspenso,
el silencio que su dolor propaga.

Ruedan las sombras desde abrupto peñón
y en fúnebre estampida
toman posesión
del río, que en su huida
se esconde en un oscuro
rincón de la cañada;
tan sólo desde el terroso muro
1052

un helecho blande su espada.

Muere el día
con el último suspiro de un rosa
y se efunde lenta una fragancia fría;
la sombra tiende su felpa en toda cosa,
escombra las formas de la piedra,
difumina en los caminos toda huella,
y el silencio trepa como inmensa yedra
hasta el párpado remoto de una estrella.

Inmutable atalaya el Chimborazo
el éxtasis supremo de los Andes,
su blanco fagonazo
es la ofrenda grande
al tranquilo finar del fúlgido proscrito,
y en lenguaje cósmico se expresa
un soberbio empuje de grandeza
que horada el azul del infinito.

!De profundis, naturaleza!
Toda la tierra es la mansión desierta
de una inmensa tristeza;
la materia está muerta,
también se oculta mi alma
con sus despojos de misterio,
como barca perdida
en la aparente calma
de la noche profunda y dolorida.

LA TARDE Y TÚ EN MIS RECUERDOS

La tarde reclinada íntegra en mis instantes,
la soledad acodada en bruma, mirándome.

Detrás de los vitrales del silencio acrecido,
la añoranza de ti, como blanco pañuelo.

Apto para envolver un corazón vencido
o registrar enigmas de adioses en los puertos.

Despléganse las alas quemantes del suspiro
bajo litoral húmedo de párpados heridos.

¡ Qué útil y fraterna esta sombra confiable
para envalijar mi dolor y ocultar mi vacío.!

Porque te pienso y sé que sufres. Hija mía,
bajo el absurdo alero de misterioso sino.

Te consagro el rubor de este poema escrito
con el secreto anhelo que sea mi refugio.

O el desvelo ataviado de insomnios de cristal

que lleguen a tus sienes copiosos de dulzura,

Oh, la intensa marea cuitada de recuerdos,
que me sale al encuentro y me tiene cautivo.

La memoria girante en vigilia alucinada
se trepa a la ternura donde habita tu nombre.

Y tu nombre me entrega plumón de ave reciente,
tropolía sonora de crisantemo esbelto.

Manso guiño de lámpara hecha con flor de vidrio,
círculos de guitarra para tañir saudades.

.....

Cuando yo absorto me asfixio de distancias
jineteando la frágil opulencia del arco iris...

Recuerdo: el rumor festivo estrenando tus manos,
la constancia de brisa alegre en tus palabras.

Tus pequeños milagros para el gozo del alma,
los mansos oleajes de límpida sonrisa.

Los días retoñaban con párvula inocencia,
saludando a la vida, la verdad, la belleza.

Luego la juventud te puso de puntillas

para contar estrellas en develo celeste.

Las persianas oscuras del contratiempo, a veces,
cerraban las ventanas claras del ideal.

Es recuerdo guardado en pomos de sigilo
tus discretas preguntas, dudas y novedades.

Y es recuerdo anudado con rudeza en la sangre
tu lento aprendizaje de lo que es la tristeza.

Tus estremecimientos al ceñirte la niebla
o cuando te negaba su calidez la aurora.

Aquella mariposa con cautivantes élitros
sobre el dúctil cortejo de ensueño y fantasía.

En el pequeño almendro familiar tu ligera
presencia esculturno surtidores de risa.

Tus manos anhelantes en el libro escolar
o cual tallos de nardo ante el altar de Dios.

El sol te recibía en las mañanas cálidas
con absolutos besos de obsidiana y rocío.

La brisa, las campanas, las torres, los balcones,
te arrojaban sus raudas golondrinas primeras.

La lenta melodía del surtidor abría
su frescura integral en tus brazos de seda.

La calle caminaba junto a ti hasta el parque,
derrochando vocablos con ritmo jubiloso.

La mágica fuganza para las vacaciones
dentro de áureas burbujas combadas de verano.

Perfume abanicado por el paisaje malva
penetraba caudal en tu piel sensitiva.

En tus grandes pupilas el bullicio de Julio,
la blanca llamarada de las cimas andinas.

Tu tacto tersuraba pétalos en el huerto
y encendía el vaivén de volutas propicias.

Tu percutida voz para nombrar las rosas
y enracimar los frutos de virginales formas.

Tu voz y la eufonía de vientos transparentes,
el dorado concierto del gorrión en la fronda.

La música del alba anchurosa de azul,
la estrofa recitada desde un domo de espuma.

A veces columpiaba tu frente en el silencio
en conjunción feliz con la luz de la luna.

Esa luna empolvaba el patio de la casa
para un breve coloquio con "La Gallina Ciega..."

Supe que fuiste prometida de un lucero
brillante en un ileso país de margaritas.

Y, así: oráculo de trébol y bálsamo de unciones,
en todos mis sentidos, dentro del pensamiento.

Perenne suavidad de latido aromoso,
conspirando la música, el color y el eraje.

Mientras llevaba a cuestras un fardo de bengalas
por la erátil orilla de la insaciada vida.

Inextricable el tiempo me escolló con sorpresas
y el auroral camino se destrozó de súbito.

Tenían tus mejillas inéditos encantos,
y ceñidas las sienes con azahar de estrellas.

Enclausurada mi alma, arañada de ausencias,
entreabría los ojos al filo de la noche.

Callaron mis saudades ahogadas de cicutas,
inasible, por yermo, mi hortal de fantasías.

Se adelgazó mi grito por los ocasos lentos,

lanzado de brocal gélido, ya sin eco.

Y hoy tengo el corazón cual bálago de estío
y en silencio le ofrendo olvidos del ayer.

...

Hija mía. Ya ves, mi amistad con la sombra
es transferir montañas de dolor al vacío.

La novia soledad va asida de mi carne,
ceñida de imposibles en laxitud sonámbula.

Suave y paciente acopia la bruma de la noche,
toda la desnudez escondida del alma.

En fracturada cántara bebe el húmedo abismo,
la esencia de la angustia de mis ojos cansados.

Mientras voy por oscuras oceanías sin bordes,
la quilla hecha de trunco caracol de recuerdos.

Arriba, muy arriba, lejano, indubitado,
el Índice Absoluto ha evidenciado arcanos...

LLAMADA

El silencio me llama sin cesar
desde el blanco alero de las cimas
y del fondo añil de los abismos.

!Oh, camarada ineludible,
de pleamares eternos!
Tu estupor de cristal
ha crecido en la tarde
de terciopelo oscuro,
para herirme las sienes
con mensajes de voz honda.

!Oh, tú: caverna ciega
donde percute
el indeleble inmenso de la luna!

El paisaje herido de noche
tiene una angustia sublime
y dolorosa;
en tanto yo, transfigurado,
y solo,
me siento unimismado

con el olvido universal del cosmos.

MARIA ALEXANDRA

Con María Alexandra,
mi nieta de espíritu y de sangre,
la alegría entra a la casa,
abriendo de par en par las puertas;
las ventanas ostentan
su mejor transparencia;
el espejo la identifica
con una oceanía de arreboles
y aleos de palomas de nieve ocelada,
que habían estado ocultas
en su firmamento tersurado.

El viento, que apacienta distancias,
con estaturas de ángel rejuvenecido,
llega ufanísimo,
la saluda con voz de primavera,
delante de ella
hace coreografías mágicas,
derrochando el perfume sonrosado,
que impaciente esperaba
en el muestrario de margaritas,
al pie del limonero.

El sol, desde su ignipotente
apetito de gloria,
lanza tupidos cardúmenes de belleza
y serpentinas en parábolas lúdicas;
el patio, más que nunca hiperbólico,
rebosa júbilo selecto;
en el arriate el trébol iza
sus recientes banderines.

Filoso, guardián secular,
engreído,
porque le acarició sus orejas,
sufre un dilema:
atrapar un colibrí policromado,
que ágil balletea
entre los abanicos rosados del arupo,
para obsequiarle a ella;
o inaugurar regocijada tertulia
con arcángeles de azúcar impalpable,
que hacen honores,
enfilados en el umbral de la casa.

Ella tiene veinte años;
ojos donde cabe
el álbum de todos los paisajes;
una voz capaz de enrollar la brisa,
derretir entre los labios un diamante
o hacer un pentagrama multifónico
con los estambres de una estrella.

Con su ingénita delicadeza
es apta para internarnos en una burbuja;
o impelirnos por escalones de luz,
hacia una nube blanquísima,
o a colosales torres de marfil.

Yo soy otro con ella,
salgo íntegro de alma
de mi camerino neblinoso;
y anuncio:
sus manos finas
propicias para mover la girándula
eterna del universo;
su nombre ante el milagro
sonoro del agua
y el preludio armonioso de la poesía;
su bondad,
que abrillanta la esperanza
y hace posible la felicidad
en mi vida;
y su verdad,
más alta y pura que las estrellas,
para la complacencia de Dios.

MENSAJE

(Al estudiante del Colegio Maldonado)

Estudiante Maldonadino:
Flor de Patria en trance de excelencias,
por la que sube hasta lo divino
el alma hecha vertical presencia
y uniformada de ideales,
de juventud, de júbilo y de llamas.

Clarea la alborada;
y sois la misma sustancia de esperanza,
la misma jerarquía alada:
la vida, el libro, el día y tú.

De súbito,
hay un hombre que se desborda en ti,
que efluvia sus arroyos de ensueño
sobre el vértice de la verdad y la belleza,
que llega puntual a vendimiarse la gloria
en la edad de la palabra frutal,
con sabiduría, libertad y justicia;
lanzas inexorable las encendidas sienes
a las concéntricas cimas del futuro,
para inaugurar las bahías de la historia,
1064

con insobornable compromiso de grandeza,
amor de azules ignicencias,
y ambición de infinito.

Estudiante Maldonadino:
Heraldo de la raza y sus cálidas savias,
empenachado de verdad y de alegría;
la lucha es tu destino,
ir adelante de todos los impulsos creadores,
hundido en las raíces y sustancias,
hollando muros, cimeras y distancias,
en pos de la victoria.

Ensancha tus pupilas
con el fúlgido parpadear de la verdad;
hacer tu fragoroso corazón
rayo flamígero, hiperbólica tempestad de ilusión,
hontanar de luz ilimitada,
que expanda diafanías
en el delicioso secreto de las cosas;
ser fuerza caudal de fe,
de torbellinos, de pendones,
de cumbres y de abismos;
para encender la entraña de esta tierra
con llamas redentoras,
para disfrutar la Patria
con fanales de auroras,
perfumar el tiempo,
su dimensión y esencia

con el arte y la ciencia.

Estudiante: Gemelo de volcanes
y germen de huracanes:
sigue derecho al sol,
amotina en tu frente
esplendores y briznas inmortales;
reverbera, expándete y estalla,
absorbiendo el enjambre iridiscente
de belleza y sapiencia universales;
florezca heroísmo tu alta pena
y hermosura frutal tu fuego redentor.

Sé como el milagro que se da en el agua
y su constancia de canto en movimiento;
o como el viento
que desborda sus campanas de júbilo
y su honda amistad de vida
en el innumerable paladar de las cosas;
o como el pan que se da en la mesa,
con su perfecta sal de amor humildecido,
con su sabor de espuma y de pradera,
y su cosecha unánime de Dios, de sol y de hombre.

Sé grande, intrépido y sublime,
ennoblecido de bondad y galanura.
Combate, lucha y muere con valor,
inebriado de excelsos ideales,
defendiendo tu altura,

tu ración de sonrisas, de honor y de justicia.
Que te encuentren erguido en ira santa,
cabe la libertad y las resurrecciones,
con la carne encendida
y el alma transparente en su escala infinita;
más allá de tu propia pasión enfebrecida
y de tus arterias tremantes de angustia.

El amor, el esfuerzo, el patriotismo,
sean la unción y el signo
de tu esclarecida jerarquía
en el dolor y en la protesta,
en la acción y en el canto triunfal
de este pueblo insomne de esperanzas.

Vamos hacia la luz, al tiempo nuevo,
hacia la libertad ancha y fecunda.
Ya clarea la gloria: azul y fuego.
Estudiante.

MENSAJE A LA MUERTE

Muerte:

Quiero entregarte todo,
y caerme súbito, vertical y de frente
sobre tu polvo absoluto,
como cae el árbol
de su palestra de vida;
o alegre y desbordado
como el súbito salto
de un torrente de espumas
sobre la impávida dureza de una roca,
o difuminarme silencioso,
como velero perdido entre brumas
empujado por una onda de mar inexorable.

En tu eternal designio
toma de entre las sienes mi ideal:
clepsidra translúcida, omnipresente,
engendada en mi ayer
a imagen y semejanza de mi conciencia,
con el justo peso de mi sangre;
hacia ella alcé mi angustia en llamarada,
tratando de llenar el vacío;
testigo incorruptible
o lámpara sin reposo,

fue señalando mi vida
de júbilos y cansancios,
de entelequias y extravíos;
sobre ella y sobre el mundo
sustenté mi sollozo y mi esperanza.

Toma mi palabra vegetal
para que sepas mi ingenua creencia en el amor;
y revises los volúmenes ilusos
y su edición en blanco - dolor adentro;
y porque sin duda tiene
la ebriedad polifónica del paisaje andino;
el ruido del siglo XX;
la constante algarabía de las cosas;
el sabor de la tierra frutecida
con el ritmo del sol;
el rubor apasionado de los besos;
el corrosivo perfume del dolor
y del olvido.

Llévate todo,
constata que mi vida no fue en vano
y no queda inconclusa;
porque tengo dentro de mí,
como en cabida natural:
la frescura de los campos de la Patria,
el adolescente rostro de Riobamba,
la sonrisa abierta del pueblo
y el tacto de su espíritu

en la lucha y la esperanza,
el volandero arrullo de los pájaros
surtos en los parques,
el lento movimiento de las montañas
tras los mitos dibujados por las nubes,
el viento alborotado de espigas y de tallos,
el verde columpio de los árboles,
el caprichoso oxígeno del agua.

No hay otro modo de hacerme totalmente tuyo
y de entendernos definitivamente.

Ah, me olvidaba:
los crepúsculos deshilachando el horizonte,
la apacible estación de mi ventana
con su translúcido moscardón de nostalgia,
la blanca exultancia del libro
en mi oficina de ilusiones,
el profundo resplandor del abrazo amical,
la humildad del musgo
recreado en mis manos de arena,
la vanidad de una estrella
en los hondos espacios nocturnales,
que descubrió el delgado camino del ensueño,
del amor
y la pasión.

Quiero vindicarme en holocausto absoluto
contigo,

con el espacio,
con el tiempo,
con la materia,
con Dios.

Ah. No registraba aún lo que más me pertenece:
El silencio,
la soledad,
la sombra.

Llévate todo para pertenecerte
y también poseerte enteramente.
Porque yo sé que tú eres.
el éxtasis supremo.

MENSAJE A MI HIJO.

Quiero hablarte a tu sustancia
con mi sustancia suma,
moldeada de día
y prisionera de noche.

Quiero llegar a tu vida total
con mi verdad de tiempo acumulado,
con este orgullo que sabe cuanto amé
y cuanto fui estrujado de imposibles.

Porque eres la continua renacimiento:
de mi sangre liviana y galopante
sobre impulsos de fuego
y hontanares de pena;
de mi limo oscuro arrebatado de éxtasis
y su designio cifrado de ola y pluma;
de esta ilesa espuma de esperanzas
colmada de música y de estrellas,
que rebotan en el interior del pecho;
de esta soledad
que flota inmensurable
desde un confín estremecido,
cundido de ausencias y desvelos,
resonante de cenizas,
de recuerdos trasegados,

de fábulas crecidas en vidrios enlutados
y en alientos de neblina.

Quiero que sepas, hijo,
como me duelen ahora y siempre
tu dolor, tus caídas y cansancios;
que tengo desde antaño, la sal
y la amargura de tu llanto,
mordiéndome la voz más limpia
y dulce de mi boca;
astillando las pupilas
y su costumbre de horizontes y estrellas;
desollándome las células
con garfios de angustia y sombra fría.

Tu dolor me grita al oído
que es inútil la vida,
y ese reproche
me desnuda totalmente el alma por dentro;
es ascua ardiente en la conciencia;
es lenta agonía
que ronda el pálido reloj de mi tarde;
se hace horamen abismal y obsesionante
en los silencios lóbregos, desiertos, infinitos;
torbellino de angustia insomne
en el pensamiento;
pantano de pavora
y gemido vertical
en la raíz del espíritu.

Tu hambre, tu sed, tu frío,
y tus ojos cargados de carbón,
de duda y de tinieblas,
me aprietan durísimo el pecho
hasta el espasmo de la carne
y la fractura del espíritu.

Y siento los fustazos restallantes
venidos desde atrás del odio,
de la vanidad, del egoísmo y de la injusticia;
y se posan en mí tus heridas estériles de perdón,
tus puños tremantes de venganza,
la blasfemia que ulula tu reproche,
el grito unánime lanzado a la tierra,
a los hombres,
y a las estructuras sociales;
grito que sacude los muros de la muerte
y derrumba la historia y la fe.

Pero también es cierto
que a veces amanece
tu sonrisa flexible de colores
y orquestas fabulosas;
y el raudo, celeste ondeo
de tu alegría sobre la piel;
y siento que te expandes
sobre la fragante plenitud del mundo
y el brillo fuerte y tibio del sol;

abres blando, embellecido, el tiempo
sobre los espacios vibrantes.

Y es cuando paladeo
una almendra de auroras
y plenitud de rosas en los pomos del aire;
es tan lindo el milagro
de la flor y del tallo,
el diálogo
con la espuma y la brisa;
y me ciño tu gozo y canto de júbilo,
que hacen brotar racimos interiores
con la exacta razón de la delicia
y la compacta suavidad del terciopelo;
se comban blandos los abismos de los ojos
con estallidos de luz
y antorchas tumultuosas de transparencia;
me ronda la boca un jolgorio de amor;
siento la amistad de las cosas;
y que todo el mundo cabe
en la palabra paz.

Dame un sitio en ti,
en el fulgor de una palabra bella,
en un vuelo de libertad,
en un gesto de grandeza
o en un paso de bondad,
en tu ración de verdad y de ensueño,
de lucha y de osadía.

Encuéntrame siempre vivo
no sólo en la porfia de la sangre,
también en el sabor de tu llanto,
en el estambre de tu grito,
en el vilano de tu plegaria.

Estira tus manos
y palpa los oráculos de mi sien,
la sensitiva giralda de mi emoción,
mi afecto primordial y desnudo:
en un arroyo de frescura inquieta
y su risa de cristal tembloroso;
en las sílabas acariciantes de la brisa,
su voladora ansia de hermosura
y sus clamores de ausencias;
en un camino bordeado de maíz y juncos,
y transido de pasiones sin fatiga;
en una montaña asombrada de distancias
que ensaya oraciones verticales,
en la silueta de un árbol
atormentado de huracanes;
en la penumbra crecida de nostalgias,
colmenada de silencios
y gritos enlutados;
en un trozo de cielo
que recoge un fugitivo instante de ensueño;
en un solar de tierra laborada y blanda;
en el tacto humilde, cotidiano y franco

del pueblo de la Patria.

¡Oh, si mi anhelo cupiera
en las cuencas de tus manos!
¡Oh, si tus pasos,
tu risa, tus besos,
florecieron exultantes de vida y de alma
en esta tierra que nos sustenta
como en la cima del mundo!

MI GALLO

Mi gallo:
la atildadura del porte,
limpio de pico y espuelas,
primoroso el plumaje,
con aspecto de mármol multicolor,
suavizado y pulido por los brillos del sol,
capa larga con encajes
de amatistas, esmeraldas, azabaches, rubíes ...

Su alcoba, el limonero,
que le soporta y abriga en el traspatio.

Infaliblemente picotea
y agita el mantón de la noche
desde las tres de la mañana;
veces, pundonoroso,
quiere competir con las campanadas
de la iglesia cercana,
canta en barítono.

Yo creo que su refección
hace con una mazorca de estrellas
sobre el limpio mantel de la alborada.

Su caminar es pomposo
como de galán de cine,
1078

enamorado y pulcro.

Se llena de júbilo y orgullo
pastoreando su harén
y sojuzgando a la tropa de polluelos.

No le gusta mis lisonjas,
mucho menos mis admoniciones,
cree que profano su dignidad
y amor propio;
aunque al verme
siempre me saluda;
con menos alegría que al sol
y con menos honores,
por supuesto.

MI GATO

Yo miro a mi gato,
el gato mira la televisión
los tres estamos cerca.

El gato parece comprender las novelas,
porque mueve las orejas
y termina durmiéndose,
o se escapa al jardín
en busca de pájaros
con los que juega animadamente;
o con las mariposas
a las que confunde con flores,
porque las atrapa
y lleva hasta su hociquillo fresco,
pero no las muerde, ni devora,
simplemente las suelta,
las mira volar libres
con ojos inmensos y alegres.

En las noches confunde la televisión con el cielo,
y se queda mirando largamente las estrellas,
se arquea y salta alegre;
posiblemente pretende atrapar un bólido
en su vuelo fugaz por el espacio inmenso.

¿ Y yo? ... Simplemente miro mi gato,
el cielo,
1080

las estrellas,
pero no salto.
Y me pongo triste.
Estoy seguro que no puedo atrapar mi bólido
en la noche inmensa.

MI GRITO

Soy sombra alquitarada que recorre caminos
de dolor y esperanza, perdida en remolinos
de climas y de abismos, oscuros vendavales,
vórtices de ansiedades y ciclones vitales.

O tal vez una estatua de tupida neblina,
crecida en el silencio de la noche; inquietina
de la vida y la muerte, de la tenue sustancia
espiritual que pone su mínima exultancia
en la sien circuida de dudas y preguntas,
sobre la ingenua torre que hacen las manos juntas
alzadas en plegarias, empero desasidas
caen por el finar del ser y de la vida.

Voy insomne y cundido con la sal del sollozo
y de la soledad, del vértice hasta el foso;
de sangre supliciada que se vierte, se estira
abundante en momentos de mansedumbre o de ira,
que a la verdad persigue sin tregua, en su costumbre
de arder en las alturas y nutrirse de lumbre.

Aquí estoy. Contempladme golpeando las sienes
en los acantilados del siglo y en los trenes
de estrépitadas pasiones; salgo detrás los velos
sutiles del ensueño, diluviado de anhelos,
muriente y resurrecto sobre el delgado esquife
del destino cautivo en proceloso arrecife.

Aquí estoy, descubriendo mis arterias al viento,
puntual en la quimera, consciente al movimiento
del átomo y la historia; y es por eso que vengo
a tientas de un abismo, y hacia adelante tengo
los ríspidos escollos del espectral futuro,
crecido sobre sombras estigias y el impuro
gañir de los deseos, de los goznes quebrados,
de campanas inútiles y huertos clausurados.

Tengo por escenario para lanzar mi grito
montañas inexhaustas del sol y el infinito;
donde mi alma fulgura de insospechado fuego
y el cuerpo es paroxismo de blasfemia y de ruego.

Está conmigo el grito que se lanzó en la ustoría
aurora genital de la vida y la historia,
cuando el hombre, de pronto, se sintió traspasado
de eternidad y puso su júbilo asombrado
sobre un domo de siglos lentos y preteridos,
con su ofrenda de instintos y de alma sorprendidos;
grito que se ahogó con niebla acumulada,
porque un dolor inmenso le acechó agazapado,
ictérico de estragos, hirsuto, encolmillado.

Entonces se agitaron los médanos de olvido,
y el azul paraíso se sumergió perdido
en la ciénega fría de los instantes lentos
y el ulular rabioso de huracanados vientos.

El hombre estaba enfermo de dudas y de engaño;
sintióse de improviso transparente y extraño;
desdeñó los abismos, la oscuridad, la nada;
crujiente de estupores palpó en sí la enraizada
finitud de las cosas; bajo un clamor de estrellas
fatigó las distancias con sus tímidas huellas,
y se encontró en el centro de la noche y del día;
cundido de terror, de llanto y de agonía
vio su identidad deleznable de arcilla,
semejante a la roca, a la fiera, a la astilla
temblorosa del agua, al plumaje fragante
del humo y de la brisa, a la nube viandante,
al débil caracol, a la mínima menta;
pero también al sol, al rayo, a la tormenta,
al mar insosegado, al farallón intacto
que impávido desnuda su desafío exacto.

Se halló pegado al suelo, pero se puso erecto
con desdén al misterio. Sintiéndose imperfecto
se ahogó en mansedumbre; sin embargo iracundo
escrutó los lejanos estadios de ultramundo,
hinchó su fantasía de pasiones y anhelos,
transformó su tortura de carne y sentimiento
en afán trascendente de alma y de pensamiento.

Desbrozó los engaños del vacío y la nada;
hizo suyos los signos de luz indoblegada,
ductilizó el asombro sobre su propia médula,

el incendio de dudas de su conciencia trémula,
la fe con sus impulsos de sueños absolutos,
la ebriedad inexhausta con los prohibidos frutos;
suyas las ilusiones con su orgía de infiernos;
con su diluvio de astros y sus lados eternos,
suyo el signo del mármol donde yace vencido
de ceniza el recuerdo de todo lo querido.

En vano rasgó el pecho y mostró su corazón
con transparencia de agua, de cristal y plumón,
radiantizó su cápsula de barro con la esencia
del mundo, los espacios y de toda excelencia.
En vano el leve tacto de paz en la memoria,
y la elipse del tiempo donde boga la historia.
Vano el peregrinaje por rutas de la fábula;
su vocación constante de pendón y de flámula,
el sonoro reclamo del bien y la alegría,
los áureos capiteles de la sabiduría,
la música y su urdimbre de seda en los oídos,
el verbo y sus cascadas de cristales floridos,
su apetito de cumbres, el incansable esmero
de poseer la gloria, la fama y el dinero;
en vano el parpadeo lejano de belleza,
y el índice que muestra la celeste promesa.

Tan sólo encontrar pudo para su alto dolor
las manos laceradas de ansiedad y de error,
los labios sitibundos en suplicante giro
para el gemido y para el crepuscular suspiro,

las pupilas crecidas sobre un lago de sal,
los cármens destellos y negrura abismal;
en los pies los contornos de tumbas y vacíos,
de cansancio y tropiezos, caídas y extravíos.

Por eso alzó su nombre a los altos alcores
del ideal, munido de fastos resplandores;
ansió descubrir todo poniéndose de frente
al arcano, con gesto tozudo, irreverente;
adelgazó su espíritu de la grandeza en pos,
y ebrio de vanidades quiso imitar a Dios.

Cabalgó imperturbable la tempestad y el viento;
y midió los abismos hundiendo el pensamiento;
inmerso en los lucientes palacios de la alburá,
ahogado de auroras derrochó su ternura
nacida como estrellas mínimas y copiosas,
y recibió en los brazos la amistad de las cosas.

Con su esbelta manera, de árbol huracanado
navegó los espacios, intrépido y osado;
con inexhausto aleo de dédalo y saeta,
se transformó en maestro, filósofo y poeta;
ritualizó un inmenso cirio de la bondad,
para inundar sus noches de paz y claridad.

Buscador arbitrario de las transformaciones,
afinó la armonía con nuevas dimensiones
de color y sonrisas, de ritmos y cantares;

transmutó las montañas, los desiertos, los mares,
amasó fuego y agua, vida, forma y presencia,
y recreó la tierra con sutiles esencias.
Erguido en andamiajes de la azul lejanía
edificó quimeras, corrió tras la utopía,
se ofrendó en holocausto ungido de profeta,
y en su limpia costumbre de labrador y esteta
ductilizó campanas, espigas y cristales,
con renovado asombro y calofríos sensuales.

Y así transfigurado, confundido y disperso,
se rebuscó a sí mismo por todo el universo,
por los inquebrantables vórtices de la historia,
por los mitos y fábulas que incendian la memoria,
por las fosforescentes brújulas del delirio,
por los túmulos que alzan las cruces del martirio,
por los caminos blancos del libro y sus secretos
de verdades floridos, de armónicos inquietos,
de banderas izadas sobre la transparencia
de la luz y su tacto de insondable presencia.

Se buscó en todas partes. Quiso encontrarse ileso
en la altamar del gozo y en la ebriedad del beso,
en la cálida yema de amor y de altruismo;
mas, como estaba aún muy dentro de sí mismo,
se encontró cotidiano, morante en la certeza
de su carne cundida de dolor y tristeza,
sobre inasibles tímpanos de silencio en que habita
su manifiesta estatua de soledad que grita.

Se encontró destrozado de miedo y de sorpresa,
en su esencia que yace de la injusticia opresa,
entre ciénegas hondas de hiel, de esquizofrenia,
de escorpiones ahítos de locura y astenia,
de sombras acrecidas sobre su piel desnuda,
y sobre sus pupilas circuidas de duda.

Por eso es vertical y es sin final mi grito,
relámpago aristado que lanzo al infinito,
alarido de sangre tremante de dolor,
de espíritu que busca con frenesí el amor,
la verdad, la belleza, la remota vertiente
de eternidad y paz. Y en mi gritar ardiente
pongo a todos los pueblos, la blasfemia y el reto
del hombre de este siglo que inconforme y repleto
de cólera y absurdo, de burla y carcajada,
se va llevando dentro el alma acribillada
de terror y de muerte, que inventa cada día
máquinas de opresión, de dolor y agonía
movidas por torrentes de pávidas arterias,
de sangre acibarada de sudor y miserias;
y en su diario olvido de vida y de consuelo
sólo posee un tiempo llagado de desvelo;
cuando anhelante amasa las savias de la tierra
le permutan con signos de terror y de guerra ;
le han industrializado en serie la mentira,
los ruidos de subtiempo, la paranoia, la ira;
han empacado el fraude, la lujuria y el vómito,

para amoldar al hombre indefenso y atónito,
incluyendo su sombra, su ideal, su sonrisa,
en retorcidos lazos de odios y de injusticia;
y comprueba que su alma y su débil arcilla
oprimidas prosiguen caídas de rodillas.

Pongo en mi grito al sabio, que empapado de luces
de sus áureas torres se derrumba de bruces
sobre algún desolado desierto, preterido,
y llora enormidades de dolor tan dolido
de divinos anhelos; mientras va su alma herida
desbrozando la oscura parvedad de la vida;
y en su beligerancia contra los farallones
tenebrosos, su llanto tórnase borbotones
de excelencia inexhausta, verdad desacerbada,
que fluye generosa en la ignara marejada.

Están los torbellinos sublimes del poeta,
que transparente y fino de belleza interpreta
parábolas sonoras nacidas de insondables
cordajes de emociones, de ensueño y paroxismos;
que tañen los silencios en sus hondos abismos;
que se nutre de fuego manipulando estrellas;
que acaricia las cosas para hacerlas más bellas;
pero al crear arroyos de musical dulzura
su florida sustancia tiritita en desmesura
de angustias; y en las simas de ilímite vacío
escombra su grandeza, su soledad o hastío.

Está el grito delgado munido de plegaria,
que transforma el dolor en esperanza diaria,
en inciensos celestes, que en actitud de espiga
trémula de fervores asciende sin fatiga
las escalas del alma para entrever arcanos
en que anidan misterios del espíritu humano.

Está el grito del pobre sin eco y sin consuelo,
estambrado de noche, germinado en el miedo,
con livideces de hambre y fríos excesivos,
lumpen, delito, vicios y todo lo ofensivo,
que desgarras su carne de icterica materia;
hacinado en tugurios colmados de miseria;
con dolor integral, que se ahonda, se alarga,
insaciado en la sangre soterrada y amarga;
con ahogo de lágrimas de fría estalactita,
donde hasta Dios parece que naufraga y tiritas;
desoídos suspiros huérfanos de caricia;
gemido que denuncia la opresión, la injusticia,
que apunta a las raíces de la palabra "ajeno",
a las puertas cerradas, al lujo, al desenfreno
de los privilegiados que iluminan sus noches
con rojas candilejas, hartazgos y derroches.

Está el grito del hombre que extravió su camino
en la sonambulesca fuga de su destino;
que incontinente oculta en ciénegas del vicio
o en pávidos cancelos llenos de desperdicio
la mitad de su muerte; su ruda carcajada

es tan sólo una forma de la interior arcada
nacida de la droga, la prostitución, el crimen,
de estructuras sociales que al espíritu oprimen,
para arrojarle como bazofia triturada,
que en sucios remolinos va a perderse en la nada.

Gritan todos los hombres por mi voz, interpreto
su dolor ancestral, su estremecido reto
de testaruda carne, de espíritu tozudo,
con sueños destrozados y de pecho desnudo,
con altos ideales o pequeñas urgencias,
con temor y presiones, con protesta y violencias.

Están todos los pueblos que en feral arrebató
ritualizan terror, odio y asesinato;
que enrojecen la tierra con cármenes jardines
de mil átomos que arden por los cuatro confines,
remueven los abismos y escombran sus cimientos,
sobre el mundo desatan ululantes lamentos,
los trágicos conjuros de opresión y de muerte;
restalla entre los débiles la furia del más fuerte
con su carga de féretros, de miedo oscuro y denso,
que navega en el viento envenenado, y tenso.
Monopolio de industrias, energía, mercados,
empujan a los pueblos libres o arrebañados,
túnel de fuego adentro, de metralla y fusiles,
energía neutrónica , bazucas y misiles;
terrorismo, secuestro, asalto y genocidio;
y se cunde la tierra de tristeza y plañido,

rabia sanguinolenta, turbi3n de sufrimientos,
con los muros sombr3os que flamean vergüenza;
mientras la humanidad temerosa y suspensa
quiere encontrar refugios en los blancos blasones
del derecho y la paz, pero halla los cañones,
las medusas sociales que se ahítan inmensas
con el llanto y la sangre de la gente indefensa.

Las moscas quereseras de 3litros enlutados
festinan en los restos de seres mutilados.

La plural muchedumbre curtida de castigos,
- masa que hace la historia de héroes y mendigos -
se contorsiona, salta, vocifera impetuosa,
y a todo cuanto encuentra, hiere, aplasta , destroza.

¡Oh, soberbia grandeza de plebe enfurecida ...
cuando disputa el pan, la libertad, la vida...¡

¡Oh, la vida del hombre! Febril, apasionada,
prisionera del fuego y de la sombra helada,
que las lágrimas cuajan; tiene como fardaje
el tormento constante; y en crispado oleaje
los impulsos truncados de fe y de sentimiento
que le dejan caído, lacerado y sediento.

Si es que el hombre padece con todos los sentidos,
con todas sus neuronas, con todos los latidos,
en sus hondas vigili3s, en los días sin fecha,

en los gestos signados de mentira y sospecha,
en los instantes truncos y en los tiempos puntuales
al adiós con su frío de olvido y soledades;
en su sien, en su esencia, en su piel renovada
cien veces y por eso cien veces ultrajada;
en sus símbolos altos, hasta en la más distante
fontana de sus sueños y de su alma, constante
en rellenar la vida de angustias y de dudas,
de alturas prodigiosas y de aristas desnudas.

Si es que el hombre padece continuos estertores
de suplicio y de muerte; si es que son sus dolores
la inexhausta sevicia de un protervo destino,
misterio inescrutable o mandato divino.

Si un aguijón incita la inquietud, el deseo
de hundir sus raudas alas por el azul sidéreo.
Si en las cimas más altas a su alma abrillantada
le circuyen abismos del error y la nada,
le queman en hogueras oscuras de vacío,
le cunden laberintos de soledad y hastío.

Si es la vida del hombre la continua tragedia
de carcajada y lágrimas, de fervor y comedia,
de orgullo y de derrotas. Si sólo a él le plugo
constituirse en juez, criminal y verdugo;
torrenciar en su sangre el vicio y la virtud;
paladear hontanares de pena y de inquietud;
humillarse en la tumba o sentirse gigante

con la alta jerarquía de cósmico viandante.

Si no encuentra en la tierra paz, ventura y amor;
si en sus sienes gravitan odio, yerro y dolor:
¡Oh, sol! Apaga ya tu disco iluminado.
¡Oh, Dios! Toma esta carne y esta alma que has creado;
o conducidle al hombre con su sed y apetito
a vendimiar los frutos todos del infinito;
saciad en un instante inmenso, la ambición
de verdad y de vida que hay en su corazón;
hacedlo convivir vuestro ilímite día
al centro jubiloso de una eterna armonía.

MI HUERTO

Mi huerto nació del linaje del gorjeo,
del color y la forma jubilosos,
de la apoteosis del perfume.

Lo afirmo con fragor de mi sangre
atareada en amar la naturaleza,
con regocijo pertinaz
y ya sin fecha;
porque se alarga
desde el éxtasis que me nutrió de niño,
hasta el festejo alado de la esperanza,
en tacto amistoso de infinito.

En la edad del capullo fue alzando,
alzando, su opulento atavío;
estrenó recientes caprichos de clavel,
melindres sonrosados de durazno,
y la apretujada paciencia del manzano;
se hizo apto para sonreír al clima
cuando le trae flotillas de abejas doradas
con cargamento de polen,
de picaflores certeros al corazón de la miel
con súbitas saetas de arco iris,
y de nubes con alboroto de frescura
en tropelía de lluvia.

Soy testigo de su savia,
1095

de su constante retoño;
todos sus pétalos pasan por mis pupilas,
y en sus fuertes raíces
encuentro euforia de futuro.

Nos hicimos indispensables el uno para el otro;
pusimos señales indelebles de nuestra camaradería
en los lugares más visibles,
donde hace más ruido el germen
con su fiebre de tallo, flor y fruto,
donde la luna arroja
sus orquídeas de cristal y nieve
para el delirio unísono.

Nos es imposible vivir sin belleza;
por eso con mis manos
y con su limo,
en ofrenda de corazón,
de simpatía y dulzura,
hemos compuesto algo así como sinfonía,
un poema vital.

Sobre sus árboles y matorrales
se derrumban el azul y el sol.

A las esquinas,
hemos declarado lugares ilegítimos,
porque nos limitan,
en ellas se arremolina la sombra,

ulula la intemperie,
se arruga la randa blanca de la niebla
y se acurruca el tedio ominoso.

El viento que se cree juglar de la comarca,
acecha desde la pared cercana,
y llega sigiloso,
entra como fantasma,
con vestido pobre de vagabundo;
escudriña toda la geometría del huerto,
trata de descifrar fábulas ocultas en la menta,
en el ciprés y en los limoneros;
pero éstos le reciben sorprendidos y severos,
sacuden sus múltiples banderas de protesta;
quiere pintarse de verde frondoso,
pero el rosal le impide,
le retuerce, rasguña,
y, le viste de arlequín;
no puede ocultar su alegría
cuando la malva - mujer al fin -
le entrega suavidad y perfume
y las umbelas le cubren de colores finísimos;
luego, se lava el bochorno en la pileta,
y se va gozoso, saltimbanqui;
su carcajada rueda por el camino,
patea los guijarros desprevenidos,
y desgreña la cabellera del eucalipto cercano.

Mi espíritu tiene sus propias estrategias

para un torbellino de éxtasis en el huerto:
me auxilia con todos los sentidos
afinados en libertad,
en tensura armónica y musical,
con impulsos anhelosos hacia fuera,
en plenitud de fiesta y de jolgorio;
me pone en la ruta de la aurora
y del trino, donde el capulí ya está genuflexo
sobre el otero,
ante el diáfano azul;
o junto al incendio verde de la menta,
que denuncia su humildad resurrecta;
junto a la espuma nómada de distancias,
que anuncia con gritos blancos
su destino de savia.

Los días comienzan para nosotros
inaugurando una siembra de anhelos,
hacemos recíproco inventario de pertenencias
y conquistas.

A pesar de mantenerme callado
él sabe todos mis secretos,
especialmente los sucesos de mi soledad;
me abre la memoria para un claror de recuerdos,
bucea conciencia adentro,
recorre mis parábolas y ensueños,
termina compartiendo algún dolor;
siento que hace tuyas mis fábulas,

mis íntimos recados a Dios,
a la naturaleza
y a la vida.

Es fácil conseguir que los arbustos
se pongan pensativos,
pegados a mi frente;
que la hiedra trepe por los brazos,
clamando apoyo para su mansedumbre;
que me siga en hileras turgentes
el jadeo vagaroso de los surcos;
que las aves picotean mi silencio
en busca de hartura afectuosa,
o que en sus alas lleven,
como serpentina ondulando al viento,
un jirón de poesía.

Es evidente que estoy huertorizado,
igual que la hormiga, el cínife, el gorrión;
tengo su olor de sol,
de remanso y follaje;
me florece su fervor en el corazón
y mucho más adentro;
el lirio me lleva sobre sus hombros
blancura arriba,
hasta el parpadeo de la fantasía,
me abraza amistoso el cedrón,
sólo para escuchar el antiguo litigio
de mi sangre con la emoción,

retumba el idioma de la uva
que denuncia dulzuras
en parábolas oscuras,
por allá me espía con su modal eufórico
alguna margarita,
que olvidó sacudir el rocío
cuando hacía sortilegios de buenaventura;
por todo lado: blanda melodía pura,
siempre presente la paz
mágica y saudosa.

Al centro de este resplandor
levantó mi fantasía una glorieta;
y es de ver al huerto como me mira allí:
sus ojos largos me descubren siempre,
me vigilan desde todos sus lugares,
por unos instantes me cree un soberano extraño,
otros, un soñador libre
pintado de alegría
en un escenario de sedas vivas,
me aplaude con brillos súbitos,
ríe ruidoso
hasta sofocarse en verde;
sólo el gran cedro, majestuoso y altivo,
sabe la verdad,
porque atrapa mis ensueños,
que pugnan por subir
más allá del trajín de las nubes,
los envuelve en algún vilano suyo

y lanza, suave, con dignidad, al suelo.

Algunas tardes sus caminillos
me convocan para evasión hacia dentro;
yo los transito sumiso
a su bondad horizontal y fino;
pero me apretujan las sombras,
tropiezo con algún recuerdo
caído desde la melancolía;
bisbisean las hojas
en su ingenuo afán por alterar mi soledad;
el frío lanza sus cuchillos
certeros a la tristeza;
el tiempo cierra sus párpados
lentamente;
la noche descende sin violencia
por tobogán de terciopelo;
y las estrellas se alborotan
como si recibieran alguna señal.
Es El Absoluto que camina sobre el universo.

MI MADRE SIGUE

El hálito blanquísimo del pan caliente,
ese su perfume,
que viene a vestir de ternura
los instantes del alba,
esas formas - tan solamente tuyas -
en que - parece -
el sol pone sus besos más dorados:
me recuerdan a mi madre.

Y pienso que - por aquí -
se encuentra ella,
motivando la suavidad de la brisa,
santificando con sus manos
el aceite y la sal,
apoyando en sus pupilas,
tal vez una lágrima,
una plegaria,
en el nombre de Jesús,
por el bien de sus hijos.

Porque ascendió - al infinito -
en el cáliz de reciente azucena,
cultivada por un lucero,
la siento,
hermoseando el candor de mi jardín,

legitimando al rocío
caído en el trébol desde el cielo,
absolviendo a la luna
su romance inocente con el agua.

La escucho
entre los lentos suspiros del ocaso,
que adopta
el cristal de mi ventana.

La encuentro
en el profundo abrazo del templo,
que efunde un perfume de incienso
el oculto carbón de mi tristeza.

Reconozco, en verdad, sus pasos,
cuando me hundo en el húmedo fondo
del silencio
y me tiño de sombra.

Navega su sonrisa,
plena de confianzas y presagios,
en la íntima fontana de la añoranza.

Preside toda sílaba,
modificando en tañido de campanas
mi lenguaje.

Sigue imperturbable,

cultivando mi sangre
para inefables reinos de paz,
rociándome el alma
con la quintaesencia de sus virtudes.

Cuando asciendo a la montaña
para restregar la sien en el firmamento,
sé que me contempla
apoyada en la punta de una estrella,
y agita su acostumbrado pañuelo
de luz y celestía,
con el monograma
de Esther Lucía,
para vencer a las tinieblas.

Está en todo lo que es bueno,
cercana
a la palabra de Dios.

MI MÁQUINA DE ESCRIBIR

Esta es mi máquina de escribir:
herramienta noble
superlativa operaria de sentir y vivir.

Con ella me acostumbré a pensar,
a descubrir mundos;
y porque ella ama lo que yo amo,
tiene una constancia permanente en mi memoria
y en lo alto del anhelo,
donde se construyen
los pulidos torsos del ensueño.

Apuesto que ella siente
sensación de blancura
cuando transporto al papel
los incendios que abrazan mis sienes.

Cuando estamos en silencio
parece que me busca
y me llama con aleteos de brisa mansa.

Su pulso deletrea el pulso de mi sangre,
pone en orden los andariveles del espíritu,
por donde van
- multiplicados y claros -
el bullicio de la vida

y la intacta verdad del hombre.

La tengo en un sitio de orgullo
a donde llegan las milicias
del sol y las estrellas
para que esté resplandeciente;
a donde llegan - en extraña intimidad -
mis pensamientos
con su alfabeto de ilusiones
y sus guarismos de fracasos.

A veces, se identifica con mi alegría;
su anhelo de júbilo y ufanía
se evidencia veloz y sonora en cada línea;
incontenible arranca de mis pupilas
ocultas llaves de emoción
y libertad.

Tengo pruebas que experimenta gozo,
se siente ligera, fluyente, fina,
me ayuda con abundancia de rumor y hermosura
cuando me desborda la piel
un canto a la vida,
a la luz
y al amor.

A veces le interrogo:
¿Qué sientes cuando llega la noche?
¿ Cuando entra la tristeza

por la antigua ventana del estudio?
¿Cuando galopa apretujada la sombra
sobre la quietud de tu teclado?

Su respuesta es tímida y misteriosa;
tan misteriosa y tímida como un suspiro.

A veces tengo duda:
Cual de los dos escribe el poema,
si ella o yo;
porque yo siento que me resbala
el corazón hasta los dedos
con carga de campanas fosforescentes.
Pero ella pone la resonancia,
su consustancial oficio de señales,
olas de señales y rasgos súbitos,
su increíble manera de dar formas
hasta a los puntos suspensivos,
para poblar de alegrías y secretos
las páginas desiertas.

Yo creo que oye al viento
cuando corretea en el huerto
entre los limoneros,
y cuando acarrea a los rincones
los despojos de la tarde.

Que siente cada gota de lluvia,
porque recoge levísimos temblores

que le ponen limpia y fresca.

También se pone esquiva, desordenada,
como inválida,
o se contrae y quiere desaparecer
entre oscuro estupor de derrota,
cuando me sobra la angustia,
y cuando mira la soledad
desde todos los espejos insomnes.

Le declaro heredera de mis esperanzas,
de mis recuerdos,
de mis añoranzas.

Cuando me muera,
y alguien la toque,
sentirá temblor de madrugada
y blanco perfume de alma extasiada.

MI SANGRE

Mi sangre es vórtice que sacudió la vida
con llama, sal,
y un puñado de sustancia patria,
puesta más acá de la noche,
donde amanece y se engalana el espíritu
para el canto lírico
hasta la exultancia;
y también para el sufrimiento
de todas las arterias rotas
por el tiempo violento
y su colmillo de lucro
hasta el aturdimiento.

Sangre voluptuosa y bohemia,
constelada de sonrisas
y espejismos,
corre a la altura del rostro popular,
ostentando amistad clara y abierta
y haciendo conjeturas de esperanza.

Sangre frenética, constructora de flámulas,
espontánea a los reclamos del cosmos,
en tentativa de panal y de fruto;
irrumpe nacarada cuando están las manos
en actitud hortelana
o surtidor de sinfonías;
y también acumula nostalgias,
1110

confidenciales y blandas,
en el corazón,
como un pasillo que gime conmovido
en la voz de Carlota Jaramillo.

Apta para competir con la savia,
con la lluvia,
con el río,
por su vocación de lejanía,
su constante manera de fluir generosa y limpia,
explorar la profundidad de los deseos,
proclamar los secretos de la luz
y de la sombra,
contar a los seres
y a las cosas
los pequeños júbilos del alma.

Mi sangre galopa en delirio
sobre ascuas de un amor
que sobrepasa la razón y la pasión;
o palpita lenta, itinerante,
por crepúsculos y olvidos;
es la que triza los élitros del sueño
y los arroja a la vera de la senda,
hechos serpientes de cristal, rojas de angustia,
como testigos mórbidos
de mis fugas y destierros submateria;
o los pone como enredadera
transparente y afelpada,

sobre la sien insomne
y vagabunda.

En esta sangre corren paralelos
el trémulo soplo de la vida
y el frío silencio de la muerte;
por eso la aventura es mi destino
y me sobra el dolor en la memoria.

Podéis ver bogantes en mi sangre:
un poco de recuerdos,
de estrellas,
fábulas que treman al tacto de la añoranza,
su estallido contra invisibles muros,
y el grito que se estira,
taladrando la sombra
y el infinito.

Por esta sangre me creo propietario
de una antigua parcela de ilusiones,
de un tiempo propicio para el canto
y de un vuelo por derroteros de ternura.

Por esta sangre se filtra el dolor
disfrazado de silencio,
el inefable idioma de la brisa,
los puros símbolos del agua,
la amistad niña y sin reservas de la flor;
me llega el sol con su constancia ardiente,

y un mar azul de frescura inmensa y soledosa,
para la unción del alma.

MI SOMBRA.

!Cómo me duele esta sombra!
Permanente herida del día,
que se estira esbelta
desde mis pies
hasta más allá del vacío,
donde llora el alma su abandono de cuerpo.

Imagen del dolor,
suele esconderse
en túneles de cristal enlutado
cuando llega la soledad.

Tiene derecho de posesión en mí;
por eso hace los signos precisos
de mis viscisitudes,
de mi inquietud
y mis silencios.

Guarda en secreto
la dimensión exacta y erguida
de mi fe,
de mi amor
y de mis ilusiones.

Se dobla y acurruca al borde de la vida
cuando me ve caído.
Se estira y va tras el grito

de rebeldía
o de angustia.

Se esconde tras un resuello de asco
cuando nos llega la mentira,
el odio,
la traición.

Está de pie sobre el instante puro
anterior a la idea,
y, tenaz, deletrea
la validez conceptual de lo que escribo.

Tiene mis gustos:
imita a los árboles,
se arrima a las torres,
asciende jubilosa montaña arriba;
su tacto es suave en la flor,
en el niño,
o en la tersa frente de la mujer amada.

En las horas occiduas
se estira y adelgaza,
y se cubre con escamas de sol.

En la noche la cuelgo de las lámparas
para oír su gemido icterico
alargado de tedio.

A veces la miro como cicatriz del agua:
se ondea en su entraña
igual que guijo oscuro,
abandonado por el tiempo,
o pez que ensancha su pupila absorta.

!Como me sigue esta sombra!
Amiga fiel y silenciosa,
habita en mi sangre,
corretea mis huesos,
se hunde más allá de mí,
me palpa cada instante de vida,
se enciende y apaga,
me pierde y reencuentra en el recuerdo,
en la levedad,
en la verdad
y en el vuelo.

Veces me define como otra sombra;
se cuelga de mis ojos,
se tiende en mi cama,
palpa mis sueños
y se pone a escuchar mi corazón.

Yo pregunto:
¿Qué será de esta sombra cuando me muera?...
¿Me arrastrará al fondo de su nada?
¿Quedará desnuda y fría al borde de mi tumba
para ser también devorada?

¿Viajará pegada a mi conciencia,
fragante aún de mundo
y de aventura,
por una ruta de quimera?...

MIS ANHELOS PASAN

En las ondas del viento que pasa
mis anhelos se ausentan...

Aunque sean recios mis pasos sobre la tierra
y haga rodar en las aceras
mis signos de viandante solemne y sin apuros.

Llegué al mercado
a comer una fruta
y la mastiqué sin recelo,
creyendo que mastico al mundo;
pueda compartir la esquina
apretujada de gritos,
de carcajadas con filos de sarcasmo
y vaharadas de fatiga social;
miré desde esa orilla de la calle
que todo pasa:
multicolor, repetido, sucesivo,
como la espuma de un río.

Tal vez, con hipócrita dignidad
o con sorpresa,
contemple mi reflejo
en los escaparates,

y me acuerde que tengo rostro,
igual que tener una corbata;
que tengo una sonrisa
con el mismo brillo de mi reloj,
gastado de tiempo y asperezas;
que me habita el pecho
cascada luciente de amor,
igual que la camisa que me ciñe,
acostumbrada a saludar a todos
con su fasto de blancura.

En fin: mire en los cristales
que todo está en orden:
el peinado, el blandís,
las manos en los bolsillos,
el filo del pantalón,
el brillo de los zapatos ...

Pero habré olvidado la conciencia
que sirve para medir mi verdadera estatura
y el caos interior,
hasta la vanidad;
habré olvidado el ritmo escarlata de la sangre,
que exalta la avidez de amor y simpatía,
ahoga las sierpes del odio,
reptantes en oscuros fosos de vacío.

Habré dejado ¿Donde?...
el sonido de mi voz,

indemne como pluma ligera,
para todos
o para nadie ...
el íntimo sollozo de la carne
acurrucada en la tristeza,
combustionada de sombra;
y aquella copa perfecta
con su yema de luz y de fe,
donde refresco el labio
y opulento el alma.

Aquí. En la calle ...
sólo puedo sentir
que también yo paso inexorable, efímero,
con el paso de las cosas,
por la orilla de la vida.

Arriba, en las ondas del viento,
mis anhelos se ausentan ...

MÍSTICA Y TORMENTO

El hombre:
extraña mezcla de mística y tormento,
imagen de voluntad angustiada,
curiosidad siempre virgen de abismos,
en la gran aventura vital
sobre la tierra,
- teatro de sorpresas
y eclosión voluptuosa -.

Ungido de ideales - astrología del alma -
busca la verdad,
obstinadamente escurridiza;
devora las raíces de los días
estimulado por el pulso existencial,
repara las huellas olvidadas cien veces,
la historia en la ceniza,
en la sangre,
en la brisa.

Con éxtasis o terror en los ojos
quiere todo en sus manos:
las estatuas subrepticias de la sombra,
en tropel de vorágine,
los espasmos del relámpago,
los implacables torbellinos del deseo,

los túmulos del misterio agresivo.

Fascinado de luz
y apetito de espacios limpios,
de tiempo universal,
de energía suprema,
mina los instintos
de su mísera carne epiléptica
furiosa de finitud,
y de fronteras del sentimiento.

Su realidad:
veces ensoñación y fantasía,
ansia de vanidad y egoísmo;
luego caídas;
a veces catástrofe,
suma de dolor en las sienes,
en la médula,
y la piel,
para ganar la vida simple,
deshumanizada.
Y la soledad en lo más íntimo.

Sobrepuja el pensamiento
- cima interior -
para el alumbramiento del drama,
la comedia,
la religión.
Y sin embargo

un himno a la naturaleza,
hosanna al paisaje elemental,
con la palabra,
el llanto,
la sonrisa,
sus ropajes antiquísimos,
o faces de sabiduría y purificación.

El cosmos palpándole constante
para el placer incomprendido,
con sus leyes de armonía imperturbable,
sus esencias de bondad.

El Infinito,
con sus propios secretos absolutos
percibiéndole la interior desnudez,
martirizada.

Y después ...
La ineludible expiación del ser,
la trágica vocación del hombre.
!Morir!

NAUFRAGIO

Quise meditar,
empujando en vertical el pensamiento,
los sentidos
involucrados con el submundo del olvido.

Pero naufragué
dentro de altamares del silencio:
venero de levedad,
donde se escucha el goteo del tiempo,
se inmensa el vacío,
y los remisos latidos del corazón
ignorán la irónica rutina de la sangre
dentro de la piel.

Arriba:
las estrellas,
obsesionadas orfebres del misterio,
se inmolan a las tinieblas.

De pronto, mi perro guardián,
leal conocedor de mis aconteceres,
olfateando la última luz de la tarde
en la espalda del alero,
y con lo mejor de sus evocaciones,
presentimientos
y sugerencias:

a u l l a, tristeza arriba;
a u l l a, dinamizando el dolor;
a u l l a, combando la soledad;
a u l l a, para quebrantar el viento,
yacente sobre muros de frío,
para tiritar la sombra
en los cuévanos del miedo,
o para arrojar en desnudez los elementos,
ya sin oficio,
abismo abajo.

La noche:
protagonista del tedio,
en ojeriza con los faroles eléctricos,
les picotea con relente gris
hasta la anemia;
y en mi ventana
acumula sus cuervos de tiniebla ...

Los espacios remolinados
y los instantes suspirosos,
arribando en las sienas,
convocan:
a la nostalgia más honda;
al recuerdo más guardado;
a la añoranza más herida.

La noche se filtra
interminable al alma,

por las bahías del estupor
y del olvido;
mientras la prisa geométrica del frío
arponea las células.

La noche:
suburbio de la muerte.

NO ME CONOZCO AÚN

No me conozco aún,
porque aprendí a ignorarme.
No supe que tenía sobre mí
un montón de carne
apretujada de tristeza.
Me engañé.
Me extravié.
Confundí las palabras
con tremores de anhelos
y de angustias;
o con golpes de sombra
salida desde dentro
y dirigida a todos.
Pero nadie escuchó.
Los pocos que estuvieron junto a mí
me gritaron en coro,
en alaridos,
hasta romperme la médula;
contaron mis quejidos
y mis lágrimas:
una ... diez ... cien ... mil ...
que no valían nada.

Y me hice sospechoso
porque quise durar
parado sobre una piedra de asombro,
con el espíritu sediento;

mientras germinaban
signos de alas jubilosas en la mano
levantada en lo alto de escalas augurales.

Me circuí de distancias transparentes,
pronuncié multifonías de vida
y de alma;
emigré por espirales de éxtasis,
confluentes al mediodía en fiesta,
y aventura en magnitud de fantasía.

De adrede
llegó a mis ojos un rayo de sol,
que me lastimó hasta el delirio.

Pero también un viento frío,
amarillo
y duro,
venido desde hornacinas de dolor,
de las hieráticas orillas de la nada;
me golpeó
con certera puntería
las manos, los pies, el alma,
hasta quedar desvanecido;
y rodé
por un inmenso tobogán de duda,
hecho con terca tempestad de noche,
hasta el abismo

NOEL

Bienvenido Noel:
gran mariscal de la alegría,
profeta jubiloso de hazañas relevantes,
vocero del corazón,
condecorado con élitros ilesos.

Queremos permanente tu presencia,
fabricándonos el clima del perfume,
la dimensión del abrazo;
en nuestro oído tu carcajada,
que es balada de vidrios ampulosos;
tus botas de hule brillante,
que transitan sobre algodones de ensueño
y huertos siderales,
para que salten nuestros niños
desde esta tierra parda
hasta el arco iris lumínico de paz
y a los aljibes de celeste dulzura.

Queremos tu valija
atesorada con almendras,
juguetes y cuentos fabulosos,
para cambiarlos por el miedo atezado,
que nos llega incesante
desde las cuatro esquinas del planeta
y los cuévanos de la patria enferma.

Es verdad:
te hemos buscado
en el orgullo rubio de los jilgueros,
en las primeras espigas de la madrugada,
cuando activa el sol
sus campanas de oro blando.

En las vitrinas
con follaje de candilejas,
que posibilitan la codicia de los ángeles.
En las almohadas con plumaje de luceros,
en las que los niños confidencian
sus anhelos livianos.

Pero, también:
en los patios de los conventillos,
donde yace longeva la pobreza;
y hay lágrimas solitarias,
anudando los párpados tiritantes
de los huérfanos.

En los rectángulos baldíos de las ventanas,
que ocultan el insomnio fatigado
por temor a las urgencias del mañana;
y, tal vez, un sueño escaso en las madrugadas
acribilladas por escorpiones alaridantes.

Donde el suspiro enciende cerillas imaginarias
pirateadas en hogares supliciados;

y la tiniebla lava con llanto irredento
camisas desgarradas.

Donde la sed es llamarada en el paladar
y el hambre pendula en el estómago,
igual que murciélagos voraces.

Pero llegas tú:
oriundo de litorales de la luna
y bahías de luceros sumisos
a la Navidad esperanzada.
Estás aquí,
vestido con nube que sabe a fogata,
cremallera de luciérnagas,
barba de espuma en catarata de invierno,
semillando delirios
en la memoria infantil.
Llegaste raudo,
desde las radas de la fantasía,
por andariveles de ventisco,
jinete en trineo ilusorio,
halado por ciervos polares.

Míranos:
esta familia unida,
tiene las manos aromadas de musgo
para acumular ternura,
donde irradia el nacimiento de Jesús;
los ojos en el parpadeo de los espejos,

donde contonean cisnes
ante la dicha blanca de María;
mientras los bombillos,
como peces voladores,
ejercitan saltos mortales
en trapecios de colores explosivos
y sobre un vértigo de bengalas.

Te proponemos Oh, Noel:
en esta noche ayúdanos
arrojar al muro del olvido
el dolor y la angustia.

Te pedimos un médico,
para hacer la autopsia a la sombra
y comprobar su muerte
intoxicada de tedio.

Pedimos un abogado penalista,
para enjuiciar a la tristeza vagabunda,
y quede encarcelada en glaciár distante,
taladrada de hepatitis aguda.

Pedimos una maestra,
que nos desholline el dolor ignaro,
y con agua de argento
nos pinte el alma
con el alfabeto vivo del afecto.

Pedimos un estudiante
uniformado del libro centelleante,
tiza fosfórica
y cuaderno ignipotente;
para que combustione la bruma,
hecha con chirriantes lianas de egoísmo
y las boas del fracaso;
y levante las hélices de la luz
hacia cimas de espiritual optimismo.

Pedimos un hombre moderno y práctico,
que despida al poeta,
atravesándole tres alfileres en la lengua,
para que se le caigan las letras,
desangre su infinitesimal fantasía,
huyan las metáforas martirizadas por él,
dando gritos de pavor;
y se vaya a envejecer
en el cuerno de la luna,
su único lugar comfortable.

!Y, qué más da!
Nosotros los viejitos,
colgaremos nuestros recuerdos
en los pálidos hombros del helecho;
ofrendaremos nuestro canto
a los pies del Niño Eterno,
la biografía de antiguas ilusiones
y laureles, ya incoloros,

dentro de una funda llena de suspiros;
y pondremos nuestros afanes
de eufóricas escarchas
en la sabiduría tibia de un licor.

ORACIÓN VESPERTINA

Un pájaro extraviado acarrea
el silencio solemne de la tarde
por los acantilados del cielo.

El nardo yace de bruces,
sin el brillante símbolo de su piel,
agredido por la soledad inmensa.

Las sombras se reparten
las agobiadas casas del suburbio
y los despojos de muros indefensos.

Se desvanecen las torres
desangrando cruces sobre el vecindario.

Yo también soy un dolor en la naturaleza:
estoy asediado de tarde
en mi habituado destiempo soledoso;
el silencio eleva por mi sien arriba
un no sé qué de nostalgia.

En esta hora,
cuando la vida eglógica agoniza
y la tierra se ahueca,
cae en el vacío;
yo elevo una oración.

Elevo mi oración
por el camino, que se difumina
bajo la oscuridad funérea.
Hermano contristado,
que yace en silencio implacable,
sin el murmullo desbordado de otras horas,
ni la colección de fatigas
oriundas de aldeas y comarcas.

Yo le transité cien veces
en un ir y venir con designios
enredados en los pies
y en mis ojos la aventura;
la vez primera
con sobresalto de guijarros,
porque era un extraño;
después,
!Mi camarada ... confidente ...!
Por él veo pasar el pueblo cotidiano
con sus propias maneras
de dolor y de sonrisa,
su notorio color de anhelos y lucha.

Por su manera de ser, tan constante,
le puse nombre de Guía;
y yo camina, caminante por él,
sintiéndole, palpándole,
aprehendiéndole total en esos instantes.
El ostenta en sus curvas

las huellas de mis pisadas,
en sus rectas
el tatuaje de mi conciencia,
que los va borrando el tiempo
con manos irrespetuosas.

El y yo vamos hasta horizontes lejanos,
en busca de otras mañanas
y de otras tardes,
en busca de lo que está oculto,
allá; ...
unidos en costumbre de aventura
y de ensueño,
hacemos relajo al viento,
hacemos rodar las carcajadas
oteros y barrancos abajo;
nos miran, tal vez con envidia,
los transeúntes rezagados,
los rebaños con mirada sin cuidado alguno
detrás de polvo transitivo,
los retamales adheridos a los costados
con dorado regocijo;
parlamos con el tiempo
sobre las alternativas del estrago:
sequía, lluvia,
latigazos de huracán,
la sevicia del frío;
acaparamos fábulas, agoreríos,
secretos diarios

editorializados por el mirlo:
lírída domiciliado en las capulicedas.
!Ah, y el sol!
Siempre pródigo de bochornos
y alternativas de orgullo
para ostentar en el camino.
Tiene la brillante costumbre
de revolcar en las colinas
para dorar las mieses.

Elevo mi oración por el río
cegado de hispídos instantes,
prisionero de túneles implacables.

Hermano gimiente por misteriosa sed,
con acento de topacios roturados,
con ancha vocación de viajero sin tregua,
atormentado de irisaciones y gritos,
cristales semejantes a estrellas,
rocas empapadas de milenios;
buscador de distancias inéditas;
cohabitante de frescuras y rompientes,
hasta llegar en ondulación irreversible
a la serenidad de algún remanso azul.

Tiene la costumbre
de acariciar las orejas de líquenes
con lengua sustancial de inocencia,
besa los caracoles quemados por el sol,

se convierte en espejo
para mirar el cielo.

Me permite estar en sus rebalses
para saciar codicias de tersura,
resisto sus desbordes turbulentos,
el vértigo de sinfonías,
cascada abajo.

Asido de su espuma me impulso
por horizontes cargados de bosque,
asilo de gacelas ilusorias;
por los labios de surcos
vestidos de siembra o de cosecha.

Mi oración por el río,
alargado, tal vez, por espíritus angustiados,
tantos labios sedientos de pureza,
tanto buscador de huertos nuevos;
porque en su entraña
ahora suena tragedias,
corazones que arrastran sueños imposibles,
romances y anhelos frustrados,
y llanto,
mucho llanto y gemido,
detenidos en el mar insondable
de la muerte.

Mi oración por la montaña,

tumultuaria de siglos,
en permanente evasión a las constelaciones.
Hermana agredida por fantasmas gigantescos.

La ascendí para inebriarme
de espacios y blancura,
de interrogaciones y misterios;
para luchar con ella cuerpo a cuerpo,
sobre el flexible escenario del viento
y los breñales;
para nutrirme de historias,
leyendas y fábulas,
escritas con élitros de roca,
basalto y arco iris;
para cundir mi corazón de hechizos,
entre las nubes pintadas de fantasía;
para desvanecerme sobre sus símbolos,
de cara al infinito,
en mi delirio sin medida.

Mi oración por la montaña
donde también se aglomeran
impetuosos insomnios juveniles,
y es, tal vez, depósito de lágrimas,
altas alas de anhelos derruidos,
gritos, palabras, canciones:
altamares de humanas angustias.

Mi oración

por el árbol agobiado de tinieblas,
su verde corazón llagado
con puñales de frío.

Cuantas veces apoyé en él mis sienas
palidecidas de cansancio
o de tedio;
aposenté en su fronda mis abejas
fidelísimas de dulzura;
su alero puso en mi piel
signos indelebles de amistad
y de amor para las cosas sencillas.

Siempre me concitó
para un concierto jubiloso de armonías.

Tiene la costumbre de acarrear
la voz de los espacios,
se transfigura en órgano colosal
donde sopla la brisa con misión hortelana.
En él arrecia el viento
con talante de intemperie dolorido,
y hacen rodar los gorriones
su pobre corazón
vencido de melancolía.

Mi oración por el árbol,
porque él también eleva sus plegarias
purísimas al aire,

cuando el hombre entrega al cielo
su inolvidable esperanza;
con sus ramas desgarradas cuece su pan,
su ilusión y su verso.

!Oh, Naturaleza!
Tú que fabricas el tiempo del hombre,
su tímida sonrisa,
su ardiente beso;
tú que haces galopar las fuentes
hacia la más bella flor;
apuras en copas de altísimos cristales
el licor añil del horizonte,
y haces resbalar la alegría del día
desde el azul del cielo
hasta el azul del mar.
Permite que la tierra continúe
en colinas y valles,
retira el sedimento amargo
de las sombras,
el clandestino chorro del silencio,
la garita de la soledad.

Te traigo mi palabra profunda de vida.
Te ofrendo mi oración,
que se arrodilla en el perfil del verso:
por el camino, hermano paciente,
por la montaña, hermana mayor,
por el árbol, hermano generoso,

por el río, hermano inquieto.

!Permíteles que mañana
desnuden su hermosura
delante del hombre!

OTOÑO

Chocan mis párpados
contra el pálido muro de la tristeza.
Ya mis manos se apoyan en brocales
donde espejea insomne la muerte
con signos de silencio absoluto.

Afuera es tarde ...
Y es otoño...

El crepúsculo es dolor de la naturaleza.
Hay señales de frío en la lividez del día.
Han crecido acantilados de sombra.
La luz tiene cicatrices.

Hasta el viento va clandestino,
lánguido
y gris,
palpando el duro sollozo de la roca,
hasta ser devorado por la clepsidra
de la tarde augusta
que señala mi sino.

En el huerto,
las pequeñas corolas tiemblan
bajo la desolación del ocaso.
Se diría:
hacen angustiada ofrenda ante la muerte

del día.

Almacenados en la fronda
los pájaros derraman tímidos quejidos.

La ciudad naufraga en la opacidad del valle,
el valle naufraga en olas de distancia,
y la distancia señala hacia el vacío.

El eucalipto del otero,
que está siempre huracanado
de intemperie y soledad,
se pierde remolcado por la última nube.

Desde las gárgolas de la casa antigua
chorrea sufrimiento y dolor
y hacen inútil la evasión de las pupilas
en esquifes de estrella y luna;
inútil esconder el rostro
en el olvido,
inútil ir en éxodo dentro de mi propia palabra,
que comienza su angustia
en la mordedura del éxtasis
y termina en torbellinos de parábolas torturadas;
inútil ir ensueño adentro,
río de ilusión adentro;
porque todo es caer íntegro
en el horamen de la soledad
y acercarme al abismo.

¡ Otoño!
Tengo el peso y la ceniza de tus horas
que están cayendo lentas,
inexorables,
hasta la asfíxia.

¡Otoño!
Estás fragilizándome,
estrujándome aún más con tu tristeza,
acrecentada en la piel,
en mi itinerario de recuerdos,
en mi costumbre de ilusiones.

Hasta mi grito,
con el que quise sacudir el vacío,
se enreda en mí mismo,
se hunde manso en los labios,
succiona soledad
en las raíces del espíritu.

¡Ah, mi soledad!
¡Ah, el peso del abismo en mi memoria!

¡Otoño, atas mis pupilas en la noche
y en el dolor!

Y sin embargo: ...
Corro hacia ti desde mi soledad

con los brazos abiertos
y la conciencia lista,
porque tienes no sé qué encanto deleitoso
de sinfonía lenta.

Tengo un cristal afinado por tu tiempo,
que canta extrañamente
en la orilla crecida de las lejanías y adioses.

Entrego mi amistad a los seres y las cosas;
elevo la plegaria y la sonrisa
para asomarme a la naturaleza
y al Infinito.

Bendigo los sentidos
y los hago amanecer cada día
junto al pan, a la flor y a la ternura.

Puedo abrir la ventana
al trino, al agua, al sol,
a la amistad y a la verdad.

Ahora ...
Quiero sentarme en esta orilla de la vida
para refrescar mi tristeza
y lavar mi fatiga.

¡Otoño!
Cultívame de musgo

sobre el duro silencio de la piedra,
para mojarme aún de lluvia,
sentir la caricia de la sombra
y la tibia felpa de la luz.

PAISAJE

Arriba: todo cimborio
en desafío de altura
cual telúrico ofertorio
de blancura
al infinito.

Confabulación de grandes
y verticales volcanes,
que borbotan alabastros
en combustión de cristales;
basálticas catedrales
levantadas en los Andes
para inaugurar los astros
en vórtices delirantes.

Sangra el tropical celaje
en la vastedad celeste:
nubes que flotan del este
vestidas por el Altar
con ilusorios encajes,
van en majestuoso paso
al occidente,
para coronar la albura
del soberbio Chimborazo,
que desata
el relámpago rugiente
en flama de gualda y plata,
1149

la borrasca, el torbellino,
para llenar de hermosura
y una voluntad bravía
todo el callejón andino.

En los flancos: latitudes...
roca en rojez de milenios,
dédalos de azufre y nieve
donde ruge el huracán,
se desmoronan aludes,
porque jadea el volcán,
se sofoca, se conmueve,
con las angustias del sismo.

Urdimbre de viento y lluvia
ancho de estragos crujientes
tromba espumosa de furia;
ya el torrente, corre, se desborda, choca,
en desfiladeros y rocas,
cascada, risco, recodo,
granizo, guijos y lodo,
con rumbo hacia los abismos.

De trecho en trecho
algún camino
circuido por helechos
juncos, pedruscos, arena;
en juventud y bonanza,
como una flor opulenta

y nupcial con la esperanza,
con la vida, con el sol
y el Chimborazo.

Yo estaré aquí para siempre ...
con mis sueños y desvelos,
con la más noble costumbre:
ser vigía cariciante
en actitud de pupila,
aferrado a los asombros,
incendiándome en anhelos,
embanderándome de éxtasis,
derrochándome en afectos.
Ser árbol meditabundo
fértil, vertical, profundo,
atormentado de altura
más allá de la quimera.
Me alzaré cual golondrina
que raudaliza sus alas
unánime con el viento,
sin brújulas y sin galas,
para poner mis señales
sobre la comba cimera;
iré en alma y pensamiento
para capturar secretos
recónditos y perfectos
de los acordes astrales,
las prodigiosas señales
de la luz y la ternura.

O seré simple plegaria
en rito de transparencia
desde el espíritu intacto
y en evidencia
de gratitud sin confines.

Estaré - todo armonía-
para cumplir con mis ansias:
aprehender las sustancias
de sus gentes y sus cosas;
itinerante de amor:
transitar todas sus rutas
y comprender cada día
los mensajes de la vida
multánime y absoluta;
sondear - devoto y místico -
con clara intención de asceta
los refugios del silencio,
donde incubaba la verdad
sus claridades inmensas;
mantenerme con firmeza,
y en la jubilosa erranza
multiplicado y disperso,
con mi orvallo de esperanza,
con mi credo en la belleza,
un ligero torbellino
de polvo, hojarasca y musgo;
y en mitad de aquella escena,

como nido,
una casa prisionera
del silencio y del olvido,
que espera
desvanecerse en el humo.

Más abajo la pradera:
boscaje frutal, campiña,
pastizal y sembradío
en plenitud de opulencia,
donde fulge y reverbera
el sol trepado de urgencia
sobre los acantilados
para ver pasar el río,
seguir los fastos del surco,
el tropel de la raíz,
y encontrarse con las manos
del labriego,
que pactan con el maíz
fechas de siembra y cosecha.
Luego el camino obsesivo
del tránsito de la aldea
en el huerto y la parcela;
y es allí,
donde el canoro aletea
protegido
del umbroso capulí;
y ante las rudas señales
del ladrido

un abordaje de mirlos
a pencos, retamas, chilcales,
y sonoriza el invicto
júbilo del eucalipto.

Allá en la augusta llanura
de Aguisate el Chambo efluvia
su límpida frescura
con multifónico acento;
el sol ancho de contento
en gloria su luz diluvia
y llega en puntas de pie
para descubrir audaz
los virginales colores
del surtidor y de la onda,
la risita de las flores,
la chacota de la fronda;
semillar germen de fe
y de paz.

En este búcaro grande,
entre los cimeros brazos
de los Andes,
mi Riobamba se acrecienta
y en las manos el incendio
triunfal del verso.

PAN - HAMBRE

Porque vamos de espaldas al espíritu,
al hombre
y a la naturaleza.

Porque nuestra existencia es como de contrabando:
no miramos a los ojos,
ni a la verdad;
como deliberadamente a ciegas,
para que nadie reciba el pan de manos directas,
ni con gesto de saludo en la boca,
sin el leudo ancestral
que nos identifica hermanos.

Tapamos adrede las claraboyas
que dan al futuro de justicia,
de libertad,
de amor.

Hasta en los últimos resquicios de la Patria
y del silencio
un remolino de pasiones violentas
ahoga la vida,
ensucia el amor,
escupe en la sustancia limpia del alma.

Jadea la tierra
bajo la desatada tempestad de fuegos;

y grita el viento desnudo de luz
en los duros acantilados de la noche.

Es largo y difícil el sendero
hacia el hombre: dínamo, bondad y luz,
y al pueblo unidad, nación;
porque con nuestros pasos
como de tullidos
la historia va en persistencia de llaga,
arrastrándose en niebla de pretérito
con rostro descarnado,
regirante en el error,
manchada de mentira.
¡ Ah, y el estrago definitivo de este siglo XX:
Apogeo del HAMBRE.!

Hambre ruidosa,
hipnótica,
agresiva,
que ríe burlesca,
con chirrido de máquina herrumbrada,
carcajada de piedra en estallido ríspido,
desprecio arrojado con asco,
basura rodante.

Hambre que ulula huracanada,
cortante como látigo
o como puñal.
Apta para romper hasta las últimas palabras

que aprendimos de boca de las madres;
o sumergidos en la blancura del libro,
en el cuaderno que nos inició al júbilo,
en la tribuna irradiada por espejos de grandeza,
en el templo, que en solemnidad hierática
nos envolvió de incienso levísimo,
de oración
y de paz.

Nuestra Patria es:
Ecuador – geografía - pan mínimo,
donde convergen las dentelladas de América;
tierra de límite precario,
de sociedad estratificada,
sobre la trayectoria de indefiniciones
y una total hambruna cívica.

Pan duro, que sube y baja las alternancias de la serranía
sobre el esqueleto curvado del indio,
trasegando el frío;
o sobre el torso desnudo del montubio
quemado de trópico,
circuido por vaharadas de fatiga
en la manigua costera.

Pan ajeno,
transferencia de olvido,
de despojo
a aquel que se indumenta de auroras

y crepúsculos,
en fatigas sucesivas,
le da su forma humilde de calcio raído,
horadado,
su cercanísimo olor campesino:
de invierno,
de verano,
sequía,
erosión.

¿ Y la espiga?...
Partida a cada lado del cansancio,
del dolor,
crecida en las heridas
y en las costras sucesivas,
en la muerte cotidiana sin campanas,
en la vergüenza de ser casi bestia.
En el suelo las manos trizadas,
instauran réplicas de los Andes,
en surcos con barro y sudor,
hechos con caricia inmensa,
en trazos iguales y paralelos,
con esfuerzo anterior a los elementos,
ataviado siempre de intemperie.
Abrazo innumerable a la naturaleza.
Manos torturadas de anhelos mínimos,
solo de paladar y camisa.
Párpados empurpurados

abiertos al vértigo del viento,
pegados al tiempo del relámpago,
a las huidizas nubes.

Empero: en cada célula
el trabajo resbalándole fallido,
en cada pulgada de terreno
el polvo de esperanzas escombradas:
¿ La siega?
¿ La parva?
¿ La troje?
¡ La nada en puntos suspensivos!...
El corazón con deseo de adiós,
arrugado,
llagado,
manando ictericia.
Su propio nombre,
llevando a cuestras,
como el silbo de la perdiz,
o el anuncio húmedo del mirlo.
Todo él así... Caído de torso,
sobre montón de muñones,
con color y frío de tarde,
desesperación y muerte.

Y, luego...
el éxodo definitivo
a las ciudades,
por declives de promesas ajenas,

por caminos tortuosos,
sin orillas,
ni señales de días resurrectos.
Los pies, aptos para la caída
y el extravío,
estregados de nostalgia y roca,
sangrantes,
como diluyéndose
en la mayor distancia del despecho
o en la quiebra de anhelos:
¡Quimeras intangibles!

Y... Otra vez el pan escaso,
triturado de urgencias,
amasado con presiones sociales,
a puñetazos,
erizado de injusticias,
puesto bocabajo para que se haga carbón
en los hornos del odio,
del desprecio,
del egoísmo.

La ciudad: hambre- cadena,
desde el parpadeo ruidoso de las candilejas,
el brillo hipócrita del oropel,
la tumefacta hinchazón de la opulencia,
la mueca histriónica del poder político,
del rastracero
y del empresario burgués,

cuyas manos adelantan la amenaza
y entregan el salario ineficiente.

Hambre- empleo - cadena,
que ata los huesos,
la sangre,
el sexo,
la palabra,
la conciencia;
que arrastra al hombre al basural,
a la cárcel,
al ludibrio,
a la ignominia,
a las sombras.

Pan orfandad:
de médula quebrantada
a golpes de frío,
pávido ante el vacío social
y el abandono;
constancia de noche larga y honda,
de pies desnudos compañeros del asfalto,
del adoquín;
de manos sin caricia,
sin que nadie las abra
para la alegría de un juguete,
o las levante,
para una pequeña constelación de sueños
y paisajes;

sin algo que estrenar,
abrazar,
decir mío.

Hambre: deseo de hogar auténtico,
para compartir la mansedumbre
y la ternura,
para recibir al hermano
dentro del abrazo y del corazón,
mirarse todos sin recelo ante la luz,
en mitad de la casa,
en torno la mesa cotidiana,
donde se afine la nobleza para la amistad,
se suavice la vida para todos,
y también para todos la palabra limpia
y lustral,
con su raíz de alma.

Pan pordiosero,
de brazos famélicos
estirados hacia la nada;
de vejez abandonada,
durmiente en portales
sobre montón de harapos,
espasmos
y desprecio;
en la opacidad de las pupilas
un inventario de portones,
para la baldía

y lentísima aventura sin brújula;
y un anticipado silencio de muerte
mordiéndole la espalda.

Pan hirsuto de arrabal y tugurio,
hacinamiento de miseria putrefacta y vaporosa,
ciénaga de vicios corrosivos
donde serpea el crimen;
y en sus paredes sólo sombra,
sombra acurrucada de niños,
niños asustados de vida.

Pan - música lenta,
de tristeza que ondula apasionada,
de lágrimas que chorrean
desde pentagramas escritos con sangre
en el dintel de la muerte;
melodía vegetal,
donde naufraga el paisaje;
sucesión de suspiros a ritmo de dolor,
entrecortados con gritos de honda queja,
venida del pasado:
pasillo, yaraví...
Rondador solitario
percutiendo en la niebla
y el páramo;
flauta que ulula, gime,
en labios del indio
en noche sin luz;

guitarra en barrio mestizo:
mitad embriaguez
y otra mitad despecho:
holocausto a la derrota,
despilfarro de angustia.

Pan - ignorancia:
de sien mitad cobre herrumbrado
y otra mitad abismo apenas entrevisto;
ayuno de libro,
de belleza,
de bandera;
que no puede gritar
y no sabe existir;
domesticado para la mentira
y la extorsión.

Pan migaja de ideal,
maculado de escupitajos;
sustancia de cristal
quebrantado hasta la ignominia
por la estulticia;
coronado de espinas en floración de espanto.
Y todo un pueblo
de generaciones engañadas.
Jesús todavía manando dulcedumbre,
levantado sobre el mundo,
donde más arrecia la violencia y la traición,
para escribir con sangre inocente

la verdadera historia de la humanidad.

Pan - ley tortuosa:
derecho siempre ajeno,
turgente de privilegios;
condicionado,
cohechado,
para entrega presurosa,
ruidosa,
genuflexa ante los poderosos;
o infolios que golpean
con sadismo a los humildes,
a los buenos;
lenta y oxidada migaja,
acíbar misterioso y tardo
con sabor a caridad,
zumo de lágrimas que ruedan y suplican.

Hambre de justicia urgente
para los pobres,
los marginados.
caídos
y perseguidos sin causa.

Hambre social
que se revuelca epiléptica por el siglo,
desgarrando todo,
hasta el sueño dulce del mañana,
y la ilusión de un Pueblo – Nación – Patria,

auténtica y definitiva.

Hambre rotunda a ritmo de catástrofe,
macilencia pandémica,
contranatura,
antimundo,
antihumana,
criptal de oscuridad inmensa.

Y el pan universal de este siglo:
miedo total a la energía
desatada por el hombre
en llamarada iracunda;
miedo a su estallido en seísmo inexorable
para el crepúsculo del tiempo
y el finar de la vida;
donde la tierra
ante el asombro pálido del cosmos
será carbón errante y fugitivo
entre la tiniebla abismal,
vacía de hombre
y de espíritu
en soledad
y silencio
infinitos.

PARA CONOCERME ÍNTEGRO

Me apoyo en ti universo:
percíbeme, acógeme.
Me intimo en ti, música:
táñeme, descíframe.
Me arrojó en ti fuego:
quéname, abrásame.
Me hundo en ti mar:
aligérame, disuélveme.
Me elevo en ti viento:
purifícame, transparéntame.

Pongo mis labios en la sombra
para besar sus infinitas oscuridades;
mi frente en el caos,
para comprender sus profundidades;
mis pupilas en la vida,
para extasiarme de asombros;
mi sangre en la soledad,
para paladear con fruición el silencio;
mi piel en el error y en el odio,
en la ternura, en la amistad y en el amor.

Y sólo entonces
pondré mi alma en el dolor del hombre
para reconocerme íntegro.

PARA TI

Encuétrame,
cuando estoy con las sienes alzadas
hasta las esquinas de la noche;
las estrellas arrojan
con bellísima certeza
escarabajos de cristal ignicente
a mis pupilas.

Siénteme,
cuando me transmuto en espiga;
y yo mismo, incrédulo,
me exquisito,
me adorno de pan limpio,
fragilísimo,
en consigna de entregar
un noble sabor de esperanza.

Compréndeme,
cuando estoy sobrepasado de orgullo,
esbelto,
donde retoña el azul,
sobre las enaguas blancas de las rocas,
me arrecian las campanas del viento,
me acribillo de espacios,
hago apuestas con la grandeza
y desato mi amistad
irreversible

al paisaje andino.

Háblame,
cuando me presta el huerto
su paz tan franciscana,
y me siento distinto,
extraño a esta carne,
a estos huesos,
arropado con bufanda de frescura;
el pensamiento da vueltas
en torno al pregón del huiracchuro,
al pañuelo amarillo de la mariposa,
a ese ruido suspirante
de la brisa,
cuando desviste la piel de las rosas.
Sígueme,
cuando me redimo de la sombra,
abro la ventana al sol
para lavar las manos
con frescos chorros de luz,
me llueve por todas partes
el saludo glorioso de las cosas,
me besa en plena boca
la miel rosada del durazno,
y hasta las piedras
renuevan su ingenua mirada
con blanca camaradería.

Ámame,

cuando ávido
gasto los brazos
domesticando ideales
con suavísimas maneras;
sibarita:
hago de la ilusión
un vaso de excelencias,
alzo con desplante
la mano al infinito,
invito
a brindar por la vida,
con pretensión soberbia de poeta.

PARTIDA

Hazme una valija grande
donde quepa toda mi soledad,
con ataduras fuertes,
que resistan un viaje lejanísimo.

Un viaje como al vértice del Polo
donde no pueda ser vulnerada
ni pueda hacer daño a nadie;
donde convergen
el frío extremo de los elementos,
el tedio inalterable y blanco de las cosas,
la atmósfera indefinida y lenta
en que boga el tiempo,
para el registro de la noche larga y honda.

La llevaré conmigo
y con mi sombra interior,
tal vez en discordia con arañas acusadoras
que trepadas en espejos nostálgicos,
braman consignas de olvido y exterminio.

Llevaré mi silencio iluminado,
abandonado en un rincón del pasado
y de la eternidad;
el antifaz que cubrió mi perfil
de hombre ya vencido,
con su constante deseo de grito,

su mueca de remedio a la vida y a la muerte,
y tan antiguo como el recuerdo,
el dolor
y la angustia.

Me desnudaré en el foso de la conciencia
para el pleno coloquio con la nada,
ignorando el movedizo tráfago del hombre;
sin reparar el grito del viento
y su lamento en los resquicios de las montañas,
sin percibir la lluvia con sus unciones de milagro,
sin la advertencia del sol sobre la piel
y las pupilas.

Aprisionaré mis sueños
- porque son sólo míos -
mis escondidos signos de afanes e imposibles,
las ilímites profecías de ternura
con su eco azul obsedido de estrellas,
y que fontanizaron
el ritmo esperanzado de la sangre,
la rosa de los vientos
con su norte de alma
y su oriente de emociones,
quebrantada por incógnitas
y mentiras.

PASILLO CREPUSCULAR

Herido hasta el desangre escarlata,
bajo el imperio de la tarde fría
muere el crepúsculo
en la orilla aérea de las montañas.

Con gesto amistoso a la hora
y un ligero agobio en la sien,
voy meditando por la acera
de mi antiguo barrio;
o como si quisiera mi alma
dar un abrazo a la noche
que me pertenece.

Tímidamente
un pasillo derrama sollozos
desde la antigua taberna;
la opacidad de su melodía
se derrocha temblorosa hasta la calle,
hace confidencias a la brisa,
que se oculta bajo el ala
oscura de una golondrina.

Una muchacha sacude sus hombros
porque se le pegó la tristeza,
y entre los transeúntes se fracturan

los jazmines nocturnos,
hechos de cristales consternados.

Llega hasta mí su ritmo dolorido,
se posa en los labios
con un a- a - a - y - y - y- lentísimo,
escurre sus brillos fríos
en las pupilas;
y el tiempo mórbido
martiriza mi piel.

Siento que me duelen los ojos
rozados por las alas
de algo levísimo:
es la sedosa sombra de mis nostalgias
mantenidas en el aire
más puro del recuerdo.

POR AMOR DE DIOS.

Vi en su brazo desnudo una niña
y en el otro todo el hambre
alargándose a mí.
Vi en su pie tumefacto la intemperie
amedrentándome el alma.
Su boca - tal vez pestilente –
me escupió una súplica
extraída de más allá del gemido,
de todas las llagas del mundo,
del pus petrificado y áspero:
..."Por amor de Dios"...

¡Oh, gran sarcasmo!
Dentro del templo se rezaba,
entre ráfagas de perfume,
de incienso,
percutía un sermón,
bien pagado.
"Por amor de Dios" ...
En la puerta,
el chirrido de una moneda arrojada
por un guante embadurnado de arrogancia.

Tizné mis pupilas
con carbón de rencor.
Crujió mi corazón de pena:

pena de Patria,
de hombre
y sociedad,
sin espíritu.

El rostro placentero del domingo
se escombró de repente,
para blandir millares de cruces,
de huesos tuberculosos,
aptos para triturar la luz
que ardía estruendosa
para la riqueza hipócrita.

Ella: fruto de gleba aplastada,
de pueblo despreciado,
que muestra su tragedia cotidiana
ante la solemne puerta del templo,
"Por amor de Dios"...

Ella: contranatura,
tuétano de miseria humana
sin encuentro con la bondad,
clandestina hasta en el centro del vacío,
úlceras arañando sin cesar la caridad,
contacto impuro hasta para la sombra,
tormento mal oliente
de un Estado somnoliento de embriaguez
y de poder artificial.

Ella: apogeo del dolor,
impotencia de vida
en urgencia de muerte,
acento tembloroso del abismo,
pupila de tiniebla incisiva,
invalidez abandonada en el sin tiempo,
tan sola,
en la soledad sin espacio,
en el desierto absorto del hambre,
en la puerta del templo,
y definitivamente
en mi llanto sin medida.

POR EL TRABAJO

Tomo en mi mano el agua insosegada
y una arista de sol
que se clavó en el suelo
en la hora genésica del alba,
y los alzo a los labios
para la blanca jerarquía del canto.

En la celeste altura de la montaña andina
se desnuda la nieve,
con sonido lento de peñasco olvidado,
de roca sollozante,
de pedrisco que anda con sandalias de espuma,
hasta ser en la llanura
dorada voz de trigo
y un remanso de azúcar en la fruta turgente.

La inefable ufanía de la luz
abre la cápsula mínima de la célula.
Es fuerza en movimiento,
brillo y color que brincan de cumbre en cumbre,
se desparrama libre en las hondonadas;
vibran los elementos,
la vida abre sus brazos
en la sal de las raíces,
en la piel de las bestias,
en toda la sustancia esencial de la tierra.

Retoma el hombre su estatura invencible,
sacudido de sombras,
limpio ya el firme símbolo de su sangre,
con todas las banderas de lucha sobre el hombro;
fiel compañero del agua
en el tránsito del surco,
hermano íntegro del sol en el tráfago del tiempo;
y ya: el crepitar de sus ojos,
la tensura de sus manos fértiles,
la digital de su alma,
inaugura el día,
fosforece en la tierra,
la domina con su férula de sienes,
de médula diluida en fatigas,
de palabra medida en el rumor del libro.
Y todo para la esperanza, la ilusión y la paz.

Y le nombran las cosas y los seres,
porque todo crea y recrea
con su trabajo.

PORQUE TE AMO

Porque me dices cosas
que se parecen a la vida,
o simplemente
a un salto de agua fresca.

Porque no descansas
y eres constante,
cotidiana en mis sucesos,
como un sol detenido en el tiempo.

Porque no tropiezas
con la noche,
ni con tu propia sombra;
como si tuvieras alas
o te soliviara la brisa.

Porque tu mansedumbre
ahuyenta la nostalgia,
el silencio,
y las horas tristes
de mis crepúsculos secretos.

Porque contigo
cada amanecer es nuevo y limpio,
repleto de vocablos dóciles,
que promueven el optimismo.

Porque al mirarte
aprendo el movimiento
de una danza de destellos
del hombre feliz.

Porque en cada instante
te sale la mejor sonrisa
guardada para mí.

Porque cada madrugada
renaces ilímite
acompañada de paz.

Porque nombrarte
es excelente ejercicio
para la ternura,
y me confundo con la música
y con la alegría.

Porque el cielo cae vertical
sobre tu cuerpo,
con nítido compromiso
de belleza y mansedumbre.

No ves que hasta la puerta
de mi casa de campo
te sonríen al verte pasar.

Los vidrios de mi ventana,

- esa que sirve
para mirar los domingos,
el paisaje patrio,
el azul del firmamento -
dibujan tu silueta,
y por tocarte
alardean transparencia idéntica.

Y no has sentido
que las paredes
y la lámpara de mi escritorio
tienen olor de tu cuerpo,
pegado como musgo de luz.

Cuando no estás conmigo,
no sé por qué,
voy a dialogar con las flores,
capto en el aire
una canción antiquísima,
multiplica mi afecto,
y busco tu mirada
en el arco iris,
en oráculos del trébol
de cuatro hojas.

No hablo más,
se me hace tarde.
Me acuerdo que tengo urgencia
de escribir una carta a esa estrella

que me mira profundo,
y le pueden doler los ojos
si es que llega la noche.

Quiero estar suavísimo de alma,
tener brillantes las ideas
para decirle que te amo.

Ah, pero me miras tú,
y estoy en el alar de tus pestañas.
Creí que llegaba la noche
y me quedaba ciego.

PRESENTACIÓN

(Dedicado a los compañeros, amigos del Colegio Pedro Vicente Maldonado)

Compañeros:

Les saludo de pie,
desde la verdad y la luz hechas palabra,
ración de vida plural
y dimensión de fe.

Recibid mi constancia de átomo transfigurado;
fruto de esta tierra de espigas que cantan
y de rocas blancas con alas hacia el sol.

Conciencia celular empapada de trópico,
atravesada de dudas y esperanzas,
de oquedad y de insomnios.

Y vedme: Trashumante,
con el duro caminar del proletario onírico,
voy por las distancias averiguando cosas,
en busca de infinito.

Soy hijo de este siglo,
inmerso en sus osarios súbitos,
en sus trémolas hecatombes,
en la hornacina innumerable
del dolor, del miedo, del vacío;

en sus ansias de libertad,
de justicia, de belleza, de verdad;
y en sus espirales de luz,
que taladran los espacios.

Ante la historia de la Patria me inclino
despedazado de inmensidad
y torbellino;
y para comprenderla
inventé una lluvia de estrellas,
y bruñí con ellas
la delgada euritmia de mis sienes.

No sé cuando enfrenté el trémulo estambre de mi barro
con la nada y el amor,
con el universo y Dios,
con la verdad y el dolor,
con la ensoñación y la belleza.

Sólo recuerdo que encontré la humildad
en mi propio paladar.
Entonces cubrí mi desnudez y levedad
con éxtasis y anhelos;
inicié con el espíritu
una santa ebriedad de abismos;
y al beber de los hondos torrentes de la vida
sorbí sus vinos de bien y de mal,
sus espumas de lágrimas y sangre;
y cubrí mis costras y laceraciones

con voluta azul y sensitiva.

Me incineré con rayos,
empurpuré mis labios
con las aristas de la pasión,
me afiebré con lo bello,
sentí la mordedura de sustancias extrañas
- cuyas ulceraciones exhibo todavía -.

Paladeé a plenitud la más honda ternura
en las diafanías del alma,
crecida en horas de emoción;
y en la convergencia de la alegría,
con la amistad y el amor,
escancié la palabra pura
y el panal nutricio de la oración.

Hundí mi grito,
lanzándolo como cristal ustorio
hasta las fauces torvas del infinito;
fue mío el corazón sañudo
que holló los paramentos del vacío;
me calé hasta la médula
con tempestad de delirios;
mordí los crisoles del silencio;
me sacié de soledad;
me hermané con la muerte
y sus túmulos de olvido y de ceniza.

Conozco los signos del espíritu
que vienen iluminando y de puntillas,
soliviados por élitros azules,
y llegan hasta el brocal innumerable de mi angustia,
hasta la escala sin término de mis abismos.

Tengo sobre mi piel
la trémula amistad de la materia
y su abrazo de anémonas desnudas,
las huidizas avispas del deseo,
el rictus tenebroso del hastío,
el rostro remansado del perdón,
el fuego ardiente de la juventud,
el delgado júbilo del humilde,
el vicio y la virtud.

Miradme: estoy sin pupilas.
Hace ya mucho tiempo
son una misma devoción y cambio de ternuras,
un mismo parpadeo de colores
con los montes, los ríos y los valles,
y con la bondad que forja cotidiano
el hombre ecuatoriano.

En las mañanas diáfanas y malvas
juegan con ellas
el rocío, el cínife y el trébol;
a pesar que cada noche naufragan estremecidas
en espejos negros trizados de dolor,

en lagos de escombros y de tumbas;
vigilan el farallón hierático,
donde mora la soledad y su jauría icterica;
se derruyen, cabe la estatua cejijunta
del misterio y la duda.

Tiemblan, tiritan, se confunden,
en el fondo insondable de otros ojos,
cuando lloran los ácidos del alma;
en las frentes jadeantes y lívidas
por donde corren los trenes asechantes de la duda,
del espasmo, de la angustia,
y en los que fugan el anhelo y la ilusión.

Visteis que desollé mi pecho
a golpes de intemperie;
que puse mi digital estremecida
en la celeste claridad del hermano,
en la sustancia vertical del camarada
y en su ancha dimensión de abrazo fiel.

Con el índice torturado de aristas
os salpiqué sangre asombrada de recuerdos.
Sentisteis mi fatiga alucinada
desde un confín de esperanzas.
Y aún palpáis mi fe sobre el vértice del alarido,
que mana sin cesar fuegos resurrectos;
ya que llevo sobre los hombros vuestra angustia,
crece en mi corazón vuestra confianza

y vierto mi dolor por vuestra pena.

Compañeros - amigos:

Os descubrí en la mano extendida hacia el libro,
en los desbordes de la paz y del amor,
en las torres de la sabiduría y la belleza
en los fragmentos del gozo,
que nos pertenecieron por igual en el festín de la risa,
en la palabra empurpurada de ideales,
en las fraguas de fuego y de frío,
en las cicatrices de la lucha y del hastío,
y hasta en los hongos asechantes
del error y la derrota.

Comprendedme: soy simplemente un hombre
igual que la tiniebla y la aurora,
que se diluvian en este suelo tropical;
soy simétrico al guijarro y a la brisa;
guija de farallón hirsuto
consustancial a nuestras cordilleras;
ala de transparencias,
ceñido al colibrí, al cóndor y a la garza.

No me acuséis si me acrecientan las sienas
rocíos y atardeceres de la Patria,
los recogí en el camino
de mi larga trashumancia;
si tengo el alma encendida
de inmenso amor y de fe

sobre el dolor de la vida;
si voy regando mi sangre
por esta aventura excelsa
de mantenerme de pie.

PUEBLO

Eres mi remordimiento
en los sitios rebeldes del alma.
Dolor grande de mi Patria marchita.

Eres trueno que se quiebra
en abismos olvidados;
viento extraviado adrede
al fondo del tiempo antívida;
puntal de cruz absorta
donde yace la paz despreciada;
torrente de puntos suspensivos
caído desde astros indiferentes;
carne transitoria
propiedad del dolor permanente.

Olor de aguardiente autóctono,
añejado en párpados lacrimosos,
de cacto con pétalos encogidos
por la soledumbre ilímite,
pasillo acontecido
de noches tiritantes,
humo de tizón caído de bruces
en el descuido de la sombra.

A veces vas con odio a cuesta,

sublevación empujada por la noche,
portador de estragos sin fecha,
que descascara las paredes del suburbio,
se arrastra por el susto de las calles,
golpea los hierros de la cárcel
con suspiros repetidos,
tamaño de guijarro,
disuelto en epitafios
orinecidos por la tristeza.

II

Pueblo maestro:
Yo debiera hablarte de gratitud,
besar tu frente
frumental de ideales;
y volver a escuchar el alfabeto,
que no renuncia al júbilo;
los conceptos rumorosos,
las normas, la armonía,
llegados de distancias pródigas,
para hundirse en el corazón del átomo,
de la célula, del hombre;
el sonriente don del número
aferrado a las cosas del progreso;
la geografía, la historia,
para navegar los espacios
que esperan vestidos de sorpresas
y achicar el tiempo

al alcance de las manos;
realimentar el ensueño
con la copa joyante de la poesía,
el acucioso imán de la filosofía;
en fin,
ir pegado a tu suave manera
de fertilizador de auroras
y transitar por la vida con el libro
hasta la muerte.

III

Pueblo, obrero manual:
es visible tu color de sudor
y llaga permanentes,
tus brazos vibrando en reciedumbre,
aliados del hierro,
blandiendo la energía,
extraviertes la subterránea belleza
de la piedra mármol,
la madera anillada por la naturaleza,
desafiando en andamios la altura;
hipando y fracturándote la médula
en la amistad violenta con las máquinas;
y sobre tu pequeña ración de oxígeno
los repetidos escupitajos de gases turbulentos,
descarnándote el rostro con la tos,
hasta la carcoma del insomnio
y el amanecer mohoso.

IV

Pueblo campero,
de raza dura como la roca,
nacida en la reciedumbre de la montaña
y pintada con la pátina de siglos;
de fuerza infatigada, en lucha
con la espesura de fracasos.

Riachuelito sin ira,
que va cuesta abajo
hasta los tronchados muros de la aldea;
césped, árbol y venado,
con delirio de páramo silvestre;
tu pecho mimado al surco,
vistiéndole de maíz y cebada,
y dibujándole con la luz de la alborada,
el organdí absorto de las nubes,
la calidez del medio día,
el parpadeo de la primera estrella.

En ti la intemperie,
mascándote la espalda,
los zarzales cohabitando tus manos,
los pedruzcos y guijarros
testimoniando los pies desnudos;
y, a latigazos fríos del destino,
seguir muriendo sin lágrimas ni flores,

generación tras generación,
hasta el cansancio de todos los lugares.
Constante tu silencio,
bajo el cobre candorosamente arrugado,
en el huerto cerrado a la esperanza;
en espera de la lluvia
desde las gárgolas del cielo,
pero la helada,
apabilando el verdín tan cuidado,
la sequía con langor de viento hispido,
llevando el corazón al despecho.
Sin embargo: tú,
con toda la sangre en latido ancestral
saludando al sol,
atareado con la esteva en remover las colinas,
para que no desmaye
el penachito de humo en el bohío.

V

Pueblo artesano:
mides las cosas
para el milagro de las transformaciones,
con la clara sonrisa de la ternura,
la edad mayor de la belleza,
el diseño terco de la ilusión.

Tu alma siempre joven,
blancor de espuma,

la sangre ondeando
en seguimiento al canto,
la magia de la alegría,
salida libremente
en volúmenes de bálsamos sensuales,
para abrillantar los instantes plácidos
de la realidad humana.

Yo amo tu silencio,
que tiene el peso del plumón en vuelo,
tu llenura de tiempo,
filtrado en embelesos,
la prisa de tus manos
enguantadas de paciencia,
aconsejadas por rosas gigantes,
los interiores impulsos de la música,
para desnudar las excelencias del arte.
Yo amo tu razón de ser así:
pulimentado y ágil,
apto para la bondad;
sin embargo muchas veces triste,
como rocío purísimo,
que tiembla en el livor de una hoja
o donde brota cerrado el párpado de la muerte.

VI

Pueblo trabajador: perdona mi limitación.
Yo quería entregarte un poema elemental

bajo el rostro alegre de patria nueva;
y tu sabes como está ...
Poema libre como el relato lírico
que hace el mirlo sobre el fruto maduro,
suficientemente amplio
como la fronda intensa de la jungla ecuatorial,
quemado de azul como el mar,
con la misma amistad de la mies y la perdiz,
resistente y definitivo como la piedra blanca,
simplemente limpio y cordial como el pan
engendrado por el sol, el agua, el limo,
bajo el rumor presente y ágil del trabajo.
Un poema de historia, escudo, blasón
vivos y urgentes,
opulentado de linajes, sangres, nervios,
tribuna, fogata, gloria,
con justo equilibrio de tambores
y dianas bronceínas,
con tinta extraída de las estrellas;
para que lo pronuncies en voz alta,
con rugido de volcán seísmico,
choque de olas en farallón imperturbable,
y el abrazo de toda
la galanía de la tierra.

Yo creo en ti,
como decir creo en mi mismo.
Pálpame:
soy pueblo

gestado sobre tu pecho herido.
Y soy todo tuyo:
mi ensueño parte de tu regazo,
mis creencias de la altura
a que llegan tus sienes,
mis embelesos,
del noble vigor de tus manos,
mi dolor de tu arteria rota
y el rescoldo húmedo de tu sangre absoluta
infalible en el sacrificio.

Yo pronuncio tu nombre
con la fresca sencillez del agua,
que nunca muere.

QUÉ ME IMPORTA

Qué me importa, que digan,
después ...

"Le vimos ...:
llevaba bajo el brazo, amorosamente,
una materia infusa,
como niebla
o como una madrugada".

"Tenía la costumbre de subir a los oteros,
a los árboles,
a los muros ..."

"Era de verle confundido
en el hilo sedal de algún gorjeo,
enfundado de escafandra,
jugando con los niños
a la esperanza,
o afinándose la cara
y los sentidos
con el paso del agua,
del viento
y de la ilusión."

"Por eso se trizaron sus manos,
y sangraba copioso
de una herida descuidada en la intemperie,

y donde se acumularon la noche,
el frío,
y el olvido."

"Cierta vez le encontramos de bruces
sobre el brocal de un abismo;
arrojó sus sienes,
sus ojos,
y, envuelto en un grito,
algo que sacó del pecho
con olor de sangre,
de anhelos,
de misterio".

"Pero el abismo sólo tuvo un eco,
un solo eco,
que nadie comprendió ..."

Qué me importa que digan ...
después ...

QUIERO 2

En el sitio exacto donde el mármol gime
en silencio blanco,
donde el viento inválido
desnuda los suspiros,
serpea a la altura del olvido
y roe el polvo del criptal abandonado.

Quiero roturar la memoria de las tumbas,
estar junto a hormigas y larvas,
a células en ceniza
y átomos clandestinos,
que testimonian la lucha de la carne
y su derrota frente al dolor
y a la muerte;
para entender la debilidad humana;
gemir dentro de su finitud,
donde su sed está vencida
por el inexorable "Nunca Más".

Quiero poner el abalorio tersurado
de una palabra inmensa
donde la amistad límpida
cultivó flor de gemas,
y el espíritu
hizo historia de excelencias;
en la raíz anhelante de lo que fue
la expresión del amor humano:

salmodia de vida,
ofrenda de la belleza a la fecundidad;
donde el beso sonorizó al universo,
acreció la ternura en diafanías,
y se entregó libérrimo.

Quiero azorar de relámpagos las sienas,
desnudarlas hasta el calcio primordial,
en evasión profunda y definitiva;
para constatar el jubiloso pulso de ilusiones,
cohabitar con su gloria,
con sus extraños privilegios
de ala y canto;
y purificado por ellos
yacer unánime en sus cansancios
y atonías.

Aún más.
Más adentro ...
Quiero acudir el polen esperanzado
y luciente de su fe,
reivindicarla de las trombas nocturnas,
de la desbocada sordera de la sombra,
que jinetea el vacío y el misterio;
hundirme más allá del tiempo,
de las catástrofes de la materia.
Y, quizá,
como una estrella que llora en el espacio
su minúsculo nombre

acercarme a la verdad
donde suena el infinito.

QUIERO: 3

Quiero mirar las cosas
con pupila urgente, jubilosa y limpia,
la felpa celeste del cosmos,
el arcano donde se juntan el misterio y la paz,
la raíz exacta de la luz,
que arpegia el universo,
afina la palabra inicial de las rosas
rige la transfiguración del color,
el prodigioso encanto de las formas,
para capturar y repartir la belleza
en toda la dimensión del alma,
desnudarla un momento definitivo
dentro de mi carne,
y unirla a mis afectos
para un derroche suavísimo de ternura.

Quiero ascender con los elementos
sobre altamares del tiempo
y paladear la sal de las edades;
erguirme sobre los oteros en los amaneceres
para limpiarme la rutina,
el dolor y la angustia;
hollar eufórico
y migrante todo límite;
extraviarme en la erranza alegre del viento,
en los blancos caracoles de las nubes,
en el vidrio viajero del agua;

1204

fatigarme en los caminos del ocaso,
donde se difuminan tatuajes de olvido;
descolgar me en cada puerto;
naufragar en el extremo húmedo de la soledad;
o desembocar solitario en la noche,
para apretujar las sienes
con torbellino de éxtasis y ensueños,
ante la innumerable consigna de luceros.

Quiero escuchar las campanas
atormentadas de dogmas, holocaustos, epifanías
y ansias supremas de verdad;
que me incendian los labios
con su deseo de canto arrebatado,
su solemne costumbre de plegaria;
flote mi alma con ellas
en vuelo de ala blanca,
temblando de pudores inéditos
para orbitar los espacios
y derrochar holganzas con una estrella
sitiada por mis fantasías
y leyendas galantes,
como en día de fiesta universal.

Quiero sentir el fluido de la vida,
dándose apasionado y libre
en el génesis de las cosas y los seres;
palpar con el corazón la energía;

aprehender la sustancia
en los instantes móviles,
que inician la interior tormenta del átomo,
del magma y del rayo,
la euforia de la célula
que trepa del mar
al árbol, a la montaña y a la bestia;
y saber que es verdadero el fuego púrpura,
fragante de lágrimas y sangre,
crepitante subterráneo en el beso,
acechante en la sonrisa;
verdad el hongo inmenso del odio
que puebla de violencia la tierra
y de lucha la historia.

Quiero profanar con mi boca
el sitio de la costra más íntima del alma;
y por saber qué es el hombre,
con esta hambre feroz
de estupor y misterio,
succionar su bondad e inocencia,
su deliciosa savia de esperanzas,
el néctar de su sabiduría,
su fatiga de lámpara y cayado,
su asfixia de grito
en llamarada estremecida.
!Ah, sus frutos!
con perfume de llanto insomne,
de incienso en templo congestionado de soledad,
con ruido colosal de soberbia,
con raíz clandestina

entrelazada de silencio,
en ritmo de tiniebla;
fértil en los placeres,
con espesura de vanidad y mentira.
!Oh. Y siempre su ansia de futuro
derruido en el muro absorto de epitafios!

Quiero proclamar mi amor
junto al salmo primordial de la naturaleza;
amor de pensamiento, de espíritu y de carne,
configurado en espiga, farallón y fuego,
listo para desafiar al enigma,
o exaltar los abismos verticales
que cimientan los espacios
con mármoles de nieve esplendorosa;
estragado de tempestad y torrente,
sacudido por relámpagos y sismos,
huracanado por viento de agosto,
con calidez tropical;
amor- pasión humanísimo de querer
al hombre universal
circuido de sabiduría,
sus brazos en plumada
levantados al sol,
enfulgurados de libertad;
a mi Patria sin ocaso,
heraldizando el porvenir,
la cultura y la bondad,
con signos inexhaustos de esperanza.

Quiero hundir mi sien más allá de la fe,

con franca intención de dardo
o de bandera,
para flamearla en el vértice
que guarnece lo divino;
y quedar jubiloso, puro,
apostado en alvéolos altísimos de utopía
y de misterio,
respirando inmensidades;
me ciñan extrañas sinfonías,
nutran mis palabras vertientes absolutas,
esencias dóciles al prodigio de la belleza
y a la armonía total.

!Oh, la distancia del arcano!
!Este extraño dolor de infinito!
!Los fríos pleamares de la sombra!
!Las llamaradas rojas de la duda!
!El supremo vértigo de los abismos!
!La sublime atracción de las cimas!...

!Oh, la carne interpuesta entre la luz y la sombra,
vigilada por deseos y miedo!
!Esta intemperie trágica de la existencia
lacerada de estupores y fracasos!
!El túnel secreto de la conciencia
fustigado de ilusiones y anhelos!
!Y el espíritu que quiere crecer
en grito irrefrenable,
en llama estuosa de delirio,
para profanar la verdad,
derrumbarse en élitros violentos

sobre la tierra,
o en llanto nivoso de montaña y cascada
sobre la imperturbable secuencia de la historia! .

RECUERDO AZUL

En la playa bermeja y cálida
nos desbordó el viento de la tarde
con su perfume tropical
y voluptuoso.

El mar con furia de fauno resurrecto,
1221

en lubridez azul insospechada,
afirmaba sus misterios abismales
con voceríos lanzados a las rocas.
Sus olas vagabundas,
palpitando en diástoles sensuales
rutilaban salobres y desnudas
sobre mansas parábolas de arena.

El sol de la tarde
anclado en los crisoles de Occidente,
mojaba de azul
su polen de cristales ustorios;
y el mar se desquitaba,
pintando con rojas llamaradas
los racimos flotantes de campanas y tréboles,
que sigilosos apretaban tu cintura
y el delirio feliz de mis sentidos.

Se amotinó mi asombro en cada célula,
cupo paralela mi existencia
con el esplendor de la naturaleza;
y era como morir entre fogatas azules
sorbido por la belleza portentosa del mar
y la tuya, de extranjera enigmática,
llegada de puertos oníricos,
de lejuras fabulosas,
hasta la inminente plenitud de mi hombría.

Vi tu cuerpo convocar triunfante,
con porfía de prodigios tersos,
la túrgida caricia de las olas,

sus joyeles purísimos en variación de frescura,
la oblación apoteósica de espumas
y sus derrumbos sonoros
domesticados a tus plantas;
mientras yo forcejeaba, casi ofendido,
con las primeras estrellas,
que mordían con diletancia tu piel
y los arabescos del mar.

Después ...

Nos aturdió el arpegio colosal del mar.
Fue nuestro su perenne frenesí de batallas
para escombrar lirios húmedos
sobre espejos transparentes
expuestos en balcones profundos
y sombras vibrantes.

Hubo tanta alegría en nuestros cuerpos,
tanta euforia de vida,
plenitud de júbilo
y naufragios inefables.

Vencidos de levedad y frescura,
estuvimos eternidades suspensos
entre el motín amable de las olas
y el sonido polifónico de las estrellas,
en el interior de holganzas deslumbrantes,
en la plenitud de mi orgullo
y de tu orgullo fragilizado por rubores inéditos.
Y con el impulso del mundo en los sentidos
nos floreció el alma

para el fasto del amor.

Te oí coherente a mi alabanza
y a las guirnaldas de fantasía
con las que cubrí tu desnudez de flor exótica
definitivamente libre.

Tu piel inaugurada a la caricia,
tuvo forma de corazón
que cupo íntimo en mis manos.

Nos prohibimos el adiós,
el lenguaje de la ausencia.
Nos juramos pensamientos
de insomnios definitivos.
Nos pertenecía el futuro:
el punto de partida tus pupilas
y mi dicha afinada por la sonrisa blanca;
viajeros por una sinfonía de libertad,
más allá del tiempo,
a una lejanía sin retorno a la angustia
ni a la soledad.

Y sin embargo te fuiste:
sumisa a tu destino de lejanías azules..

Ahora ...
con nuestra realidad de distancia,
donde tal vez se derrumba la tristeza
o te converge translúcida la dicha;
mi distancia oprime con su silencio

la quimera inasible
y me atormenta la sed de tu frescura;
donde sólo se acurruca el tiempo,
en aquesta honda cicatriz
donde reclino el cansancio de mi vida.

Yo te pronuncio, así, tan de repente:
mujer de mar inmenso y lejanía azul,
pálpame, siénteme en este poema
con la plenitud azul de tus pupilas
y la blanca digital de los recuerdos.

Te escribo, como buscándote,
en el alero donde se apiña la soledad
y los instantes pasan, desbordando mis manos,
testimoniando el pálido color de la tarde vacía.

¿Tendrá mi recuerdo
dimensión tan grande
para llegar a tu sonrisa
y al borde azul de tu alma? ...
¿Tendrá esta poesía
calidad de beso íntegro
con el calofrío de mi vida
que te estremezca igual,
y te pinte de espuma blanca,
de nacarada perla niña,
plumón de gaviota que alea
en la distancia azul que nos separa? ...

Porque en el sensible blanco del papel

me transfiero íntegro,
desde el norte cenital de la fantasía
hasta el imprescindible dolor,
que araña la sangre;
para decirte que te amé
con felicidad inmensurable
y resonancia impetuosa de oleajes.

Yo denuncio que te llamaba AZUL,
y quería agotar en ti mi éxtasis,
mi colección de fábulas y delirios,
mi abundancia de vocablos y saudades;
habitar tus júbilos y silencios;
hacer una fogata de bienaventuranzas
sobre tu belleza inagotable.

Ahora, pienso en ti,
y al sentirte en mi fondo,
mi abundancia de soledad
se torna deslumbramiento azul,
como el mar,
y como la eternidad.

RECUERDO DE UNA NOCHE

Era la media noche, se tornaban
silenciosas y mórbidas las horas
crecidas en las calles, las farolas
agredidas de sombras tiritaban.

Cierto lucero se quedó abstraído
en la pila del parque, las aceras
pusieron a los postes en hileras
para impedir el paso de algún ruido.

Y Riobamba dormía mansamente
con el sueño producto de fatiga,
bajo los signos de la paz amiga
y con la sangre blanda en cada frente.

De pronto ese silencio fue alterado
por cantares bohemios y lejanos;
que inundaron las sienes y las manos
los súbitos recuerdos del pasado.

Crepitó el corazón latiendo a gritos;
desbordó la guitarra en la distancia
tremoles de pasillo, en resonancia
de angustias y deseos infinitos.

Descolgó tu balcón cierta ufanía
con blandura de seda, con tibieza
de alcoba que reclama la promesa

del beso en plenitud de dicha; había

entre las sombras nuevos resplandores
de inédita belleza. ¿ Revivías
la dicha juvenil que diste un día
al hombre que no olvida tus amores ...?

ROMANCE DE TUS LÁGRIMAS

Hoy vi tristeza y dolor,
estremecidos congojos,
suma de noche y quebranto
en el temblor de tus ojos,
filos de finas cuchillas,
gotas ardientes de llanto,
lacerando tus mejillas.

No eran gotas de rocío
en el blancor de los lirios;
eran dos gotas de nieve,
eran soledad y frío
desde tu sangre salidos
por los silencios más solos;
eran dolor tan dolido
mordiéndote los sentidos;
eran de tu ser sustancia
brote de estanque oprimido;
érase tu alma en errancia
por los abismos más hondos,
derrumbo de la nostalgia,
desborde de oscuridades.

Como me dolió mirarte,
como me dolió sentirte
en tu silencio tan triste,
en tus honduras hundida.
Tan cerca y lejos de mi
estabas y de tal suerte

estrujándome la vida,
orillándome a la muerte

Y así: tan cerca y distante,
quise ir lágrima adentro,
abrir tu pupila y ver
la causa de tus dolores,
en tu tristeza sorber
los manantíos del llanto,
respirar en el suspiro
el tu secreto callado,
el tu inefable llorado,
y ponerme mano a mano
a luchar con el dolor
para rescatarte el alma
en diafanía y mudanza
de ilusión y de esperanza,
a la vida y al amor.

SERÁS INMORTAL

Mientras mi alma se ennoblezca de ternura
y tenga en las sienes la presencia
de una estrella que me haga confidencia
de radiante blancura.

Mientras tenga derecho a la sonrisa,
y esté mi pupila
junto al trino y la espiga,
y compruebe la amistad del agua con la brisa.

Mientras pueda alzar mi asombro a la ufanía
de las altas montañas,
donde la luz de las mañanas
derroche jolgorios de alegría.

Mientras efunda como incienso
mi voz hecha poema,
flameará tu nombre como emblema
de todo cuanto pienso.

Estarás acrecentando mis sentidos
de amor y de belleza,
y con las cosas lindas de la naturaleza
derrotaré al olvido.

Y porque te puse en la sustancia
profunda de la vida,
serás inmortal y estarás contenida
en la paz, la bondad y la exultancia.

SI PUDIERA

Si pudiera deletrearte en cada sílaba
que pronuncia mi boca alborozada;
o sentirte apegada en cada letra
que de mi mano sale
con un supremo riesgo de ternura;
descifrar tu signo en un ángulo de risa
que hace visible el alma.

Si pudiera volver a la edad de la infancia,
rehabilitar la juventud y su aventura
para encontrarte allí,
con un recuerdo de sol en la frente,
con tu amistad de agua, siempre buena,
saludando a la vida, florida de entusiasmos.

Tu me encontrarías en el portón del alba,
vigilante de ensueños,
estrenando dulzuras,
con toda mi alegría en la solapa,
como una gran condecoración de tu glorioso amor.

Iríamos, como antes,
por el camino que guarda nuestros pasos
y no supo de cansancio.

Iríamos a escuchar las flores
con su sonido leve de primavera
y su milagro cotidiano.

A mirar las palomas
ostentando su blancura en las ventanas.

Respirar en el tilo
su visible mensaje de azahares.

Volvería a decirte:
"Eres plumón evadido de la brisa,
espuma remansada en cuerpo de mujer,
y tan bella como el Chimborazo ..."

Si pudiera tenerte junto a mí,
apoyada en mi vida,
inalterada en los instantes sucesivos de dicha,
en los cuales convoco a las estrellas,
para obsequiarte un recuerdo,
una verdad
y un poema.

SOLEDAD

Oh, mi soledad tan llena
dentro y fuera de mí:
tacto de la nada,
posesión del abismo,
fogata fría y lenta
del tiempo sin fondo
y sin forma,
espacio que cae - cae,
a través de mi piel
sin hacer ruido.

Estoy puro de cosas,
como invisible
presente y centro de la negación,
se me enrosca ilímite,
me absorbe.

Se me caen los ensueños,
el pensamiento,
las palabras
traspasadas de silencio
y de angustia
en barca - sombra
bogante en el vacío profundo.

Se arquea el alma,
se acurruca
en el último rincón del universo.

SUEÑO- SOMBRA- LUZ

Después de una fatiga
de distancias psicológicas
y bajo un hálito de tiempo,
me sumergí en sueño original.

Irrevocablemente sin brújula,
náufrago en intemporales resacas
de anhelares y estupor.

La tierra llena de tatuajes
diseñados para la tristeza,
desportillados sus bellos símbolos naturales.

La sombra,
con lengua de tragedia insaciable,
arrojó elementos inequívocos de rencor
y blasfemia contra la luz;
copó mis circunstancias
y quedé arrojado,
torrente vital abajo,
tristeza abajo,
conciencia abajo,
igual que criptal de mármol
en tumba abandonada.

Un Índice Absoluto,
irreductible,
surgido del redondo seno del misterio
o de la nada arcana,
1235

horadó el silencio,
develizó mi sien para escrutarme:
turbiones, hogueras,
oleadas de cosillas vanas;
escribió en la médula
la antiquísima señal del olvido,
la irresistible vocación del dolor;
y allí donde un mar sin fondo y sin riberas
se agitaba,
muy dentro,
un número: Alpha,
embrión de eternidad,
a manera de cruz en vértice de cima,
punta de puñal apto para suicidios,
guitarra desnuda en polar lejanía.

La sociedad añadióme un adjetivo,
(más bien una incógnita)
y me proclamó ante los seres y las cosas:
es un hombre ...
Aguzándome los instintos,
la espesura de los deseos,
me arrojó
al filo de brocales y abismos,
subordinó las pupilas
acicaladas de horizontes,
fulgores, música y espigas;
las manos con ansia de banderas,
el pensamiento en busca de senderos no hollados,
la palabra de canciones venturosas y aleluyas.

Me puse escafandra de fe
para los altamares de la nada,
que gravitó infatigada sobre mi;
aunque no comprendí su hipnótica misión,
ni alcancé a descifrar su gesto inflexible
a los estragos y tormentas.

!Soy hijo del Siglo Veinte!
Grité,
con el paroxismo de todas mis células;
pero nadie escuchó.

Solo el eco l-e-n-t-o,
oscuro,
devolvió mentiras ruidosas
a los cuatro costados de mi sueño,
desde las tribunas tambaleantes
de este siglo,
estridulado de vanidad y violencia social,
sádico con la ignorancia,
la pobreza y la bondad;
con el amor martirizado de absurdo,
de hipocresía;
hasta el aturdimiento del alma,
la parálisis de la razón.

!Oh. Qué soledad, cuando percibí
que era imposible aprehender la verdad
y la belleza
totales
con el pensamiento!

Ninguna prisión más completa
que aquella soledad.

No sé cuanto tiempo estuve incierto,
singular,
como el humo,
solo.

Creo que no existe medida para la soledad:
era: así de grande como ...
la meditación de una montaña
acosada de crepúsculos y relámpagos;
como el desierto
en el que no caben los espejismos;
como la inconsciencia del coral
yacente en el fondo del mar.

El llanto y la violencia
empujaron la sangre hacia los calvarios,
para fecundizar la angustia.

Semillé la emoción, los sentimientos,
donde florecieron la pasión
y el recuerdo,
sobre manantíos de nostalgia
y con movimiento pendular:
del rayo albo a la tiniebla,
del júbilo al fracaso,
del tráfigo social a la soledad,
del brote savial a la ceniza;

infierno y cielo,
cielo e infierno,
vértigo y resurrección,
unidad y pluralidad de existir,
canto y dolor de barro dúctil,
herido de ideales.

!Ah, la muerte unipresente!
Contemporánea de mi calcio
y paralela de velones lacrimosos,
impulsora de eternidades.
!Oceanías de silencio!

Resistió mi carne,
hospedada en la conciencia murada de abismos,
abstraída en reflexiones inauditas;
y por cima,
el espíritu estremecido y ávido
de verticalidades.

Es cierto: puse voluntad,
dolor y corazón
para espolear el pensamiento,
cundir de excelencias el amor,
y llevarlos a madrugadas
de ineludible albura.
Y. Sin embargo ...
Qué fútil el latir setenta veces siete
por minuto - primavera,
por langores - otoños;
y develarse donde se borran

las brújulas del alma;
esperar frutos
cuando ya el verano - hastío ...

Era como remontar en domingo brumoso
por cimas rutilantes de tedio,
por islas de extraño hieratismo
y miedo primordial.

Me fui ...estuve uno y plural
en busca de lo trascendente,
en los alvéolos de la fantasía,
de la quimera huidiza,
de la ilusión más remota y quizá pequeña;
puse mi respiración enardecida
para moldear la palabra
a medida del fasto más humilde,
de la amistad,
del entusiasmo,
del alma.

Y ...
Simplemente resbalé ilusión abajo,
esperanza abajo;
porque me congestionaron los elementos,
me cegaron, insaciables,
los pequeños propósitos cotidianos.

Todo se redujo a candilejas
envueltas en humo gris.
El reloj, monitoreando el devenir,

acosó al calendario,
hasta consumir las fechas niñas
de aniversarios,
los meses adolescentes
con aire fresco,
en transferencia de anhelos voluptuosos,
enmadejó los años
con colores quemados de sol,
intemperie y desventuras.

El abismo creció;
los nervios jadearon febriles,
igual que raíces de árbol humillado,
mimetizados en espuma de llaga sanguinolenta,
en ritmo de alas cercenadas
por ciegas espadas del tiempo duro.

Sin embargo, quise residir
bajo ramajes de deslumbramiento,
para compartir el regocijo de las cosas,
sentir la mirada clara de los seres,
testimoniar el nacimiento del trino
y de la flor,
explorar la sonrisa de la Patria amada,
escrutar la pasión del hombre sabio
y del manso de corazón,
adherirme al tacto malva de una mujer buena,
mojarme de estrellas
en las pupilas de un niño.

Pero: el constante ascenso de la sombra

me anunció la tarde intensa,
precedida de seísmos en las nubes,
alas perdidas,
instantes en zozobra.

!Ah, esa sombra! ...
Que tiene envidia de la luna,
del agua ágil,
del sol radiante y generoso,
del color sonoro,
del germen fecundo,
del limpio saludo al amigo.

Quise dialogar con la tarde,
desesperadamente,
ofrendándole un macizo de nostalgias;
clamorear con puntos suspensivos
ante sus estatuas y máscaras
teñidas de tristeza;
quise poner mi barquichuelo lleno de anhelos
en sus lagos abstractos,
para un viaje a puerto sin retorno;
o derrumbar sus espejos
heraldizados de luto;
traspasarle con sílabas de entusiasmo;
o, por lo menos,
confesarle mis caprichos
y culpas cotidianas.

La tarde irrefrenable
me empujó mucho más,

hacia el centro donde impera la duda,
donde arrecian los fríos huracanes;
reclamó mi ofrenda
de entraña íntima,
de espíritu tremante,
en perenne sed de éxtasis
y los musicales espacios de la bondad.

Estuve: así de humano,
desnudo y transparente,
con las manos sobre los hombros de las gentes,
los labios en sus heridas y costras,
suplicándoles amistad;
y estuve en la vida fresca del hijo mío,
en su enero de azucenas
y su junio frutal.

Y, sin embargo ...
bocas en rojez de tragedia
regurgitaron odio;
mientras la sombra iracunda danzaba
sobre mis pupilas,
sobre la sal escasa del suburbio,
en la soledumbre mansa
de la cabaña pobre,
en el sudor inadvertido del obrero,
que trabaja cada cosa,
y su sangre inocente
derramada en todas las esquinas.

Me circuyeron:

cúmulo de voces lastimeras,
gritos gimientes de impotencia
y estupor;
millares de voces acusadoras,
venidas por caminos torvos,
que nunca los transité;
libros degollados
que no pude leer;
ni hacer míos los pentagramas;
y la caricia, que no pudo ser.

!Oh, que profundo el dolor en la tarde!

Y llegó la noche obrando vacíos,
disgregó el tiempo en infinitesimales;
desde su altura de misterio
preguntó por mi,
con ruido de calaveras sin luz.

Yo, solamente con alarde humano,
ensayaba todavía el drama de la vida,
pegado a papel en blanco exiguo.
Sin comprender
la pesada incógnita de la nada.

Quise compartir mi tristeza
con la noche profunda,
desflecar mi desesperanza
en su desbordado luto,
que palpaba insaciable y definitivo
este dolor - ya tan mío -

y sin embargo inconcluso.

Ah, porque continuaban cercanos
sus estrellas de recientes aristas,
sus irrompibles vientos de cristal,
llegados desde siempre
sobre mi estado original de sueño,
fieles con el frío de la sombra,
sus formas y modos de ceniza
mojándome en llanto estigio.

!Dolor! ...

!Noche! ...

Quise evadir mi sangre
con algún residuo de afecto,
resquicio de ilusión,
quimera, esperanza;
pero avanzó la sombra triunfante.

Yo solo,
muy solo,
s-o-l-o.

Ya no pude soportar:
con premura haciné recuerdos,
textos en páginas antiguas,
toda mi esperanza
con sus resabios dispersos.

Y los quemé
en hoguera grande de vacío;
y quemé las dudas,
mi vanidad,
mi dolor,

mi ayer, mi hoy, mi siempre.
Hecha llamarada mi conciencia,
mi pensamiento en carbón impalpable,
mi vida en ceniza inocua.

¿Fue la final derrota?
¿Fue mi holocausto
ante la cercana unipresencia de la muerte?
¿Fue mi única certeza?

Agigantadas las llamas,
igual que fieras que arquean y saltan,
gritaron con histeria furiosa,
vituperantes amenazaban a los espacios,
a la materia,
a la energía.

!Oh, la lucha de las llamas con la sombra!

La noche deliraba ebria,
veces genuflexa,
veces enhiesta y soberbia,
lanzaba carcajadas
con escupitajos de sombras.
Más llamas y más sombras,
contra la tierra y el cielo,
contra el espacio y el tiempo,
contra el hombre y el vacío.

Al final, como ascendido,
y purificada mi voluntad

de todo sedimento clandestino,
me hice realidad extraña,
inexplicablemente indoloro
a los vértigos del mundo,
sin la palpitación angustiada
por la lucha de la sombra espesa y ciega
con la luz siempre sublime,
sin la vorágine de cielo e infierno.

Desperté ...
Íntimo al sonido del día
que viene y pasa,
transfigurado en sustancia de un punto,
primera letra de una sílaba,
que debe escribirse
en ritmo de levedad transitiva,
dentro de la unidad del Cosmos
y bajo las desnudez eterna del Infinito.

SURCOS DE NIEBLA Y SOL.

El arco iris,
gran collar de los Andes
picoteado por cóndores.

Las cascadas.
Ese mismo collar
que termina en cruz
al caer sobre las rocas.

La niebla
va aplastando perdices de sombra
bajo la fronda del bosque.

El viento, soñador empedernido,
corretea a los conejos
cuesta abajo en los páramos.

Porque hace frío
el páramo se pone
una bufanda blanca de neblina.

Por jugar a las escondidas
la niebla y el sol
caen sobre el río
y van rodando entre espuma.

Bajo el verde paraguas del bosque
las piedras tiritan de frío
de tanto esperar la llegada del sol.

El mirlo picotea el día
y todo el paisaje se engalana
de perlas preciosas.

Uno a uno
los colibríes succionan del arco iris
pedazos de color
para llevar a la flor
y a todo soñador.

El gavián empuja el viento
y luego se queda impune.

El viejo eucalipto
hace la señal de la cruz
sobre el cadáver del día.

El sol derrama su yodo de cansancio
sobre la opulenta blancura
de los Andes.

TERNURA ES ...

El fino tacto de la flor
con límpida opulencia
de perfume y color;
esa su sonrisa de vida,
que abanica, blanda,
el clima del éxtasis,
y con la que comulgan los instintos
con sustancial apetito
y fina simpatía,
bondad ingenua y espontánea.

Es el concierto grávido del mar
en ola azul,
turgenciada de brillos galopantes,
guirnalda de espuma
y grito incesante
de eufónica blancura;
es su beso celeste de frescura
en la piel.

Los efluvios de la brisa que convoca
los tenues regocijos del alma,
el renacido brío del paisaje,
y el apacible bálsamo de escarcha núbil.

La cabellera de la sombra
que peina la lluvia lenta
junto a la ventana,
y anegada por débil transparencia

registra la verde espuma del huerto,
las jubilosas sílabas del viento,
el parpadeo de la tarde
y su evidente vínculo con la melancolía.

La música, cuando es belleza vibrante,
acariciante y pródiga
de estremecimientos divinos
en el júbilo total de las células;
sus diáfanos designios
de arpegios y armonías,
gemas de luz en polifonía triunfal,
que danzan, giran,
en espirales majestuosos
por los fondos depurados del silencio
o en alturas inmaculadas,
proclamando eternidades
de transfiguraciones
para holganza del alma.

Es el clima de la casa solariega
en el retorno,
donde sesteaba el tiempo,
y brota y nos ahoga
un remolino de pupilas amadas
cultivadas de espera,
el temblor emocionado del recuerdo,
que disuelve distancias
y pone en el oído
voces íntimas de ayer,
una canción antigua,

una fina quejumbre de añoranzas
y reclamo de ausencia,
que sabe a lágrima y abrazo.

Los tremoles espontáneos
de la risa infantil,
sus mínimos afanes primordiales,
su voz florida y clara,
dúctil a la dulzura,
sus manos esculpidas con seda,
con plumajes de albura;
y el primor sensitivo
de las cosas pequeñas
y puras.

El encanto estremecido
del primer beso,
que hace brotar sonrojos,
las dormidas delicias de la carne,
la casi divina
alegría de la vida.

El apogeo del hombre
cuando se eleva en plenitud de alma,
y habla al universo
con palabra desnuda,
rociada de verdad
y transparencia,
con labios pegados a la bondad,
a la luz,
a la amistad

y al amor.

El secreto y caudo ideal
que alea en el pensamiento,
como lento pañuelo navegante
sobre remotas montañas,
o como plumón de cristal leve
en su viento de ensueño
y esperanza.

El pacto con la diafanidad
que hace el hombre
cuando tiene el cuerpo recubierto de espíritu,
mana deslumbramientos como la aurora,
canta bienaventuranzas y hosannas,
su señal camina tersa
en la interior sustancia de los elementos,
y es su fe vínculo acrecido
en el tiempo vertical y puro,
en el día y en la sombra,
para todos los hombres.

La memoria, cuando brota desde alturas,
y en la boca hay revuelos
de oración para Dios,
bendiciones para la tierra.

Ternura es lo que sentimos
cuando rescatamos la mansedumbre
y la entregamos con largueza
a los vencidos de cansancios,

los trizados de derrotas,
y nuestras manos se plegan a las manos
que se estiran anhelantes,
y nuestros ojos se funden con los ojos
que lloran sin consuelo,
y se abre el corazón
a la angustia, al ruego,
al dolor y a la muerte.

TORMENTA NOCTURNA

Oigo en la noche el río enfurecido:
mole errante,
rumoroso, vibrante.

Conjunción de elementos lóbregos
que da tumbos de espanto;
jadea, trepida,
se retuerce de estragos,
rasga las tinieblas
con apretujados gritos y alaridos.

Vestiglo enloquecido, se va
irrefrenable en su aventura,
por distancias
y honduras insondables.

Torrente en forcejeo
con remolinos restallantes,
contra farallones
y rompientes de sombras espectrales.

Hunde sus garras espumosas
en la entraña del suelo
lo socava y tortura.
Desde la undosa multitud de espejos,
infatigado, atroz,
crece, se apretuja,
da brincos próximos a la luna
y cae hecho trizas

1244

sobre agujones blancos.

Arriba: zozobran las tinieblas;
tormenta, fuego, rayo,
fulgente corto-circuito
entre la noche y el infinito;
se deshacen los abismos verticales
por inmensas gárgolas sonoras;
y hay un fustazo de frío duro
que sobre las rocas revienta.

Sólo el eucalipto,
con su desnuda esponja de sombra,
parece que me mira,
que medita inofensivo,
impertérrito,
como un asceta.

TRÍPTICO DEL ÁRBOL

PRIMER MOMENTO

La aurora viene en pos del árbol
para anidar asombros.
Sobre él alean cimborrios;
le apretuja
clarísima espesura de esperanza.

El árbol campaneando paz
para congregar su querencia de horizontes,
flamea colección de banderines
de añosos encantamientos
y luchas;
canta su conocida égloga
aprendida en organillos de tiempo,
se remolina,
y estira sobre el dorso del otero
su ansiedad de lejanía.

Tiene gesto de águila inmensa
que va a remontar el vuelo,
conmoviendo los espacios
en la diástole del día.

Su hermosura máscula oscila
en la excelencia de los Andes
desde la pureza del alba
hasta el esplendor de la nieve;
abraza a la brisa

con docilidad de plumón,
la besa con tibio candor sensitivo;
luego, se aquieta suspirante,
se desvanece como yerbajo niño.
Y yo ...
ya sé lo que es la ternura grande.

Se opulenta al entregar a los espacios
la amistad de su frescura;
centellea al encuentro del sol,
le saluda con sonrisa iluminada
imitando a los luceros;
en cada hoja cabe
reguero de esmeraldas
y caracol de diamantes.

!Apoteosis de la delicia!
Se oye el perfume del árbol
que ondula suavísimo
sobre límpidos cristales,
el alborozo de los pájaros
en torrentes de armonías;
mientras la sombra derrotada esconde
retazos de musgo oscuro
detrás de los roquedales.

SEGUNDO MOMENTO

La tierra jadea al medio día;
el sol de primavera
desnuda el bochorno de las flores
y acelera sus pinceles en los frutos.
El árbol, aunque solitario,
recibe con valor impertérrito
vaharadas de calor
agolpadas en su fronda,
controla los arrebatos del viento
que asorda la comarca
con bramidos atroces,
y la contienda de los pájaros
con el polvo del camino.

Soberbio corazón de la naturaleza,
gigante sublime,
nutrido con polen de astros
por sumideros de luz
y laberinto de arpegios;
con los brazos abiertos
en plenitud de verticales desafíos,
su costumbre de convocar paisajes
para descifrar los signos de las nubes
y otear barrancos
donde se estremece el silencio
con las palabras menudas de la fuente.

¿Que sentirá el árbol cuando los seres
pacen fruitivos bajo la sombra

catalizada en su espeso follaje?

¿Gemirá en cauce profundo de savia,
fraternal a la tórtola escondida
más allá de la tristeza?

!Y esa hoja
que se lanza al espacio
y palidecida cae
reclamando el abismo! ...

TERCER MOMENTO

Cuando concluye la tarde,
el árbol - siempre de pie -
maravillado con el refraneo del viento
y las acuarelas que cascadean fogantes
en el horizonte,
está más cerca del abismo,
lo bucea en pos del portento
y del misterio.
Preside la oblación de la naturaleza
al sol,
entre nubes vaporosas,
trozos de tormenta angustiada de frío,
relámpagos fulmíneos,
zigzageante laberinto de luz
y de tiniebla,
martirizando las montañas,
modelando la tristeza
torrencial sobre la tierra.

Adorno del paisaje,
engendrado para talismán de la tierra
sobre tempestad de elementos.
Imagen del ideal
- adorno del hombre -
engendrado para alturas
sobre tempestad de pasiones.

Aunque me conmina la nada,
esa imagen inmutable sobre la colina

rebota en el azul,
acomete mi memoria
en palingenesia de lo bello,
hasta el desborde de aleluyas.

Le contemplo de pie,
estiro mis sienes y mis brazos
en privilegio de libertad
igual que el árbol.

!Oh, su presencia severa,
tal vez sublime,
en el ahogo inefable del éxtasis
cuando concluye la tarde!

Arriba:
se instaure una estrella,
su pupila da un salto hasta mi dicha
y me grita clamores de infinito.

TÚ

Tú, antes del agua,
de la luz,
de las estrellas.

Espuma de música,
sedoso temblor de canto a la vida,
que se desliza al alma.

Tú, en la sílaba tersa
con su rosado oleaje de caricia,
de sonrisa y de beso.

Tú, perenne y transparente
en los espejos purísimos de la brisa,
en el íntimo resuello del pétalo.

Tú, destino, ofrenda,
constancia en el amor
con toda su noble belleza.

Tú, sobre la blanquísima
gloria de la bondad y la dulzura
presides la memoria.

Los instantes dulces del silencio,
la ternura estremecida de la sombra,
el oro espléndido del sol.

Tú, en las alas levísimas del libro,
1251

cuando llega a las manos y a las sienes
con olor continuo de azucenas.

En el gozo súbito del poema,
cuando sus bengalas resonantes
queman de azul los labios.

Tú, en mis sentidos poblándome,
ardiéndome, consumiéndome,
en el pensamiento, ilusionándome, perfecta.

Tú: cuerpo y alma suavísimos de paz.
Mujer real, definitiva, íntegra.
Toda verdad, fe y vida.

TÚ

Tienes una mariposa entre los labios
acostumbrada a sorprenderme
con alboroto de fresca llamarada
y afiebrarme con sus alas
hasta el rojo súbito.

Hay tumultos de mármol palpitante
en tu pecho,
listo a derretir espejos
o a dar vida a un plumón blanco
yacente en el cofre de tu piel.

Hay música en tu pelo que abanica constante
el espléndido contorno de la frente
y susurra al oído
recuerdos rosados de alegría.

Es lo mismo palpar la felpa de una flor
y desatar su perfume,
que sentir el tacto de tus manos
teñidas de ternura.

¿Cómo es que caben en tus ojos
una espiga de sol
y un finísimo carbón
en que duerme la noche,
mansamente?

Es siempre novísima tu silueta
triunfante en el paisaje
y acarreado en ritmos de elegancia
el rumor compacto de las calles
y de la vida.

Yo sé que se engalanan las vitrinas
cuando te ven pasar, esbelta,
y es de ver como te siguen las aceras
hasta el jubiloso tumulto de la esquina
y hasta mi corazón.

TÚ, NIÑO

Ahí está la flor roja
con su matiz de sombra
y su brillo de sol.

Ahí, cerca, tú, niño,
próximo a la flor,
a la sombra
y al sol.

UN RECUERDO

Yo te decía
que había algo de tempestad en tu pelo;
pero tu desbordabas frescura y gracia
junto a la dehiscencia fragante de los frutos
en el sitio preciso de las flores
y del sol;
abrías desmesuradamente los ojos
queriendo captar toda la gloria del verano;
forcejeabas con la brisa,
que te pintaba el cuerpo de azul,
igual que a los jacintos.

Yo te decía
que envolvía tu piel lenta neblina;
pero te desnudabas en el agua;
tu veste confidenciaba holganza
con la espuma;
todo tu cuerpo en suavidades
invadía la infancia del día;
y dúctil, sumisa al alba,
tu risa estallaba en luz,
igual que los cristales.

Yo presentía
1256

que tus manos estaban más cerca de la noche;
pero tú en ofrenda voluptuosa,
con ambiciones locas,
pretendías alcanzar las estrellas
para restregarlas en tu frente
y ponerlas prisioneras
de ilusión en tu cuello.

Yo te reprochaba
porque en tus labios había un gusto amargo
de pócima maldita;
que no era amor lo que me dabas;
entonces estrenaste caprichos en mi boca
y sabías que con tus caricias
incendiabas la sangre,
y a veces con tu llanto
mordías mi alma.

Yo te sentía
muy lejana de mí;
entonces te acercaste un instante
soberbia, altanera, atrevida,
para palpar mi corazón
y poseer mi espíritu;
pero llegaste
donde señoreaba una quimera
rival de tus anhelos.

Luego, te fuiste silenciosa,
incierta,
misteriosa,

llevada de la mano del destino,
cual novia transitiva de la vida,
fugaz como una flor del día,
como estrella devorada por la sombra,
luz de pebetero que se extingue.

Y sin embargo,
entre multitud de escenas ya borrosas
por el estupor de la distancia
y del tiempo, que cruje
en los secretos de mi alma,
llegas a mi conciencia
con tus mejores galas,
tu risa en clamoreo de veinte años,
para un fasto de gozo
y de delirio
en el recuerdo.

UN RECUERDO 2

Gracias hijo mío,
porque tuve tu niñez dentro de mí;
porque aún te siento así:
floreciendo de repente en la boca,
suave en la sangre;
tu pequeña figura
en el sitio íntimo de mi soledad;
tus juegos de antaño entre mis sombras,
tu mínima plegaria en mis angustias,
apenas un suave ruido de seda en mi dolor.

Con mi extraña leyenda
no supe comprender
la suprema aventura de la vida,
sino cuando encontré
tus grandes ojos negros
cargados de estrellas,
interrogándome esperanzas y alegrías,
cuando supe del tacto,
confiado y apacible,
de tus manos pequeñas,
que cabían en un pétalo

o en el rosado plumón de la madrugada.

Tuve la oportunidad de vivir
fascinado y sin prisa
porque te encontré siempre,
acarreado la claridad del día;
en cada instante un alborozo,
asombros y sorpresas
de un mundo siempre nuevo,
las mínimas urgencias,
para ponerlos en la risa,
aventuras y viajes al interior de tu inocencia,
los sosiegos dúctiles a la bondad
y a las pequeñas cosas.

¿Recuerdas nuestra altiva pobreza?
Nos bastó un trompo,
unas canicas
con su orgullo de colores y brillos,
haciendo y deshaciendo
en vértigos sucesivos la emoción;
ese viejo triciclo,
que te conducía desde mí
hasta la ilusión;
y sobre todo
el alma con toda su ternura
advenida ilímite a flor de pecho
en cada abrazo.

Nos acostumbramos a reconocer

las uvillas, las fresas, las ciruelas,
por sus mejillas turgentes de dulzura,
la pálida mirada del caracol
cargado de silencios calcinados,
el tráfigo lento de las nubes
en el inmenso horamen del azul,
el clamor de los árboles
en su fervor de altura,
el designio infatigable
del colibrí y de la tórtola,
el sol, que vigoroso y atento a nuestro júbilo
golpeaba la ventana
con su rumor de auroras y de ocasos,
detenido sin peso en alguna flor
o llamándonos con voz clara
y tiempo oloroso
desde los paisajes andinos.

Nos estrechamos con la brisa
que explicaba frescuras a la piel,
enmadejamos la lluvia
caída desde las altas fontanas de la tarde,
hicimos, sin saberlo, de una estrella
la tibia compañera del ensueño.
Creciste paralelo a la letra y al número,
había en cada libro un nuevo amigo tuyo,
recorriste en la historia
los caminos sin pausa del hombre
y de la Patria;
con la filosofía te asomaste,

cargado de interrogaciones y de dudas,
al abismo de la sustancia,
de la vida y del cosmos ...

Después, y de improviso, laceraron tu sangre,
definitivamente,
el amor y el dolor.

A mí, la soledad apresurada
me dejó inmóvil en la sombra.

UNA MAÑANA EN MI CIUDAD

La noche se agazapa en los rincones,
huye sorprendida por el alba,
recargada de embustes,
intoxicada de silencio,
huye por hendrijas de niebla
y escotillas del firmamento
teñido de pupilas leves.

Un lentísimo orvallo,
con retozo infantil,
comienza a dar saltitos de frescura
en los pliegues de la brisa;
su lengua humedecida y suave
decora con mínimos charcos brillantes
las calles de mi ciudad amada,
hace malabares candorosos,
cabrillea en hilillos
colgados de antenas de televisión
y alambres eléctricos,
para que picoteen las golondrinas,
enfiladas disciplinadamente en los aleros.

Un mirlo:
doctor honoris causa de los altruistas
y gozadores de la vida,
vestido de frac,
con tiesura decorosa y altiva,
acaudilla a los gorriones

para un complot de regocijo
y aventuras;
desde el muro de solar cercano,
con exactitud cronométrica,
lanza mensajes triunfales
con clarísimo sonido
de clarines frenéticos,
para iniciar la alegría,
derramando sutilezas doradas
en la infancia del día,
o tal vez para dedicar
una bella sinfonía a los riobambeños.

!Qué primorosa está la mañana!
Acariciante, ceremoniosa y tibia,
sibarita de escaparates, vitrales y quioscos,
danza, la danza de las flores,
al ritmo de surtidores de agua,
destinados a decorar la presunción del parque,
y aprisionar el regocijo de miradas curiosas
evadidas del tráfigo social,
del tumulto confuso por ambiciones económicas,
del dramatismo que acosa a los humildes.

La mañana se proletariza
en las plazas erizadas de gritos,
destinados a ganar el pan a la codicia,
desnudar de espectros la avaricia
escurridiza y dura.

Resplandece como condecoración mística
en los hombros rígidos de las torres,
estalla fogueante de optimismo y sabiduría
en paramentos de los colegios
donde se edifica el futuro.

Se hace mucha más luz sensible
cuando se posa en ella...
en su cara sin sombra,
materia virgínea de dulzura;
cuando revuela en su sonrisa
rotunda y perfectísima,
donde es posible la bondad intacta;
cuando atraviesa sus manos,
que van tejiendo
colores y perfumes juveniles,
para invadir las aceras
con incendio rosa de vida en fiesta
y resonante de gloria.

Arriba: la mañana devela en las esferas
ondulantes paraísos de dicha;
allí, donde se confunden
la espuma blanca del mito,
siempre fugitivo,
con el plumón del firmamento,
en rutina de transparencia y diafanía;
donde se fragua el rayo fulmíneo
para proclamar la vida
y relampaguear en la blancura altiva de las nieves,

hechas con cascadas de espacios abismales;
longevidad del tiempo en fragor de siglos,
archivo del misterioso peregrinar de las estrellas,
de la soberbia del sol
en perpetuo devenir de luz
y resplandor de verdad.
¡Ah, las montañas!.. Yo si las canto
con todo el cuerpo quemándome de asombros,
obsecuente a la felicidad con que me halaga el alma
el beso total de esta mañana
en la diurnidad pura de Riobamba.

UNA NOCHE

Noche de estrellas fugitivas.
El viento frío succionaba
la sustancia dolorida del silencio.

La tierra, enferma de angustia,
era un abismo de soledad;
y el vacío indefinible
nos sofocaba el alma.

La tristeza - borrasca del tedio -
derrumbó el peso estéril de las horas,
hasta el cansancio de la médula.

El húmedo follaje del relente
enraizábase en tus ojeras
y fugaceaba la orilla azul de mis palabras.

De pronto, el corazón
izado al principio de la sangre,
recobró tu nombre
invulnerado de olvido;
rompiendo el cendal de las sombras
gritó,
entre huracán de latidos blancos;

nos impulsó fracturar los enigmas
y defender nuestra ración de ternura:
más que verdad.
enclaustrada en íntimo inventario
de los secretos.

Y despertó el espíritu,
fértil de claridad,
interpuesto entre el silencio ciego
y el pleamar de sombras;
hizo brotar de nuestros nombres
borbotón esbelto de entusiasmo,
y transfiguró la noche
en profano paladar de emociones.

Tu y yo,
en rito jubiloso de cuerpo y alma,
invocamos la cálida energía
de la flor, la espiga, el ala;
nos crecimos como los crisantemos
para hablarnos
con el sonido fino del cristal.

Y fuimos montaña de luz,
horadando la sombra de la noche.

Fue nuestro el instante de belleza,
lleno de eternidades.
De tus labios,
en gracia de clavel encendido,

desnudóse la sabiduría de la ternura,
insumisa al silencio,
para llegar a mi conciencia.

Yo: todo un resumen de orgullo
denuncié la realidad de la dicha,
la danza maravillosa de la fantasía.

Bajo la noche de estrellas fugitivas,
tu y yo,
con la unánime dulzura de la vida,
derrotamos la tristeza.

VARIACIONES DEL AGUA

La primordial transparencia del alba
amanece en el huerto;
con relente de renovada belleza
y finura sensual,
limpia alguna sombra olvidada
en los párpados multiformes de las flores.
!Bautizo de fantasía!
El agua embelesada,
hecha ángel niño
sonríe junto a tréboles de cuatro hojas.

La brisa con suave temblor
y miríada de signos primorosos
baja por el terso rostro del limonero,
registra con delicado tacto
la ingenua inquietud de frutos y lamburdas,
se instala en surcos ávidos
de ineludible simiente
y cortejo de levísima onda savial
con intención de valse,
donde se insinúa garboso el día.
El agua en el escenario liminar del sol

hecha ninfa adolescente,
danza delicada y fina.

El bosque apretuja su jeroglífico
con chorros de luz verde
y espadañales de sombra;
el viento ungido con bálsamos extraños
bucea su honda frescura esmeralda,
hace acrobacias en lianas y troncos,
seduce las fuentes
con ofrenda de aromas
y encajes de cristal fluido,
peina los arroyuelos
con espejos de diamantes mínimos
y carámbanos espigados.
El agua galaneada de eurítmicas frondas
igual que sílfide presuntuosa,
canta su convivencia con el árbol.

El páramo prisionero de intemperie
y bruma extraviada por rutas occiduales,
solemniza el dolor de la tarde,
emite plegarias de cordillera grande
ante el tiempo y los espacios;
mientras en lo hondo del barranco
un riacho demacrado de soledad
y polvo espurio,
con susurros de tristeza,
convoca a los gorriones postreros
para imprecicar tanta soledad gris,

la torcaz mimetizada en piedra errátil
gañe inéditos lamentos,
alguna mariposa le da ósculos amarillos.
El agua nostálgica y sin brújula,
como náyade enferma de olvido,
suspira en dísticos de luz y sombra.

La luna suntuosa
y festoneada de estrellas
orbita noche profunda adentro;
las tinieblas arengan
para amedrentar horizontes;
de los alcázares de los Andes,
fronterizos del cielo,
la naturaleza vuelve el rostro dominante,
las ahuyenta,
inicia un festival bonancero de paz
con glisar de violines,
rotundos en argumentos estéticos,
y en cirios movedizos del lago,
que se quedó insomne contemplando
el embrujo astral;
tersurado su corazón palpita hipnótico
por exceso de azul,
cuajados en pomos pertinaces de dulzura
y pentagramas de solemne sinfonía.
El agua en fruicción íntima de paisaje,
hecha musa voluptuosa,
ritma atributos ilusivos.

El Chimborazo:
hipérbole colosal de nieve y roca,
apoya su soberbia frente de alabastro
en las fallebas radiantes del firmamento
para escuchar el jadeo de las galaxias,
escrutar los secretos del tiempo,
las remotas incitaciones del universo;
con sabiduría ingénita de volcán
despreciador de cataclismos
vigila la vida,
magnifica su orgullosa presencia
con besos de sol
y la mirada próxima al infinito;
gotas de blancura ocelada
suspendidas de sus aleros,
en cordajes de mágica hermosura,
desnudan sus húmedos encajes,
para el primordial connubio con el oxígeno,
dicen palabras novísimas de transfiguración.
El agua pródiga de prosapia excelsa,
como novia fáustica de emoción,
proclama su ventura.

El río, que tiene el alma de juglar,
de orilla a orilla
arroja su carcajada perfecta,
hecha con plumón de garzas huidizas
y marfiles sonoros;
tiene pupilas anchas
para memorizar paisajes,

manos - ondas ágiles
para lavar el sudor de guijos saltimbanquis,
pastorear cardúmenes,
y domesticar en la campiña
la odorancia silvestre de las montañas;
se desliza, galopa, ondula, estalla;
derrama en peñascales y playas
sustancias propicias
para el árbol, la gramilla y la menta.
El agua eufórica de virtudes,
como Diana triunfante,
tañe su maestría y boato.

La espuma navega sigilosa,
con nivoso busto turgenciado,
por deliciosos signos femeninos,
abalorios que traducen el cielo,
certeza de azucenas sensuales;
mientras pasa
alucinada de ensueños misteriosos,
invisibles golondrinas picotean
su silencio interior.
El agua delirante de significaciones exquisitas,
como Venus feliz,
tremola insignias de amor.

Oriunda de nube malva,
taladrada de truenos,
la lluvia hunde en la tierra
sus verticales pestañas transparentes,

irrumpe en los ariates,
toca el cristal de las ventanas;
transida de penumbra se advierte que llora,
encharca un no se qué de nostalgia
y de dolor;
sin embargo,
firma su mensaje lírico de esperanzas,
calma la discordia
entre el viento y el frío.
El agua introyectada de dicha,
como reina escudada de gloria,
vitorrea sus predilecciones.

Desde la glorieta del peñón altano,
la cascada salta, vuela,
ataviada de gemas preciosas,
espontánea y libre,
borbotando belleza,
estallando alegría,
fugaceando primores,
arrebatada de fantásticos impulsos,
con gesto de suicida inocente,
o ansias de vulnerar el abismo;
al caer desata constelación de ecos,
suscita murmullos de enjambres luminosos,
su prole de espuma amotinada aplaude,
el viento descuelga su sorpresa
envuelto en randa de neblina,
y bebe hálitos de iris jubiloso.
Y de nuevo: el fluir acuciante

en caudal blanquísimo,
esguince, recodo, remanso,
diciendo adiós ...

Para cumplir la misión
de distancia inexorable.

El agua impertérrita de eslabones melopéyicos,
con gesto de princesa ampulosa,
fantasea sus afectos.

El mar: arrebatado de azulidad eufónica,
hecho con magna dilución de elementos;
omniestrídula su entraña
con fragor de vida y muerte coludidas
y la angustia irrefrenable del tiempo;
desafía inexhausto con gritos estragantes
al farallón, al espacio, a los abismos;
al final,
quebrantado en olas delicadas,
acaricia la playa con amor grande;
una gaviota llamea milagro blanco
en las galerías del viento.

El agua en hazaña imponderable,
como soberana augusta,
subyuga munífica y total.

Agua: bebo en ti el universo,
hasta la ebriedad laudatoria del alma,
o el piadoso ahogo de mis ansias.
Transparéntame en triunfo musical
igual que rayo de fulgor ustorio

hasta el estruendo de los sentidos,
las llamaradas del ideal,
el vocerío congestionado en puertos de tiempo,
o los remotos relumbres del espíritu.
Calma la sed de mis células
y de mi fantasía.
Con tu inefable pureza:
Cántame.

VIVIR

Constancia de nacer, renacer y existir
bendiciendo las formas hermosas de la tierra.

Y sin embargo, fatigados, buscar la sombra
y la matriz de los abismos.

Cundir la mañana con sonrisas fastuosas
y en la tarde desvanecemos con el último paisaje.

Flotar sobre el sonoro fulgor del mediodía
y el alargado aullido del nocturnal silencio.

Circuidos con dardos de relámpagos ustorios
cabalgar jubilosos montañas y huracanes.

Decorarnos de orgullo y vanidad mientras dura
nuestro hospedaje dentro de la arcilla sensual.

Transferir el cuerpo llameante de anhelos
al pomo voluptuoso y ancho de los sentidos.

Aligerar el ritmo sonoro del reloj
confiándole esperanzas, anhelos, veleidades.

Sentir estrellas breves posadas en las sienes
y enredar el insomnio con flámulas estuosas.

Confidenciar al alma los éxtasis supremos

y resignar la sangre en borrascas cotidianas.

Levantar la cabeza imantada de fe,
empero tener miedo a la nada intangible.

Amar inaugurando jardines de belleza,
sin embargo sentirnos extrañamente tristes.

Dejar sustancia de alas en señal indeleble
para el dócil regreso más allá del recuerdo.

Desnudar el ayer, cautivo en la añoranza,
frente al espejo frágil enlutado de olvido.

Abrazar con fervor caudal el universo
y encontrar los despojos de todo lo querido.

Sentir que nos resbala inexorable el tiempo
de la ilusión más alta, hasta el dolor más hondo.

Poner palabra y canto en sutil transparencia
de cristal obsecuente a la pena y la muerte.

Obstinar la mirada hacia el Norte, un cayado
de sol y la rodilla buscando el Infinito.

Aquietar en la tierra el grito de la angustia,

la abundante dulzura de la boca y del tacto.

En recodos de sombra la sed ya sosegada,
las trajinadas páginas que nunca se escribieron.

Las manos labradoras, los pasos, las caídas ...
Y al final conciliarnos con la noche absoluta.

A JESÚS

!Oh, Cristo. No ...!

No quiero tus rodillas
en la enrojecida roca
del Monte de los Olivos.

No quiero sollozar por tu palidez
hasta el sudor de sangre;
ni la recia quejumbre
por tu vencida carne;
ni ambular mi angustia
por tu pecho lanceado.

No quiero la ceniza de mis ojos
por tu pupila ausente de la tierra,
sumergida en la infinita soledad,
cuando tu inmolación en la cruz.

No quiero leer el INRI,
inscrito por la cruenta burla
y la traición inmensa;
ni asomarme al sepulcro
apagado por tres días.

Tú lo sabes Jesús:
no cesará mi orgullo de espíritu.

Por eso quiero pronunciar tu nombre

respirando una oceanía de dulzura,
el volumen de la verdad - luz del génesis,
el peso sin desmayo de tu Amor Divino
hecho hermosura de vida,
fecunda alegría.

Vestido de pensamiento
de límpido gozo
y señales joyantes,
quiero atar mi absorto interior
al alero blanco de tu ilímite Absoluto,
trocar mi tristeza,
la andanza de mis quimeras añejas,
en tránsito al infinito.

Te pienso haciendo vía
de golondrina pura
en mi otoño,
poniendo tu secreta saliva en mi ocaso
y dándome tu abrazo de luz,
cuando todavía me amanece el día
y el sol sacude sus escamas sobre el paisaje.

Aunque enfermo del siglo,
con el ruido de naciones en lucha,
de hombres en odio,
yo también,
acuciado por brisas de otro mundo,
quiero ascender en puntillas
por los cristales cumbriereños

de tu inmensa montaña,
abrir el asordado vitral de mi alma
para llegar al diamantal profundo
de tu Sermón Bienaventurado.

Quiero guardar tu gracia adolescente
en mi memoria,
cuando estabais tres,
tan cercanos
y juntos,
como las letras de la palabra
PAZ.

Presenciar la ternura de María,
con maternas manos de azucena azul,
rozándote la frente niña,
cariciándote el alma;
tu noble cabeza,
siempre pensativa,
apoyada en el manto de sus rodillas;
y en esa serena armonía
el murmullo rosado de la garlopa
y la serpentina fragante de las virutas.

Quiero arrodillar la sorpresa de mi oído
cuando enseñaste en el templo;
ir junto a ti al festival de Caná
y estar en la rosada intimidad del hombre;
paladear el pan de tus milagros:
pan de vida
para nunca tener hambre,

ni sed,
ni soledad.

Permite mi compromiso
para aspirar el aroma del aire,
cuando pones tus manos en los niños
y desatas clamor de castidad querubiante;
saborear el barro mojado en luceros
con el que limpias las sombras
de tanto ciego.

Levedizado de fe,
quiero caminar contigo sobre el lago;
poner bajo tu nuca
la suave amistad de mi silencio
mientras duermes en la barca;
y luego,
sin la cicatriz del titubeo o la duda,
ante el rudo ruido del huracán furente
y las encabritadas cuadrigas del marismo,
en sus raptos fogosos,
mirar tus manos alzadas,
en perfecto imperio soberano,
ordenando el terciopelo aéreo,
hecho brisa sumisa
sobre el pulimentado remanso de las aguas.

Quiero avanzar con palmas en la mano,
viandando las calzadas sociales,
gritando HOSANNAH,
al Hijo Amado del Hombre,

Elegido Unico de Dios.

!Oh, Jesús, qué bien hecho es
alzar el pensamiento jubiloso
donde te transparentas
con presencia de luz eterna!

¿Este pensamiento blanco,
que te acosa sin lágrimas
ni ausencia,
es, tal vez,
una oración profunda?

A LA DOLOROSA DEL COLEGIO

Tú: la “llena de Gracia”, mujer toda perfecta,
digna de la grandeza del Señor, señalada
desde la eternidad, protegida y dilecta

del Espíritu Santo, bendita y alabada
por las generaciones de toda criatura,
en el tiempo, el espacio la bienaventurada.

Que acunaste en tu entraña la concepción más pura,
infinita de Dios; manantío de vida
espiritual, sempiterna; ousía de ternura.

De la misericordia del Padre fiel cabida,
ablución de humildad, sustancia inmaculada;
fundaste la bondad de azucena florida.

Ultraproficua Madre de indulgencia, entregada
al cuidado del Niño Jesús, maestra y guía,
enjambaste sus sueños con dulzura acuciada;

primaveraste a besos su cuerpo que crecía
en paz, con el bullicio de la humilde garlopa,
y en su alma consignaste caudal sabiduría.

Con la rueca y el huso laboreaste su ropa,
compartiste puntual la divina misión;
también paladeaste la inexorable copa

repleta de dolor, por el buen Simeón
anunciada en el templo, y la aguzada espada
del sacrificio cruento dentro del corazón.

Tú en las largas vigiliás, tal vez insosegada,
cuando el Hijo del Hombre, cumpliendo su destino,
anduvo predicando con voz adiamantada

el reinado del bien, la verdad, el camino
vertical de la vida, derrochando prodigios,
excelsitud, perdones; y cuando peregrino

por todos los lugares que guardaban vestigios
de Moisés, Abraham, Isaías, Samuel...,
de reyes y profetas, que hicieron el prestigio

de la impetuosa estirpe nacida de Israel,
glorificando al Padre, testificando al cielo,
haciendo de la Iglesia el universal Ariel.

Tú en la ruta al calvario obladándote al duelo,
exiliada en abismos de dolor ultramundo,
paso a paso en la afrenta mortal sin paralelo.

Fue en ti el fustazo cruel, el golpe furibundo,
trasvasando tinieblas, el odio del averno,
al cuerpo humildecido del Rabí moribundo.

Oh, si enjugar pudieras con el llanto materno
los labios sitibundos del Divino Jesús

y derrotar al mal con tu gemido tierno.

Corredentora Santa: Tú sabes que en la cruz
“todo se ha consumado”; quedaste solitaria;
fue tu Hijo a la mansión del Padre, toda luz.

Se cumplió en el madero su muerte escrituraria,
se derramó su sangre por nuestra redención;
sacrificio en que Tú, como Suma Vicaria,

trasplantaste la Cruz hacia tu corazón,
los crímenes del mundo, su abordaje de muerte,
salida de criptales con furente ofensión.

Pero el divino plan, que todo lo convierte
en luz, amor, belleza, te ungió con celestiales
poderes; y que fueras la balsámica fuente

que desborde consuelo para quitar los males
de la miseria humana, y que en nuestras caídas
por tenebroso abismo nos salven tus fanales;

que las cuitas del alma las tornes melodías
de oraciones en vuelo, salmodiando confianza
en las palingenias divinas del Mesías.

Por eso la familia asida a la esperanza,
se hace dueña y custodia de afectos filiales,
sus vacíos, su intacta sonrisa de bonanza.

Adhiérense en tus ojos sus humildes señales,
sus secretos plegados en tu noble semblante
tórnanse repertorio de capullos florales.

Te arrimas en las sienes del joven estudiante;
te afanas en sus libros cosembrando ideales,
resedando sus gozos con maternal talante.

Tú en sus aulas, los patios, en los claros vitrales
del templo, en la aleluya que da la campanada,
presente en los silencios y fastos colegiales.

Pero también le duele tu hermosura cuitada,
tus labios que aprisionan el apagado grito;
le duele la tristeza de tu lenta mirada

con lágrimas: sustancia que clama al infinito;
te laceran los clavos intimando en tus manos,
que desangran memorias del Supremo Paráclito.

María, ab tiempo Virgen, sustentada de arcanos.
María, alfa inexhausta de todas las dulzuras.
María, ablación pronta para el dolor humano.

Dolorosa, vigía en rutas inseguras,
Dolorosa, abogada para las contriciones.
Dolorosa, obstinada en fomentarnos venturas.

Madre, amparo insondable obrando bendiciones.
Madre, sacramental desde el íntimo hosanna.

Madre, guiño y nostalgia, faro de dilecciones.

Perdona que este canto tornándose profana
lágrima llegue a ti; perdona que mi voz
genuflexa proclame con efusión Mariana:

Tú eres la poesía más noble hecha por Dios.

AVE MARÍA

!Oh, María Virgen!
¡Dolorosa Madre, la del Colegio!
Te miro evanescente
entre los acordes
de una sinfonía cósmica;
como nardo, inclinada,
con el encanto de la humildad,
el primor luminoso de la inocencia,
presente en todos los instantes
de la eternidad;
tu mirada en gesto candoroso
y sin conflicto
en la sumisión a los designios de Dios;
tus lágrimas, testimonio
del dolor del Hombre Eterno;
tu tristeza,
la desolación del hombre universal;
tus manos cariciando los clavos,
signo imperecedero de amor,
con su poder de perdón
y de vida, ya sin muerte.
Toda Tú,
símbolo invencible de piedad
que nos reclama
para conciliarnos con la paz
y reintegrarnos a la bienaventuranza.

Se adelgaza mi palabra,
y con vuelo de garza
te la entrego.

"Dios te salve María"

Dios,
Unico, Absoluto, Omnipotente,
te escogió para salvarte
de toda maldad y pecado,
riesgo, peligro;
te libró de toda tentación y pequeñez,
para asegurar en todos los siglos
la misión trascendente.

Transubstanció en ti, lo finito en infinito,
hizo que la vida toda,
humana y terrenal,
de cabida a su Voluntad Redentora;
acunó en el seno humano
su más puro y excelso Verbo,
temporalizó un designio supremo de perdón,
aliento sobrenatural
en fecundidad lenta,
en proceso de formación y nacimiento,
con las viscosidades propias del humano,
con la grandeza integral de lo divino.

María. Tú la escogida, privilegiada,
para sustanciar lo Eterno en un niño;

mujer universal, cuya existencia es bien hecha,
y bienaventurada
hasta el final de los siglos.

Tú, para que la naturaleza reconciliada
valga realmente,
para probar ante los seres vitalizados,
y los seres inmateriales,
y ante Si mismo,
que el hombre valía ser creado
y redimido.

“Dios te salve María,”
de la insignificante turbamulta,
del laberinto de los mediocres,
del ruido ensordecedor de la miseria moral,
la desesperación en que gravitan los caídos,
la tempestuosa desbocadura de las pasiones,
el dolor amargo y la herida que no se restaña,
la muerte sin biografía,
el gemido de los réprobos.

"Llena eras de gracia"

Para ser madre de Jesús - Dios,
corredentora del hombre universal,
que la tierra se pueble de flor,
mies y esperanza,
de alegría, ternura, amor y júbilo,
excelsos y permanentes,

tenías que ser llena de gracia,
con virtudes naturales siempre presentes
y actuantes,
y dones sobrenaturales y divinos
desbordándote;
tenías que ser exquisita
y agradable a la luz eterna,
inmancillada en cuerpo,
anhelos, pensamientos, ideales;
sobrenaturalmente bella y admirable,
apta para la santidad suma,
perpetuamente en comunicación con Dios.

Y porque Dios te llenó de gracia,
el universo también te entregó su grandeza,
se humillaron ante ti las cosas y los seres,
te entregó el incienso su blanca humildad,
la flor su perfume y color,
y la brisa, el agua, la nieve, el sol, el firmamento.

Y sobre todo el alma humana,
te entregó sus mejores atributos,
las cualidades más excelsas y nobles;
y porque eres fuente de ternura,
sustancia de pureza,
sensibilidad sublimizada
y amor,
supremo amor.

¿Qué es la carne en ti? Vínculo casto

para derrochar dulzura.

¿Tus sentimientos? Puentes de cristal hialino
para llegar al perdón
y a la eternidad.

¿Tu mirada? Copo de auroras en sosiego inefable,
para escudriñar el dolor del corazón humano,
ungirnos con celeste sustancia de luceros,
bálsamo de piedad y consuelo.

Tuyo el guiño de Dios,
el Crucifijo en alto,
que pone en la memoria resplandor de infinitos.

¿Tu boca? Nieve, espuma, coral,
con vuelo de pétalo, plumón, arco iris,
fluyendo musical la plegaria.

¿Tus manos? Acumulan los vértices del sol,
regimiento de gemas transparentes,
para ensanchar la paz, la mansedumbre;
abrillantan las espigas, los velones, los frutos,
que en límpida costumbre de saludo y ofrenda
trepan a tus altares.

Dios te glorificó, María,
para que glorifiques a Dios,
y para que el hombre participe
las maravillas de El.

"El Señor es contigo"

!Oh, la más bella de todas las mujeres!

Dios estaba contigo,
con su designio de amor irreversible,
desde el sexto día del génesis,
desde la primera tentación
y el primer perdón en la tierra,
en el oscuro pretérito del hombre.
Estaba contigo
en la anunciación de la Buena Nueva,
cuando el mensajero celeste te dijo:
"Alégrate tú, la amada y favorecida,
vas a quedar embarazada,
darás a luz un hijo,
que con razón le llamarán Hijo del Altísimo,
y su reinado no tendrá fin;
porque para Dios nada es imposible".

Presta y humilde tu aceptación a su Voluntad,
el júbilo de tu cuerpo
y de tu alma,
que glorificaron al Señor por el portentoso.

El Señor contigo en Belén,
haciendo el regocijo de tu espíritu
y el regocijo universal
por el nacimiento más importante,
donde comenzó,
también ...
tu pasión dolorosa;
fortaleció tu corazón hasta el sinlímite,
alimentó tu fe;

contigo en la infancia regocijada de Jesús,
cuando crecía ejercitando en el hogar humilde,
los transitorios menesteres de humano,
y cuando le guiabas solícita y confiada
en el ministerio sagrado
de la Verdad Eterna.

Dios contigo:
en la entrada triunfal a Jerusalén,
y .. en el camino al Gólgota,
en el tremor de tu angustia,
en la sal pura de tu llanto,
en la soledad al pie de la Cruz infamante,
que por el martirio de Jesús
y tu martirio,
se glorificó por los siglos de los siglos.

Por eso y por nosotros,
los pobres pecadores,
hijos tuyos, que también llevamos nuestra cruz,
el Señor está contigo.

"Bendita tú entre todas las mujeres"

Bendita te proclama el Altísimo,
ante la naturaleza y todo lo creado,
los espacios y conjuntos siderales,
la tierra con todas sus criaturas;
nosotros los hombres
también te proclamamos Bienaventurada.

Tú eres la bendita entre todas las benditas,
sola y única entre todas las mujeres santas,
de todas las latitudes
y de todos los tiempos.

Bendita por ser madre de Jesús - Dios
y madre nuestra en la alegría y en el júbilo,
en el dolor y el gemido,
por ser nuestro consuelo,
en el error y las caídas
por ser nuestro apoyo,
en el pecado y el arrepentimiento,
por intercesora,
en la soledad y en las tinieblas,
por ser guía,
en la vida y la muerte,
por ser amparo,
y en nuestra fe,
para fortaleza y constancia.

"Y bendito es el fruto
de tu vientre: Jesús"

Hijo de tu alma y del Espíritu Supremo,
fruto de entraña pura y sangre sin mancha,
por voluntad y obra de Dios.
Jesús Dios,
encarnado a semejanza del hombre,
Jesús - hombre, con espíritu
y poder de Dios Padre

y uno sólo con El,
para vencer el mal y la muerte.
Jesús, verdad eterna, para el bien del hombre,
luz para el tránsito de la vida corporal,
camino que conduce hacia la paz
y la vida eterna.

María: Heme aquí, el último de tus hijos;
te traigo mi palabra con sonido de brisa,
glisar de espuma,
susurro,
suspiro.

Soy el pecador que te ama
y levanta clamores de esperanza
desde mi sombra humilde,
desde los sucesos de la niñez,
siempre presente,
la adolescencia y juventud,
absortas de caminos,
la limpia costumbre soñadora,
en mi rol de hombre tallado en la intemperie,
y una mínima historia de música y ceniza.

Como un revuelo de pétalos y garzas
te entrego mi palabra.

Dime donde la pongo:
si en el remansado cielo que te ciñe,
si en tus manos abiertas

que acarician los clavos de la cruz,
o en las blancas volutas que te elevan.
Tú lo sabes. Madre ...

Toma mi palabra y arrójala, si quieres,
al vitral donde se ensancha el infinito,
o en la secreta oceanía de ternura,
que vierte tus fontanas de paz.

HIMNO AL DIVINO NIÑO JESÚS

Evoco tu niñez, Jesús Divino,
tu excelsitud de luz y de ternura,
substancia de verdad, vida, camino
de amor, de gloria y redención segura.

Estrofas.

Henchido de fervor y de rodillas
te ofrendo cuanto soy, esta esperanza
de vivir para ti, la maravilla
de merecer por siempre tu confianza.

Adoro tu niñez, tu augusto nombre,
tu designio sin par, puro y bendito
de venir al mundo, sentirte un hombre
de humilde carne, y ungido de infinito.

Yo te pido Jesús, Niño Divino,
derrama tu bondad en los humanos,
fanalice la fe nuestro destino,
y nos lleven a ti tus tiernas manos.

MI ORACIÓN

!Señor mío y Dios mío!
Con humildad te pido:
escucha y acoge mi palabra.

Es el mejor medio para expresarme;
con ella pulí mis conceptos,
los di profundidad,
vertí mi emoción,
hice poesía;
y mi carne llegó a la fantasía.
Ahora se engrandece,
si Tú la inspiras,
puede tener fragmentos de eternidad,
porque es plegaria,
levantada hacia Ti por mi espíritu.

Señor. Haz que mi palabra sea digna de Ti
y bendícela,
para que sea refugio, gozo,
y, quizá, salvación.

Señor. Estoy ante Ti con el pensamiento,
hazlo digno de Ti.

"Padre Nuestro, que estás en el cielo" ...

Eres Dios único, absoluto, omnipotente,
omnisapiente, omnisciente, infinito.

Tú nos creaste,
nos formaste,
juntando la materia orgánica y viva,
con el espíritu,
que es tu aliento inmortal
y eficiente.

Tu eres nuestro Padre Omnipresente y Eterno.
Creaste el cielo;
y aunque Tú mismo eres la gloria suma,
lo creaste para tu gloria
y la del hombre - espíritu.
Y aunque todo nace de Ti,
tu cielo es la luz,
que todo lo ilumina;
es la verdad,
de donde emanan las cosas
y sustenta las leyes cósmicas,
síquicas y espirituales;
es el bien, que armoniza a los seres,
sobre todo excelsifica al hombre,
sublimizando el pensamiento;
es la belleza sin mancilla,
manifestada en el color,
la forma,
el impulso de las cosas y seres
hacia lo mejor y completo,
desde los seres - individuos más simples,
hasta el universo todo, complejo, hiperextenso;
es la paz, donde reina el amor,

ese amor que vivifica ilímite
lo tangible y sensorial,
lo intangible e ideal;
es ese amor, que Tú tienes al hombre
desde su origen y creación,
que le pusiste al centro
y sobre todo lo creado,
quisiste que llegue a grados de perfección,
sea a tu imagen y semejanza,
es decir espiritualmente bello;
es la bondad que no tiene límites,
y en el que se sustentan: la libertad,
la misericordia,
la justicia,
la fe.

Tu cielo. Señor.
Es el ideal puro,
el maravilloso mundo del anhelo,
del ensueño,
la fantasía más límpida,
la acción en constancia de virtud,
la humildad forjada en conciencia insombrada,
la inocencia sin mancha,
la amistad espontánea y ancha,
la fraternidad integral,
la lealtad desinteresada,
la gratitud con blancura imborrable,
el trabajo fecundo y creador,
el pan compartido con alegría,

el dolor mitigado con paciencia,
la bendición que inunda fresca
y nutre de felicidad.

"Santificado sea tu nombre" ...

Tu nombre Dios:
es sustancia de infinitos,
origen y fin de Santidad Divina,
perfección suprema de la belleza,
de la misericordia,
de la excelencia.

Uno mi palabra humilde
y lacerada,
a la de todos los hombres justos,
buenos,
sapientes,
para proclamar tu nombre,
único de divinidad,
para invocar tu nombre omnidivino;
y que todos los seres y las cosas
sostengan y proclamen la divinidad de tu nombre;
que con sólo pronunciarlo obtenemos
bienaventuranzas,
y recibimos unción para ser buenos,
para exaltarnos de júbilo,
triunfar sobre el mal
y sobre la muerte.

Por tu nombre:
que seamos rectos y humildes,
nos pongamos de rodillas
y de rodillas el universo;
seamos buenos en nuestra conducta pública,
nuestros pensamientos, sentimientos y acciones,
en los más secreto e íntimo;
que santifiquemos tu nombre,
para santificarnos.
Adoremos tu nombre,
cada amanecer por encontrarnos vivos,
al mirar el sol
y el paisaje de la Patria,
al confundirnos con el alba resurrecta,
saber que hay millones de hombres y mujeres
que inician el día,
invocando tu nombre;
al dedicarnos al trabajo con entusiasmo
y encontrar nuevas oportunidades de progreso,
tal vez problemas, tropiezos, dificultades;
saber que los familiares,
amigos, vecinos, están bien;
deleitarnos con algo bello,
sentir el calor amical
y la comprensión generosa de alguna persona;
recibir noticias de alguien que está lejano;
estremecernos con un abrazo cordial;
recibir una insinuación o ejemplo
vertical y provechoso;
ayudar al necesitado;

enmendar nuestros errores;
perdonar a quienes nos ofenden.

Ayúdanos !Oh Dios excelso!
Santificar y adorar tu nombre,
hasta en la derrota,
en el dolor
y la muerte.

"Venga a nosotros tu reino" ...

A derrotar al maligno que nos acecha y mancilla,
la injusticia que nos lastima,
la soberbia, que nos encadena en lo pequeño,
la vanidad, ciega a nuestras limitaciones,
el egoísmo, resultado de nuestra dureza,
la tiranía absorbente de los instintos negativos,
el desborde del odio, con el que triunfa la bestia,
el deseo desenfrenado de riquezas,
la lascivia y el hartazgo del deseo,
la anulación o pérdida de la fe,
el imperio de la fuerza y la violencia,
la mordedura constante de la duda,
la calumnia y persecución al débil,
la mancilla y muerte del espíritu,
la mentira e hipocresía,
la oscuridad que agrede al pensamiento
y nos conduce al caos,
rompe la armonía diáfana,
niega la fraternidad,

fragiliza la ley.

Venga tu reino,
inunde todos los espacios,
todos los tiempos,
donde late el corazón humano
y brilla el pensamiento,
en la luz y en la sombra;
para que seamos dignos de vivir en alegría,
morir en paz,
purificados de la maldad y tiniebla.

Para que cese
la humedad ácida del llanto
se anulen los gritos del dolor,
la tristeza, la angustia;
que no haya temblor ni enfermedad de la carne,
ni el espíritu permanezca yermo.

Y sea la tierra el paraíso bienaventurado
y esté el hombre siempre próximo a Ti,
como lo quiso Jesús.

"Hágase tu voluntad" ...

"No cae una hoja del árbol sin tu voluntad".
Con ella creaste el mundo físico
y el mundo ideal,
todo lo tangible y experimental
del presente, del ayer, del futuro;

todo lo intangible y espiritual;
creaste el espacio para dar cabida al cosmos,
el tiempo para dar sucesión y permanencia,
origen o comienzo,
transformación y fin.

Tu voluntad
contenida en la sabiduría suprema,
facultad del bien y para el bien más completo,
gobierno de belleza
y armonía más completos,
causa de todo lo que es ley,
para la existencia,
la vida,
y de todo lo que es duración,
acción,
y movimiento.

Cuando contemplamos
la maravillosa estructura
y urdimbre del universo,
donde giran, chocan,
se integran y desintegran
las partículas que conforman el átomo,
los elementos primarios,
que hacen que las cosas sean
o no sean;
o la célula más pequeña,
o los organismos más complejos,
en los que se asientan y señorean:

el instinto, el reflejo,
la libertad, el elán vital,
el pensamiento, la ilusión;
nos llenamos de asombro
y pensamos en Ti.

Tu voluntad
es lo que, a veces, el hombre
llama causalidad química o mecánica,
determinación, condicionamiento, destino.
Pero tu voluntad es inescrutable
para la finitud del hombre.
No puede comprenderla,
menos aprehenderla.
Pero ansiamos que tu voluntad se haga,
porque es justa, buena, precisa, soberana.

Nadie existe que pueda detener tu voluntad.

"Dadnos hoy el pan de cada día" ...

Porque nos hiciste de carne, calcio y sangre,
de sentimientos, afectos y pasiones terrenas;
porque somos mineral que se oxida,
vegetal que se nutre de tierra,
luz solar y oxígeno,
viento, lluvia;
animal omnívoro,
que se dobla en debilidades
y se esfuerza en conquistas.

Y nos hiciste de espíritu
apto para la belleza, la bondad,
la verdad, la sabiduría.

Por eso. Señor:
Dadnos alimento para nuestro cuerpo,
vigorizarnos,
contra la sed y el hambre;
dadnos los frutos de la tierra fecunda,
de la naturaleza pródiga y varia,
y aquellos que produce el hombre
con su ingenio y trabajo,
para que podamos concentrar energía necesaria,
estar saludables
y aptos para el trabajo,
para una vida feliz individual,
familiar y social;
dadnos los bienes materiales,
para preservarnos del frío y de la intemperie,
y estar de acuerdo a la dignidad humana,
a los requerimientos personales elementales,
las exigencias del hogar,
las realidades sociales;
para que cada individuo
y cada unidad familiar y local,
puedan ser útiles a los demás,
y escriban su biografía,
pequeña, sencilla, transitoria,
pero con magnanimidad.

Dadnos el alimento afectivo y sentimental,
que podamos saborear, regustar y nutrirnos
de armonías y noblezas,
que nos desborde el afecto,
y podamos dar y recibir a plenitud de alma,
desde la humilde gramilla,
que esplende con la aurora y el rocío,
la flor y el fruto fosforesciendo color y forma,
la frescura del agua y de la brisa,
el murmullo del árbol y el gorjeo,
las torres azules del paisaje y el firmamento,
la blanca convulsión de espumas
en el río y el mar,
la mansedumbre y docilidad de los animales,
que son nuestros compañeros de lucha,
y de ellos aprovechamos su fuerza,
estructura corpórea y belleza,
los que pululan en mares y lagos,
los que surcan el aire aleando majestuosos,
los que viven en las selvas y maniguas.

Pero, principalmente, Señor:
dadnos el gozo
de entregar a raudales nuestra comprensión
a todos los hombres, que se acercan
y están junto a nosotros,
nuestra simpatía y aplauso al esfuerzo,
al trabajo y la producción de todo prójimo,
amistad sincera y compañerismo leal
a quienes tienen nuestra misma actitud,

los mismos afanes,
van en la misma dirección;
afecto fraterno y altruista
para quienes nos necesitan,
y a quienes necesitamos y buscamos,
con quienes compartimos ideales;
para quienes necesitan apoyo, ayuda, ejemplo;
para quienes se afanan y fatigan haciendo algo
y se equivocan, se desvían,
aún para aquellos que intencionadamente
yerran o nos hacen mal.

Dadnos la más excelsa de las virtudes:
derramar amor a raudales,
alimentado con todas las partes
y la fuerza del cuerpo,
con la savia y el calor del alma,
la ternura y las excelencias del pensamiento,
los impulsos y la constancia de la vida,
nobleza y magnanimidad,
brillantez y limpieza,
hondura y altivez,
trascendencia y sacrificio,
que son propiedades del espíritu.

Porque queremos que nuestro amor
sea el dínamo universal,
nuestro alimento,
constancia de existencia racional,
y, Señor, uno de tus mandamientos

en el Sermón de la Montaña es:
"Amarás al prójimo como a ti mismo".

Dadnos la fortaleza permanente
para amarte a Ti, Dios nuestro,
sobre todas las cosas;
de adorarte sólo a Ti;
y que ese amor y esa adoración
sean proclamados y conocidos por todos;
que sea hartura para calmar el hambre,
la sed, la angustia de vida excelsa,
bajo el imperio de tu ley,
sirviendo tus designios.

!Oh, Dios nuestro!
qué valioso es tu amor;
por eso los hijos de los hombres
hallamos cobijo seguro
a la sombra de tu nombre,
y como eres el fuerte de los fuertes,
confiamos nuestra esperanza y salvación.
Si tuviéramos fe y amor
"del tamaño de un grano de mostaza"
haríamos con la sola invocación de tu nombre
muchas maravillas para bien del hombre
y para que se proclame tu gloria y poder.

"Perdona nuestras ofensas" ...

Lo dijiste en el Monte de los Olivos:

"El espíritu está pronto pero la carne es débil".
Y porque somos de carne,
tal vez, nuestras ofensas a Ti,
los desvíos de conducta
ajenos a tus mandamientos,
las caídas en el error,
los caminos equivocados que transitamos;
la gran culpa de nuestros pecados,
avergüenzan a la naturaleza,
ahogan al hombre histórico
y están contra Ti;
son resultado de la debilidad de nuestra carne,
oscuridad del pensamiento,
pobreza de sentimiento;
y a pesar de ser así,
muchas veces,
aplastamos al espíritu,
olvidamos su existencia, le negamos,
erguidos contra él en desafío.
Y al proceder así, te ofendemos Señor.

Perdona nuestro orgullo y vanidad,
que son insignificantes
en la amplitud del universo,
la inmensidad del tiempo,
el poder de la energía diseminada y latente
en todo cuanto existe;
pero, principalmente, insignificancia
ante tu omnipotencia.

Perdona nuestra hipocresía y mentira:
aparentamos lo que no somos,
cubrimos con oropeles y extravagancias
la interior podredumbre y miseria.
Mentimos con la palabra
recargada de adjetivos y ditirambos,
porque hay que adular, poner miel
donde es necesario sacar provecho,
desnudando, adrede, la verdad,
en complicidad con algún error,
delito o injusticia;
nos gusta imitar hasta el absurdo,
cubrir los lugares de candilejas,
las tribunas de honores, lauros, glorias,
para engañarnos
y engañar a los demás.
Mentimos con acciones falsas,
que no responden a los sentimientos,
y decimos que es por política o diplomacia;
nos golpeamos el pecho en público,
para que nos crean honestos
y nos respeten
o que practicamos el arrepentimiento;
ostentamos la caridad de migajas o centavos,
y no devolvemos el perjuicio al débil,
ni nos abstenemos de explotar el trabajo ajeno,
no pagamos el salario justo;
somos largueza y derroche en festín público
y negamos o limitamos el sustento cotidiano
a quienes, en derecho estamos obligados;

practicamos seducción mañosa y acoso
en nombre de la amistad y del amor,
cuando es sólo lujuria, perversión;
presentamos espejismos como ideales,
donde prima afán de lucro,
ambición de figuración o poder.

Perdona, Señor: el odio y la venganza,
que constituyen anticipos del infierno;
borbotan en la sangre,
afloran en los músculos,
sobre todo en el cerebro,
con ardentía feral;
devolvemos golpe por golpe,
ojo por ojo, diente por diente,
injuria por injuria,
insulto por insulto,
nivelándonos con la bestia salvaje,
tenemos listos la dentellada y el zarpazo,
para el que nos roza
o cruza en nuestro camino.

Hemos inventado y perfeccionado
todos los instrumentos de violencia y tortura;
hemos institucionalizado la deshumanización,
para que triunfe y se imponga la máquina,
en los cuatro costados de la tierra,
en todas las naciones,
las capas sociales,
los hogares.

Triunfa la violencia sobre la tierra,
el afán hórrido por destruir,
el deseo sádico por causar dolor y matar,
gozamos con el sufrimiento ajeno,
rendimos homenaje al violento,
al destructor que se impone,
ayudamos a pisotear al caído,
escupir en la cara del humilde,
menospreciar al que fracasa.
Las calles están llenas de derrotados,
con muñones y cuajarones de pus;
los caminos atestados de los que huyen,
buscan asilo,
algún refugio.

Perdona, Señor, las otras formas de violencia:
el chisme, la calumnia, el chantaje.
Miramos con lente de aumento rojizo
los defectos ajenos, los del prójimo odiado
y los magnificamos,
y no nos fatigamos en morder su honor,
hasta cubrirles de oprobio y vergüenza;
en tanto que exaltamos
nuestros supuestos valores
y pretendidas virtudes y cualidades;
miramos la brizna en el ojo ajeno
por debajo de la viga del nuestro;
procuramos destruir con toda la fuerza,
en competencia desleal y mañosa,

el trabajo, la ocupación, la empresa ajena;
hacemos la guerra económica o fría,
a todo lo que nos rivaliza
y se afana en surgir;
hacemos guerra psicológica y social
a cualquier esfuerzo moral o cultural;
y estamos siempre listos para atacar
y hacer daño.

Perdona, Señor, los excesos de la carne:
gula, embriaguez, lujuria, vanidad,
avaricia, usura y ocio;
hemos distorsionado las artes y la ciencia,
para justificar esos excesos
en el gran mercado de consumo,
y el más asqueroso pragmatismo;
lanzamos barro y baba
sobre los honestos menesteres de la vida;
y pretendemos solaz
donde impera la vorágine instintiva.

Perdona, Señor, nuestro irrespeto y ofensa
a los eternos valores humanos:
ridiculizamos o insultamos a los padres,
engreídos de modernidad o actualización,
no aceptamos sus mandamientos,
ni honramos sus nombres y sus canas;
creemos con insensatez e ingratitud, que son
sólo máquinas para proporcionarnos holgura;
no consignamos a la niñez y juventud

el amor, la ternura y educación indispensables;
del hogar hacemos cárcel de oprobio,
semillero de vergüenza y desprecio,
negocio, pasatiempo, política;
minimizamos y pisoteamos, ufanos,
la honestidad y el recato;
nos rebela lo que es jerarquía y mérito ajenos:
los sabios, héroes y santos,
nos sirven sólo para burla y escarnio.

Perdona, Señor, el nihilismo,
el escepticismo, la duda,
sobre tu existencia y poder,
tu misericordia y bondad.
Engreídos de vanidad te negamos,
porque nos limitamos a lo sensorial;
y no hay otra sabiduría que lo experimental,
es decir nuestro ego es la materia;
o te negamos para acallar la conciencia
- conciencia cubierta de sombras,
abismos, tormentas -.
Te negamos aturdidos por la soberbia,
arrogándonos potestades ilusas;
y es cuando nuestra voz se hace grito,
blasfemia con filos aristados,
bramido de cráteres legamosos.
Te negamos o simplemente nos olvidamos de Ti,
obnubilados por el brillo del dinero,
el azufrado aliento del poder,
alguna neblinosa gloria;

para acordarnos, suplicantes,
cuando nos acosa el miedo,
nos acechan el dolor y la tragedia,
fracasamos,
se desvanecen los bienes materiales;
o sentimos la fría vaharada de la muerte,
y estamos solos
frente a tu arcana voluntad
y a tu infinito.

"Padre perdónales,
porque no saben lo que hacen".
Inmenso ejemplo de heroísmo
y magnanimidad dio Jesús,
el Hombre - Dios, agónico ya en su cruz.
Te ofreció en Remisión Suprema
por todas las ofensas, crímenes y pecados
de todos los pueblos, en todos los tiempos.

Perdón para el hombre universal,
para su purificación completa,
la victoria sobre sí mismo
con el imperio del espíritu;
perdón con objetivo de bondad suprema,
baño lustral para las lepras del alma,
transparencia y floración de sentimientos,
constancia limpia de valor,
palabra que perfuma la eternidad.

"No nos dejes caer en tentación"

Guíanos, condúcenos, protégenos, gobiéranos.
El mundo está lleno de escollos,
abismos, pantanos,
los senderos múltiples, sinuosos hispídos,
bajo densa niebla que oculta la distancia;
o junto a llamaradas alucinantes,
la ponzoña y el áspid que envenenan y matan.
Nuestro insaciable deseo de gozo,
constante ambición de bienes,
horadan las sienes, nos colman de fantasmas,
afiebran las manos con lo falso y engañoso;
nos atraen el dolor y la forma de las cosas
y todo cuanto seduce y sorprende a los sentidos,
lo que embriaga la sangre,
lo que exalta nuestra vanidad y egolatría.
Damos rienda suelta
a lo voluptuoso que fosforesce,
nos aferramos a lo transitorio, inmediato,
que producen hartazgos;
nos apasionan los excesos.

Los medios de comunicación,
con métodos y técnicas sofisticados,
reducen y obnubilan la conducta del hombre,
con respuestas reflejas y mecánicas,
estallidos instintivos,
con inmediatez de satisfacciones.

Nos atrae y seduce la aventura,

el movimiento onduloso de la sierpe,
el gruñido furente de la fiera,
el fustazo ululante del huracán.
Los cinco sentidos alertas
para el cumplimiento del deseo;
y toda la humanidad es tentación,
que hace dúctiles y maleables a los hombres,
pero náufragos en oleajes amenazadores,
entre farallones abruptos;
de donde sólo Tú, Señor, puedes salvarnos

"Líbranos del maligno"

Que es el mal que lo llevamos dentro,
nos acecha y sigue como la sombra al cuerpo,
y del mal que viene de fuera;
de las enfermedades y debilidades de la carne,
de las oscuridades y desviaciones del pensamiento;
y así como te pedimos para nosotros,
te pedimos para los seres que amamos,
para los que nos dan su lealtad,
amor o compañerismo,
nos dan su amistad,
su confianza,
para los que dependen de nosotros
y nos entregan su trabajo y sacrificio,
para los débiles y humildes,
para nuestros dirigentes y autoridades,
para nuestros pueblos y naciones,
para la humanidad entera;

líbranos del despotismo y la tiranía
social y política,
de la corrupción masificada,
la pobreza espoleada por los poderosos,
la demagogia de los audaces,
el narcisismo político
disfrazado de doctrina;
líbranos del odio racial,
el desprecio social,
la lucha de clases,
y la guerra.

Te pedimos, Señor,
con la dinámica de nuestra libertad,
como en un retorno a la infancia primera,
con el parpadeo eufórico del amanecer
que despierta a toda la tierra,
con el alegre jadeo del labriego
en la gloria del día;
te pedimos con la palabra hecha incienso
y elevado hacia tus alturas desde los templos,
con todo nuestro ser en justo boato de plegaria.

Te lo pedimos para que la tierra florezca
vida y alegría,
y donde el hombre sea todo nobleza,
verdad, felicidad y amor,
a tu imagen y semejanza.

Te lo pedimos, Señor,

porque eres nuestro Padre,
y como tal misericordioso en grado sumo;
conoces nuestras debilidades

anhelos, dolores;
porque eres luz que escudriña toda verdad,
en las alternancias del tiempo,
el espacio y la historia,
en la energía que esplende y se transforma
dentro del átomo y del cosmos.
Sabemos que penetras en nuestras palabras
que ansía ser oración,
plegaria humilde,
susurro reverente,
fortalecida de fe,
imantada de eternidad.

Y esta es mi palabra,
que arrodillada en el níveo papel,
hace fasto
para llegar a Ti.

MISERERE

¡Miserere ...!
!Señor del Absoluto!

Con temor íntimo me humillo ante Ti
sobre mi último esquiife vivencial;
crújenme zozobras y tormentos
en mi pequeño yo:
abismo apenas entrevisto
o fragmento de verdad,
que lo habito subsumido con la razón
y los instintos.

No puedo agotarme
en la fascinación de lo sensible;
no quiero resignarme
a la cultura del éxtasis transitorio;
no puedo redimir mi pequeña vanidad
lamiendo el salitre de la Historia.
Por eso sublevo mi tristeza
con una oleada de súplica
y fantasía;
extremo mi pensamiento
en pertinaz y libérrima fuga,
- patrimonio de soñador-
para desnudar ante Ti
esta acuciante nostalgia del MÁS ALLÁ.
Más ...Allá ...
Problema total de la vida.
Más allá ... de la sinfonía colosal de las cosas.

Indúltame, Señor, si es blasfemia,

poner en tus manos mi día de angustia,
mostrarte audaz mi carne vacía;
empero asediada de dudas,
flagelada de sombras insurgentes,
irreductibles y frías,
siempre en trayectoria de muerte. ...
¡... Mírala.. .Tócala...!

Oye mi palabra,
- estoy íntegro en ella -
porque es testimonio de ansiedades,
porque en la boca tengo
el fulgor del paisaje andino,
mi Patria,
y llamea ávidamente la ilusión;
estalla en canto
o gemido de alma;
es vértigo de la vida interior,
epígrafe del tráfigo social,
(que es mas bien tumulto rodante
a horámenes sin bordes)
mínimo de auroras,
amplio de tinieblas,
hacinamiento de emblemas
encadenadas a la vanidad
y a la violencia,
tempestuoso de mentira, miedo y sangre.
¡Ah, mi palabra,
que me concediste como posesión
de un mundo inmediato, aún inexplicado!

A veces pienso que mi gran cobardía
es mantenerme como embriagado

en los confines mínimos de la materia,
manoseando la sonrisa de la naturaleza,
y esconder mi lamento
y mi memoria de interrogaciones;
en vez de superarla
en lo íntimo de mi mismo,
por encima del placer
y de la finitud.
Y es cuando me autentico como barro,
bajo una sombra que respira estragos;
y mi dolor aumenta, crece,
hasta la desesperación vertiginosa.

Pero también te enseñé
lo reluzco,
este privilegio:
mi orgullo espiritual,
superposición de fondos estremecidos de luceros
y sustancias altísimas transfiguradas
en pródiga blancura vertical.

¡Oh, el espíritu que me diste!
Con anhelo insaciable,
intención de perennidad,
atravesándome las sienes,
las entrañas,
el aire que respiro como hierro candente,
que busca captar claridades puras,
el fulgor de lo causal metafísico,
la síntesis de la excelencia.

Lucha mi espíritu con la carne
por la vehemente seducción de apetitos

y bienes eternos,
para una plenitud de existencia,
y libre de misterios;
definitivamente unirse a la verdad
y a la hermosura inmutables.

Mi carne se nutre sólo de colores,
aromas, formas, minúsculas,
dentro del torbellino de lo temporal.

Abro los ojos al mundo,
porque quiero conocerlo
en altura y profundidad,
echar raíces y pensamiento
en la energía, en el tiempo,
resonar en los elementos
que amoldan la materia ...
¡Vanidad de vanidades!...

No puedo alcanzar la respuesta,
ni saciar esta hambre de belleza,
la sed de infinitud,
que desborda mi humanidad.
!Oh, esta angustia
es el dolor del alma!.

Tú me conoces,
porque eres el Ser
más cercano a mi pequeñez;
aunque la razón no alcanza
a tu altura insondable.

¡Qué difícil es pensarte!

Pero te pienso...Señor.
Con todo el cuerpo,
con el alma,
con la vida.
Te pienso soberanamente poderoso,
que me asusta.
Te intuyo tan perfecto:
luz inmensurable,
omnipotente,
que todo lo alumbra,
desde una montaña de belleza eterna.

No te puedo abarcar en una sola idea,
y sin embargo siento
que te llevo dentro,
como misterio que vigila mi silencio
y mis conflictos;
sustento del ideal
y a la vez florescencia de lo inefable;
perfume intemporal
con sitio en las maravillas eternas
y en la música;
oigo el sonido de tu índice
detenido en los fondos de las cosas buenas,
como imperativo de amor universal.
Y sin embargo no te comprendo,
y ansío comprenderte,
llevarte siempre
apoyado en mi conciencia.

He llevado al templo
mi congoja, ansiedad y llanto,
porque el templo es el lacrimatorio del hombre;

allí mi adoración,
subido como incienso,
con perfume de fe
y esperanza irreversibles;
allí mi filosofía y anhelos,
estirados como gritos de utopía
en viaje hacia Ti.

Te he meditado en las noches
puesta la sien en las estrellas;
me he perdido en su silencio inmenso,
donde no llegan las palabras,
pero sí en lentísimo gemido
mis interrogaciones.

Violando las cimas de las montañas,
he sido apenas un suspiro más
dentro del torbellino de los huracanes;
agoté mis brazos ante el vacío cruel,
incredulé a la lejanía pavorosa;
he agonizado cien veces
ante los muros esfíngicos de la nada.

Convoqué las emociones
sumergido en la magia de las cosas;
aceché las armonías
en la edad de la brisa y del lirio;
y hallé, de pronto,
el tacto de la poesía:
¿Era tu tempestad? ...
Tenía sonido blanquísimo
y vestida de nobleza
descendió los escalones del sol

y del misterio,
tal vez
para festejo de tus párpados remotos
y del alba en que amanece el hombre.

!Oh Dios. Qué difícil es decirte...!
¿Por qué le hiciste al hombre triste?
¿Por qué va con su barro nativo
bajo el peso de signos inescrutables,
con las arterias rotas,
vagando
por vertientes ilusivas,
rodando
por el vértigo de las pasiones
y los escombros de su tristeza,
expiando la existencia,
como si fuera culpa execrable,
mientras dura el fugaz
crujido de su vida?
¿O es que el hombre desertó tu sendero?
Porque el mundo está enfermo,
agoniza por el egoísmo y la mentira,
disfrazado de máquinas,
con símbolos de violencia y destrucción,
gusta de las crucifixiones,
se ahoga en dinero crapulante,
en charcos de sangre,
en llamas putrefactas;
y hasta el llanto, ...escondido,
ya sin fondo.

Es hora de decirte...
!Sálvanos! !S Á L V A N O S!

Mójanos los párpados con tu misericordia,
y el alma y el espíritu
con tu inefable unción,
para conciliar la vida con el pensamiento,
el pensamiento con el espíritu,
el espíritu del hombre contigo.

¡Miserere. Oh, Dios del Absoluto!

PADRE NUESTRO.

Frente a mí la montaña con su hechizo de altura,
en la sien las borrascas de blanco desafío.

La fiebre del enigma, voraces estupores;
todo en sonoridades de anhelos asechantes.

Con estremecimiento de espíritu y de carne
el fulgor de un anhelo restalló en mis honduras:

"Padre Nuestro que estás en el cielo infinito,
en tu propio elemento. Señor de los Espacios.

Quiero sentir el tacto de tu celeste signo,
allí, donde se fraguan las tormentas y el rayo..."

Subí hollando las rocas arropadas de siglos,
los primordiales brotes del agua y del sonido.

Hice caer mi sombra donde tiritaba el miedo
y la intemperie tiene sus aristas de furia.

Vi rodar los pedruscos en parábola inútil,
rugientes en las quiebras y perderse hechos polvo.

El río en su costumbre de acumular espuma
en los muslos esbeltos de los acantilados.

El choque de los vientos en roquedal ileso,
la soledad hambrienta como bestia salvaje.

Dentro de mí fogatas de frenesí y de fatiga
en el constante esfuerzo por escabroso flanco.

Escuchaba el latido quemante de las venas
con ángeles de fuego azuzando la sangre.

Mi designio: hacia arriba, superando caídas,
la sed, la pesadumbre, la avidez del ascenso.

Yo era ansia de conquista con alas acrecidas,
impulsando la idea, la voluntad, la marcha...

A mi espalda la hondura, las cosas cotidianas.
Hacia arriba la gloria, desconocida, oculta...

Ya en la cumbre, y de pie, saludé al universo;
donde fui sólo un punto bochornado de asombros:

Una nube lejana rellenaba blancuras
en el hondo y oscuro paladar del abismo.

El sol en plenitudes de tropicales pulsos
saturaba el paisaje con nitidez radiante.

Cuerpo y alma en ahogo de estupores y vértigos
abrieron mis sentidos a colosales ansias.

Quise expresar mi gozo con anchuroso abrazo
al fasto exuberante de la naturaleza.

O arrojar mi alborozo vibrante como río
por la tersa y lejana comba del horizonte.

Quise encontrar a Dios...Tuve sólo plegaria
percutida en latidos de entraña atormentada.
Y grité: “Padre Nuestro que saturas el cosmos
forjándole en tumultos de inefable belleza.

Descúbreme en un soplo tu posesiva fuerza;
y herido de misterios comprenderé tu signo ...”

En ese instante puro bajo el espacio azul
sacudió la montaña sus colores al viento.

Con el viento mi grito con tañido de bronce,
que fue igual que campanazo fracturando el espacio.

Después...Nada...En silencio continuaba la tierra
su marcha imperturbable bajo la luz del sol.

Descendí la montaña... El aire de la noche
agigantó el cansino murmullo de mis pasos.

Retorné confundido hasta mis soledades,
donde se transparentan vanidades y engaños.

Me humillé en el oscuro alero de la vida.
Mi carne en desnudez, lesionada de dudas.

Carcomida por recios altamares de angustia,
espesura de sombras, vórtices y nostalgias.

Descendí más... Entonces: el enigma buscado
en forma de pupila que escruta la certeza.

Y por fin.: "Padre Nuestro que estás dentro de mi alma.
Sustancia de infinito ... Señor de los Silencios..."

PROCESIÓN

Por las calles de mi pueblo,
en la fiesta de la Virgen,
le van cantando a María,
le van rezando,
le van contando,
cosas que a ella confía
la gente,
con dulzura,
con tristura,
con plañido languidente.

La tarde oficia su mitin
de colores occiduales:
arriba, herido de ocaso
el sol lava sus cristales
en celestes hontanares;
una golondrina oscura en
raudo trazo
columpia de nube a nube;
abajo, de plaza a plaza,
paso a paso,
la procesión avanza;
delante van en desbordes
las cornetas y tambores,
compasando,
oscilando,
en ritmo lento,
la expresión de sentimiento
y de amor.

Van juntos anhelo y rito,
angustia y fe rebosantes,
ancestro, miedo, esperanza,
en éxtasis infinito:
humanidad naufragante,
arrodillada
cabe el llanto;
itinerario de canto,
con vocación de humildad
y también de paz.

La Virgen en estatura
de diez hombros aldeanos;
y opulenta de fervores
refulge toda en blancura,
entre espirales de incienso,
estallidos, colores,
cintas y flores;
ojos, labios, pies y manos
en consenso de bondad,
de hermandad y sentimiento;
mientras el viento,
entre retozos profanos
y curioso, en las esquinas,
goza apagando velillas
y quebrantando suspiros.

Después: la iglesia en suspenso,
soledosa,

misteriosa,
como yacente de bruces
en el rincón más oscuro,
como pegada al silencio,
como ida noche adentro;
en su arriba, sobremuro:
torre, vitrales y cruces;
los luceros rezagados
y la luna
con lumbrarada de espuma,
resbalan desde la altura
al campanario
tiritante y solitario.

El pueblo, ya cuerpo adentro,
se va, se ausenta,
con agobio de cansancio,
obsedido en sombra lenta,
reestrenando sus modos
de silbar en cada esquina,
perderse dentro de un grito
o intimar en la cantina.

A BOLÍVAR

La vida de Bolívar fue un poema de valor universal;
su espíritu: metáfora luminiscente
en vuelo vertical hacia el infinito,
donde huelgan la gloria y la belleza;
su cuerpo: vibración de pasiones colosales
en armonía con los sismos cósmicos.

El maestro Benjamín Carrión, nos dice: " nuestro signo mayor de humanidad, Bolívar, nos enseña con el ejemplo cómo se puede independizar un continente, ganar batallas, dictar leyes, organizar estados y, al mismo tiempo, leer buena poesía, hacerla, criticarla y gustarla. Su epistolario con Olmedo respecto del Canto a Junín, nos revela el altísimo concepto que el más grande hombre nacido en este Nuevo Mundo, tenía por los valores estéticos"... "La aventura del espíritu - aventura de aventuras - hállase siempre presente en el subfondo de su memoria, de las células; y en los hombres que rebasaron la común mediocridad, desde la barricada, el vivaque, la batalla, la derrota a veces, el triunfo casi siempre y definitivo. Su espíritu - que fue en verdad de un Don Quijote americano - dominado por una ráfaga de grandeza, quiso llegar al fondo de las cosas, por los caminos altísimos pero esclarecidos del

arte y de la vida" ...

Por eso:

su palabra surgió de fragores de alma
hechos diluvio de latidos;
la esgrimió como rayo
para anunciar al hombre americano
y a los pueblos del mundo
el valor de las cumbres espirituales.

Hizo del estrago hórrido de la guerra
y del choque furente de las armas
mensajes fervorosos,
himnos triunfales para exultar
el sublime heroísmo de los redimidos,
y con ellos voló al infinito.

Al conjuro de su palabra
hizo saltar las piedras de las tumbas,
rompió los hierros de las cárceles;
los héroes emergieron del abismo;
rotas las cadenas,
enarbolaron los lábaros de la libertad.

Cada sílaba
fue redoble en tambores de luz,
cada palabra inauguró enormidades de belleza,
cada juicio estatuyó sabiduría

humanamente pura.

Y en el fondo de su palabra,
la música en vuelo de éxtasis y amor,
albricia a la aventura,
poesía ilesa,
confidencia de alma cundida de prodigios,
límpida expresión de carne
hecha cristal ustorio;
inmensa de vida,
sonora de armonías colosales,
de ensueños fabulosos.

¿Queréis tener un mensaje lleno de profecías y a la vez de angustia, como la de Prometeo, que increpa y desafía atado a la montaña vertical y solitaria del destino? Leed la Carta de Jamaica, donde el Héroe Libertador, grave, bravío, solitario, expiaba el delito de luchar por la libertad.

¿Queréis un mensaje genial, pletórico de filosofía política, en lenguaje límpido, desbordando las excelencias de la hermosura? Lo tenéis en el Mensaje al Congreso de Angostura. En él: ... pasan haciendo honores los grandes de la Historia; él los conoce a todos, los llama por sus nombres; delante van los héroes libertadores de hombres, arquetipos sublimes, hermanos de su gloria.

...

En ese mensaje político: nadie ha hablado como él, nunca antes y después. El héroe de héroes, de infinitos obseso, efluvia un halo sacro sobre el magno Congreso. En torno suyo el mundo reverente y de pies.

....

Quien lea el epistolario de Bolívar encontrará espejeando hacia la inmensidad, la grandeza de su alma. O en sus proclamas, sus mensajes abundantísimos para la Gran Colombia, para todo el Continente y para Europa.

Ya en su último exilio, en San Pedro Alejandrino, sin disponer de un solo "maravedí", rodeado de poquísimos amigos, cuando la muerte le acechaba muy cercana, penosamente tomó la pluma y escribió una de las cartas más hermosas que se hayan escrito, dirigida a su prima Fanny du Villard, quien le había enviado su retrato como talismán. Era el 6 de Diciembre de 1830. Le dice: ... "¿Te extraña que piense en ti al borde del sepulcro? Ha llegado la última hora; tengo al frente el Mar Caribe, azul y plata agitado, como mi alma, por grandes tempestades;..."

Más adelante "Esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones en Boyacá y en Carabobo; esta es la letra escritora del Decreto de Trujillo y del Mensaje al Congreso de Angostura ...¿No la reconoces verdad? ...

Después, un maravilloso derroche sentimental y de infinitas congojas y añoranzas, cuando dice "Me miras y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná"...

Graba sus últimos pensamientos, "Me tocó la misión del relámpago; rasgar un instante la tiniebla; fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío"
...

Bolívar mantuvo estrecha y sincera amistad con el primero y más grande épico de nuestra Patria, Olmedo, reconocido como el Homero del Libertador, autor de cantos no superados aún; se destaca el Canto a Junín. Pues bien, cuando el poeta preparaba aquel canto, presentó el original a Bolívar, quien con gran sapiencia y magistralidad hizo algunas correcciones, que Olmedo las aceptó.

El Delirio Sobre el Chimborazo, es bellísimo poema en prosa, citado por todos los poetas de verdad e historiadores. Delirio. Sí. Enjoyado de filosofía vital, de las magnificencias de la sabiduría socio - histórica, del visionario que, ubicado en el vértice de las edades, pudo narrarlo con profunda y límpida belleza.

A LAS MADRES DEL BANCO CENTRAL

Señores, respetadas madres: funcionarias, empleadas y trabajadoras del Banco Central del Ecuador Sucursal Riobamba.

La bondad de la Asociación de Empleados y la exquisitez del Comité Femenino de esta nobilísima institución de nuestra amada ciudad, ha permitido que pongamos en nuestras frentes un ángel para acariciar sus almas, un estallido de sol para saludarles, un suave glisar de violines para arrodillarnos en vuestros oídos y decirles palabras que aprehendieron el ritmo plural de afectos de nuestras madres; ha permitido que en plegaria exultante iniciada en la blancura de la gratitud bendigamos a todas las madres en nombre de la vida, de la belleza, de la verdad, de la sabiduría, de las bienaventuranzas y maravillas que Dios puso en el corazón, en los sentimientos, en el pensamiento y en la fe del hombre.

Nuestra intención al acudir con presteza y humildad a esta cita de excepcional entrega y exaltación, es participarles nuestro modo de amar a la madre; abrirnos la piel, la sangre, el corazón; cundirnos de hermosura, gratitud y blancura; alzarles en el ideal para un fasto de castísima ternura; acompañarles en aleo azul de espíritu hasta la altura de la sonrisa complacida de Dios.

Les hablo así, porque las veo evidenciando la diafanidad, en el principio de la materia, en la pupila del alma,

bonanzando las etapas de la vida, señoreando las costumbres, magnificando nuestra ciudad, ennobleciendo el servicio público, señalando el futuro desde las excelencias del hogar y desde las cimas culturales de vuestros hijos.

Confieso que yo, a pesar de estar ya cundido de tarde y de tristeza, también les buscaba con ansia suprema en este día, para desbordar de alguna manera mi ración de ternura, algún sitio donde afirmar mi emoción, compartir mi mansedumbre, mi júbilo y mi sollozo vertido en santas soledumbres bajo los incendios celestes del recuerdo.

Por eso, ahora, ante vosotras, casi entre ahogos por el remolino de la vida y el tráfago social; conducido por las manos de vuestros hijos, debo retornarme al niño que estrenaba en la boca la emoción pura y sincera del "te quiero mamita", del "te amo madre"... "Ilévame al azul que tu quieres, me rindo dócil a tu voluntad de luz, a tu capricho de alegría sonora, enciérrame definitivamente al centro de la felicidad, en los alvéolos de tu eternidad"...

Sé que vosotras madres, abris los brazos más grandes que el cosmos para acunar en ellos a vuestros hijos y ungriles de dicha completa; que vuestro arrullo y las palabras de ellos, en un mismo eco, recorren la tierra y toda la naturaleza en ufanía egregia.

Por verles en este día las estrellas se apoyan en el vértice de la armonía; quiere reconocerles el arco iris palpándoles con todos sus colores y brillos; se convocan las flores sobre la comba turgente del surco para ataviarse de gloria, domesticar su belleza e ir a vuestras manos vencidas de ternura, de ensueños y tactos sutiles.

Nada más alto, bueno y hermoso para un hijo que su madre, encuentra superior a ella solamente Dios. También sé que para vosotras nada hay más grato, perfecto y completo bajo el sol que vuestro hijo.

Porque el hijo está poblando el tiempo de la madre, repletando su espacio, dinamizando su energía, creciendo en su materia.

El hijo es su maravillosa costumbre, está por igual en el lento sollozo, - que a veces el mundo no comprende - en su clarísimo tormento de arcanos, en el portento de sus alborozos y anhelos,

en sus misteriosos augurios,
en sus indulgencias,
en sus milagrosos perdones.

Ella reclama a la noche sus estrellas,
se desvanece en la oración,
está puntual dentro de la música
y provoca a las campanas,
se apega al silencio del espejo
para tersurizar sus arrugas,
y cerrar sus heridas;
es para mirar al hijo.

Si está en el fresco paladar del agua
y mueve el carrusel de la espuma,
se afinca en trashumancia de perfume,
se enrolla en el dorado reclamo del jilguero,
y hace prodigios con la blanca harina;
es para llamar al hijo,

Cunde de miel las púas de la vida,
hace de su tristeza manantíos de remanso,
pone en su corazón sangre de lirios,
tiene a flor de labios la plegaria,
y en mitad del pecho un río de dulzura;
es para calmar la sed del hijo.

La madre desgaja los instantes de soledad

con manos de nieve o amapola,
y aunque herida se atreve al borde de los abismos,
y aunque sola derruye los escollos,
aunque gimiente desbroza las tormentas,
aunque débil asciende las montañas,
aunque exigua traspasa las distancias,
aunque temblorosa se enfrenta con la muerte;
por defender a su hijo.

Por el hijo: quién más fuerte que la madre,
para diluir los fosfóricos pantanos del insomnio,
los altamares del dolor y la tristeza,
los ictericos colmillos de la angustia,
los ígneos carbones del odio,
el oscuro vendaval de la ingratitud.

Quién más íntegra para la bondad,
para el beso de amor sin sombra,
para el abrazo con certeza de gozo,
para la palabra con mensaje de paz,
para la caricia desbordando belleza,
para el tacto con plumón de consuelo,
para la oración constelada de espíritu,
para la bendición con índice de infinitos.

Quién más íntima que la madre
desde la cuna hasta la tumba,
en el proceso de la virtud,

en los símbolos y rumbos sociales,
en los instantes de intemperie,
en los escollos del destino,
en los zarpazos de la duda;
porque todo su ser es privilegio del hijo.

La madre está perenne,
cuerpo a cuerpo con el hijo,
sangre a sangre con sus anhelos,
alma con alma en la esperanza,
fe con fe en los ideales,
paso a paso en el camino,
tiempo sin fin en los sucesos,
frecuencia infinita en su educación,
sabor absoluto en la gloria,
suavidad incólume en la derrota,
cántara de frescura en el fracaso,
agua lustral en el desvío,
bálsamo y consuelo para las resurrecciones.

Madre: gema de diafanía para admirar las cosas,
paradigma en la memoria,
alto viento desnudo para el canto,
equilibrio perfecto para el ensueño,
sustento de luz para el vuelo,
pureza germinal para la alegría,
vida que se desvive para que viva el hijo,
horizonte inexhausto para contemplar la eternidad.

Vosotras madres, sois sobre todo amor:
amor supremo con riqueza de arcángeles,
salmo de amor en la girándula de la historia,
cotidiano, primero y último amor verdadero.

Madres, porque vivís para amar
y amáis para pervivir en el hijo,
ennoblecen la faz de la tierra,
les cantamos y bendecimos.

Madres que trabajáis en el Banco Central, mi palabra se
somete con gozo a la palabra bastísima del Ateneo que os
saluda y ensalza; que se acerca a vosotras como una
ofrenda de tallos florecidos en la sustancia más pura de la
vida y que salen volando por labios de mis compañeros,
con níveos temblores de palomas mensajeras.

Os ruego aceptad.

A LAS MADRES DEL CLUB DE LEONES DE RIOBAMBA

El Ateneo de Chimborazo, José María Román, canta a la belleza, al amor, que exultan la vida y esplenden en la naturaleza. Por esto con estremecida solidaridad y reverencia, para las madres del Club de Leones de Riobamba, entrega este recital hecho con alma.

Es verdad que en el día dedicado a la madre, el júbilo desborda transparente, insombrado; todo nuestro ser vibra en lírico alborozo.

Pero también el arquero del dolor nos hiere profundo y certero; y, tal vez, sólo recogemos como diamantes de luz los recuerdos de ella muerta o ausente; se humedecen las pupilas al contacto de la bruma interior; se apaga y asorda la música de los astros.

El día es el espacio - tiempo en que el sol, suntuoso rey del Sistema, recorre la eclíptica desde la alborada tibia y hialina, hasta los hórridos instantes occiduales; desde el inicio de la luz sálmica, hasta el imperio de la tiniebla.

La madre es el sol, que alumbra desde la alborada eucarística de la vida humana, hasta la estragante tiniebla de la muerte.

La mujer cuando niña es libélula suavísima de prodigios alabastrinos; cuando joven es flor de vida; cuando madre tórnase sustancia del universo.

Permitidme que os invite a nombrar internamente, con la voz del espíritu, a los seres que por su bondad son inolvidables, pongámosles a manera de fluentes en un remanso del corazón; invoquemos también a quienes por sus virtudes tiene derecho y merecen nuestros afectos más elevados y puros:
y encontraremos con júbilo de alma,
qué es la madre,
quién se yergue maravillosa como un milagro excelso,
dominadora del ambiente
hecha de perfume.

Ella mejor que plumón celeste impulsada de alegría,
umbela triunfante sobre la asechancia del dolor del hijo;
oblación fáustica del hogar,
urna de la ternura,
tacto de espuma para aprehender el color del
firmamento,
relicario del mejor idealismo,
bálsamo lustral para todos los sentidos,
unción de frescura eterna para las generaciones,
corimbo nivoso de la felicidad humana.

“Si la madre llora es para salpicar azules emociones,
si sufre es para remolinar excelencias,
si ora es para purificar la existencia,
si canta undosos credos
es para arrullar anhelos
en los fastos de la cuna
o en la majestad del templo;
su beso es prelude de ensueño,
su abrazo inunda delicias con íntimas abluciones,
su presencia es augurio de límpidas esperanzas.
Toda ella síntesis de paz.
Pero si gime, es el seísmo del alma.
Ay, su gemido conmueve a Dios y a la tierra.”

Dios hizo para la madre un altar esculpido con
sabidurías y sutilezas sobre el haz de la tierra para
oficiar un rito cósmico; hizo un tabernáculo en el
corazón de los hombres para incienzar ante ella los
mejores y más elevados sentimientos; para que se
produzca en multifónica exultancia el amor integral:
aquel amor que floridiza las capacidades superiores y
los auténticos y supremos valores humanos e impera en
la materia corporal; aquel amor que inexhausto de
luminiscencia forja el pensamiento, perfecciona la
razón, imanta la voluntad, pone aleos de maravillas en
el espíritu para acercarnos con la fuerza de la fe a los
frisos donde mora el Infinito.

La madre es hecha
con manantíos de paciencia,
desborde de afectos,
zumos de luz,
imán de vida;
jardinera es de la belleza,
suma de toda ternura,
pomo de la verdad,
dínamo de la virtud,
plenitud de nobleza,
cofre de mansedumbre,
fuente de grandezas,
crisol de lealtad.

Al pronunciar un nombre de mujer - de por sí sugerente de poesía - precedido del concepto madre, sentimos un copo de pétalos terciopelados revolando en los labios; surgen y flotan las sílabas con preludio de sinfonía sublime, desde pentagramas de suavidad.

Y si le pensamos con profundidad: ella está en el recuerdo santamente prodigiosa; ella como ángel aureolada la frente de bondad sin mancha; porque su oficio, que no tiene riberas, es idéntico al de los ángeles protectores.

La madre en la niñez y siempre presente con su exquisitez y sacrificio.

Cuando el hijo es joven, ella es el ruseñor que canta las victorias y enjardina las emociones, la ufana alegría.

En la madurez del hijo, es el sagrario ante el que nos arrodillamos.

Y qué hermoso, santificante, fortaleciente es para el alma arrodillarse delante de la madre, ante sus pies y ante su espíritu; y al recibir su bendición percibir las excelencias de la vida, la nobleza de la naturaleza humana; es halago como la elación del divino Jesús mirándonos con piedad el cuerpo y el alma, como si fueran de cristal.

Mil trescientos años antes de Cristo, un filósofo chino al hablar de la madre decía: "Mujer, bella hija del amor, por preceptos de la verdad están en los profundo de tu corazón, dan brillo a la elegancia de tus formas interiores y exteriores; tu belleza es como la de la rosa, porque conservarás la dulzura después que te hayas marchitado."

Cuida bien tu corazón.

Recuerda que eres la compañera razonable del hombre, y eres guía y espejo de tus hijos.

La humildad y la mansedumbre son la corona de tu gloria que circunda la frente.
En tu garganta hay música; en cada palabra la dulzura de la miel fluye de tus labios.

En tus contestaciones hay verdad, suavidad; y la paz y la felicidad serán la recompensa.

La virtud está a tu lado, delante marcha la prudencia, la caridad no te hace abrir la boca contra nadie; tu pecho es mansión de bondad.

Feliz el hombre que te tomó por esposa y se ufana de los elogios con que te conoce la justicia.

Feliz el niño que puede llamarte cada instante de su vida Madre Mía ...

Permitidme que incluya ante vosotras mi propia ronda poética dedicada a mi santa madre:

Cuando yo primaverizado en el Colegio San Felipe, le dije entre otras estrofas:

"Eres el cielo azul de mi existencia
y toda su armonía;
por ti trinan los pájaros su esencia
con dulce melodía.

Tu historia es el preludio de mi historia,
el grano en la simiente,
en ti comienza mi futura gloria,
mi vida floreciente."

Cuando yo adulto y ella ya ancianita le dije:
"Mi niñez fue florida primavera
porque tuve a mi lado,
como el sol que calienta en la pradera
tu cariño aromado."

Cuando ella entregó su cuerpo al abismo ciego, entre el
resoplido trágico de la tierra, y su alma a Dios, que
seguramente le esperó sobre la cima del Sinaí, bajo un
cielo de estrellas constelado, yo:

" Que soy el milagro de su beso,
de su carne el ánfora travieso,
parábola contrita de su espíritu,
te digo, te denuncio:
Desde esta inmensa soledad que grita,
desde esta frágil quimera de la vida
y esta hecatombe de células marchitas,
proclamo mi derrota, caído de rodillas
en el fondo sin fin del dolor de la carne
y del dolor del alma.

!Oh, madre! Ya sin ti todo mi ser tiritita,

y ceñido a tu criptal yo reclamo tu nombre
musitando en desnudas caracolas de viento;
pongo en ellas mis besos y mi llanto de río;
una oración que brota mansa desde el abismo
y naufraga en el frío silencio de los mármoles;
la blanca campanada crecida hasta los astros,
que sin eco se queda en túneles sin retorno
y en los muros hieráticos de todos los ocasos.

Después de ti: el agobio de un sauce en los trizados
espejos del arroyo; llevo conmigo el frágil
suspiro de la tarde, en mi carne cansada
las sombras de la noche, las lianas de la muerte,
dentro de mí, compacta, la soledad del mundo."

Distinguidas señoras:

Solicito vuestra amable atención para que recibáis el
mensaje de mis ilustres compañeros ateneístas; ellos
traen en sus palabras el talento cultivado en la ciencia,
la filosofía y el arte; y, sobre todo, traen a flor de labios
el corazón, el desbordado anhelo de rendir homenaje a
la belleza y al amor excelso; y en esta tarde la belleza,
el amor, sois vosotras madres del Club de Leones.

A LAS MADRES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CHIMBORAZO

Respetadas madres: maestras, funcionarias y estudiantes de la Universidad Nacional del Chimborazo.

Nuestra intención al acudir con presteza y humildad a esta cita universitaria de exaltación a las madres, es también para expresar nuestro modo de reverenciarlas.

Por eso abillantamos el pensamiento, cundimos el corazón de luz, gratitud y verdad. Les alzamos a nivel de las sienes para un fasto de castísima ternura; para un aleo azul de espíritu, hasta donde se ostentan los lampadarios de la naturaleza y está omnipresente la sonrisa complacida de Dios.

Conducido por las manos generosas de la Asociación de Maestros y de la Asociación de Empleados de esta ya gloriosa Universidad, estoy aquí para desbordar mi ración de ternura y hasta mis sollozo que ha sido vertido en soledumbres, bajo los doseles hialinos del recuerdo de mi santa madre; y para retornar al niño que estrenaba en sus labios la emoción pura y sincera del ...

"Te quiero mamá.
Te amo mamita ...

Llévame al azul de tus anhelos,
me rindo dúctil a tu voluntad de luz,
a tu capricho de alegría límpida y sonora;
enciérrame definitivamente
en el centro de tu felicidad,
en los alvéolos de la eterna dicha ..."

Las madres tenéis los brazos más grandes que el universo y más suaves que el pétalo, para acunar al hijo, ungirles de bondades y excelencias; y para arrullarles con arpegios que exultan la naturaleza y recorren la tierra con ufanía.

Para las madres nada hay más grato, perfecto, completo, bajo el sol que su hijo.

“El hijo es su maravilloso triunfo;
él está en la sustancia de su sollozo,
- que a veces el mundo no comprende -
en su clarísima siembra de arcanos,
en el portento de sus alborozos y anhelos
en sus misteriosos augurios,
en sus indulgencias sin límites,
en sus milagrosos perdones.”

“Cuando una madre reclama a la noche sus estrellas,
o está puntual en el aleo de la música,
provoca a las campanas su tañido solemne,

confía sus arrugas al espejeo de un cristal ...
es para mirarse con el hijo.”

“Si acude al fresco paladar del agua
y mueve el carrusel de la espuma,
hace de su tristeza manantial de remanso,
pone en el corazón sangre de lirios
y en la mitad del pecho hontanar de dulzuras ...
es para calmar la sed del hijo.”

“Si suaviza con besos las aristas de la vida,
tiene a flor de labios la plegaria,
se afínca en la trashumancia del perfume,
y hace prodigios con la paz ...
es para recibir al hijo.”

“La madre derruye los instantes de soledad
a golpes de nardo y amapola;
y aunque herida se atreve al borde de los abismos,
aunque sola vence los escollos,
aunque gimiente desbroza las tormentas,
aunque débil asciende las montañas,
aunque exigua minimiza las distancias,
aunque temblorosa se enfrenta con la muerte ...
por defender al hijo.”

“Quién más fuerte que la madre,
para diluir los fosfóricos pantanos del insomnio,

los altamares del dolor,
los ictericos colmillos de la angustia,
los ígneos carbones del odio,
el oscuro vendaval de la ingratitud.”

“Quién más íntegra en la bondad,
en la palabra de afecto sin sombra,
el abrazo con certeza de gozo,
el mensaje con raíz de nobleza,
la caricia con desbordes de belleza,
el tacto con plumón para el consuelo,
el suspiro constelado de espíritu,
la bendición con índice de infinitos.”

“Quién más íntima que la madre,
desde la cuna hasta la tumba,
en la limpia inocencia de la virtud,
en los tablonajes trágicos de la sociedad,
en los hispídos ventarrones de la soledad,
en los hieráticos escollos del destino,
en las coléricas astillas de la duda ...
porque todo su ser es privilegio para el hijo.”

“La madre está perenne,
cuerpo a cuerpo con el hijo,
sangre a sangre en sus esfuerzos,
alma con alma en los anhelos,
fe con fe en los ideales,

paso a paso en los senderos,
largueza y claridad en su educación,
bandera jubilosa en el triunfo,
suavidad incólume en la derrota,
agua lustral en la fatiga,
arrogancia auroral en las resurrecciones.”

Madre,
cofre diamantino para cautelar la diafanía,
yema de luz para embellecer el planeta,
paradigma en la memoria,
génesis de las bienaventuranzas,
centinela inexhausta consagrada al sacrificio,
vida que se desvive para que viva el hijo,
escultura hecha por Dios
para ennoblecer todo lo creado.

Vosotras madres, sois sobre todo amor,
amor supremo,
obstinado,
fervoroso,
perfecto,
salmo de amor en la girándula de la historia,
cotidiano,
primero
y último amor verdadero.

Nunca será tarde para bendecirlas.

ALLÁ

Allá, ... donde la tierra deja su bella costumbre hortelana y asciende con fuerza sugestionada por los páramos; en un recodo del monótono senderillo, habitado por juncos agobiados por las jaurías del viento y circuido por piedras vendadas por el polvo, viajero en perpetuidad ladera abajo, se alzaba permanente una cruz de madera, tapizada durante mucho tiempo con la negra pátina del tiempo.

En su vértice de neblinas con silenciosa conducta de apaciguar su ventura volante, saca su máscara de fábulas lejanas y continúa su beligerancia con el gavián. En los brazos –siempre en actitud indulgente– arrecian las abluciones de la lluvia, reincidente al rigor del invierno, tripulada desde el lomerío por súbitas fosforescencias. Al pie –que alguna vez tuvo pedestal pequeño, hecho con piedras labradas y que fueron sustraídas– se acumulan arenas y pedruscos, por los que lentamente trepan moluscos arteros y arañas piratas, trabajando el abandono, deglutiendo hongos y ganando cualquier horamen o lastimadura para vivir.

Cuando la noche, derrumbando las brillantes murallas del día inicia su imperio sobre la faz de la tierra, aquella cruz proyectaba su sombra quebrada por el filo del

sendero. Daba la impresión de que se ha puesto genuflecta y humilde para que los elementos, o los hombres, ... quien sabe...

Los pocos aldeanos y campesinos que transitan por esos lares, llevados como a empellones por las urgencias de la vida y las necesidades cotidianas, ostentaban su devoción tradicional: la miraban, luego con la cabeza ligeramente inclinada, quizá, una plegaria musitada, quizá una oración...

Una vez contemplé, con sobresalto y aturdimiento psicológico, a una mujer de sencilla catadura agraria, que se abrazó a ella desesperadamente, como torturada, gimiendo, llorando ruidosamente, con claro afán de transmitirla: peticiones, reproches, desengaños, tragedia, en fin, de su destino; entre las alternancias del llanto abundoso y las palabras, le contó cumplidamente su historia, trunca de fracasos, esperanzas, anhelos, en detrimento de su vida y de su espíritu; mientras el viento hacía conciertos lúgubres, le sacudía desafortunadamente los cabellos, los vestidos, inclusive los brazos.

Extasiado, como capturado por inéditas angustias, que no las entendía, la seguí con la mirada: en carrera como enloquecido se perdió en la vertiente del otero próximo. Después de muchos años de banalismo y experiencias

de esa condición mía, por casual circunstancia pasé por aquel lugar.

Reconocí el escenario: época de verano; ambiente de pesadilla; la tierra más desolada, triste, yerma; y en el lugar de siempre los restos de la cruz: astillada, atrapada inexorablemente por el tráfago del tiempo y sus cambiantes retumbos. Junto a la cruz una mujer cargada de tantos años como el número de arrugas de su cara; se apoyaba en el brazo de un joven relativamente robusto. Con manos trémulas retiró lentamente y casi con devoción las piedras, que adrede habían sido acumuladas al pie del madero; luego de unos instantes, posiblemente de meditación o plegaria, plegando el alma con gratitud y ternura, besó la cruz largamente.

Todo aquello superó sobremanera mis emociones.
Me encontré comprometido con la poesía de contenido humano universal.

AMANECER

El sol disemina sus pestañas de oro sonorísimo sobre la faz rosada de la aurora; mientras la tierra puesta delantal de frescura, toda ella alborozada, limpia las húmedas pupilas de los tréboles, y entre los breñales muestra sonrisas migrantes de agua clara.

Alfarero del día, enciende sus cotidianos pedernales golpeándolos en la crátera furencia de los volcanes.

Mago radiante de la existencia, recorre con sus enormes zancos desvelos oteros hasta los hondos valles; diluvia epifanías y tibia transparencia sobre el extenso auditorio de nubes y entrega joyeles de lumbre a la brisa matinal, que infantilmente curiosa, desliza sus

dedos pintados de alegría sobre el éxtasis fragante de las flores, sobre la cascabelera fonación de cigarras y pájaros dedicados a llevar hasta los árboles noticias de primavera, y sobre los cristales de mi ventana, el acostumbrado itinerario de paisajes.

Es hora de la conciencia rediviva, que se vierte emocionada, honda en los afanes del trabajo de quienes aman la tierra, la sociedad y la vida, el destino de fruto, de libro, donde ancla la historia, de tribuna, con señales de verdad y gozo que afinan la nobleza.

El monte, el valle, la quebrada, entre el vaho desprendido de la faz purificada de la tierra, irradian inmenso rubor de esfuerzos y júbilo sensual; el Cacha, otero ancestral, paladea un festín de horizontes y rescata para la esperanza el tema social de mi ciudad.

La mañana es diástole de la existencia cuyo fluido esencial penetra a chorros en todas las cosas, derrumba el oscuro muro de la noche y agita tumulto de banderines bordados de oro y flama para un gran complot del universo.

Es la vida que borbota sensitiva desde la profunda conmoción de los átomos, del delirio de las células, del carrusel inexorable de los instintos, del temblor arrogante de los órganos.

Concierto universal.

Bienaventuranza.

Yo también, igual que este día, cubriré con seda blanca las oscuridades que en el alma anidan, ungiré las manos de anhelos encendidos por la fe, extenderé los brazos en sincera y original camaradería con las cosas, con la seductora esencia de los espacios, con el hombre, para que en ellos reciba alivio a sus angustias y fatigas; permitiré en las sienes un enjambre de avispas inefables que hundan sus venablos hasta los íntimos y frágiles silencios; desataré otra vez por los caminos, mis cansados pasos de viandante, conduciré mis anhelos por el destino ignoto para mi razón; y mi voz y mi grito vestirán de esperanza bajo el manto de la azul inmensidad.

ANÉCDOTA SIMPLE

No tuve otra alternativa ni pude evadirme.
Peleé cuerpo a cuerpo, centímetro a centímetro con la
sombra. Lucha sin nombre, en el escenario cada vez
más estrecho de la tarde.

Nos disputamos el último portento de la luz en la
mágica alternancia de la cordillera patria, cuando el sol
parsimoniosamente migraba hacia el Oeste,
desbrozando las foliaciones silvestres y los eslabones
rocosos alzados en holganza de libertad.

Empujando las nubes, pasantes por los andenes
circulares del firmamento, la luz besó largamente y con
dorada gracia la testa airosa del Chimborazo. Creo que
también le hizo alguna confianza, porque el Sultán
Andino, complacido y orgulloso, respondió lanzando
multitud de joyeles de diamante purísimo.

La sombra con imponentes alas, en afán de holocausto,
la arrastraba hacia el osario, situado en la sima de la
noche. Con ella estaban:
el miedo doblando las cosas;
las hordas del ventisco, corriendo detrás de ella;
aludes de carbón, agitando el ambiente farragoso.

Yo la defendí frenético, siguiendo con el alma las actitudes y gestos agresivos y amplios de mi rival. No estaba solo, conmigo:
las señales piadosas del paisaje;
las apasionadas convocatorias de las aves a los elementos;
mis sensaciones intensadas en los sentidos;
las emociones magnificadas en lo profundo;
la quimera, como lábaro o insignia, estimulando la carne y espoleando el pensamiento.

Pero la luz agoniosa, se esfumó dentro del silencio elocuente de la naturaleza, en los ámbitos tenebrosos del abismo.

Me sentí pobre de solemnidad, abandonado, casi un miserable, con el único recurso de pronunciar en alta voz un Deprofundis por la luz.

Divagué, tratando de consolarme; queriendo derruir la sombra generé muchos pensamientos complejos; inventé gestos, pasos, cosas, así de simples ... prefigurados para esa situación; acerqué mucho más los lentes a los ojos, para guardar en secreto la amistad de una lágrima deslizada hasta las ojeras.

Luego de mi fracaso pensé huir. ¿ A dónde? ... refugiarme más allá del tiempo y las viscosidades del

Planeta...No podía ir más allá de mi pequeño jardín, rodeado de escollos difíciles de lograr con mi débil fuerza.

Al salir al patio me quedé mirando con arrobo, mirando con deleite el rostro tranquilo y sin arrugas de la luna. Con llenura de brillos celestes había invadido la arboleda del jardín. En la fronda, al ritmo de suave brisa, millares de pies, danzaban un valse de Strauss.

Reconocí que eran los parpadeos remotos del sol: alter ego de la vida y la belleza del paisaje de mi tierra. Y era por eso mismo que encontré plumajes, hilachas, pedacitos de luz, espejeando en mis pupilas, en la frente, en todo mi ser.

Porteándolos con alegre ufanía, entré en la pequeña casa solariega, que en esos momentos fulgía como en celeste fiesta. Una paz anchísima y terciopelada me esperaba en la puerta; y de las ventanas guiños blanquísimos como abrazos de hondura indescifrable.

Creo que tuve la sonrisa más perfecta, grande y risueña. Me permaneció toda la noche, porque hasta por las hendijas del sueño y del insomnio me llegaron abundosas, cariciantes luces a las heridas y cicatrices de mi lucha.

Las pretendí ovillarlas y guardarlas para mi gozo estático, perenne. Dentro de mí esperándome un aura clarísima, caminante por encima de la sangre, de la médula, con sonoridad de estrellas: mi espíritu.

En la mañana siguiente transité las calles de mi Riobamba amada, descubierta y en plenitud el alma. A pesar de la urdimbre ocupacional y las urgencias de las gentes, me vieron luminoso y resonante. No fue extraño que algún amigo me palmotease los hombros y con voz resuelta me diga: ¡Qué bien estás!

ATARDECER

Llora en la rama seca un pájaro agorero,
se desangra la tarde en un lento aguacero,
las sombras se levantan, la luz huye del día;
con las sombras la pena, con la luz la alegría.

Es hora en que te añoro y recuerdo el pasado,
es hora en que te pienso, y el pensamiento alado
se esconde en la negrura de esta tarde invernal,
huyendo de los hombres para ocultar mi mal.

Y me sigue tu espíritu perdido entre las sombras.
Parece que me abrazas, parece que me nombras;
parece que me besas con infinito amor ...

Mi corazón desangra. La pena crece, crece.
Al golpe de las sombras la tarde desfallece
y desfallece mi alma al golpe del dolor ...

Desde el inmóvil y acrecido dolor: un pájaro pretende
musicalizar la tarde con arpegios monótonos; la lluvia
vierte llanto de opaco cristal informe; y un pálido
caracol acosado de frío apresura su ausencia al fondo
de la piedra.

Las horas occiduas, espigas de tiempo con peso de

infinita desolación, hunden sus aristas ictéricas en la palidez de mi carne, abren las venas, muerden los sentidos; mientras en el corazón sangrante, o más adentro- escondo recuerdos que se alargan desde un pasado radiante y juvenil, hasta la abismal estatura de mi dolor presente.

Escalofriantes soplos de viento penetran por los resquicios de la ventana. Parece que me llaman, pronuncian mi nombre de manera extraña, con finos y quejumbrosos temores de violines intangibles, con resonancias vagorosas, lamentos silentes, salidos tal vez del filo de la sombra, o de esta tristeza sensibilizada y dura, que serpea acostumbrada en mi pecho, en el herido pulso de la sangre, en el estremecido ritmo de la respiración.

Estoy solo, dueño absoluto de tanta soledad, saturado de silencio solemne, entre las sombras vesperales, que avanzan inmensas, presurosas, cubren la absorta faz de la tierra, acumulan en mis brazos gavillas devastadas por la pátina de la tristeza y su inconfundible amistad antigua.

El alma se acurruca en un rincón de la vida, gravitada por la soledad y el peso de la sombra, que estrangula la luz, ahoga el eco de un suspiro, las últimas formas armónicas de la tarde; de esta tarde que la palpo

derrotada detrás de todas las cosas, chorrea sobre la enlutada transparencia de las ventanas. !Ah, mis ventanas!, antaño invitáronme a la aventura; hoy apenas ojos desorbitados, incrédulos de mirarme junto a la simbiosis absurda de cal y polvo envejecidos de la antigua casa de hacienda; a donde llegué para refugiarme aturdido o cansado, de la turbulencia de la vida citadina, arrastrando mi espíritu, para esconder mi insatisfacción vital, mi hambruna de amor, de verdad, de luz; mi hartazgo de melancolía.

Necesito defenderme de esta tristeza esencial que continúa acumulando monotonía sobre el corazón; ahuyentar el angustioso vacío que va cautivándome en su vastedad. Debo ubicarme más allá de este instante y de estas sombras. Decido contemplar con entusiasmo retrospectivo los cuadros que pinté con manos henchidas de vida pletórica de juventud, que aún cuelgan en el lugar de siempre; indefensos seres crucificados entre el olvido y el tiempo.

Llegan a las sienas flotantes y puntuales los paisajes llenos de luz y artificiosos cambios de color y movimiento, como desatando ligaduras de niebla congelada y en marejadas sonoras; las imágenes de la vida rural y citadina, apacibles y buenas, con palpitar de voces ampulosas, exultantes de esperanza, de amor, de fe.

Empero se agiganta la sombra, como inmensa e ineluctable ola de espumas náufragas, que exterminan los últimos vestigios del día.

Estoy prisionero en el íntimo paladar de la añoranza; mojo el cofre de ensueños en torrente de océanos celestes y de astros unciosos, guardados en mi interior. Al mirar el cuadro intitulado "Suleika", pintado en la plenitud de aquella época de dicha, siento el impacto poderoso del más bello y amable recuerdo de mi vida:... !Tú Suleika ... Suleika...Ideal. Ilusión. Realidad! Estabas inmensurablemente lejos; en el imperio del dolor y de la angustia irreversible. ¿Me esperabas en este cuadro? Me reencontrabas de improviso en un recodo del destino ... Porque llegas apresuradamente: hacia mí tus brazos, la mirada y todo tu ser. Tan cerca, al alcance de la voz; casi mordiéndome los labios, al nombrarte, al llamarte, sensitiva, tangible al impulso acelerado de la sangre. Me queman las sienes la ternura, los modos siempre amables, sinceros, buenos; te apoderas de cada partícula de mi cuerpo, te unimismas con mi alma, con la maravilla inefable de tu amor jubiloso de colegiala de 18 años. Y parece que me llamas; me conduces en viaje maravilloso al fondo del recuerdo, al fondo de ti y de mí.

Estás conmigo, dentro de mí con tu noble y afinada

figura. Espiritu alado; transfigurada en añoranza dentro de esta inmensa soledad, entre la sombra que me sigue, me circuye, me abraza. Distingo la curva suave de tus mejillas, el perfil de tus labios, surtidores inagotables de dulzura; y tus ojos, de radiante y espléndida negrura; el amplio esplendor de tu frente bajo el acostumbrado brillo flavo del pelo. Percibo en los oídos la clara armonía de tus palabras, amables, ternísimas. ¿Me nombran ? ¿Suspiran? Entre el soplo gimiente del viento deslizado de invisibles marejadas por los resquicios de la ventana. Tal vez, este novísimo júbilo encendido que lo siento absoluto, sea el beso de tu boca pasando la maravilla de tu inmenso amor.

Transcurre el tiempo ...No sé si corto o prolongado; tal vez como el tiempo y la distancia que existen entre mi vida y tu muerte, entre la sombra y tu recuerdo.

Jadeante y aterida la tarde desfallece al golpe de las sombras. Bajo la milagrosa piel de la noche respiro a pulmón lleno todo el vacío oscuro que embalsama tu errancia.

Naufraga el corazón en un piélago de ausencia y soledad. Y desfallece mi alma al golpe del dolor ...

DISCURSO – HOMENAJE POST-MORTEM A DOS HÉROES DE LA PROVINCIA DE BOLÍVAR

Señores:

Impulsados de fervor por la epopeya gloriosa escrita en el Alto Cenepa, y si, desbordando asombro, desplegamos las alas del espíritu más allá de las tumbas, en generoso esfuerzo por abarcar los ámbitos luminosos de la Patria, hemos de ver que nuestros héroes dejaron el lugar de los mortales para tomar el puesto de los dioses.

En estos momentos solemnes, cuando las instituciones del noble pueblo bolivarenses, imantados por auténtica grandeza que les caracteriza, hace justicia exaltando personalidades sobresalientes, es como detenernos en el primer día del génesis, porque en esos héroes encontramos luz ustoría de magnitud impercedera para alumbrar el futuro de la Nación. Porque después del drama trágico de 1941 y 1942, en que se burló la justicia, se pisoteó el Derecho, se mutiló la heredad territorial en la fecunda ilea amazónica, nuestros soldados de hoy, erguidos en severa majestad de patriotismo, con la frente al sol, junto al estruendo de sus fusiles, proclamaron ante los atónitos registros de la Historia "basta ya", "la noche quedó atrás". Y allí Wladimir Enrique Analuisa Montero, Cabo Primero de

las Fuerzas Especiales y Segundo Rafael Chimborazo Talahua, Sargento trompetista y paracaidista, estuvieron firmes como farallones que desafían las olas rugientes del mar, como roquedales inmovibles de nuestros volcanes, ubicados en la orilla geográfica del país; ellos familiarizados con el honor, con el brillo de lo soberbiamente alto y trascendente, optimizados por la disciplina, conscientes del deber, y aptos para el sacrificio, llevaron la derrota al invasor contumaz; con su lucha y muerte proclamaron para conocimiento del mundo que Ecuador es país pequeño pero con un pueblo de gigantes, bautizados con agua de paz, pero forjados en la mejor reciedumbre varonil, en la fragua ignicente de los ideales, y por lo mismo, dúctiles únicamente al honor, a lo sublime, a lo grande.

Es verdad su sacrificio, su martirio, su sangre derramada en los domos selváticos de la Cordillera del Cóndor, y su muerte física significa hondo dolor, dolor ancho, imperecedero. Por eso quisiéramos estar con frases de consuelo en el oído de sus familiares, amigos y de todo el pueblo; más aún, quisiéramos estar en unción reverente en las almas de Silvia Murillo y Luis Enrique Analuisa; de Delia Luzmila Martínez y Segundo Chimborazo, de Myrian, Marco, Wilson y Héctor Chimborazo; quisiéramos compartir la sal amarga de sus lágrimas, arrodillar en sus oídos algo como una montaña sonora de recuerdos y añoranzas;

con ternura de agua cuando sus primeros brotes saludan al sol, con el inexhausto titilar de las estrellas que impulsan el pensamiento y adelgazan la oración para llegar a los frisos de la eternidad donde es el Supremo; quisiéramos tener en nuestras manos la tersura del pétalo, en sumisa explosión de colores siempre lozanos y de perfume sutil, para acunar algún consuelo en las manos de sus padres y familiares, manos que se estiran temblorosas y quizás suplicantes de fe hacia los fríos mármoles de las tumbas.

Pero es verdad también su heroísmo, ejemplo y molde para las nuevas generaciones. Verdad su fama, porque a ellos escogió la Patria para vestirles con el Tricolor Sagrado y consagrarles para la eternidad. Es verdad su inmortalidad porque se produjo ya su traslación a las profundas y más gratas quididades de nuestras vidas, a lo más sensitivo del corazón, a lo mayestático y sublime del espíritu. Van a permanecer en lo más límpido y generoso del país, en el alma y pensamiento de la niñez y la Juventud de las escuelas Pungadaguas e Ilambulu, donde estarán recibiendo siempre el respeto, gratitud y reverencia. Es acierto y nobleza de quienes dirigen la educación y la cultura de esta provincia fecunda, especialmente en su valor espiritual, haber determinado dos escuelas para que lleven sus nombres, de los héroes. Sus estudiantes cantarán el Himno Nacional, contemplarán el Escudo de Armas que tiene

el cóndor con las alas desplegadas, y recordarán con unción cívica a los héroes bolivarenses caídos en la Cordillera del Cóndor. Seguramente con esfuerzos generosos anhelarán ser grandes, virtuosos, patriotas, nuevos héroes en la tribuna, en el taller, con la esteva, con el libro o con el fusil.

Confieso que mi palabra debió tener tesitura de grito emocionado, incendiado de coraje, de santa rebeldía; pero hemos de considerar que escribimos una página bella en la historia de la nación. Hemos de considerar que la agresión desatada, la dentellada artera y sanguinosa del Perú en la sagrada heredad ecuatoriana, ha forjado el alma nacional de tal manera que en cada ecuatoriano se agigantó un soldado y en cada soldado se glorificó un héroe.

Recordemos: los templos desbordaban plegaria a Dios, pero las calles se ensancharon con la unánime decisión del pueblo portando en el corazón legítimo deseo de lucha y portaba en sus manos el emblema tricolor flameando sobre huracanes de civismo.

En cada mujer estaba ciertamente una lágrima de angustia, sus manos se alzaban para bendecir en la distancia a los egregios varones que con firmeza espartana nos defendieron. Pero mas allá de eso, magnificando todo estaba la fe sin dudas ni quebrantos,

de que el país terminaría en el conflicto con honor y dignidad, haciendo retumbar clangores y las solemnes notas de clarines y dianas.

Nuestros soldados estaban en la frontera venciendo al dolor, sonriendo al peligro, haciendo del sacrificio y de la muerte peldaños para la gloria y muros de fortaleza gigantesca donde se destrozó la alevosía del agresor contumaz.

Bienaventurados los formidables y legendarios soldados de Ecuador que un 27 de Febrero, en las llanuras de Tarqui, aniquilaron la osadía del agresor. Esa victoria que la hemos señalado y mantenido como legítima, signo de nuestra reciedumbre, ha reencarnado y está resurrecta en los bienaventurados soldados del presente.

Estudiantes y ciudadanos bolivarenses: qué orgullosos nos sentimos siendo miembros de un pueblo de semejante excelencia, y qué modelo inmarcesible recibe el alma por la firmeza que no sabe de fatiga de nuestros mandatarios y conductores, imantados de verdad y cobijados por el derecho; nosotros también les señalamos a ellos como verdaderos héroes.

Respetados estudiantes: me dirijo especialmente a vosotros, grabad con cinceles al rojo vivo en lo íntimo

del corazón y en lo más trascendente de los ideales, la hazaña ecuatoriana en el Cenepa. Mientras haya una célula viva en el cerebro y un pensamiento sublime en el espíritu, recordad que el amor más diáfano, ennoblecedor y profundo es el amor a la Patria; ella abarca todo el pasado, el presente y el futuro.

Aceptad por eso con júbilo el cumplimiento del deber individual, familiar y nacional. Comprended que la Patria se nutre del trabajo y esfuerzo comunes y se engrandece con el sacrificio y la unidad. Respirad verdad, justicia, sabiduría y entonces seréis invencibles en la guerra, sublimes en la paz. Y seréis dignos herederos de la gloria de los héroes que todos ahora reverenciamos.

DISCURSO A MIGUEL ÁNGEL LEÓN Y MIGUEL ÁNGEL ZAMBRANO

Señores:

En el aniversario epónimo de la ciudad en la que nos cupo la bienaventuranza de nacer y vivir; y con oportunidad del lanzamiento de este poemario, nos inclinamos reverentes y orgullosos a la vez ante los esplendores del nombre y de la fama de la MUY NOBLE Y MUY LEAL SAN PEDRO DE RIOBAMBA.

La ASOCIACION DE CHIMBORACENSES RESIDENTES EN QUITO, gestores oportunos y sacrificados de la publicación, y el ATENEO DE CHIMBORAZO JOSE MARIA ROMAN, me encargaron el lanzamiento, lo que ostenta a la vez ser intérprete ante vosotros del homenaje a dos personajes riobambeños de la más alta calidad cultural: MIGUEL ANGEL ZAMBRANO Y MIGUEL ANGEL LEON. Acepté con singular complacencia y respeto este mandato de exquisita generosidad y significado; porque para satisfacerlo me basta exteriorizar mi propio sentimiento, que jubiloso borbota desde el corazón hasta los labios.

Señores directivos de la Asociación, gracias, mil gracias por vuestra actitud tan hidalgamente riobambeña.

Reza un famoso pasaje de Bacon, que:

"Hay libros que no son sino reunión de hojas de papel; otros que son para admirarlos por su presentación; otros para ser dinamos de la sensibilidad; finalmente, y muy pocos, para ser conservados como joyeles o fanales de luz permanente en los severos santuarios de la historia cultural, para guía y ejemplo del espíritu de los pueblos".

Este libro debe ser incluido en la categoría más alta, porque contiene la producción de dos líridas de la más brillante calidad intelectual riobambeña del presente siglo; dos caballeros cuya existencia nos enorgullece y cuya creación nos exulta.

Si en esta tarde evocamos sus nombres,
debemos sustentar nuestro pensamiento
modestísimo, con el pensamiento robusto de Miguel
Angel Zambrano, expresado en su poema
CONFLUENCIA DE LA SANGRE Y DE LOS
PASOS.

"Oigo otra vez mis pasos ahuecados...
sobre los míos pasan y siguen
su viaje milenario. Son los profundos pasos
de mis muertos de ayer y de mañana,
de aquellos de cuya muerte vengo ...

de los que al irse me dejaron sus ojos en mi sangre,
sus voces enrollados en mis huesos
su luz acurrucada en mis pupilas..."

Perdonad mi pretensión de ponerlos en las huellas de
ellos, de quienes cuyos nombres perdurarán a pesar
del caprichoso curso de los siglos y del tráfico social:
León y Zambrano, hermanos entre sí de espíritu y de
ideales, desde "dos a cuatro vueltas de soles
chiquititos", que por necesidad de los menesteres
infantiles fueron también camaradas de
"... los luceros y los ángeles.

***Cuando el sol era más grande y salía más
pronto***

y correteaba dando botes por las calles heladas,"
y por entre las casas de Riobamba de fines del siglo 19,
"ciudad cuadrículada con sus dormidas casas
de barajas y geranios".

Mentalmente les vemos jugando, riendo, dando
puntapiés al viento, manotadas a la brisa, empeñados
en traerles el silbo campanudo de los gorriones y los
mirlos, que los seguían desde la fronda - ornamento
esmeralda de jardines y parques bien cuidados de esa
época - mientras ellos iban a la escuela

"...tiritando".

Cuando adolescentes ya,

"no mas de trece ruedas de sol"

su energía interior les impulsaba a la aventura para el registro y posesión del paisaje vernacular, se
"transportaban hacia la hispida patria
de los conejos y las cabras,
o al fugitivo país de los venados"

para conquistar el relámpago, los lirios dispersos en el azul inmenso, un no sé qué de misteriosas fantasías que les esperaban acechantes en los breñales de los Andes, en las cimera novisas de nuestras montañas, en las cascadas perfumadas de frescura riente; o, embarcados

"en los finos anteojos del maestro
y sueño adentro,
se – iban - hacia un país lejano,
lejanísimo ..."

Les sigamos en la secuencia del tiempo para que nos refieran que en el itinerario de aquella aventura, tan suya,

"Por encender estrellas a destiempo,
vieron caer los ángeles,
y en los filudos cantos se rompían sus alas".

Pasados los años de la mocedad, con mirada retrospectiva se ponen frente a una realidad que es añoranza, a lo Zorrilla, quien maximiza que todo lo pasado fue mejor, y en cierta medida para nuestros poetas también. Por eso

recuerdan,

“ la noche entonces era azul, y era como sedosa
y más profunda;...
y había más estrellas,
muchas más...
las horas se hacían más delgadas...
y los ojos suavísimos.
LABIOS SONAMBULOS,
inundaban la noche de palabras,
que la volvían blanca y olorosa;"

Sutil enredadera les ataba con afelpado abrazo o

plumones transparentados de misterio,

"los pasos a los pies
y los ojos al éxtasis".

Ambulaban por los recónditos mundos del
asombro, se acostumbraron al tacto de la aurora, la
elación del azul inmenso, paladearon con original
sibaritismo las parábolas del iris; y

"oían cantares del amor y pálidas guitarras;
y más allá,
a la distancia de los besos,
mágicos pianos
desanudaban hilos de perlas saltarinas,
que iban por las orillas fugaces de las hadas.
Sí, parece un cuento, y no es un cuento,

y cómo las queríamos...
¡ Ah ... ¡ “

Llegó la hora del primer éxodo, a donde se desnuda lo
ignoto, ondula voluptuosa la verdad y la belleza; o, tal
vez, el absurdo. Miguel Angel León quería ir
"en tren de carga"

Miguel Angel Zambrano
“en lujoso trasatlántico”.

Pero, como jamás llegaron los vehículos anhelados, se
internaron

"en el ámbito de los vapores turbios"

o en lo que dijo Raúl Andrade, en El Perfil de la
Quimera, saturados de íntimas congojas, de tristeza
derruyente del sentimiento; se dedicaron

“a cultivar jardines muy cerca de las nubes"

Es decir la mirada, los - sentimientos, el ego, el alma,
puestos arriba, muy arriba, donde

“se hacía difícil distinguir

las golondrinas de los sueños: “

Hasta que

“ súbitamente un día, sin por qué"

derrumbaron los sueños juveniles, efluyeron del pasado,
casi de bruces entraron

“ ... a la cueva

de los amargos sueños".

Aprestaron los rojos corceles de la lucha, abrieron el
pecho a nuevas esperanzas, el cerebro a más anchas

inquietudes humanas,

"trepados a los cerros"

su juventud en madurez alta, herida por realidades hórridas gritaron con fuerza de volcanes y trepidar de huracanes,

“ por qué dolor - oprobio y sangre - estigma”.

Avanzaron hacia el futuro, angustiados, sin embargo hieráticos, su ardentía espiritual como fanal en la amplitud de la Patria. ¿Fueron artífices idealistas del menester político, ideólogos fundadores del socialismo; filósofos o románticos de una política social necesaria? SI. Era, además, el denominador común de la generación intelectual en la década del treinta. Varones ilustres que con conocimiento profundo, doliéndoles la situación del país, buscaron organizar las instituciones del Estado con sabiduría y amor al pueblo. Los dos – MAESTROS - jamás bastardearon los fines ni envilecieron sus métodos con bajezas.

Si Montalvo, el gran Don Juan de las Catilinarías, los Siete Tratados, Geometría Moral, etc., hubiese vivido en aquel tiempo, con seguridad habría afinado su maravillosa pluma en esmeril de diamantes, para señalar a los dos riobambeños como ejemplos de verticalidad cívica.

El maestro Benjamín Carrión nos cuenta que en sus viajes entre Quito y Guayaquil, residencia de su gran amigo Joaquín Gallegos Lara, le era necesario y

gustoso detenerse en Riobamba, para escuchar las vehementes conversaciones de Miguel Angel León, sobre política, arte, poesía.

Lucharon los dos con el recurso de la palabra impresa y hablada, desde las cátedras del Colegio Maldonado y de la Universidad Central, siempre con gallarda maestría.

No falseo al decir que el Leiv Motiv de ellos, su dínamo existencialista, fue la belleza: belleza en la palabra, belleza y armonía en sus vidas, belleza en la organización social que la buscaron con fe.

Tuvimos la suerte de conocer y tratar al doctor Miguel Angel Zambrano, cuando fue Decano y profesor de Sociología de la Universidad Central; y tengo el honor de proclamar su inmensa bondad: hombre bueno, de bondad sin riberas ni sombra, de aquellos buenos que viven escuchando los latidos del corazón, y tienen su alma en el gemido de los que sufren. Por eso su casi paternal trato al indígena - esa inocente criatura, como lo llama Montalvo - y especialmente lo afirma su obra de eminente jurista, su CODIGO DE TRABAJO,

“ a cuya sombra trabajan los obreros
aunque - nos dice - mi nombre nunca amaneció en
sus labios.

Pero eso, qué más da ...”

Este era el hombre, a quien le estamos olvidando, el poeta épico, ecuménico y "eterno" como le juzga Augusto Arias; poeta como ningún otro en el país, porque con su lírica comprendió y abarcó el hombre universal, abarcó el mundo que según él estaba

"... está al revés...

Y la gente anda llena de gritos:
gritos en el vientre, gritos en las sienes;
gritos saltando de los ojos
y corriendo delante de los pies polvorosos..."

Por eso había que

"construir el mundo de otro modo.

Hay que escalar la más lanzada cumbre,
para que salga el sol de nuestras manos
y suba entre bandadas de cóndores azules ".

Si hablamos de la ternura de Miguel Angel León, nos basta captar el mensaje piadosísimo de su ELEGIA DE LA RAZA, con mensaje paralelo o superior a BOLETIN Y ELEGIA DE LAS MITAS, obra del Fakir cuencano.

El mismo poeta nos confía que nació

"para ser bueno como los campesinos".

En la obra EL NUEVO RELATO ECUATORIANO, el creador y primer presidente de la Casa de la Cultura

Ecuatoriana, se lamenta de "la ausencia de ternura", "la falta de presencia de la ternura... en forma positiva", al referirse a la novelística ecuatoriana. Pero, por ventura, en la obra de Miguel Angel Zambrano BIOGRAFIA INCONCLUSA y en DIALOGO DE LOS SERES PROFUNDOS; y en la obra de Miguel Angel León, encontramos desbordante esa ternura positiva que pide Carrión: "ternura esencia de la vida, encuentro doloroso o gozoso de lo más bueno y puro de la naturaleza humana, lágrimas de madre, llanto o risa de niño ... No señores, no son sentimientos burgueses ... Ese bello capítulo de la gran novela de Joaquín Gallegos Lara, LAS CRUCES SOBRE EL AGUA, que se intitula INTERMEDIO DE AMOR Y DE RECUERDOS, es un poema de ternura esencial y estremecida poesía".

La ternura de León Pontón - tan profunda y explícita como su parnasianismo - se mueve en armonías caricantes, como de brisa, manifiesta en sus poemas, cantos a las cosas, a los elementos de la naturaleza. Si leemos su creación completa, nos quedamos envueltos por fantasías que vibran, danzan, sobre gama de colores, símiles, formas metafóricas, que sólo su nobilísima sensibilidad pudo captar y expresar en sinfonía vital. Por eso nos dice,

"soy un vaso, bébeme,
no dejes de mí una gota".

Porque esa es su esencia, sustancia, alma, costumbre de grandeza, que está por encima de la mediocridad, sabe que no es para él

"esta vida vulgarmente extraña",

porque

"nació hermano de la estrella y la flor"

por eso, con legítimo desprecio a los superficiales otorgantes de popularidad, y a la vanidosa muchedumbre dice,

"amo más a mi perro que a la gloria".

La añoranza, el recuerdo ductilizado al fluir constante de la vida, muchas veces debió llegar a sus sienes con suave golpeteo de luz y regocijo por la obra realizada; por eso León dice,

"En algunas tardes, mis pupilas y las pupilas del amigo han

venido a ver mis poemas" ... "Todos aquellos que viven encerrados

en la jaula de la estrofa, suspendida en el dintel de la página... "

Debo dirigirme de manera especial a la juventud y suplicarle que lean asimilen los libros de estos dos poetas; acostúmbrense por el bien personal, la cultura de Riobamba y del país, a la buena lectura; siga la ruta de Zambrano y León, quienes

"bañados de lágrimas se fueron camino de los mitos",

a quienes les produjo dolor y sobresaltos
 "el Ser, la nada, el Infinito, la Eternidad, la
Muerte ",
al pensar que eran
 "granos de arena en la clepsidra eterna,
 gotas de luz ... en el torrente inextinguible";
quienes, después de algunas fugas transitorias, hicieron el
éxodo definitivo y están
 "en la profunda latitud a cero espacio
 y cero tiempo "...

Y porque Zambrano y León en voz alta, que sonoriza en
nuestras montañas volcánicas, cobijadas con
 "capuchón de azúcar" o
 "cimborrio de platino"

En MENSAJE Zambrano dice a la juventud:
 "A vosotros que siempre estáis al Norte de mis
ojos,
en el alto nivel de mis anhelos,
os doy la mano y digo:
 ... jóvenes, oid la voz que habla,
voz desprendida
 como una llama que se arranca".

Los dos maestros, nos dicen con legítimo orgullo de
riobambeños, al igual como lo dijo el inmenso Walht
Whitman...

 "Mi lengua y cada molécula de mi sangre nacieron
aquí,
de esta tierra y de estos vientos.

Me engendraron padres que nacieron aquí,
de esta tierra y de estos vientos,
de padres que engendraron otros padres
que nacieron aquí...”

DISCURSO AL MARISCAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

En este día de diafanidad cósmica y de limpidez recordatoria, el Chimborazo, el Pichincha, en conjunción de altura y grandeza con el Avila venezolano, el Huila colombiano, el Illampú boliviano y el Huascarán peruano, se unen para rendir un homenaje de blancura eterna a uno de los supremos hombres de América, al Mariscal Antonio José de Sucre.

Y cimeros en este homenaje telúrico nos descubrimos reverentes ante el legítimo esplendor de su memoria y de su fama, ponemos en el vértice del ideal la verticalidad del espíritu, impulsado por la sensibilidad siempre buena de nuestro pueblo, la brillantez intelectual de nuestros pensadores y sabios, en cuyas sienes espejean los fulgores del sol tropical y se solaza el índice del infinito.

Porque es el pueblo de Riobamba: ánfora depositaria de tanto recuerdo fulgurante y, por desgracia, de tanto dolor; y son el pueblo ecuatoriano, los pueblos bolivarianos cultores de la libertad y los libertadores; veneran sus héroes legítimos, respetan con unción cívica a sus próceres, mártires, científicos, hombres de bastón y de espada, que superaron la mediocridad; en

fin, a aquellos que con sacrificio y apasionamiento sublimes entregaron esfuerzo, bienes, vida; quienes implantaron la soberanía política de nuestros estados, afirmaron con gallardía el porvenir.

Debemos perpetuar con eficiencia de alma el pensamiento tutelar y la obra epónima del más grande de los libertadores del planeta: Simón Bolívar; y de sus soldados que ascendieron mediante el sacrificio a los estamentos prodigiosos de la gloria.

Riobamba, evidencia por mi palabra, la ancha, alta y profunda satisfacción, al recordar el nacimiento de quien fue además de Libertador, síntesis de todas las virtudes ciudadanas, de pulquérrima nobleza, caballero medido con verticalidades eternas, general vencedor en cien batallas, excelente estadista, de fortaleza sin dubitaciones y acendrada magnanimidad; y, como si esto fuera poco, un hombre, como acostumbraba decir de los grandes de la historia, don Miguel de Unamuno: hombre a cabalidad tanto en las victorias como en las derrotas, en la vida pública y en la privada.

Confieso mis limitaciones intelectuales, que me hace difícil encontrar el vocativo que exprese con exactitud o defina con justicia la personalidad toral de Sucre. Es preciso que su grandeza sin par, la brillantez hialina de su espíritu, la hermosura de su vida, golpee nuestro

sentimientos, ilumine con luz ustoria el pensamiento y agigante inmensurablemente nuestros afectos, para poder acercarnos a él, escrutarle y quizás hacer válido nuestra definición, por demás modesta, al decir que es: "el excelentísimo americano, levantado en brazos de la gloria con todos los atavíos y honores a que alcanza la Historia Universal"...

Al evocarle, nos parece que le vemos transitar las calles de la señorial y recién resurrecta Riobamba, el alma blanca del mártir del continente, blandiendo su fulmínea y victoriosa espada, junto a Lavallen, Ibarra, Córdoba, los valientes e impertérritos Granaderos, portaestandartes invictos, por las junglas, llanuras y desiertos, para plantarlos definitivamente en las cimas bañadas de inmortalidad y del sol tropical del Pichincha.

Nos parece asistir a la homérica epopeya que significó nuestra independencia el 21 de Abril, para consolidarla el 24 de Mayo.

Le contemplamos al General Sucre, en una maravillosa conjunción de vencedor y a la vez de humildad, de pie sobre la colina que otea el Norte de nuestra ciudad, no sólo para avizarar la completa libertad de la Real Audiencia de Quito o Departamento del Sur, de la Gran Colombia, sino para testificar ante el tiempo, el infinito, la historia del hombre, que la fuerza de la guerra es

santa, bella y sublime, cuando redime a los pueblos sojuzgados; que el sacrificio y la muerte por la libertad magnifica la filosofía pragmática e idealista.

Así pensaron y actuaron nuestros Grandes de la Independencia, con grandes hechos y trascendentales pensamientos.

Evoquemos también, en este día, el futuro del Ecuador y de los países andinos; repúblicas que, desde los altísimos roquedales volcánicos y cimas de impoluta blancura, avizoran el tráfago social de todo el continente; patria latinoamericana soñadora y joven aún.

Ese futuro depende de un concepto que debe estar encarnado, y tiene que conjugar una palabra: unión. Concepto moldeado y nutrido con las raíces étnicas y el corazón de los pueblos; libres de odio, de ambición ególatra, de dominio o prepotencia bélica. Esa palabra tiene que salir libre, con entonación de dianas, como huracán de entusiasmo optimista, como epifanía del espíritu selecto, de nuestros mejores estadistas y honrados conductores, de quienes continúen con lealtad el mensaje que aún nos da Bolívar y con la firmeza conque nos ejemplifica Sucre.

Felizmente esta tendencia a la unión está viva y latente

aún en nuestras patrias, se habla de unión en los parlamentos y en los foros más sapientes, donde se discuten y fraguan los derechos y destinos continentales.

Señor legislador, autoridades civiles y militares: necesitamos grandes pensadores, espíritus idealistas de criterio honesto, amplio, con visión altruista, alto y ancho, para que hagan la nueva América; porque lo que no muere nunca en la vida del hombre y de los pueblos es el ideal. Acostumbrémonos a vivir de ideales. Pongamos nuestras sienes en las estrellas que aunque lejanas nos imantan, inspiran y guían, como decía el gran José Ingenieros.

Los Jefes de Estado de los países andinos tienen la tremenda responsabilidad de reunir y cimentar con firmeza monolítica la paz, la convivencia civilizada. Los legisladores, hombres de leyes, tienen que formular sus proyectos de lo que siente y piensa el pueblo profundo y con la fe y esperanza de los libertadores, que ayer, no más, lucharon en la etapa heroica de nuestra historia. Tenemos que encontrar en los tambores y clarines, en los fusiles y cañones la unánime proeza de hacer guardia al derecho, a la libertad, a la soberanía, a la justicia, a la cultura.

Señores: aquí está la antorcha conducida por atletas; recorre la Patria Ecuatoriana recorriendo por todas las alternancias geográficas y fuera de las fronteras nacionales. Esta antorcha es símbolo ignicente de nuestra fe por el imperio de ideales y por lo mismo de aquello que resiste el paso del tiempo y el tráfago social. El fuego de nuestras aspiraciones, ilusiones y hasta de nuestras utopías y quimeras. El fuego tiene la virtud de purificar hasta la brillantez más intensa; la virtud de movernos hasta el sobresalto y el paroxismo de los sentimientos. La luz derruye las sombras y develiza la verdad.

Así, iluminados el espíritu y el pensamiento por esta antorcha, en este acto patriótico sencilla, incendiémonos de fe en el porvenir; para que en el futuro se altivamente los pueblos andinos.